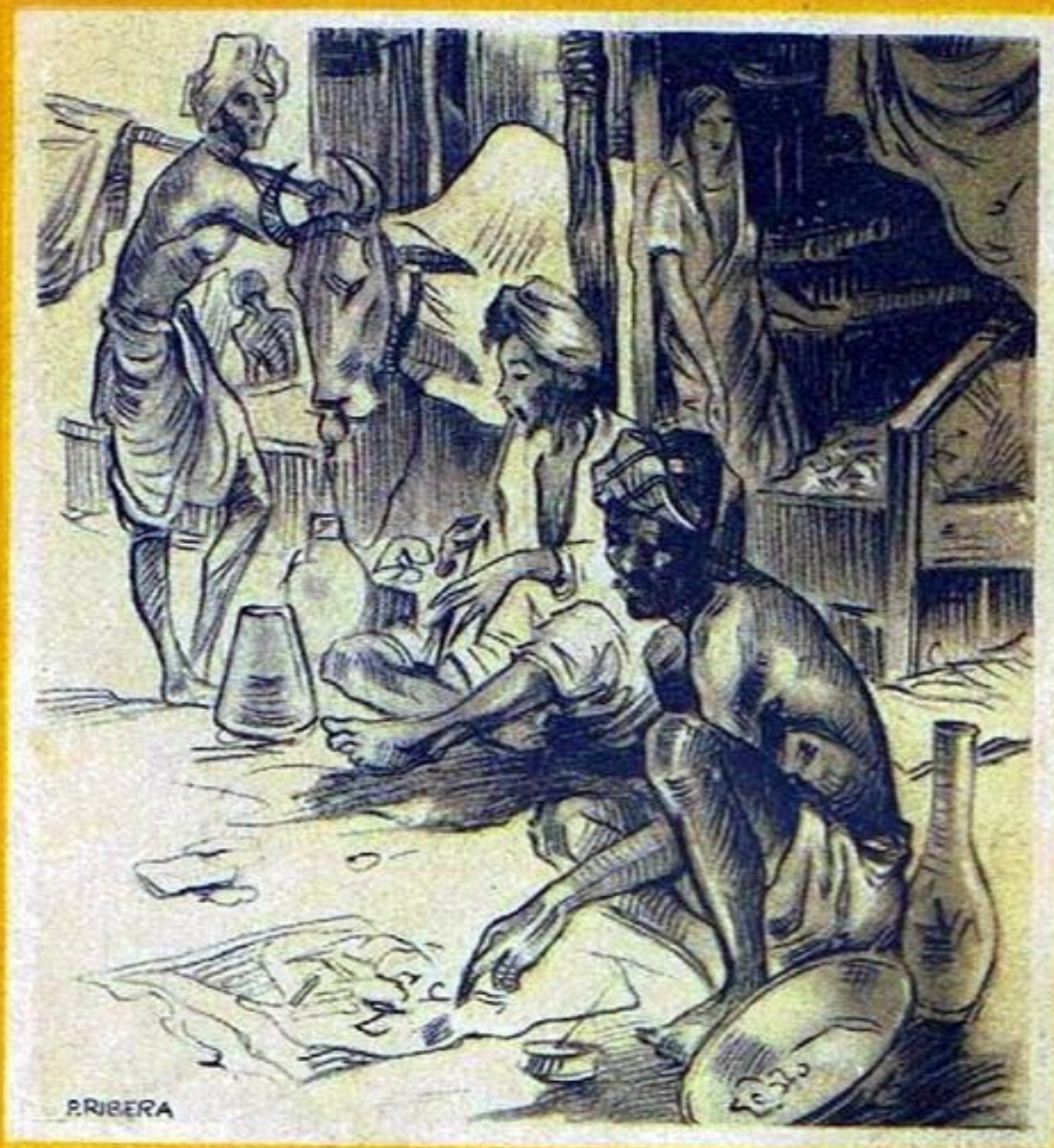


LOUIS BROMFIELD

NOCHE EN BOMBAY



se

Lectulandia

En un navío procedente de Londres arriba a Bombay el joven heredero americano Bill Wainwright, que se propone inspeccionar las agencias asiáticas de la compañía de su padre. Se encuentran también a bordo el *maharajah* de Jellapore, conocido por «Jelly», y la solterona Mrs. Trollope, que viaja para visitar a su hermana pequeña, viuda del *maharajah* de Chandragar.

Al mismo tiempo, en el ferrocarril procedente de Madrás se produce un insólito encuentro entre dos desconocidos: la bella divorciada Carol Halma y el bondadoso Homer Merrill, que dedica su vida a los más desfavorecidos y viaja con un niño ciego. Todos ellos coincidirán en el hotel Taj Mahal de Bombay.

Lectulandia

Louis Bromfield

Noche en Bombay

ePub r1.0

Titivillus 24.03.2017

Título original: *Night in Bombay*
Louis Bromfield, 1940
Traducción: Santiago Valdanzo
Ilustraciones: Paco Rivera

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A
JEAN WHITE
Con el cariño, gratitud y devoción
de todos los Bromfields.

LOUIS BROMFIELD



Noche en Bombay

El equipaje estaba listo para desembarcar, el camarote en orden y el dueño del uno y ocupante del otro, en la cubierta superior al lado del puente, contemplando los peces voladores que se deslizaban a ambos lados de las ondulaciones verde-jade de las costas del mar Árabe, como rápidos lápices de plata, para luego desaparecer entre la reluciente espuma. Era un hombre alto y apuesto, con hombros cuadrados, sobre los cuales su sastre de Hannover Street no necesitaba poner hombreras. El traje decía «Londres» con un discreto susurro, pero se comprendía que su portador era americano. Había algo en sus ojos azules, en la forma de su barbilla, pero, más que nada, en la generosa y llena línea de sus labios y en las tenues arrugas en torno a sus ojos, que lo delataba. Su rostro le revelaba como perteneciente a un pueblo compuesto de gentes capaces de afrontar serenamente cualquier azar, de gentes con frecuencia temerarias, de gentes que saben reír. Era de los americanos que saben andar por el mundo, y, por eso, en muchos aspectos, era peligroso, casi más para él mismo que para los demás.

Ya no se juzgaba a sí mismo turbulento; creía sinceramente haber sentado el juicio. En realidad, estaba orgulloso de sí al pensar que, recién cumplidos los treinta años, había adquirido una sesuda sensatez de manera repentina. Por eso había él mismo recogido y hecho su equipaje cuidadosa y

hasta meticulosamente, en vez de pedir al camarero que lo hiciera; por eso había abierto todos los cajones y mirado en el armario, para comprobar que no se le olvidaba nada. Hacía estas cosas casi como una especie de ejercicio, por principio, para confirmarse a sí mismo que era un hombre serio, organizado y eficaz. Le hacía esto experimentar la sensación de haberse desarrollado en él algo que su padre denominaba «carácter», y que él sabía muy bien que no significaba otra cosa sino contar diez antes de tomar una decisión; significaba no excitarse; significaba no abalanzarse locamente hacia cualquier probabilidad de pasarlo bien que surgiera ante él. Durante este viaje tenía el propósito de portarse como es debido. Era una prueba. Estaba decidido a demostrar a su padre que había sentado ya la cabeza. En aquel momento se sentía virtuoso y hasta orgulloso y sereno, fresco y limpio, no obstante el calor que estaba empezando a aumentar; calor extraño, húmedo que pesa sobre Bombay y sobre todo el mar Árabe, incluso en invierno. Se juzgaba ser un sólido hombre de negocios, frío, sagaz, serio, en viaje de inspección a las Agencias de la Compañía de su padre en Bombay, Singapur, Medan, Delhi, Surabaya, Macassar y Tonkin.

—Buenos días —dijo una voz junto a él.

Volviéndose, vio que era *Mrs. Trollope*, que estaba a su lado. Apenas le llegaba al codo. Era una mujer diminuta, pero vigorosa, de Sydney. Iba de Londres a Bombay, donde se detendría una quincena para luego seguir a Australia. Eso era lo que ella le había dicho, y no había añadido más. En realidad, a él le importaba bastante poco cuáles fueran sus planes, pero le fastidiaba vagamente que ella pudiese creerle curioso. Calculaba que tendría ella unos cuarenta años, pero su cabello teñido y su piel curtida, hacían que pareciese una mujer sin edad. Vestía trajes de buena calidad, bastante usados, pero no sabía cómo llevarlos. Jugaba al *bridge* muy bien, y aun mejor al póker.

—Buenos días —respondió él—. ¡Qué día más delicioso!

—Sí —dijo *Mrs. Trollope*—; en esta época del año aquí hace siempre buen tiempo.

—¡Qué bichos más curiosos, los peces voladores!

—Sí.

Mrs. Trollope no parecía tener muy desarrolladas las facultades necesarias para la apreciación de la Naturaleza. Aspiró ahora el aire como oliéndolo.

—¡Ah! ¿Huele usted? El olor de Bombay.

Aspiró él y se dio cuenta de aquel olor que ya conocía muy bien. Un olor penetrante que débilmente trascendía a pescado secándose.

—*Bombay duck*.^[1]

—Sí.

Pero no solamente era a pescado a lo que olía. Percibíanse mezclados con él olores de especias, de humo de maderas, de jazmín y maravilla y del polvo y de la copra y del vaho del estiércol. Aquellos olores compuestos tenían para Wainwright otras cosas, aunque eran estas perceptibles solamente como recuerdos; recuerdos de fiestas, de amores, de copiosas cenas, de noches extraordinarias bajo un cielo de terciopelo azul, en las que las estrellas lucían como brillantes; de excursiones en coche desde algún jardín escondido en la falda de la Malabar Hill hasta el hotel Taj Mahal; memorias de una habitación fresca e inmensa, de mármol blanco, desde la que se contemplaba la bahía. El hombre que momentos antes había hecho cuidadosamente su equipaje y se había sentido tan virtuoso, tembló ahora de aprensión. Decididamente era un olor peligroso, pero deliciosamente excitante. Aun en medio de aquel calor sintió que le recorría la sangre un escalofrío. No había en el mundo un olor que se le pareciera.

—¿Ha visto usted a la espía esta mañana? —preguntó *Mrs. Trollope*.

—No.

—Yo tampoco; ni creo que me busque después de lo ocurrido anoche.

Bill Wainwright se rio entre dientes.

—No; creo que no.

Se reía ahora al recordar la escena en el fumadero, aunque cuando ocurrió sintió más azoramiento que ganas de reír. La «espía» se había introducido a la fuerza en la partida de póker con él mismo, con *Mrs. Trollope*, con el frágil *maharajah* de Jellapore, con Gibson, el preparador de los caballos del *maharajah*, y con Joey, su ayudante de campo. Una vez allí sentada, con su piel oscura y toda cubierta de sucios brillantes relucientes, se había peleado con todos y había hasta acusado al pobre, inofensivo y hasta achispado Joey de hacer trampas. No hubo modo de desembarazarse de ella, hasta que *Mrs. Trollope* perdió la paciencia y le dijo que se fuese al diablo y los dejara en paz.

Volvió Bill a reírse al recordar a *Mrs. Trollope* atacando a la baronesa como pudiera hacerlo un foxterrier con un gran dogo corpulento. El foxterrier había vencido al dogo, que, desconcertado ante el ataque, recogió todos los bolsos y pitilleras y pulseras, y se marchó a su camarote. Solo un elemento hubo en toda la escena que desdibujó el absurdo completo que ofrecía. Aquella señora gorda y risible, que salía del cuarto farfullando y con cómico andar de pato, no obstante su desagradable antipatía, le pareció de pronto un ser digno de piedad, vencido, derrotado y, sobre todo, solitario. Bill pensó: «Probablemente toda su vida ha sido así; debe de haber sido fea y antipática aun cuando era niña». Apenas salió de la habitación se olvidaron de ella todos y continuaron jugando.

—¿Cree usted que realmente es una espía? —dijo *Mrs. Trollope*.

—No; es tan evidente que lo es, que no puede serlo.

—Dice que ha nacido en Praga.

—Yo diría que es más bien de Europa Central.

—Para ser baronesa egipcia tiene un purísimo acento alemán.

Mrs. Trollope se echó a reír y encendió un cigarrillo. Lo hizo con precisión, con rapidez y economía de movimientos, como un hombre. Cuando jugaba al *bridge* o al póker, encendía un cigarrillo con otro, mientras la pila de fichas crecía e iba formando ante sí una pequeña montaña.

Luego dijo:

—Es muy raro que vaya a Bombay completamente sola y simplemente por hacer el viaje.

—Yo diría que es eso lo que ha hecho durante toda su vida.

—Pues yo he estado —continuó *Mrs. Trollope*— en Egipto una porción de veces y nunca he oído hablar de ella.

—El Cairo es una ciudad extraordinaria. Hay que vivir allí toda la vida para llegar a conocer todas las complicaciones de aquella sociedad.

—De todos modos, entre los egipcios no hay barones. Allí no hay títulos.

—No —dijo *Bill*—; haberlos; no los hay, pero los compran a veces a italianos que andan mal de dinero.

Mister Trollope se quedó silenciosa, atenta al espectáculo que debajo de ellos presentaba la cubierta inferior, mientras *Bill* pensaba en el carácter vengativo que tiñe el odio de las mujeres entre sí.

Los hombres de la partida de póker se habían olvidado de la baronesa en cuanto su figura gordinflona desapareció por la puerta del fumadero; pero *Mrs. Trollope* había continuado detestándola. Probablemente nunca olvidaría a la baronesa, y cuando llegara la ocasión, si llegaba, le jugaría una mala pasada. Afortunadamente, el viaje ya tocaba a su fin; los pasajeros ya comenzaban a aburrirse y exasperarse mutuamente, a contar historias y a criticar los unos de los otros.

En la cubierta de proa continuaban las preparaciones para el desembarco, y *Wainwright* contempló el espectáculo con cierta sensación de pesadumbre. La vida es sencilla en un barco y carece de complicaciones. Nadie puede telefonarnos, ni complicarnos la vida con citas a las que no se desea asistir. Cuando iba embarcado, siempre se portaba bien, quizá por haber pasado mucho tiempo en barcos. Sonriendo pensó: «Es el único lugar donde se puede escapar de todo». Estaba seguro de que en cuanto desembarcara, surgiría alguna complicación o enredo imposible de imaginar.

Nunca se le había ocurrido que no solamente era que él parecía atraer las más absurdas aventuras, sino que, además, él hacía lo que podía para buscarlas. Y esa podía ser la razón por la que ya hacía mucho tiempo que tenía fama de perdulario.

La tripulación compuesta de gente de Goa, estaba arrollando estachas, abriendo escotillas y preparando cabrias y cadenas. Los pasajeros de tercera clase (levantinos, tres o cuatro escoceses avaros que no querían gastar dinero en el pasaje, unos cuantos estudiantes indios, flacos, huesudos y con gafas, y un tropel de musulmanes con las barbas recién teñidas de rojo, como señal de que volvían de la Meca), habían sido encerrados en una especie de espacio cercado, y allí estaban, apretujados, contemplando el perfil neblinoso de la costa y de las islas que emergían de la niebla.

—Bueno —dijo *Mrs. Trollope*—, ya no volveré a oír «*Alone*».^[2]

Wainwright se echó a reír.

—Voy a echar de menos a *Jelly*.

—¡Ca! Ya lo verá usted, no se apure.

Todas las noches habían ido al camarote del *maharajah* de *Jellapore* a beber champán, y todas las noches habían tenido que escuchar como el hombrecillo, con lágrimas en los ojos, había puesto el disco de una melodía sentimental titulada «*Alone*», y una y otra vez, en su lujoso gramófono eléctrico. El apodo de *Jelly*^[3] le cuadraba bien. Era un hombre conocido a través de toda la India y de todos los casinos, *cabarets* e hipódromos de Europa.

—La canción no es fea, si no la hubiese repetido hasta el martirio.

—He descubierto por qué lloraba al escucharla. Eran lágrimas de propia compasión.

—¿Por qué va a compadecerse? Tiene cuanto quiere.

—No; cuanto quiere no. Tiene predilección por «*Alone*» porque se encuentra muy flojo hace seis meses. Me lo ha contado él mismo.

Mister Trollope se rio entre dientes.

—Ya caigo —dijo con un matiz pérfido y vengativo.

De pronto, volviéndose, señaló con su cigarrillo:

—Mire, las palmeras de *Juhu* —y señalando hacia el otro lado—: Y allí, *Elephanta*.

A la izquierda, por encima de la neblina, flotaban las palmeras sobre el agua cenagosa de la había, como en un espejismo; y a la derecha, se alzaba la gran masa de la Isla de *Elephanta*. Al verlas, sintió *Bill* un estremecimiento que le recorrió todo el cuerpo, pues despertaron dormidos recuerdos.

—¿Conoce usted bien *Bombay*? —dijo volviéndose hacia *Mrs. Trollope*.

Una expresión jovial y animada iluminó la cara de su interlocutora como si fuese a decir algo extraordinariamente interesante. *Bill* se había dado cuenta de que cuando tal expresión aparecía en los brillantes ojos de aquella cara curtida, era para relatar algún chismorreo equívoco o alguna historia escandalosa. Pero, esta vez, se disipó la expresión casi en seguida y dijo simplemente:

—Sí, lo conozco bien.

Estuvieron un rato contemplando la bulliciosa escena de la cubierta inferior. Luego, *Mrs.* Trollope dijo:

—¿Cómo le llaman a usted sus amigos?

—Bill. Llámeme usted así también. Nos veremos en Bombay.

—Tal vez.

—¿Por qué no? Será difícil que no nos encontremos, ya sea en el Wikingdom Club, o en el bar del Taj, o en las carreras.

Se volvió ella rápidamente hacia él, y dijo:

—Más vale que se lo diga. Si anda usted con ingleses, no me verá.

—Es que no andaré entre ingleses. Después de recorrer medio mundo, no voy a dedicarme a cultivar la amistad de unos ingleses a quienes no trataría en Inglaterra.

—¿Conoce usted a machos indios?

—Sí, a muchos.

—¿Le gustan?

—Sí; no se diferencian gran cosa de los demás.

Ella volvió a mirar otra vez el agua cenagosa de la bahía.

—Le dije a usted que iba a pasar una temporada con mi hermana. Pues mi hermana se casó con un indio. Empieza por ser australiana de nacimiento. Así que no se trata mucho con los ingleses... por las dos razones.

—Ya comprendo —dijo Bill—. ¿Qué es el marido? ¿Comerciante o profesor?

—No es ya nada; era un *maharajah*; pero ya murió. Mi hermana tiene un palacio en Malabar Hill, cerca del Palacio del Nizam.

—¿Vive... retirada?

—Sí, le asignaron una pequeña pensión.

Entonces, a pesar del calor y de la pereza de su cerebro, la memoria de Bill comenzó a funcionar y se acordó de una mujer alta, grande, rubia, muy rubia, de buen color, con ojos azules, que en París entraba en Maxim's maravillosamente vestida y llevando unas alhajas magníficas. Aquella fue la primera vez que él la había visto.

—¡Pero si la conozco! —dijo—. Por lo menos, le he sido presentado... Chandrapore... Chandragar...

—Chandragar —dijo ella—; se llama Nelly. Nelly Chandragar.

—No se parece mucho a usted.

—No, no se parece. Nadie nos toma por hermanas. Ella es el tipo de la hurí circasiana recién llegada del paraíso de Mahoma.

Mister Trollope tiró el cigarrillo al agua cenagosa de la bahía y dijo:

—Voy a irme abajo a ocuparme de mi equipaje, antes de que esos

bandidos suban a bordo y se apoderen de él.

—No me ha dicho usted su nombre, por si nos encontramos en Bombay.

—Stitch —dijo *Mrs. Trollope*—. Stitch Trollope. Me pusieron Stitch cuando era una niña pequeña, en la explotación de maderas de mi padre, en la selva. Los hombres que trabajaban allí solían llamármelo de pequeña y se me quedó. Hasta ahora.

Desapareció al doblar la esquina del cuarto de fumar.

Bill se quedó un momento mirando sonriente hacia el lugar por donde se fue. Tenía el propósito de buscarla en Bombay quisiera ella o no. Era una mujer dura y enérgica. Le gustaba de ella hasta la impresión asexual que daba, como si no fuera un hombre ni una mujer; puede que en alguna época anterior fuese más femenina, pero en ese caso habría que pensar que cansada de ello renunció a su feminidad. No tenía la más mínima coquetería, y era una mujer con la que se podía pasar agradablemente un rato riendo, sin temor a ninguna complicación sentimental. Hasta le agradaba, en cierto modo, que fuera mal pensada y los cuentos que solía contar, hartos subidos de color. ¿Quién sería *Mr. Trollope* y qué habría sido de él? Imaginó que aquel *Mr. Trollope*, quienquiera que fuese y dondequiera que se hallase, no debía de haber significado gran cosa en la vida de Stitch.

—Stitch —dijo a media voz—. Una Stitch muy oportuna.^[4]

Las cubiertas empezaban a llenarse de pasajeros que se hablaban como viejos amigos. Miraban a la ciudad que había empezado a surgir de entre la niebla, apoyados en la barandilla. El Hotel Taj Mahal, el Readymoney Building, el Yacht Club, la Puerta de la India y la gran eminencia del Malabar Hill salpicada de hotelitos; y los palacios de los *maharajahs* con las Torres del Silencio a sus pies, como el ataúd que se paseaba entre los invitados en un banquete egipcio. La vida y la muerte se dan la mano en la India más que en ninguna parte del mundo. Bill suspiró. «Hoy vivo, y mañana muerto».

—La vida, el estar vivo, o el hecho de la muerte, no puede tener mucha importancia para millones de personas que no poseen más que un taparrabo y que viven y mueren sin haber tenido ni siquiera un solo día en su mísera vida lo bastante para comer —pensaba Bill—. Sí, Bombay era fantástico y romántico y ocurrían allí cosas admirables, si se prescindía de fijarse en los *coolies* y en las mujeres y niños que dormían en las aceras o en las cunetas, cuando, hacia la madrugada se volvía a casa en un buen coche, de una fiesta agradable.

Con el rabillo del ojo vio que venía hacia él la mujer india, de la que se decía que era bailarina. Era una mujer pequeña, vestida con un *sari*^[5] negro y que llevaba en las muñecas gran cantidad de pulseras de plata. Se movía de un modo tan suave que casi no parecía andar, sino deslizarse, con un armónico y fácil movimiento de una cobra. No era muy joven ni muy bella,

pero su figura, sus grandes ojos oscuros y su tez de camelia eran perfectos y atraían la mirada de cuantos pasaban a su lado.

Durante todo el viaje se había fijado Bill en ella, como todos los demás, y le producía ahora verdadero placer verla acercarse con su grácil andar.

No era la atracción de una mujer guapa; ni siquiera estaba pensando en aquel momento que fuese una mujer. El placer que experimentaba era más bien el que se siente al contemplar una bella pintura o al oír una música admirable. Aquella mujer era, en cierto modo, la India. Decían que era bailarina y que su marido era un hombre de ciencia de Bombay. Fue todo lo que de ella pudo saber.

Cuando pasó junto a él le dirigió una mirada apenas perceptible, mientras sonreía como si le dijera: «Adiós, le deseo que le guste a usted la India». Luego siguió su camino con la serena dignidad que había mantenido durante todo el largo viaje, aislada y distante de todos los demás pasajeros.

Ver aquella sonrisa en aquella mujer, le hizo a Bill el efecto de una súbita punzada de remordimiento.

—Quizá esta vez —pensó— debía realmente tratar de enterarme algo más a fondo acerca de la India, en vez de limitarme a pasar el rato en Bombay. Bombay no es nada. No es la India, ni es Oriente, ni Occidente, sino un absurdo revoltijo de todo cuanto existe en la Tierra.

Una palmada en la espalda le sacó de su abstracción, mientras oía una voz que le decía:

—¡Adiós, muchacho, y buena suerte!

Era el escocés, de cuyo nombre no se acordaba nunca, agente de la Shell en Birmania; hombre macizo, corpulento como un búfalo, en cuya cara se adivinaba que al llegar a Bombay ya se sentía en casa.

—No me diga adiós aún —dijo Bill—, ya nos veremos en el bar del Taj Mahal.

—No, no nos encontraremos. Yo voy a buscar unos avíos en los almacenes del Ejército y de la Armada, y seguiré luego mi camino. Aun me faltan las dos terceras partes del viaje hasta mi casa. Si va usted a Rangún no deje de avisarme.

—Descuide. Buena suerte.

El misionero americano y su esposa sonrieron y le saludaron desde lejos con la mano. Ambos desaprobaban su continuo beber y las inacabables partidas de póker con Stitch, Jelly, Joey y Gibson. Pero, terminado el viaje, supieron perdonarlo hasta el punto de despedirse con una sonrisa. No dejaba de ser un gesto simpático. Tenían que ser gente de ánimos, para dedicar su vida a predicar entre los *Pathanos*^[6] del Norte. Era mucho más fácil trabajar entre los hindúes. Cuando la mujer, una personilla menuda, vestida de alpaca negra, sonrió, fue su sonrisa como fruncida, y se

iluminaron sus ojos con una expresión infinitamente humana y personal que, por un momento, le pareció a Bill conocida. No habría podido decir por qué. Nunca la había visto hasta que subió a bordo, y desde entonces apenas si se había fijado en la menuda figurilla vestida de alpaca negra. Y no era solamente que la fruncida sonrisa le fuera familiar. Es que, además, le recordaba algo o a alguien. Se volvió para mirarla de nuevo, pero no pudo ver nada más que su espalda fatigada; estaba apoyada sobre la barandilla, mirando una lancha motora que se aproximaba al barco.

Mirando hacia la lancha, divisó a proa a dos o tres oficiales del puerto; luego un grupo de indios vestidos con bordados trajes de brocado, dos *chuprassies* vestidos de oro y escarlata, medio enterrados bajo docenas de guirnaldas de maravillas y jazmines, y, en medio de todos ellos, un joven oficial inglés alto y apuesto, muy rubio y vestido de uniforme blanco y cubierto con un *salakof* también blanco. Lucía profusión de cordones dorados. Llevaba sable y, en la mano, dos o tres grandes sobres de aspecto oficial. Sobresalía bastante de cuantos le rodeaban e irradiaba una especie de rubia luminosidad que le hacía oscurecer a todos los demás, hasta a los indios con sus brocados y sus joyas y sus turbantes escarlata.

—Diantre —pensó Bill—, el Imperio Británico sabe presentarse.

Luego, la escampavía desapareció bajo el costado del buque, y Bill, con el rabillo del ojo, se dio cuenta de que venía hacia él la baronesa. Era demasiado tarde para escapar. Se puso a mirar con fingida afectación hacia el Oriente, pero esta táctica no sirvió de nada y en seguida comprendió que debía haber maniobrado más hábilmente.

La baronesa tenía piel de rinoceronte. Bill continuó mirando como absorto la oscura y distante silueta del Taj Mahal Hotel, hasta que sintió que ella estaba a su lado, tan cerca, que su obeso cuerpo le rozó. Desprendíase del corpachón, con el calor, emanaciones de perfume, de sudor y de tabaco egipcio.

—*Puenos* días —dijo—. *Jace* calor, ¿eh?

—¡Oh! Buenos días. Sí, en efecto, hace calor en la bahía.

—No mucho brisa.

—Sí, no hace mucho aire.

Bill trató de mirar hacia otro lado, pero no le sirvió de nada. En cualquier caso, ya conocía demasiado bien el aspecto de la baronesa, su cuerpo rechoncho, su piel opaca y grasienta, su pelo teñido de rojo que parecía una peluca vieja y deteriorada, pero que no lo era; los turbios ojos verdosos, y sobre todo las ajorcas, sortijas, brazaletes, broches, pendientes y el saco de brocado, moteado de abundantes manchas aceitosas.

—¿Dónde *fa* usted a alojarse?

—Pues, en el Hotel.

—¿En el Taj Mahal?

—Sí, en el Taj Mahal.

—Pero ¿por mucho tiempo?

—No sé exactamente. —Y sintió grandes ganas de decirle: «Maldito lo que a usted le importa»; pero no lo dijo.

Entonces ella, con desmañada coquetería, le dijo:

—Tal vez podemos algún día comer *kuntos*, ¿sí?

—Sí, quizá, aunque voy a estar muy ocupado. Porque yo vengo aquí por asuntos de negocios.

—¿Qué *negoosios*?

—Petróleos.

—¿Gasolina?

—Sí, gasolina y otras cosas.

Bill, con ganas de reír, pensó: «Si en efecto es una espía, lo hace rematadamente mal».

—*Pueno*, entonces yo espero que nos *feremos*.

Esta debía haber sido una frase de despedida, pero no lo fue. Se quedó allí, y Bill notó otra vez el olor a almizcle del perfume que usaba la baronesa, y pensó: «Me figuro que es patchulí, ese perfume que usan las cantantes de ópera y las espías en las novelas antiguas». A continuación descubrió por qué se había quedado la baronesa. El apuesto oficial vestido de blanco y oro, con su sable al cinto, venía hacia ellos. Con el oficial venía Al, el radiotelegrafista, con una franca sonrisa en su jovial cara irlandesa. Al dijo unas palabras al apuesto oficial, y este, acercándose a Bill, le dijo:

—¿Míster William Wainwright?

—Sí —dijo Bill, pensando: «Quizás se acuerdan de aquel escándalo y no van a dejarme desembarcar». Y deseó que la baronesa se hubiera marchado ya, aunque sabía bien que precisamente en aquellos momentos no la hubieran movido ni con dinamita. Estaba allí clavada y muerta de curiosidad y con su vulgar espíritu deslumbrado, fascinado. El joven continuó—: Permítame que me presente. Me llamo Forsythe. —Alargó a Bill un gran sobre, y añadió—: Su excelencia el virrey le saluda, *Mr. Wainwright*. Y su excelencia el señor gobernador de la Presidencia de Bombay le saluda igualmente —y le tendió un segundo sobre—. Le ruego la contestación a la nota del señor gobernador.

Su excelencia el gobernador de la Presidencia de Bombay le invitaba a almorzar el miércoles, día tres.

—¿Quiere usted decir a su excelencia que iré, encantado, a almorzar con él?

—Gracias —dijo el apuesto joven—. ¿Puedo serle útil en algo, *Mr. Wainwright*?

—No —dijo Bill—, gracias, muchísimas gracias. Creo que sabré arreglármelas solo. Conozco perfectamente Bombay.

—No es mal sitio —dijo el joven— si no coincide usted con el monzón. Si no puedo serle útil en nada, me retiro.

Y saludó de nuevo.

—Otra vez mil gracias —dijo Bill.

—Buenos días —respondió el Imperio Británico, y se fue.

La baronesa estaba inmóvil y admirada, y sus ojos parecía que iban a salirse de sus órbitas. La sonrisa de Al, el radiotelegrafista, se ensanchó aún más.

—¡Vaya tío! Recibe sobres de virreyes y demás.

—No sé a qué se debe todo esto —dijo Bill.

La baronesa dijo a Al:

—¿No hay ningún radio para mí?

—No, nada.

La baronesa sacudió la cabeza hacia uno y otro lado, haciendo sonar toda la chatarra que llevaba encima.

—¡Muy *ponito*, muy *ponito*! Yo he estado esperando un radio durante todo el *fiaje* desde Aden.

La sacudida de cabeza, el sonar de chatarra, la mirada de sus turbios ojos verdes, todo ello parecía querer insinuar que Al había recibido efectivamente el radio para ella y lo había roto; que había sido sobornado para no entregarlo; que estaba complicado en alguna conjura, una conjura colosal contra ella, que abarcaba el mundo entero: europeos, americanos, africanos, indios... Todos estaban contra ella. Pero también se sobreentendía la insinuación retadora de que ella los derrotaría a todos con sus propias armas.

Al se sonrió y dijo con una especie de satisfacción:

—Pues ahora sí que no puede llegar radio alguno. La oficina de radio está cerrada.

—¡Oh! ¡Muy *ponito*, muy *ponito*!

Y volviéndose de pronto, se apartó de él.

—Las hemos tenido divertidas —dijo Al—, pero esta se lleva la palma.

Y su sonrisa se ensanchó aún más.

—¡Oh!, mire, mire lo que viene.

Por la cubierta avanzaba hacia ellos el pequeño Jelly. Los trajes deportivos un poco chillones que había usado durante todo el viaje habían desaparecido. El *maharajah* de Jellapore y Joey, su ayudante, estaban vestidos ambos con *atchkans* negros y con *jodhpurs*^[7] blancos. Jelly llevaba un turbante escarlata y oro, y Joey otro más sencillo, también escarlata. La carucha escuálida del *maharajah* y sus ojos negros y chiquitines asomaban

entre montones de guirnaldas de jazmines y maravillas. Para marcar la diferencia de rangos, Joey solamente llevaba tres finas guirnaldas. Aun un poco borracho, su cara ya no tenía aquel bello tinte cobrizo: estaba ahora de un verde cardenillo. Llevaba baja la cabeza, como un chico al que se acaba de castigar. Habían desaparecido los dos habituales de Longchamps, de Epsom, de los casinos de Deauville y de Cannes.

Detrás de ellos venía Gibson, el entrenador, hombre corpulento como un toro, con cara apergaminada, envuelto en un amplio traje a cuadros y con una corbata de color castaño.

—¡Mire! —dijo Al—. El padre y la madre del Universo vuelve a funcionar, y detesta tener que hacerlo. Le hemos tenido a bordo con nosotros en diez travesías y siempre ha estado borracho desde Aden para acá.

La sonrisa de Al se ensanchó, y también Bill sintió por un momento deseos de reír; pero lo pensó mejor y se contuvo.

Había algo patético en el espectáculo de Jelly, al que Dios había designado para ser un corredor de apuestas en los hipódromos, y que regresaba a la India para ser rey. Y esto sucedía todos los años. En la estación fría, el *maharajah* volvía para ser aclamado como padre y madre de su pueblo. Y en obsequio a su pueblo estaría tres o cuatro meses aburrido, estudiando y recibiendo informes, dando comidas que le hastiaban, en Bombay o en Delhi o en Jellapore, y, de cuando en cuando, permitiéndose una bacanal como es debido. Se había aferrado al género de vida que le gustaba, hasta el último minuto, bebiendo champán en su camarote y poniendo en el gramófono una y otra vez la romanza «Alone». Pero cuando el barco comenzó a atracar, Jelly hubo de surgir al fin en todo su esplendor, enterrado en jazmines y maravillas, como rey de reyes, padre y madre de su pueblo, seguido por el achispado Joey y por el entrenador de caballos, Gibson.

Al y Bill se recostaron en la barandilla. Pasó el *maharajah* ante ellos, y al hacerlo, con su carilla asomando apenas entre las guirnaldas, un poco como la cabeza de una tortuga, se volvió hacia Al y Bill y les guiñó un ojo. Luego él y Joey siguieron andando, y Gibson, al llegar junto a ellos, dijo:

—Vengan y miren al muelle. Está ahí medio Jellapore. El *dewan*,^[8] las tres esposas y todos los herederos y parientes. Vengan.

En aquel momento el gran buque estaba amarrando al muelle, por fin tranquilo e inmóvil tras el largo viaje a través del ventoso canal, del tormentoso golfo de Vizcaya, del azul Mediterráneo, del tórrido mar Rojo y, por fin, del ardiente mar Árabe. El viaje había terminado, y setecientos pasajeros de todas clases, razas, credos y nacionalidades estaban apiñados esperando derramarse por la pasarela hacia la empolvada ciudad, cocida por el sol.

En el muelle y sobre los tejados de los tinglados, cientos de caras contemplaban el esplendor del buque; y en cada cara había una mirada de interrogación expectante; caras cobrizas y color café, amarillas y completamente negras, teñidas de malaria. Eran sus vestidos de todos los colores en que cabe pensar, y se ajustaban a mil modas y estilos distintos. Desde el blanco y deslumbrante traje de los sastres de Hannover Square, hasta los harapos mugrientos que apenas cubrían el pudor de los flacos *coolies*. Aquí y allá relucía el oro y escarlata de los *chuprassies*^[9] y el brillante verde y rojo de los *rajputs*.^[10] Los rígidos turbantes blancos del norte, frescos y relucientes en el perpetuo sol invernal. Y un poco apartado de la pasarela, como un jardín florido, se reunía el cortejo que había bajado desde la cálida meseta de tierra adentro para dar la bienvenida al padre y la madre, al Señor de la Creación, al pequeño Jelly. Este grupo estaba aislado en un lugar apartado y reservado apropiadamente para la recepción del poderoso y opulento príncipe. En el pequeño grupo había como una docena de *sikhs*^[11] de la guardia personal de Jelly, que tenían dos veces su estatura y estaban envueltos en uniformes escarlata, con turbante dorado y lanzas con banderas, de diez pies de alto; y delante de ellos un grupo de mujeres tímidas que reían estúpidamente, vestidas con *saris* de brillantes colores. Eran las esposas y sus damas. A continuación había otro grupo en el que se destacaban un tipo pomposo y tripudo que probablemente era el *dewan*, un hombre pequeño y adusto, el mayordomo del palacio, y un coro de pequeños sirvientes negros como la pez, vestidos de azul y plata.

A la vista del brillante espectáculo del muelle, la sensación de hormigueo excitado envolvió otra vez a Bill, y la siguió de cerca aquel sentimiento delicioso que la India le producía siempre. Todo aquello era muy distinto de Occidente y de su uniformidad pardusca, de sus querellas, de sus míseros anhelos, de sus depresiones, de su peculiar pobreza mucho peor que la petulante miseria de Oriente; porque aquella otra miseria era espiritual, y esta, del cuerpo. Siempre que volvía a ver aquel espectáculo decidía quedarse allí para siempre y no regresar a aquella tediosa uniformidad gris de Occidente.

Pero esta vez le contestó una interior vocecilla: «Pero ahora es diferente. Ahora has sentado la cabeza. Nada de desatinos ni de aventuras. Tienes que ser formal. Cuando tu misión acabe deberás tomar el primer barco para regresar y volver a ser sensato y trabajador».

Y otra vocecilla detrás de él dijo también:

—Es siempre una vista preciosa. Yo trato siempre de describírsela a las gentes cuando vuelvo a casa; pero es difícil. No comprenden por qué quiero volver.

Era otra vez la pequeña misionera, tan incolora como un gorrión, excepto

en sus ojillos brillantes.

—A mí me pasa lo mismo —dijo Bill.

—¿Había estado usted aquí antes?

—Dos veces. Y una de ellas, mucho tiempo.

—Me gustan más los turbantes de los *pathanos*. Siempre tienen un aspecto tan flamante y tan limpio y elegante. Exactamente como un sombrero nuevo recién salido de la tienda de la modista.

Sorprendido Bill, la miró, y vio que sus ojos relumbraban más brillantemente aún. Por el aspecto de aquella mujer, nunca se le hubiera a uno ocurrido que pudieran interesarle cosas tan frívolas como una tienda de modista. Luego, la expresión de sus ojos le hizo pensar de nuevo en alguien; no podría decir en quién. En alguien, un hombre o mujer a quien él conocía mucho y que tenía la misma mirada humana, brillante, generosa. Alguien que era bueno, pero nunca melindroso; alguien al que él había querido y respetado. El impreciso recuerdo lo atormentaba.

Y otra vez la voz de la pequeña misionera que le decía:

—Quizá es porque los *pathanos* vienen todos del norte y yo considero el norte como una cosa mía.

Luego, súbitamente, se fue y se perdió entre los impacientes pasajeros que se empujaban unos a otros y los *coolies* que pululaban junto a la pasarela y sobre todo el gran buque blanco, chillando y vociferando, con astrosos trajes blancos, metiendo sus famélicas caras oscuras en las de los pasajeros mientras gritaban: «¡Equipaje!». «¡Equipaje!». «¡*Sahib!*!». «¡*Sahib!*!». «¡*Memsahib!*!». «¡Equipaje!». «¡Equipaje!».

La mujercilla vestida de alpaca se había deslizado y desaparecido, pero su rostro quedó grabado dentro de Bill, distintamente, claro, en medio de aquel terrible calor y de aquella confusión alborotada.

Jelly y Joey, con todo su esplendor deslumbrante y sus guirnaldas se adelantaban ahora con una afectación de majestad, un poco vacilantes aún por los vapores del champán; y, al verlos el florido jardín expectante del desembarcadero, se estremeció, tembló en medio del calor y se convirtió de pronto en una escena de brillante animación. Los *sikhs* oro y escarlata se irguieron, estirándose como brillantes lirios rojos; los criados negros de azul y plata se arrojaron en el polvo y tocaron el suelo con sus frentes, como campánulas abrumadas por sus corolas. Las tímidas esposas y sus damas, el gordo *dewan* y el mayordomo de palacio, todos, se inclinaron suavemente, juntando las manos, como un macizo de flores que se doblan al soplo de la brisa. Daban la bienvenida a su señor y amo, a su padre y su madre, al rey de reyes, al ligeramente borracho *maharajah* de Jellapore.

Jelly, aún vacilantes sus pasos, puso el pie en la pasarela, y con una tenue inclinación que hizo balancearse a todas las guirnaldas, correspondió a

la extraordinaria animación que se había apoderado del jardín entero ante la vista de su presencia majestuosa. Detrás venía Joey, aún más borracho, sonriente e inclinándose con las palmas de las manos juntas; y tras él, Gibson, el entrenador londinense, con su traje a cuadros chillones y su sombrero de Londres, este último colocado en la coronilla. Tras un momento, y mientras se cambiaban los saludos, el jardín de flores comenzó a componer un nuevo esquema. Los *sikhs* oro y rojo realizaron unos movimientos militares, dividiéndose en dos grupos. El *maharajah* y el *dewan* se colocaron exactamente detrás de ellos, seguidos muy de cerca por Joey y el mayordomo de palacio, y detrás todas las mujeres, las esposas y sus damas, aun riendo sin cesar con disimulo y cuchicheando, y, por último, los sirvientes. Cerraban el cortejo los otros *sikhs*; echó a andar el jardín florido hacia la sombra de las últimas casetas de la Aduana.

Casi al mismo tiempo, Bill oyó una voz familiar que le decía:

—¡Buenos días, *sahib*! ¡*Sahib* es mi padre y mi madre! Yo soy siempre el siervo de *sahib*.

¡Era Silas!

Silas era un *tamil*^[12] alto, delgadísimo y negrísimo. Era casi guapo; tenía el aspecto de un pollo de halcón medio extenuado, y, como muchos criados indios, carecía de edad. Llevaba sobre la cabeza un mugriento *tarboosh*^[13] negro, y a juzgar por el sucio traje caqui que llevaba, se hubiese pensado que llevaba sin trabajar no ya meses, sino años; pero Bill ya sabía a qué atenerse. Aquello no era nada más que un «traje». El que Silas tenía preparado cuando iba a recibir a antiguos clientes. Estaba concebido deliberadamente para producir el efecto de extenuación y extrema pobreza.

El ver a su antiguo criado deprimió a Bill por un momento. Había tenido el propósito de prescindir de toda clase de criados, aunque decía la gente ser imposible tal cosa. Pero, desde luego, se había propuesto evitar todo trato con Silas, pues este era embustero, ladrón, hipócrita, chismoso y lamentable chantajista. Silas le escribía dos veces al año para decir que su enorme familia de hijos, mujeres, padres y madres, y padres y madres de sus mujeres y todos los que dependían de él estaban muriéndose de hambre y sin casa. No se podían tomar demasiado literalmente sus historias, ya que ni él mismo parecía estar seguro en cuanto al número de sus retoños. Unas veces eran once, otras eran nueve, otras siete. No, no le hacía a Bill ninguna gracia ver a Silas. Había pensado esta vez esquivarle porque podía resultarle como el «Viejo del mar».^[14]

—¿De dónde sales? —preguntó al criado.

—De Bombay, *sahib*.

—Creía que vivías en Madrás.

—Sí, *sahib*; mi familia vive allí, todos muertos de hambre; mis hijos, y mis

padres, y mis abuelos, y...

Hubiera seguido catalogando a su familia, pero Bill le detuvo diciendo:

—Ya sé, ya sé. ¿Cómo sabías que venía yo en este barco?

—Tengo amigo que trabaja en gran oficina de barcos. Amigo me dio lista pasajeros. Lista viene correo aéreo de Londres. Vi nombre *sahib*, y vine darle bienvenida. *Sahib* es mi madre, mi padre y el padre y la madre de mis hijos, esposa, padres...

La catalogación recomenzaba.

—¡No, gracias! Bueno, anda; encárgate de mi equipaje.

Un resplandor brilló en los ojos negros de Silas. Ya tenía empleo. La clase de empleo que él deseaba, con un *sahib* de buen carácter y que no contaba las *annas* ni aun las rupias, ni refunfuñaba sobre las cuentas del *dhobi*.^[15] Él, su mujer y sus hijos, lo pasarían bien durante otro año. Silas se fue como un perro flaco, saltando alegremente detrás de Bill hasta la cabina, donde este le fue dando el equipaje.

—No dejes que te engañen los *coolies*.

—No, no engañan, *sahib*.

La oscura cara se abrió con una ancha sonrisa que mostró sus relucientes dientes blancos, y luego desapareció entre la multitud.

No era la de Silas una sonrisa de gratitud. Bill ya lo sabía. No quedaba mucho espacio para la gratitud en la vida de aquellas gentes que, como Silas, vivían la mayor parte de su vida sin tener bastante para comer y teniendo que buscar techo y sustento para una docena de parientes, con menos de seis peniques diarios. No, no era una sonrisa de gratitud; era una sonrisa de satisfacción por haber conseguido el empleo, por la sagacidad que le permitió descubrir el nombre de Bill en la lista de los pasajeros.

—Sí —pensó Bill—, soy un *primo*,^[16] y él lo sabe bien. Sabe también que me quedaré con él como criado después que arregle lo del equipaje. —Y sonriendo, pensó—: Bueno, después de todo, me lo puedo permitir.

Entonces vio a Stitch que venía hacia él. A última hora se había cambiado de ropa, y ahora venía con un traje blanco, de corte excelente, pero algo ajado. Sin duda era fea y como curtida por la intemperie; pero parecía circundarla una sombra de fatigado resplandor que hacía grato el mirarla. Bill tuvo la impresión de que a aquella mujer le había ocurrido algo terrible que había extinguido en ella toda locura, coquetería y feminidad. Hasta el calor cordial, hasta lo humano, había sido extinguido en ella.

Llevaba un cigarrillo en la mano, y dijo:

—Vamos a tierra a pasar la Aduana.

Se abrieron camino a través de la multitud hasta la entrada de la pasarela y se deslizaron uno tras otro como monedas por la ranura de una máquina automática en la fila que bajaba por la pasarela hasta el desembarcadero.

Apenas salieron de la sombra de la cubierta, el sol cayó violentamente sobre sus hombros como fuego líquido. Abajo, el desembarcadero estaba atestado. Las grúas ya estaban trabajando y sacando incesantemente del gran buque blanco cajas y fardos. El sol indio relucía contra el cemento y el metal del desembarcadero, y reflejándose, volvía a herir los ojos doloridos. La fila de pasajeros bajando por la pasarela se apelotonaba; y del grupo que había a la cabeza se desprendía un cálido vaho de aquel fuerte olor de la baronesa, mezcla de sudor y patchulí, y oyeron su voz que se quejaba:

—¡Este *jofen* me ha pisado!

Empinándose, vio Bill a un joven, un escuálido *parsi*^[17] de tez grisácea que se excusaba confuso ante la gritona y áspera voz de la baronesa. Detrás de ellos una voz bronca dijo:

—¡Vamos, acaben de una vez! ¿Es que vamos a estar aquí todo el día al sol?

Bill sintió una ráfaga rápida de irritación que suele acometer a la gente en la India súbitamente, sin preaviso, cuando algo, que es la India, parece desnudar todos los nervios.

—¡La gordinflona esa...! —dijo Stitch.

Entonces la fila comenzó a moverse de nuevo. Llegaron al final de la pasarela y Stitch, con un desdén muy australiano de lo reglamentario, saltó la barrera que hacía guardar la formación a los pasajeros, e hizo ademán de ir directamente al tinglado de la Aduana. La voz de un oficial de Aduanas salió de entre la fila. El hombre iba corriendo hacia Stitch, gritando:

—¡Cuidado, señora! ¡Que una caja...!

Fueron las últimas palabras que pronunció en su vida. La gran grúa del barco giró y se oyó un chasquido de un cable. El hombre que un momento antes corría hacia Stitch, gritándole y avisándole, ya no existía. No quedaba más que una mano, una sola mano, que salía de debajo del pesado cajón que había caído sobre él. Bill lo vio todo con horrible claridad: El cajón, que llevaba dentro un camión; el rótulo estampado: «Universal Motors»; la mano que se movió convulsivamente un segundo y que luego se derrumbó como un pequeño animal que recibe un tiro para quedar luego inmóvil y flácida al lado de un hilillo de sangre. Y vio a Stitch desplomarse en el polvo y la suciedad del muelle, con la falda y la chaqueta de blanco immaculado salpicadas de rojo.

Los *coolies* empezaron a aglomerarse con voces y algarabía, y Bill, levantando a Stitch y cogiéndola en brazos, corrió diciendo: «¡Paso! ¡Paso!», mientras la llevaba a la sombra del cobertizo del desembarcadero. Mientras iba llevándola, se dio cuenta, con súbito destello, de quién era la cara que había estado poco antes queriendo recordar. Los ojos, que eran como aquellos ojos brillantes de la mujercita misionera. Eran la cara y los ojos de

Homer Merrill, que, tiempo atrás, mucho tiempo atrás, había sido su mejor amigo.

Depositó a Stitch sobre una de las mesas bajas, entre los equipajes, y llamando a un hombre que había cerca, le dijo:

—Vaya a buscar al médico del Lazareto.

Luego pensó, echándose su salacot sobre la coronilla: «¡Mal agüero!», y después: «Si esta mujer se hubiera quedado en la fila, como debía, ese pobre diablo aún viviría».

* * *

Entre Madrás y el Deccan, en medio del Hyderabad, llovió de pronto, sin previo aviso. El agua cayó de las pesadas nubes negras que de algún modo se habían abierto camino desde Oriente, sin soltar, en su viaje, la húmeda carga sobre la estrecha faja de tierra a lo largo del mar Árábigo. Era un caso raro: un falso monzón, que sobrevenía en plena estación seca, y que, al principio, produjo una sensación de alivio al convertir el espeso polvo en barro y al formar entre las rocas rojas grandes charcos que al día siguiente disminuirían y desaparecerían por completo bajo el ardiente resplandor de un sol implacable. Pero, por el momento, mientras la lluvia caía a torrentes, los árboles, los ásperos arbustos espinosos, desprovistos por completo de hojas que se habían comido las cabras y el ganado trashumante, el suelo rojo y los propios hombres, los *coolies*, los *ryots*,^[18] los intocables, los ricos comerciantes y sus esposas encerradas en habitaciones *pardah*,^[19] todo y todos sentían una profunda sensación de alivio y la satisfacción de un viajero cansado y sediento que llegara a beber de un manantial de agua clara y fresca.

Los viajeros del expreso Madrás-Bombay bajaron las ventanillas que habían mantenido cerradas para no dejar entrar el calor, y permitieron a la lluvia que entrase, finamente pulverizada, a través de la tela de cobre que cubre las ventanillas. Los que un poco antes habían sido montoncillos de fino polvo en el suelo de los compartimentos, se convirtieron en arroyuelos de barro rojizo que parecía sangre. Cuando la lluvia cesó, tan súbitamente como había comenzado, salió el sol de nuevo, haciendo desaparecer la sensación de alivio y sustituyendo otra de desasosiego y malestar. Todos lo sentían, los *coolies*, los *ryots*, las mujeres encerradas en *pardah*, en cuya sangre fluían diez mil años de India; hasta los tres pasajeros europeos del expreso se sintieron desasosegados, incómodos, sin saber por qué. Había en aquella lluvia intempestiva algo no natural en una estación en la que no debía haber llovido.

La lluvia había hecho el calor ahora más intenso y sofocante. Antes de la lluvia, al menos el aire estaba seco, y el sudor se evaporaba y aliviaba algo; pero ahora, al caer el sol ardiente de lleno sobre las rocas húmedas y sobre los campos desnudos, cenagosos, se elevaba el vapor envolviéndolo todo, hasta que la gran meseta del Deccan fue como un gigantesco baño ruso.

En el tren, las ventanillas estaban otra vez cerradas, porque el aire que entraba era más sofocante aún que el que había dentro. En las cunetas, a lo largo de los rieles, el agua corría roja como sangre, y casi según se la estaba mirando se la veía disminuir y convertirse en un delgado arroyuelo que, poco a poco, se tragaba enteramente el calor del sol y la sed ansiosa de la tierra roja y cálida.

En todo el tren no había sino tres occidentales: un hombre, un niño y una mujer como de unos veintinueve años, todos ellos americanos. El hombre y el niño, acompañados de un muchachito indio, musulmán, ocupaban un departamento de segunda clase, incómodo y sofocante, y, un coche por medio, la mujer viajaba con todo el lujo que permite el clima indio. Era un coche reservado para ella sola, con tela de cobre extrafina para impedir que entrase el polvo, con ventiladores eléctricos especiales y con un gran recipiente de plata lleno de hielo que se renovaba en cada parada del tren, para atenuar la temperatura. Iban con ella dos criados vestidos con la librea púrpura y oro del *maharajah* de Jellapore, que iban a su servicio, y le servían combinados de ginebra cuando los pedía, jugosas rodajas de piña cortada de la punta de este fruto y melones y granadas que había en un extremo del vagón.

Era rubia, bonita, de lozana y deliciosa tez y con un tipo admirable. Llevaba una bata de gruesa seda amarilla, con el monograma «C. H.» bordado en seda escarlata. Iba echada sobre el diván, con los ojos cerrados y la cabeza sobre las almohadas, duras pero agradables con aquel calor. Todo el día, desde muy temprano, había estado allí echada, exhausta, sofocada de calor, abriendo los ojos y volviendo la cabeza ligeramente de cuando en cuando para mirar por la ventanilla hacia el ardiente paisaje o para coger el vaso que siempre tenía lleno, sobre un soporte pequeño que había al lado del diván.

Ya avanzada la tarde, cuando el tren había pasado de la ardiente meseta del Deccan y había comenzado a serpear por entre las lomas y valles que conducen a Poona, empezó a sentirse algo mejor y se sentó un rato para observar a las ruidosas multitudes de las estaciones y al ganado, principalmente cabras enanas, que pastaban aquí y allá y alzaban la cabeza para mirar al tren que pasaba, y luego se alejaban brincando como antílopes por entre las ardientes rocas rojas.

Contemplando todo esto, pensaba: «¡Vaya un país!». Y, sin embargo, le

gustaba. Si no, ¿por qué había vuelto?

Debajo del diván, una de las ruedas del vagón empezó a hacer un ruido. ¡Tap, tap, tap!, decía la rueda monótonamente, de un modo irritante, con una horrible constancia, sin fallar una sola vez.

En medio del calor, aquel sonido se apoderó de ella apagándole el pensamiento, agrandándose en su cerebro el machaqueo con creciente intensidad, hasta que fue como un martillo que le golpeaba la cabeza.

«No puede ser solamente la resaca»,^[20] pensó. «No me he sentido nunca tan mal». Después de un rato, durante el cual el ruido se volvió a apoderar de ella atormentándola, pensó: «Quizá hay algo de verdad en la historia de Mrs. Goswami. Quizá esa gente estuviera empezando a poner la cosa en práctica; quizá, en efecto he escapado en el momento justo».

Volvió entonces a ver el fantástico pabellón cubierto de buganvillas y de begonias, donde el hermano del *maharajah* había dado en su honor una fiesta de despedida. Volvió a ver los grandes tiestos de orquídeas que los oficiales subalternos ingleses desparramaban por el jardín a puntapiés, en broma.

Toda la fiesta comenzó a desfilarse por su imaginación por primera vez. Hasta ahora, cuando el sol estaba a punto de desaparecer en el horizonte, había estado echada sobre el diván del coche real de Jellapore, en una especie de coma compuesto a partes iguales de fatiga, de alcohol y de incomodidad. Ahora veía otra vez el «jazz-band» de negros reclutados en un regimiento de *sikhs*; la larga escalera bordeada de tiestos de flores que conducía el pabellón. Vio las figuras de los muchachos bailarines, dorados a la luz amortiguada, y los frescos del palacio. Recordó cómo ella había gritado: «¡Qué preciosidad! ¡Yo quiero uno!». Se acordó de las guerreras rojas de los oficiales y de las mesas llenas de botellas de champán y del primo del *maharajah* danzando una rumba, y la verdad era que ya no se acordaba de mucho más, salvo de haber salido varias veces al jardín y de haber permanecido allí fuera un buen rato.

«Sí», pensó. «Nunca ha habido una fiesta así en Nueva York, ni aun en los mejores tiempos. ¡Cualquiera sabe lo que pasaría allí!». Pensaba esto con buen humor.

Luego, el ruido de la rueda volvió a hacerse obsesionante. Parecía cada vez más fuerte. Tocó el timbre que estaba junto a ella, y un momento después un criado vestido con librea púrpura y oro se presentó:

—Khrisna —dijo:

Y el criado hizo una zalema y dijo:

—*Memsahib*.

—En la primera estación ve a buscar al jefe y dile que vea qué le pasa a esa rueda. Que se fije en el ruido. ¿Lo oyes tú?

El tap, tap-tap, tap, tap-tap llenaba el silencio entre las palabras, y el criado dijo:

—Sí, *memsahib*, lo oigo. Veré el jefe de estación.

Khrisna hubiera hecho todo lo que le pidiera. Ella sabía que la adoraba, no solamente porque era hermosa y porque siempre le había tratado como a un amigo, sino porque le había regalado una bicicleta.

Khrisna salió de nuevo, y ella se volvió a adormilar. Con aquel calor y el maldito ruido de la rueda era imposible dormirse del todo. En su estado soñoliento volvió otra vez a su memoria la imagen de la fiesta algo más claramente. Era como si en toda la belleza y corrupción de la noche precedente, con todo aquel ruido y confusión y champán, hubiera estado solamente a medias consciente; como si una parte de su espíritu hubiera ido anotando cosas que, al suceder, apenas había advertido.

Volvió a ver los tientos de orquídeas volando por el aire, impulsados por la bota de un oficial inglés con guerrera roja; y con los ojos cerrados, la cara de un bailarín se le representó otra vez muy claramente y la sintió muy cerca de su cara. Había en ello algo vagamente atemorizador.

Luego se acordó con toda claridad de lo que *mister* Goswami le había dicho junto al macizo de begonias. Era una mujer bengalí atezada y pequeñita, una «intelectual», que llevaba un *sari* rosa pálido, el cual no la favorecía, pues daba a su rostro un tinte bilioso. Hablaba inglés de manera casi perfecta.

—No, *miss* Halma —le decía seriamente—. Si usted quiere seguir mi consejo, váyase inmediatamente, ahora mismo, como ha indicado su alteza.

Y se acordó de haber contestado un poco violentamente y con aire de reto, porque ya había bebido mucho champán:

—Y ¿por qué he de irme sin tener ganas? Lo estoy pasando divinamente y no me apetece lo más mínimo regresar a Bombay.

Entonces *Mrs.* Goswami la tocó en un brazo, cosa rara en una mujer india, como ahora advertía en su relativa lucidez. *Mrs.* Goswami le dijo:

—Lo digo por su bien, amiga mía. Esas molestias que usted sentía no son una enfermedad corriente.

Estas palabras la habían despejado un poco y contestó:

—Era del calor.

—No —dijo *Mrs.* Goswami—. Es cosa que he visto antes de ahora, y en una ocasión he visto a una mujer morir después de experimentar esa misma sensación.

Todo esto volvía ahora a su memoria con toda claridad, aun a pesar del ruido de la rueda del vagón. Ella había contestado a *Mrs.* Goswami:

—¿Y por qué iba a querer alguien envenenarme?

Y *Mrs.* Goswami, mirando cautelosa en derredor, le había dicho en un

susurro:

—La *zenana*.^[21]

La indignación la había aterrado un momento. No porque realmente creyese a *Mrs. Goswami*, sino por una especie de sombra que súbitamente cayó sobre ella; la sombra de todas aquellas mujeres encerradas dentro del palacio y que nunca salían, sino en automóviles o carruajes que tuvieran herméticas cortinas. Nunca se las veía en Jellapore y, sin embargo, siempre se daba uno cuenta de su presencia.

Se sentía temerosa con todos aquellos recuerdos acumulados; aquella evocación de pequeños detalles, aquel extraño criado que encontró una noche por casualidad junto a la puerta de su habitación en el pabellón de invitados; aquel hombre extraño que había estado cerca de ella la noche anterior, cuando se sentó en el jardín; aquella *ayah*^[22] que había surgido como sirviente, saliendo de no se sabía dónde, pero que había insistido en que la habían enviado para atenderla y que no quería marcharse. Y luego, aquella constante sensación de ser espiada donde quiera que fuese. Se sintió súbitamente temerosa de todas aquellas mujeres: las cuatro maharaníes, las esposas de Jellapore, las hermanas y las tías, las muchachas que estaban encerradas, a las que ella no había nunca visto ni jamás vería. Todas ellas, en cambio, era seguro que la habían visto a ella desde las ventanas con celosías de la *zenana*, o, al pasar, por entre las cortinas de una carreta de buey o de un Rolls-Royce.

—No debe usted olvidar —le había dicho *Mrs. Goswami*— que son salvajes. No son como yo. Yo he estado en Europa. La mayor parte no saben ni leer ni escribir. Piensan que tienen toda la razón.

La menuda y atezada bengalí se quedó un momento silenciosa y luego dijo, como si la impulsara una firme resolución:

—Están perfectamente enteradas incluso de lo de la sortija y el collar que él le ha dado a usted. Eso es lo que más furiosas las ha puesto.

Se asombró de que *Mrs. Goswami* estuviera enterada del regalo de la sortija y del collar. Pero, si las mujeres de la *zenana* lo sabían, ¿cómo podían saberlo? Y sin embargo lo sabían. Lo sabían todo. Costaba trabajo creerlo cuando se pensaba en el propio Jelly, con sus caballos, su jugar en Deauville, sus cenas en Maxim's y en el Savoy; costaba trabajo creer que detrás de sí, en la India, tenía aquel harén lleno de mujeres medio salvajes y vengativas.

—Ya ve usted —dijo *Mrs. Goswami*— le tendrían miedo si usted fuese huésped del *maharajah*; pero tratándose del hermano es diferente. El hermano es más popular en la *zenana* que el propio *maharajah*, y están celosas de él, y él no tiene sobre ellas el poder del *maharajah* para castigarlas.

—Lo comprendo —había contestado—. Lo pensaré.

Luego había dado las gracias a *Mrs. Goswami* y las dos habían regresado al pabellón, pero no sin haber visto antes a un criado deslizarse de entre los arbustos cercanos a ellas, por entre un macizo de buganvillas.

Más tarde, entre el champán, la música y la danza, había olvidado la escena con *Mrs. Goswami*. Era raro que del resto de la noche no recordara nada en absoluto. Por más esfuerzos que hacía, no podía recordar cómo se había marchado de la fiesta ni cómo había llegado a este tren, para meterse en una de los vagones reales de Jellapore, con sus adornos de plata y sus elefantes dorados. Simplemente, se había despertado allí, entre aquel calor, con una terrible «resaca», y mucho después de haber salido el tren de Jellapore. La última cosa de que se acordaba era de los oficiales con sus guerreras rojas, dando puntapiés a las orquídeas, mientras comenzaba a despuntar la aurora.

No podía haber sido sencillamente el champán. Siempre había sido famosa por su capacidad para beber la cantidad que fuera, sin llegar a perder la cabeza; siempre la había distinguido esta resistencia, incluso cuando, hacía mucho tiempo, solía ir con Bill. No, tenían que haberle dado algo para desembarazarse de ella. Una de aquellas figuras oscuras y fluctuantes, pagadas por las mujeres de la *zenana*, lo había hecho; o quizá el mismo hermano del *maharajah*, para asegurarse de que se marcharía de Jellapore antes de que Jelly volviera.

Sintió tentaciones de reír. Echada. Echada... por las malas, como cualquier borracho pendenciero de un *cabaret*. ¡Una cosa original! Ella echada de esa manera, ella, Carol Halma. ¡Es lo que le faltaba por ver!

Abrió los ojos perezosamente y volvió a escuchar el ruido de la rueda que iba espaciándose y decía: «tap... tap... tap... tap», cada vez más lentamente. Estaban llegando a una estación. «Gracias a Dios», pensó, y tomó un sorbo del alto vaso lleno de ginebra y jugo de frutas, y se sintió mejor. «Un clavo saca otro clavo», pensó. Pero el champán era siempre igual al día siguiente: demasiado ácido, demasiado dolor de cabeza. De repente se miró las manos; la sortija seguía allí, con su gran piedra cuadrada de profundos reflejos que recibía de los rayos del sol poniente. Se le ocurrió una idea y tocó el timbre. Al instante apareció Khrisna.

—¿*Memsahib*?

—¿Está mi joyero con el equipaje?

—Sí, *memsahib*.

—Tráemelo.

El criado desapareció, y arropándose con la bata, Carol se sentó estirando sus largas y bellas piernas sobre el diván. Abrió su bolso y sacó un espejo para mirarse. No estaba en uno de sus mejores días, pero sí mucho

mejor de lo que ella esperaba. Era extraordinario lo mucho que podía beber sin perder su atractivo. «Supongo, pensó, que lo debo a mi sangre sueca».

Sacó un peine y puso un poco en orden sus rubios cabellos. Estaban veteados de franjas, un poco por el sol y otro poco porque necesitaban un retoque. La dejaba indiferente; la sensación de desmadejamiento que había sentido empezaba a disiparse, y pensó: «En la próxima estación voy a bajar para estirar un poco las piernas».

El tren ya se estaba deteniendo, pero por la ventanilla aún no se veía más que una llanura sin fin de tierra bermeja, y aquí y allá alguna que otra granja aislada, con paredes de arcilla roja.

Se abrió la puerta y Khrisna volvió trayendo el joyero. Carol lo cogió, lo abrió y despidió al criado. Sacó una por una las bandejitas. Todo estaba allí. Las pulseras, las sortijas, los pendientes, los alfileres; todo brillante, rojo, azul, verde, blanco y platino. También estaba el collar, con sus rubíes reluciendo como sangre en su montura india, pesada y un poco chabacana. La cambiaría cuando volviese a París. Ostertag le haría una nueva montura admirable.

Sacó el collar y lo movió para que los rubíes reflejasen la luz. «Es curioso —pensó mirándolo— que me haya dado este collar y el anillo, a cambio de nada; y eso, después de decirle desde un principio que nada debía esperar... A no ser que... me haya ocurrido algo anoche». Pero desechó la sospecha como imposible.

Dejando a un lado las joyas, volvió a sentarse, quieta y pensativa. Quizá fuera simplemente porque le gustara que le viesen con mujeres guapas, con mujeres rubias. Era el primer hombre que le había regalado joyas semejantes, simplemente porque le vieran con ella, para hacer creer que era un gran conquistador, aunque no fuese verdad. En Bombay era diferente con los *parsis* y *khojas*.^[23] También ellos le daban joyas, pero le pedían en cambio que se casara con ellos; anhelaban que todo Bombay, que toda la India, creyese que ellos solos eran dueños de su rubia belleza; pero ninguno lo había sido.

El tren efectivamente se paraba ahora. Mirando por la ventanilla vio las casitas indias y los ostentosos edificios del Estado que se alzaban sobre ellas como dignatarios pomposos y gordos, moviéndose entre una multitud arrodillada. Abrió rápidamente una maleta que Khrisna había dejado en el diván de enfrente. Sacó una falda, una chaqueta, una blusa y un par de zapatos. Se despojó de la bata y se vistió rápidamente.

Cesó el ruido. El clamor indio de la estación ocupó su lugar con la algarabía de esa India que nunca parece saciada de viajar; los gritos de los vendedores de dulces y de los musulmanes o hindúes bebiendo agua; el sonido del gong que señalaba la llegada del tren; los grititos como de pájaros

de las mujeres que saludaban a amigos y parientes, y, sobre todo ello, el olor de guirnaldas de jazmines arrolladas sobre los cuellos flacos de los viajeros que llegaban o partían para visitar amigos y parientes. Contempló perezosamente el espectáculo a través de la tela metálica que cubría la ventanilla. Una enorme multitud se había reunido en torno al vagón real de Jellapore. Se apretaban contra el coche, tocando con los dedos los elefantes dorados y los pavos reales que adornaban el exterior, y aplastaban las narices contra la tela metálica que cubría las ventanillas para tratar de descubrir al personaje que debía de ir dentro. El olor del sudor y del polvo y de flores marchitas que emanaban todos ellos, empezó a llenar el propio coche real. Carol tocó el timbre, pero Khrisna no apareció. Sin duda había salido, acompañado de su subordinado, a buscar al jefe de estación y quejarse del ruido de la rueda. Carol intentó cerrar por sí misma las persianas para poder desembarazarse de las caras que la hacían sentirse en cierto modo desnuda y avergonzada; pero hacía tanto calor, que el esfuerzo le pareció excesivo y abandonó su propósito. Lo único que consiguió fue romperse una de sus uñas, primorosamente lacadas, haciéndola exclamar: «¡Maldita sea!».

Decidió bajar al andén. Era preferible a seguir allí expuesta como en una pecera. La gente la seguiría, mirando constantemente su tez de leche y su rubio cabello, pero ya estaba acostumbrada a eso. Cogió el sombrero tirado sobre el diván, y al mismo tiempo oyó un clamor que se elevaba de la multitud. Se empujaban y gruñían y gritaban y protestaban en indostánico y en maharatta. Detrás de ellos aparecieron dos guardias bajitos y forzudos, que aplicaban a derecha e izquierda golpes con sus *lathis*,^[24] gritando en gutural maharatta. Rápidamente el espacio contiguo al coche real quedó limpio de gente y Carol se sentó; ya tranquila, encendió un cigarrillo y bebió otro sorbo de ginebra.

No había nada que hacer sino esperar. Se moría de ganas de que el dichoso tren llegase a Bombay, para poder ir corriendo al Taj Mahal Hotel, bañarse y bajar al bar y enterarse de quién había en la ciudad. Ahora se sentía mucho mejor, y su vitalidad de siempre surgió de nuevo con la acostumbrada impaciencia y con la inquietud que la atacaba en los viajes largos. ¡Si siquiera el tren indio no desperdiciara veinte minutos o media hora en cada estación!

Debajo del coche empezó a sonar un martilleo. Serían los obreros de la estación examinando la rueda. Pidió a Dios que la pudieran arreglar, porque aquel tap... tap, si continuaba todo el camino hasta llegar a Bombay, la volvería loca. Cesó el ruido del martillo. La multitud que había fuera se había retirado ya detrás de los dos guardias a una distancia decorosa. Aun chillaban y husmeaban, pero no podían ya ver el interior del coche. De

cuando en cuando alguno de ellos se escapaba por entre los dos guardias y tenía que volver atrás, después de recibir un golpe en un hombro o en un brazo con el *lathi*.

* * *

Cuando el tren se detuvo en la estación, el hombre que había en el coche de segunda clase se revolvió y miró por la ventanilla. Vio el nombre de la estación, «Lepta», y debajo, otro rótulo: «Empalme para Ranchipur».

Todo el jaleo, todo el vocerío toda la confusión del andén no era nada nuevo para él y después de una simple ojeada se volvió hacia el niño que estaba sentado a su lado mirando los dibujos de una revista infantil inglesa.

—¿Quieres salir y estirar un poco las piernas, Tom?

—¡Ya lo creo, papá!

El niño, que tenía poco más de nueve años, saltó de su sitio y dijo:

—Dame ocho *annas* para comprar naranjas.

Su padre metió la mano en el bolsillo de la chaqueta blanca que estaba colgada sobre el diván, sacó una rupia y se la dio.

—No te pierdas y se te vaya a marchar el tren.

—No, papá; claro que no.

El padre era un hombre de treinta y cuatro o treinta y cinco años, con alta y ancha frente, ojos azules y una boca que podría haber sido sensual, si las arrugas de las comisuras —arrugas que solo llegan después de años de abnegación— no hubieran hecho desechar la idea. Había también en su cara las arrugas del buen humor; no era una cara rígida que invitase poco a conversar con él; no era la cara de un asceta intransigente y desagradable. Había en sus ojos azules demasiado buen humor y demasiada tristeza. Era un rostro amable, iluminado por expresión simpática, a la que ayudaban las arrugas que formaba su mandíbula y la firmeza de su barbilla.

Por el calor, llevaba tan solo un *sarong*,^[25] vestimenta que había copiado en los estados malayos, y estaba desnudo de cintura arriba. Tenía el cuerpo musculoso, quizá demasiado delgado, pero de bellas proporciones; no atezado, sino del color marfileño de un hombre que ha vivido mucho en los trópicos.

Se asomó y miró afuera. El niño estaba regateando con un vendedor de naranjas y gozando con el regateo. El vendedor dijo algo violentamente, en indostánico e hizo ademán de irse. El niño se quedó quieto y esperó, y el vendedor, después de dar dos o tres pasos volvió. Entonces el niño le volvió a decir algo, también en indostánico, y el vendedor flaco y negro, que llevaba un sucio *dhoty* originalmente blanco y ahora muy manchado, alzó los brazos

y repitió de nuevo la pantomima. El chiquillo volvió a quedarse quieto esperando. El vendedor, como a la desesperada, le dio diez naranjas y cogió el dinero que le daba el niño. Este no podía haberle dado la rupia, porque no esperó vuelta alguna, y diez naranjas en el Deccan no podían haber costado una rupia.

El padre sonrió mientras observaba. No en vano su hijo había nacido y vivido en Oriente. Había aprendido bien a regatear. Quizá esto podría ayudarle mucho más adelante, en Occidente, cuando el regateo fuera distinto, pero no menos mal intencionado, no tan franco ni tan divertido como el regateo de Oriente.

El hombre pensó: «Estará conmigo todavía otras treinta y seis horas, y luego, en cinco años no volveré a verle». Este pensamiento le entristeció y preocupó. Volvió su mirada hacia el niño indio que, con los ojos vendados, estaba sentado, cruzadas las piernas y muy tieso en el diván de enfrente:

—Alí —le dijo en indostánico—, ¿quieres bajar al andén a pasear?

—No, *sahib* Buck, no puedo ver nada.

—Tom ha ido a buscar naranjas, ¿quieres tú una?

—Sí, *sahib* Buck.

Luego, volvió la cabeza y la inclinó un poco hacia adelante. Estaba escuchando.

Merrill le observó mientras pensaba: «No tiene remedio». El niño era hijo de la viuda de un *mahout*,^[26] y se había criado en Jellapore, en las inmediaciones del recinto de los elefantes del *maharajah*.

El niño indio habló de pronto:

—Es curioso, *sahib*, cómo se puede ver con los oídos.

—Sí —dijo Merrill observando al niño.

—Sí, se puede ver todo lo que ocurre en el andén con solo escuchar los sonidos.

Merrill no contestó, y entonces el niño preguntó:

—¿Crees, *sahib*, que volveré a ver... con los ojos?

—Me parece que sí, Alí. El doctor *sahib* de Bombay es un gran hombre. Es una suerte para nosotros que esté allí. Ha venido desde muy lejos, atravesando las aguas negras del mar.

La cabeza del niño se movió de un lado a otro pensativamente, mientras decía:

—¡Me gustaría tanto volver a ver! Quisiera ser *mahout*; quisiera conducir el elefante del *maharajah*, su gran elefante particular Akbar. Los hindúes no entienden a los elefantes. Por eso todos los buenos *mahouts* son musulmanes.

De nada servía engañar al niño haciéndole creer que volvería a ver, si el amigo del coronel Moti comprobaba que nada podía hacerse. A la larga,

resultaría cruel.

La puerta del departamento se abrió y entró el hijo de Merrill con la rupia en la mano.

—¡He conseguido diez naranjas por cuatro *annas*!

—Dale un par de ellas a Alí —dijo Merrill.

El niño americano colocó dos naranjas en las manos vacías y extendidas del niño ciego.

—¿Puedes pelarlas? —le preguntó.

—Sí —dijo Alí.

—Te escribiré cuando llegue a América —dijo Tom—; le escribiré a papá y él podrá leerte la carta. Tendré mucho que contar.

Merrill se preguntó qué opinión se formaría Tom de su país. Y otra vez sintió la angustia en el estómago «No será nada fácil estar cinco años sin ver al niño. Cinco años; desde los nueve a los catorce».

Merrill miró su reloj; el tren llevaba parado en la estación más de media hora. La parada usual era de veinte minutos. Miró por la ventanilla y vio que la multitud se había reunido con un silencio tan extraordinario en el andén de una estación india, que comprendió que algo de interés inusitado estaba ocurriendo. Estaban todos inmóviles, atisbando, y en el desacostumbrado silencio oyó dos o tres voces distintas que se alzaban en una discusión violenta.

—¡Miseria y desolación, *memsahib*, no se puede hacer nada! —oyó que decía una voz ligeramente familiar para él, en indostánico.

Le pareció a Merrill que era la voz de Khrisna, el mayordomo de palacio. Luego oyó la voz de una mujer que decía algo que no entendió y la voz del jefe de estación que salmodiaba en un inglés anglo-indio:

—Estará roto eje, señora. Peligroso, para usted más aún que para demás.

Merrill pensó: «¡Vaya por Dios! Esto quiere decir que va a venir aquí». Se sintió súbitamente alarmado. ¿De qué iba a hablarle él a aquella señora durante todo el camino hasta Bombay? Nunca había tratado a una mujer como aquella. No había tratado íntimamente a ninguna mujer sino a su difunta esposa.

Las voces continuaban fuera discutiendo interminablemente. Pero no podía oír lo que decían. Estaba asustado. Rápidamente y de pronto, poniéndose en pie, se vistió una camisa de barata seda blanca; se quitó el *sarong* y se puso unos pantalones cortos, blancos, unas medias y un par de zapatos, aterrado ante la idea de que ella pudiese entrar en el departamento sin previo aviso y encontrarle allí medio desnudo, por el calor.

Su hijo levantó los ojos de la naranja que estaba partiendo pacientemente y preguntó a su padre:

—¿Por qué te vistes, papá?

—Quizá va a venir aquí una señora.

—¡Ah! ¿Esa señora guapa del coche del *maharajah*?

—Sí.

—¡Ah! —repitió el niño y continuó partiendo cuidadosamente la naranja en gajos.

* * *

No había nada que hacer. El sentido común se lo decía. No podía seguir viajando en el coche de un expreso con un eje roto.

Khrisna seguía murmurando: «Miseria y desolación» y diciendo que no era suya la culpa, pero aquello no resolvía nada.

Al jefe de estación, servil y contrariado, le decía Carol:

—¿Dónde voy a continuar mi viaje?

—Hay dos *pardahs*, *milady*.

—¿Vacíos?

—No; hay dos señoras en uno y tres en otro.

No; eso era imposible. No iba a pasarse el resto del asfixiante viaje encerrada en un coche *pardah* sin ventilar, contemplada constante e inexorablemente por un par de mujeres que no habían salido nunca del harén. Dios sabe qué pensarían de ella. Se pasarían el viaje contemplándola con sus enormes ojos negros. El departamento estaría sin aire, maloliente y sofocante, con el nauseabundo olor del almizcle y de los jazmines marchitos. Esas mujeres, que jamás habían conocido la libertad, carecían en absoluto de educación. No le quitarían la vista de encima, haciendo toda clase de estúpidas suposiciones acerca de ella, tratando de adivinar quién era, de dónde había salido, a dónde iba. La mirarían durante cinco horas inacabables, hora tras hora, minuto tras minuto.

Un sentimiento de violenta exasperación se apoderó de ella. Siempre ocurría lo mismo en la India. Precisamente cuando una empezaba a disfrutar, las mujeres de la *zenana* le daban a una un brebaje; o se rompía el vagón del tren..., o cogía una el cólera... La queja sempiterna de los occidentales se apoderó de ella. ¿Por qué se le había ocurrido volver a la India? De vuelta en Europa, la India parecía maravillosa y romántica, pero tan pronto como se volvía a la India, el espejismo se desvanecía bajo el peso de millones de cosas fastidiosas. ¡Era el país más odioso del mundo entero!

—¡Khrisna! —dijo—, saca el equipaje al andén y ve y... nada, nada, simplemente saca el equipaje al andén.

—Muy bien, *memsahib*.

Carol había pensado ordenarle que fuese a preguntar al desconocido del departamento de segunda clase si le permitía compartir con él su reservado para seguir el viaje hasta Bombay, y, en medio de la frase, lo pensó mejor. El hombre podía negarse a Khrisna pero no a ella en aquellas circunstancias. Había una cosa que la animaba. La ojeada que había echado a su compañero de viaje por la mañana, poco después de despertarse. Había visto un hombre blanco que vestía *sarong* y chaqueta, hablando con el jefe de estación, y no se acordaba de más. Estaba cuando le vio muy amodorrada y enferma para fijarse en más detalles. Pero era evidente que no se trataba de un oficial inglés. Un oficial inglés hubiera ido vestido de blanco impecable, sentado muy derecho, sin quitarse siquiera el salacot, a pesar del calor, hasta llegar a Bombay. A un hombre así hubiera preferido los horrores del coche *pardah*. El hombre del departamento de segunda clase era, según las normas oficiales británicas, «un chalado»,^[27] o no hubiera ido vestido como iba, con un indumento cómodo y adecuado para el calor; y Carol se sentía siempre a gusto entre personas que estuvieran un poco chifladas.

Dijo al jefe de estación:

—¿Cuánto tardará el tren en salir?

—Media hora, señora. Tenemos que dejar aquí el vagón.

Carol no contestó, pero se sintió fastidiada. Tenía pensado llegar a Bombay a las ocho, tomar un baño, ponerse otra ropa, bajar luego a ver quién había en el Bar del Taj Mahal, averiguar qué día había carreras y reatrapar, en fin, todos los hilos de aquella complicada vida artificiosa que había soltado al marcharse a Jellapore. Con este tropiezo ya no llegaría hasta las nueve o nueve y media, todos sus planes quedaron desbaratados. Llegaría tarde para la hora del coctel y tendría que cenar sola.

—¡Maldita India! —dijo en voz alta y recogió su bolso, su sombrero de fieltro blanco y sus guantes.

«Quizá sería mejor que me pusiese unas medias», pensó; mas luego desechó la idea. Si al hombre extraño le parecía bien viajar en *sarong* no le importaría que ella fuera sin medias. Volviéndose hacia el atareado Khrisna, le dijo:

—No olvides la ginebra y el jugo de lima.

—No, *memsahib*.

Luego se retocó la cara y atusó el pelo, y marchó hacia el departamento de segunda clase en busca del hombre extraño.

Cuando Carol apareció en la puerta del vagón real, un murmullo, una especie de alargado «Ah... ah... h... h» se levantó de la multitud de indios contenida por los dos policías. Para ellos, la vista de aquella mujer alta y rubia era mejor que una función de circo para los habitantes de una aldea de los Estados Unidos. En aquella oscura estación de empalme del ferrocarril

habían visto antes otras mujeres europeas, pero ninguna como ella. La mayor parte de las que pasaban por allí eran mujeres inciertas, vestidas descuidadamente con trajes de mal corte, mujeres arrugadas a quienes el rigor del clima indio había chupado su lozanía, su belleza y su vitalidad. Aquella dorada aparición, entre el calor y el polvo, con su tez sonrosada y blanca, con un cuerpo que mostraba toda su magnificencia bajo la fina seda blanca y aquel andar grácil y no exento de insolencia, con sus pasos lentos y mesurados que aprendió años antes en el escenario del teatro de Nueva Amsterdam, parecióles a los indios una diosa. Era «Freya» apareciendo súbitamente ante los fieles del oscuro Sita y de la Malvada Kali. Quizá una Freya algo demacrada y abatida por las excesivas libaciones de la noche anterior, pero el efecto de su rubia cabellera y de su admirable figura fue tremendo.

Bajó al andén y echó a andar hacia el departamento de segunda clase, con un ritmo ondulante que recordaba el de las templadas olas del Golfo Pérsico; un ritmo calculado para suscitar el interés de los cansados hombres de negocios de la lejana Nueva York. La multitud rompió la barrera de los policías, despreciando los golpes de los *lathis*, y se apretujó en torno a ella con su olor a polvo, a petróleo y a sudor cerrándole el paso, hasta que los vigorosos policías lo abrieron otra vez a porrazos. Alarmada y algo descompuesta, se las arregló, con la ayuda de los policías, para llegar hasta el estribo del coche de segunda. No se había asustado en demasía, porque estaba habituada a tales demostraciones. Cuando iba a los mercados o a los bazares, las gentes se reunían y luego la seguían como pequeños insectos oscuros atraídos por una luz.

* * *

En el departamento de segunda clase, Merrill había estado muy atareado —como una ama de casa que espera una visita súbitamente anunciada— poniendo todas las cosas en orden.

Aun a pesar de aquel calor de infierno, experimentaba un repentino retorno de energía. Y aquella indolencia y apatía nacidas de largos ataques de paludismo, que hacían que hasta el vestirse resultara un esfuerzo tremendo, parecieron alejarse. Causa de ello era, en parte, la buena educación, aquella educación recibida hacía mucho tiempo en la familia de un clérigo, en un valle del Estado de Nueva York; un instinto remoto le decía que tenía que poner un poco de orden en aquella confusión. Pero también estaba procurando poner orden en el coche, porque sabía que la mujer a quien aguardaba pertenecía a otro mundo; a otro mundo que él no conocía y

en el que nunca había conocido a nadie. Un mundo de libres costumbres, donde se bebía con exceso, donde ocurrían cosas incomprensibles. Pues no le era desconocida su compañera de viaje. La conocía, como la conocían los seis millones de habitantes del Estado de Jellapore. Los funcionarios del Estado, la *zenana*, los nobles, los ricos comerciantes, los misioneros, sabían algo de ella. Pero también lo sabían los míseros *coolies* y los *ryots* y sus familias. Hasta a las tímidas y nunca vistas tribus aborígenes de las selvas les habían llegado vagos rumores, ya convertidos en leyenda, sobre una diosa rubia que había llegado al palacio con el hermano del *maharajah*. Por eso Merrill tenía también noticias sobre la diosa, más exactas que las de los indígenas. Y ahora, de repente, iba a darse de manos a boca con aquella criatura casi legendaria a la que nunca había esperado ver.

Así, en cierto modo y sin darse cuenta, se había preparado para la llegada de aquella extraña mujer, como si en realidad se tratase de una diosa.

Fue precedida su llegada del murmullo de la multitud del andén y de las maldiciones y exclamaciones de los guardias y los gruñidos de los que recibían los golpes de *lathi* en la cabeza o en las costillas. Luego hubo un silencio súbito. Estaba Merrill empujando la última de una pila de piñas debajo del asiento, cuando al elevar los ojos al dintel se encontró con ella que estaba a la puerta del departamento.

Traía un joyero en la mano.

—Perdone usted —le dijo— por irrumpir de este modo, pero mi vagón se ha roto y no tengo otro sitio para continuar el viaje.

Las palabras eran más inglesas que americanas, pero el acento con que las pronunció tenía un eco procedente, de un modo inconfundible, de la cuenca del Missisipí. Con su larga experiencia de idiomas y dialectos, había adquirido Merrill un finísimo oído para apreciar estos matices. Cuando dijo ella «irrumpir» lo hizo con una larga «r» inconfundible. Al oírla se disipó un tanto la timidez que le había asaltado al ver su aparición.

Tommy^[28] también se sobresaltó al verla y Alí inclinó su cabeza con atención, buscando el sonido de la voz.

—Pase usted —dijo Merrill—. He oído la algarabía fuera y ya me he figurado que sería usted que venía hacia acá. Entre y póngase cómoda. Mejor será que se siente aquí, porque los niños han tomado posesión de esa parte del coche y ya se sabe que los niños suelen ensuciar bastante.

Carol se sentó, casi tímidamente, en el borde del asiento, sosteniendo desmañadamente el joyero en su regazo. Merrill se dio cuenta en seguida no solo de que ella estaba también algo intimidada, sino de la belleza de su compañera. «Debería haberse puesto algo más de ropa —pensó— para bajar al andén».

—No me atraía la idea de ir al coche *purdah* —dijo ella—. Ya sabe usted cómo son esas mujeres.

—Sí, ya lo sé.

El tren dio una sacudida de pronto y echó a andar. Carol se alarmó:

—¿Pero es que nos vamos? Todo mi equipaje está en el otro vagón.

—No, deben de estar quitándolo.

—Todo cuanto he traído está allí —insistió ella.

—¿No trae usted criado?

—Sí, traigo dos.

El tren dio otra sacudida y se detuvo.

—Voy a ver, para estar seguro.

—Es usted muy amable.

Merrill bajó al andén y vio que el tren había retrocedido unas doscientas yardas hasta una vía muerta. En todas las ventanillas asomaban curiosos que contemplaban la operación. Por todas partes se oían exclamaciones alegres. Con la paciencia y el buen humor de los indios, el accidente, que en Europa hubiera sido un terrible fastidio, se había convertido en una verdadera fiesta. A lo lejos, en el andén, percibió la figura del regio sirviente de Jellapore vestido de escarlata y oro, parado junto a una inmensa pila de baúles y maletas. Merrill pensó: «¿Es posible que sea suyo todo?». Decidió quedarse allí hasta que lo subieran al tren. No sentía deseos de volver a entrar en el coche con ella: no estaba seguro del motivo, pero deseaba quedarse fuera todo el tiempo que le fuera posible.

Dentro del coche, Tommy miraba a la hermosa señora y le dijo de pronto:

—¿Qué tiene usted en esa caja?

—Una porción de cosas bonitas —contestó ella en seguida—. ¿Te gustaría verlas?

—Sí —dijo Tommy acercándose—; déjeme verlas.

Carol abrió el joyero, y el niño se quedó mirando con la cabeza ligeramente ladeada. Entonces Carol sacó una tras otra las bandejitas en que estaban las joyas y las dejó sobre el asiento, a su lado. El collar, las pulseras, los alfileres, los pendientes. Y los dos, la antigua corista de las «Folies» de Nueva York y el niño, se quedaron contemplándolas.

En los ojos de ambos había la misma expresión de maravilla que se pinta en los ojos de los pobres ante el misterio de los pequeños objetos bellos y de gran valor.

—Son bonitas, ¿verdad? —preguntó Carol.

El niño la miró con ojos relucientes.

—¿Puedo tocarlas? —preguntó.

—Desde luego.

Y Tommy empezó a cogerlas una a una.

—¡Atiza!,^[29] si son como las del *maharajah*. ¿Qué son estas?

—Esmeraldas —contestó Carol—; y estos son brillantes, y el collar es de rubíes.

—¿Puedo dejárselas a Alí para que las toque?

—Sí.

Carol contempló al niño ciego que cogía las joyas una por una. Observó los dedos largos, delgados y sensitivos, que las iban acariciando. Los dos niños, el hijo del *mahout* musulmán y el hijo del trabajador social, hablaban entre sí en indostánico. El americanito se volvió hacia Carol y le dijo:

—Alí quiere saber si es usted una reina.

Ella se echó a reír.

—No —dijo—. En América hay muchas mujeres que tienen joyas como estas.

Los grandes ojos del niño se ensancharon llenos de admiración.

—¿No has estado nunca en América? —le preguntó Carol.

—No, pero voy a ir a América, al colegio. Me voy a embarcar en un buque grande dentro de dos días con *Mr. Snodgrass*, el jefe de la Misión Protestante en Jellapore. Voy a vivir en Minnesota con mi tío. ¿Ha estado usted alguna vez en Minnesota?

—¡Ya lo creo! Como que nací allí.

—Y su padre, ¿era misionero?

—No, era granjero.

—¡Ah! ¡Qué bueno debe de ser vivir en una granja en América! Yo he leído un libro sobre eso. No son como las granjas de la India.

—No, en efecto, no se parecen mucho —contestó ella.

—¡Debe de ser estupendo! Me gustaría que mi tío viviese en una granja, pero vive en una ciudad que se llama Minne..., Minne...

No acertaba a decirlo, y ella lo dijo en su lugar:

—Minneápolis. Es un nombre indio.

—¿Indio piel roja?

—Sí.

—¡Oh! También he leído un libro acerca de los pieles rojas. ¿Hay *cow-boys* en Minnesota?

Carol se echó a reír otra vez.

—No; lo siento, pero quizá tu tío pueda llevarte alguna vez a ver los *cow-boys*. Viven en el Este.

—Me gustaría ser *cow-boy*. Debe de ser tan divertido...

Los oscuros dedos del niño indio continuaban acariciando las joyas. Era como si sus manos ocuparan el lugar de sus ojos; como si toda su alma estuviera concentrada en las puntas de sus dedos. Carol pensó al observarle: «Los orientales tienen que sentir de modo diferente las joyas.

Para nosotros son simplemente adornos que exhibimos y para los que se saca una póliza de seguros». Para los dedos del hijo del *mahout*, las joyas parecían tener vida y alma. Las palpaba y acariciaba como un niño acaricia a un gato.

Luego el niño indio dijo algo en indostánico al americanito, y este, volviéndose a Carol, preguntó:

—Alí quiere saber si usted es la hija de una reina.

—No; mi madre era sueca.

—¿Es un país bonito?

—No lo sé. No he estado nunca allí. Yo nací en Minnesota.

—El niño indio volvió a hablar nuevamente, y el americano se volvió hacia Carol; pero esta vez parecía vacilar.

—Alí... no está muy bien educado.

—¿Qué te pregunta?

Y como el niño vacilase aún, le dijo:

—No tengas miedo.

—Dice... que... si las ha robado usted.

Y rápidamente añadió:

—No debe importarle que lo diga, ¿sabe usted? Los indios son bastante diferentes de nosotros.

Ella se echó a reír.

—No —le dijo—, no me importa. Mira —continuó—: yo tenía un marido muy rico y me dio algunas de estas joyas, y luego amigos míos me han dado las demás.

—¿Dónde está ahora su marido?

—Nos hemos divorciado.

—¿Y eso qué es?

—Eso es... que no nos queremos... y que ya no estamos casados.

—¡Oh! —dijo el niño, y se quedó un rato pensativo—. ¿Y eso puede hacerse en América?

—Sí, se hace muy a menudo.

Otra vez quedó pensativo el muchacho manoseando unos pendientes. Pero, indudablemente, su pensamiento no estaba en ellos. Por último, con voz apagada, dijo:

—Quizá es una buena idea... si las personas no se quieren...

La observación la interesó, y le preguntó al niño:

—¿Por qué dices eso?

—No lo sé; estaba pensando.

Entonces les interrumpió a ambos una voz; una voz que decía:

—Mejor es que dejes esas cosas, Tommy, no vayas a perder alguna. Y yo no haría tantas preguntas.

Carol se volvió y vio al padre de pie en la puerta. No sabía cuánto tiempo hacía que estaba allí, pero se preguntó tranquilamente qué parte de la conversación habría oído, y de pronto sintió, por primera vez, que se sonrojaba. Intentó violentamente dominarse y contener el rubor; pero, a pesar del calor que hacía, sintió el fuego en la cara. Por qué se sonrojaba no hubiera podido ella decirlo; como no fuese porque las cosas que había dicho al niño sonarían de modo enteramente diferente —y ahora se daba rápidamente cuenta de ello— ante una persona mayor, aunque fuese un misionero.^[30]

El padre le sonreía diciendo:

—No se fije en lo que diga Tommy. En cierto modo está medio salvaje desde nuestro punto de vista. Se ha criado entre niños *tamil* y en las cuadras de los elefantes.

Carol por primera vez se dio cuenta del extraordinario color azul de los ojos del padre del niño y de las arrugas de fatiga que tenía en las comisuras de sus finos labios. Hasta aquel momento apenas se había fijado en él. De pronto vio que era guapo. Y, más importante que eso, que era agradable y simpático. Toda su vida se había conducido Carol por el instinto. Prejuicios tenía pocos, si es que tenía alguno. La razón no estorbaba en su inteligencia ni le complicaba las soluciones. Aquel hombre le gustaba, porque el instinto le decía que había en él una calidad poco frecuente. En su perezoso pensar ponía a la sencillez y a la bondad el rótulo «ser honrado».

El niño estaba recogiendo las joyas de manos de Alí y devolviéndoselas a ella. Torpe y presurosamente las volvió Carol a colocar en el joyero, todas revueltas, poniéndolas en las bandejas que no les correspondían, metiendo forzados y torcidos los cajones en su prisa de cerrarlos. Solo se daba cuenta de un impulso: el de volver a meter las joyas en la caja y hacerlas desaparecer de la vista. Porque estaba avergonzada. No sabía por qué, pero sin duda tenía ello alguna relación con la pureza que se transparentaba en aquellos ojos tan claros y tan azules. El fulgor de las joyas aparecía incongruente ante la honrada mirada de los ojos azules. Con los ojos fijos en la caja, dijo:

—Pensé que podrían entretener a los niños.

El hombre sonrió.

—Lindos y costosos juguetes.

Carol alzó los ojos para mirarle, preguntándose si en lo que decía habría un reproche irónico. No lo había. Pudo ver en la expresión de su semblante que había dicho la frase inocente y sinceramente. Adivinó al instante que no era hombre dado a hacer reproches irónicos. Se dio cuenta de que había en él algo como inocencia.

Veía algo en aquel hombre que la hacía sentirse desconcertada, y pensó

rápidamente: «¡Vaya viaje que me espera! ¡Maldito eje! ¡Maldita India!».

Entonces Carol oyó la voz de Khrisna y vio que estaba allí de pie, con su librea oro y púrpura. Khrisna preguntó:

—¿Puedo servir de algo a *memsahib*?

Carol experimentó una súbita sensación de desconfianza, y dijo un poco mecánicamente:

—Tráeme un combinado de ginebra.

Y al viajero le dijo:

—¿Tomaría usted algo?

Él se volvió a Khrisna y le dijo:

—¿Tienes ginebra y agua tónica,^[31] Khrisna?

—Sí, *sahib* Merrill.

Salió, y entonces Carol preguntó:

—¿Conoce usted a Khrisna?

Él sonrió diciendo:

—Sí, conozco a casi todo el mundo en Jellapore.

También aquello la desasosegó. Lamentó no haberse ido, a pesar de todo, al departamento *purdah*. Aun los ojos fijos de todas aquellas mujeres indias habrían sido mejor que esto. Era ya demasiado tarde para trasladarse, porque el tren había arrancado camino de Bombay, dejando detrás, en Lepta, el llamativo vagón roto del *maharajah* de Jellapore.

—Bueno, en todo caso —pensó Carol fastidiada— solo es cosa de cuatro o cinco horas. Después no volveré a verle en mi vida.

El calor había amenguado ligeramente, aunque las paredes del vagón estaban aún calientes al tocarlas. Khrisna trajo las bebidas y Carol se bebió el combinado de ginebra rápidamente en dos o tres sorbos. El niño la contemplaba con los ojos muy abiertos y llenos de curiosidad. El dolor de cabeza había mejorado algo, y Carol pensó: «He dado un buen salto, sin duda, desde la fiesta de anoche. Este hombre se parece bien poco a mis compañeros de ayer».

La idea le dio gana de reír; el contraste de todo aquello con los oficiales ingleses desparramando a puntapiés los tiestos de orquídeas, y pensó: «De todos modos, no sé por qué me preocupo. No ha dicho ni hecho nada hasta ahora».

Pero ordenó a Khrisna que le trajese otro combinado de ginebra, meramente para que su compañero de viaje no formara juicio equivocado sobre la clase de muchacha que era ella. Pero casi inmediatamente, al volver la cabeza y ver de nuevo los limpios ojos azules, Carol dijo:

—Es que ha hecho hoy tanto calor... No me canso de beber.

* * *

Minuto a minuto, hora a hora, el tren fue bajando desde la alta y abrasada meseta roja del Deccan a través de valles y entre cerros, deteniéndose de cuando en cuando en estaciones llenas de ruido; en el departamento de segunda clase los cuatro viajeros dormitaban, o hablaban, o miraban a través de la fina tela de cobre dispuesta contra el polvo, que entraba, sin embargo, a través de ella como talco, posándose sobre todo, formando montoncitos en el suelo, llenando dientes y cabellos y manchando los blancos trajes de Carol Halma y de Homer Merrill.

El paisaje se iba haciendo menos monótono y más bello; la planicie se rompía en gargantas y barrancos donde la humedad subterránea alimentaba la vegetación; y altas y delgadas palmeras de betel se inclinaban sobre estanques de agua, rodeados, a la luz de la tarde, por hombres sagrados que se bañaban, y por *dhobis* y mujeres vestidas con *saris* de vivos colores que habían ido, al refrescar el día, a lavar la ropa. A veces un grupo de monos grises, grandes y de cara negra, brincaban a través de la llanura y desaparecían gritando entre los mangos. Los mejores mangos del Mundo crecen en esa parte de la India.

El hijo ciego del *mahout*, echado en el asiento con las piernas recogidas, se había quedado dormido, y el niño americano un poco después se juntó a él y también se durmió. Fuera, como si de pronto hubiese caído una cortina, se desvanecieron los últimos rayos del sol, y el viajero y la viajera quedaron prácticamente solos, encerrados juntos en el departamento; la mujer ya un poco mareada, y el hombre cansado y un poco perplejo y desasosegado. Ambos se sentían solos, el uno respecto del otro; aun a través de la niebla del alcohol, Carol se daba perfectamente cuenta de ello. Para él era una situación penosa.

Carol dijo de pronto:

—Debería usted beber algo más. Le animaría.

—No puedo beber. He estado enfermo... Solo un poco de ginebra y agua tónica... eso contribuye a impedir que vuelva el acceso de paludismo.

Sonrió.

—Pero además hay que tener cuidado con el hígado. El hígado da aquí mucho que hacer. Estoy preso entre el hígado y el paludismo.

—Yo sospecho que no tengo hígado.

El tren pasó por una estación sin detenerse y ambos volvieron la vista hacia la ventanilla. Entonces Carol dijo, con una especie de elegancia achispada:

—No quiero ser indiscreta, pero ¿qué enfermedad es la suya?

—Lo corriente...; paludismo, el hígado, los nervios..., la vieja enfermedad india.

La enfermedad era mucho más que eso, pero no lo dijo. No hubiera

podido decírselo a nadie, porque solo de pensar él mismo en el último año se sentía enfermo otra vez y asfixiado, como si se le hubiera introducido en la garganta un cuerpo extraño que le cortase la respiración. Era raro que, pese a cuanto hiciera, todos los nervios de su cuerpo parecieran tirantes. Era como si cada uno de ellos fuese un alambre eléctrico que súbitamente se cargara de corriente. Los sentía en las piernas, en los brazos, a través del abdomen, a lo largo de los músculos del pecho.

—Me figuro que será porque nunca he estado en la India bastante tiempo —dijo Carol—. Pero me doy cuenta de lo que debe de ser que la India le ataque a uno los nervios. Estaba empezando a pasarme a mí también en Jellapore. Creo que me he marchado de allí a tiempo.

—¿Ha estado aquí antes alguna vez?

—Sí, vine en mi viaje de bodas.

—¿Y en este ha venido su marido?

Si ella tuviese marido le hubiera hecho sentirse menos violento. Le gustaba aquella mujer, pero detestaba pensar que estaba viajando por el mundo sola, visitando *maharajahs* y haciendo cosas por el estilo. En su interior le parecía que todo ello significaba algo que no quería creer.

—No, vengo sola.

Entonces el alcohol la hizo despreocupada, y pensó: «¡Qué demonio!, puedo decírselo».

Y en voz alta dijo:

—Es que estoy divorciada.

No cambió la expresión en el semblante del viajero, pero sintió ella la necesidad de justificarse.

—Sabe usted, fue apenas un matrimonio en realidad. Él era joven y yo también lo era. Él tenía bastante poca cabeza y su familia no era muy partidaria de aquella boda. Ni uno ni otro hicimos gran cosa por salir adelante.

—Comprendo —dijo Merrill gravemente—. Eso ocurre a veces.

Ella volvió a sentirse a disgusto.

Llamó a Khrisna y le pidió otro combinado de ginebra, y el viajero dijo:

—¿Cree usted que le sentará bien tomar otro?

Durante un segundo se sintió furiosa. Luego dijo:

—No se preocupe por mí. Estoy acostumbrada. Soy medio sueca. Sé lo que puedo aguantar.

El viajero guardó silencio. Khrisna, impasible, trajo la bebida. Carol se echó a reír, y dijo:

—Estoy perfectamente serena. ¿No es verdad, Khrisna?

—Sí, *memsahib*.

—Khrisna me ha visto continuar bebiendo mientras todos los demás

estaban debajo de la mesa.

—Los indios no pueden beber —observó el viajero—. No aguantan nada.

—No, pero los suecos sí. Llevan miles de años bebiendo licores fuertes. A su salud. Siento que usted no me acompañe.

Se sentía ahora alegre y muy bien. El dolor de cabeza había desaparecido, y Juntamente con él la depresión que siempre invadía en el momento en que dejaba de beber. También se habían desvanecido todos los temores que a veces la asaltaban: el temor de perder su juventud y su belleza, el terror de lo que iría a ser de ella, y el peor de todos, el extraño terror sin nombre de perderse. Era como si estuviese vagando en un desierto o en una selva, sin saber de dónde había venido ni a dónde tenía que ir, ni siquiera dónde estaba. Era un miedo morboso que siempre procuraba esquivar.

Luego empezó a desmoronarse. Despreocupadamente, alegremente, echó hacia atrás la ligera chaqueta de seda, sin darse cuenta, o por lo menos sin preocuparse, de lo que aquello pudiera parecer a su compañero. Tenía el cabello en desorden y las mejillas un poco sofocadas, pero el desorden, en lugar de hacerla parecer desaliñada, no hacía sino darle el aspecto selvático y encantador de una bacante.

Y dijo osadamente:

—¿Qué tal es eso de ser misionero?

—En realidad no soy misionero. Trabajo en los pueblos.

—¿Qué clase de trabajo?

Merrill sonrió, pensando que era fútil explicar su trabajo a aquella mujer.

—Pues... trabo conocimiento con los granjeros y los aldeanos y les enseño cómo deben vender sus cosechas y mejorar la cría de sus pollos y de su ganado y cómo deben comer y cómo deben evitar los insectos nocivos.

—¿Y no les importa que usted se inmiscuya en sus asuntos?

—A veces les importa a los brahmines —dijo él sonriendo—. Pero a los aldeanos, no. Al contrario, les contenta que alguien se ocupe en instruirles. Nadie lo ha hecho; nadie se ha fijado en ellos durante unos diez mil años, como no sea para recaudar impuestos.

—¿Y no trata usted de convertirles, ni les habla de Dios y de esas cosas?

—No, mi misión es meramente educativa, desde un punto de vista cultural.

—¿Y gana mucho dinero con ella?

—No, lo justo para vivir.

—Vaya, pues no deja de ser curioso tener ganas de hacer todo eso.

—Creo que sí, que lo es..., pero yo disfruto con ello.

Carol cogió el vaso y bebió hasta la última gota.

—Pues yo digo siempre que eso es lo que importa: que uno haga lo que

le gusta y que le guste lo que hace.

Luego vino un silencio inmotivado, inexplicable, penoso, que los separó, como si todo cuanto ella era y todo cuanto era él hubieran agrupado en formación sus fuerzas y las hubiesen retirado a sendas esquinas para enfrentarse el uno con el otro, alerta y hostiles. A Merrill le seguían atormentando los nervios y la especial nervosidad de no saber cómo conducirse con una mujer como aquella. Mientras más bebía, mientras más animada se ponía, más turbado se sentía él. Dirigía los ojos a otro lado, miraba por la ventanilla, los cerraba. La deslumbradora luz del largo día le había traído otra vez el dolor de cabeza. Con los ojos cerrados no podía verla echada en el asiento entre las almohadas. Y sin embargo, cuando cerró los ojos seguía viendo su imagen y su cuerpo, y el cabello veteado que le caía en rizados mechones sobre su rostro encantador y amigable y sobre los azules ojos.

Oyó entonces que ella le preguntaba:

—¿Está usted fatigado?

—Sí.

—¿Puedo hacer algo para aliviarle?

Cuando abrió los ojos vio que ella se levantaba del asiento.

—Venga y échese aquí. Yo me sentaré en la butaca. Me encuentro muy bien. Y en todo caso, ha sido una impertinencia de mi parte introducirme aquí y cogerle su sitio.

—No, estoy muy bien.

A través de su achispamiento, Carol vio lo pálido que estaba, y le dijo:

—No sea tonto. Levántese y échese aquí.

—No..., estoy bien. No es más que un dolor de cabeza.

Carol se había puesto junto a la butaca y se inclinaba sobre él con insistencia de borracha.

—Me está pareciendo que no soy más que un engorro. Hágame caso. Levántese y pase a ese otro lado y échese en el diván.

—No.

—Bueno, me estaré aquí de pie en esta esquina hasta que lo haga. Y le advierto que así me estoy todo lo que nos quede hasta Bombay. Haga lo que le digo.

El dolor arreciaba. Parecía extenderse, empujar desde dentro detrás de sus ojos y en la base del cráneo. No le contestó porque en aquel momento el hablar era cosa superior a sus fuerzas. Carol se inclinó e intentó levantarlo, ponerle de pie, y casi lo consiguió. Era pasmoso lo fuerte que era.

—Ande —dijo—, ayúdeme.

Él entonces obedeció, en parte porque sufría demasiado para hacer otra cosa y en parte por ser tan agradable tener alguien que se ocupara de él. Era

una cosa que nunca le había sucedido con una mujer desde que murió su madre, cuando él tenía diez años, en la factoría del remoto pueblo del Estado de New York.

Con la ayuda de Carol se las arregló para conseguir llegar hasta el diván y tenderse en él. Con débil voz, dijo:

—Se me pasará dentro de un ratito. Nunca dura mucho.

—¿Qué hace usted cuando le ocurre esto?

—Nada. No se puede hacer nada.

Pese a todos sus esfuerzos, su cara se ponía cada vez más blanca y contraída por el dolor.

Carol le dejó un momento; pasó por delante de los niños dormidos y abrió la puerta al extremo del departamento.

—¡Khrisna! —llamó.

—¿*Memsahib*?

—Hazme un combinado: ginebra pura y zumo de lima. No puedo beber más agua.

Volvió luego junto al diván en el que Merrill, echado, apretaba la cabeza contra el compacto almohadón de un extremo. Toda su fuerza se concentraba en apretar la cabeza contra la superficie dura. Solo aquello parecía aliviarle. Durante un momento, Carol le estuvo observando un poco alarmada. Nunca había visto enfermedades ni dolores, y ante el espectáculo de un sufrimiento tan reconcentrado se sentía perpleja, desconcertada. «Tiene que haber algo que se pueda hacer», pensó. Y en voz alta dijo:

—¿No tiene algún calmante? ¿No tiene nada que pueda aliviarle?

—No.

—Pero eso es una insensatez.

Quizá pensaba, calculó Carol, que no se debían tomar calmantes. Había gentes chifladas que tenían ideas raras.

Y entonces, como no pudiendo soportar el seguir contemplando pasivamente aquel padecer, se sentó en el borde del diván y tímidamente adelantó una mano y empezó a acariciarle suave pero firmemente la nuca... Lo hizo instintivamente; pero al mismo tiempo surgió en su memoria la imagen de su madre haciendo aquello mismo a su padre muy poco antes de que muriese. Su padre tenía un tumor cerebral, y la mano de su madre acariciándole la cabeza había sido lo único que le había aliviado. Carol había dejado el teatro donde tomaba parte en una revista y había regresado a Minnesota para estar allí cuando su padre muriera de aquel terrible dolor; y ahora, en el vagón del tren que se deslizaba entre montañas hacia Bombay, evocaba la alcoba de Minnesota, con sus pesados muebles, y la lámpara de petróleo junto a la cama de matrimonio de sus padres, y los textos bíblicos escritos en sueco y enlazados con guirnaldas de flores que colgaban sobre el

papel pintado de la pared. ¿Sería lo mismo lo que tenía este hombre? ¿Iba a morir como había muerto su padre? Era demasiado joven y demasiado bueno.

Khrisna trajo la bebida, copiosa y hecha con ginebra pura y zumo de lima y azúcar, sin agua ninguna. Carol se la bebió de un trago y en seguida se sintió más decidida y experimentó una especie de ternura hacia el enfermo. Las caricias parecían aliviarle. El musculoso cuerpo, que un momento antes estaba tenso como un alambre fuertemente tirante, empezó a aflojarse poco a poco.

Le preguntó ella entonces:

—¿Va mejor?

—Sí, mucho mejor.

El tren paró otra vez. El jefe de estación hizo sonar la campana. La multitud gritaba y charlaba. Los vendedores de agua alzaban sus ásperas voces, y el ruido puso otra vez rígido el cuerpo del enfermo, atormentado por todo aquel ronco clamor que martilleaba en su agobiado cerebro.

Cuando faltaban un par de horas para llegar a Bombay se vio libre del dolor y se sentó en el borde del diván, demudado y tembloroso, con la cara húmeda de sudor y con súbito aspecto de viejo. Miró a Carol y sonrió:

—Perdóneme. Tengo que haber sido una terrible lata para usted.

—Nada de eso. Espero que no le haya molestado mi tratamiento.

Merrill volvió a sonreír.

—Al contrario, era muy agradable. Le estoy muy agradecido. Desaparece, así, de pronto.

—Lo que necesita es beber algo... ¡Khrisna!

Dio unas palmadas, y el ruido hizo rebullirse en el diván al niño ciego dormido.

Khrisna acudió y volvió a irse para preparar la bebida.

Carol dijo entonces:

—¿Es ciego incurable ese niño?

Merrill alzó hacia ella la vista y luego la volvió hacia el niño, y en su semblante se pintó una singular expresión de ternura, una expresión que Carol no estaba acostumbrada a ver en los hombres que conocía.

—Me parece que sí —contestó Merrill—. Lo llevo a Bombay para que le operen. Está allí un cirujano, famoso operador...; está en Bombay por pocos días. Ha venido a visitar a un amigo mío..., un indio. Ha sido una gran suerte. Tenía que ir para acompañar a mi hijo, que va a embarcar para América, y he traído a la vez a Alí... Hay una probabilidad entre diez de que recobre la vista. El niño lo desea tanto porque tiene la ambición de ser *mahout* del gran elefante del *maharajah*.

Carol evocó la imagen de Jelly, el rey de reyes, el padre y la madre de su

pueblo... vestido con un traje a cuadros, en las carreras. ¡Qué curioso que este niño ciego ambicionase conducir el elefante de Jelly, en tanto que Jelly no pensaba jamás en su pueblo! Jelly no se hubiese molestado en hacer lo más mínimo por el niño; se hubiese limitado a echarle de su presencia, porque ver al niño le hubiera producido enojo y fastidio. Jelly se hubiera limitado a volver la vista a otro lado y a pedir otra botella de champán.

Carol alzó su vaso. Ahora empezaba a sentirme muy animada y sobreexcitada. Dijo:

—Bebo a la salud de Alí, para que recobre la vista.

—Es un brindis excelente.

De pronto Carol se sintió amiga íntima del viajero; como si los dos hubiesen pasado juntos largas y complicadas peripecias. Se recostó en la butaca y cerró los ojos, consciente otra vez del calor y del traqueteo del tren. Iba pensando: «Tengo que conservar esta animación. Tengo que buscar modo de divertirme cuando llegue al bar del Taj Mahal».

* * *

Llevaba el tren dos horas de retraso cuando aparecieron las primeras luces y se notaron los primeros olores de Bombay; luces ya turbias por el vaho del estiércol que flotaba a poca altura, y olores que parecían doblemente intensos y acres por obra del calor que caía como una manta sobre la hundida ciudad. Carol se sentía de nuevo alegre, y el familiar olor la excitaba. En pocos minutos, en menos de una hora, estaría otra vez donde habría luces y baile y gente. La ginebra despertaba su antigua confianza. Encontraría gente —hombres probablemente conocidos suyos— en el amplio bar del Taj Mahal, y si no encontraba allí a ningún conocido, sabía que le sería fácil trabar conocimiento con alguien y encontrarse en un nuevo círculo de amigos. Gracias a Dios era comunicativa y sabía además cuidar de sí misma. Siempre se estaba oyendo hablar de chicas engañadas o estafadas. Y se echó, de pronto, a reír en voz alta. Tenían que ser idiotas rematadas. A ella no le había ocurrido nunca nada que ella no hubiera querido que ocurriese.

Trató de levantarse para pasar al lavabo a darse polvos y arreglarse el pelo; pero al querer hacerlo se sintió mareada y volvió a sentarse. «Bueno —pensó—, lo haré en el hotel. Me espera una noche estupenda».

El largo viaje a través de la ardiente y polvorosa meseta le pareció súbitamente una pesadilla; no tenía sino la consistencia irreal de los sueños. Parecía ahora ser suceso de un remoto pasado. Solo el futuro existía. Su sana vitalidad impedía que el halo del pasado, por malo que fuese, se le

adhiriera. Lo pasado no tenía poder de abatir sino a los enfermos o fatigados. Por experiencia y por instinto sabía que esperar, ser optimista, gozar por anticipado, eran benéficos productos de la salud y de la vitalidad.

Su compañero de viaje despertó al niño ciego y a su hijo y les dijo que se preparasen para la llegada. El niño ciego le preguntó algo en hindú, y al responderle el hombre, el niño se mostró agitado. Hablaba rápida, vehementemente. Carol no entendía ni palabra de la conversación pero adivinó que el hombre intentaba tranquilizar al niño y explicarle algo.

La conversación duró largo rato, mientras el niño americano se marchó al lavabo. Al fin el niño ciego pareció más tranquilo, y el hombre dijo a Carol:

—Como estaba dormido, no ha rezado al ponerse el sol, y está preocupado. He procurado explicarle que Dios no se lo tomará en cuenta. Ni aún Allah puede ser tan rígido que le pida cuentas por eso.

Carol se rio, con una carcajada demasiado sonora para ser natural.

—¡Qué ocurrencia! —dijo.

El hombre condujo entonces al niño ciego hasta el lavabo, y cuando volvieron, el tren estaba entrando lentamente en la estación. Carol llamó a Khrisna y dijo:

—Vendrás conmigo al hotel en el taxi. El otro muchacho vendrá con el equipaje detrás de nosotros. Coge las dos maletas pequeñas. Yo llevaré el joyero.

—Muy bien, *memsahib*.

No era la primera vez que Khrisna desempeñaba aquellas funciones: custodiar a *memsahib* y a todo su equipaje y cuidar de que llegase sin novedad al hotel.

Carol, dirigiéndose a su compañero de viaje, dijo:

—Bueno, espero que volveremos a encontrarnos.

Pero lo dijo sin sinceridad. En aquel momento, apenas estaba pensando en él. «Un buen muchacho, pero es un raro», se dijo. Se metió el sombrero, y abriendo el bolso, añadió:

—Mi tarjeta. Estaré en el Taj Mahal Hotel. No sé cómo darle las gracias.

Él tomó la tarjeta y dijo:

—No vale la pena de hablar de ello. No tengo tarjetas, pero me llamo Merrill, Homer Merrill (al oír el nombre de Homer, sintió Carol ganas de reír. Era uno de los que Bill solía calificar de «nombres para muestra de barbería». Homer, Ernest, Floyd, Leo, Albert, Clarence..., tenía una lista de una porción de ellos). Yo voy a casa de un amigo, el coronel Moti; no recordará usted el nombre; pero es médico y jefe del Instituto de Enfermedades Tropicales...

Y luego, casi tímidamente, añadió:

—Si desease usted algo de mí; conozco muy bien Bombay.

El tren estaba ya casi parado. Carol dijo:

—Yo también lo conozco... perfectamente.

Y nebulosamente, pensó: «¡Y cómo! Pero no el Bombay que tú conoces, desgraciado». Dentro de media hora estaría en el bar y no tendría que preocuparse de sentirse cansada ni de cavilar acerca del futuro.

El tren paró entonces bruscamente, al modo de los trenes indios; es decir, casi tirándoles a todos al suelo. La algarabía empezó afuera, y en el departamento entró un indio de baja estatura, pero de muy atractiva presencia; era más bien moreno. Al verle, Carol pensó: «Es el indio más guapo que he visto».

Tuvo esta impresión instantáneamente. El indio estaba construido finamente, como un muelle de acero, y llevaba traje indio blanco y escarlata. Cuando sintió su mirada fija en ella, se sintió de pronto despejada y no a gusto. Eran los ojos los que daban en él aquella impresión de belleza. Eran grandes e intensamente negros; despedían una especie de fulgor; no eran los ojos de un místico o de un soñador, sino los de un luchador, ojos que rara vez se ven en India. Aun a través del velo de su embriaguez, Carol tuvo la rápida impresión de que la mirada de aquel hombre penetraba en ella, atravesando la envoltura carnal para adentrarse en su alma.

Por un instante aquella impresión la despejó, como si alguien le hubiese echado agua fría en la cara. Le devolvió, también fijamente, su mirada, y luego volvió los ojos a otro lado, se encogió de hombros y se puso a hablar con Khrisna, al que dijo que reuniese el resto de sus cosas, que buscara mozos y que saliera. Sentía urgencia de salir y marchar al bar del Taj Mahal. El tiempo corría y pasaba a su lado. Durante un segundo, y aun sobre el clamor del andén, le pareció oír como un zumbido que pasaba contiguo a ella violenta y rápidamente. Tenía que apresurarse a disfrutar. Tenía veintiocho años. Le quedaba ya tan poco tiempo...

Cuando se hubo ido, el coronel Moti se quedó un momento contemplando a Merrill con la misma mirada penetrante, omnividente, en sus ardorosos ojos negros. Luego dijo:

—¿Quién es tu amiga?

Merrill le miró con aire fatigado.

—No lo sé. Estaba en Jellapore con el hermano del *maharajah*. Se rompió el eje del coche en que viajaba y no tenía otro sitio a donde trasladarse que este, salvo el coche *purdah*.

—Una aventurera —dijo el coronel, y con la entonación hizo que la palabra pareciese aun peor de lo que era.

—¡Oh!, no; parece buena.

El doctor no discutió.

—Bueno, vamos —dijo—. Tienes que acostarte.

Y volvió a mirar de modo penetrante al americano, fijándose en todo, en el color del globo de los ojos, en las arrugas del cansado rostro, en los caídos hombros.

—No podrás volver a Jellapore tan pronto como crees.

Los hombros se alzaron un poco y los poderosos músculos resaltaron a través de la húmeda seda de su camisa.

—Tengo que volver. Es la época de la siembra.

—Pues no irás —dijo el coronel.

* * *

En aquella época, el Taj Mahal Hotel parecía una vasta y triste prisión provinciana. Estaba construido en torno de dos o tres grandes patios que se alzaban a toda la altura del edificio; las escaleras eran de piedra, y las verjas, de hierro, y en torno de los grandes patios había galerías con suelo de piedra también y con verjas de hierro. A ellos daban las habitaciones, que más parecían celdas que habitaciones de hotel, y en cada una de las cuales había una cama de hierro con mosquitero y un solo duro colchón, un lavabo y un par de incómodas butacas. En el techo había un gran *punkah*,^[32] eléctrico y anticuado, y fuera de la habitación, sobre la pizarra del suelo, dormían los criados. Los corredores, también como de cárcel, eran escenario de chismorreos tanto como pudiera serlo cualquier mercado público. De una a otra punta del vasto hotel, los criados conocían todo lo relacionado con cada viajero allí hospedado, sus malas costumbres, sus rarezas, sus mezquindades o sus generosidades. Era como si cada habitación estuviese construida de cristal para que todo el mundo pudiese mirar dentro.

En la planta baja había un amplio vestíbulo y una enorme escalera que subía interminablemente hasta lo más alto del gran hotel. A través del vestíbulo y del bazar que ocupaba la mitad de su superficie, iba y venía una incesante procesión de árabes tratantes en caballos, de gobernadores británicos y funcionarios ingleses, de aventureras rusas y alemanas, de príncipes indios, de comerciantes en joyas, de millonarios *parsis*, de risibles turistas de edad madura, de jugadores, de explotadores de petróleo. La procesión proseguía día y noche, porque dado el calor de la ciudad y el fantástico carácter de muchos de los viajeros, aquel sitio estaba tan animado a las cuatro de la mañana como a las doce del día.

Sobre el vasto vestíbulo había otra gran estancia para bailar y beber. Era una habitación con grandes ventanas que daban en frente del Readymoney Building; había allí un inmenso bar que ocupaba todo el testero del fondo, y al que atendía una nutrida banda de camareros, mezclando y sirviendo

bebidas alcohólicas de todas clases y, en conjunto, líquido bastante para poner a flote un trasatlántico.

En torno de los bordes de la pista de baile y entre las mesas, muchachas indias «libres de prejuicios», y las aventureras rusas y alemanas danzaban inesperadas versiones de lo que ellas creían ser los más recientes bailes americanos. En aquellos días, Bombay era una ciudad abierta de par en par. El Taj Mahal, como el Raffles Hotel, de Singapur, y el Hotel des Indes, en Batavia, eran famosos lugares de reunión para hombres y mujeres de todo el Oriente. Llegaban de Sumatra y de Macasar y de los Estados Malayos, de Medan, Delhi y de Samarang y de Borneo y de Ceylán y de Surabaya. Había una leyenda según la cual el hotel estaba proyectado para que la fachada diese sobre la bahía, pero los contratistas indios que lo construyeron lo plantaron al revés, y cuando el arquitecto inglés autor del proyecto lo vio al llegar a Bombay, al darse cuenta de lo que habían hecho, se ahorcó. El nombre de aquel arquitecto se ha perdido, como pasa con el de la Catedral de Colonia, aunque dice la leyenda que el artífice de esta fue el mismísimo diablo.

* * *

Cuando Carol llegó al gran vestíbulo, seguida de Khrisna, con su librea de oro y púrpura, la mayor parte de los presentes la conocieron inmediatamente. Los empleados del hotel la conocían y también los jugadores y los ricos *parsis* y los comerciantes y los pobres rusos maltrechos, y las chicas alemanas, en cuyos fatigados ojos relució un instante un mohíno resentimiento. Aquellos que no la habían visto nunca, y que iban y venían por los estados Indios, con el Taj Mahal siempre como base, la divisaron en seguida, porque era imposible no ver a aquella muchacha grande, hermosa, rubia, maravillosamente vestida y con aquel aspecto de despreocupación.

Entre los recientemente llegados, para quienes ella era desconocida, estaba la cansada, áspera y grasienta mujer a la que Stitch Trollope había calificado de espía. Estaba sentada en una butaca de mimbre, extrañamente sola en una habitación tan pletórica de movimiento, de ruido y de color; era una isla en el océano de nacionalidades. Daba la impresión de haber estado siempre sola. Tenía entre las manos una pequeña cuerda con cuentas engarzadas, que los persas y algunos griegos llevan consigo para pasarlas a través de los dedos y contar mientras están hablando o sentados en silencio; es para ellos una especie de costumbre que reemplaza la de fumar cigarrillos. Había estado dando vueltas y más vueltas a las cuentas incansablemente durante un par de horas, mientras estaba allí sentada; pero

al ver a la gran muchacha rubia, sus manos quedaron inmóviles y cesó el tenue ruidito de las cuentas de madera, unas contra otras. Los diminutos ojos verdes siguieron la figura de la muchacha que estaba hablando con el empleado del mostrador, y la vieja pensó, reflejándose su pensamiento en un ligero movimiento de sus labios: «Esa es la chica que yo necesito. No es ni demasiado joven ni demasiado vieja. Sabe sin duda por donde anda. Por su aspecto es americana. Está un poco borracha. Eso puede ser bueno, y puede ser malo. Quizá me traiga suerte».

Chicas americanas eran lo que ella necesitaba. Las rusas eran cosa acabada en la Europa moribunda. Las francesas daban demasiado que hacer y querían demasiado dinero. No, para un sitio de primera clase, lo que necesitaba era una chica americana. Todo cuanto tenía que ver con música y bailes era ahora americano. Aquella era exactamente la ideal. Era guapa y no demasiado joven, y era del todo evidente que tenía experiencia. Entre sus manos las cuentas seguían quietas, mientras observaba a la muchacha, que había terminado de hablar y que iba al ascensor seguida por Khrisna, el cual llevaba una caja; la baronesa advirtió que tenía que contener joyas. Cuando se cerró la puerta del ascensor, se levantó de la butaca de mimbre y, dejando tras de sí olor a patchulí, se acercó al mostrador y preguntó:

—¿Quién es esa *mussassa*?

El empleado, cauteloso, dijo:

—No puedo dar los nombres de los viajeros. No es costumbre.

—¿No puedo *aferiguarlo* por medio de algún *camagero*?

—Sí, *madame*, pero yo no puedo decírselo.

Ella descaradamente, preguntó:

—¿*Ja* estado aquí antes alguna *fez*?

—Sí, con frecuencia.

—¿Qué *jace*?

—Nada.

—¿Por qué estar aquí?

—No puedo decirlo, *madame*.

—Muy *pien*. *Juarde* su secreto. No crea que yo he nacido ayer.

Pero el empleado era cortés y no le dio la respuesta de cajón. Se volvió a otro lado y la baronesa volvió a su butaca. Un poco después las pequeñas cuentas de madera comenzaron de nuevo a correr entre sus mantecosas manos, y los sucios brillantes a brillar oscuramente. Estaba de nuevo cavilando. Era su única diversión. Era mejor hasta que la lectura de sus balances en los grandes bancos de París y El Cairo, de Budapest y Londres y Amsterdam.

Ya arriba. Carol caminaba sin firmeza a lo largo de la galería de piedra, detrás del criado que iba a acompañarla a la misma habitación que había

antes ocupado, la de la esquina, que daba a la Puerta de la India y a toda la bahía de Bombay. Khrisna venía detrás, con el joyero y una maleta pequeña. Según pasaban por la puerta de cada habitación, el criado tumbado al pie de ella sobre la fresca pizarra se levantaba y hacía una zalema. Algunos de ellos, dormidos a pesar del ruido del «jazz-band» y de la algarabía del hotel, que subía a través de la enorme escalera, estaban roncando, ajenos al paso del regio oro y púrpura de Khrisna. Los demás, al verlo, rozaban la pizarra con la frente; era cada uno de ellos una partícula de la vasta y turbia India, donde la vida es una lucha, no simplemente para abrirse paso, sino para vivir a secas, para tener lo suficiente para comer y subsistir cada día.

Toda la noche la pasaron levantándose y echándose; se quedaban riendo o hacían una zalema, según la categoría de los viajeros que volvían a sus habitaciones. Que hubiera en la larga procesión, incesante en toda la noche, borrachos y aventureras y jugadores y estafadoras, nada importaba; cada criado se enderezaba soñoliento y se ponía de pie. No solo era esta la norma del hotel; era una regla que les imponía a cada uno de ellos una autoridad aun más adusta y férrea: la necesidad de vivir. Y de aquella gente que durante toda la noche iba y venía, sacaban ellos lo suficiente para proveerse de arroz, de carne, migajas para las mal alimentadas familias del Punjab, y Bengala, de Goa, o de las costas del Malabar y de Coromandel; de ellos lo sacaban, ganándolo, pidiéndolo o robándolo. Se despertaban, se alzaban, hacían su zalema y volvían a dormir un par de centenares de veces cada noche, sin quejarse, pacientemente, porque eso era lo que les había tocado en la vida. En la otra vida, si en esta hacían zalemas suficientes, podrían encontrarse quizá entre los borrachos y los jugadores y las aventureras que iban y venían; serían en su nueva vida los «zalameados» en vez de los «zalameadores», los afortunados en vez de los hambrientos.

Carol no veía aquel alzarse y volverse a echar de las figuras vestidas de blanco sucio; ni las veía ni pensaba en ellas. Había nacido fuerte, bella y afortunada y aceptaba la vida tal como se la encontró, dejando a otros el cuidado de cosas tales como la justicia y la misericordia y la conciencia social; además, la ginebra empezaba otra vez a disiparse, y una punta de su fatigado fastidio comenzaba a asomar por debajo del manto esplendoroso de su regocijado buen humor.

No era solamente que su cuerpo estuviese exhausto; algo tenían que ver en ello los ojos negros del doctor indio. No había dejado de verlos desde que salió del vagón del ferrocarril.

Le alegró volver a ver la habitación de la esquina. Tenía aquella habitación para ella tanto de hogar como el sitio que más lo tuviese en la India; y en verdad, tanto como cualquiera otro sitio en que ella hubiese vivido durante una buena porción de años. En la India, aquella habitación había

sido siempre la ocupada por ella al volver ya del Norte, ya del Este, ya del Sur. Era en aquella habitación donde podía descansar, dormir durante todo el calor del día y despertarse tarde, después del mediodía, a tiempo para ir a las carreras y a jugar. En aquella habitación era donde podía descansar a solas; donde podía andar de un lado para otro con una ligera bata, aislada de todo el mundo exterior. En aquella habitación era donde se sentía ella misma. Hasta poco tiempo antes no había nunca empezado a sentir ansia de soledad; solo recientemente la soledad había llegado a parecerle, sin reflexionar sobre ello, un lujo.

Así, pues, cuando el mozo abrió la puerta y encendió la luz, se dejó caer sobre la dura cama de hierro y dijo a Khrisna:

—Di a ese criado que se dé prisa con el equipaje, y tú tráeme en seguida un par de combinados de ginebra. ¡Pronto, Khrisna!

—Sí, *memsahib*.

* * *

En el inmenso bar, que tanto se asemejaba a una taberna de Klondike, encontró Bill una mesa para él, Al, el radiotelegrafista; Sandy, el jefe de electricistas del *Surabaya*, y *Mrs. Trollope*. Para Bill el día había empezado desastrosamente con el aplastamiento del empleado de la Aduana, y lo que había venido después apenas había mejorado el principio. Cuando *Stitch Trollope* recobró el sentido, Bill envió a *Silas* con su equipaje al *Taj Mahal* y acompañó luego a *Mrs. Trollope* hasta el palacio de su hermana. Recobró el sentido en el taxi, casi en cuanto echó a andar, y sin preguntar siquiera «¿Dónde estoy?». Era de esas mujeres que consideran una cursilería desmayarse. Abrió los ojos en un momento dado, y en el momento siguiente ya estaba de pie, lista para todo. En realidad, a Bill le pareció extraordinario incluso que se hubiese desmayado, a pesar del horrible espectáculo que había presenciado, con la espantosa muerte de aquel pobre hombre.

Mister Trollope no quiso que la acompañase, y había insistido tanto en ello, que tenía que haber algún motivo para tal insistencia, más profundo que el de no querer molestarle. Pero a lo último, quizá porque se sentía en realidad un poco débil, cedió. Y juntos subieron a un destartado taxi, conducido por un *sikh* con largos pelos y larga barba y el aspecto del más feroz de los cuarenta ladrones.

Según iban rodando por las cálidas calles, según pasaban junto al *Maidan* y junto a la playa de *Juhu* y junto a las torres del Silencio, sobre las que volaban los buitres, y junto al palacio del Gobierno, que parecía una gran casa inglesa de campo, guardada por *sikhs* vestidos de oro y escarlata,

reapareció la sobreexcitación. No había nada como esto en el mundo; ninguna ciudad tan fantástica. Bagdad, en su mayor apogeo, no pudo ser más absurda, ni más compleja, ni más fascinadora. A Bill le produjo una impresión profunda ser aún capaz de sentir todo aquello de la misma manera. Pero nada dijo de ello a Stitch.

Intentó trabar conversación, pero sin gran éxito. *Mrs.* Trollope estaba allí sentada, dura, pulcra y dueña de sí, con el tinte apergaminado de su rostro convertido en blanca cera y con sus labios, más bien delgados, dibujando una dura línea. Aunque dijo que se encontraba bien, evidentemente no era verdad; estaba dominándose. Bill tenía la sensación de que si no hubiese permanecido allí sentada, rígida y con todos los músculos tensos la hubiese acometido un acceso de histerismo. Desde que la conoció no se le había ocurrido a Bill hasta aquel momento, que dentro de aquel macizo cuerpecillo hubiese ni aun la posibilidad del histerismo. Rodaron cierto tiempo a lo largo del camino del mar Nepeo; pasaron cerca de la gran tarta blanca de boda que era el palacio de Jellapore en Bombay; luego, el taxi tomó una curva y con un ruidoso chirrido mecánico comenzó a subir un camino empinado y estrecho, bordeado por grandes casas campestres y por jardines suspendidos llenos de begonias y de buganvillas. Los pimenteros colgaban tan bajos que cepillaban al pasar la capota del taxi, y según iban rodando, Bill, silencioso ahora, se preguntaba si la extraordinaria tensión de *Mrs.* Trollope tendría más relación con el inminente encuentro con su hermana que con el accidente del desembarcadero. Sin duda alguna había algo raro en todo ello. El taxi salió del camino bordeado de flores y entró en una explanada rectangular, en la cual se alzaba un palacio de mármol color de rosa. No era un palacio de gran tamaño, no era tan grande como los inmensos edificios edificadas por los gobernantes de Baroda y de Hyderabad. Tampoco tenía el aire de tarta de confitería del deslumbrador palacio blanco de Jellapore. Era femenino, algo «boudoiresco»,^[33] algo llamativo; era como hubiera sido la obra de un arquitecto francés de fines del siglo XIX, que se hubiese hecho famoso edificando cierta clase de casas y al que se hubiera invitado a probar su suerte con el estilo sarraceno.

—Aquí —dijo *Mrs.* Trollope.

Una pareja de *ghurkas*, mongoles de baja estatura, vestidos de verde oscuro y plata, daba guardia a cada lado de la puerta, al borde de la *porte cochère*^[34] de mármol color de rosa. El taxi se detuvo; la larga barba del conductor se le iba hacia atrás por ambos lados de su oscuro rostro, empujada por el caliente viento que llegaba del mar Árabe. Apareció un criado que abrió la puerta. *Mrs.* Trollope, visiblemente tensa aún, dijo:

—Bueno, adiós. Y mil gracias por haberme acompañado. No era necesario.

Ni siquiera dijo, «pase usted a tomar un *whisky*». Bill se moría de ganas de beber algo, y la invitación hubiera sido de rigor para cualquiera en el Oriente y en aquellas circunstancias. Pero no dijo nada.

—¿Qué le parece ir a las carreras conmigo una de estas tardes? —le preguntó Bill.

—Tal vez. Le telefonearé. Adiós.

—Adiós.

Bill se volvió hacia el conductor del taxi.

—Al Taj Mahal —dijo—. Y entonces se le ocurrió pensar que era raro que la hermana de *Mrs.* Trollope no le hubiese enviado al muelle un Rolls-Royce color púrpura y un criado para que se encargase de su equipaje. Tendría él mismo que ir, a pesar del calor creciente, a hacerlo. Era curioso que *Mrs.* Trollope ni siquiera lo había mencionado.

* * *

Al llegar, comprobó que nadie se había ocupado del equipaje de *Mrs.* Trollope. Seguía este en el muelle; todos los bultos con la marca de Vuitton, y salpicados con etiquetas de la mitad de los países del mundo; era un equipaje que había sido lujoso, pero que estaba ya muy usado y maltrecho de mucho rodar. Bill lo hizo enviar al palacio de la Maharani de Chandragar, y, por último, sudando a mares y muriéndose de sed, se hizo conducir al hotel. Pero ni allí encontró tranquilidad. En el pasillo de la habitación que le habían destinado halló en fila esperándole un apostador de carreras *parsi*, un joyero persa, otro joyero *koja*, dos anticuarios, los dos *gujeraties*, un sastre y un *goanés* que pretendía el puesto de cocinero. Antes de que el mozo hubiera puesto la llave en la cerradura, se arremolinaron en torno de Bill, hablando cada uno más fuerte que el otro para hacerse oír, y todos en inglés *pigdin*.^[35]

El calor, el fastidio y la peste que despedían sus asediantes, pudieron más que su buen carácter y gritó:

—¡Fuera! ¡Largo de aquí! ¡No quiero nada! ¡Largo de aquí y dejadme en paz!

Pero sus exclamaciones fueron inútiles. Cuando entró en la habitación, todos irrumpieron empujándose y combatiendo entre sí para llegar a la puerta antes que los demás. Volviéndose de pronto, Bill dio un empujón a uno de los joyeros y le echó encima de los otros obligándoles a retroceder, y pudo componérselas para empujar la puerta y cerrarla con llave.

En un rincón del cuarto encontró al verdadero responsable de todo. Silas estaba atareado deshaciendo el equipaje con aspecto de no haber roto

nunca un plato y con aire de convicción inocente, de absoluta inculpabilidad en el motín de vendedores, tan absoluta, notoria y expresiva, que equivalía a una confesión rotunda de todo lo contrario.

—*Sahib* —dijo—, yo nada que ver con perros sarnosos.

Durante un segundo, Bill sintió el impulso de lanzarse sobre el criado y pegarle una paliza, porque sabía perfectamente que era él quien los había traído a todos ellos, con la esperanza de que hicieran negocio y le dieran comisión. Pero el elocuente aspecto de la espalda de Silas, cubierta por el astroso y desgarrado traje caqui, le hizo sentir gana de reír. Estaba tan deliberadamente absorto en sacar todas las cosas de las maletas y colocarlas concienzudamente al revés en los cajones contrarios a los que correspondían, que Bill, durante todo el tiempo de su permanencia en Bombay, tendría que volverse loco al vestirse para encontrar un traje completo o hallar una corbata o el zapato parejo del otro.

Bill se limitó a decir:

—Anda y tráeme un combinado de ginebra. ¡Volando!

No servía de nada discutir con Silas. Hubiese negado rotundamente todo lo que había hecho, y Bill no habría logrado más que perder el tiempo y un poco de la propia dignidad. En todo caso, parte de la culpa era suya, por el modo como había vivido cuando estuvo en Bombay la última vez comprando cosas sin cesar, jugando en las carreras, tirando el dinero por la ventana. Todos se acordaban de ello. Era apenas verosímil que aquellos buitres agrupados al otro lado de la puerta pudiesen olvidar a un buen cliente; pero desde luego ninguno de ellos olvidaría jamás a un «primo».^[36]

—Bueno —pensó—, aquello se acabó. Esta vez soy un hombre de negocios, tan formal como el que más lo sea.

Cuando Silas abrió la puerta, echó Bill una ojeada al grupo aglomerado en el pasillo. Ni uno de ellos se había ido. Al contrario, le pareció que había más que antes.

Tenía la ropa húmeda y se le pegaba al cuerpo, haciendo el calor aun más insufrible. Tan de prisa como pudo se desnudó, puso en marcha el *punkah* y se echó sobre la cama, desnudo y con una sábana encima. El *punkah* removió el húmedo aire confinado en la habitación, pero no la puso más fresca. Bill pensó: «Mal empezamos. Todo me ha salido mal».

La irritación, que en tanta medida es parte de la India, se había posesionado de él inmediatamente. También aquello era mala señal. «Quizá —pensó— sería lo mejor acabar cuanto antes los asuntos y tomar el primer barco que saliera».

Cerró los ojos y trató de imaginar témpanos de hielo y refrigeradores eléctricos y glaciares montañosos, pero nada de ello le sirvió de alivio. Oyó entonces el ruido de una puerta que se abría suavemente, y volviendo la

cabeza vio una cara oscura y un par de ojos negros y detrás otros pares de ojos negros atisbándole. Saltó furioso de la cama y, corriendo desnudo a la puerta la cerró de golpe, exclamando:

—¡Fuera de aquí! ¡Largo de aquí!

Poco después entró Silas, y cuando Bill hubo bebido se sintió un poco mejor. Mientras bebía, Silas se hundió otra vez en la tarea de revolver todas sus cosas en la más espantosa confusión. Durante un momento, Bill le contempló, fascinado por su escrupulosidad, que se equivocaba invariablemente sin una sola excepción. Y dijo entonces:

—¡Lárgate, Silas, por el amor de Dios, y déjame en paz. No vuelvas hasta las cinco. A esa hora podrás continuar tu obra de destrucción!

Silas le miró sonriente.

—Muy bien, *sahib*.

Y a mitad de camino hacia la puerta dijo:

—He echado hombres malos fuera de la puerta, pero hombres malos no se van.

—¡Lárgate, déjame en paz y deja de mentir!

Pero Silas se resistía visiblemente a irse. Sus ojos recorrían con expresión de disgusto su manchado y desgarrado traje caqui. Bill no decía nada, y en vista de que la primera pantomima no causaba impresión, el criado levantó un brazo y examinó cuidadosamente la manga llena de rotos. Bill no tuvo más remedio que volver a echarse a reír. Sacando del bolsillo del pantalón un billete de diez rupias se lo dio al criado y le dijo:

—Bueno, bueno; anda y ve a comprarte un traje nuevo.

Indudablemente era aquel un mal día. Pero al fin se quedó dormido, y durmió profundamente hasta que le despertó Silas empujando la puerta. Cuando se sentó en la cama descubrió que no eran aún las cinco, sino solamente las tres y media, y que había cogido una tortícolis por dormir casi desnudo debajo del *punkah*. Hacía aún calor, más calor del que hacía cuando se echó a dormir.

Una vez más maldijo a Silas, y no obtuvo otro resultado que una sonrisa que le enseñaba las dos hileras de blancos dientes. Silas ostentaba un traje distinto, un traje que evidentemente no era nuevo, sino que llevaba largo tiempo de uso. «Quizá es —pensó Bill— el que le compré cuando estuve aquí la vez pasada».

La negra cara de Silas sonrió mientras preguntaba:

—¿Amo contento?

—Sí, un cuerno estoy contento; bandido, sinvergüenza.

Tomó una ducha y tardó diez minutos en encontrar un traje entero entre el revoltijo que había armado Silas. Y después, cuando abrió la puerta, se encontró el pasillo atestado aún de «hombres malos» que le rodearon

ávidamente. Como un enjambre de moscas atrae más moscas, el número de los asaltantes había aumentado con la llegada de nuevos apostadores de carreras y sastres y vendedores de joyas. De todas direcciones salían gritos:

—¿*Sahib*, se acuerda de Hakim?

—Doti, viejo amigo. Doti hizo ganar dinero mucho a *sahib* vez pasada.

—*Sahib* compró rubíes muchos a Raschid última visita.

Abriéndose el camino a empellones, se apresuró a salir a la galería de piedra, seguido por toda la tribu, que aun gesticulaba y voceaba, sin poder convencerse de que el *sahib* del que tanto beneficio habían sacado en la última visita no se interesaba por ellos en esta.

Solo en la gran escalera pudo conseguir quitárselos de encima. No se atrevieron a seguirle escalera abajo, por temor de que los echaran. Sudando otra vez a chorros, llegó Bill al teléfono y llamó a Hinkle, a la oficina de la Amalgamated Oil, preguntándose aún por qué Hinkle no habría ido al barco a recibirle en respuesta a su radiograma. Por muy jefe de la Agencia de Bombay que se sea, no se puede enteramente hacer caso omiso del hijo del amo.

La respuesta de la oficina fue el último caso de mala suerte de aquel día. Hinkle estaba de vacaciones en Birmania, cazando. En la oficina no sabían exactamente en qué punto preciso. Aun si le hubieran podido enviar el radiograma inmediatamente, hubiera tardado en regresar cerca de una semana, y además podía necesitar otra semana el encontrarle y entregarle el radiograma.

—Lo lamento muchísimo, señor —dijo, con acento de Birmingham, la servil voz del empleado que estaba al teléfono—. Haremos cuanto esté en nuestra mano; pero me parece que no es verosímil que pueda usted verle antes de quince días.

—Gracias —dijo Bill, y soltó de golpe el anticuado receptor.

«Al cuerno todo ello —pensó—. He hecho lo posible por verle. Entre tanto me divertiré en Bombay hasta que llegue». Y entonces se le ocurrió que quizá todos aquellos «hombres malos» de los ojos negros, que rondaban en el pasillo delante de la puerta de su cuarto tenían razón, al modo que los indios, no se sabe por qué, la tienen casi siempre. Quizá no iba a resultar el joven regenerado, prudente y formal que se había propuesto ser, sino simplemente un «primo», como lo había sido la vez pasada. Tuvo de pronto la sensación de que grandes y concéntricas fuerzas impelentes trabajaban contra él y contra todos sus buenos propósitos; fuerzas combinadas de todos aquellos «hombres malos», o del destino, o que quizá la baronesa le había hecho mal de ojo, o tal vez que era simplemente su propio carácter endeble.

«¡Bill buen-humor!»,^[37] solía llamarle Carol. Sonrió. Eso era: «Bill buen-humor».

Cuando salía de la cabina del teléfono, un botones muy moreno dijo:

—Míster Wainwright, le llaman al teléfono. *Mister Trollope*.

La voz familiar y áspera de *whisky* le llegó a través del teléfono. Ya no se notaba en ella la tensión. «Tengo ganas de salir esta noche», decía. «¿Quiere llevarme a Green's a cenar y luego al bar del Taj?».

—Ya lo creo; iré a buscarla.

—No, iré yo al hotel a las siete y media. Tomaremos antes el aperitivo.

—No me cuesta ningún trabajo ir a recogerla.

Un instante se reprodujo la tensión en la voz de su interlocutora.

—No, no. Estaré fuera jugando al *bridge*. Iré al hotel.

—Está bien.

Y, en efecto, vino al hotel, refrescada y restaurada y demasiado limpia y un poco demasiado hombruna en su traje sastre blanco y su sombrero blanco de fieltro algo terciado. Cuando Bill la vio sentada frente a él en la terraza del Green's experimentó de nuevo la grata sensación de contemplar a una persona serena, limpia y eficiente, entre tantas sudorosas, alocadas y desaliñadas mujeres. El aspecto de Stitch era en cierto modo el de una enfermera atildada y competente que en medio de la confusión se dispone a prestar su ayuda en un desastre.

Qué desastre no podía Bill adivinarlo claramente, como no fuese el propio Bombay con su abigarrado enjambre de gentes viviendo todas juntas, hambrientas en su mayoría, siempre a punto de estallar en revueltas y desórdenes; un lugar donde la viruela era endémica y donde la superstición se desarrollaba y florecía como los hongos en una cueva; un lugar donde una raza estaba separada de otra y donde las religiones estaban en perpetua pugna.

La comida transcurrió agradablemente, porque la terraza del Green's Hotel lo facilitaba todo. Se sentaba uno allí a comer, dominando todo el puerto y bajo una luna espléndida, intensa y cálida; la comida era excelente, la concurrencia fantástica y el espectáculo entretenido; hombres de mar a quienes hubiese embarazado la elegancia imperial y victoriana del comedor del Taj Mahal; oficiales y funcionarios ingleses y empleados, que iban allí porque Green's era bohemio y tenía un carácter especial, el carácter adecuado a una comunidad donde todo, cada movimiento que uno hacía, se sabía antes o después; grises muchachas inglesas de aire fatigado, enviadas desde las Islas Británicas a parientes situados en Oriente para encontrar marido; mujeres al borde de la edad madura, procedentes de Hoe, o de Cardiff, o de Liverpool, o de Londres, a las que un extraño destino había hecho llegar hasta Bombay como bailarinas o como componentes de orquestas femeninas. Y aquí y allá una aventurera rusa, o una *parsi*, o una *khoja* «libre de prejuicios» cenando sola con un hombre.

Stitch le hizo a Bill gran cantidad de preguntas sobre su persona; tantas fueron, que llegó un momento en que se echó a reír y preguntó:

—¿Por qué se me somete a este interrogatorio?

—Porque me gusta saber cosas sobre la gente.

Stitch se enteró de que el padre de Bill era muy rico, de que Bill había estado casado, de que su mujer había sido una actriz de revista y de que el matrimonio había terminado amistosamente por ambas partes simplemente porque habían llegado a la conclusión de que no conducía a nada seguir casados.

—¿Estaba usted enamorado de ella? —preguntó Stitch.

La pregunta le dejó perplejo un instante. Vaciló, sonrió, y dijo:

—Pues no lo sé. Estuve loco por ella tres o cuatro semanas. Sospecho que no sé lo que en realidad significa estar enamorado.

—Pues significa mucho.

—¿Lo ha estado usted?

—Sí.

Un poco maliciosamente, Bill le preguntó:

—¿Y qué tal es?

Le hizo esta pregunta humorísticamente, pero ella no lo tomó en tal sentido. La pequeña cara se puso súbitamente seria.

—Pues... si hubiera usted estado enamorado, lo sabría. Dé gracias a Dios por no haberlo estado y desee no estarlo nunca.

Era como si fuesen dos hombres hablando entre sí, salvo que ningún hombre, como no fuese un *poseur*^[38] o un sentimental, se hubiera puesto tan visiblemente triste. Aquella tristeza le hizo a Bill sentirse incómodo; y nerviosamente dijo:

—Ella y yo éramos dos chicos. Yo tenía dinero, estábamos ilusionados... y nos fugamos y nos casamos. Yo era estudiante de tercer año en Cornell.

—¿Qué es Cornell? —preguntó Stitch.

—Una Universidad.

—Yo creía que todos los que tienen dinero en América iban a Harvard o a Yale.

Bill se echó a reír.

—No todos. Por eso fue por lo que mi padre me envió a Cornell. Le pareció que Harvard o Yale serían una mala influencia. Nunca tuvo en gran concepto mi carácter. Ya ve usted, él es hijo de un misionero y nacido en China. Todo el dinero que tiene lo ha ganado él. Dijo que quería que yo fuese a un colegio verdaderamente americano, y no a uno inglés falsificado.

Stitch no contestó y se quedó mirando hacia el puerto. El barco que venía de los puertos de Karachi y de Kathiawar, que va a lo largo de la costa del golfo Pérsico, estaba entrando; era una línea baja de luces deslizándose a

través del agua iluminada por la luna, entre ellos y la masa oscura de Elephanta. Y por primera vez en su vida, sobre la terraza del Green's Hotel en Bombay, Bill tuvo una súbita representación imaginativa de su padre; una imagen extraordinariamente clara de un hombre difícil, seco, incapaz de comprender una broma o un chiste, y más bien triste, cada uno de cuyos movimientos era cuidadosamente pesado antes de hacerlo y cuya más pequeña decisión era un asunto de árida responsabilidad. No se había entendido nunca con su padre, y no había habido nunca entre ellos la menor cordialidad. La vida para su padre era un asunto muy serio. Y siempre tenía razón. Lo cual complicaba las cosas, porque se hace todo muy difícil cuando una persona tan seria y tan pomposa resulta tener razón siempre.

Durante largo rato Bill no estuvo en Bombay, sino otra vez en América. Y era obvio que también Stitch se había ido a alguna parte, no sabía Bill adónde. El cigarrillo se consumió, sin que ella se enterase hasta que le quemó los dedos. Lo aplastó, y dijo de pronto con un matiz de fiereza en su voz:

—Mi padre se fue a Australia porque tuvo que hacerlo.

Creyó Bill adivinar el oculto significado de las palabras y sintió una timidez que le estorbaba para animarla a ir más adelante en sus confesiones. Se limitó a decir:

—Mi padre es en realidad un gran hombre. Creo que algún día acabaremos por entendernos.

Y por primera vez en su vida sintió una especie de simpatía cordial y de comprensión hacia el viejo que estaba en el otro lado del Mundo.

—Según se vive más, llegamos a comprender muchas cosas —dijo Stitch—. Yo creo que antes o después hay que arreglar la vida de modo que tenga un sentido congruente; o hay, si no, que prepararse a que todo le salga a uno mal. La vida de familia es una cosa muy complicada.

Y levantándose súbitamente, dijo:

—Bueno, vámonos de aquí; vamos al bar.

* * *

Entre el ruido del inmenso bar se les quitó la murria de la terraza.

Los dos empezaron a beber de firme, y luego el radiotelegrafista Al y Sandy, el jefe electricista del gran buque blanco *Surabaya*, se unieron a ellos. Estaban ambos algo bebidos. Al sonreía. Mientras más bebía, más sonreía. Era un hombre que tenía preocupaciones, y el alcohol las borraba. Sandy estaba luchando con sus dientes postizos. Era una señal indudable de que Sandy había pasado de la raya. Los dientes postizos se le salían cada dos

por tres.

Stitch se animó con una alegría artificial y expresó deseos de bailar; así que los tres, por turno, la fueron sacando a la pista. Bailaba bien, aunque era demasiado baja para todos ellos. Mientras bailaba con Sandy, dijo Al:

—Es una buena señora *Mrs.* Trollope.

—No es tonta.

—Bombay es una ciudad del diablo.

Bill, que había empezado a sentirse agradablemente mareado, le preguntó:

—¿Por qué? (Aunque no le importaba gran cosa).

—No puede uno nunca encontrar la clase de muchacha que le gusta.

—Es usted demasiado exigente.

Ya sabía Bill lo que Al quería decir. Era un muchacho de buen natural. No le gustaban las aventureras. Buscaba una muchacha decente, de una respetable familia de la clase media, que fuese divertida y dispuesta a pasarlo bien con un hombre que acababa de desembarcar. Desde luego, eso era bastante difícil de encontrar en Bombay. Y por eso Al, para reemplazarlo, se emborrachaba.

Un tropel de gorriones penetró precipitadamente por las grandes ventanas. Volaron medio cegados por el resplandor de las luces y luego acertaron a salir otra vez.

Mal sitio habían elegido esos gorriones para dormir.

Stitch y Sandy regresaron a la mesa. Este se enjugaba su rubicunda cara con el pañuelo. Stitch pidió otra bebida, y pareció que de repente les ocurrió algo a todos. La alegría, el buen humor, el efecto de la ginebra, todo ello empezó a declinar, a escaparse como el aire de un globo pinchado. Beber más no hubiera servido para nada. Bill pensó que en realidad *Mrs.* Trollope no había estado verdaderamente alegre ni un momento. Su jovialidad había sido sencillamente cuestión de nervios, y ahora estaba zozobrando, zozobrando a ojos vistos y enterarme.

Era ya hora de marcharse cada uno a su alojamiento, pero ninguno tenía energía para moverse. Seguían allí sentados entre el calor y el ruido, y seguían bebiendo y contemplando a la gente que bailaba. Los despistados gorriones volvieron a entrar por las grandes ventanas, y entonces, con su cerebro medio dormido y atontado por el calor y la ginebra, Bill vio algo que no podía creer.

Ella estaba allí, de pie en la puerta, vestida con un traje rojo, contemplando las oscilantes figuras en la pista de baile. La primera impresión de Bill fue que no había cambiado nada en absoluto. El cabello dorado, la arrogante figura, el florido aspecto de vitalidad enorme, todo era lo mismo. Luego, viendo que se apoyaba contra la puerta, se dio Bill cuenta de que

había bebido, y en el acto pensó: «Debe de estarse aburriendo. Nunca bebe como no sea que se aburra y no sepa qué hacer consigo misma». Y comprendió entonces por qué estaba ella allí de pie, sola, en la puerta. Estaba esperando encontrar a algún conocido que la introdujese en un grupo de amigos. Bill pensó: «¿Por qué diablos se le habrá ocurrido volver aquí?». Y al mismo tiempo se daba cuenta de lo encantadora que resultaba la silueta con aquel traje rojo; era la misma sensación que él había experimentado mucho tiempo antes, la primera vez que la había visto. Continuaba teniendo su semblante y todo su aspecto la misma expresión de falsa inocencia. Fuera lo que fuese lo que la pudiera ocurrir, siempre parecía inocente.

Durante un instante Bill pensó: «No voy a hablarle. Olvidaré que está ahí y miraré a otro lado». Pero sabía, por otra parte, que aquello era imposible en un sitio como Bombay, a no ser que se decidiese a encerrarse en el cuarto del hotel y a hacer la vida de un hombre metido en un baño turco. El verla suscitó todo un cortejo de recuerdos: de recuerdos de una vida que él había intentado hacerse creer que estaba muerta. Y de repente comprendió que no podía dominarse. En los pasados tiempos nunca había sido capaz de dominarse, y ahora le pasaba lo mismo. El calor embotaba su lucidez, pero la emoción que sentía no tenía nada que ver ni con su lucidez ni con su voluntad. Esto lo sabía él por experiencia. Por un momento se sintió hasta un poco atemorizado. Si no hubiera bebido tanta ginebra hubiese salido corriendo, y entonces toda la historia hubiera sido diferente. Mucho después comprendió que todo había empezado en aquel momento, en el momento en que comprendió que *tenía* que hablarle.

Miró ella hacia la mesa en que Bill estaba, y un instante, mientras tuvo los ojos fijos en ellos, pensó Bill que le había reconocido; pero ella miró a otro lado, quizá porque no creía a sus propios ojos.

Bill oyó que *Mrs. Trollope* le decía:

—¿Qué está usted mirando tan fijamente?

—A una persona que conozco. ¿Permite que la traiga aquí?

—¿Y por qué no? —dijo *Mrs. Trollope* sonriendo—. Estaba precisamente pensando volver ya a casa de mi hermana.

Al se animó un poco con la esperanza de que el grupo pudiese cobrar nueva vida:

—¡Claro, claro, que venga!

No se dio cuenta Carol de que Bill venía andando hacia ella hasta que estuvo casi a su lado. El cambio en la expresión de su cara fue tan súbito y tan cómico, que Bill se echó a reír. Ella avanzó hacia él, diciendo:

—¡Bill! ¡Pero Bill! ¿Qué diablos haces aquí?

Y entonces, echándole ambos brazos al cuello le besó y le dijo:

—¡Qué alegría volver a verte!

Bill, por su parte, experimentó una repentina indecisión. No sabía en realidad qué hacer. Y esto le hacía sentirse completamente idiota. Al fin, dijo:

—Ven, ven allí con nosotros.

—Desde luego —dijo ella—. Estaba pensando en irme a la cama. Estaba viendo si encontraba una trinca. Vi a dos o tres personas conocidas, pero no de mi gusto.

—¿Dónde estás?

—Aquí, naturalmente, en el hotel.

—Vamos, ¡qué divertido! ¿Con quién estás?

—Con nadie.

Eso era raro, pensó él. Sintió impulso de preguntarle: «¿Qué haces?», pero era demasiado pronto para eso. Ya lo sabría a su tiempo. Sabía, por otra parte, que a ella no le gustaba que se inmiscuyesen en sus cosas.

—¡Qué casualidad encontrarnos los dos aquí! —dijo ella—. ¡Hay que ver lo pequeño que es el Mundo!

Nunca había sido su inteligencia lo que había atraído a Bill. Por el contrario, su inteligencia había sido su principal irritación. Siempre estaba diciendo cosas parecidas. Y la reacción de antaño siguió rápidamente a la irritación de antaño.

—¡Claro! —dijo—, cada vez que dos personas se encuentran en la calle es una casualidad.

Ella se echó a reír.

—No empieces ya con tus pullitas. Ya te dije hace mucho tiempo que no es mi cerebro lo que me hace abrirme paso por el mundo.

Habían llegado ya a la mesa, y Bill vio en los ojos de Al, de Sandy y de Mrs. Trollope aquella mirada que siempre se veía en los ojos de la gente cuando la veían por primera vez. Era una expresión que cuando Bill era más joven le había hecho sentirse candorosamente orgulloso de que le vieran con ella. Era una expresión que atestiguaba el hecho de que la raza humana era aún bastante irracional y se sobreexcitaba ante la vista de tal grado de belleza, de salud y de animación. Era siempre lo mismo: los hombres, especialmente los viejos, parecían adquirir vigor simplemente con contemplarla; los hombres más jóvenes, cuando la veían sacaban el pecho, se encandilaban, adoptaban actitudes jactanciosas y pretendían ser brillantes y decir cosas agudas y sorprendentes. Las mujeres a veces la odiaban a primera vista, pero solo si ellas mismas se consideraban bastante guapas para competir. No había término medio. Era una muchacha junto a la que no se podía pasar con indiferencia.

La expresión de los ojos irlandeses de Al preguntaba a Bill: «¿De dónde has sacado esta perla?», porque era patente que la tomaba por una aventurera. Mucho antes Bill le había reprochado esto, y ella le había dicho

que parecía lo que parecía porque ello hacía rabiar a las demás mujeres, y ella se divertía haciéndolas rabiar, porque en general la eran poco simpáticas. A veces se conducía como una mujer equívoca; esto era lo que siempre le traía complicaciones. Eso era lo que Al estaba pensando en aquel momento: «Bill ha pescado una señora de primera; la mejor de Bombay».

Cuando llegó el momento de presentarla dudó un instante, y luego dijo:

—Les presento a una amiga mía: Carol Halma.

Era mejor no aludir a que habían estado casados. Solo conduciría a un montón de explicaciones. Pero Bill encontraba siempre difícil pronunciar el absurdo nombre supuesto que había ella adoptado. Hubiera sido mucho más fácil si hubiera podido llamarla por el nombre que sus padres le habían dado, diciendo sencillamente: «Olga Janssen». Con el rabillo del ojo vio que a ella no le importaba; a ella, por supuesto, le importaban poquísimas cosas en la vida, y casi siempre se daba cuenta de cuáles eran las intenciones de un hombre. La reunión cobró de nuevo animación casi inmediatamente.

* * *

Apenas la mujer rubia salió del vagón del tren cambió la expresión de los ojos del coronel Moti. Desapareció de ellos la fiereza, a la vez que la rigidez de su figura breve y erguida, y en lugar de la fiereza apareció una expresión de ternura casi maternal. Era violento por naturaleza, y su tesitura susceptible de cambio tan rápido como el ataque de una cobra. No es que sintiese personal repugnancia por la mujer que había encontrado en el vagón del tren con su amigo Merrill; lo que le alteraba tan violentamente fue el odio que por ella sentía, como símbolo de una clase que en su apasionada filosofía había desde mucho tiempo atrás rotulado como inútil y pernicioso. Reconoció el símbolo inmediatamente en las uñas laqueadas, en el traje lujoso, en la caja de joyas. Ni era la aversión del hombre por una mujerzuela o por el símbolo de todas las aventureras como especie. Para él eran simplemente desdichadas, descarriadas o víctimas de su sistema glandular o de un sistema económico que funcionaba mal. Su indignación no surgía de su pasión contra la vida licenciosa, sino contra la inmoralidad social.

Así, pues, cuando la mujer salió del coche respiró profundamente, como si el aire se hubiese purificado de pronto, y dijo:

—¿Has hecho mal viaje, Homer?

—No, no malo. Mucho calor, pero no peor que de costumbre.

Moti dijo una palabra en inglés a Tommy y habló tímidamente en hindú a Alí, el niño ciego musulmán. Moti era tímido con los niños. Nunca los había tenido propios.

Luego dijo:

—¿Quién era esa mujer?

—No sé nada sobre ella. Ha estado pasando una temporada con el hermano de Jellapore.

—¿Por qué?

Merrill aunque sufría aún, se echó a reír ante la furia concentrada que contenía aquella sola palabra «¿por qué?» y ante lo que había detrás de ella: el odio implacable de Moti hacia toda la familia de Jellapore, como derrochadores y malos gobernantes. Luego dijo:

—No lo sé. ¿Cómo quieres que lo sepa? No la he visto nunca hasta hoy, y probablemente nunca la volveré a ver. No creo que tenga gran importancia en cualquier caso.

—Quizá sí..., quizá no.

El coronel había estado ayudando a recoger el equipaje y dando instrucciones a dos *coolies*. Miró a Merrill y le dijo:

—En todo caso, lo mejor que puedes hacer es venirme a casa lo antes posible y meterte en la cama.

—¿Está todo preparado para la operación de Alí?

—Sí. El doctor Bliss iba a embarcar, pero le persuadí para que esperase hasta el barco siguiente.

—Gracias. En cierto modo, Alí es casi un hermano para Tommy. Ha vivido con nosotros desde que se quedó ciego.

Sabía que el niño indio no podía comprender lo que estaban hablando. Se había deslizado desde el diván al suelo y estaba quieto de pie, pacientemente. Había en él una extraña inmovilidad, la inmovilidad de la resignación que en un niño de tan pocos años tenía un matiz desgarrador.

—Había otros tres casos: dos de Rajputana y uno de Bhopal. Ya ha operado a uno.

Merrill le miró.

—¿Con buen resultado?

—Sí —dijo el coronel Moti.

Luego sonrió y preguntó:

—Tienes cariño al niño, ¿verdad?

—Sí, es un niño muy bueno.

—Por eso te tengo yo cariño a ti —dijo el coronel—, y por eso es por lo que tienes que descansar.

—Tengo que volver a Jellapore dentro de diez días.

—No volverás dentro de diez días ni volverás hasta que yo te arregle. A menos que quieres caerte en pedazos del todo y no servir de nada para nadie.

—Pero si estoy muy bien.

—Eres un hombre de demasiado valer.

Y otra vez los ojos del coronel Moti brillaron de indignación.

—Estás diciendo majaderías.

Merrill sonrió y guardó silencio. Era inútil intentar discutir con Moti, porque mientras más ardiente era una discusión, más dictatorial se sentía Moti, más fuerte se hacía su creencia en la propia infalibilidad. De todos modos no era la primera vez que Merrill había estado enfermo, aunque quizá no tanto como esta vez. Siempre se las había arreglado para salir adelante, y esta vez también lo conseguiría. Cuando Tommy se hubiese embarcado y la operación de Alí estuviese hecha, regresaría sencillamente a Jellapore, sin discutir poco ni mucho.

Se necesitaron dos taxis para llevarlos a todos a casa del coronel Moti. El coronel no tenía automóvil propio, aunque podía haberlo reclamado, dada su posición como jefe del Instituto de Enfermedades Tropicales. Prefería usar el dinero del automóvil a beneficio del propio Instituto. Solo Dios sabía lo difícil que era conseguir el dinero necesario. Y el precio de un automóvil daba para mucho en un país donde el trabajo era barato y donde un obrero podía vivir con un poco de arroz y de *curry*^[39] una vez al día. Así que el coronel, a pesar de su categoría y de su fama en todo el mundo, viajaba en los atestados tranvías, o, si iba a alguna comida importante del Gobierno, tomaba un taxi. Le gustaba ir en los malolientes tranvías sobrecargados de humanidad. Eso impedía que se le olvidase cómo era la humanidad, cómo era la pululante humanidad india. Y oía en los tranvías muchas cosas que en otro lugar no hubiese oído, por aislarle de la gente popular la constante barrera de su renombre y categoría.

Al salir de la estación, los taxis no siguieron la misma ruta que el taxi de Carol hacia el Taj Mahal, el Bombay Yacht Club y Malabar Hill, sino que viraron hacia el Noroeste, pasaron por Crawford Market, en dirección al distrito fabril. A cada manzana, las casas y las habitaciones eran más destartaladas, más pobres y más repelentes, y las calles estaban más llenas de gente. Todos los *coolies*, todos los obreros de las fábricas, todos los hindúes de castas inferiores, habían salido de sus viviendas a las ardientes calles, atestando las aceras, empujando a codazos a los vendedores de dulces, rebosando por el arroyo, andando entre los rieles de los tranvías, donde los coches, sobrecargados de pasajeros que buscaban hasta el más tenue soplo de aire, se movían a paso de tortuga tocando las campanas. Aquí y allá, un viejo fonógrafo rascaba un disco de música india. Pululaban los chiquillos. Los taxis se abrían camino a través de la muchedumbre; el coronel iba callado, y Merrill recostado, con los ojos cerrados y con el dolor martilleándole en la cabeza. Moti contemplaba el bullicioso espectáculo con una débil sonrisa que rizaba las comisuras de su dura boca. Aquel era su

pueblo. En cierto modo los conocía a todos, a todos aquellos millares, con su ignorancia y su superstición y su hambre y su insondable paciencia. Por ellos era por quienes luchaba, para llevarles un poco de luz y de salud y de espíritu y de dignidad. Por ellos era por quienes se negaba a sí mismo un automóvil y por quienes vivía pobremente, como los mismos *sadhus* a los que detestaba.

Los taxis salieron de los suburbios miserables y del distrito fabril y entraron en otro donde los pobres se amontonaban en casas que se estaban desmoronando y que un día habían cobijado a familias de los marchantes ricos. Aquello era mejor; siquiera había un poco de espacio y de aire y algunos jardines, aunque abandonados y sucios, donde crecían higueras de Bengala, *pipales* e higueras de Java, que daban negras sombras bajo la luz de la luna. A una indicación del coronel, los taxis entraron en una estrecha calle y llegaron al fin al Instituto de Enfermedades Tropicales y a la vivienda del coronel.

Era un *bungalow* rodeado por un espacio despejado, cubierto de gravilla.

Dos grandes higueras de Java crecían a los lados, y en las esquinas del tapiado jardín, unos cuantos arbustos. En la casa había una sola luz, y cuando los viajeros llegaron a la puerta, apareció en lo alto de la escalinata la figura de una mujer vestida con un *sari* blanco y plata.

Merrill, abriendo los ojos, vio a la bailarina de pie junto al borde de la terraza blanca y resplandeciente a la luz de la luna, y le asaltó el pensamiento de que aquella figura simbolizaba en su pureza a ella misma y a su esposo. Eran ambos demasiado buenos, demasiado puros, demasiado fanáticos para ser de este mundo. No eran como él mismo, que, pese a toda su dedicación a su obra, aun tenía perturbadoras y a veces torturantes visiones del mundo y sus placeres. Aun en el calor de la noche, la enhiesta figura aparecía limpia y fresca. Y con subida envidia pensó: «¡Qué paz debe de gozar; qué paz deben ambos de tener!».

Y le dijo al coronel:

—No me habías dicho que Indira estaba aquí.

—Ha negado esta mañana en el barco de la Línea del Pacífico y Oriente —dijo Moti—. Se me había olvidado decírtelo.

* * *

El interior de la casita encajaba bien con la personalidad de Moti y de su esposa. Las amplias y frescas habitaciones estaban limpias; el mobiliario era sencillo y ascético. No había otros adornos que una colección de jades persas y una docena de cuadros mongoles. Jades y cuadros eran de *Mrs.*

Moti, que los había comprado con su propio dinero, ganado en exhibiciones de danza en las capitales de medio mundo. Para ella eran tan necesarios como todo el brillante equipo de un laboratorio para el coronel Moti. Para Merrill aquella casa era un oasis en medio del calor, de la confusión y del torbellino de la India; y cada vez que salía de los ardientes pueblos escuálidos en los que trabajaba, venía derechamente aquí a refrescarse el alma. No era solamente que aquí encontraba paz, sino que descubría de nuevo la fe; porque había veces en que la reincidencia incesante, recalcitrante, de los pueblos y la palúdica apatía de los propios aldeanos, le conducían muy cerca de los límites de la desesperación. Aquel *bungalow* había sido para él también una especie de refugio para escapar de su mujer hasta el mismo día de su muerte. Cuando la vida se hacía insufrible en su casa, se iba a la de los Moti, donde sabía que su mujer no habría de seguirle. Ella les había odiado porque cuando su marido estaba con ellos escapaba a un reino del espíritu al que ella no podía seguirle.

Mister Moti condujo a Merrill a una amplia habitación y dijo:

—Esta es para ti y para Tommy. ¿Pondré a Alí en el chamizo?

Merrill se la quedó mirando un momento, sorprendido, y luego se dio cuenta de que lo que le proponía era lo natural en una india. Ella había creído que el hijo ciego del *mahout* se encontraría más a gusto entre la servidumbre.

—Si no os importa —dijo Merrill—, le tendré aquí con nosotros. Es que ha estado viviendo con nosotros. Nunca había salido antes de ahora de su pueblo. Diré a los criados que entren una cama india.

Mister Moti salió a dar las órdenes, y cuando se hubo ido, Merrill se sentó en el borde de la cama, sintiéndose otra vez mareado y febril; pero aun a través de la fiebre, seguía viendo la noble figura con el *sari* blanco y plata. No era ni muy joven ni muy bella, pero también él sentía en ella la perfección del arte; resaltaba en sus uñas laqueadas en el blanco dibujo del pelo, en el breve óvalo del rostro cincelado maravillosamente y, sobre todo, en la calma serena que parecía envolverla por entero. Donde quiera que ella entraba, todo parecía devenir tranquilo y reposado. Merrill pensó, fatigado: «Quisiera permanecer aquí para siempre y descansar, descansar y descansar». Porque no era solo su cuerpo vigoroso el que estaba enfermo y cansado, era también su espíritu, y en no menor medida.

Cuando *Mrs.* Moti volvió, le dijo:

—Está preparada la comida para ti. Cuando Moti me dijo que venías, la hice preparar. Hay para los niños leche fresca de cabra. Es de las cabras del laboratorio, así que pueden tomarla sin ningún cuidado.

Cuando hubieron cenado, Merrill y los dos niños volvieron a su habitación a dormir. Habitualmente le gustaba sentarse a departir con el coronel y solían

estarse la mitad de la noche comentando los descubrimientos del uno y los trabajos del otro en los pueblos de Jellapore. Pero esta noche Merrill estaba demasiado fatigado y enfermo, y el coronel lo sabía. Cuando se hubo desnudado y tomado una ducha, Moti entró y le dio un sedante.

—Eso es lo que necesitas —dijo—, dormir. Duerme hasta tarde, mañana. Si los niños se despiertan antes, Indira los llevará a ver los pájaros y animales de Crawford Market.

Hablaba como si el ciegucecito Alí estuviese en condiciones de ver los pájaros de brillantes plumajes; pero quizá era que sabía que su esposa le haría verlos.

Merrill se durmió, y durante la noche tuvo pesadillas, casi de delirio. En ellas era unas veces la figura central Indira Moti, sosegada, serena y pura con su *sari* blanco y plata; otras, era la mujer que había visto en el tren, bella, tentadora, carnal, terrena, una especie de diosa pagana, que había aniquilado el terrible dolor y le había dado una clase de paz que la bailarina nunca podría proporcionarle.

Merced al sedante no se despertó hasta el mediodía; el dolor le oprimía aún la cabeza y su espíritu continuaba ardoroso.

Entonces se acordó de que durante la noche, en medio de sus retorcidos sueños, se había despertado y había visto que su amigo Moti estaba allí, de pie, observándole. Lo que no sabía era que Moti, cuando le estaba mirando, había pensado: «Tenemos que salvarle. No podemos perderle. Es uno de los nuestros. Le necesitamos a él y a su espíritu». Y luego, cuando el fiero coronel había vuelto a la habitación de su esposa, ambos habían estado hablando largo rato, planeando lo que debían de hacer para salvarle y devolverle la salud. Fue una conversación que hubiese asombrado a Merrill, por lo distinta, por lo lejana de cuanto le había sido enseñado, de cuanto había creído mucho tiempo antes en la casa de su padre en el valle Geneseo, al otro lado del mundo.

* * *

Hacia la hora en que Merrill se despertó y encontró a su amigo de pie junto a su cama, Al, el radiotelegrafista, y Sandy, el jefe electricista (cuyos dientes postizos se habían a la sazón emancipado con la más absoluta rebeldía), se levantaban de la mesa, en el bar, al otro extremo de la bochornosa ciudad, para regresar al barco. Les quedaban pocas horas antes de que el gran buque blanco zarpara otra vez, y luego de doblar el Cabo Cormorín y de atravesar los estrechos malayos, continuase hacia Sydney. Se despidieron con lengua algo estropajosa, y echaron a andar, pesarosos,

porque estaban algo borrachos, se encontraban sentimentales y les conmovía pensar que lo más probable era que no volvieran a ver en su vida ni a Bill ni a *Mrs.* Trollope. Al día siguiente, por la mañana, se despertarían con dolor de cabeza, y Sandy tendría que emprender la busca y captura de sus dientes postizos antes de entrar en funciones; hacia las once, su gran hotel flotante zarparía con una porción de pasajeros nuevos y con algunos de los antiguos harían nuevas amistades que reemplazarían a Bill y a *Mrs.* Trollope, y luego se olvidarían de ellos. Tal era su vida. Pero en aquel instante les había dado la vena sentimental, y Al se encontraba lo bastantes despejado para lamentar el haber bebido demasiado, lo que le impidió disfrutar de la compañía de aquella amiga de Bill, tan alegre y tan guapa, que había salido de pronto no se sabía de dónde.

Así, pues, tardaron un buen rato en acabar de despedirse, y mientras lo hacían, se apoyaban en los respaldos de las sillas para guardar el equilibrio. Sandy hasta lloró un poco, y entre tanto, Bill, pese al afecto que ambos le inspiraban, estaba deseando que se fueran para poder charlar con Carol. Tenía ganas de preguntarle una porción de cosas.

Pero, al fin, se fueron, con sus trajes blancos, abriéndose paso entre la multitud bulliciosa que les daba empujones; y así, solo quedaba *Mrs.* Trollope.

En medio de aquel ambiente divertido, le había vuelto de pronto la tristeza de antes. Pareció invadirla en el momento en que Carol rodeó con su brazo el cuello de Bill con amistoso ademán, y dijo:

—¡Chico, qué gusto volver a verte!

Bill atribuyó el cambio de expresión de *Mrs.* Trollope a que hubiese encontrado poco distinguido el ademán o la expresión. Y se dijo: «Bueno, si lo encuentra así, que se fastidie».

No se marchaba. Seguía allí sentada, mohína y silenciosa la mayor parte del tiempo. A ratos contemplaba a la gente, volvía la espalda a Carol y Bill, recalcando el hacerlo; pero luego volvía a mirarlos, y una de las veces dijo:

—Voy a organizar una fiesta para ustedes dos. ¿Cuánto tiempo va a estar aquí, *miss* Halma?

Carol dejó el vaso sobre la mesa.

—Hasta que se me acabe el dinero. No tengo plan fijo.

Y entonces un hombre moreno, un indio, un tanto regordete y vestido impecablemente por un sastre de Londres, salió de entre la multitud, se les acercó y dijo en perfecto inglés:

—Hola Carol, ¿cuándo has vuelto?

—Esta noche.

Echó hacia atrás la silla y añadió:

—Siéntate y toma algo.

Y le presentó. Se llamaba, por lo visto, *Mr. Botlivala*.

No se sentó. Se quedó de pie, con las manos apoyadas sobre el respaldo de la silla, diciendo:

—No, no puedo quedarme. Estoy con unos ingleses. ¿Qué vas a hacer mañana?

—No lo sé. Telefonéame.

—Te telefonaré.

—No muy temprano. A la hora de comer.

—Perfectamente.

Saludó inclinándose y la inclinación pese a su indumento y a sus ademanes perfectamente europeos, fue oriental, un poquitín baja, un poquitín demasiado exagerada, como una zalema. Y se marchó.

Solo cuando se hubo ido, cayó Bill en la cuenta de que el indio apenas había mirado a Carol; solo le había mirado fijamente a él. Y recordó también las manos de *Mr. Botlivala*, larguísimas, delgadas, muy ágiles y sumamente raras en un cuerpo tan rollizo y sensual. Eran manos repulsivas, crueles y discordantes. Bill no se acordaba en absoluto de su cara; solo de las manos.

Mister Trollope encendió un cigarrillo con la colilla de otro y dijo:

—Ya sé quién es.

—Apesta de rico —dijo Carol.

—Yo le tendría a raya, amiga mía —dijo *Mrs. Trollope*—. Tuvo que ver en un escándalo con unas chicas, unas bailarinas.

—Eso es historia antigua —dijo Carol—. No pasó nada. Le conozco muy bien.

Mrs. Trollope puso súbitamente un gesto duro.

—¿Bien, en qué sentido? —preguntó.

Carol se echó a reír.

—Bueno no *tan bien* como usted parece creer. No le encuentro muy atractivo. Pero es rico y le gusta gastar dinero. No seré yo la que desanime a un hombre así.

Fue Bill quien dijo:

—No es muy atractivo.

Mrs. Trollope, sin circunloquios, dijo ásperamente:

—No sé cómo una mujer puede consentir que se le acerque semejante hombre.

Bill sintió impulsos de decir: «¿Y a usted qué le importa?», más que nada porque estaba harto de *mister Trollope*, y estaba deseando que se fuera a su casa. Pero a Carol no pareció importarle.

—Yo no soy tan exigente.

—¿Le agradecería venir mañana a tomar el té? —preguntó *Mrs. Trollope*.

Con mucho gusto, si me levanto a tiempo. ¿Dónde?

—En casa de mi hermana. Vivo con ella. Vendré a buscarla a usted.

—Mejor será que me telefonee antes.

Entonces *Mrs.* Trollope se volvió a Bill:

—No puedo invitarle. Será una reunión *zenana*. Solo para mujeres.

—Claro —dijo Bill; pero se preguntó por qué mentiría descaradamente, sabiendo muy bien que él estaba enterado de que su hermana vivía como una europea y no guardaba *pardah*.

Mister Trollope se levantó, se metió más el sombrero de fieltro blanco y dijo:

—Bueno, me voy.

—¿La acompañaremos?

—No, me espera el coche.

—Nada nos cuesta.

—No; yo sola me cuido. Gracias por todo, Bill.

Sonrió entonces a Carol.

—La telefonaré.

—Bueno —dijo Carol—. No me llame demasiado temprano.

Cuando se hubo ido, Bill dijo:

—Ha sido un sinapismo casi toda la noche.

—¿De dónde la has sacado?

—Venía en el barco.

—No es tu tipo. Poco vistosa.

—Poco —dijo él, riéndose—. Quizá estoy cambiando de gustos.

—Tiene facha de andar detrás de chicos jóvenes.

—¡Qué va...!

—Tengo más sed —dijo Carol.

—Pues no bebes más.

—¿Por qué?

—Porque quiero que hablemos. Así estamos bien.

—Sí; pero a lo mejor se me acaba la cuerda.

—No se te acaba.

Luego, después de un momento, añadió de pronto:

—¿Qué traes entre manos?

—Nada. Pasarlo bien nada más. Y en todo caso, no tienes por qué preocuparte tanto.

—¿Cómo es que estás aquí?

—Salí de Londres con unos cuantos. No les conoces. Ellos fueron de un tirón a Bali. Yo lo estaba pasando bien aquí y me quedé.

—Y ¿qué haces?

—Visitar *maharajahs*, ir a las carreras y comprar joyas.

Bill pensó: «Eso no está a su alcance. No tiene bastante dinero, como no

esté comiéndose el capital o como no sea que alguien la ayude».

—Ahora me toca a mí —dijo ella—. ¿Qué haces tú aquí?

Bill se lo contó y ella le dijo muy seria:

—Me alegra que hayas sentado la cabeza. Hacer de chico calavera no te iba bien.

—Acaso. Llevo ya mucho tiempo siendo bueno y formalito y trabajando como una fiera. Pero puedo descarrilar.

Carol le miró gravemente. Luego dijo:

—Conmigo no, conmigo no descarrilas.

—¿Por qué?

—Porque no voy a comenzar contigo otra vez desde el principio.

—¿Qué vas a hacer cuando te marches de aquí?

—Volver a París.

—¿Para qué?

—Porque allí me divierto.

—¿Vas a volver a casarte?

—Si encuentro el tipo perfecto. Ahora tengo novio. Pero no pienso casarme con él.

—¿Quién es?

Antes de contestar se echó a reír. Luego dijo:

—Es ese individuo que se acercó antes a la mesa.

—¿El indio?

—Es un *parsi*.

—¿Y cómo ha sido?

—Empezó a acompañarme y a hacerme regalos y a pedirme que me casara con él. Entonces le dije que bueno, que me comprometería con él si eso le consolaba; pero que no le prometía nada.

—¿Y nada más?

—Nada más. Es que, ¿sabes?, la mayor parte de ellos se vuelven locos por las rubias.

—A mí no me ha hecho buen efecto.

—Quizá tengas razón.

Carol encendió un cigarrillo y dijo:

—Pide algo de beber.

—No, has bebido bastante. ¿Para qué quieres beber más?

—Porque me hace falta, después de todo lo que he pasado esta semana.

—¿Qué es lo que has pasado?

Carol le contó su visita a Jellapore, y según hablaba, su propia animación natural, su propio buen humor espontáneo, comenzaron a reemplazar la ginebra que había estado bebiendo durante todo el día. El relato de toda su visita, hecho así de pronto, sin pensarlo, le resultaba ahora divertido y según

hablaba se fue animando y comenzó a hacer del caso una narración excelente. El *boicot* de las mujeres de Jellapore, la fiesta en que los muchachos ingleses desparramaron a puntapiés los tiestos de orquídeas, y hasta la historia que le había contado a ella *Mrs. Goswami*, del intento de envenenarla, se convirtieron en chistes y chanzas. Todo había ya pasado, no quedaba sino un recuerdo y una experiencia más. Ella no vivía nunca en el pasado ni en el futuro. Para ella lo era todo el presente, minuto por minuto.

Así era como le gustaba a Bill. Por ser así, fue por lo que se escapó con ella, hacía mucho tiempo, para despertar y hacer levantarse a un cura en Greenwich Village, a las dos de la mañana, para que les casara. No era porque ninguno de los dos estuviese locamente enamorado del otro; era porque habían descubierto que se divertían juntos; hasta su modo de amarse había estado presidido y sazonado por carcajadas. Nada hubo en sus amores que recordase, ni remotamente, a Tristán e Iseo.

Cuando se ponía así, es cuando Carol estaba más guapa. Beber, siempre le restaba algo de su encanto, porque procedía este en gran parte de su rozagante salud y de su buen humor y animación inagotables que la permitían estar de pie toda una noche y aparecer al día siguiente, después de haber dormido dos o tres horas, lozana como una campesina.

Según escuchaba Bill, riéndose de cuando en cuando ante la absurda improbabilidad de todo el relato, una arruga de preocupación iba frunciendo su entrecejo entre los azules ojos. «Si siquiera pudiera seguir siempre como está», pensó. No le gustaba su mucho beber, ni la sombra de cansancio que había advertido en ella al principio de la noche. Y le gustaba menos aún aquel hombrecillo recordete del nombre raro y de las manos flacas.

Entonces ella le contó su despertar en el tren, sin saber dónde estaba ni por qué estaba allí, cómo el eje se había roto y cómo había tenido que elegir entre viajar en un vagón *pardah* y viajar con un misionero.

—Y es que en la India —dijo Carol— no hay un solo momento aburrido. Siempre pasa algo. El misionero parecía buena persona y no era nada feo. La cosa no resultó tan mal como amenazaba serlo. Estaba el pobre enfermo y tuve que cuidarle. Me dio muchísima lástima. Según dijo, no era en realidad misionero. Hacía no sé qué en los pueblos, sobre las cosechas y sobre la cría de animales y cosas así.

Entonces Bill encontró un nuevo interés en lo que estaba escuchando. Escuchó un poco más y luego preguntó:

—¿Cómo se llamaba?

—Me lo dijo, pero no me acuerdo. Espera... Era...

Homer, creo, un nombre de tienda de barbero... Homer no sé qué. No me acuerdo del apellido.

—Me parece que le conozco. Fue al colegio conmigo. ¿Se llamaba

Homer Merrill?

—¿Merrill? Sí, eso es. ¡Vamos, qué casualidad!

—Era un gran jugador de *rugby*; solía jugar de zaguero. Eramos de la misma trinca. Tuvimos el mismo cuarto durante dos años.

—Nunca le llevaste a Nueva York.

—No le gustaba esa clase de vida. No es que fuese gazmoño, pero le gustaba vivir a su manera. Además, no tenía dinero suficiente ni consentía que otro pagase por él.

Bill vio en su imaginación, de pronto, a Homer: grande, un gran tipo, siempre muy limpio. Eso sobre todo: limpio. Era el sujeto más limpio que había conocido nunca. A veces mirar a Homer le producía una especie de vergüenza, como si él necesitase un baño espiritual. No era que Homer dijese nunca nada; era como una derivación de su modo de ser: sincero y bueno y limpio, con un dejo de humor en sus claros ojos azules, trabajando bien en el colegio y siempre preocupado por el bien de la Humanidad.

Hasta escatimaba el tiempo que dedicaba al *rugby*, aunque su destreza en tal deporte le ayudó no poco en su vida universitaria. Ahora estaba en Bombay, hacía diez años trabajando en los poblachos indios. Los ojos de aquella mujer misionera que iba en el barco, alegres y bondadosos, revivieron en su imaginación por un instante; sí, eso era: eran exactamente como los ojos de Homer: unos ojos que nunca le condenarían a uno y que estarían siempre prontos a auxiliarle. Ahora comprendía por qué en el barco le habían parecido familiares los ojos de aquella mujer.

—¿De qué estaba enfermo? —preguntó Bill—. ¿Qué le pasaba?

—Dijo que el hígado y el clima. Y debía de ser, además, otra porción de cosas.

—¿Dónde iba a vivir en Bombay?

—No lo sé. Me dijo el nombre de un amigo suyo, médico. No sé más.

Resultaba, pues, que otra vez había perdido su rastro. No era fácil encontrar en Bombay a una persona extraña al mundo que él frecuentaba; una persona que no vivía en Malabar Hill ni iba al Yacht Club, ni al Willingdon Club, ni al Taj Mahal, ni a las carreras. La consabida aguja en un pajar era cosa sencilla al lado de eso.

Y su mente, olvidando un momento a Carol, empezó a discurrir dónde podría encontrar a Homer. Bien podría ser que le viniese muy bien algo de dinero; en todo caso Bill podría facilitar que le atendiesen médicos competentes y quizá podría convencerle de que se tomase unas vacaciones.

—¿No tienes ni idea de dónde pensaba alojarse? —preguntó Bill.

—No, creo que era con no sé qué indio. Un indio fue a buscarle a la estación, un indio de muy buen aspecto, de unos treinta y cinco o cuarenta años y con grandes ojos negros. Por cierto que no le gusté mucho.

En el caluroso recinto había empezado a disminuir algo la concurrencia. Bill miró en torno suyo y dijo:

—Oye, creo que acostarte te sentaría bastante mejor que beber más.

—No podría dormirme aún.

—Deberías acostumbrarte a acostarte más temprano.

Ella no contestó y Bill le dijo:

—Supongo que no estarás tomando drogas, ¿eh?

—No, no soy tan idiota.

—Pues vete a la cama y trata de dormir.

—Es inútil, pero me iré si te empeñas. ¿Hay carreras mañana?

—No, no las hay hasta el sábado.

—¿Me llevarás?

—Ya lo creo.

—¿Qué caballos corren?

—No lo sé. No sé una palabra de los caballos de Bombay.

Carol pareció de pronto fatigada. Bajo sus ojos se marcaron oscuros círculos y pequeñas arrugas de cansancio en torno de su boca deliciosa. Bill pensó: «Va a envejecer de prisa, muy pronto, si sigue así. A los treinta y cinco, si tiene suerte, será una rubia bien conservada; y no hay nada peor que una rubia bien conservada». Sintió súbito deseo de acudir en su ayuda, pero no se le ocurría cómo. Le pareció que, en el curso de su destino, había habido un momento en que Carol había tomado mal la aguja y había entrado en una vía inconveniente. Era como el espectáculo de una buena actriz representando un papel que no encajaba en su físico ni en sus aptitudes. Había algo en ella desperdiciado: energía, voluntad, designio; no sabía él lo que fuera. Se sentía ahora un poco bebido y todas las emociones, el calor y la mala suerte que le había perseguido durante todo el día, parecieron caerle encima juntas y de pronto.

—No quiero ser grosero, Carol —dijo Bill—, pero si no me voy a la cama, me voy a quedar aquí dormido.

—¿Qué? ¿Envejeces?

—A lo mejor. De todos modos, aparte de que he tenido un día repugnante, mi trasnochar sin límite se ha terminado. Comencé esta mañana viendo aplastar a un hombre a dos pasos de mí. Su sangre me salpicó los pantalones. Tuve que tirar el traje.

En los ojos azules de Carol alumbró un débil destello de interés.

—Pues ¿qué pasó? —le preguntó—. Cuéntamelo y me voy a la cama.

Bill se lo contó apática y fatigadamente, porque se sentía demasiado cansado para rehacer la impresión de horror y de violencia que el espectáculo le había producido. Cuando terminó, Carol dijo:

—Es una mujer curiosa tu amiga *Mrs. Trollope*.

—Es buena persona.

Carol se levantó de pronto.

—Bueno, vámonos a la cama.

—Te acompañaré hasta tu habitación.

—No necesitas molestarte.

—Lo hago con mucho gusto.

Bill pagó la cuenta y gratificó al camarero mestizo. Según iban andando entre las mesas llenas de gente, notó que alguien le miraba fijamente, y volviéndose, vio que era el hombre rollizo de las manos flacas. Iba a hablarle, pero luego lo pensó mejor y permaneció callado.

Bajaron las escaleras hasta el ascensor, y al pasar delante del reloj, vio Bill que eran ya las tres de la mañana. Cuando alzó la vista vio la figura de la baronesa pesadamente sentada en una butaca de mimbre. Estaba observando a la gente, y las cuentas de su rosario de madera corrían rápidas entre sus gordos dedos. No les vio y Bill pensó: «Dios quiera que lleguemos al ascensor sin que nos vea».

Pero inmediatamente, como si hubiera sentido su presencia, la baronesa se volvió y les vio. Fue más que bastante. Se precipitó fuera de su butaca y vino hacia ellos con la cara contorsionada en una mueca que era para ella lo más aproximado a una sonrisa.

—*Pueno* —dijo—, todo el día he estado preguntándome *tónde* estaría usted.

—He tenido infinidad de cosas que hacer.

—Qué *horrible* fue el *assidente*.

Y sonrió débilmente, con sádico disfrute del recuerdo.

—Sí.

La baronesa miró a Carol y sonrió. Bill se dio perfecta cuenta de que quería que la presentase y por una vez en su vida fue grosero; pero ser grosero con la baronesa era simplemente como ser grosero con un rinoceronte empeñado en averiguar algo.

Extendiendo la mano, dijo:

—Soy baronesa de Stefani. *Mr. Fainwrigth* y yo *jemos fenido guntos* en el *parco*.

—Perdone —dijo vencido Bill—, le presento a *miss Halma*.

Carol dijo:

—Encantada.

—¿Ya se *fan* a acostar? —preguntó la baronesa—. Les *infitaría* a tomar algo.

—Gracias —dijo Bill—. Otro día... Mañana tendremos mucho gusto...

—Y mañana, como *joy*, no le *feré* a usted.

—Estamos cansados —dijo Carol.

—*Pueno*, entonces, mañana; tengo su promesa.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Se volvieron hacia el ascensor y la baronesa regresó a su butaca de mimbre y a su pasar las cuentas. Era tarde, pero estaba gozando en contemplar la multitud. Sus ojos, semejantes a abalorios, lo veían todo; eran en esto de una destreza singular, adquirida en el aislamiento y el ansia. Estaba contenta de que le hubiesen presentado a la vistosa muchacha rubia que tan útil podía ser para ella. Ya había confirmado lo que su instinto y su experiencia le habían hecho sentir: que la muchacha había trabajado en el teatro.

Poco rato después, un hombrecillo delgado, de siniestra apariencia, con ojos esquivos y vestido desaliñadamente, llegó y se sentó a su lado. Hablaron largo rato, con caras serias, mientras las cuentas reposaban inmóviles en el amplio regazo de la baronesa, hasta que, aun en el enorme vestíbulo del Taj Mahal, quedó poquísima gente.

* * *

Ya arriba, Bill y Carol recorrieron la larga galería de piedra, pasaron ante los dormidos criados y cuando llegaron a su habitación, Carol dijo:

—¿Quieres pasar a charlar un poco?

—No, ya charlaremos mañana.

Carol titubeó un instante y luego dijo:

—¿De veras?

—No, creo que es mejor que no me quede... Es que me parece inútil comenzar otra vez de nuevo. ¿Comprendes lo que quiero decir?

Ella volvió los ojos a otro lado.

—Sí..., quizá tienes razón. Pensaba solamente que podíamos habernos reído un rato.

Luego se volvió y le miró; le miró la muchacha que a él le gustaba, la hija del casi gigantesco granjero sueco de Minnesota.

—De todos modos —dijo Carol—, me alegro mucho de haberte encontrado. Necesitaba alguien como tú. Podrás acompañarme. En todo caso —añadió—, dame un beso de despedida.

Carol le besó y fue un beso casto, casi de hermana. Eso era lo raro que había en ella; que a pesar de todo, conservaba una especie de pureza, un candor ingenuo que nada había podido destruir. Era sana, normal y buena. Dios se lo había concedido todo. Y otra vez, durante un instante, tuvo Bill la sensación de que ella, en algún momento a través de su vida, había tomado

mal la aguja y había entrado en una vía equivocada.

Cuando Bill estuvo en su cuarto, sintió que el beso le turbaba; sentía que en cierto modo él había contribuido a cambiar el destino de Carol. Si él hubiera sido de otro modo, el matrimonio podría haber sido un éxito, un matrimonio sano, bueno y sencillo. No había razón alguna para que no lo fuese. No había habido sino demasiada gente, demasiadas fiestas, demasiadas luces brillantes, demasiado desatinar.

Cuando se desnudó y se echó en la dura cama de hierro, con el *punkah* agitando el cálido aire húmedo sobre su cabeza, permaneció despierto durante largo rato; al fin, ya medio dormido, pensó: «Quizá, después de todo, soy digno hijo de mi padre. Quizá su seriedad empieza a despuntar en mí». Y recordó el viejo proverbio: «Nadie hay más formal que un calavera regenerado».

Carol en su cuarto no se podía dormir. Echada en la cama, a oscuras, hacía esfuerzos desesperados para conciliar el sueño, pero este no llegaba. Su vida, sin que ella se diera cuenta ni supiera por qué, se le había complicado. Ya no dormía por la noche, sino de día. No sabía dónde habría de estar dentro de un año, ni de un mes, ni aun al día siguiente; y esto, ahora que estaba sola y con el alma tan desnuda como el cuerpo, la turbaba y la atemorizaba. Por eso era por lo que le había pedido a Bill que entrase a charlar un rato, no porque aun estuviese enamorada de él, sino porque si él hubiese estado allí, a su lado, ella no hubiera pensado en sí misma. Hubieran hablado de otros tiempos y hasta se habrían reído. Era un buen chico, pensó, bueno como solo los hombres americanos son capaces de serlo: caballeroso, jovial y amable, quizá demasiado amable y demasiado jovial. Eso era lo que casi le había arruinado. El nombre que antiguamente le daba ella, «Bill buen-humor», volvió a su memoria y sintió hacia él una oleada de cordial afecto.

Pero casi inmediatamente después, los terrores nocturnos volvieron a asaltarla, deslizándose y arrastrándose entre las sombras de la amplia habitación. De su propio cerebro salían voces independientes de su voluntad, que insistían en hablarle. «Tienes miedo. Has destrozado tu vida. No tienes donde ir. Estás casi sin un céntimo. Has gastado todo el dinero que Bill puso a tu nombre. Estás empezando a beber por beber. No tardarás en tomar drogas para dormir. No puedes retroceder. No puedes volver a casa de tu madre y vivir en la casita de Minneápolis. Sabes demasiado. Has ido demasiado lejos. No podría ser. Tú lo sabes mejor que nadie. Ahora, cuando te levantes a mediodía, tus ojos no están claros, como siempre lo estaban antes, a pesar de todo. Se te está estropeando el cutis. Tienes que beber para ahuyentar tus terrores. Tendrás, aun ahora, que levantarte y beber más para dormir».

Y ella, contestando en voz alta a las voces, dijo:

—¡No lo haré! ¡No lo haré! No podéis obligarme.

Pero las voces insistían y, al fin, cuando ya casi había amanecido, se levantó y en la tenue luz gris de la aurora fue al cajón donde había ocultado de los ojos de Khrisna la botella de ginebra y bebió un largo trago en la misma botella.

* * *

Cuando *Mrs.* Trollope salió para buscar el gran Rolls en la fila de coches a la salida del Taj, el conductor estaba medio dormido y malhumorado e insolente. Cuando ella dijo: «Al palacio», el conductor se limitó a hacer un gesto sin hablar, y cuando ella subió al coche cerró la puerta con violencia y *mister* Trollope pensó: «Este también lo sabe».

Ella sabía que para toda la servidumbre del palacio no era sino una pariente pobre. Ella conocía el Oriente. Sabía que aun si estrujaba el bolsillo para gratificar bien, no conseguiría nada ni adquiriría prestigio. Los sirvientes *sabían*; se lo había dicho el estado de sus vestidos y lo maltrecho de su equipaje de Vuitton, comprado quince años antes, cuando Jim Trollope tenía dinero abundante; y la mirada de sus ojos y hasta el descaro que había desplegado para darse a sí misma aplomo. Pero el conductor era, por otra parte, *ghurka*, y todo ello podía simplemente ser resultado de su natural avieso. Por qué su hermana tenía *ghurkas* a su alrededor, era cosa que nunca pudo entender. Eran todos traicioneros, de mal carácter, tercos, orgullosos y despreciativos. No podía ella comprender el porqué, como no fuese porque el *maharajah* los había tenido siempre. Los breves y redondos rostros mongólicos parecían siempre rebosantes de maldad y de odio hacia alguien; hindú o musulmán, o birmano o europeo; contra cualquiera que no fuese *ghurka*.

Mister Trollope se sentía ahora débil y enteramente exhausta y en la linde de compadecerse a sí misma. A los cuarenta y dos años, en la plenitud de la vida, estaba derrotada, sin nada ante sí sino desolación. Por primera vez experimentó el horrible agotamiento que nace de estar perpetuamente simulando y la no menos horrible soledad que esa afectación provoca en torno de quien la practica. Estaba cansada de simular ante camareros, ante compañeros de viaje, ante aquel *ghurka* de cabeza redonda que iba conduciendo y hasta ante su propia hermana, que su situación económica no le inspiraba cuidado alguno. Aquello destruía hasta el placer que en un tiempo disfrutó jugando; cuando se ha de jugar para vivir, no es divertido. Y no lo hubiera sido aún si ella pudiera mirar hacia adelante y descontar algo

para cuando Jim Trollope saliera de presidio. Si él había podido salvar algo ocultándolo y sustrayéndolo al naufragio de su estafa, a ella no le gustaría compartirlo con él. A los sesenta años, cuando él saliera, sería un hombre roto, un hombre destruido, demasiado viejo para volver a empezar. No es que le importase el estigma deshonroso; tenía ella la piel suficientemente dura. (Ni siquiera había vivido o viajado con nombre supuesto en todos aquellos años a partir del escándalo). Pero le importaba la perspectiva de la vida sórdida en la que hubiese que escatimar; la amargura de tener que calcular el precio de una pierna de cordero o de una chuleta y de comer siempre en un restaurante barato. Porque sabía perfectamente lo que era eso; no era como si no lo hubiera conocido nunca. Hubiera sido más fácil si no hubiese conocido nunca la pobreza; entonces podría haber esperado que tal vez la pobreza sería una aventura. Pero *sabía* que en la pobreza no había aventura de ninguna clase.

En un tiempo había desdeñado a gentes como las que se divertían en fiestas humildes, absortas en la vida de su propio humilde mundo, apagado, sin lances y cursilón. Ahora las envidiaba. Desde los días en que ella y Nelly salieron de Melbourne para ir a Inglaterra, merced a las sucias ganancias de su padre, se había sentido desarraigada. Su padre había esperado hacer de ella y de Nelly unas señoras y había que ver cómo el maldito asunto había terminado: Nelly era una especie de prisionera de lujo en un palacio de mármol color de rosa, con una renta no mucho mayor que el retiro de un militar; y en cuanto a ella, era la esposa sin un céntimo de un presidiario. Toda su vida había vivido en hoteles, vagando de un lado para otro; durante un tiempo, cuando las cosas le iban bien a Jim, entre el mayor lujo. De todo aquello solo quedaban recuerdos, y además recuerdos estériles que difícilmente merecían recordarse. De nada servía pedir a Nelly que la ayudase. Su hermana se limitaría a decir que no tenía un céntimo más de lo que necesitaba para jugar, lo cual probablemente era exacto, a pesar de todo el blando lujo femenino entre el que vivía. Ahora era una maharaní viuda y probablemente solo le pasaban su dinero para alfileres, porque el *dewan* y el Estado no habían aprobado aquel matrimonio, que tampoco había gustado a los ingleses. Pero a Nelly no parecía importarle; ella no tenía dentro de sí esta terrible maldición de inquietud; ella era como una especie de mimoso gato de Angora que engordaba y engordaba, sentada todo el día como una hurí, jugando al *bridge* o al *mahjong*, y yendo alguna vez a las carreras con un sombrero de encaje, como una aventurera retirada, y solo para jugar. A Nelly ni siquiera parecía importarle no volver ya a París, en tanto que tuviera en Bombay champán y bombones.

Luego se olvidó de Nelly y empezó otra vez a pensar en sí misma. Con cuarenta y ocho libras en el Banco y un pequeño depósito de Cook's y con

Jim en presidio para cuatro años aún, no tenía mucho terreno por delante. No podía ni marcharse de Bombay. No le quedaba ya nada que pudiera vender. No tenía nada ante sí sino meterse en el palacio rosa de su hermana a soportar un alojamiento dado a regañadientes, porque, después de todo, Nelly la odiaba en realidad; y a soportar la insolencia de los sirvientes orientales, que sabían que estaba sin un céntimo.

Como una luz que se inflama en una habitación oscura, le llegó el recuerdo de la muchacha que Bill había llevado a su mesa. La salud y el aspecto radiante de su rubia belleza le pareció que alejaba algún tanto su soledad. Y pensó: «Si siquiera yo hubiese nacido así, alta y bella y llena de vida, en vez de regordeta y cetrina y hombruna...».

Entonces le ocurrió una cosa extraordinaria. Durante un súbito, breve y deslumbrador instante, ella trocóse en aquella muchacha radiante y despreocupada. Fue como si sus propias flacas piernas se hubiesen convertido en largas y bellas, como si su cuerpo fofo y sin gracia hubiera adquirido flexibilidad y firmeza; como si su fez cetrina y apergaminada se hubiera embellecido, nacarada y transparente; como si sus turbios ojos verdes se hubieran transfigurado, límpidos y azules, con un destello de buen humor en sus claras pupilas.

El momento pasó rápido y la dejó otra vez seca y encogida; todo su ser quedó invadido de un tedio punzante, de una desesperación tal como si la alucinación hubiese tenido realidad física, efectiva. Su cerebro confuso pensó: «Tengo que verla otra vez. Le telefonearé mañana».

El voluminoso Rolls-Royce anticuado se había detenido ante la ornamentada *porte-cochère* del palacio, y el conductor *ghurka* había abierto la puerta.

Bajó del coche tambaleándose, y tambaleándose subió los escalones. Hasta llegar a la cursilona escalera de mármol rosa, consiguió dominarse; pero apenas puso el pie en el primer tramo, rompió a llorar, a sollozar histéricamente, hasta que llegó a su habitación y se dejó caer en la cama. Por la mañana seguía allí, dormida, con su chafado traje blanco.

* * *

El coronel Moti fue con Merrill y su hijo al barco. Merrill había querido impedirlo, pero Moti insistió, no obstante desbaratar aquello todo su día y arrancarle de su amado laboratorio. El indio, con la sobreaguda sensibilidad e intuición que convierten en perpetuo dolor la vida de los hombres de su raza, sabía que Merrill no solo era un hombre enfermo y acosado por el sufrimiento, sino que la marcha de su hijo producía una angustia sorda,

profunda, en su corazón y en su cerebro.

Durante todo el sofocante trayecto en el destartalado taxi, hasta el muelle, fue observando la cara de Merrill a hurtadillas, de modo que Merrill no se diera cuenta y se encerrase dentro de sí. Iba sufriendo y no lo ocultaba; y Moti se esforzaba en penetrar bajo la superficie y acabar de aprehender lo que había en el alma y en la mente de su amigo.

No era la primera vez que lo intentaba, pero nunca lo había conseguido por completo. Siempre quedaba dentro algo escondido; algo que retorció la existencia entera de Merrill, que dañaba su obra y arruinaba su salud. Aquel algo, tan difícil de comprender para Moti, procedía de Occidente, de cierta pequeña ciudad del Estado de Nueva York, de todo aquello que había sido la infancia y primera juventud de Merrill; algo que ni Moti ni indio alguno podría nunca desentrañar del todo. La mente sagaz de Moti solo adivinaba que era algo que se oponía a lo natural; algo que en puridad era una especie de perversión de lo natural. Y sabía que era algo que había que arrancar para que Merrill pudiese quedar sano. Era indispensable una operación; había que extirpar aquello como un tumor maligno. Pero comprendía que ante todo era necesario saber lo que era.

Llegaron al muelle por fin, y encontraron a *Mr. Snodgrass*, que esperaba para hacerse cargo del niño durante el largo viaje a Minneápolis. Era Snodgrass alto, enjuto, poco simpático. A Moti le desagradó inmediatamente y pensó: «Por suerte el niño no tiene edad suficiente para contagiarse de las ideas de este hombre». Moti sospechó que habían sido gentes como Snodgrass los que habían implantado en Merrill la semilla de aquella enfermedad que había desequilibrado toda su vida y contribuido a envenenar su salud.

No era que *Mr. Snodgrass* fuera activamente maligno; era bastante amable, de un modo hermético, rígido, casi profesional; fueron sus labios los que repelieron a Moti al verle; labios estrechos, afectados y fríos. Era como si aquel hombre cadavérico careciese de labios por completo. Solo verle suscitó un furor rabioso en el vibrante indio. Aquel hombre que no encerraba en sí cordialidad alguna, ni ninguna llama, que nada sabía del amor ni aun de la caridad, se juzgaba evidentemente digno de erigirse en desdeñoso juez de los demás. Observando sus peludas manos que nunca se movían, sino que colgaban inertes, escuchando la fría, aguda, precisa voz con que hablaba con Merrill acerca del niño, Moti pensó: «He aquí lo que Merrill tiene en el fondo. Algo así es lo que ha retorcido su vida».

El niño, excitado por el barco y la perspectiva del viaje, corría por la cubierta, insensible a la perspectiva de separarse de su padre. Venía de la selva, de las aldeas, y todo aquello era para él un mundo nuevo y emocionante, mucho más maravilloso que los elefantes del *maharajah*, o que

el monzón, o que los tigres que solían caer sobre las aldeas por la noche y matar reses y aun, a veces, algún hombre. Nunca había visto agua como aquella, que parecía extenderse más y más allá; mucho más que la gran llanura del alto Deccan. Se olvidaba también de su amigo Alí, que se había quedado con la serena esposa del coronel Moti. Olvidaba que Alí solo, sentado allí, en el *bungalow*, tratando de escuchar, estaba ciego y no podía ver maravillas tales como aquel gran buque. Olvidaba a su padre, las aldeas, y la selvática belleza y emoción de las regiones altas. Porque iba a su patria, a su patria América, a su patria Minnesota, donde habría otros niños como él, donde todos hablarían americano, donde tal vez habría *cow-boys*, coyotes y pieles-rojas.

Mientras el niño iba y venía asomándose a la borda, lanzando exclamaciones o haciendo preguntas, Merrill le observaba con ávidos ojos, sin escuchar la trivial conversación de Moti y de *Mr. Snodgrass*. Lo que absorbía la atención de Moti era la terrible concentración de Merrill sobre el niño, como si tratase de aprehender y de fijar para siempre en su memoria cada uno de sus ademanes y entonaciones, como si tales menudencias fueran tesoros que hubiesen de guardarse cuidadosamente para llevarlos consigo cuando volviera solo a las aldeas.

Merrill, silencioso, con el rostro gris de fatiga y de pesar, procuraba que no advirtiesen su emoción ni Snodgrass ni su amigo Moti, y al mismo tiempo rumiaba sus propios pensamientos. Inconexas ideas y memorias daban vueltas y más vueltas en su incierto cerebro fatigado. Le parecía extraño tener tanto cariño a un niño nacido de matrimonio tan incoloro, tan necio, tan inexistente como el suyo. Ahora, durante su enfermedad, ya no trataba de engañarse a sí mismo como lo había hecho cuando su mujer vivía. Todo el engaño, toda la afectación, todas las decepciones que le habían permitido soportar y mantener una apariencia de dignidad durante todos aquellos años, se habían disipado de su cerebro, batido por el calor y por el padecimiento físico. Quizá quería tanto al niño porque su madre no le había dado a él amor.

Empezaron a sonar silbatos y gritos de «Todo el mundo a tierra». La multitud que había en torno de él, blancos y de color, europeos e indios, enguinaldados y apurando sus bebidas de adiós, empezó a disolverse y a incorporarse a la pequeña corriente que bajaba la estrecha pasarela.

Míster Snodgrass, con aire de pomposa autoridad, decía:

—Sí, supongo que hará calor todo el camino hasta Port-Said. Pero luego refrescará, quizá hasta hará frío. Es notable el cambio que ocurre en Port-Said.

Merrill de pronto odió a *Mr. Snodgrass*, que hasta aquel momento simplemente le molestaba. Le odió con súbita violencia y repugnancia,

nacida de sus propios nervios deshechos, de la pomposidad, la untuosidad, la hipocresía, la certidumbre que albergaba aquel tipo de ser superior a los demás hombres.

Luego pensó: «También es posible que él no sepa evitarlo».

Se volvió hacia el niño y le cogió en brazos, maravillándose de lo rollizo y saludable que estaba para ser un niño criado en la India; observó cómo se parecía a él mismo cuando tenía igual edad, con esa gordura un poco blanda que después se convirtió en músculos vigorosos e hizo de él un boxeador y un jugador de fútbol. (Todo ello parecía haber ocurrido hacía cientos de años). Si él hubiese aceptado la oferta de empleo que le hizo el padre de Bill, todo podía haber sido diferente. Podría estar ahora viviendo en América, con el niño creciendo a su lado. Todos esos años, aquellos en que la gordura había de convertirse en músculos, eran los que él iba a perderse; justamente los años en que él podía estar en situación de ayudar al niño y de dirigirle, evitándole los errores que él mismo había cometido; ayudándole a saber cómo se vive con alegría y aun con abandono, antes de que fuera demasiado tarde para aprenderlo. Cuando volviera a verle, si es que alguna vez le volvía a ver, Tommy sería casi un hombre, y tal vez para él un extraño.

Dio un abrazo al niño y le dijo:

—Bueno, hijo, sé bueno, y cuando llegues escíbeme. Puedes incluso escribirme en el barco durante la travesía.

—Desde luego, papá. Desde luego, lo haré.

Los gritos de «Todos a tierra» resonaron más fuerte. Moti, observando con sus negros ojos brillantes, sintiéndolo todo con sus sensitivos nervios, dijo:

—Mejor es que nos vayamos, Homer.

Merrill dejó al niño, y tímidamente le besó en el pelo. Cuando volviese a verle sería un muchacho demasiado crecido para besarle. Moti cogió a Merrill del brazo. Merrill estrechó la mano de Snodgrass. (Gracias a Dios, Snodgrass no estaría con el niño tiempo suficiente para perjudicarlo).

En medio del calor y de la confusión de gritos y sonidos y olores, Merrill se encontró bajando la pasarela con Moti detrás de él. Se sintió súbitamente enfermo y temió caerse al suelo, allí en el muelle, entre todos aquellos desconocidos. El dolor de cabeza le atacaba de nuevo, y oyó a Moti decir:

—Mejor es que te vayas a casa y te acuestes. No debes quedarte aquí ni ver salir el barco. Eso no haría más que empeorar las cosas.

Merrill se volvió a mirar al niño, pero Tommy se había apartado de la barandilla y estaba en algún sitio en el interior del barco, descubriendo nuevas maravillas.

* * *

A las dos de la tarde, Bill telefoneó a Carol. A pesar del calor que se deslizaba por doquier, su voz resonó restaurada y sana. No era la misma voz áspera y nerviosa que Bill había oído la noche precedente en el bar, sino la antigua voz dorada, jugosa, sana. A él le dolía la cabeza, y los nervios no le dejaban en paz.

Cuando la oyó decir: «¡Oh! ¡Hola, chico! ¿Qué tal te encuentras?», le inundó una ola de irritación. Y pensó: «Al diablo su buena salud y su humor infatigable».

—Divinamente. ¿Qué estás haciendo?

—Nada. Aquí me tienes, leyendo el *Nash's Magazine*. Hace demasiado calor para hacer ninguna otra cosa.

—Yo tengo que salir.

—¿Adónde?

—A la oficina de la Compañía.

—¿Y qué hay de las carreras?

—No sé cuándo acabaré. Puedo reunirme allí contigo.

La jugosa voz se puso aún más jugosa.

—¡Oh!, sube. Acabas de llegar. Haz novillos.

No había cambiado. Los negocios no existían para ella. Solo pensaba en divertirse, en pasarlo bien, en reírse, en un espectáculo y en la sensación de estar rodeada de gente.

—Mira —dijo Bill—, fíjate en que he hecho todo el viaje hasta aquí precisamente para trabajar.

—Mañana no hay carreras. ¿Cuándo voy a verte?

—Iré a las carreras o al Willingdon Club.

—No vayas demasiado tarde.

—No.

—¿No estás disgustado por haberme encontrado?

—No. ¿Por qué habría de disgustarme?

—Pues... nunca ha sido la mía una buena influencia sobre un hombre de negocios.

Bill se echó a reír.

—Ahora tropiezas con un tío muy serio, monada. «Bill-buen-humor» murió.

—¡Qué lástima! ¡Pobre muchacho!

De pronto cesó la conversación. Bill quedó callado. Un momento después oyó de nuevo la voz de Carol:

—¿Estás ahí todavía?

—Sí.

—Pensé que habías colgado.

Ella no sería nunca la que colgara. La encantaba el teléfono. Era capaz de estar toda una mañana sin hacer otra cosa que hablar por teléfono.

Bill dijo:

—Oye: a propósito de aquel muchacho del tren. ¿Dónde dijo que iba a alojarse?

—En casa de no sé qué indio. No sé qué médico que era jefe de no sé qué.

—¿Qué aspecto tenía?

—Era un tío bajo, muy guapo y con unos ojos negros magníficos.

—No me refiero al indio.

—¡Ah, el americano! Guapo, simpático. Rubio y con los ojos azules. Estaba muy bien, verdaderamente. Podría enamorar a cualquier chica.

—Me parece que era él efectivamente.

—¿Quién?

—Merrill. Homer Merrill.

—Sí, eso era. Ahora me acuerdo.

—Vamos, menos mal que alguna vez sirves para algo.

—¡Qué galante!

—Bueno, luego nos veremos.

—Sí, en las carreras o en el *club*.

—¿Eres tú del *club*?

—Yo, no. Entro con Botlivala.

—¿Quién es Botlivala? ¿Ese indio?

—Sí.

—Y Jelly y su hermano son muy importantes allí. Prefiero a Jelly mejor que a tu amigo.

—Por mí, elige el que prefieras. No te olvides que tienes que sacarme de ese lío.

—¿Qué lío?

—De ser su *novia* en secreto.

—¡Ah!, desde luego. Cuenta conmigo.

—Bueno, hasta luego.

—Hasta luego.

Bill dejó el teléfono. Se dio una ducha. Luego abrió la puerta, llamó a Silas y le dijo que preparase su ropa. Mientras se vestía estuvo pensando en Merrill. Indudablemente, tenía que ser Merrill el hombre que Carol había encontrado de aquel modo tan raro en el tren. Volvió a pensar que Merrill podía necesitar dinero si estaba enfermo. Sabía que no se le podía dar

dinero alguno, a menos que hubiese cambiado mucho desde los tiempos del colegio. Pero podía consentir en aceptar un préstamo. Sentía vivos deseos de ver a Merrill; eran deseos que había sentido antes muchas veces, cuando estaba cansado y se sentía manchado por su mala vida. Después de estar un rato con él se sentía uno siempre más bueno. Era curioso; también se sentía lo mismo después de estar un rato con Carol; debía ello de derivarse de la salud y vitalidad de ambos. Perteneían los dos a ese tipo de personas ante las que otras de menos vitalidad, de menos salud, se sienten subyugadas; ambos atraían hacia sí a gente más débil y menos atrayente, a personas perseguidas por la suerte o que habían embarullado malamente su vida. Merrill había nacido para aceptar responsabilidades, para auxiliar a los demás y para guiarles. En cierto modo curioso, así sucedía también con ella. Solo que ella parecía haber errado su destino. Bill no había pensado nunca en ella desde este punto de vista hasta aquel momento. Quizá había sido aquel concurso de belleza, de hacía mucho tiempo, el que la había hecho empezar con mal pie. «¡Miss Minnesota!». Eso había sido. Y luego el teatro y todo lo demás. Había tomado una vía equivocada. Y ahora era demasiado tarde para retroceder y tomar la conveniente.

Bill, sonriendo, pensó: «Sospecho que todo ello me incluye en la clase de los vampiros, siendo como soy un buen amigo de los dos». Luego, en serio, se dio por primera vez cuenta de que eran las dos personas que había tenido más cerca de sí; a los dos les había querido mucho, y de manera no muy diferente. Recorriendo sus recuerdos, vio que nunca había sentido gran atracción física hacia Carol. La había sentido más poderosa respecto de una porción de otras mujeres que había conocido, de casi todas las otras mujeres a las que había conocido bien, aun de aquellas que le aburrían.

En la calle aumentaba el calor y subía como de un horno. Era uno de esos días que se desea pasar en la playa metido en el agua hasta el cuello; pero allí no se podía hacer esto. Si se iba a Juhu, el agua, pese a toda la belleza de la playa y de los contornos, estaría caliente y cenagosa. No resultaba mucho mejor que el calor mismo.

* * *

En la oficina no le esperaban. El *chuprassi* volvió al poco rato, seguido por *Mr. Smithers*, que era el jefe en ausencia de *Mr. Hinkle*. Míster Smithers era un hombre gordito, de edad madura, con gafas bordeadas de acero, y calvo, que no estaba en la oficina la última vez que Bill estuvo en Bombay. Le recibió con efusiva sonrisa y saludando con pequeñas inclinaciones; y apenas habló, Bill reconoció en él al hombre con quien había hablado por

teléfono. Era la misma voz de Birmingham y el mismo tono un poco servil.

El servilismo de las clases bajas inglesas siempre embarazaba a Bill, tanto como la arrogancia y los malos modos de las clases altas le irritaban. Sintió ganas de decir: «Mire, *Mr. Smithers*, tanto usted como yo somos hombres. No pertenecemos a especies diferentes del reino animal. No tengo el propósito de ponerme tremendo con usted. El hecho de que yo sea el hijo del amo no me convierte en Dios. Probablemente usted sabe del negocio bastante más que yo». Pero se dio cuenta de que si trataba de forzar a *Mr. Smithers* a conducirse con cierto aire de humana dignidad, como un igual, esto no haría más que desconcertarle y hacerle creer que el hijo de su amo y señor era simplemente ordinario y americano.

Entraron en el despacho de *Mr. Smithers*, habitación ramplona, anticuada, en la que había un ventilador eléctrico de modelo viejo, pesados muebles de madera de teca y media docena de mapas manchados por las moscas, que adornaban las paredes amarillentas. Bill pensó: «Ya veo a qué se refería Hinkle cuando pidió ochenta mil rupias para restaurar toda la oficina». Aquello no tenía aspecto de oficina de una tan poderosa Compañía como la suya, especialmente ahora que todas las demás firmas americanas en Bombay se habían lanzado al mármol y al *art moderne*.^[40]

—Ya veo a qué se refería Hinkle —dijo— acerca de las oficinas. Habría que renovarlas.

Míster *Smithers* pareció escandalizado y se esforzó tono un tanto humilde:

—Yo me encuentro muy bien en ellas. Me gusta mi despacho. Lo encuentro, además, decoroso.

—Sí —dijo Bill—. Parece un símbolo del Imperio británico bajo un Gobierno conservador.

Míster *Smithers* pareció escandalizado y se esforzó trabajosamente en sonreír al mismo tiempo, como apreciando el irreverente chiste que no había entendido.

Dio unas palmadas, apareció un *chuprassi*, y míster *Smithers* le ordenó que trajese té caliente.

Luego dijo:

—Lamento que *Mr. Hinkle* esté ausente. Tengo entendido que no le esperaba a usted hasta el mes que viene.

—En efecto, terminé lo que tenía que hacer en Alejandría y en Estambul más pronto de lo que esperaba. Son dos ciudades que no me gustan; así, que tomé el barco en Port-Said dos semanas antes de lo previsto.

—Bueno, nos permitirá usted que hagamos lo posible para contribuir a que su estancia sea agradable. Me figuro que no conocerá usted muy bien Bombay.

Bill se echó a reír.

—Al contrario, lo conozco muy bien. He estado aquí otra vez. Usted no estaba entonces en la oficina.

—No, solo hace un año que fui trasladado desde la oficina de Singapur.

Volvió a frotarse las manos, y parecía radiante de satisfacción y de buen humor.

—De todos modos, tiene usted que almorzar conmigo en el Yacht Club.

Pareció hincharse de repente, y añadió:

—Acabo de ser admitido como socio.

Bill no era brusco ni descortés por temperamento, pero esta vez no acertaba a dejar de serlo.

—Estimo su amable invitación —dijo—, pero no voy nunca al Yacht Club. No he entrado nunca en sus locales.

Míster Smithers pareció alarmado.

—¿Y por qué, *Mr. Wainwright*? Es un *club* muy selecto.

—No es eso. Lo que pasa es que yo tengo una porción de amigos indios, muy distinguidos algunos de ellos; y, como usted sabe, no se les admite en el *club*. En vista de lo cual yo no voy tampoco. Me resulta un tanto raro, teniendo en cuenta que la India es su propio país.

Aquellas palabras sumieron a *Mr. Smithers* en tal confusión, que Bill lamentó haberlas pronunciado. Míster Smithers se puso rojo como la granada, y dijo:

—Sí, ya sé es fastidioso. Tendría usted que vivir aquí para comprenderlo. Es absolutamente necesario. Nos anularían.

Al pensar en un *club* lleno de tipos como Smithers, pensó Bill: «Pues no sería de lamentar que lo hicieran». Pero se contuvo, y el fastidioso *impasse*^[41] se rompió con la llegada del *chuprassi*, que traía el té. Bill tomó una taza por mera cortesía, y apenas se la había bebido cuando rompió violentamente a sudar, mientras pensaba: «Maldito seas; tendré que volver a cambiarme otra vez de ropa antes de ir a las carreras».

Y en voz alta dijo:

—Quisiera rogarle que me dé unos datos. Hay aquí un amigo mío al que trato de encontrar. No sé sino que vive con un médico indio muy conocido. El médico es jefe de no sé qué institución. Me doy cuenta de que los datos que le doy son en extremo vagos, pero no he podido obtenerlos más precisos. Y es para mí de la mayor importancia encontrar a ese amigo.

A todas luces, *Mr. Smithers* vio con gran satisfacción quedarse a un lado el asunto del Bombay Yacht Club.

—Yo no podría informarle personalmente —dijo *mister Smithers*—. Llamaré al *babú*^[42] jefe.

Apareció de nuevo el *chuprassi*, que fue a llamar a *Mr. Das*, el *babú* jefe.

Míster Das era un viejo bengali escrupulosamente vestido a la europea, pero tan verboso y servil como *Mr. Smithers*. Cuando Bill describió al hombre que estaba buscando, *Mr. Das*, frotándose las manos, dijo:

—Indudablemente, tiene que ser el coronel Moti.

Su rostro bunya resplandeció, mientras decía:

—Es un gran hombre, un hombre inmenso, una lumbrera de la India.

—¿Dónde podré encontrarle? —preguntó Bill.

—En el Instituto de Enfermedades Tropicales.

Y *Mr. Das* describió el camino para llegar al Instituto.

—Es una parte mala de la ciudad; llena de fábricas y de enfermedades.

Entonces, con meticoloso cuidado y con su caligrafía spenceriana,^[43] *Mr. Das* escribió el nombre del coronel Moti y la dirección del Instituto de Enfermedades Tropicales. Bill se dio cuenta de que, entre tanto, *Mr. Smithers* les observaba a los dos, perplejo por el proceder y los puntos de vista de Bill, pensando, sin duda, que los americanos estaban locos y desconcertantes, y que su modo de proceder, más que la estupidez y la avaricia de los políticos *tories*, sería lo que podría destruir toda la civilización blanca; pero, al mismo tiempo, Bill era el hijo de su jefe, y era americano, y *Mr. Smithers* cobraba por su empleo un sueldo mayor del que cualquier firma inglesa le hubiese pagado, y los americanos, además, tenían una habilidad especial para birlar los negocios a las corporaciones inglesas. Por consiguiente, *Mr. Smithers*, dándose cuenta de su conveniencia, lo dio todo por bueno sin rechistar. Ni siquiera sintió aversión por Bill; intentó sentirse superior y desdeñoso; pero acabó por no estar sino desconcertado y perplejo.

Míster Das, frotándose aún las manos, retrocedió hasta la puerta, sonriente e inclinándose, y cuando hubo salido, dijo Bill:

—Hubiese preferido que no considerase la sencilla petición de unos datos como si se hubiese tratado de una solemne ceremonia.

Mr. Smithers dijo:

—Todos los indios son siempre así, serviles.

Cuando Bill le pidió un pedazo de papel para escribir una nota, *Mr. Smithers* lo sacó y se lo presentó con el ademán de un siervo agradecido que eleva una ofrenda a su señor feudal.

Bill escribió unas líneas al coronel Moti y mientras escribía se reprodujo clara en su imaginación la silueta del pequeño hombre de ciencia, que emergía oscuramente del fondo de su memoria: una figurilla rígida e indignada, que le había parecido tan increíblemente desplazada cierta noche, diez años antes, en el inmenso bar del Taj Mahal. Se acordó del espíritu que relucía en los fieros ojos negros y de la belleza de las sandalias *rajput* que el mayor llevaba. Eran oro y escarlata.

Las líneas que escribió decían:

«Estimado coronel Moti:

Le escribo en demanda de información relativa a un viejo amigo mío. Homer Merrill, que, según tengo entendido, es también amigo de usted. Estoy en Bombay por muy poco tiempo, y tengo muy vivos deseos de verle antes de marchar. Si usted puede darme su dirección se lo agradecería sobremanera. Usted seguramente no se acuerda de mí; nos conocimos una noche en el Taj Mahal hace cerca de diez años. Allí podría enviarme su respuesta.

Con mis mejores saludos y rogándole que me perdone el molestarle, quedo suyo afmo.,

WILLIAM WAINWRIGHT».

Bill pidió a *Mr. Smithers* que enviase la nota con un muchacho y se fue.

La calle seguía estando como un horno. La ropa le colgaba pegajosa y lamentable. Eran más de las cuatro de la tarde. Bill pensó: «Tengo que mudarme antes de ir a las carreras. En lo que tardo en tomar una ducha y cambiarme de ropa, habrá refrescado algo y eso voy ganando».

Pero su instinto le decía que debía ir directamente a las carreras; y mientras se dirigía al hotel, comenzó, sin saber por qué, a sentirse preocupado con motivo de Carol. Tenía la impresión de que si la perdía de vista, de que si no la contenía de cuando en cuando, le iba a pasar a ella algo desagradable. La conocía y sabía cuándo eran sus caprichos peligrosos. Y ahora estaba en aquella actitud, despreocupada y vehemente, capaz de cualquier locura; ahora era peor por lo desorganizada y como a la deriva que parecía. Sufriendo por el calor y deprimido por sus efectos, le pareció, mientras el destartalado taxi se acercaba al Taj Mahal, que Carol iba derecha a una catástrofe, sin que tuviese la menor idea de lo que tal catástrofe podría ser.

Y pensó: «¡Qué porra! No puedo estar cuidando de ella todo el resto de mi vida. ¿Por qué habría de hacerlo? ¿Sencillamente porque durante unos cuantos meses hemos estado casados y nos hemos divertido?».

Mas la preocupación no desaparecía. Le persiguió insistente mientras tomaba una ducha tibia y se quitaba la ropa calada por la reacción de la taza de té caliente de *Mr. Smithers*. Cuando se iba, dijo a Silas que volviese a las ocho por si necesitaba algo. No sabía lo que iba a hacer. El haber dado de lado a *Mr. Smithers* y a la oficina era una sensación agradable. Hasta que *mister Hinkle* volviese de Birmania, podía hacer lo que se le antojara. Podía aceptar cualquier especie de aventura. «Quizá —pensó— es la última

oportunidad que tendré en mi vida».

* * *

En el hipódromo, *Mr. Botlivala* reventaba de orgullo. Paseaba rebotando satisfacción, y su pequeño torso regordete se arqueaba; parecía un palomo buchón. Cada vez que pasaba junto a un conocido o un amigo, saludaba con una inclinación de cabeza un tanto excesivamente elegante, y una sonrisilla engreída rizaba las comisuras de sus labios sensuales y crueles. No le faltaba motivo para sentirse orgulloso. Salvo el hígado, su organismo gozaba de salud perfecta. Era rico. No hacía sino una generación que el apellido de su familia había sido *Bottlewallah*, y solamente cuatro o cinco que su familia no tenía apellido ninguno. Y ahora poseía una gran casa color de rosa en Malabar Hill, era dueño de cientos de acres de viviendas de obreros, tenía dinero invertido en valores extranjeros que se cotizaban muy altos y era dueño de una cuadra de carreras. Pero lo que le enorgullecía más que ninguna de esas cosas era el irse dando cuenta de que junto a él, vestida por modistos de París, y llevando grandísima profusión de joyas, iba la más bella rubia de toda la India. Que ella fuese bastante más alta que él y que no se mostrase complaciente no le inquietaba. Era suficiente que diese la impresión de que aquella radiante criatura era propiedad suya. Que esto no fuese verdad no le preocupaba tampoco; que aun en su interior supiera que había muy escasas probabilidades de que ello llegase a ser verdad nunca, era de momento de poca importancia para él. Solamente el verla a su lado despertaría murmullos de que *Botlivala* había tomado posesión de aquella espléndida y maravillosa rubia americana; y *Mr. Botlivala*, por su parte, no hacía nada que pudiese desvirtuar tal impresión. Por el contrario, con el frunce de sus labios y la mirada maliciosa de sus ojos iba diciendo a los amigos y conocidos que pasaban: «Mirad lo que he pescado ahora».

Así, pues, *Mr. Botlivala*, mientras paseaba, ya delante de las tribunas, ya en el reservado del Racing Club ya tomando bebidas en el de su propio *club*, iba dándose gran importancia, y su sangre *parsi* circulaba a través de las venas de su cuerpecillo regordete más de prisa que de ordinario, a impulsos del orgullo.

Todo el espectáculo de las carreras en conjunto contribuía a aumentar su satisfacción. Era el hipódromo más espléndido del mundo, mejor que Longchamps o que Epsom, mejor que el de Pekín y aun que el de San Petersburgo de otra época. En ninguna otra parte se encontraba toda aquella riqueza de color, moviéndose sobre un fondo de flores tropicales: en ninguna otra parte se encontraban *maharajahs* y millonarios, *ranis* y gobernadores

británicos, ricos americanos y árabes tratantes en caballos, junto a hermosas mujeres francesas e indias. La escena no era nueva para él, pero siempre le hacía el efecto de serlo, y siempre le enorgullecía. Le complacía mostrarla a todos los recién llegados, como se la estaba ahora mostrando a Carol. Le complacía mostrársela, no obstante haberla ella visto ya muchas veces. Le complacía mostrársela y hacerle notar todos sus detalles, aun si esto la aburría.

El caballo de Botlivala, Asoka III, ganó la cuarta carrera, y Carol ganó dinero en ella. Botlivala sabía que Asoka III iba a ganar, y por esto no le costó trabajo alguno prestar a Carol mil rupias para que apostase por él. Lo único que no le gustó fue que, después de haber ella ganado y cobrado veintiún mil rupias, se apresuró a devolverle las mil prestadas. Ella no tenía inconveniente en aceptar joyas, pero nunca aceptaría dinero. Botlivala adivinó, después de unas semanas de tratar a *miss* Carol Halma, que esta era una singular costumbre americana. Las joyas no le daban al donante el menor derecho. Por lo visto, el dinero sí. De esta suerte, Botlivala no había podido ni acercarse a conseguir lo que deseaba, pese al hecho de haberse gastado en joyas varios miles de rupias. Pero en aquel momento no lo lamentaba excesivamente; cuantas personas había en las carreras que le conocían a él, pensaban que *miss* Carol Halma le pertenecía, aunque no era así.

Se sentía también dichoso porque Carol parecía aquel día de buen humor y no marrullera y con ganas de pelea, como solía ponerse a veces. Estaba muy amable y ni siquiera se oponía a que se la pasease, en medio de aquel calor, como una potranca de concurso, para que la gente les viese juntos.

La carrera en que Asoka III ganó era la más importante; y luego que *Mr.* Botlivala cambió impresiones con el entrenador y el *jockey* y bebió a su victoria en el recinto de su *club*, comenzó otra vez a sentirse intranquilo. Prácticamente, todas las personas a quienes conocía le habían visto ya con la hermosa rubia, y experimentaba el súbito deseo de exhibirla ante otros espectadores. El lugar indicado para ir era el Willingdon Club, al otro lado de la carretera. Todo Bombay que no estuviese en las carreras aparecería por allí a tomar cócteles o a jugar una partida de *bridge*; y aunque eran cerca de las cinco, el hipódromo estaba todavía insoportable de calor. Irían, pues, al Willingdon Club, y allí quizá Carol tomase una copa de más y Botlivala pudiese llevarla al Taj Mahal a cenar para exhibirla también allí.

Pero cuando se volvió hacia ella, después de haber estado conversando con uno de los administradores de las carreras, se encontró con que Carol estaba hablando con una mujer bajita y fea, vestida de blanco, que le presentó como *Mrs.* Trollope. Míster Botlivala le hizo una inclinación, una de sus más leves inclinaciones, reservadas para las gentes de poca categoría, y

en su cara se dibujó la expresión que pondría alguien al acercarse a un mal olor. La reconoció vagamente como la mujer a la que había visto la noche antes en el bar del Taj Mahal, pero no lo exteriorizó. Toda su agitada vida la había invertido en observar a la gente, sin profundidad, por supuesto; solo lo bastante para estimar su grado de valor y utilidad aplicables a su propia carrera mundana. Se limitaba a observar detalles tan superficiales como el traje y la conversación, y muy a menudo había incurrido en desastrosos errores. (Una vez cayó en la espantosa equivocación de tomar a un gobernador británico por un funcionario civil de baja categoría, porque al Gobernador le gustaba llevar trajes muy usados). Así, pues, ahora, de una ojeada justipreció el usado y un poco amarillento traje y el sombrero de fieltro de *Mrs. Trollope*, y la descartó en el acto, no ya solo como carente de importancia, sino verdaderamente como un objeto al que él no se dignaba mirar siquiera. Sabía que *miss Carol Halma* tenía una especie de habilidad para coleccionar en torno suyo gentes extrañas, y ya antes la había encontrado en cordiales coloquios con recaderos, con deleznable bailarinas inglesas y con Dios sabe qué más; pero tuvo la rápida impresión de que *Mrs. Trollope* era lo peor que *miss Carol Halma* había sacado a relucir hasta aquel momento. ¡Qué horror! Si ni siquiera parecía una mujer, y además era fea. Y se dijo: «Bueno, ya nos la quitaremos de encima».

* * *

Mister Trollope no tenía, sin embargo, la menor intención de despedirse. Había ido a las carreras, sola, para hacer dinero y aumentar las deplorables cuarenta y ocho libras y tres chelines que le quedaban en el Banco Barclay. Le dolía la cabeza del alcohol de la víspera y el calor la atontaba, y la pérdida de quince libras la había aterrorizado. Y entonces, de pronto, como un rayo de luz esplendorosa, había visto a *miss Carol Halma*, alta y bella, vestida de rosa pálido, cubierta de brillantes en pleno día, y bajando los escalones de la tribuna de propietarios. Otra vez la invadió aquella rara sensación de convertirse en *miss Carol Halma*, y otra vez se disipó, dejándola débil y exhausta. *Mister Trollope* pensó: «Ella me dará la suerte; tengo que hablar con ella».

Siguió, pues, a *miss Halma* y a *Mr. Botlivala* hasta el reservado de los administradores, y mientras *míster Botlivala* estaba hablando con uno de ellos se las compuso para ponerse delante de *miss Halma* y que ella la reconociese.

Cuando *Mr. Botlivala*, después de serle presentado, dijo rápidamente a *Carol*: «Iremos a beber algo al Willingdon Club», la respuesta no fue la que él

había descontado. Inesperadamente, Carol dijo: «No, voy a quedarme a la otra carrera. *Mister Trollope* quiere apostar». Y entonces *Mr. Botlivala* vio que *Mrs. Trollope* tenía en la mano un billete de mil rupias y le acometió la horrible sospecha de que era uno de los billetes que Carol había ganado con las mil rupias que le había prestado él.

Y así era. En los pocos instantes en que las dos mujeres estuvieron hablando habían ocurrido muchas cosas.

Carol se había acordado inmediatamente de *Mrs. Trollope*. No era difícil recordar la figura pequeña, regordeta, tiesa, la cara apergaminada y curtida; y aun fue más fácil reconocerla por el hecho de que *mister Trollope* llevaba el mismo traje, lavado y malamente planchado por una *ayah*, que había llevado la noche antes en el bar del Taj Mahal. Carol pensó: «Quizá es el único traje que tiene». Percibió en *Mrs. Trollope* todos los signos de la mala suerte, incluso la expresión desalentada de los verdes ojos, que no desaparecía aunque los labios trataran de dibujar una débil sonrisa. Carol había visto otras veces ojos y labios como aquellos, que no marchaban de acuerdo cuando se les ordenaba. Y Carol sabía también por instinto y experiencia que aquello era síntoma de una desesperación interna aterradora.

Cuando *Mrs. Trollope* dijo nerviosamente: «¿Me recuerda usted?», Carol, amable y compasiva, contestó casi con excesivo entusiasmo:

—Pues claro que sí. ¿Cómo está usted?

—Admirablemente.

—¿Buena suerte?

—No —dijo *Mrs. Trollope*.

—Yo sí.

—Pues yo he perdido en todas las carreras.

Lo dijo *Mrs. Trollope* con tal despreocupación y con tal estrepitosa alegría, que Carol adivinó inmediatamente que había perdido cuanto llevaba. Su propio saco rebosaba billetes de mil rupias. Así que dijo:

—Pues yo he ganado mucho.

Abrió el saco y tomó un billete de mil rupias.

—Mire, tome esto y haga otro intento.

—¡Oh, no puedo aceptarlo! —dijo *Mrs. Trollope*.

—Vamos, no sea tonta. Si he ganado mucho. Si gana usted, puede devolvérmelo. Si no gana, ya me lo pagará la próxima vez que nos veamos.

—Verdaderamente, me violenta —dijo *Mrs. Trollope* apagadamente.

Era absurdo aceptar de aquel modo dinero de una extraña a la que solo había visto una vez en su vida. Era una cosa que de ningún modo debía hacer: pero comprendió que iba a aceptar el dinero. Sintió en la boca del estómago una repentina debilidad apenas vio el billete. Aquellas mil rupias podían resolverlo todo. Aunque no hiciese más que doblarlas, tendría un

capital. Y si ganaba diez a uno, podía resolverlo todo. Si perdía, no tenía modo de devolverlas. Una vocecilla decía en su interior: «Pero esta muchacha tiene suerte; no puede dejar de tenerla. Solo con que toques ese billete de mil rupias su suerte se te contagiará».

Todo esto pasó en su interior rapidísimamente mientras hablaba con Carol.

La vocecilla remota ganó. *Mister Trollope* oyó a la alta y hermosa muchacha que decía:

—Cójalo; le dará suerte. Estoy de gran suerte hoy. No puedo perder.

Mister Trollope cogió el billete y dijo:

—Dígame a qué caballo apuesto. No sé nada de los caballos de aquí. Acabo de llegar.

—Yo tampoco —dijo Carol—. Pero Teeny nos dará un buen consejo.

Fue en aquel momento cuando *Mr. Botlivala* se volvió y descubrió que su admirable rubia estaba hablando con una mujer que parecía una fregatriz en día de asueto con ropas alquiladas; y su espina dorsal se puso rígida y sus efusivos ademanes se helaron súbitamente.

Cuando dijo nerviosamente: «Iremos a beber algo al Willingdon Club», Carol se dio perfectamente cuenta de lo que le ocurría, y dijo inmediatamente:

—No, no vamos; no vamos hasta que *Mrs. Trollope* apueste. Me siento hoy rebosante de suerte. Me voy a quedar con ella hasta que gane.

Botlivala la conocía suficientemente para saber que en aquel momento la inspiraba uno de los caprichos que no se podían contrariar si no se quería ponerla en mala disposición de ánimo. Sospechaba —y a veces no solo sospechaba, sino sabía— que Carol no le tenía gran afición ni consideración alguna. Sabía también que él podía hacer cosas que la alejasen durante largos períodos de tiempo. Y las cosas se habían presentado aquel día tan bien, que casi todo parecía posible. Podía, pensó con gran vehemencia, incluso resultar que si el excelente humor y la buena disposición en que Carol parecía estar continuaba, la impresión por cuya apariencia había él estado trabajando toda la tarde, podría acaso llegar a no ser meramente una apariencia, sino tener alguna base en la realidad. Negociar y pactar estaba por herencia en la sangre de *Mr. Botlivala*, y ahora estaba dispuesto a negociar y a pactar, y esta vez para alcanzar algo que deseaba más que ninguna otra cosa de cuantas en su vida había deseado.

Por lo cual, dijo:

—Perfectamente, como quieras.

—Pero —dijo Carol— tienes que dar a *Mrs. Trollope* un consejo de primera clase, como los que me has estado dando a mí. Y entonces nos iremos después de la próxima carrera. Ve a informarte sobre el mejor caballo

para apostar por él. Nos encontrarás frente a la taquilla de mil rupias.

Míster Botlivala se marchó gruñendo un poco entre dientes, y con todo, un poco orgulloso de recibir órdenes de una muchacha tan bonita y espectacular. En todo caso, aquel parecía el medio mejor y más rápido de quitarse de encima a aquella persona sin categoría, vestida con un traje bien cortado pero visiblemente maltrecho. Cuando se separó de ellas había pensado informarse para averiguar realmente cuál era el caballo más recomendable. Así. *Mrs. Trollope* ganaría y se marcharía pronto satisfecha.

Pero el complicado cerebro oriental de *Mr. Botlivala* no funcionaba nunca de modo sencillo. No había dado doce pasos desde el reservado de su *club*, cuando se le ocurrió una idea. Sería mejor que aquella *Mrs. Trollope* perdiese. Si ganaba, no podrían quitársela de encima; querría celebrar la ganancia, o Carol podría invitarla para unirse a ellos. Según todas las apariencias, si perdía se quedaría sin un céntimo. Y entonces sí que se la quitarían de encima, sin duda alguna. Así, pues, en lugar de buscar una información segura, *Mr. Botlivala* estuvo charlando con un par de amigos y obtuvo varios dudosos cumplidos referentes a sus relaciones con su acompañante. Después fue a reunirse con Carol y con *Mrs. Trollope*.

Parecían entenderse las dos muy bien; demasiado bien para lo que él hubiese querido. Pensó que *mister Trollope* debía de ser ese tipo de mujer a la que gusta inmiscuirse en los asuntos amorosos de otras mujeres más atractivas, y a ser posible estropearlos. Le parecía una de esas mujeres vulgares y feas a las que las guapas suelen acercarse en busca de consejo.

Carol tenía aspecto de estar pasándolo muy bien, y del semblante de *Mrs. Trollope* había desaparecido el desaliento. Ahora se veía en sus ojos una fascinada expresión admirativa que a Botlivala le molestó vivamente y le hizo ponerse furioso.

Aunque ni podía sondear los motivos de tal feroz resentimiento, ni intentó tampoco sondearlos, experimentó todos los sentimientos de furia que podía haber experimentado al ver a un hombre tratando de arrebatarse a *miss Halma*. Y aquella furia no hizo más que acentuar el placer que sentía en su mezquina conjura para arruinar a *Mrs. Trollope*.

—Ya lo tengo —dijo—; no puede usted perder, y será una ganancia de veinte a uno.

—¿Cómo? —preguntó *Mrs. Trollope*.

—Apueste a un caballo que se llama *Tinker's Dam*. Es poco conocido, pero gana seguramente.

El cetrino rostro ajado de *Mrs. Trollope* se puso del color de un cirio. Sus flacas manos morenas se estremecieron como si tuviese fiebre. Se volvió, y sin decir una palabra fue a la taquilla rotulada «Mil rupias». Por el camino iba pensando: «Quizá sería mejor apostar solo la mitad». Pero la vocecilla en su

interior (la voz que siempre había destrozado su vida) dijo otra vez: «No. Apuéstalo todo y coge un buen pellizco». Y al poner en la ventanilla el billete de mil rupias fue como si dejase en prenda una parte de su mismo corazón.

No se molestaron en subir las escaleras de la tribuna de propietarios. Se subió cada uno de ellos en una silla. *Tinker's Dam* (número siete) era una yegua pequeña y fina, con una pata blanca. Junto a los demás caballos que iban a correr parecía una pequeña jaca de polo. Al verla *Mrs. Trollope*, que sabía no poco de caballos, sintió que se le oprimía el corazón; y *Carol*, que no sabía de caballos una palabra, pensó: «¿Cómo podrá ese bicho chiquitín con todos esos grandes caballones?». Durante un segundo atravesó su mente la sombra de una sospecha y dirigió una ojeada a *Mr. Botlivala*, pero en su fofa cara nada se veía. Estaba observando con aire indiferente.

Carol le pidió los prismáticos y luego se los dio a *Mrs. Trollope*.

Hubo dos falsas salidas, y por fin el pelotón salió. La pequeña y fina yegua negra iba delante, y en la primera vuelta aumentó su ventaja en otro largo. Su *jockey* la llevaba pegada al borde de la pista. Era fácil seguirle por su blusa y su gorra roja y blanca. En la vuelta siguiente, *Tinker's Dam* seguía delante. Surgió entonces un caballo de gran alzada que pareció ir a pasarla; pero la yegüecita, como una dríada^[44] perseguida por un fauno, aumentó su ventaja. Desde este momento *Carol* ya no se fijó en la carrera. Como no se cayera, la pequeña *Tinker's Dam*, con su pata blanca y su rizada crin, no podía ya perder. *Carol* se puso a observar la cara de *Mr. Botlivala*. Vio cómo se iba lentamente contrayendo en un ceño adusto, y oyó los salvajes gritos de «¡*Tinker's Dam!*, ¡*Tinker's Dam!*», y vio que al oírlos el ceño de *Botlivala* se hacía más profundo. Y la carrera terminó, y *Mrs. Trollope* ya no estaba de pie sobre la silla. Se había caído de ella y estaba ahora sentada, flácida de emoción, con el ajado fieltro blanco derribado sobre la coronilla.

Antes de que *Carol* se bajase de la silla dirigió dos palabras a *Mr. Botlivala*. Había comprendido su manejo y su voz estaba rebotante de desprecio. Le dijo:

—¡Qué canalla!

La impresión del insulto se reflejó en una mueca. Luego la cara de *Botlivala* se serenó con un violento esfuerzo, y dijo:

—Como ves, no había problema. No podía perder.

Entonces *Mrs. Trollope* reunió todas sus fuerzas, y con el rostro brillante de emoción dio una y otra vez gracias a *Mr. Botlivala*, y *Carol* dijo:

—Sí, algo extrañísimo ha de haber pasado para que gane.

Pero *Mrs. Trollope* no la oía. Había corrido ya a la taquilla para cobrar su ganancia.

—Ahora podemos ir al Club —dijo *Mr. Botlivala*.

E intimidado por la súbita ferocidad del desprecio de *miss Halma*, la

hablaba cabizbajo, anhelante, suplicante; pero de nada servía. Carol se limitó a decir:

—No, esperaremos a *Mrs.* Trollope y la llevaremos con nosotros. Tenemos que beber para celebrar la ganancia.

A veces, el humor impulsivo de *Mr.* Botlivala se sobreponía a su astucia mañosa. Y así aconteció en aquella ocasión. Arrojó violentamente al suelo su tarjeta de carreras, y dijo:

—¿Cómo? ¿Con ese espantajo?

Carol permaneció temiblemente tranquila, y Botlivala comprendió que ella se proponía castigarle por su sucio engaño. Carol dijo solamente:

—Pues vete tú. Nosotras iremos al Taj Mahal. De todos modos, Bill Wainwright va a venir con nosotras.

—¿Quién es Bill Wainwright? —preguntó *Mr.* Botlivala.

Y a sus negros ojos opacos asomó una súbita mirada de rabia y de sospecha.

—Le viste conmigo anoche —dijo Carol.

Y al oírlo, la expresión de Botlivala se cambió en otra de odio abierto, el odio de un hombrecillo rechoncho, inatractivo, débil, por un hombre de buena presencia, vigoroso y seductor. Durante un segundo, *Mr.* Botlivala se pareció de un modo extraordinario a una de las víboras Russell del laboratorio del coronel Moti.

—¿Quién es? —preguntó *Mr.* Botlivala—. ¿De dónde ha salido?

Carol eligió deliberadamente sus palabras. Estaba sintiéndose un poco cargada de *Mr.* Botlivala y de sus caprichos, de sus celos, de su vanidad y de su mezquindad. Y dijo con aire indiferente:

—Es un antiguo amigo mío. Es hijo del dueño de la «Amalgamated Oil Companies». Y es riquísimo, hijito. Puede comprarte a ti y a todas tus viviendas de obreros sin siquiera enterarse.

Y echó a andar, diciendo:

—Vamos; *Mrs.* Trollope no va a saber qué ha sido de nosotros.

Mister Trollope había llegado la primera a la ventanilla de pagos, y ya había recogido sus ganancias. Las había metido en su maltrecho saco: veinte estupendos billetes de mil rupias. En la mano tenía otro billete, y al ver a Carol se lo tendió, diciendo:

—Gracias. ¡Vaya si está usted hoy de suerte! ¡Veinte a uno! ¡No es nada!

En el mismo momento apareció de entre la muchedumbre el *maharajah* de Jellapore con Joey. Ya habían desaparecido las guirnaldas y los *puggrees* del desembarco, y ambos llevaban sus llamativos trajes europeos. Jelly iba fumando un enorme cigarro, y Joey estaba un poco bebido; no borracho, sino alegre. En su oscura cara se dibujaba una huera sonrisa distraída. El *maharajah* se dirigió a Carol y le dijo:

—Bueno, admirable criatura, ¿qué tal? Tiene usted muy buen aspecto.

Carol dijo que, en efecto, se sentía muy bien.

—Me han dicho que ha estado usted en Jellapore con mi poco recomendable hermanito.

—Sí; he estado tres semanas.

—¿Y se ha divertido?

—Hubo de todo. Usted conoce Jellapore mejor que yo.

—Es un agujero repugnante.

Luego saludó a su excompañera de póker, *Mrs. Trollope*, y lo hizo cordialmente; después habló a *míster Botlivala*. *Míster Botlivala* juntó las manos e hizo una de sus inclinaciones reservadas a la realeza, con un pequeño saludo extra para la realeza que, además, frecuentaba Longchamps, Ascot y Epsom y los *cabarets* y los lugares más caros de París.

Entonces dijo el *maharajah*:

—Nos hemos encontrado muy a punto. Ahora mismo, después de las carreras, doy un pequeño cóctel en el palacete. Allá voy ahora. ¿Puedo conducir a alguno de ustedes? Va todo el mundo.

—Bueno —dijo Carol—. Tenemos coche.

Ni siquiera consultó a *Mr. Botlivala*, pero este no tenía objeción alguna que hacer. Las cosas, después de todo, se habían arreglado bien: podía exhibir a Carol en el cóctel del *maharajah*, en cuyo palacio *míster Trollope*, sin duda, se perdería pronto entre la concurrencia.

En cuanto a *Mrs. Trollope*, en menos de una hora el mundo se le había convertido en un lugar enteramente distinto. Tenía en su bolso veinte mil rupias, y ahora iba a una fiesta, a una estupenda fiesta con la gran muchacha rubia. La vida comenzaba otra vez de nuevo. Mañana tenía que ir a gastar un montón de las veinte mil rupias en trajes nuevos, ahora que volvía a frecuentar el mundo y a frecuentarlo con Carol Halma. No era solamente bella Carol Halma, pensó *Mrs. Trollope*; tenía, además, buen juicio. *Míster Trollope*, que nunca sentía extraordinaria simpatía por ninguna clase de hombres, estaba encantada por el modo como Carol había dado una embestida a *Mr. Botlivala*. Era una pena que hombre alguno pudiera siquiera acercarse a tan encantadora criatura como *miss Carol Halma*, como no fuese de rodillas.

* * *

A consecuencia de todo esto, Bill no las encontró. Habló en el hipódromo con dos o tres personas que habían visto a *miss Halma*, pero ninguna de

ellas sabía adónde se había marchado. En el Willingdon Club no encontró rastro de ella ni a nadie que la hubiera visto allí. Encontró en el Club a aquel joven y elegante oficial inglés, vestido ahora de paisano, que le había subido a bordo las cartas del gobernador y del virrey. Ahora que había desaparecido el suntuoso uniforme blanco y dorado, y que el muchacho no era ya una manifestación de la pompa del Imperio británico, no quedaba en él nada de aquella tiesura. Era simplemente el teniente Forsythe, un simpatiquísimo muchacho.

Tomaron dos o tres *whiskys* juntos y completaron una mesa de *bridge* con Mr. Hazimboy, un rico *khoja* comisionista de algodón, antiguo conocido de Bill, y una señora llamada Mrs. Barroly, que resultó ser la dueña de *Tinker's Dam*. La partida no resultó muy buena, y como eran todos aficionados a las carreras, hablaron en demasía sobre *Tinker's Dam*. A mitad de la partida Bill empezó a sentirse sumamente inquieto, con una inquietud que no había experimentado en mucho tiempo. Ahora que Hinkle tardaría en regresar de Birmania, no había nada que hacer; y la perspectiva, si iba acompañada de conducta irreprochable y seria, auguraba un considerable aburrimiento. Se dio cuenta de ello mientras allí sentado se aburría hablando de *Tinker's Dam* y mirando la cara de Mr. Hazimboy, gordita, sosa, y el entusiasmo hípico, un poco afectado, de Mrs. Barroly y la actitud excesivamente cordial del amable y juvenil ayudante del gobernador, que estaba representando a ultranza el papel de un inglés que no experimenta violencia alguna y se encuentra plenamente a gusto entre personas de color. Bill admiró en su interior, y objetivamente, los móviles del muchacho, y, en su interior también, le juzgó un actor pésimo.

«No —pensó, fallando el nueve de tréboles de *mister* Barroly, que era firme como una roca—, eso de ninguna manera. No puedo pasarme quince mortales días con ese programa. Lo que tengo que buscar es vida, vida con V. Quizá es la última oportunidad que me queda antes de la edad madura».

Mientras jugaba, pésimamente todo el tiempo, porque su imaginación estaba lejos de allí, se daba también cuenta de las dificultades. Lo que él entendía por Vida era pasarlo bien; pasarlo bien a la manera de los buenos tiempos inmediatamente posteriores a la guerra, lo cual significaba vaga y confusamente champán, baile, risas, alegría, despreocupación, y de cuando en cuando un amorcillo rápido y divertido con alguna linda muchacha animada. Sabía él que todo esto era un programa sumamente difícil de llenar en Bombay, especialmente en su última parte. En Oriente no parecía haber término medio entre una muchacha monótona y aburrida y las cursilonas, honorables, vulgares esposas de la colonia europea local. Y desde luego, si uno permanecía tiempo suficiente en una colonia cualquiera, acababa por llegar a un estado en el que aun la más vulgar y madura esposa de un

empleado en una explotación de petróleo resultaba entretenida y hasta guapa; pero en un par de semanas no se podía llegar, francamente, a semejante cosa. Y como uno no fuera joven en extremo, las chicas monótonas y aburridas no significaban sino aburrimiento. Era como beberse de un tirón una botella entera de *whisky* para sentirse alegre.

Pensándolo estaba cuando oyó de pronto que *mister* Barroly decía:

—Es la segunda vez que me falla usted una carta firme.

Y esta vez había en su voz un matiz que estaba en los límites del enojo.

Bill se excusó, y dijo:

—Estoy jugando como un idiota, pero es que no me siento muy bien. Cuando se acabe el *rubber* voy a dejarlo, y ya encontrarán ustedes quien les haga el cuarto.

Comprendió que debía de estar jugando todavía peor de lo que había creído, porque cuando habló de marcharse nadie protestó.

Trató de concentrarse, pero ya era demasiado tarde; su imaginación divagaba díscolamente en torno a toda clase de cosas frívolas. Si no hubiera sido por sus equivocaciones, *Mrs.* Barroly y él debían haber ganado ya hacía buen rato; y ahora, como para castigarle, el *rubber* no se acababa nunca.

Miró el reloj y descubrió que ya eran las ocho. Durante un momento, en el que *Mrs.* Barroly, con alivio visible, jugaba dejándole a él de muerto, se levantó y dejó la mesa para dar una vuelta por el Club y ver si veía a Carol. No encontró señales de ella y por primera vez se sintió enojado. Estaba acostumbrado a su falta de puntualidad, pero esta vez era como si deliberadamente hubiese querido darle un plantón. Dondequiera que estuviese Carol, siempre había algo en movimiento, en curso, algo fantástico y a veces melodramático. Sospechaba, y hasta sabía, que no había acudido a la cita porque había encontrado alguna otra perspectiva nueva e imprevista de divertirse, y sin la menor preocupación ni consideración, se había olvidado de él por completo. «Al diablo con ella», pensó. No es que él deseara revivir aquella breve experiencia de hacía tiempo. Aquello no se podía recalentar, ni le apetecía tal posibilidad. Deseaba solamente su compañía. Con Carol siempre se pasaba bien. Volvió a la mesa de juego y por fin se acabó el interminable *rubber*, Los que habían jugado con él le dieron las buenas noches sin exteriorizar la menor expresión de pesadumbre, y murmuraron confusa y cortésmente unas palabras sobre volver a jugar juntos, y no hubo más. No les importaba que él se marchase, porque con toda aquella inquietud interior resultaba no haber estado nunca efectivamente allí donde estaba. En realidad había sido incesantemente el «muerto», y cuando no le tocaba serlo, no había hecho sino los ademanes exteriores de estar jugando.

Afuera la noche se había puesto casi fresca, con ese falso frescor de la costa oriental india. Parecía que hacía fresco hasta que uno se movía;

entonces el sudor y el sofoco se apoderaban de uno y había momentos en que parecía imposible respirar. El taxi siguió a lo largo del camino del mar Nepeo; y durante un rato, Bill, con los ojos cerrados, adivinó a través de su olfato por dónde iba pasando. Perfume de jazmines; este debía de ser el olor del palacio y de los jardines de los *bungalows* suspendidos sobre el mar. Olor de especias e inciensos; ese era el gran templo de Parvati al extremo del puerto, con su gran piscina frecuentada día y noche por los fieles. Olor a madera y a estiércol; estas serían las fogatas de los peregrinos procedentes del interior de la India, que habían llegado a la playa pululante a purificarse en las aguas del gran mar. Y el olor de las candilejas de petróleo de los vendedores de dulces. Había sonidos también: la campana del tren eléctrico que iba a Juhu y el timbre del cine que anunciaba una nueva película; la música de la banda en la Casa del Gobierno (donde debía celebrarse una fiesta íntima), y sobre todos ellos, el ruido de las aguas del mar Árábigo golpeando sobre la llana playa, y el murmullo de miles y miles de personas, que aumentaba según el taxi se iba acercando al centro de la ciudad; y la música plañidera y los gritos de la procesión religiosa que cruzaba la carretera, delante del taxi, camino del mar. Una o dos veces abrió los ojos; una para ver el palacete rosado de Jellapore, al borde del agua, con todos sus candelabros de cristal radiantes de luz; otra, al pasar por la Casa del Gobierno. Cuando pasó ante el pabellón de Jellapore, pensó: «Jelly debe de tener fiesta en casa», y se inclinó hacia adelante para decir al conductor que se detuviese. Pero casi inmediatamente lo pensó mejor y se volvió a recostar sobre el respaldo con los ojos cerrados.

Sonidos, vistas y olores le inundaron, acariciando sus sentidos, suscitando imágenes sombrías, incitándole hacia complicaciones; no hubiera sabido decir qué especie de complicaciones; pero no tenía fe en sí mismo. Se limitó a pensar: «Si encuentro a Carol todo irá bien. Me distraerá y esta chifladura que me está molestando se irá a paseo». Y no había más que un medio de encontrarla, y era volver al Taj Mahal y empezar otra vez la investigación. En el Taj Mahal no fue a Carol a quien encontró ni fue Carol la que le salvó de su chifladura. En el hotel fue directamente al mostrador y preguntó si había algún mensaje para él. No había ninguno, y cuando telefoneó a la habitación de Carol no contestó nadie. Entonces el empleado que estaba detrás del mostrador dijo:

—Un caballero está esperando para verle a usted, señor.

—¿Dónde?

—En el salón de lectura. Hace una hora que está esperando.

—¿Es algún vendedor de joyas?

—No, creo que no. Es un señor indio. No sé quién es.

—Voy a ver yo mismo.

Pero de camino pasó por el bar a echar un vistazo. Carol tampoco estaba allí y Bill pensó: «Quizá me ha mentado a propósito de ese maldito *parsi*. Quizá ha salido con él y no es verdad lo que me ha dicho».

De pronto se sintió abatido, desinflado y fatigado.

Cuando llegó a la sala de lectura entró de puntillas, resuelto a volver a marcharse si no le agradaba el aspecto del hombre que le estaba esperando. Fue muy fácil descubrirle. El salón de lectura no era lugar muy concurrido por los clientes del Taj Mahal. No había en él sino una vieja inglesa sentada junto a la ventana, haciendo punto y mirando hacia la calle, y un hombre atezado y de baja estatura que, sentado ante una de las mesas, escribía sobre un cuaderno con una estilográfica de oro.

Bill estuvo un rato contemplándole, tratando de averiguar quién era y de adivinar qué podía querer; luego, poco a poco, tomó forma en su memoria la imagen de un hombre atezado y de baja estatura que llevaba unas sandalias *rajput* rojo y oro, admirables. Y cayó en la cuenta. Era el coronel Moti. Estaba inclinado sobre el cuaderno; toda su energía, su espíritu, las fuerzas de su breve cuerpo alambreño, brotaban por la punta de su estilográfica de oro. Había algo en la figura del hombre de ciencia que serenó a Bill, afirmó sus nervios y le hizo sentirse de pronto inútil e insignificante. Luego se acercó silenciosamente a la mesa y dijo:

—Usted perdone, ¿me está usted esperando?

El coronel Moti dejó la pluma, se levantó, se quitó las gafas y preguntó:

—¿Es usted *Mr. Wainwright*?

—Sí; usted es el coronel Moti, ¿no es así?

—En efecto. Deseaba verle a usted para hablar acerca de Merrill.

—Lamento que haya usted tenido que esperar. Si hubiera sabido que iba usted a venir...

—No tiene importancia —dijo el coronel Moti—. Estaba en el centro y el camino hasta el Instituto es largo y lento. Por esto pensé venir por si le encontraba.

—Pero usted es un hombre muy ocupado.

El coronel sonrió con una curiosa sonrisa de inesperada cordialidad. Dijo:

—No he perdido el tiempo. Llevo siempre trabajo conmigo. De ese modo no pierdo tiempo nunca. He estado escribiendo un artículo para Nueva York, sobre nuevos descubrimientos que hemos hecho acerca de la peste bubónica.

—¿Quiere usted sentarse? —dijo Bill—. ¿Quiere tomar algo?

Bill, que no sabía lo que era timidez, se sintió de pronto tímido como un niño pequeño.

Pidió bebidas y ambos se sentaron en sendos butacones.

—Me había propuesto ir a verle a usted —dijo Bill.

—No tiene importancia —dijo el coronel—. Me he apresurado a venir porque tenía una idea y porque el caso es urgente. He hablado con Merrill. Está viviendo conmigo en el Instituto. Desea verle a usted... Tiene muchísimo deseo de verle a usted lo antes posible.

El camarero trajo las bebidas y el coronel Moti comenzó su explicación.

—No sé —dijo— si usted está muy al corriente de la labor realizada por Merrill. No ha venido aquí a convertir indios desde el punto de vista religioso. Ha venido a enseñarles a vivir decente y convenientemente en las aldeas, donde durante cinco mil años han vivido entre inmundicia y muriendo de hambre. Y ahora, los ingleses y todo príncipe o todo *dewan* decentes de la India le buscan para que les ayude a resolver sus problemas. Merrill es necesario en la India, *Mr. Wainwright*; es uno de los más necesarios entre los hombres vivos; pero la resistencia de todo hombre tiene un límite, y Merrill lo ha traspasado ya.

—Le conozco —dijo Bill cortésmente—. Sé cómo trabaja. Hubiera podido ser en América lo que hubiera querido y prefirió venir a enterrarse aquí.

Los negros ojos del coronel Moti relumbraron.

—Yo no llamaría a eso enterrarse. Le conoce la mitad de la India y miles de aldeas indias le miran como a un ser sobrehumano que ha cambiado enteramente sus vidas. No, *Mr. Wainwright*; yo no llamaría a eso enterrarse. India es una gran nación que se despereza y se despierta tras cientos de años de dormir. Y Merrill la ayuda con eficacia que no puede superarse.

Hizo una breve pausa como si estuviese reuniendo sus fuerzas y Bill se dio cuenta de que su cara se había arrebolado. El coronel Moti prosiguió diciendo:

—Dese usted cuenta: esto es lo que ahora ocurre con Occidente, Es siempre el mismo punto de vista: que uno se entierra si no se esfuerza en ganar dinero o en hacer política.

Cruzó una sobre otra sus delgadas piernas y añadió:

—Pero, en fin, esto no es asunto del momento. He venido para que hablemos acerca de cómo podemos salvar a Merrill, cómo podemos evitar que muera cuando le necesitamos tan apremiantemente.

—¿Está tan enfermo?

—Está muy enfermo. Ha trabajado hasta desgastar su organismo y hasta estar su cerebro como una esponja. Ha sufrido repetidos accesos de paludismo y padece disentería amébrica y enteritis febril. Cualquier hombre menos fuerte y con menos espíritu, en su lugar, hubiese muerto hace mucho tiempo. Tiene la fortaleza de un oso y el espíritu de un ángel. Por encima de todo es indispensable que tenga un largo descanso.

El coronel hizo una pausa y encendió un cigarrillo.

—Pero no es eso solo lo que necesita. Hace falta algo más para salvarle.

Miró a Bill de un modo penetrante y le preguntó:

—¿Conoció usted a su mujer?

—No —dijo Bill—, no la vi nunca.

—Ha muerto. Murió el año pasado, a Dios gracias. Hizo cuanto pudo para destrozarle. Y ahora que ha muerto, él se reprocha no haberla comprendido, cuando lo que debió hacer fue cogerla y degollarla.

Otra vez relumbraron sus oscuros ojos con vivo resplandor; luego abrigó el fuego bajo cenizas y lo hizo desaparecer.

—Se conocieron aquí. Ella era bastante guapa, pero tenía extrañas ideas acerca de las relaciones entre marido y mujer. ¿Usted conoce a Merrill?

Y de nuevo le miró de modo penetrante.

—Usted sabe que era un muchacho fuerte y lleno de vigor. Usted sabe que estaba hecho para atraer a las mujeres.

Hizo una pausa para tomar un sorbo de agua tónica y luego dijo:

—Pues bien, a la Naturaleza no se la engaña. Yo sé esto mejor que la mayor parte de los hombres. He invertido mi vida en combatir con la Naturaleza, en combatir la enfermedad y los gérmenes y todas las malicias de la Naturaleza en la India, donde la Naturaleza es más pérfida y más poderosa que en ninguna parte. Lo que trato de decir es esto: que durante diez años esa mujer ha pervertido la vida entera de Merrill; ha trastornado su espíritu, su salud, su organismo. Merrill es demasiado pulcro, y demasiado loco para hacer lo que hubiera hecho cualquier otro. Y era demasiado bueno para hacer nada que pudiese herirla. Durante diez años, ese muchacho vivió junto a esa monstruosa mujer en condiciones absurdas. Y eso es, más que el tifus y que el paludismo, lo que ha desorganizado su salud. Es eso y no microbio alguno lo que le produce un dolor tremendo de cabeza que a veces le hace llorar como un niño.

Hasta aquel momento el pequeño gran sabio había hablado tranquilamente, pero de pronto empezó a sentirse indio y orador. Su fina mano incluso golpeaba la mesa mientras sus ojos relumbraban.

—Esa mujer era un monstruo, y según fue pasando el tiempo se fue poniendo más y más exigente y seca y quisquillosa. Detestaba vivir en las aldeas e hizo cuanto pudo para estropear la labor de Merrill. Le bloqueó, le tapó las salidas, le fastidió cuanto pudo y hasta intrigó contra él, hasta que, por fortuna, murió. Dijeron que había sido disentería, pero yo apostaría a que los aldeanos, que tenían gran cariño a Merrill, acabaron con ella. En la India... no es excesivamente difícil hacer eso.

Bill, mientras escuchaba, deseaba decir algo, pero no se le ocurría nada que decir. El sentido de su propia insignificancia le paralizaba. Las personas como Moti, hombres de ciencia o pensadores, siempre le intimidaban. Les veía raras veces, pero cuando encontraba a alguno de ellos se sentía

reducido a una total impotencia mental, como un niño pequeño.

—Confío que no esté aburriéndole —dijo Moti—. Estoy hablando en la convicción de que usted es un amigo de Merrill y que le tiene afecto.

—Así es —dijo Bill.

—Y que está usted dispuesto a ayudarlo.

—Haría cualquier cosa que fuera menester.

—Porque si no se le ayuda, morirá... y antes de mucho.

El coronel se inclinó hacia Bill como para subrayar y dar más énfasis a lo que iba a decir:

—Él me ha hablado de usted. Tengo una idea acerca de la clase de persona que es usted, y ahora que le he visto me siento estimulado. Creo que es usted la única persona que puede ayudarlo.

La observación hizo sentirse a Bill súbitamente desasosegado. ¿Qué sería lo que él pudiese hacer en auxilio de un hombre como Homer Merrill? ¿Qué podía haber de común entre ellos dos después de tantos años de vivir ambos en los mundos más distantes entre sí que cabía imaginar? Durante un instante sintió incluso terror ante la perspectiva de ver de nuevo a Homer. Y una vocecilla egoísta decía en su interior: «Toda tu estancia aquí se va a estropear; todo lo que pudieras divertirte; vas a perder quizá la última ocasión que tienes para divertirte de joven; todo ello se irá a paseo al hacerte tú cargo de un inválido».

Luego sintió vergüenza de sí mismo y se apresuró a decir:

—Desde luego, me encantará hacer todo cuanto pueda, si es que puedo hacer algo.

Se daba cuenta de que los negros ojos habían estado observándole estrechamente, sometiéndole a prueba con fría y completa objetividad, como si él fuese una muestra en un laboratorio. Durante un momento el coronel Moti guardó silencio, y Bill repitió nerviosamente:

—Lo que no sé es qué es lo que puedo hacer.

—El coronel dijo bruscamente:

—Usted es un hombre que ha disfrutado. Le gusta reír. Le gusta la música. Le gustan las mujeres; no digo que le gusten como una obsesión, sino que le gusta verlas a su alrededor. Le hacen sentirse contento. Usted ha disfrutado de todas las cosas que Merrill se ha negado a sí mismo.

Bill abrió la boca para hablar, en un semiconsciente esfuerzo para atajar el excelente análisis del coronel Moti; pero el coronel le atajó a él levantando la mano.

—Usted es lo que Merrill necesita. Ustedes eran grandes amigos, ¿no es así? Así lo dice Merrill.

—Tan grandes amigos como pueden dos hombres serlo.

—Entonces, quizá no es demasiado tarde para acudir en su ayuda y aun

para curarle. Le pido a usted que lo haga no solo por Merrill, al que los dos queremos y admiramos, sino por miles y aun millones de pobres ignorantes que sufren: porque Merrill es un hombre de inmenso valer. Y si no podemos curarle, morirá.

Y entonces, como si acabase de ocurrírsele, añadió:

—Vea usted, su hijo, que tiene nueve años, acaba de embarcar para América. Merrill adora al niño. Su marcha ha sido para Merrill peor que cortarse una parte de su propio cuerpo con sus propias manos. Yo presencié su marcha. Vi la expresión de los ojos de Merrill; fue como si hubiera querido arrancarse el corazón y enviarlo con el niño.

—¿Qué es lo que desea usted que yo haga?

El doctor estaba sentado muy erguido, con sus finas y sensitivas manos enlazadas. Y dijo:

—Deseo que, cuando Merrill esté capaz de ello, vaya usted a verle. Y luego deseo que le traiga usted aquí, al Taj Mahal con usted. Deseo que le haga vivir durante algún tiempo la misma vida que usted hace. Deseo que beba, que se divierta, que trate a unas y a otras; deseo que juegue, que ría; en suma, que viva tan humanamente como debería haber vivido.

Después de una pausa, el coronel añadió:

—No va a ser fácil. Va a ser como enseñar a andar a un paralítico.

Y mientras él hablaba, la imaginación de Bill volvía hacia los días remotos, en los que había compartido con Homer la misma habitación; cuando Homer se acostaba sobrio y sereno mientras él volvía con frecuencia excesiva borracho, después de una noche de francachela. Recordaba la época en que había hecho verdaderos esfuerzos para que Homer quisiera beber, ir a una fiesta, pasar un par de horas alegres alocadas y despreocupadas. Y no había argumento que pudiese hacerle cambiar su modo de vivir. Nunca había podido persuadirle. Lo más que Homer llegaba a decir era: «Bill, es tu vida y es asunto que no concierne a nadie más que a ti lo que hagas con ella. Pero a veces pienso que eres una especie de loco». Y en voz alta dijo Bill:

—No, no será fácil. No lo era ya hace mucho tiempo, cuando él era más joven.

—Pero será más fácil de lo que usted piensa. Dese cuenta: está muy cerca del límite del sufrimiento físico y mental que el cuerpo humano puede resistir.

Y, levantándose, el coronel Moti dijo:

—No le entretendré más tiempo.

Bill murmuró algo, pero el coronel no le dejó acabar y dijo:

—Los dos somos hombres ocupados, y tengo que hacer un largo camino hasta llegar a mi casa. Si usted hace esto, si usted ayuda a Merrill a vivir

como la Naturaleza exige hoy que viva, si contribuye a relajar esos nervios terriblemente anudados, le habrá salvado usted y habrá hecho un gran servicio a la Humanidad, porque habrá usted salvado a un hombre capaz de realizar una cantidad inconmensurable de bien para la raza humana. Y yo mismo no puedo hacerlo. No tengo temperamento adecuado ni entiendo esa cosa que hay en el fondo de tantos americanos e ingleses, que tan a menudo deforma sus vidas y las destroza: esa cosa que representaba y realizaba la mujer de Merrill.

Recogió el cuaderno de notas en el que había estado escribiendo y estrechó la mano de Bill:

—En este momento le hago estar tranquilo a fuerza de sedantes; está durmiendo casi sin cesar. Dentro de uno o dos días deseará verle a usted. Le enviaré a usted un muchacho para que le enseñe el camino.

Cuando se fue, Bill se quedó un rato junto a la ventana, cerca de la vieja que había estado haciendo punto durante toda la larga conversación. Como ella, Bill miraba hacia la calle, ardiente y pululante, pero no veía nada, ni aun a los *coolies*, que se habían quitado sus *puggrees* y los habían arrollado en sus flacos y extenuados cuerpos y se habían echado sobre la acera a dormir.

Poco después se volvió y subió las largas escaleras. Al subir se cruzó con Khrisna, el sirviente de Carol, que bajaba, revestido de toda su gloria oro y púrpura; y cuando preguntó a Krishna dónde andaba Carol, el criado dijo que no sabía nada, pero que había salido alrededor de las cuatro para ir a las carreras.

Bill miró el reloj y vio que ya eran más de las diez.

Era inútil intentar buscarla en todo Bombay, y no se sentía con ganas de estar en el ruidoso bar ni de volver al Willingdon Club. No parecía haber otra cosa que hacer que irse a la cama.

«Pues no es mala idea», pensó. «Por cierto que no me hará daño».

Pero la habitación, aun con el *punkah* revolviendo el cálido aire, estaba insufriblemente calurosa. Las sábanas se le pegaban al cuerpo, y cuando las apartó se sintió súbitamente resfriado y se acordó del fastidio del cólico que había pescado muchas veces por dormir desnudo debajo de un *punkah*. Pero no era solo el calor el que le hacía permanecer despierto, sino el mismo desasosiego de antes. Sintió deseos de levantarse y de ir en busca de algo. Fuera, en la cálida y pululante ciudad, estaban ocurriendo cosas, cosas interesantes en las que él, allí echado y desvelado, en la caliente habitación, no tenía intervención alguna. Si se levantaba y se vestía y salía, podría ocurrirle alguna notable aventura, algo violento y emocionante.

Largo rato continuó en la cama dando vueltas, tratando de convencerse de que estaba mucho más seguro allí solo en su cuarto. Cuando experimentaba aquellas sensaciones, invariablemente acababa por atraerse

alguna complicación. La entrevista con el coronel le había serenado un poco; en los fieros ojos negros había una luz de sabiduría, de disciplina y de responsabilidad, es decir, de todas las virtudes que, según pensó, siempre la habían a él faltado. Los ojos, la presencia del coronel Moti, le habían dado efímera paz, y con la paz, envidia. Y la historia de Merrill le había hecho avergonzarse y aun sentirse un poco atemorizado. Le pareció que era difícil y hasta imposible imaginarse a un amigo como Merrill, después de diez años, después de haber los dos seguido sendas tan diferentes. Había tenido afecto a Homer y más intimidad con él que con ningún otro amigo; se había sentido en cierto modo más cercano de él que de mujer alguna, porque todas sus relaciones con mujeres habían sido superficiales.

El desasosiego volvió a invadirle, y esta vez se hizo insoportable; y poco rato después, casi sin haber tenido conciencia de lo que estaba haciendo, se encontró vistiéndose para hundirse en la abrasada e incitante ciudad.

Al salir cerró la puerta sin saber a dónde se encaminaba, pero cuando iba por el pasillo, por aquel pasillo con aspecto de corredor de cárcel, recordó el palacio de recreo a la orilla del agua. Iría allí, a la residencia de Jelly donde se estaba celebrando una fiesta.

* * *

La fiesta que empezó con cócteles después de las carreras, estaba aún en todo su esplendor a las dos de la mañana, y el número de los concurrentes, lejos de disminuir, había aumentado. A esas horas la brisa cambiaba cuando la marea era favorable y refrescaba un poco. Era, al fin, una brisa que llegaba del mar en vez de venir de tierra adentro, de la tierra cálida, cocida y polvorienta.

El pequeño pabellón rosado era, en realidad, un palacio en miniatura, con un pequeño salón de baile, un gran vestíbulo y una serie de pequeñas habitaciones que daban al jardín por la parte más próxima al mar. Aunque el *maharajah* de Jellapore tenía un gran palacio oficial sobre la colina, era en este donde vivía y recibía a sus amistades. El gran palacio de Jellapore llevaba años deshabitado, salvo cuando era necesario abrirlo por razones de Estado. El pabellón de recreo era más confortable y más agradable, con su gran jardín rodeado de altos muros y lleno de árboles floridos y de arbustos. Allí, al pie de Malabar Hill, y al borde del mar, no se daban las intrigas y los celos y las peleas que, de cuando en cuando, daban a su vida en el gran palacio todas las características de una pesadilla. Y aquí, con sirvientes «intocables», pues el *maharajah* no se preocupaba de las castas, vivía a su talante. No dejaba ello de suscitar buen contingente de chismorreos, particularmente entre los demás gobernantes de los palacios sobre la colina, acerca de lo que ocurría en el interior del pabellón rosado; pero, en realidad, nadie sabía nada.

Permanecía abierto noche y día para los amigos del *maharajah* habituales de las carreras, tanto indios como europeos, y de esta suerte, durante gran parte de cada día parecía más un *club* que la casa o la residencia de un príncipe gobernante. Cuando deseaba aislarse, lo que rara vez ocurría, porque era un hombrecillo obseso e infortunado, se retiraba al piso superior, en el que había una serie de habitaciones que daban a otra gran habitación, y que para que fuesen más frescas estaban todas construidas de mármol blanco. Todo un lado de la gran habitación que daba al mar se conservaba abierto a las pesadas y lentas brisas del mar Árábigo.

Bill conocía la casa. Recordaba incluso al canoso portero que había visto pasar a través de las puertas tantas gentes extrañas y fantásticas y que había sido testigo de muchas cosas que para el transeúnte corriente hubieran parecido improbables si no imposibles. Bill acogió la zalema del viejo y echó a andar directamente a través del gran pórtico, hasta llegar a la habitación decorada en oro y rojo, donde se estaba jugando al *chemin-de-fer*.

[45]

Era una gran estancia con tres arcos que daban sobre el jardín por la parte del mar; una estancia que con el calor del clima indio y la humedad salobre del mar, se había corrompido hasta parecer la de un pequeño y

desaliñado casino de la Riviera Italiana.

En el techo, anticuados *punkahs* eléctricos agitaban lentamente una atmósfera en la que se mezclaban los olores del jazmín y el pachulí, de colillas y de champán disipado, con contrapunto de agua salada y de pescado puesto a secar. Sobre las palabras murmuradas de *Banco* y *Suivi* se alzaba la música tenue de tambores y flautas, y más allá de la mesa, a través de los arcos, Bill divisó a una bailarina musulmana que, entre dos músicos, con las piernas cruzadas giraba lentamente sobre el fondo borroso de la espuma fosforescente que el cálido y perezoso mar Arábigo rompía contra las rocas. El jardín estaba también lleno de gente.

Cuando Bill entró en la habitación, los que rodeaban la mesa, absortos en el juego, no se enteraron de su llegada; permaneció durante un momento inmóvil en la puerta contemplando la escena, y estando allí sintió agitarse su corazón de un modo que no podía él comprender. Esto, una escena como esta, solo se podría encontrar en Oriente. Era a la par demasiado vistosa, sugestiva y bella, como el extraño grupo de personajes sentados en torno del tapete verde, con la mirada fija en la baraja. Para ninguno de ellos tenía el dinero valor, en el sentido en que lo tiene para la clase media de todo el mundo. Todos los que rodeaban la mesa eran o demasiado ricos o demasiado pobres y despreocupados para saber siquiera lo que es el dinero en realidad. En aquel momento, mientras estaba en la puerta del salón del palacio de recreo de Jellapore, Bill, al que Carol había siempre llamado «Bill buen-humor», sintió un súbito vehemente deseo de ser poeta para poder comunicar a los demás la extraña tempestad emotiva que la escena suscitaba en él. Pensó: «Esto es lo mío. Esta es la vida que me encanta». Pero aquella vida se había terminado. Ahora era un hombre sobrio y serio, un digno negociante en petróleo.

Luego empezó a reconocer a las personas que rodeaban la mesa. Al propio Jellapore, un poco ebrio, que parecía a la vez atezado y pálido, en su traje deportivo de color ocre, a la cabecera de la mesa. Y *Mrs. Trollope*, pequeña y apergaminada, con su traje blanco de buen corte, pero averiado ya, que atisbaba con desesperada expresión de sus pequeños ojos verdes las cartas que Jellapore estaba sacando. Por primera vez se le ocurrió que *Mrs. Trollope* estaba sin un céntimo. Y aquel horrible hombrecillo, *Mr. Botlivala*, pulcro y regordete como una muñeca; y cuatro o cinco desconocidos, dos de ellos indios y europeos los otros, de nacionalidad indecisa. Luego, de pronto, vio a la baronesa y la reconoció, dándose al mismo tiempo cuenta de que debía haberla visto desde el momento en que entró en la habitación porque debió denunciársela el débil olor penetrante a pachulí que se mezclaba a los otros olores de la estancia.

Estaba vestida de un modo fantástico, con un traje de noche hecho de

negras lentejuelas; parecía, pensó Bill sonriendo, como la dueña de un *cabaret* en una película. Su rojo pelo, con aspecto de peluca, ostentaba una sola orquídea blanca, cuya retorcida y costosa pureza resaltaba grotescamente sobre el rostro amojamado por los años, la perfidia y el ansia codiciosa. Llevaba profusión de anticuadas joyas, con muchos sucios diamantes y rubíes, pero parecía un tanto más limpia que de costumbre. Bill pensó: «Es la primera vez que viene a una fiesta de un *maharajah*, y eso que se ha puesto refleja su opinión sobre cómo hay que vestirse en ocasión semejante».

Y luego miró a la propia Carol, de cuya presencia se había dado cuenta desde el principio. Había comprendido que ella estaba allí; la había visto sin verla. Y había deliberadamente esquivado mirarla, porque en cierto modo el verla había de ser penoso. Pero se decidió al fin, como quien se tira al agua, y la observó sin que ella supiera que él estaba en la habitación. En algún momento, en el curso de la noche, se había quitado el sombrero, y su dorado cabello veteado se alborotaba en gallardos rizos merced al calor y al húmedo aire del mar. El traje rosa de *crêpe-de-Chine* parecía ahora un poco ajado; pero los brillantes, que habían resultado ridículos a la brillante luz del sol indio, fulgían bajo la luz deslumbradora de la estancia dorada y roja. Tenía la cara un poco encendida y parecía la cara de un niño que se está divirtiendo inmensamente en una fiesta. Era fantástico que pudiese tener un aspecto tan lozano y juvenil; era la única persona limpia y radiante en toda la estancia; quizá en toda la fiesta. Estaba sentada con los codos apoyados sobre la mesa y las pulseras de brillantes se habían deslizado por sus brazos hacia abajo. Fumaba un cigarrillo. Junto a ella, sobre la mesa, había una copa de champán llena hasta la mitad y un gran montón de fichas. Evidentemente estaba ganando mucho.

Bill estuvo un rato observándola, y poco a poco notó en sí una irritación que le sorprendió. Era que había un misterio en torno de Carol; que aquella mujer, a la que siempre había aceptado sin darle importancia, era en el fondo desconocida para él. No era porque allí sentada, con su champán y su pila de fichas delante, pareciese otra distinta de la muchacha con la que tiempo atrás estuvo casado. Era algo que estaba por encima de eso y más allá de eso; era una revelación que surgía de la estancia y de la gente vistosa y desilusionada que la rodeaba en aquel momento. Bill pensó: «Algo hay ahí que escapó a mi percepción; algo que no he conocido nunca». Era raro experimentar la impresión de que aquella mujer a quien tan bien conocía, se le apareciese súbitamente enteramente extraña. Entonces vio a *mister Botlivala*, que se inclinaba sobre ella y que, poniéndole sobre el hombro una mano flaca y blanda, la decía algo, y Bill sintió que se le erizaba el pelo de rabia. Carol contestó a *Mr. Botlivala* sin mirarle y Bill pensó de pronto: «¿Qué

es esto de sentir así, de pensar cosas, de estar celoso de una persona que no tiene ya que ver absolutamente nada conmigo? Me parece que estoy perdiendo la cabeza».

Se adelantó hacia Carol, y al mismo tiempo vio de pronto, sin motivo alguno para ello, destacarse sobre el fondo del mar y del sonido de las flautas y de los tambores, los negros ojos ardientes del coronel Moti cuando le estaba hablando de su amigo Merrill.

* * *

Carol estaba disfrutando en grande. El calor había disminuido y ella estaba ganando al *chemin-de-fer*, lo cual le hacía no poca falta, y Mr. Botlivala no la estaba dando demasiada lata (ninguna en realidad, aparte de estar en guardia permanente detrás de su silla, para demostrar a todo el mundo su interés de propietario en la muchacha). También eso podía haberla fastidiado si no hubiese sido porque había llegado a creer que la atezada y grasienta presencia le traía suerte. Y estaba disfrutando también porque con su suerte estaba ayudando a Mrs. Trollope. Tantas veces como Mrs. Trollope tomó la banca, Carol fue a medias con ella, y de diez veces, solo perdieron una. A nadie parecía importarle su gran suerte excepto a un portugués de edad madura, que permanecía jurando entre dientes, y a la baronesa. A Jellapore no le importaba lo más mínimo. Podía pasarse toda la noche perdiendo sin que le importara. No parecía ni siquiera saber si estaba ganando o perdiendo.

Cuando Carol llegó, encontró que la baronesa ya estaba allí, a las seis de la tarde, con su traje de lentejuelas y su orquídea blanca en el pelo, como si se dispusiera a asistir a una recepción palatina. Al ver a Carol se había levantado del rincón donde estaba sentada y sola, y la saludó como si fuese una antigua amiga; y Carol pensó: «¡Pobre mujer! Probablemente no conoce aquí a nadie más». Porque la sociedad de Bombay, o era irremediabilmente desvaída y opaca, o se componía de individualistas —entre los que a veces no había ninguno de muy atractivo carácter—, que no eran ni hospitalarios ni propensos a mostrarse amigables, como no hubiese algo en que necesitaran de otra persona. Carol, pues, por bondad natural y para no poner en un brete a la vieja, se produjo también como si fuese, en efecto, una antigua amiga; pero cuando llegó el momento de presentarla, se vio perdida. No se acordaba ni siquiera de si había oído alguna vez cómo se llamaba la buena señora.

No desconcertó esto a la baronesa lo más mínimo. Se apresuró ella misma a decir con desparpajo: «Baronesa Stefani», y todo quedó arreglado.

La «vieja amistad» quedó consagrada, y Carol descubrió pronto que sobre el particular no había modo de retroceder.

Mr. Botlivala advirtió en la baronesa algo extraño, pero no tenía especial habilidad para «situar» a los europeos, y juzgando por los sucios diamantes, presumió que debía de ser rica y, por consiguiente, importante. Le concedió, por tanto, una de sus inclinaciones de mediana categoría y siguió en el mismo plan. Solo Mrs. Trollope correspondió con una inclinación de cabeza seca y distante, mientras su cara tomaba dura expresión, y decía: «Sí, ya conozco a *madame Stefani*». Y su voz tuvo un eco mordaz y ácido. Era la sombra de la escena en la mesa de póker del vapor de la línea Pacífico y Oriente, y además la de algo que excedía de aquel recuerdo y lo superaba.

Bill, inmóvil de pie detrás de Jellapore, mientras Carol sacaba las cartas, se dio cuenta de que en torno de la mesa ocurría algo, algo que no tenía que ver con el juego mismo. De las personas allí sentadas, tres estaban concentrando toda su atención sobre Carol. Eran Mrs. Trollope, Mr. Botlivala y la baronesa. Cada uno de ellos deseaba de ella algo, evidentemente. En los ojos de los tres se veía la misma mirada codiciosa. Y Carol, por su parte, no se daba cuenta de ello; o quizá estaba tan acostumbrada a ello que no la perturbaba.

Luego, de pronto, perdió, ganando Jellapore, y Bill oyó cómo la baronesa decía codiciosamente; «*La main passe*», al tiempo que arrebatava la baraja de manos de Carol. En aquel momento, Carol alzó la vista y vio a Bill, y le dijo:

—Hola, Bill, ¿cómo no fuiste a las carreras?

Bill se echó a reír y dijo:

—No llevo más que cinco horas buscándote. ¿Hasta cuándo vas a estar jugando?

—No lo sé. Me va terriblemente bien, y lo mismo a Mrs. Trollope. Si me marcho, puedo dejarla sin suerte.

Y en un susurro añadió:

—Lo necesita. Echa un vistazo a lo que lleva puesto.

Bill dirigió la vista a hacia Mrs. Trollope, en el momento en que ella levantaba la cabeza, y sus ojos se encontraron. Sorprendidos de improviso, los ojos verdes mostraron una expresión de fatiga y desesperación. Se apresuró inmediatamente a sustituirla por una frágil expresión de forzada alegría. Bill se inclinó hacia ella y la preguntó:

—¿Gana usted mucho?

—Me va muy bien. Es la suerte de Carol.

«Vamos, ya la llama Carol», pensó Bill. «Por lo visto has hecho progresos». Y luego le dijo a Carol:

—Cuando pienses marcharte, dímelo:

—Bueno —dijo Carol, e inmediatamente—: Banco. —Y a *Mrs. Trollope*—: ¿Quiere ir a medias?

Mister Trollope contuvo el aliento y dijo por fin:

—Sí.

El contrincante era Jellapore. El *banco* era lo menos de cincuenta mil rupias, y Bill pensó que era más dinero probablemente que el que *Mrs. Trollope* tenía no solo allí, sino en todas partes.

Jelly echó las cartas con sus ojos hinchados y medio cerrados por el champán. Carol y *Mrs. Trollope* ganaron.

Entonces Carol separó la silla de la mesa y dijo a Bill:

—Ven; ahora nos iremos al hotel.

La baronesa y el portugués de edad madura la dirigieron miradas asesinas; pero Carol no se inmutó. La orquídea en el pelo de la baronesa estaba ya marchita y le colgaba sobre un ojo. Carol se limitó a decir:

—Me voy, no vaya a perder su dinero, *Mrs. Trollope*. —Y dirigiéndose a Bill—: Vamos, chico; vámonos antes de que cambie la suerte.

La baronesa empezó a murmurar palabras entre dientes, pero Carol persistió en continuar impertérrita. *Mister Botlivala* dijo de pronto:

—Yo te acompañaré al hotel.

Pero Carol dijo bruscamente:

—Me acompaña *Mr. Wainwright*. Estamos los dos en el Taj. Dejaremos al pasar a *Mrs. Trollope*.

Míster Botlivala torció el gesto. Sus manos larguiruchas comenzaron a escarbar en el aire y sus negros ojos sin pupilas relumbraron. Luego, con furia reprimida, la dijo:

—Yo me gasto todo el dinero y luego te vuelves a casa con otro.

Carol le oyó. Le dirigió una rápida mirada de desprecio y le dijo:

—¡Vete a paseo!

Llamó a Joey:

—Venga y cambie nuestras fichas.

Joey, que hacía de banquero de Jellapore, fue a un gabinete, abrió la puerta que estaba cerrada con llave y comenzó a contar billetes. Estaba un poco borracho y dio a Carol tres mil rupias de más. Carol se las devolvió y luego ayudó a contar las ganancias de *mister Trollope*. Carol había ganado setenta y cinco mil rupias y *Mrs. Trollope* treinta y un mil. Carol sonrió.

—Mira, chico, hemos hecho la noche. Y se lo hemos sacado a un montón de arpías. Otra copa de champán para celebrarlo y nos vamos a casa.

Cuando estaban sirviéndose el champán, llegó del jardín una conmoción, y al volverse hacia la escalinata de mármol vieron que venía subiéndola la maharaní de Chandragar. Iban sosteniéndola dos criados, uno a cada lado. Su rubia cabeza caía a un lado y su gordo cuerpo se desplomaba; movía las

piernas mecánicamente, como si fueran artificiales. Carol dijo con risa burlona:

—S. A. está como una cuba.

Mister Trollope dijo:

—¡Qué fastidio! Ahora tendré que llevarla a casa.

Y se adelantó rápida a ayudar a los dos criados. Carol y Bill la siguieron con el vago deseo de ser de alguna utilidad.

Fuera, el conductor *ghurka* del anticuado Rolls-Royce había desaparecido, y hubo que esperar mientras el portero iba a buscarle.

Pero la maharaní, que era un peso blando e inerte, resultaba pesada en exceso, y los dos criados se desembarazaron suavemente de ella, colocándola sobre los escalones en un sitio donde podía sostenerse. La maniobra pareció sacarla del coma, y sosteniéndose por sí misma, aunque vacilante, sobre sus manos, abrió los ojos y miró en torno suyo con expresión borracha. Entonces sus ojos acertaron a fijarse en *Mrs. Trollope*, y al ver a su hermana con el ajado traje blanco pareció suscitar en ella un demonio furioso. Trató de ponerse en pie, pero volvió a caer sentada. Se abrieron sus labios y el lacio rostro, que un día fuera hermoso, tembló; pero de momento no salió sonido alguno. Luego cobró dominio de sí, y con borracha voz exclamó:

—¡Oh, eres tú! ¡La desgracia de la familia, siempre rondando para colgarse de una y con un marido presidiario!

Volviéndose a los demás, gritó:

—Hubo un tiempo en que yo no la parecía aceptable porque me había casado con un indio; pero cuando está sin un céntimo, siempre viene a mí para sacarme los cuartos con carantoñas. ¡Es un encanto de hermanita! ¡Qué asco!

Luego, de pronto, se derrumbó hacia atrás sobre los escalones, y el gran sombrero cubierto de flores que llevaba puesto le cayó sobre la cara.

Frente a ella, *Mrs. Trollope* permanecía de pie, rígida e inmóvil. Temblaba, y su rostro se había puesto de un hórrido color gris. En un murmullo, como si no tuviese dominio de su voz, repetía una y otra vez como una muñeca mecánica:

—No la hagan caso. No sabe lo que dice. No la hagan caso.

Al fin, por fortuna, el portero reapareció con el conductor *ghurka*, que mostraba en su chata cara mongólica la misma mirada desdeñosa de siempre. Los dos criados con la ayuda de Bill, izaron a la maharaní sobre sus pies y le embutieron en el Rolls-Royce. Luego, Bill dijo a *Mrs. Trollope*:

—¿Quiere usted que la acompañe?

Mister Trollope, aun con un susurro histérico, dijo:

—No. No hace falta. Está demasiado borracha para hacerme daño

alguno.

Y subió al coche, en el que su hermana, caída sobre los almohadones de púrpura, tenía la cabeza rubia doblada a un lado. El *ghurka*, tieso, orgulloso y despreciativo, hizo arrancar el coche.

* * *

Cuando se hubieron ido el portero llamó a un taxi de la fila de conductores que siempre aparecían como buitres al reclamo de las brillantes luces del palacio de recreo de Jellapore, y Bill dijo:

—Al Taj Mahal.

Dentro del taxi, Carol y Bill estuvieron largo rato silenciosos. Se había levantado otra vez la neblina y hacía calor, de la terrible, anómala calidad del calor nocturno. Por último, Bill dijo:

—Linda gente.

Carol no contestó, y Bill dijo:

—¿No puedes encontrar algo mejor?

—En Bombay, no.

Siguieron otro rato silenciosos. Luego Bill preguntó:

—¿Por qué sigues aquí?

—Puedo estar aquí lo mismo que en cualquier otra parte.

—Es raro que digas eso.

—¿Por qué? Siempre he sido así.

Bill encendió un cigarrillo y distraídamente miró las lucecillas delante del templo Parvati. Eran remotas, aquellos cientos de lucecillas: estaban a un millón de millas de distancia, en otro mundo.

—Pareces deprimida.

—Lo estoy. No me gusta la suerte que he tenido todo el día en el juego.

—Pues yo no me quejaría por haber ganado tanto dinero.

—No es eso. Si tengo suerte en el juego, eso significa siempre que tengo mala suerte en otra cosa.

Bill dijo con una risita:

—¿En amor?

—Tal vez. Solo que no estoy enamorada. No lo he estado nunca.

—¿Ni de mí siquiera?

Carol puso su mano sobre la de Bill.

—No, chico, sinceramente. Ni de ti. Tú has sido siempre para mí como un niño; como un niño bueno, que a veces es travieso, pero sin querer.

Estas palabras llamaron a Bill la atención y volvieron a suscitar aquel extraño sentimiento que había experimentado un poco antes mientras estaba

de pie en la puerta contemplándola: que había en ella algo desconocido para él, porque ella no le había nunca permitido conocerlo.

La mano de Carol continuaba en la suya, y el contacto le hacía dichoso de un modo especial que nunca había sentido antes. Estuvieron largo rato silenciosos, y por los ruidos él se dio cuenta de que pasaban por la faja abierta de playa frente a las Torres del Silencio. Oía la cháchara y la percusión de los gongs y olía el pesado olor de las antorchas humeantes.

—No deberíamos estar aquí ninguno de los dos —dijo Bill.

La oyó reír silenciosamente. Luego Carol dijo:

—No ha llegado aún para mí la hora de marcharme.

—¿Por qué? ¿Qué quieres decir con eso?

Carol guardó silencio un instante, como si estuviera pensando. Luego dijo:

—No lo sé. Es difícil de explicar. Ya sabes que yo no brillo especialmente por la elocuencia. No fui al colegio más que hasta los dieciséis años. Luego me convirtieron en «Miss Minnesota». No me sé expresar, pero adivino por instinto. Estoy esperando algo, un cambio en las cosas.

Sus dedos oprimieron la mano de Bill.

—No te rías de mí. Sé lo que digo. Siempre ha sido igual: siempre que me ha sucedido algo importante.

Entonces, bruscamente, el taxi llegó a la puerta del Taj Mahal. Bill se apeó en silencio, la ayudó a bajar y pagó al conductor.

—¿Quieres tomar algo antes de irte a acostar? —preguntó ella.

—No, a menos que quieras tú. ¿Cansada?

—No.

—Pues me parece que no hay nada que hacer sino irse a la cama. Por mi parte no me importaría dormir un poco.

Fueron hacia el ascensor, y el entrar en él dijo Bill:

—He tenido noticias de tu amigo, el del tren.

—¿Qué amigo?

—Merrill, ese muchacho que estaba enfermo.

—¿Y cómo está?

—Muy enfermo.

—¡Qué lástima! Tan bueno como es.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Bill la besó en la mejilla, y el ascensor le llevó hacia arriba rápidamente, completamente desconcertado.

* * *

Tres mañanas después de la fiesta de Jellapore se despertó Bill al llamar Silas a su puerta. Cuando la abrió se encontró al criado junto a un muchacho bajito, flaco y muy moreno.

—Disculpe, *sahib* —dijo Silas—. Muchacho viene de coronel Moti, llevar *sahib* a su casa. Muchacho no habla inglés.

—Bueno, dame un poco de café y dile que espere. En seguida estaré listo.

Silas y el muchacho se fueron, y mientras Bill se vestía y tomaba el café que Silas le trajo, volvió a experimentar la misma nerviosidad ante la idea de ver a Buck Merrill. No era cosa llana hablar con un antiguo amigo después de diez años. ¿Y qué pasaría si estaba tan enfermo que no le reconocía? ¿De qué podrían hablar, sino de antiguos tiempos que estaban muertos para él y que lo estarían más aún para un hombre que había llevado una vida tan activa como Homer? Pero pensó: «No puedo eludir lo desagradable. En todo caso, no quiero eludirlo. Tengo afecto a Buck, aun si el Buck al que yo tenía afecto no existe ya». Pero en tu interior sabía que no era su propia iniciativa, sino los ardientes ojos negros del coronel Moti los que no le dejarían eludirlo, aun si él lo pretendía.

El flaco muchachillo negro esperaba fuera con Silas, sentados ambos con las piernas cruzadas contra la pared del corredor carcelero. El muchacho negro se levantó inmediatamente e hizo una zalema y corrió detrás de Bill bajando la fría escalera como un perro bien enseñado. Sus pies desnudos sonaban sobre la fresca pizarra. Cuando llegaban al pie de la gran escalera, el calor que subía de la calle les dio en plena cara. Bill miró al reloj para corregir el suyo, y vio que no eran más que las nueve y diez minutos. Entonces, al volverse hacia el portero para que llamase a un taxi, vio que salían del Rolls Royce de la maharaní de Chandragar tres figuras familiares que hacían una extraordinaria combinación.

Eran Carol, *Mrs.* Trollope y la baronesa. Las tres iban con trajes de noche. De un taxi que venía detrás, unos *coolies* estaban descargando un equipaje, en el que reconoció el de *Mrs.* Trollope con la marca de Vuitton. Entonces Carol vio a Bill y avanzó hacia él con una luz extraña en sus azules ojos. Bill conocía aquella mirada; significaba que Carol estaba disfrutando. Carol se acercó, y Bill le dijo:

—Pero, por Dios, ¿qué pasa?

—Hemos estado jugando en casa de la maharaní. Stitch viene a vivir al Taj. Su hermana se emborrachó y ha intentado matarla con un revólver con la culata incrustada de perlas.

Bill sonrió y dijo:

—Ni un momento aburrido. Veo que ya la llamas Stitch. Os habéis hecho

amigas, ¿eh?

—No le hables de ello.

—Claro que no. ¿Ni siquiera os habéis acostado?

—No; ni siquiera la baronesa. Echale un vistazo si quieres ver cosa buena.

Bill miró a la baronesa, que, como de costumbre, estaba interpelando al portero a propósito de telegramas que nunca llegaban. Llevaba el mismo traje de lentejuelas negras, pero la orquídea se le había caído. El rojo de sus mejillas y las sombras violadas bajo sus ojos, sus largas pestañas aterciopeladas artificiales, todo ello le hacía parecer un cadáver andando; un cadáver maquillado y enmascarado por un funerario con ideas teatrales. Bill se echó a reír y dijo a Carol:

—¿Cómo te las arreglas? Yo fui anoche a una comida de negocios, y estoy hecho polvo.

—Es autosugestión. ¿Adónde vas a esta hora absurda?

—Voy a ver a tu amigo el misionero.

Estas palabras parecieron serenarla súbitamente.

—¿No estará muriéndose? —preguntó.

—No. Creo que me envía a buscar porque está mejor.

Carol suspiró.

—Me alegro. No quisiera que le pasara nada.

Bill se echó a reír y dijo:

—No creí que te importase.

—Pues me importa. Es bueno, y la gente buena no abunda.

—Se lo diré.

—Haz lo que quieras. No volveré a verle nunca...

Entonces, la baronesa y Stitch Trollope se acercaron a ellos y dijeron «Buenos días», y Bill se fue, súbitamente deprimido por la idea de que con pocos años más, si continuaba por el mismo camino, Carol tendría el mismo terrible aspecto que las otras dos.

* * *

El muchachito negro mostró tener un precoz conocimiento de las complicadas revueltas de Bombay. Iba sentado junto al conductor *sikh* y le iba indicando el camino hacia el Instituto donde vivía el coronel Moti. Después de pasar por la «gótica-victoriana» Casa de Correos, la ciudad por la que iban rodando era un Bombay nuevo para Bill; un Bombay que para él, como la mayor parte de los extranjeros, era ya demasiado «típico»; era un mundo en el que nunca penetraban; un mundo lleno de olores y de sudor y

de polvo, cuya única señal de vida en el mundo de Malabar Hill era alguna ocasional procesión ruidosa que pasaba de camino para la playa, para bañar a alguna víctima de la viruela en el mar Arábigo o para realizar algún rito religioso más viejo que la propia ciudad.

El taxi botaba sobre el empedrado desigual a lo largo de los rieles del tranvía, siempre a la velocidad máxima, y ya esquivaba a un peatón, ya derrapaba a un costado para no atropellar a un grupo de chicos. A través del distrito de los bazares, y después del grande y hermoso Crawford Market, la ciudad estaba cada vez más bochornosa y más sucia. Bill pensó: «Gracias a Dios, no tengo que venir a menudo por esta parte de la ciudad». Pero un poco más allá descubrió que el calor y la suciedad a través de los que había pasado un momento antes no eran nada para lo que venía después. El distrito tenía un aspecto cada vez más inmundo, las casas un poco más bajas, las abrasadoras calles más llenas de gente sudorosa, el hedor del ajo y del estiércol y de la porquería eran abrumadores. Y pensó: «¿Cómo podrá la gente arreglárselas para conservar la vida en mundo semejante? ¿Cómo sobrevivirán los niños?». Se sintió invadido por una súbita náusea, y durante un instante temió que iba a vomitar por la ventanilla del taxi. Sabía que no se trataba de la náusea de la mañana siguiente a una francachela, sino que procedía del calor y del hedor y del horror de la vida que veía en torno suyo. La vida de cualquier animal era, comparada con aquella, limpia y decente.

El taxi se detuvo súbitamente porque le cortaba el paso una procesión que pasaba por la esquina, pocos pasos más allá. A la cabeza de la misma iba una vieja horrible, conducida en una carretilla que empujaba un viejo flaco. En medio del ardiente sol, la vieja se retorció de dolor y gemía y se agitaba cuando la carretilla saltaba sobre el desigual empedrado. Tenía la cara lívida por la enfermedad y por el calor. Detrás de la carretilla iba un grupo de *coolies* y de mujeres que revelaban la mayor miseria; los hombres no llevaban sino un pedazo de tela de algodón, y las mujeres, miserables *saris* que algún día fueron blancos, pero que llevaban mucho tiempo manchados y descoloridos. Todos gemían y se lamentaban entre la nube de polvo que levantaban los pies al moverse indolentes. Todos, desde los negros a los de color café, iban grises de suciedad y de polvo. Cuatro de los hombres llevaban batintín, que batían violentamente a compás de sus lamentos.

La procesión tardó diez minutos en pasar, y cuando los hombres de los batintines pasaban por delante de la ventanilla del taxi, Bill se inclinó hacia delante y preguntó al conductor *sikh*:

—¿Qué es eso?

Y el hombre dijo:

—Viruela, *sahib*. Mujer tiene viruela. Echar demonio.

Esta vez Bill se asomó a la ventanilla y vomitó. Nadie se dio cuenta. Lo que había sucedido representaba demasiado poco en la suciedad ambiente.

Cuando pasó el último hombre de los batintines, Bill se inclinó hacia delante y gritó:

—¡Siga! ¡Pronto, fuera de aquí!

Pero no había escapatoria de la suciedad, del calor y del olor. Durante otros veinte minutos rodó a través del distrito fabril, con los ojos cerrados y con el pañuelo apretado contra la nariz. No era que temiese los gérmenes o la infección; en eso se había fijado apenas. Era solamente que deseaba evitar el bochorno de vomitar otra vez, no por la cosa en sí, sino porque en cierto modo le humillaba que le hiciera vomitar el horror de un mundo en el que millones de prójimos, hombres y niños, vivían año tras año todas sus vidas sin siquiera conocer otro mundo distinto.

A los veinte minutos el taxi entró en un distrito de casas viejas, algunas de ellas como palacetes, pero corroídas y maltrechas, y con sus muros, que un día fueron de brillantes colores, despintados por la humedad y con el revoco cayéndose a pedazos. Dentro y fuera de ellas pululaban cientos de hombres, mujeres y niños, porque las casas habían llegado desde hacía mucho tiempo a la situación de refugios adventicios, un poco mejores que los otros del distrito por el que acababan de pasar; muy poco mejores, y solo por estar las casas rodeadas de pequeños jardines llenos de suciedad y de detritus y sombreados por polvorientos y blanquecinos *pipales* e higueras de Bengala. Eran aquellas las casas donde un día vivieron los antepasados de *Mr. Botlivala* y los ricos *khojas* y *parsis* dueños de las fábricas, todos aquellos cuyos padres y antepasados se habían trasladado hacía mucho tiempo a los esplendores del hipódromo y del Willingdon Club y de Malabar Hill.

Por fin, el conductor *sikh* se volvió y dijo:

—Aquí es.

Bill vio un gran edificio austero que se alzaba sobre una pared de piedra gris y un segundo abrigo de árboles. Era el Instituto del coronel Moti.

El portero les admitió al decir una palabra el muchachito negro, y, según las instrucciones que este daba, el conductor llevó a Bill a través de un patio hasta un jardín tapiado y fresco, a la sombra de tres grandes higueras de Java, cuyas ramas, como las sombrillas de las brahmines en Benarés, cobijaban un pequeño *bungalow*. El conductor tocó la bocina, y su sonido hizo aparecer en la puerta la pequeña y fina figura de una mujer que llevaba un *sari* blanco como la nieve. Llevaba de la mano a un niño de color, con una venda sobre los ojos. Al abrir la puerta del taxi, Bill reconoció en ella a aquella extraña y serena mujer que había visto en el barco, y de quien se decía que era una famosa bailarina hindú.

—¿Es usted, *Mr. Wainwright*? —dijo ella sonriendo. La sonrisa era como

una flor de magnolia que se abre.

—Sí.

—Soy la esposa del coronel Moti. Mi marido está en el laboratorio. Si le es posible, tiene intención de salir a saludarle a usted. De todos modos, *Mr. Merrill* le está esperando. Esta mañana se encuentra mejor. Ya ayer estaba mejor. Voy a conducirle a donde se encuentra.

Bill le dio las gracias; y ella, siempre llevando de la mano al niño con los ojos vendados, guio a Bill a través de dos habitaciones, hasta una terraza que daba sobre un jardín y un patio abierto. Las habitaciones estaban frescas y limpias y casi vacías; apenas había en ellas otra cosa que unas cuantas flores rojas que se destacaban contra la pared gris. Era una sensación extraña, viniendo de las horribles calles atestadas y de la procesión de la viruela, entrar en la limpia serenidad de la casa del coronel Moti. Allí había paz. Se respiraba en ella una atmósfera intelectual, civilizada.

Cuando Bill entró en la terraza oyó una voz que decía: «¡Hola, Bill!». Una voz que le hizo retroceder largo camino hacia la juventud que había gastado tan despreocupadamente. Al oír la voz se volvió, y vio a Homer Merrill echado sobre un diván y cubierto con una ligera manta, a pesar del calor.

Bill dijo: «¡Hola, Buck!», y fue hacia él, reconociéndole inmediatamente, y al mismo tiempo no reconociéndole. Sus ojos eran del mismo claro azul y la voz la había reconocido en seguida. Pero su cara había cambiado. Aquella salud desbordante y aquel color encendido que siempre habían dado a Homer Merrill la apariencia de un toro joven habían desaparecido. La piel se le había puesto color de azafrán y la cara estaba flaca, no agotada, pero el cálido aspecto de salud había desaparecido. Tenía el semblante más fino, más cincelado, bello, y no como antes, simplemente hermoso y saludable. Allí estaban los altos pómulos y también la boca grande y generosa, pero la expresión sensual había desaparecido de sus labios; los tenía apretados y se dibujaban finas arrugas en las comisuras. Era el rostro de un hombre que ha sufrido no solo de enfermedad, sino de una dolencia procedente del espíritu. Se estrecharon las manos, y Bill pensó: «Es la misma mano grandota, pero más delgada y más dura», y en voz alta dijo con falsa cordialidad:

—Bueno, ¿y cómo te encuentras?

Buck se echó a reír.

—Anteanoche por poco me muero. Pero hoy me encuentro mejor. Hace dos días que me encuentro mejor.

Y luego los azules ojos se humedecieron; Bill no supo si de emoción o de debilidad. Quizá de las dos cosas.

Mister Moti estuvo allí un momento, contemplándoles y sonriendo tranquilamente. Luego dijo:

—Les dejo a ustedes juntos. Si mi marido sale del laboratorio, le enviaré

aquí.

Y Bill se dio de pronto cuenta de que de aquella mujer parecían brotar, resplandeciendo, bondad e inteligencia. Se percibía que deseaba el bien para ellos dos, como muy probablemente se lo deseaba al mundo entero. Luego, con el niño ciego a su lado, se fue como una sombra.

Cuando desapareció, surgió una extraña tensión entre los dos hombres; la tirantez de dos viejos amigos que intentan resucitar su amistad después de años de separación.

—¿Qué haces? —preguntó Merrill.

—Trabajar. Soy un personaje regenerado. Me hubiera gustado encontrarte, pero estaba aquí por poco tiempo y no sabía cómo te podría buscar.

Merrill se rio.

—No hubiera sido fácil; hubiera sido en realidad imposible si hubiera estado en Jellapore. Podrías haber invertido un mes en buscarme por la selva o por las aldeas.

—¿Y qué tal va tu trabajo?

—Muy bien. Solo que hay demasiado que hacer.

Suspiró.

—Es un poco como una hormiga que ataca a una montaña.

Miró a Bill y sonrió.

—¿Te has fijado en el distrito que has tenido que atravesar antes de llegar aquí, o quizá no te has dado cuenta?

—Me he dado cuenta perfecta. Nos cortó el paso una procesión de viruela y vomité.

La sonrisa se ensanchó en la cara de Merrill.

—Pues ese distrito es la verdadera India. No es Malabar Hill. Contra eso es contra lo que hay que luchar.

—Dura tarea.

—Sí; es algo que requiere luchar durante toda la vida de un hombre.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Podrías hacer un pequeño donativo; eso siempre llega oportunamente. No es fácil obtener dinero en la India, ni aun de los príncipes y millonarios. No están acostumbrados. Y el Gobierno siempre está en plan de ahorros, con la excusa de que no puede pisotear las supersticiones de la India.

—Pues tenlo por hecho. Te enviaré un cheque.

Luego la nerviosidad empezó a disminuir entre los dos y a surgir un poco de la cordialidad antigua. Era una cordialidad especial, en la que dos hombres, sobremanera diferentes, parecían complementarse.

—¿No te asusta el aspecto que tengo? —preguntó Merrill.

—No. Has cambiado, pero de todos modos te hubiese reconocido. Claro

que los dos tenemos diez años más. No puedes estar toda la vida con el aspecto de un as del *rugby*.

El hielo se había roto; y cuando la propia *Mrs. Moti* les trajo ginebra y agua tónica, la tensión desapareció por completo. Casi fue como si su presencia sabia y tranquila fuese un agente catalítico. *Mrs. Moti* dijo a *Buck*:

—No puedo quedarme aquí. Ha llegado el doctor *Bliss* para operar los ojos de *Alí*. Ya les he llevado a los dos al laboratorio. *Alí* no quería ir sin usted, pero le he convencido. No creo que fuera que tuviese miedo. Es solamente que le mira a usted como a su padre.

Merrill apartó la manta y se puso rápidamente de pie.

—Allá voy —dijo—. Debería usted habérmelo dicho.

—No es necesario, pero pensé que usted desearía saberlo.

—¿No te importa? —preguntó *Merrill* a *Bill*—. ¿Por qué no vienes también? El laboratorio es una cosa interesantísima.

—Desde luego —dijo *Bill*.

Acompañados por la esposa del coronel *Moti*, cruzaron ambos el pedazo de sol abrasador que era el patio, entre el fresco *bungalow* y el laboratorio. El andar de *Merrill* era el de un hombre que ha estado enfermo: incierto, vacilante. *Bill* advirtió que *Mrs. Moti* le observaba sin que él se diera cuenta. Los grandes ojos negros de la bailarina lo veían todo.

Atravesaron un fresco corredor y subieron unos cuantos escalones, hasta una habitación que era el despacho del coronel *Moti*. Reinaba allí un orden perfecto, en medio del cual se erguía él, blanco y reluciente, en su uniforme de laboratorio. Saludó a *Bill*, y luego dijo:

—Voy a actuar como ayudante del doctor *Bliss*.

—¿Puedo hablar a *Alí*? —preguntó *Merrill*.

—A condición de que sea rápido. Está allí. Van a darle ahora mismo la anestesia.

Merrill salió, y cuando se hubo ido, dijo el coronel:

—¿Le ha hablado usted ya?

—No —dijo *Bill*—, estaba encaminándome a hacerlo. Pensaba que empezar demasiado bruscamente podría conducir a que rehusara.

—Es verdad.

El coronel frunció el ceño, y sus negros ojos tomaron seria expresión.

—Creo que accederá. Ha estado demasiado enfermo. Anteanoche tuvo una crisis. Es como si hubiera pasado a una nueva fase. Creo que comprende lo cerca que ha estado de la muerte. Pienso que ha llegado a un punto en el que debe de sentirse dispuesto a hacer lo que sea, con tal de fortalecerse y de volver a estar es condiciones de proseguir su obra.

Cuando *Merrill* volvió parecía contento. Dijo:

—Me alegro de haber ido. El niño, en realidad, tiene miedo, pero no

quiere reconocerlo. Es un musulmán y el hijo de un *mahout* jefe, y su orgullo no le consiente gemir.

Se volvió hacia el coronel Moti.

—¿Qué cree el doctor Bliss? No he podido preguntarle delante de Alí. Lo que no ve, lo huele.

—Tiene esperanzas de que salga bien —dijo el coronel—. Pero, en realidad, no sabrá nada hasta lo menos pasadas dos semanas. Voy allá.

Y dijo a su mujer:

—Ven, Indira, puedes ser útil.

Cuando Merrill y Bill se quedaron solos en el despacho, Merrill se sentó con ademán débil y dijo:

—Es un gran hombre.

—¿El coronel?

—Sí.

—A mí me desconcierta. Diga lo que diga, y aunque lo que dice no sea nada, me hace sentirme un gusano.

—Pues no es tal su intención. Es simplemente lo mucho que la Humanidad significa para él, la Humanidad y la ciencia. Es uno de esos sabios nuevos a los que se puede llamar sabios humanos.

Después, mientras aguardaban, empezaron a hablar de sus tiempos antiguos, y acabaron por encontrarse los dos muy contentos, porque habían hallado el camino que conducía a aquella habitación que habían compartido hacía largo tiempo, cuando eran muchachos. Bill se dio cuenta de ello, y pensando que el momento había llegado, dijo:

—El coronel y yo tenemos un plan acerca de ti.

Merrill sonrió.

—¿Estáis conspirando a espaldas mías?

—Sí.

—¿Y qué es ello?

—Nada muy complicado. Vas a venir a vivir conmigo al Taj Mahal Hotel. Durante un poco de tiempo vas a olvidarte de tu labor y vas a ocuparte solamente de divertirte. No vendrás ni una vez durante ese tiempo a la parte de acá de la Casa de Correos. Irás a las carreras y al Willingdon Club, y al bar del Taj Mahal, y al palacio color de rosa de Jellapore. Vamos a «depravarte», a «corromperte», quieras o no quieras.

Merrill quedó silencioso un momento. Luego, sonriente, dio la más asombrosa respuesta. Casi tímidamente dijo:

—Pero no tengo ropa adecuada.

Bill se echó a reír.

—Eso no es gran dificultad. Yo creí que tendrías otras razones y que regularías como una mula.

—No, decidí la otra noche que venía a mi encuentro la ocasión para un golpe de audacia. Es cosa que no me ha ocurrido nunca en mi vida. Creí que iba a morir, y en el momento en que no deliraba me dije: «Buck, eres un redomado idiota. Sospecho que estás hecho un melindroso. Ahora nadie te cierra el camino. Por una vez puedes ensayar a ablandarte y caer en la tentación». Pero, sinceramente, cuando de pronto me enfrenté con el hecho de que podía morir durante la noche, lo que más me perturbó fue el pensamiento de las cosas que no había hecho: de las cosas que tú has hecho y que parecen haberte divertido.

Volvió a sonreír.

—Así que aquí me tienes dispuesto a que me enseñes, si es que a un perro viejo se le pueden enseñar trucos nuevos. Moti cree que eso puede hacerme bien.

Mientras escuchaba, Bill se dio poco a poco cuenta de la tristeza que palpitaba detrás de aquellas frases. Se dibujaba incluso cierta envidia que Bill hubiera atribuido a todo el mundo antes que a Merrill. Era como si estuviese diciendo: «Mi vida hasta ahora no ha servido para nada; voy a intentar otra dirección, a ver si da algo bueno. En todo caso, no estoy ya para muchos trotes». Lo cual suscitó cierta alarma en Bill. ¿Qué pasaría si Buck se tiraba a fondo? A veces ocurría que un hombre intentaba demasiado tarde en su vida capturar lo que había perdido en su juventud. Buck no era viejo; tendría treinta y dos años. Pero durante diez había llevado una vida de infierno y de autonegación, y antes de hacerlo no había sabido nunca lo que era esa vida de que ahora se hablaba. Bill sintió súbita necesidad de pensar, y levantándose fue hacia la ventana y miró a través de ella. Daba a un patio lleno de jaulas. Había en ellas mangostas, ratas blancas y ratones, conejos y monos, y en un extremo, cuatro o cinco cajas de cristal, en las que dormían un surtido de cobras y de víboras Russell.

Volviéndose hacia Merrill, le preguntó:

—¿Qué *ménagerie*^[46] es esa?

—Son los animales que Moti utiliza para sus experimentos —dijo Buck—. Los reptiles son para el suero contra la mordedura de las serpientes.

Bill, mirando por la ventana, se echó a reír y Buck preguntó:

—¿Qué hay de divertido?

—Pues tú y yo aquí, sentados en la más negra India, rodeados por jaulas de animales y de sueros y de qué sé yo qué más; es tan absurdamente inverosímil... Y Carol...

Se volvió y añadió:

—A propósito, tengo un recado para ti. ¿Te acuerdas de la muchacha que vino contigo en el tren?

—¿Aquella rubia alta?

—Sí. Me ha encargado que te salude de su parte. Parece que le has hecho impresión. Fue por ella por quien supe que estabas en Bombay.

El rostro de Buck tomó una expresión seria.

—Parece buena chica —dijo—. Conmigo estuvo muy amable. Debí de ser para ella un engorro terrible.

—Sí —dijo Bill—, es una buena muchacha.

Estuvo a punto de decir más, quizá hasta de contarle a Buck que Carol había sido su mujer; pero entonces se abrió la puerta del laboratorio y entró el coronel Moti.

—Ya está —dijo.

Merrill se volvió rápidamente con expresión de ansiedad.

—¿Ha salido bien?

—El doctor Bliss cree que tiene que haber salido bien. Es cuestión de tiempo.

—Bien.

Bill vio el súbito alivio que experimentó el fatigado rostro, y entonces comprendió la ansiedad que había estado latente en él durante todo el tiempo de su conversación.

—¿Cuánto tardará en despertarse? —preguntó Buck.

—Una media hora aproximadamente —contestó Moti—. Ahora lo están llevando otra vez al *bungalow*.

—Es que quiero estar allí cuando se despierte. Así no le impresionará tanto. —Y a Bill le dijo—: Es un niño pequeño y no sabe nada sobre hospitales y operaciones. No había salido de los establos de los elefantes hasta que vino a vivir con nosotros.

Y como si estuviera hablándose a sí mismo, sonrió.

—Para un niño como Alí todo tiene que parecer terriblemente curioso e intimidante. Es como un perrito recién nacido que nos quiere y confía en nosotros. Quiere ponerse bien y recobrar la vista para, cuando sea mayor, ocupar el puesto de su padre, como *mahout* jefe de los elefantes de Jellapore.

Bill pensó: «Está pensando también en su propio hijo». Y casi a la vez se le representó en la imaginación el propio Jellapore, el extravagante y disoluto Jelly, de buen natural, pero inútil, a la cabecera de la mesa del *chemin-de-fer*, con el semblante gris y mareado por el champán. Había largo trecho desde el coronel Moti y Buck Merrill a Jelly. Luego se le ocurrió la idea fantástica de que quizá podría sacarle dinero a Jelly para la obra de Buck; solamente el dinero que Jelly perdía jugando en una sola noche, bastaría para sostener la obra de Buck durante un año.

Se abrió la puerta y entró el doctor Bliss. Era un hombre delgado, de cara rubicunda y brillantes ojos azules, vestido con el traje de operar.

—Le presento al doctor Bliss —dijo el coronel Moti—, *Mr. Wainwright*.

Se estrecharon las manos, y el coronel Moti continuó:

—Está de vacaciones, pero por ser amigo ha operado a Alí. Ha sido una gran bondad por su parte. Probablemente nadie más que él en el mundo podía haber hecho esa operación.

—Eso no es enteramente exacto —dijo el doctor Bliss.

—Vaya si lo es —dijo el coronel—. De todos modos, cuando esté usted de regreso en América, si se encuentra cansado y desalentado, puede siempre recordar que usted cambió la vida entera de un niño indio. Usted le devolvió la luz.

Se rio entre dientes, y añadió:

—Y quizá habrá usted dado un *mahout* jefe al *maharajah* de Jellapore, Hijo del Sol y padre y madre de ocho millones de personas.

Buck le interrumpió.

—Si no le importa, voy a volver al *bungalow*. Deseo estar allí cuando Alí recobre el conocimiento.

—Yo me despido —dijo el doctor Bliss—. Desde aquí me voy derecho al muelle. Mi barco zarpa a las dos para Singapur.

Merrill volvió a darle las gracias y Bliss dijo:

—Y le deseo buena suerte en su labor. Obtendré algún dinero para ella cuando llegue a mi país. Tal como va el mundo hoy, debemos ayudarnos unos a otros.

Bill le dejó sentado junto al niño Alí, esperando a que se despertara, y en el mismo taxi volvió al Taj Mahal. *Mrs. Moti* permaneció en la escalinata cuando Bill se iba, para saludarle al marchar. Cuando se iba, dijo:

—Ha hecho usted a *Mr. Merrill* un gran bien. Creo que más que nada necesita algún lazo con la antigua vida. Ha estado tan lejos de ella, aquí entre nosotros y los ingleses... Y además, el enviar a su hijo al colegio en América le ha impresionado extraordinariamente. Se siente solo y nostálgico de la patria, y nosotros no podíamos hacer gran cosa en su favor.

Cuando Bill se hubo marchado, *Mrs. Moti* volvió donde estaba Merrill, andando muy erguida y garbosamente, como las mujeres que acostumbran a venir a la ciudad desde las aldeas poco después de la aurora, con cántaros de leche en equilibrio sobre la cabeza. Merrill la observó según venía a través de las grandes habitaciones hasta la terraza donde él estaba sentado junto a Alí, y pensó: «Baila hasta cuando anda».

Ella se limitó a decir:

—Si me necesita usted cuando se despierte, llámeme. Por nuestra parte no habrá el menor inconveniente en que le deje usted aquí con nosotros, si desea pasar libremente unos cuantos días. Ya se ha acostumbrado a nosotros. No está tan salvaje como cuando llegó.

Luego salió, y Merrill quedó esperando a que el niño se despertara. Cogió en la suya la pequeña mano oscura, sabiendo que para un musulmán este es un ademán que significa más que la amistad simple; para Alí significaría que él era un hombre y el hermano de *sahib* Merrill.

No estaba Merrill pensando en el niño, sino en Bill. Lo que *Mrs.* Moti había dicho era exacto; ver a Bill le había producido un efecto que ninguna otra cosa podía haberle causado. Le hizo sentirse otra vez joven y menos fatigado; le hizo retroceder a los montes, lagos, cascadas y frescos bosques del norte del Estado de Nueva York; esto pareció infundirle una especie de fortaleza que no podía encontrarse en toda la India, porque en su fuero interno pertenecía siempre a un país septentrional en el que llovía, en el que los inviernos eran ásperos, en el que el calor del verano era violento, aunque diferente y menos terrible que el eterno calor incesante y sin alivio de la India. No era uno de esos septentrionales que parecen ser afectos de corazón a los trópicos y que se establecen sin dificultad en un clima cálido y exótico. Tampoco era vagabundo por naturaleza. Esto había hecho que para él fuese todo más difícil durante los muchos años de calor, de polvo y de monzón que había pasado en las aldeas. Si había alguna experiencia que superase la satisfacción de su obra, radicaba en la mortificación de la carne, en obligar a un cuerpo que se revolvía contra el calor, el polvo y la suciedad, a aceptar todo ello sin protestas. Porque en el fondo, y él lo sabía mejor que nadie, era un puritano.

No era que creyese en la doctrina puritana, ni que la respetase; era demasiado inteligente para lo uno o lo otro; y en el fondo apreciaba demasiado agudamente, y aun anhelantemente, toda la belleza y el color y el sensual deleite del mundo circundante. Sentado junto al hijo inconsciente del *mahout* jefe de Jellapore, se dio cuenta por primera vez de que desde el primer momento en que había encontrado, muchos años antes, a Bill Wainwright, le había envidiado. Le había envidiado durante los años que compartieron la habitación, durante todos los años en que él había vivido en la selva y en las aldeas. Y nunca le había envidiado más que durante aquellos minutos en que habían estado juntos en el despacho del coronel Moti, mientras el doctor Bliss operaba los ojos de Alí. No era que hubiese nunca envidiado a Bill su dinero, ni la libertad que le proporcionaba; tratábase de algo mucho más profundo. Hasta donde él podía precisarlo, lo que envidiaba en Bill era la naturalidad con que este aceptaba la vida y la perfección con que se ajustaba a ella. Para Bill no había nunca problemas ni se creaba jamás complicaciones personales sobre el relativo valor de las cosas. Bill, hasta cierto punto, era un animal feliz, que gustaba a todo el mundo y al que mucha gente quería. Y Bill no había sido nunca herido por ningún golpe. Pensando en ello, parecía a Merrill que Bill era un hijo del sol

al que los dioses se lo habían otorgado todo: gallarda apostura, encanto, inteligencia y riqueza física y social. Era probable que Bill había quebrantado una y otra vez la mitad de las leyes morales que le habían sido incrustadas desde la infancia; las había quebrantado una y otra vez sin sufrimiento ni sanción. Y él, Merrill, por su parte, había observado aquellas mismas leyes sin obtener otra cosa que desesperación y enfermedades.

En aquellas cavilaciones no había ni propia compasión ni complacencia excesiva para consigo mismo; había sobrevivido a un exceso de sufrimiento, a demasiado trabajo duro, para ablandarse ahora. Se miraba a sí mismo tan desapasionadamente como miraba a Bill; eran dos individuos que habían vivido tiempo suficiente para servir como muestras con cierto valor experimental. No era Merrill sino la víctima de un cristianismo deformado, del puritanismo protestante.

Mucho tiempo antes, en aquellas noches en que, despierto en la cama, le atormentaba la envidia, mientras esperaba desvelado que Bill volviese de alguna de sus escapatorias, no le había hablado de su envidia porque había creído, como buen puritano, que podría ser perjudicial para Bill y empujarle a nuevas francachelas. Ahora era demasiado tarde para decírselo. Lo más que podía hacer era un pequeño ensayo de vida al estilo de Bill, si es que tal cosa era posible aún.

Porque en su interior se preguntaba, con un último intento a la desesperada, si quizá Moti tenía razón; si quizá, si vivía más violentamente, su salud y su fortaleza pudieran salvarse para continuar su obra. Por esto estaba dispuesto a sacrificarlo todo. Porque en su fuero interno, eso era lo único que le importaba.

Sus reflexiones, que le habían llevado tan lejos del *bungalow*, y de los Moti, y del niño que estaba a su lado, fueron interrumpidas por el estremecimiento de la morena manecita que en la suya tenía. Allí se movió y suspiró, y el suspiro hizo un extraordinario efecto en el corazón de Buck, que se sintió más cercano del niño que nunca lo había estado. Suscitó de modo consciente el antiguo instinto, tan profundo en él desde sus primeros tiempos, de proteger a los débiles y a los desheredados de la fortuna. Porque en la raíz de su alma esto era lo que sostenía su ánimo y le impulsaba a vencer todos los obstáculos.

Durante un segundo tuvo la casi mística sensación de que el niño que estaba a su lado era símbolo vivo de la India, de aquella India fea, trágica, hormigueante, que Bill solo había visto un momento al pasar a través del distrito fabril.

Oyó entonces la voz del niño, que decía:

—*Sahib* Buck.

—Aquí estoy, Alí.

El niño entonces suspiró de nuevo, sin decir nada, y Merrill dijo:

—Ya ves, todo ha salido bien. No había por qué tener miedo alguno.

Al principio el niño quedó silencioso, y luego dijo:

—No tenía miedo, *sahib*. Es que me sentía solo.

Y después de un momento añadió:

—¿Volveré a ver otra vez... la luz del sol y los elefantes?

—Así lo espero, Alí. Hemos de ser pacientes y hemos de confiar en Dios; y en Mahoma, su profeta —añadió luego con voz que trató de que sonara sincera, pues sabía que esto animaría al niño, porque Mahoma para él no era una figura mística, sino una realidad, un ser humano como él y como su padre muerto, el *mahout*-jefe.

* * *

A su regreso al Taj molestaron a Bill menos que a la ida el calor y la suciedad y la miseria del distrito fabril. Lo vio ahora desde otro punto de vista; no como mera monstruosidad o como un espectáculo horrible que esquivar, sino como algo más que no podía explicarse, pero que tenía cierta relación con aquel fresco y ordenado oasis en el que había dejado a Buck sentado junto al hijo del *mahout*. Tenía este sentimiento cierta relación con la vergüenza. La experiencia realizada durante su visita, el efecto que le habían producido aquellos dos hombres y aquella mujer y el Instituto, le dejaron desasosegado y conturbado, sin que pudiera saber por qué. Solo el hecho de estar pensando en sí mismo le desconcertaba. Hasta muy poco antes su propio yo era algo que jamás le había preocupado.

Volver a ver a Merrill después de tantos años le agradó y animó, entristeciéndole al mismo tiempo. Sabía ahora que lo dicho por el coronel Moti era verdad; había que hacer algo con Buck, y sin pérdida de tiempo; también era muy probable que el coronel estuviese en lo cierto al creer que la única manera de curarle era la de hacerle vivir durante algún tiempo de manera más humana de lo que su enconado puritanismo le había permitido.

Cuando Bill pensó en ello se rio entre dientes; sería gracioso que después de tantos años fuese a lograr que triunfaran aquellos esfuerzos que había comenzado cuando eran muchachos y compartían la habitación, aquellos esfuerzos para inducir a Buck a disfrutar de las cosas que han sido puestas en el mundo para que el hombre disfrute de ellas.

Recostado en el taxi, se quitó el salacot y se secó el sudor con el pañuelo. Hacía el calor de un baño de vapor, y los olores abrumaban. Y entonces pensó en el doctor Bliss, tan limpio, rubicundo y saludable, con sus claros ojos azules, diciendo: «Tenemos que ayudarnos unos a otros». La

observación se quedaba lamentablemente cómicamente por bajo de la realidad, considerando el estado del mundo y viniendo además de hombre tan grande, tan famoso como el cirujano oculista. También en él se advertía aquella paz y certidumbre que envolvían a Moti y a su esposa; una especie de paz física, tangible, que parecía aniquilar todo lo demás, hasta el calor. Cuando llegó por fin al Taj era más de la una. El buque *Victoria* del Lloyd Triestino había entrado, y los pasajeros y sus equipajes atestaban la entrada del hotel. Eran gentes de diferente tipo de las que habían venido con Bill en el barco de la Línea Pacífico y Oriente; no eran como aquellos, gentes serias, laboriosas, un tanto grises, que se limitaban a invertir en la India cuarenta años de su existencia entre la pequeña ciudad de la provincia inglesa en la que habían nacido y el dudoso paraíso de Cheltenham,^[47] donde morirían. Estos pasajeros eran de todas las nacionalidades: sagaces hombres de negocios, ricas viudas, mujeres de edad madura tratando de distraerse en un último esfuerzo para detener la vejez, petardistas y estafadores, príncipes indios y políticos, y toda especie de aventureros; pero todos ellos eran ricos. Se comprendía inmediatamente en su aspecto y en sus equipajes. La mirada de Bill, siempre al acecho de la aventura, fue considerándolos rápidamente uno a uno, y aquí y allá descubrió nuevas perspectivas. Desde luego, y sin duda alguna, eran un lote mejor que la colección de personas con las que él había llegado a la India. Había una linda rubia, a la que calculó no más de veintidós o veintitrés años, que parecía venir con una mujer morena algo mayor. Pensó que vendrían para figurar en las francachelas del *maharajah*; quizá serían bailarinas de revistas o muchachas que habían comenzado en Hollywood y que ahora estaban a la caza antes de que fuera demasiado tarde. Había también una mujer guapísima, de treinta y ocho o cuarenta años, que hablaba a su doncella en italiano. Al mirarla por segunda vez, porque lo atractivo de su belleza y lo nítido de su tez exigían un segundo examen, Bill pensó que quizá había pasado de su primera juventud, como una flor de magnolia enteramente abierta.

Si no hubiera hecho tanto calor se hubiese sentido más interesado. Ahora, su única opinión era que las mujeres podían esperar; lo que le urgía era un par de tragos de algo frío y comer algo frío también. Después de eso podría ponerse en campaña en busca de complicaciones. Entretanto, deseaba que alguien almorzara con él, porque detestaba comer solo; y palmariamente la persona indicada era Carol, si es que no tenía ya una docena de compromisos anteriores.

Se abrió paso a través de la multitud hasta el teléfono. La voz de Carol contestó casi inmediatamente, diciendo:

—Sube.

—Quiero que bajes a almorzar conmigo.

—Hace demasiado calor.

—Vamos, baja. Hay una porción de gente nueva que ha llegado en el *Victoria*. Te reirás.

—Bueno, bueno. A condición de que subas y me entretengas mientras me visto.

—Bueno.

El sonido de la voz de Carol le hizo sentirse menos deprimido. Al entrar en su habitación la encontró vestida con una bata rosa pálido con encajes. Estaba sentada ante el espejo cepillándose el veteadado cabello.

—Acabo de darme una ducha —dijo—, y lo único que he logrado es tener más calor que antes.

Y antes de que él pudiese hablar, Carol dijo:

—Me voy a dejar el pelo de su color natural. ¿Te parece buena idea?

—Me lo parece.

—Di que me traigan un combinado de ginebra, y pide tú lo que quieras.

Bill abrió la puerta y dijo a Krishna que trajese las bebidas. Cuando volvió vio a Carol de pie, mostrando su perfecta figura, la figura de Olga Janssen, de *miss* Minnesota, de Carol Halma. No había otra como ella en todo el mundo.

—Eso —dijo Bill— es lo que te ha traído todas tus complicaciones.

—¿El qué?

—Esa figura.

—¿A quién se lo cuentas? ¿Qué has estado haciendo?

Khrisna trajo las bebidas y Carol puso la suya sobre el tocador. No pareció importarle la presencia del criado indio, en su esplendor oro y púrpura. Bill dijo:

—Voy a poner un cartel que diga: «*Miss* Carol Halma es cruel con los criados indios».

—¡Oh!, está acostumbrado. A ti no parece conmoverte mucho.

—Pero, mujer, fíjate en que para mí la cosa no tiene secretos.

—No pierdes ocasión de decir una galantería.

—¿Es que por casualidad querrías comenzar otra vez?

Carol siguió vistiéndose, y dijo:

—Pues mira, algunas veces lo he pensado. Pudiera ser, si alguien que yo me sé me hiciese perder los estribos..., pero tengo unos pies suecos muy grandes y es muy difícil. (Luego, su cara tomó una expresión seria). De todos modos, no es eso lo que estoy buscando.

—¿Y qué es lo que *miss* Carol Halma, née^[48] Olga Janssen, está buscando?

Carol se echó a reír.

—Que me maten si *miss* Carol Halma lo sabe; pero en todo caso tiene

que ser algo nuevo.

Se puso el sombrero y dos o tres pulseras de brillantes.

Bill le dijo:

—¿Es *necesario* que lleves eso de día?

—Si las tengo, ¿por qué no me las he de poner? Nunca me las he dado de mosquita muerta. ¿No estás conforme?

—Bien sabe Dios que nunca lo has sido.

—De todos modos, no sé por qué quieres arrastrarme a ese cochino comedor. Hubo un tiempo en que hubieses dado algo bueno por almorzar aquí a solas conmigo.

—Y a lo mejor volvería a darlo.

Era verdad. Bill había subido sin que ni remotamente tuviese tal idea en la cabeza; pero mientras estaba allí sentado, bebiendo y viéndola vestirse, aquello de otro tiempo, aquella cosa indefinible que entonces le había «puesto en marcha», comenzó a removerse como recobrando vida. La cosa que le atraía y que era una rara mezcla de la belleza de Carol, de su campechana honradez y de su buen humor. El estar enamorado de Carol era siempre la cosa más divertida del mundo. Era como una excursión fructuosa, afortunada, a Coney Island.

—¡Oh, no! —dijo Carol.

Acabó ella su bebida, y añadió:

—Anda, vamos, tengo hambre.

* * *

En el amplio comedor con ventanas que daban hacia la cálida bahía, y desde la que se veía Elephanta, se sentaron a una mesa próxima a la puerta. Uno de los elementos que siempre les había reunido era el interés por un espectáculo, por la gente, por todo el tejemaneje del vivir; era eso lo que había atraído a Carol, lo que la había decidido a bajar al comedor, ese amor de la vida por sí misma que aquellas gentes nuevas satisfacían con su presencia. Era una excelente exhibición la de toda aquella gente nueva llegada en el barco del Lloyd Triestino, mezclado con el espectáculo más o menos permanente de Bombay.

Cuando estuvieron sentados a la mesa, dijo Bill:

—¿Qué es de Stitch Trollope?

—Pues su hermana «se metió un poco» en champán y trató de pegarle un tiro. Parece que no se tienen gran aprecio la una a la otra.

—Lo había deducido después de la escena en el palacio de Jelly. ¿Dónde ha ocurrido?

—En el palacio de la maharaní. Habíamos ido allí para jugar al *chemin-de-fer*. Stitch y la baronesa estaban ganando, y esto parecía enfurecer a la hermana. Y de pronto, sin el menor aviso, sacó un revólver adornado con perlas y disparó. La baronesa se lo quitó de la mano. Pudo darnos a cualquiera de nosotras.

—¡Qué amigas tienes!

Carol se echó a reír.

—Primero lo fueron tuyas, preciosidad. Tú me las presentaste.

La mujer a la que Bill había visto hablando en italiano con su doncella entró y se sentó cerca de ellos. La doncella continuaba con ella. Bill la vio en seguida, y Carol preguntó:

—¿Quién es esa?

—No lo sé. Ha llegado en el *Victoria*.

—Parece alguien.

—Sí.

—A propósito, la baronesa no es tan mala.

—Para mí, está cerca de ser lo peor que me he tropezado en un buen montón de años.

—Pues ella contuvo a la hermana de Stitch; fue la única que pudo.

Carol le miró un momento.

—Acabo de descubrir una cosa tuya.

—¿Y qué es?

—Has dicho que mi tipo es el origen de todas mis complicaciones. Pues tú tienes un origen de complicaciones que es peor que tu tipo. En ti, lo malo está en que para estar a gusto tienes que gustarle a todo el mundo. Empiezas siendo el mejor amigo de todo el mundo, lo cual no significa en realidad absolutamente nada, y luego, cuando acuden a ti, no te encuentran.

—¡«Bill-buen-humor»! —dijo Bill riéndose.

—Sí, chico, eso es. Si no te gusta la baronesa, pégale un puntapié, pero no hagas como si estuvieses loco por ella cuando estás a su lado.

—Es que me divierte, y que por temperamento soy amable.

—Sí, eso puede ser verdad en parte; amable, lo eres. Pero es que también eres endiabladamente perezoso. No puedes sentirte divertido en el precise momento en que te conviene.

—Vamos, que soy un desastre. Muy bien, soy un desastre.

Carol no contestó. No hizo ni un ademán para negarlo.

—Sí, chico, eres una calamidad. Todo el mundo piensa que eres un sueño: tan atractivo, tan agradable, tan divertido, tan amable, y luego..., luego resulta que no tienes nada dentro.

Poco a poco la broma se había puesto seria. En la bella cara de Carol había una expresión que Bill no había visto nunca antes. En cierto modo, se

relacionaba con aquella Carol que él no conocía, con la extraña que había adivinado cuando estuvo aquel día contemplándola desde la puerta. Ahora estaba mirando por la ventana, a través del ardiente puerto, hacia Elephanta. Estudió rápidamente su rostro y le acudió la idea de que Carol estaba cambiando, de que antes de mucho tiempo la Carol con quien él se había casado, la Carol a quien él había querido poco tiempo, pero más que había querido nunca a otra mujer, estaba desapareciendo. Era como si la cara de antes empezara a esfumarse y ocupara otra su lugar.

Luego se le ocurrió a ella otra idea, y dijo:

—Eso fue lo que pasó con nuestro matrimonio. Me embelesaste, y piqué como una tonta. Creí que tras tu cara tan simpática encontraría algo; pero cuando abrí la puerta, allí no había nada; no había más que una fachada... de escenario.

—Bueno, deja ya en paz a mi persona.

En su interior se retorció. Su alma se había puesto de pronto como un gusano atravesado por un alfiler. Estaba fastidiado, pero no sufría. Se sentía irritado. Pero no muy hondamente conmovido. En cierto modo, sentía miedo, o al menos desasosiego, y no podía imaginar por qué.

Carol se echó a reír.

—Bueno, te dejaré en paz. Hablemos de otra cosa.

Era la primera vez que habían estado próximos a pelearse, ahora que ya una pelea no significaba entre ellos nada como enamorados o como marido y mujer. Luego Bill se dio súbitamente cuenta de por qué estaba desasosegado y temeroso. Carol no le había parecido nunca tan atractiva, tan digna de amor como en aquel momento estaba, sentada junto a él, un poco escorzada y mirando a través de la bahía hacia la isla de Elephanta. Y Bill pensó: «¡Dios mío!, ¿qué va a pasar aquí?». Y al mismo tiempo oyó que Carol le decía:

—¿Qué noticias hay de tu amigo Merrill? No has dicho nada acerca de él.

Bill hizo un esfuerzo, y dijo:

—Está mejor. Hemos hablado de ti. Va a venir a vivir al Taj.

—¿Qué ha dicho?

—Ha dicho que eres muy guapa.

—Vete a paseo.

Bill sonrió.

—Pero si es eso lo que ha dicho.

Se estaba desquitando. Sabía que esto hería su vanidad. No la preocupaba que la gente pensase de ella que era guapa. Deseaba admiración hacia otras cualidades que acaso no había tenido nunca. Bill sintió un súbito impulso de seguir siéndole desagradable, simplemente por no quedarse atrás.

—Si acabo de decírtelo. Tu figura es tu peor enemigo. No deja ver ninguna otra cosa.

—¡Qué cerdo eres!

Bill se echó a reír, y tras breve silencio, Carol preguntó:

—¿Y cuándo viene?

—No lo sé.

Y entonces se le ocurrió una idea extraordinaria, una solución para toda su preocupación y responsabilidad en cuanto a Buck Merrill. Carol era exactamente la indicada para encargarse de él y hacerle divertirse. Su animación, su salud, podía sacar adelante a cualquiera. La gente estaba siempre viviendo a su sombra, sacando partido de ella, y en general eran las que lo hacían personas maltrechas, vencidas o despreciables; personas como Stitch Trollope o *mister* Botlivala, o la baronesa. Buck sería para ella una tarea digna y que valía la pena. Carol estaba mejor equipada que él mismo para enseñar a Buck a divertirse. La idea le encantó y le hizo experimentar una gran sensación de alivio.

—Te avisaré en cuanto llegue. Nos iremos de jarana los tres.

Apenas lo hubo dicho, lo lamentó. Era una antigua mala costumbre la de hablar sin antes contar hasta diez. En general, no importaba, pero esta vez parecía un error, un error de importancia.

Vio entonces que entraba la baronesa vestida con un traje absurdo de seda china blanca, tocada con un salacot del que colgaba una banda por detrás. Era extraordinario el mucho discurrir y el mucho esfuerzo que se adivinaba en la complicada indumentaria que cubría su obeso cuerpo. Carol la vio al mismo tiempo, y juntos la observaron mientras iba hacia la mesa donde la mujer italiana estaba sentada con su doncella. Las dos mujeres se saludaron con cierta rigidez, y la baronesa se sentó. La mesa estaba demasiado distante para que Carol o Bill pudiesen oír lo que hablaban, pero sin embargo ambos escucharon.

—Ahora podremos saber quién es ella —dijo Bill.

—¿Quién quiere saberlo?

—Yo. ¿Por qué no habría de querer?

—Tú sabrás. En fin, buena suerte. Lo que no te aconsejo es que intimes demasiado con esa gente.

—¿Por qué?

—Me huele mal.

En el mismo momento vieron entrar a *Mrs.* Trollope, que se reunió con las mujeres sentadas a la mesa. Vieron cómo *Mrs.* Trollope era presentada a la mujer italiana y a la doncella. Stitch llevaba un traje nuevo, un poco hombruno y muy bien cortado, de gruesa seda china blanca, y un sombrero de panamá adornado con una pluma verde oscuro. En aquel momento

parecía haber huido de ella toda preocupación. Parecía diez años más joven.

Bill dijo:

—Stitch viene de gala. Parece otra mujer.

—El dinero, chico —dijo Carol—. El dinero que ha hecho desde que empezó conmigo aquel día en las carreras. El dinero, y el apartarse de la calamidad de su hermana.

Carol suspiró, acabó de tomar el café y encendió un cigarrillo.

—Pero no le durará. Yo no puedo estar continuamente trayéndole suerte, y por mucho que gane, siempre gastará más. Ella es así: nació bajo mala estrella. No tiene remedio.

Bill miró a Carol, confuso otra vez.

Era curioso que él la hubiese creído siempre tan poco inteligente. Miró por la ventana. Entre la neblina del calor que cubría la bahía, la isla sagrada de Elephanta se había puesto borrosa e irreal como en un espejismo. Bill pensó: «Algo muy extraño me está ocurriendo a mí, o a alguien que está aquí cerca».

* * *

Era verdad que *Mrs.* Trollope se encontraba en aquel momento felicísima. Había comenzado su suerte con aquel afortunado encuentro en el hipódromo y había continuado desde entonces. Era como si *miss* Carol Halma la hubiese infundido suerte inagotable. Había ganado dinero en las carreras, más dinero la misma noche en el palacio de recreo de Jelly, y, por último, más dinero en la partida de su hermana en el cursi palacete rosado de Malabar Hill.

Un par de veces al año la maharaní de Chandragar organizaba una fiesta: una en el otoño, cuando volvía de Ootacamund, y otra inmediatamente antes de que comenzara la estación de las lluvias, que solía pasar en las montañas. Ya no pasaba ni un día en el propio Estado de Chandragar. Aquel ambiente la había siempre aburrido, como australiana que era, de incierta y aventurera ascendencia; la abrumaba vivir en *semi-purdah*, rodeada por una *zenana* de mujeres que apenas sabían leer ni escribir y que invertían su tiempo en comer o en que las diesen masaje; además, ya hacía tiempo que no tenía opción. Desde el mismo comienzo había ella sido un manantial de perturbaciones para el Estado, y ahora que era viuda, el *dewan* tranquilamente hizo imposible que ella volviese por allí. Por esto ahora vivía entre Malabar Hill y un *bungalow* en Ootacamund, que por fortuna era enteramente suyo.

La última fiesta que había dado fue una fiesta fuera de serie, y la daba no

en honor de su hermana, sino con la esperanza de recobrar algo del dinero que había perdido en el palacio de recreo de Jellapore antes de encontrarse demasiado ebria para continuar jugando.

El plan fracasó porque en su propio desaliñado palacio no había hecho sino seguir perdiendo. Ella no podía permitirse el lujo de perder; y cuando vio que la mayor parte del dinero que perdía lo estaba ganando su hermana, estalló dentro de la rubia cabeza, llena en su mayor parte de champán, caviar y bombones, una especie de tormenta cerebral. A las cinco de la mañana, tranquilamente, aunque sin firmeza de equilibrio, abrió su saco de oro, sacó una pistola pequeña con culata incrustada de perlas, y apuntó con ella a *Mrs. Trollope*. No había en semejante actitud complicados motivos. Las hermanas se habían siempre odiado mutuamente. El champán y el desastre de perder veinte mil rupias indujo a Nelly Chandragar a buscar la paz de su espíritu por el camino más sencillo que se le ocurría; pegándole un tiro a su hermana.

Afortunadamente, estaba borracha, y la baronesa, con pasmosa agilidad, tuvo presencia de ánimo y rapidez para empujar el cañón de la pistola hacia arriba, de modo que la bala no hizo más que romper un par de prismas de cristal de roca que colgaban de la lámpara que alumbraba la mesa donde jugaban al *chemin-de-fer*, y, sin hacer otro daño, atravesó el techo dorado y rosa. Luego, la baronesa, con vigor notable en una mujer tan vieja, desarmó a la maharaní y ordenó a los criados que la llevasen a acostar. La maharaní salió de la estancia como un niño castigado, llorando histéricamente y exclamando que lo sentía mucho y que estaba avergonzada. El juego continuó; y cuando terminaron, un poco antes de que el firmamento sobre Malabar Hill se pintara de un rosado brillante con el reflejo del sol saliente, *Mrs. Trollope* se levantó de la mesa con treinta y nueve mil rupias más.

Fue la baronesa la que sugirió que debería irse con su botín a la grandeza esplendorosa del Taj Mahal Hotel. Dijo:

—No puede usted seguir *fifiendo* en la misma casa que una *muquer* que quiere matarla.

Mister Trollope dijo que no estaba alarmada, porque aquel intento no era el primero. Había sucedido ya varias veces, la primera cuando era ella una niña pequeña, y Nelly intentó ahogarla empujándola a un salto de agua en Nueva Gales del Sur.

Carol se había adherido a la idea de que *Mrs. Trollope* se fuera al Taj Mahal.

—Ahora tiene usted dinero de sobra —dijo—; le durará mucho si lo administra bien.

E inmediatamente *Mrs. Trollope* encontró la idea excelente.

La baronesa y Carol la ayudaron a cerrar su equipaje y enviaron a buscar

el Rolls-Royce de la maharaní. Hubo más champán para celebrar el cambio de residencia, y alrededor de las nueve de la mañana salían para el hotel.

El champán había hecho lo suyo, y toda barrera de orgullo, de crianza o de prejuicio que hubiera separado a las tres había ya desaparecido. La baronesa no parecía ya un insecto exótico, obeso y absurdo. Había salvado la vida de *Mrs. Trollope*, y la enemistad entre las dos estaba muerta, al menos temporalmente. *Mister Trollope* se evadía, y todas celebraban la calaverada.

La baronesa, cogiendo con su gorda mano ensortijada la de *Mrs. Trollope*, dijo:

—Y ahora, querida, toda *fa a ser marafilloso*. Esta Carol trae suerte, ¿*fertat?* Todo lo cambia. Nunca os preocupéis, *mussassas*. La *varonesa* cuidará de *fosotas*.

Su voz sonaba áspera por el champán. La cabeza de Carol estaba suficientemente despejada para pensar: «Parece exactamente un sapo».

—Ya *feis, mussassas* —continuó la baronesa—, si alguna *fez* os encontráis en situación *diffísil*, yo puedo proporcionaros una *ocupación*. Tengo toda una *catena* de *caparets* en *Pudapest*, en El Cairo, en París y en Milán. Y la *catena produse* montones de *tinero* a la *paronesa*. ¡Ja, ja!

—Eso es formidable —dijo Carol—. Lo tendremos en cuenta. ¿No es verdad, *Stitch?*

La vieja, moviendo la cabeza, dijo:

—Podéis contar con la *paronesa*. Ella nunca *deha* a nadie en estacada.

—Desde luego —dijo Carol—. Yo seré la encargada, y *Stitch* puede llevar la caja en el bar.

La baronesa pensó que era una buena idea.

—Ya lo *crreo* —dijo—; será un *congunto* estupendo. Pregunten a *Jellapore*. Él *conose* mis casas. Ha *jastado* en ellas cantidades de *tinero*. *Festiremos* muy bien a *Mrs. Trollope*. Tiene una gran facha. Yo sé bien cómo *festirla*. Una especie de *smoking* y un *monocle*.

—Desde luego —dijo *Mrs. Trollope*.

Estaba escuchando, pero su imaginación estaba lejos de allí, considerando todas las cosas que iba a hacer con el dinero que el destino había puesto tan irónicamente en sus manos, sacándolo de las de su hermana, a la que odiaba porque un tiempo, hacía muchos años, había sido muy hermosa, como una bella vaca de Jersey. Compraría una serie de nuevos vestidos y escribiría a Londres para desempeñar algunas de sus joyas; y si continuaba ganando, con el capital que ya tenía, ella y Carol podrían volver a América, pasando por Singapur. Saigón, Sydney y Hawai. Quizá entretanto Carol podría desear ir a Hollywood y allí surgir alguna combinación. Ahora que estaba libre de Nelly y tenía dinero en su bolso, todo

era posible. No podía mirar a Carol sin sentir ganas de llorar. Era como una diosa, no solo por su belleza, sino porque desde que había entrado en su vida junto a aquella mesa del bar del Taj Mahal, todo había cambiado. Ahora, que Jim Trollope se fuera al infierno. Podría pudrirse en el presidio. Y pensó: «He entrado en una nueva fase de mi vida. Han cambiado las estrellas. Yo sabía que esto iba a suceder». Y la primera cosa en la lista de sus nuevos planes era ir a visitar a un adivino para que le hiciera su horóscopo.

La baronesa se sentía también dichosa porque estaba disfrutando de uno de los raros momentos de su asendereada vida en los que no se encontraba sola. Había empezado a darse cuenta de que era fea de cara y de cuerpo cuando era una niña de cuatro años, hacía muchos ya, en Praga, donde había recibido palizas, desprecios y malos tratos. Cuando era muchacha había pasado de un infortunio triste a una filosofía simple y directa: que necesitaba hacer dinero, porque el dinero proporcionaba poder, que por otro camino no podía ella lograr. Era un sustituto excelente de la belleza, del encanto y de la cultura. Durante cerca de cuarenta años había marchado hacia delante despiadadamente, organizando, adquiriendo dinero, logrando poder por todos los caminos que su cabeza astuta y sin escrúpulos podía inventar. Ni aun la guerra de 1914 había paralizado sus negocios, porque los cuatro años que duró los había invertido en ganar buen dinero como jefe de una red de espías femeninos. Ahora era rica y poderosa. Pero toda su vida había deseado una cosa solamente, y era que la gente fuese amable con ella. Y esto, para lograr lo cual hubiese a veces dado todo su dinero y todo su poder, le había sido negado, salvo en media docena de ocasiones, como aquella en que estaba sentada entre Carol y Stitch Trollope, volviendo desde Malabar Hill al Taj Mahal.

Alegre aún, y rebosando champán, el trío había llegado por fin y había encontrado a Bill en la gran entrada del hotel cuando salía para visitar a Buck Merrill. La baronesa le vio deslizarse rápidamente, y pensó, no sin sagacidad: «Es peor que *Mrs.* Trollope. Esa lanza insultos, pero él sonríe y es amable, y luego, si te he visto no me acuerdo». Su dura vida la había enseñado mucho acerca de las gentes.

Cuando Bill se fue, Carol se dirigió con Stitch al mostrador del hotel y obtuvo para ella una habitación que daba no a la bahía y a las islas sagradas, sino a la ciudad, con vista sobre el edificio Readymoney; esto haría que su dinero le durase un poco más. A *mister* Trollope no le importó. Había escapado de Nelly y estaba cerca de Carol, su amuleto.

Carol y la baronesa, aún bajo los efectos del champán, subieron a la habitación, y para celebrar el suceso le ofrecieron a *Mrs.* Trollope ayudarle a deshacer su equipaje; pero ella, que sabía lo poco presentable de sus ropas, rehusó diciendo que lo que todas necesitaban era dormir y que hacía ya

mucho calor para hacer aquel esfuerzo. Cuando se marcharon tomó una ducha, sacó otro traje tropical aún en peor estado, se lo puso y salió rápidamente derecha a los almacenes Army and Navy. Encontró allí un traje hecho que le agradó; le era fácil encontrar ropa hecha porque tenía el tipo de una muchacha de diez y seis años sin desarrollar. Luego se hizo tomar medida, y encargó ocho trajes más y ropa blanca. Escogió siete sombreros que la sentaban bien y compró dos docenas de pares de medias de seda, cinco pares de zapatos, cinco docenas de lujosos pañuelos y varias prendas de ropa interior importadas de Francia. Luego, de allí fue directamente a una vieja y deteriorada casa en Calaba, sobre la bahía.

Era una casa grande rodeada por un imponente jardín; y *Mr. Botlivala*, que era su dueño, a la vez que de una décima parte de Bombay, la había arreglado como casa de pisos. *Mister Trollope* atravesó la puerta del jardín y subió luego por las escaleras hasta el tercer piso, donde llamó a una puerta que tenía el letrero «*Rama y Paravati, astrólogos*». Abrió la puerta un hombre delgado y de edad madura, con ojos grises extrañamente insertos en piel muy oscura, los ojos sin duda de algún sargento londinense que una o dos generaciones antes había conocido a alguna fregatriz estando de guarnición en las provincias centrales. Este era Rama. La recordó en seguida como la hermana de la maharaní de Chandragar, que también era cliente suya. Era un hombre que se acordaba de todo. La condujo a una habitación oscura, con cortinas, y que olía a incienso, y sentándose ante una mesa de madera de teca sacó un globo de cristal y comenzó sus operaciones. Tuvieron mucho éxito. Predecía el porvenir maravillosamente. Le dijo todo cuanto ella deseaba oír. Que había entrado su vida en una nueva fase. Que había cerca de ella una persona cuya influencia era de la mayor importancia, porque él o ella (él no podía precisar el sexo) le traía la suerte. Sin embargo, había dos influencias que eran malas, y masculinas las dos, una la de un hombrecillo de color (*Mr. Botlivala*, se dijo *Mrs. Trollope*), y el otro, un hombre rubio y de buena presencia, muy simpático y encantador, pero no de fiar. (Este —pensó *Mrs. Trollope*— debe de ser *Bill Wainwright*). Pagó al astrólogo, y marchó al taxi, que había dejado esperando.

Iba tan contenta, que le parecía no pisar el suelo. Sentía como si flotase en el aire. La seguridad y la satisfacción que había sacado de la conferencia con *Mr. Rama* habían hecho desaparecer completamente el cansancio de veinticuatro horas sin dormir. Se sentía otra vez joven y hasta alegre, como lo había estado largo tiempo antes en la explotación maderera en la manigua, antes de que se la enviase al colegio de Londres para hacerse una señorita, y antes de encontrar a Jim, que ahora estaba en presidio, y antes de haber descubierto cuán cruel y amarga podía ser la vida. Al fin, Dios le estaba dando una compensación de todos sus sufrimientos. Había escapado a

aquella horrible y amarga soledad que la había dominado tanto tiempo. Y todo ello gracias a Carol Halma.

«¡Carol!», cantaba su corazón; «¡Carol!, ¡Carol!». Y durante un segundo experimentó una vez más la extraña sensación de que ella era Carol Halma; de que, por extraño prodigio, su propia figura flaca y hombruna se había transformado en el cuerpo adorable de la muchacha, en aquel cuerpo del que Bill había dicho que era el origen de todas sus complicaciones.

Durante todo el camino de vuelta hacia el hotel, su corazón iba entusiasmado; y cuando llegó a su habitación encontró una nota de la baronesa. Estaba escrita en francés, en francés muy malo; hasta *mister* Trollope, que no tenía otro conocimiento del francés que el aprendido en el colegio, se dio cuenta de lo malo que era. La baronesa la invitaba a almorzar para presentarla a la marquesa Carviglia. «La marquesa», escribía la baronesa, «es una antigua amiga mía. Trabajó para mí algún tiempo. Creo que la encontrará usted muy simpática».

Por esto estaba ahora, toda resplandeciente, con su traje nuevo, sentada a la mesa con la baronesa, la marquesa y la doncella de esta. Criada como estaba en la manigua australiana, y habiéndose casado con un marido aventurero, *Mrs.* Trollope había tropezado en su vida con un buen montón de personajes hediondos, y esta experiencia hizo que durante el almuerzo comenzase a sospechar una porción de cosas. Descubrió que la marquesa había sido en un tiempo una mujer espléndida y que también había sido, y continuaba siendo, perfectamente imbécil. Descubrió también que la baronesa tenía sobre ella cierto poder misterioso y que con una simple mirada de sus verdes ojos tenía bastante para recordar a la marquesa que estaba en su poder. Era un juego del ratón y el gato. Pero lo más importante de todo fue que *Mrs.* Trollope comenzó a sospechar cuál era en realidad la profesión de la baronesa. Desde luego, y definitivamente, no era espía.

* * *

Al día siguiente fue Bill a almorzar al palacio del gobernador. No tenía ninguna gana de ir, pero no había escape. Algún amigo suyo de Inglaterra, no sabía quién, había escrito para que se le invitara a almorzar, y no podía dejar de aceptar la invitación. Nada importaba que el gobernador de la Presidencia de Bombay no hubiese en su vida oído hablar de Wainwright, ni tuviese por él el menor interés; ni importaba tampoco nada que Bill detestase la idea de ponerse su mejor ropa e invertir dos excelentes horas de su vida en dar conversación a dos señoras desconocidas, que estarían sentadas a sus dos lados, a las que encontraría sin duda extraordinariamente aburridas, y a las que no volvería nunca más a ver. Pero era una de esas cosas que no hay más remedio que hacer.

Al llegar encontró a la concurrencia tal como suponía: la esposa del gobernador y una congregación de turistas ingleses de la clase media, y de hombres de negocios de Bombay con sus mujeres. Encontró sumamente difícil diferenciar a unos de otros, excepto a una extraña hembra vestida con la ropa de un monje budista y a una vivaracha señora de ochenta y siete años, que viajaba con una acompañante y que iba comunicando a todo el mundo su muy avanzada edad, para provocar la observación de que era muy notable que una señora de sus años hiciera un viaje alrededor del mundo. Entró el gobernador. Un hombrecillo frío, con aire preocupado (en aquella época los terroristas le andaban persiguiendo), y por otra puerta entró la hermosa mujer italiana, que fue presentada al gobernador por su esposa, como la del general marqués Carviglia.

—Ya te acuerdas, John, el comandante general Carviglia, que visitó Malta cuando estábamos allí.

—Sí, claro —dijo el gobernador, que no se acordaba ni remotamente—. Y luego pasaron al comedor por delante de los altos soldados *sikhs*, vestidos de rojo y oro.

Hacía mucho calor, porque el palacio del Gobierno estaba al borde de la bahía, justo al pie de Malabar Hill. Bill se encontró sentado entre la hembra del traje extraño y la marquesa Carviglia. Tratando de guardar lo mejor para lo último, se volvió hacia la lama hembra. Presentaba un notable aspecto. Tenía el rostro largo y delgado, con dientes prominentes y escasísimo pelo, y estaba vestida desgarradamente con lo que podía haberse llamado una adaptación del hábito de un monje budista. El hábito tenía largas mangas, y en la cintura un cordel amarillo. Encima de todo esto llevaba una extraordinaria cantidad de joyería india, que hacía un ruido estrepitoso cada vez que se movía.

Resultó ser la hermana de un duque inglés y vivir la mayor parte del tiempo en una celda de un monasterio budista, en Bengala. No parecía que la cosa presentase el menor inconveniente, a pesar de ser monjes todos los

demás ocupantes. Dijo a Bill que cuando ella viajaba, siempre se echaba a dormir en los andenes de las estaciones, entre los *coolies* y las mujeres de la limpieza. Dijo que esto era excelente para el alma, y que dentro de pocos años habría conseguido superar toda sensación de incomodidad y no sentirla, y que de este modo se encontraría sumamente cerca del Nirvana. Le contó que cuando era joven había frecuentado mucho la vida de sociedad, así como los bailes y los estudios bohemios. Después, una decepción amorosa le había hecho enfocar sus pensamientos en una dirección más espiritual, y con ocasión de una visita que había hecho a su querido amigo Lord Curzon, cuando era virrey, había abrazado la fe budista. Y desde entonces había sido completamente feliz.

«Como una vaca», pensó Bill, que en voz alta dijo:

—Es muy interesante todo cuanto me cuenta.

Luego, la estrafalaria señora se desabrochó y sacó de entre su ropa una porción de folletos, un tanto grasientos, publicados por la Sociedad Budista Universal, y obsequió a Bill con ellos. Bill Le dio las gracias y se los metió en el bolsillo. Cuando todos los comensales se volvieron a la vez hacia el otro lado, como si hubieran recibido sendos avisos simultáneos, Bill se encontró hablando con la marquesa.

Casi en el acto se dio cuenta de dos cosas. La primera, que la belleza de aquella mujer, solo apenas marchita, era de una clase extraordinaria. Tenía enormes ojos negros, con pestañas fantásticamente largas, una tez marfileña y muy bellas manos, cuyas uñas llevaba pintadas de escarlata. Parecía despedir un halo en que se mezclaban maldad y estupidez. Era una atracción a la vez excitante y repelente. Bill pensó que parecía una planta malsana y tropical, como el legendario árbol Upas, que envenenaba al que se dormía a su sombra. El segundo descubrimiento fue que la marquesa solamente hablaba italiano y francés, y que su francés era tan malo como el de Bill.

Después que hubieron luchado un rato contra las incontables equivocaciones que suscitaba la carencia de un idioma común, Bill mencionó a la baronesa; y casi inmediatamente observó un cambio completo en aquella mujer. Por primera vez mostró animación e interés. En sus negros ojos se vio un fuego apagado, y en su tez blanquísima apareció un color tenue. En mal francés dijo:

—La baronesa no es amiga mía. La conocí una vez en París, y no muy bien.

—Comprendo a qué se refiere usted —dijo Bill—. La baronesa afecta ser amiga íntima de todo el mundo.

Bill supuso que la baronesa se había introducido a la fuerza en la amistad de la marquesa, como lo había hecho con él mismo y con Carol y con *Mrs.*

Trollope y con Jellapore. Tenía indudablemente la piel de un rinoceronte.

La marquesa se expresó con más vehemencia aún.

—No debe usted creer nada de cuanto esa mujer diga. Es una mujer perversa, que inventa historias acerca de la gente, historias malvadas y falsas.

Bill no lo dudaba. Bastaba verla una vez para descubrir su perversidad. Y sin embargo, era raro que la víspera misma la marquesa y la baronesa almorzasen juntas y, al parecer, en términos perfectamente amigables.

—Es una bruja —dijo la marquesa Carviglia—, pero no hablemos de ella. Nos va a estropear la digestión.

En aquel momento Bill advirtió, merced al tintineo de las joyas de la hermana budista del duque, que se estaban levantando de la mesa. El gobernador había terminado una de las más aborrecibles entre las tareas exigidas por su posición; la de obsequiar a las personas que traían cartas para él, y se excusó con el pretexto de que le esperaba una noche de terrible trabajo (trabajo siempre presidido por la sombra de la posibilidad de recibir un balazo o de volar por el aire), y salió de la habitación, confiando la tarea de atender a aquel extraño surtido de invitados a su paciente esposa, cuya capacidad para sufrir resignadamente cosas aburridas había contribuido en gran parte al esplendor de la carrera de su esposo.

Entonces llegó la parte peor de la comida oficial. Consistía en dar aburrida conversación a aburridas personas que le aburrían a uno y a las cuales uno no volvería a ver en su vida, pero que demoraban el marcharse todo lo posible, con la finalidad de que pudiera ser más largo el relato de la fiesta que hubieran de hacer a sus compañeros de *bridge* de su provinciana ciudad cuando a ella regresasen. En cuanto a Bill, no tenía opción. Era necesario quedarse por lo menos quince minutos, y durante ellos volvió a encontrarse junto a la marquesa. La conversación no era muy interesante y lamentó no conocer el italiano lo bastante para adivinar un poco de los orígenes y ambiente de aquella mujer. Era extraordinario lo mucho que el acento y la gramática y el modo de construir las frases podía revelar sobre el carácter y el ambiente de las personas. Hablar malamente otro idioma era como llevar un dominó y un antifaz.

Exactamente a los quince minutos, Bill se despidió de la esposa del gobernador, que empezaba a estar cansada. Se despidió también de la marquesa, cuyos largos dedos blancos con rojas uñas estuvieron largo tiempo la mano de Bill, mientras en los opacos ojos asomaba una dulce mirada.

—Tenemos que vernos en el Taj —dijo la marquesa—. Muy pronto.

—Desde luego —dijo Bill—; y añadió en su interior: «¡Atiza! ¡Qué modo de progresar!».

El jardín del Palacio del Gobierno estaba emplazado hacia poniente, al pie de Malabar Hill, y parecía almacenar el calor. Ir a almorzar fuera en Bombay era siempre un horror, porque significaba volver con todo el calor entre las dos y las tres de la tarde. El traje de Bill comenzó a deformarse y arrugarse, pero en aquel momento no le importaba. Sospechó que estaban empezando a suceder cosas del modo como sucedían en Oriente, donde el calor parecía apresurar y exagerar todos los procesos de la vida y aun los contactos humanos. Qué era lo que estaba sucediendo, no lo podía saber, pero la perspectiva era muy prometedora: la baronesa, la marquesa, Carol, Mrs. Trollope, y ahora, quizá, hasta Buck. Por primera vez se alegró de que Hinkle estuviese ausente cazando en Birmania. Que se fueran los negocios al diablo, presentándose la vida como se presentaba de divertida. El singular apretón de manos de la marquesa, tan insinuante, le había producido una especie de emoción que no había experimentado en mucho tiempo, si es que la había experimentado alguna vez. Pero a quien deseaba ver era a Carol. Hacía veinticuatro horas, desde su ligeramente ácido almuerzo, no la había visto ni había oído hablar de ella. A su lado la vida parecía tener un sabor nuevo, aun si además de nuevo era desagradable.

Tenía la intención de dirigirse a su cuarto, ducharse y dormir hasta que el calor amenguara un poco. Pero cuando se detuvo ante el mostrador para preguntar si tenía correo o recado, el empleado dijo:

—Un caballero llamado *Mr. Merrill*, que ha dicho ser amigo de usted, ha venido. Le he dado la habitación inmediata a la suya. Deseo haber acertado.

—Ha hecho usted perfectamente.

Cogió las cartas que le habían llegado en el *Victoria* y Les echó un vistazo. Tres eran de Londres y dos de Nueva York, y una, traída a mano, de la oficina de la Compañía. No se molestó en abrirlas. Era extraordinario lo remoto que el mundo occidental se le había hecho de pronto. Había perdido ya toda importancia. Se había puesto brumoso, como Elephanta al calor de la media tarde. Era esto, se lo decía su experiencia, lo que se podía llamar la segunda etapa.

Los grandes corredores de aspecto carcelero resultaban frescos, después del calor de las calles. Cansadamente y sin pensar en sí, pasó delante de la puerta de su cuarto y fue a la de la habitación que Merrill había tomado. Llamó a la puerta, y una voz que reconoció con súbito asombro, dijo: «Adelante».

Era la voz de Carol, y cuando Bill abrió la puerta la vio inclinada sobre una maleta sacando ropa. Parecía sofocada e incómoda. El veteadado cabello estaba en desorden, y al volverse hacia Bill vio este que la cara de Carol estaba cubierta de pequeñas gotas de sudor. En la cama estaba echado Buck Merrill, pálido y estremecido. Estaba en aquel momento recobrándose

de uno de sus accesos.

El espectáculo dejó a Bill atónito por un momento. Carol, que nunca se levantaba si podía evitarlo hasta que la tarde refrescaba, trabajando en medio del sofocante calor de la media tarde, por un hombre al que no había visto más que una vez en toda su vida.

Buck le saludó con la cabeza e intentó sonreír. Estaba vestido con un traje blanco muy desaliñado y que muchos años de malos tratos tornaron amarillo. La maleta de la que Carol estaba sacando ropas heterogéneas, era un chisme barato, de cartón, en muy mal estado, y de la clase que los aldeanos suelen traer cuando vienen de viaje a la ciudad.

Bill, tímidamente, preguntó:

—¿Qué tal te encuentras?

—Mejor, gracias —dijo Buck—. Estas últimas veces no me ha durado tanto.

Carol, desde junto al cajón que estaba llenando con las ropas de Buck, alzó la vista.

—Le he encontrado en el vestíbulo, apoyado contra la verja. Alguien tenía que ocuparse de él, y he subido.

De modo que era eso. Bill se sintió súbitamente irritado. No era que sintiese celos. Era rabia y vanidad herida. Carol no se había tomado nunca la menor molestia en su favor, y ahora estaba cuidando a Buck como si fuera un niño de pecho. Muy probablemente había estado esperando en el vestíbulo a que Buck llegase. Pero pensarlo así era demasiado absurdo. No podía ni saber cuándo iba Buck a llegar al hotel. Bill se sintió avergonzado de sí mismo.

Carol cerró uno de los cajones de un empujón.

—¿Dónde has estado todo el día?

—Trabajando... y he ido al Palacio a almorzar.

—¿Quién había allí?

—Nadie... Solo la mujer italiana que almorzó con Stitch y la baronesa.

Se apartó el pelo de sus azules ojos y preguntó:

—¿Qué tal es?

Bill le dijo francamente todo cuanto concernía a la marquesa, incluso el apretón de manos prolongado al despedirse.

—Es una mujer estupenda —dijo Bill—. No me importaría enamorarme de ella.

Dijo esto para picar a Carol.

Pero fracasó. Carol se limitó a reírse y dijo:

—Conozco el tipo, el tipo camelia, frío y demasiado maduro. Por lo visto te estás convirtiendo en viejo verde. No es hora aún. Eres demasiado joven.

Haber fallado en su intento de picarla le hizo sentirse otra vez rabioso.

Buck se sentó de pronto en la cama.

—¿Qué tal estaría beber algo? —preguntó.

—Eso es cosa mía —dijo Carol—. Quiero convidaros, muchachos.

—No —dijo Bill—, el primer trago de la nueva vida es por mi cuenta.

—Como quieras —dijo Carol.

Bill abrió la puerta y llamó a Silas, que estaba sentado, con las piernas cruzadas, delante de la puerta del cuarto de su amo, y le encargó las bebidas.

Apenas había cerrado la puerta, cuando llamaron a ella, y al decir Carol «adelante», se abrió la puerta y apareció *Mrs. Trollope*.

—Me ha dicho mi criado que estaban ustedes aquí todos. ¿Puedo entrar?

—Desde luego —dijo Carol—. Vamos a beber algo. Ya conoce usted a *Mr. Merrill*. Y señalándola a ella la presentó a Merrill: *Mrs. Trollope*. Son ustedes, los dos, amigos de Bill.

Mister Trollope sonrió, pero fue una sonrisa forzada. Con ella entraba algo en la habitación: algo a un tiempo indefinible, innombrable, pero no por eso menos positivo. Sonrió, pero era como si la sonrisa fuese arrancada de las profundidades de su alma. Con la rapidez de una serpiente se dio cuenta de la escena: Buck, sentado en la cama; Bill, inclinado contra el anticuado lavabo, y Carol, de pie, entre la mesa y la maleta medio deshecha. Su persecución la había hecho irrumpir en una atmósfera, en un mundo en el que ella no tenía parte, en un mundo que en cierto modo estaba más allá de su comprensión. Era como si una pared de vidrio o de cristal la separase a ella de los otros tres. Estaba con ellos en la misma habitación; podía aproximarse y tocarles, y sin embargo, por el momento no había entre ellos medio de comunicación. Algo nuevo se había introducido en su relación con Carol. Lo sabía mucho antes de que los demás adivinasen nada.

También Carol se dio cuenta de que con aquella mujer había entrado en la habitación, algo que cambiaba y complicaba la atmósfera. Su expresión se endureció y su actitud se puso fría, sin saber concretamente por qué ni tener otra noción que la de una voz que en su interior decía: «Esa mujer me persigue. Me espía. Bueno está lo bueno, pero esto ya es demasiado».

En cuanto a *Mrs. Trollope*, se le había puesto la cara apergaminada y gris; durante aquel segundo de comprensión le pareció que pasaba una eternidad: durante aquel segundo que permaneció de espaldas a la puerta, le pareció que el corazón le dejaba de latir.

Secamente dijo:

—También yo bebería algo.

—Silas ha ido a buscarlo —dijo Bill.

Buck Merrill le dio un cigarrillo, y de repente la situación pareció sin salida. Carol continuó deshaciendo la maleta, pero esto no llenaba el

silencio. Fue *mister* Trollope la que lo rompió, diciendo:

—Por lo visto el marido de la marquesa es un personaje importante en su país. La marquesa ha estado en el palacio del gobernador y va a ir a Delhi a pasar una temporada con el virrey.

—He comido a su lado hoy —dijo Bill—. No me ha parecido excesivamente brillante.

Carol alzó los ojos de su tarea a medio terminar y dijo:

—Pero no excesivamente fea, por lo que has dicho.

—No está mal —dijo *Mrs.* Trollope—. En todo caso, es buena persona.

Bill entonces explicó a Buck lo concerniente a la baronesa. Silas trajo las bebidas y marchó a traer otra para *Mrs.* Trollope.

—¿Qué es la marquesa? —preguntó Bill—. ¿Es italiana?

—No —dijo *Mrs.* Trollope—. Es levantina.

—Y guapa —añadió Carol, sacando el último de los *salongs* de Buck y cerrando el cajón. Luego se volvió hacia ellos y dijo:

—Y ahora, ¿qué vamos a hacer?

Era necesario hacer algo. Todos se daban cuenta de ello. El ambiente se había puesto intolerable.

—Podríamos ir a las carreras —dijo Bill, y esta proposición animó visiblemente a *Mrs.* Trollope.

—Podíamos irnos todos al bar, beber algo y luego salir.

—Todos menos *Mr.* Merrill —dijo Carol—. Quizá no se siente aún bastante bien.

Buck sonrió.

—Creo que podré —dijo—. En cuanto me pasa el acceso me encuentro perfectamente. Y suelo encontrarme bien durante un par de días.

Todos acabaron sus bebidas y bajaron las escaleras. Apenas estuvieron fuera de las cuatro paredes de la desmantelada habitación, la tirantez se esfumó y la reemplazó una especie de alegría histérica. El bar estaba atestado de pasajeros del *Victoria* y de un enjambre de turistas de un buque de crucero que acababa de entrar, en su mayor parte solteronas maduras y viejas y viudas que se sentaban durante largo rato delante de un único y peligroso *ginfizz*,^[49] gozando con la «perversa» vida del Oriente.

—Mañana por la mañana —dijo Bill a Buck— vamos a ir a los almacenes *Army and Navy* a equiparte como es debido. No puedes dedicarte a la mala vida con esa pinta. Y el equipo será pagado con cargo a los fondos de las *Amalgamated Oil Companies*.

—No —dijo Buck.

—Sí —dijo Bill—, formará parte de mis propios gastos. Nada será más grato a mi padre que saber que un poco de su dinero se ha invertido en tan buena causa. Ya está empezando a dar millones para aplacar su inquieta

conciencia de metodista.

Bill pidió otro combinado de ginebra y añadió:

—Es maravilloso cómo aumenta la piedad de los hombres ricos, cuando van acercándose a la tumba.

* * *

En vista del calor que hacía tomaron dos taxis para ir a las carreras; Carol y Buck fueron en uno y Bill y *Mrs.* Trollope en el otro. No era esto lo que Bill había deseado o planeado, pero resultó así sin que él supiera cómo. Si había sido un manejo de Carol, lo hizo con gran habilidad. No era solo que Bill hubiera preferido ir con Carol, sino que la combinación puso a *Mrs.* Trollope, que tenía la misma idea, de un humor imposible. Bill la había visto deprimida y gozosa. La había visto furiosa con la baronesa, pero nunca hasta aquel momento la había visto de mal humor, y el espectáculo no era, por cierto, divertido. Estaba enfurruñada y cargante, como un niño mimado; y, cosa curiosa, tenía un aspecto más femenino que en ninguna otra ocasión anterior. En el camino se quejó del calor, de la manera de guiar del mecánico, de los olores de la playa, y luego dijo:

—No sé por qué demonio se me ha ocurrido venir aquí. Aborrezco el Oriente.

Sabía, sin embargo, perfectamente por qué había venido; porque, arruinada y con la vida destrozada, quería llegar a Australia. Y estaba en Bombay porque no había tenido dinero suficiente para el billete hasta Sydney; y se había detenido en Bombay con la esperanza de obtener de su hermana el que le faltaba. Ahora tenía el dinero, no procedente de su hermana, sino del juego; pero ahora no tenía ganas de marcharse de Bombay, porque Carol estaba allí, y porque, creída que cesaría su buena suerte en cuanto se separase de Carol, se sentía aterrada ante la posibilidad de hacerlo.

Dejó de lamentarse para preguntar:

—¿Quién es ese *Mr.* Merrill?

Bill, achicharrado de calor y fastidiado por la actitud malhumorada de *Mrs.* Trollope, le contó todo lo brevemente posible quién era Buck; y cuando terminó, *mister* Trollope dijo con un rizo de desdén en los labios:

—Ya, vamos, un misionero.

—No —dijo Bill, y trató de explicarle que Merrill era una especie de combinación de médico, educador y profesor agrario. Pero esto no hizo impresión a *mister* Trollope, que añadió:

—Un misionero es un misionero; ya conozco el tipo.

Entonces Bill, que siempre era cortés y siempre amable, dijo bruscamente:

—Pues no es lo mismo, y decirlo es una sandez.

A lo cual, *Mrs. Trollope* replicó:

—Cuidado, no tolero ordinarièces.

—Tendrá que aguantarlas —dijo Bill, encendiendo un cigarrillo— si no cambia usted de tono y de actitud.

—Mi actitud no tiene nada que ver.

Después de esto no volvieron a hablarse, y ella siguió sentada en el taxi con los labios apretados en dura línea, mirando a la bahía por la ventanilla. Al llegar al hipódromo se bajó la primera, y sin hablar a Bill echó a andar hacia la puerta, mientras Bill pagaba el taxi y se impacientaba por lo mucho que tardaba el conductor en darle la vuelta de un billete de cincuenta rupias.

Carol y Buck estaban esperándoles dentro del hipódromo, a la sombra de un árbol. Estaban riéndose de algo, y Bill advirtió que Merrill parecía ya un hombre diferente de aquel enfermo de gris semblante que estaba echado en la cama en el hotel poco más de una hora antes. Su vestimenta era la misma, desaliñada y en mal estado, pero el hombre que recubría había cambiado. Parecía más erguido, y en sus pálidas mejillas apuntaba un indicio de color, mera sombra de la antigua rubicundez. Cuando Bill y *Mrs. Trollope* se aproximaban a Carol y Merrill (*Mrs. Trollope* presurosa y adelantándose, como si no viniera con Bill) se le ocurrieron a este dos pensamientos; uno de ellos, pensamiento antiguo, apuntaba al notable efecto que Carol producía sobre los hombres; y el otro, que parecía haberse hecho cargo de Buck y haberse puesto a divertirlo sin que siquiera se le hubiese pedido. La cosa había surgido espontáneamente. Era como si todo el asunto hubiese escapado de sus manos (de las de Bill), y ahora que esto había sucedido, no le gustaba ni poco ni mucho.

Por lo visto se estaban riendo porque Carol acababa de señalarle la baronesa y *Mr. Botlivala*, que, según decía Carol, parecían un par de escarabajos con prismáticos.

La baronesa había agregado a su traje blanco y a su salacot un bastón de caza, que había descubierto ser un detalle que llevaban la mayor parte de los personajes oficiales ingleses y sus esposas. También divertía a Carol, aunque de esto no decía nada, el pasmo de *Mr. Botlivala* al verla acompañada por un hombre tan desaliñadamente vestido como Merrill; tan desaliñadamente vestido, que *Mr. Botlivala* ni siquiera había visto en él una amenaza, y no mostraba la menor preocupación. La baronesa, en cambio, mostraba visible curiosidad y astucia. Apenas fue presentada cuando empezó a hacer a Merrill preguntas directas. ¿De dónde había llegado? ¿Cuánto tiempo pensaba estar en Bombay? ¿Dónde vivía? ¿Qué hacía?

Buck le contestó tan tranquila y francamente como pudo, un poco asombrado por aquel hostil interrogatorio. Era como si aquella mujer fuese un policía examinando a un personaje sospechoso. Cuando se marchó, Buck preguntó:

—¿Quién es? ¿De dónde ha salido?

Carol se echó a reír.

—Pues la verdad es que no lo sé. Ella dice que vive en El Cairo, pero sospecho que no vive en ninguna parte fija. Dice que es dueña de restaurantes y *cabarets*. *Mr. Botlivala* cree, sin duda, que es persona muy importante, porque de otro modo no iría con ella.

Pero los dos se habían ido ya hacia el *paddock*^[50] a mezclarse con propietarios y tratantes árabes de caballos.

Mister Trollope estaba nerviosa.

—Vamos —dijo— a hacer nuestras apuestas para la segunda carrera. Queda el tiempo justo.

Su mal humor había en parte desaparecido, empujado por su deseo de ganar más dinero.

—Bueno —dijo Carol—; pero yo no apuesto hoy.

Mister Trollope sufrió un sobresalto.

—¿Qué quiere usted decir?

—Nada —dijo Carol—. Tengo una corazonada. Hoy no es mi día.

—¿Por qué?

—No sabría decírselo —dijo Carol, y luego añadió—: pero iré con usted. Puede usted tocarme para que le dé suerte, si quiere.

No era eso lo que *Mrs. Trollope* quería, pero era mejor que nada. Y los cuatro fueron hacia las taquillas, yendo ellas dos delante y los dos hombres detrás.

Buck parecía como un niño pequeño que ve Coney Island por primera vez. En todos los años que había pasado en la India había entrado dos veces en el Taj Mahal y nunca en el hipódromo. No hacía más que preguntar cosas sobre los reservados de los *clubs*, sobre el sistema de las apuestas, sobre los tratantes árabes en caballos.

Mister Trollope hizo una apuesta bastante importante sobre la base de un consejo que le había dado en el Taj Mahal un mestizo que la había asegurado que aquel caballo era cosa segura. Pero el caballo llegó el quinto, y Carol dijo:

—Yo no apostaría hoy. Estoy segura de que perderá. Las estrellas están en contra de usted.

La última frase la había empleado porque sabía que era el más convincente argumento que podía aducir. Sabía ya que *Mrs. Trollope* estaba bajo el dominio de la superstición y de los adivinadores del porvenir.

Así, pues, al llegar la carrera siguiente, *Mrs.* Trollope se abstuvo de apostar, aunque los ojos se le iban hacia la taquilla. Pero no lo hizo por fuerza de voluntad, sino por creer que así agradaba a Carol. Sin embargo, la cosa pareció pasar inadvertida para esta, muy ocupada en mostrar a *Mr.* Merrill personas y cosas. *Mrs.* Trollope no podía concebir qué era lo que Carol veía en aquel hombre. Le parecía a ella un hombre de lo más vulgar, aburrido y candoroso. No estaba bien dotada para percibir el atractivo de Merrill, ni para darse cuenta de su apostura indudable, aunque maltrecha, ni para adivinar lo que se ocultaba bajo la superficie. La irritación produjo a *Mrs.* Trollope un terrible dolor de cabeza.

* * *

Entre tanto, *Mr.* Botlivala y la baronesa habían estado siguiendo a los otros, ciertamente a distancia, pero sin perderlos de vista. En realidad, en aquel momento ambos sufrían una impresión de abandono, como niñas excluidas del cotorreo de otras niñas, en un rincón. Para la baronesa era aquella una sensación familiar, tan familiar que hacía largo tiempo que la había aceptado como estado normal de las cosas; pero para *mister* Botlivala era diferente. En primer lugar, él era un hombre, y por consiguiente, tenía mejor derecho para forzar el camino y la entrada del lugar donde no era deseada su presencia; y en segundo lugar, estaba de siempre acostumbrado a abrirse paso a golpes de dinero. Podía haberlo hecho así con *Mrs.* Trollope, pero su mayor deseo era esquivarla, especialmente desde que había sabido que era *Mrs.* Trollope la esposa de un individuo encerrado en un presidio inglés. Y con los demás sabía que serían inútiles sus intentos. ¿No los había ya hecho cerca de Carol?

Así, pues, según iban paseando, deteniéndose la baronesa de cuando en cuando para reposar su enorme humanidad en el inadecuado bastón de caza, como había visto hacer a otras personas, estaban los dos malhumorados, porque ni el uno ni el otro deseaban estar juntos. Paseaban en silencio o se decían bagatelas semicortesas, que inevitablemente acababan por recaer en hablar del otro grupo, porque en el otro grupo iba Carol, que era con quien los dos querían estar.

La baronesa fue la primera en delatar sus sentimientos, al decir:

—Tengo preparada una gran *posición* para esa *mussassa*, una *posición* con *gran porfenir*. *Tenjo* un *cáparet* en París. Ella sería *márafilioosa* para ser en el *cáparet*; con esos ojos, con esa *personalidad*...

Míster Botlivala alzó ligeramente las cejas. Había presentado el especial interés de la baronesa, pero no lo había comprendido hasta aquel momento.

Un segundo antes había estado a punto de confiarla que Carol era secretamente su novia, pero se arrepintió, pensando que era mejor callarse, al menos sobre aquello. Le confió, pues, otro secreto, en parte para aparecer él mismo más importante e interesante. Y dijo:

—Y sabrá usted que Carol y ese Wainwright estuvieron hace tiempo casados.

Recibió como premio el asombro evidente de la baronesa.

—¿Qué *tice* usted? —preguntó.

—Estuvieron casados y se divorciaron. Me lo ha contado ella misma.

—Ya —dijo la baronesa, y se quedó silenciosa, rumiando.

La noticia explicaba muchas cosas. De hecho lo explicaba todo: el carácter especial de la relación que había entre ambos; que fueran tan íntimos entre sí, y que, a pesar de ello (así se lo habían dicho los criados del pasillo del hotel a la *ayah* de ella), no vivieran juntos. Hasta aquel momento se había pasado un buen montón de horas despierta, tratando de adivinar hasta qué punto Bill Wainwright podría constituir una amenaza para sus planes. Por una porción de detalles había deducido que Carol estaba muy cerca de quedarse sin un céntimo; que no era una cualquiera, y que no había hombre que pudiera comprarla. Para la mentalidad centroeuropea de la baronesa, todo aquello era desconcertante. En cualquier parte, menos en América, una muchacha que viviese como lo hacía Carol sería una aventurera; una aventurera cara, pero una aventurera. Le parecía a la baronesa que Carol vivía más como un hombre que como una mujer, y que a su manera se guardaba a sí misma admirablemente. Lo extraño era que todas aquellas costumbres y cualidades tan desconcertantes la hacían más pintiparada desde el punto de vista de la baronesa. Era exactamente aquello lo que deseaba. Una mujer bella y atractiva, que no perdiese la cabeza y que no fuese susceptible de compra. Era exactamente lo que el establecimiento de París necesitaba. Una mujer de tales condiciones no le había sido posible encontrarla desde que Violeta se casó con aquel senador y se marchó a vivir a la Charente.

Cuando Botlivala se volvió a hablarle, la baronesa estaba estudiando al otro grupo a través de sus impertinentes. Parecía hipnotizada, y le dijo:

—Hay uno modo de *consejir* que esta *mussassa* diga que *pueno*. Si queda sin uno céntimo y sola. ¡Ah!, que diga *pueno* a mí, no a usted, ¿eh?

En el mismo momento, el *maharajah* de Jellapore y Joey surgieron de entre la multitud. El *maharajah* parecía de buen humor. Dijo: «¿Qué hay, Botlivala?», y a la baronesa le dijo: «¿Qué hay, Irma? Veo que se ha pertrechado usted bien para las carreras».

La cara de la baronesa se ensombreció. Los párpados se cerraron hasta la mitad de sus prominentes ojos, de tal modo, que por un momento su cara

pareció exactamente la de una tortuga.

—No llamo Irma, Alteza, llamo Colette.

—Perdón, baronesa —dijo Jellapore con sus ojillos relucientes ante la alarma e indignación de la otra—. ¿Ha tenido suerte?

—No *je* apostado hoy —dijo la baronesa modosamente.

—No —dijo el *maharajah*—. No es buen día. ¿Ha visto usted a la marquesa?

Los párpados de tortuga volvieron a bajar sobre los verdes ojos, y la baronesa dijo:

—¿La conoce?

—Hace quince años.

Esta vez no cambió la expresión en los ojos de la baronesa. Parecieron de pedernal. Y dijo:

—¡Ah!, mucho tiempo.

—Sí —dijo Jelly, invadido de pronto por una tristeza hindú que surgía de sus recuerdos—. Es mucho tiempo. Me dicen que la marquesa es aquí casi un personaje oficial. Ha estado en el palacio del Gobierno y va a pasar una temporada en el palacio del virrey en Delhi.

La baronesa sonrió.

—Alteza, sabéis todo, ¿sí?

—En Bombay es fácil. Bombay no es más que una aglomeración de aldeas. —Y pensativamente, dijo—: La marquesa era una buena chica.

Y luego, viendo que los párpados de tortuga volvían a cerrarse y advirtiendo que ya había conseguido lo que se proponía, dijo:

—Venga conmigo a beber algo.

—Con gusto —dijo la baronesa.

Cuando echaban a andar, el *maharajah* se volvió hacia Botlivala y le dijo:

—¿Dónde está hoy tu amiga la rubia?

Míster Botlivala murmuró:

—Está aquí..., anda por ahí.

—Conoce mucha gente.

Se había propuesto sencillamente hacer saber a *mister* Botlivala que él, por lo menos, sabía que Carol no era suya. La expresión torturada de *Mr.* Botlivala le mostró que lo había conseguido. El *maharajah* no había probado el alcohol en todo el día y sus facultades estaban despiertas. Estaba disfrutando. En otro tiempo hubiera hecho torturar en su presencia a algunos criminales; pero esto no estaba ya bien visto, y tenía que buscar otros procedimientos para divertirse.

En todo Bombay el *maharajah* era una de las dos personas que realmente sabían en qué consistían los negocios de la baronesa. La otra era la marquesa. Sentado en el reservado de su *club*, con la baronesa y con

mister Botlivala, Jelly dejó que una parte de su compleja mente vagase lánguidamente hacia los felices tiempos en los que conoció a la marquesa en uno de los *cabarets* de la baronesa en París. Y con otra parte de su intrincada mente, se reía del pobre Botlivala, que pensaba que al acompañar en las carreras a la baronesa, acompañaba a una gran dama europea con título nobiliario.

Se echó a reír, y como la baronesa le mirara con curiosidad, Jelly dijo:

—Estaba pensando. Después de todo, quizá es usted *de veras* importante.

* * *

Después de la quinta carrera, el tenue aspecto de salud que hasta entonces había presentado desapareció del semblante de Buck. Volvió a ponerse blanco amarillento y el sudor comenzó a traspasar su desaliñado traje. El primero en advertirlo fue Bill, que pensó: «Será mejor no dejarle correr hasta que haya aprendido a andar». Y a Carol le dijo:

—Más vale que volvamos al hotel. —Y como una reflexión tardía, añadió —: Y por el amor de Dios, sacúdete de *Mrs. Trollope*.

Carol se echó a reír.

—Eso es cosa tuya, chico. Contigo está.

—¿Conmigo? ¡Está bueno!

—Como quieras.

Pero cuando miraron en torno suyo, *Mrs. Trollope* no estaba allí.

—¿Nos largamos? —sugirió Bill.

—No podemos. Voy a buscarla. Sienta a Buck a la sombra. Probablemente estará en la taquilla de las apuestas.

Allí la encontró Carol, avergonzada al verse sorprendida en el acto de apostar después de haberle Carol aconsejado que no lo hiciera. Carol pensó: «La muy idiota, en vez de cuidar el dinero que tiene, va a seguir apostando hasta que lo pierda todo». Y a la vez se le ocurrió que *Mrs. Trollope* estaba en camino de convertirse en una lata. Al principio, *Mrs. Trollope* la había causado cierta perplejidad, pero ahora comenzaba a comprenderla. *Mrs. Trollope* era una de esas mujeres que a primera vista dan la impresión de ser muy independientes, como algunos hombres; y luego, poco a poco se descubre que no hay nada de eso. Era de las personas que están continuamente complicándose la vida y que jamás saben resolver sus dificultades sin ayuda ajena. «Es como una sanguijuela», pensó Carol, no sin sentir cierta satisfacción al descubrir en sí misma una perspicacia inesperada.

Comenzó a comprender un poco por qué la maharaní de Chandragar había intentado pegar un tiro a Stitch. Una hermana que siempre está encima y sin un céntimo...

—¿Por qué caballo ha apostado usted? —le preguntó, aunque no la importaba lo más mínimo.

—Por el número seis y por el número dos —dijo *mister* Trollope.

—¿Por consejo de algún enterado?

—No —dijo *Mrs.* Trollope—, es que según mi horóscopo esos son esta semana mis números de suerte.

—Me vuelvo al hotel. Todos nos vamos al hotel —dijo Carol—. *Mr.* Merrill no se encuentra bien.

—Espere hasta que termine esta carrera y me iré con ustedes.

—Había vuelto a su cara la expresión animada y contenta. Estaba segura ahora de que le volvería la suerte si Carol estaba allí a su lado.

—No, tenemos que llevar a Merrill a casa. Yo tampoco me encuentro muy bien (afirmación que evidentemente era una mentira, visto el aspecto radiante que Carol presentaba).

Comprendió que *Mrs.* Trollope estaba dispuesta a pegarse como una lapa. Empezó a sonar el timbre que anunciaba la carrera y *Mrs.* Trollope a dar señales de estar solicitada fuertemente a un tiempo por los deseos contrarios de presenciar la carrera y de no separarse de Carol.

—Vamos, quédese —dijo *Mrs.* Trollope—, solo esta carrera. Luego me iré.

Quizá la única cosa que Carol había odiado en toda su vida era el servilismo y la súplica mendicante. Cuando *Mr.* Botlivala incurría en ello, le suprimía de su presencia durante dos o tres días. Y ahora *Mrs.* Trollope se mostraba servil y suplicante, de un modo que dejaba atrás a *Mr.* Botlivala. Había en su actitud una desesperada intensidad que no dejaba de ser aterradora; era mucho peor que el enfurruñarse y el dar la lata de *Mr.* Botlivala. Carol se sintió furiosa.

Firmemente dijo:

—Me voy.

—No se vaya —dijo *Mrs.* Trollope cogiéndole la mano—. Que se vayan los muchachos solos.

Carol retiró la mano violentamente.

—Me voy —dijo—, la veré a usted mañana.

—¿Qué va usted a hacer esta noche?

—Me voy derecha a la cama.

El timbre que anunciaba la carrera atronaba en aquel momento.

—Vaya, o se perderá usted la carrera.

—¿Y cómo voy a ir al hotel?

La pregunta hizo a Carol sentir ganas de echarse a reír; el vivo retrato de la solidez, la correosa *mister* Trollope, considerándose incapaz de encontrar el camino para volver al hotel. Rápidamente pensó: «Tengo que marcharme antes de tener que darle un cachete». Y dijo en voz alta:

—Vaya y reúnase con Botlivala y la baronesa. Ande, váyase a ver la carrera.

Se había dado de pronto cuenta de que la anormal intensidad de la actitud de *Mrs.* Trollope estaba prestando a su conversación un aspecto que llamaba la atención. Dos o tres personas las estaban mirando. Lo único que quería Carol en aquel momento era irse. Y rápidamente, dijo:

—Telefonéeme usted cuando llegue al hotel.

El cebo dio resultado.

—¡Ah!, muy bien —dijo *Mrs.* Trollope.

Y Carol, mientras se volvía, dijo:

—¡Estúpida!

Encontró a Bill y a Buck sentados bajo el árbol que había junto a la puerta cuando llegó a esta después de la ardorosa caminata que representaba atravesar toda la extensión del reservado. Las aclamaciones al terminarse la carrera se extinguieron. Bill seguía fumando, pero estaba muy pálido y tenía cara de no sentirse bien.

Carol dijo:

—Tu amiga *Mrs.* Trollope se está convirtiendo en una tabarra insoportable.

—No es mi amiga, niña —dijo Bill—; desde que le diste tanta suerte, me ha olvidado.

—Vámonos, a ver si bebemos algo.

Los tres se repantigaron en el taxi con una sensación de alivio. El desasosiego que había turbado, al menos en la superficie, toda la tarde, se disipó al desaparecer *Mrs.* Trollope. Cuando se marchaban, Carol se volvió a mirar el tablero de ganadores. Los números 3, 5 y 7 estaban colocados. Los números de *mister* Trollope ni siquiera aparecían en el tablero. Carol pensó: «Dentro de un par de días estará sin un céntimo».

* * *

En el taxi, Buck se sentía cansado y un poco mareado, y la tensión y la índole de la conversación que había estado escuchando toda la tarde le tenían un poco desconcertado. Era un tipo de conversación que nunca había escuchado, ni aun antes de venir a la India, y le produjo la impresión de ser un intruso desplazado en una reunión. Le pareció que siempre se quedaba a

la zaga. Durante toda la tarde, ni un momento se había dado exacta cuenta de lo que sucedía, ni había entendido, antes de fijarse mucho, nada de lo que se decía. La conversación a la que se había habituado durante diez años era la de los indios o la de los funcionarios ingleses. Con los primeros la conversación tenía que ser siempre sencilla, despaciosa y explícita, porque con gran frecuencia el inglés era para ellos una lengua difícil. Con los segundos ocurría otro tanto, porque en general eran personas de mente más lenta que la suya propia y estaban, además, espiritualmente enmohecidos por su larga residencia en los trópicos. La conversación entre Bill y Carol era de tiro tan rápido que dejaba a su cansado cerebro exhausto por el esfuerzo para intentar entenderles. La mayor parte de las cosas a que se referían no las enunciaban claramente; se limitaban a alusiones, insinuaciones, sobreentendidos. Y cada frase era compacta y vívida, como el habla de un pueblo primitivo. Merrill pensó; «Me parece que he estado demasiado tiempo fuera del mundo. Tendré que esperar algunos días antes de coger velocidad». Y, realmente, el esfuerzo que tenía que hacer para mantenerse al paso de los otros era lo que le agotaba, más aún que el calor o que la excitación del ambiente.

—Va a telefonarme —oyó que decía Carol—. ¿Cómo me las arreglaré para quitármela de encima?

—No contestes.

—Vendrá a mi cuarto.

—No contestes cuando llame a la puerta.

—Es capaz de echar la puerta abajo.

—Podemos irnos a cenar fuera.

—¿Dónde?

—A algún restaurante indio.

—No estoy esta noche para comida india.

—Pues a Green's.

—Se lo figurará.

—Bueno, hija, ¿y qué quieres que hagamos entonces? ¿Que nos tiremos a la bahía?

—No, vamos a Green's. Pero tenemos que ir de prisa y temprano.

Durante breve rato Buck trató de seguirles. Luego desistió y cerró los ojos, pensando solamente en la ducha que le esperaba en el hotel.

* * *

Se las compusieron para escaparse a Green's sin *Mrs.* Trollope, porque acabó por volver al palacio de recreo de Jellapore con la baronesa, Botlivala

y otras tres o cuatro personas para jugar al póker. Bill, Carol y Buck estuvieron largo rato sentados después de comer, en torno de una mesa colocada al borde de la terraza superior, que dominaba la bahía. Era una noche cálida, vaporosa, y la bruma ocultaba Elephanta y oscurecía las luces de los *dhow*s^[51] y de los barcos de cabotaje que iban y venían por el mar Árabe. A cosa de las nueve, sobre los distantes distritos fabriles, detrás de la bahía, una tardía luna llena se levantó como un disco de cobre ardiente.

Era una noche tranquila y apacible, sin brisa ni de tierra ni del mar, y mientras estaban los tres sentados empezaron a sentirse poco a poco impregnados de un sentimiento de paz, la primera paz que tanto Carol como Bill habían experimentado desde su llegada a Bombay. Era una de esas noches en las que parece innecesario hablar, y durante largo rato se sintieron contentos simplemente por estar con tranquilidad sentados contemplando la bahía y las luces y escuchando la música. Mientras estaban allí, la expresión fatigada desapareció de nuevo del semblante de Buck, y cuando empezaron a dirigirle preguntas habló, tímidamente al principio, acerca de la vida que había hecho durante los últimos diez años. No era solo la timidez la que le embarazaba, sino la sensibilidad excesiva que afectaba a todas sus costumbres e instintos de comunicación humana. No era solo que a veces la índole taquigráfica de la conversación de Bill y Carol le dejaba perplejo, sino que se sentía salvaje.

Pero al cabo de poco, su intuición, afilada por el largo contacto con los indios, le dijo que tanto Carol como Bill sentían interés por lo que él les contaba acerca de todo aquel mundo de selvas y aldeanos y gentes abrumadas de pobreza. «Quizá —pensó— lo que para mí es vida cotidiana es para ellos interesante por ser distinto. Para ellos todo esto es novedad».

Prosiguió, alentado por las preguntas y por la expresión de interés que veía en los azules ojos de Carol, contándoles cómo había organizado, partiendo de una pequeña aldea miserable, un movimiento que se estaba extendiendo por toda la India; cómo en tres o cuatro años había cambiado el aspecto de pueblos enteros y el carácter y la ténitura física de la gente que los habitaba. Y no sin asombro, comprobó que Carol y Bill escuchaban absortos sus relatos de cooperativas de aldea que enviaban huevos a Bombay y a Madrás y a Calcuta; de reses vacunas de Karachi y de cabras del Senegal y de gallos Leghorn y de abejas italianas enviadas a remotas aldeas para cambiar toda la vida económica de una región. Les contó cómo habían sido eliminadas las lombrices, y cómo el paludismo, maldición de la India, había sido contenido. Y les dijo cómo todas estas cosas, al ocurrir ante los ojos de los propios aldeanos, habían hecho mucho para combatir la superstición.

Mientras hablaba, el antiguo afecto y la vieja admiración por Buck resucitó

en Bill con toda su intensidad; y mientras la mitad de su atención escuchaba el relato, la otra mitad vagaba hacia el pasado y le hacía pensar: «Quizá sin Buck habría convertido mi vida en un completo desastre hace muchos años, cuando era un chico». Mientras escuchaba, Bill percibió que Buck había experimentado un cambio notable: el azul de sus ojos se había intensificado; tras la tez de cera aparecía otra vez un asomo de color; y comprendió, después de un rato, que nada en el mundo podría nunca arrancar a Buck de sus aldeas, y de sus campesinos, que continuaría su obra hasta el fin, y que hasta el fin trabajaría y combatiría por ellos. Había en sus ojos la expresión de un gran artista; aquel cambio de la India era una cosa que estaba él creando, como un pintor pinta un cuadro o un compositor escribe una sinfonía. Estaba creando un mundo nuevo y mejor. Ahora, Bill vio y creyó lo que el coronel Moti había dicho: que era indispensable que Buck recobrase la salud y viviera, y que nada importaba todo lo demás. Vio también que todas aquellas cosas de que Buck estaba hablando representaban tanto para él que a ellas lo sacrificaría todo. Este pensamiento estremeció de pronto a Bill, porque para un hombre como Buck, al que todo importaba tan profundamente, en las vías de su curación podría haber algo peligroso.

Vio también que había momentos en que Buck parecía hablar solamente a Carol, como si él no estuviese presente; el propio Buck se dio cuenta de ello y se volvió a su amigo para dirigirse a él. Era natural que hablase preferentemente a Carol, no solo por ser mujer, y una mujer bella (lo que por sí solo era peligroso para un hombre como Buck), sino porque ella entendía de cosas de campo. Era pasmoso lo mucho que recordaba de su infancia en aquella lejana Minnesota. Carol hacía preguntas inteligentes y entendidas sobre la materia. Asombraba también que solo con un par de entrevistas ella y Buck se hubieran hecho tan amigos, que en tan poco tiempo pareciesen entenderse entre sí mejor que él y Carol se habían entendido nunca. Y mientras les observaba descubrió nuevamente a aquella misteriosa Carol que no había conocido ni presentado nunca, hasta aquel momento en que la contempló desde la puerta del recargado salón de juego de Jellapore.

En aquel momento Buck estaba otra vez hablando a Carol como si estuvieran solos; y Bill observó a Carol, cuyo rostro aparecía encendido de interés y aun de emoción; relucían sus ojos, y a Bill se le ocurrió una extraña idea. Pensó: «Al hablarle como lo está haciendo, Buck la está cortejando, y es tan inocente que ni se da cuenta de ello». Pero Carol sí se la daba, y no se lo haría nunca comprender a Buck hasta que él por sí mismo lo descubriera. Era visiblemente feliz. Bill pensó: «Es la primera vez que alguien la ha hecho el amor hablándola de pollos y de cabras, en vez de aludir a sus encantos». Y de nuevo sintió miedo por los dos, y se sintió un poco celoso, porque nunca la había visto así.

La exhibición de números de variedades de salón, que comenzó con gran estrépito de música de metal, empezó a destruir, cambiándola, la tesitura de la situación. Comenzó un coro, número ejecutado por seis chicas con piernas muy extrañas, unas gordas, otras delgadas, y algunas musculosas como las del atleta que sostiene a otros siete acróbatas encaramados sobre él. Sus caras eran poco menos extraordinarias: ajadas, deterioradas y no demasiado bien maquilladas. Cantaban con variedad de acentos ingleses, que iban desde el de Mánchester al de Liverpool. Cuando terminaron apareció un malabarista, cuya actuación embellecían algunos chistes malísimos, y luego un fatigado trío de bailarinas lentas, y, por último, otra vez el chabacano coro. Aunque los marineros parecían gustar del espectáculo y aplaudían, era en realidad deprimente, y cuando terminó, la sensación gustosa y apacible de la noche había desaparecido por completo.

Bill preguntó a Carol:

—¿Por qué no has jugado hoy?

—No tenía ganas.

—¿Corazonada?

—No. Miedo de ganar demasiado.

Recordó Bill que había dicho que la intimidaba tener demasiada suerte en el juego. *Era aquello*, por tanto. Volvió a mirarla. Sí, en la expresión de sus ojos vio que era *aquello*. «Afortunada en el juego...».

Se metió la mano en el bolsillo para sacar un cigarrillo, y encontró las cartas que había recogido por la tarde en el hotel. Las había llevado consigo toda la tarde y las había cambiado de una a otra chaqueta al mudarse de traje, sin haberlas leído. Entre ellas estaba el mensaje de la oficina.

—¿No os importa que eche un vistazo a estas cartas? —preguntó—. Se me había olvidado verlas, lo que no está bien en un hombre de negocios.

Abrió la nota de la oficina, y leyó:

«Estimado *Mr. Wainwright*: Acabamos de recibir malas noticias de Hinkle. Ha llegado hoy un mensaje de Saigón que dice que Hinkle está allí en el Hospital francés en grave estado. Parece ser que iba persiguiendo a un tigre herido. El tigre se revolvió y le hirió gravemente. No tenemos más detalles, pero la oficina tendrá a usted al corriente de lo que ocurra. Hemos telegrafiado pidiendo más noticias. La oficina ha llamado hoy al hotel varias veces, pero no se encontraba usted en el hotel, por lo cual enviamos este mensaje, y agradecería que tuviera usted la bondad de decirme cuándo podré verle. El accidente ha sobrevenido en un momento singularmente inoportuno, dadas las reformas y reorganización que se preparan. No quisiéramos continuar adelante sin contar con la aprobación de *Mr. Hinkle* o

de usted.

De usted afectísimo,

ALBERT K. SMITHERS».

La primera reacción de Bill fue de sentimiento por Hinkle. El pobre hombre, para descansar de su incesante trabajo había salido unos días de vacaciones, y solo había logrado caer bajo las garras de un tigre. Ante tal contingencia resultaba clara la significación de la nota en relación con él mismo. Quería decir que no podría marcharse en un par de semanas. Quería decir que tendría que quedarse en Bombay hasta que Hinkle se restableciera o hasta que llegase otra persona a ocupar su puesto. Smithers no era el indicado para ello. Era perfecto en cuanto a dar detalles y a llevar libros y a disciplinar a la horda de dependientes *babú*, pero en cuanto a tomar iniciativas o resoluciones era imposible que lo hiciera, porque al pobre hombre le aterraba la responsabilidad. En todo caso, siempre allí enterrado entre libros y empleados de poca categoría, no podía entender nada sobre las guerras del petróleo ni sobre grandes manejos comerciales y demás cosas de esa índole. No, hasta que ordenasen venir rápidamente a algún otro empleado trasladándole de otra oficina oriental, Bill no podría menos de quedarse en Bombay, lo que representaba una permanencia de por lo menos uno o dos meses.

De momento no hubiera sabido decir si esto le alegraba o le fastidiaba. Hasta aquel momento siempre había esquivado sin reservas las responsabilidades; y ahora le caían encima, llovidas del cielo, responsabilidades de las que no podía escapar. Su impulso espontáneo fue marcharse de Bombay tan de prisa como pudiera, no por eludir sus responsabilidades, sino porque no se encontraba a gusto. Bombay esta vez no había sido lo mismo; todo había resultado revuelto y poco satisfactorio, y excepto un par de raros momentos, perfectamente aburrido y sin interés. En el fondo de todo ello había una curiosa sensación de temor y presentimiento, que reconocía ahora haber comenzado en el momento en que aquel hombre había muerto aplastado a sus pies, cuando desembarcó. No es que Bill fuese supersticioso; era solamente que aquella muerte súbita podía ser de mal agüero. Luego había ocurrido lo de Hinkle, un alto empleado de la Compañía, herido del modo más inverosímil en lo alto de la remota selva birmana.

«Estas cosas vienen siempre por grupos de tres», pensó agitadamente, y en seguida se dijo: «Esto me huele mal».

Dio la vuelta a la carta de *Mr.* Smithers y escribió al dorso un cablegrama

para Nueva York, dirigido a su padre. Decía así:

«Hinkle, gravemente herido por tigre durante vacaciones. *Stop*. Sugiero traslado Downes, Singapoore, o Helman, Batavia, ejecutar reorganización. *Stop*. Sin novedad; cariñosos saludos.

BILL».

Mientras lo leía se dio súbitamente cuenta de que no tenía la menor gana de permanecer en la India. Alzó los ojos del papel y miró a Carol y a Buck. Se estaban riendo. Carol contaba cosas de la vida en la granja de Minnesota.

Bill pensó: «Menos mal si Carol no empieza con cuentos de los suyos. Porque a Buck le herirían profundamente». No porque hubieran de escandalizarle, sino porque en toda su vida no había conocido a mujer alguna que se expresase con aquella despreocupada libertad.

Con una sonrisa pesarosa vio que ambos estaban prescindiendo de él por completo. Así, pues, sacó tranquilamente del bolsillo las cartas y se puso a leerlas. Solo dos tenían importancia o interés. La una era de su padre, quien le felicitaba por los informes que había recibido sobre la labor realizada por Bill en Estambul y Alejandría. La carta decía:

«Siempre supe que tenías algo en la cabeza. Ahora que la has sentado, mantente firme. Conseguir lo que uno se propone es la única satisfacción verdadera en la vida».

La carta estaba escrita por su padre, de su puño y letra, con su anticuada escritura muy perfilada; verla le produjo a Bill una súbita oleada de afecto hacia el viejo, no de un afecto filial, sino el que se puede sentir por un personaje sin relación con uno mismo. El viejo había sido duro y exigente, pero antes que con nadie, consigo mismo. No se había permitido nunca la menor diversión, a no ser que el edificar toda su fortuna y poderío le hubiese divertido; en todo caso, no era aquel el concepto que Bill tenía de lo divertido. Ni siquiera se había casado hasta después de los cuarenta años; así que cuando llegó Bill, resultó que había como dos generaciones entre ambos. El padre era el viejo político con patillas, gran visionario, industrialista; y el hijo era muy diferente. «Ha sido siempre como mi abuelo», pensó; como si su propio padre hubiese muerto sin haberle conocido. La frase estereotipada,

tópica, «Hacer lo que uno se propone es la única satisfacción verdadera en la vida», volvió una y otra vez a su mente, como si se le hubiese ordenado escribirla quinientas veces como castigo.

La otra carta era de una mujer, y procedía de Londres. Bill había estado encaprichado por ella y lo había pasado con ella bien, pero no había vuelto a pensar en ella desde que embarcó en Marsella, adonde fue para despedirle, haciendo todo el trayecto desde París con un viento helado. La carta decía:

«Desde que te has ido no he pasado ni un momento alegre. He estado dos veces en París, pero sin ti, cariño, está tan aburrido como Londres. Por Dios, escíbeme. Me encuentro abatida porque Hugh sospecha. La otra noche me armó una de sus escenas y me dijo que estaba enterado de todo. Y debe, en efecto, de saber algo, porque esté enterado de lo del Hotel Lotti. Dijo que se va a divorciar, y te mencionó a ti como segundo culpable. No te alarmes; te escribo lo que dijo. Pero no se moverá mientras yo tenga el dinero. Pero será mejor que no me escribas aquí. Hazlo a nombre de mi tía, *lady* Bronsholme, Stow Terrace, Regent's Park. Mi tía es teósofa y nunca sospecha de nadie ni de nada, porque sospechar perturbaría su estado espiritual. Espero que el gobernador y el virrey se porten bien contigo. Les escribo a los dos para que te inviten a almorzar. Perdónamelo, pero he pensado que convendría que tuvieses atenciones oficiales. El gobernador es buen amigo mío».

Bill rompió rápidamente la carta, hizo con los pedazos un pequeño montón en el cenicero y les prendió fuego, pensando: «Bueno, esto es lo que me faltaba; precisamente cuando me estoy regenerando, que salga mi nombre en un proceso de divorcio en Londres».

Entonces Carol se volvió hacia él y dijo:

—¿Qué es esa fogata?

—Una carta de una chica.

Empujó hacia ellos la comunicación de Smithers, y ambos la leyeron mientras Bill les observaba. Carol se dio cuenta en seguida.

—Esto significa que tienes que quedarte en Bombay.

—Aun no lo sé. ¿Tienes ganas de que me vaya?

—Sí y no —dijo Carol.

—¿Lo que significa?

—Nada, sino que me gusta tenerte cerca.

—Gracias.

Carol se puso de pie.

—Bueno. Hora de acostarse.

—Bueno, ¿y tú, Buck?

—Estoy listo.

—Hemos tenido mucha suerte esta noche.

—¿Por qué? —preguntó Bill.

—*Mister Trollope* no ha venido.

—Sí —dijo Bill sonriendo—, una noche libre siempre agrada.

Bill pagó la cena y los tres echaron a andar lentamente bajo la cálida luna hasta la Puerta de la India, y luego regresaron por el mismo camino antes de dirigirse al Taj. Cuando llegaron al hotel, Bill preguntó:

—¿Queréis tomar algo?

—Yo, no —dijo Carol.

—Ni yo —dijo Buck—. Tengo bastante sueño.

—Bueno. Yo voy a poner un cable.

Y entonces, con el rabillo del ojo vio a la baronesa que venía hacia él. Estaba con ella un hombrecillo de desaliñado aspecto y ojos extraños que le daban siniestra expresión. La baronesa le dijo unas palabras, y luego se volvió súbitamente y pareció interesada contemplando un estante lleno de libros de viajes. A Bill le pareció que no tenía el aspecto de ser persona a la que interesase demasiado leer.

Por lo visto, la baronesa estaba de buenas. Les dijo que ella y Botlivala y *Mrs. Trollope* habían vuelto al palacio de recreo de Jellapore para tomar unos cócteles, y se habían quedado a jugar. Esta vez habían ganado ella y Botlivala.

—¿Y *Mrs. Trollope*? —preguntó Carol.

—La hemos dejado allí.

—¿Ganaba?

—No —dijo la baronesa, con una extraña sonrisa que parecía la de una tortuga—. Estaba a perder.

—¿Mucho?

—*Pastante*. Sí.

Entonces, por eso no había aparecido en Green's.

La baronesa tenía una idea:

—¿Por qué no *jamos toodos* al palacio del *maharajah*?

Pero Bill rehusó, y los otros dos estuvieron conformes. Le dieron las buenas noches y Bill marchó a poner su cablegrama, mientras Carol y Buck subían a sus habitaciones. Cuando Bill volvió al ascensor vio que la baronesa había vuelto a reunirse con el hombrecillo desaliñado. «Es un mestizo», pensó Bill. «Y no es la clase de persona que se esperaba encontrar con ella». Mientras subía el ascensor, Bill sonrió, pensando: «Quizá *Trollope* tiene razón. Quizá es una espía». Le llamó de pronto la

atención darse cuenta de que la baronesa había mostrado visible satisfacción al decir que *Mrs. Trollope* estaba perdiendo.

Al llegar a la habitación, Bill despidió a Silas para que pudiese marcharse, porque sabía que de otro modo se pasaría la noche tumbado en el suelo delante de la puerta del cuarto, y porque se preguntaba qué especie de vida doméstica sería la de un criado, puesto que parecían estar en funciones veinticuatro horas diarias.

Bill se sentía aquella noche fatigado e inquieto, no sabía por qué, como no fuera por la perspectiva de tener que quedarse en Bombay. Pero podía haber otra razón, y sinceramente se confesó a sí mismo que aquella otra razón solo podía ser una: Carol, No era que todo el asunto fuese a empezar otra vez desde el principio; no era que fuese a resucitar el pasado. Era algo nuevo que no había experimentado antes, que le ponía los nervios de punta y que le hacía sentirse impaciente e irritable por motivo tan sencillo como la forma en que ella hablase a alguien o como la expresión que tuviese en sus ojos. Bill pensó: «Pero ¿qué demonios es lo que me pasa?», e inmediatamente trató de descartar todo el asunto atribuyéndolo a un ataque de «nervios indios». Carol no le hacía perder la serenidad anteriormente; y ahora, en los últimos días, le hacía perder la serenidad de pronto, en relámpagos que pasaban rápidamente. Al intentar descubrir la razón de ello le pareció como si ella hubiese cambiado, como si hubiera momentos en que le trataba a él como una persona mayor trata a un niño; como si un poco cargada, le dijese: «De esto tú no entiendes. Los niños ven, oyen y callan». Como si ella tuviese un gran caudal de conocimientos o de experiencia que no tuviera él; como si ella tuviese una especie de secreto y se burlara de él ocultándoselo.

«Después de todo —pensó mientras se desnudaba—, no sé por qué se da tanta importancia. Yo seré lo que se quiera, pero no nací ayer».

Tiró a un rincón toda la ropa que se había quitado para que Silas la recogiese al día siguiente por la mañana y la enviase al *dhobi*. Se puso entonces un pijama, y dirigiéndose a la puerta de la habitación de Buck llamó a ella suavemente. No quería despertarle, pero tenía ganas de hablar, y por primera vez se sentía hacia Buck en la disposición de los antiguos tiempos. Toda la sensación de lejanía, toda la tirantez, había desaparecido.

Estaba a punto de volverse hacia la cama, cuando oyó la voz de Buck que decía: «Adelante».

—¿Tienes sueño? —preguntó Bill.

—No, no me duermo fácilmente.

—¿Qué tal te encuentras?

—Mucho mejor, gracias.

Bill se sonrió.

—¿Resulta eficaz el plan de curación?

—Hasta ahora, parece que sí.

—No te contengas; haz cuanto te venga en gana. Ese es todo el truco.

—Pues eso es lo que trato de hacer.

—¿Y qué tal resulta?

—Muy bien hasta ahora. Estoy un poco desconcertado.

Bill se sentó en una butaca junto a la cama.

—¿Por qué? —preguntó.

—Por toda la gente que he conocido. No he visto hasta ahora nunca nada de esa especie.

—Afortunadamente, no hay muchos como la baronesa y Botlivala.

—Carol me encanta.

—Sí, es una buena chica. La conozco hace mucho tiempo.

—Pero yo no había conocido nunca ninguna mujer como ella.

Bill se echó a reír.

—No, ya lo supongo.

—Todas las mujeres que había conocido parecían iguales, hechas con el mismo molde. Todas eran o demasiado fáciles de conocer o demasiado difíciles.

—Es verdad —dijo Bill—. Carol en eso es diferente. Le gusta la gente y le gusta que la gente lo pase bien.

Buck se quedó un rato callado; y Bill, en medio de la oscuridad en que estaban, se sintió de pronto en tranquila calma. En el fondo de su mente surgió una curiosa idea: que Carol y Buck eran ambas personas sencillas, y que él, por comparación, era complejo, amigo de complicaciones y de escapar luego de ellas; aficionado a la gente, pero manteniéndola siempre en realidad a cierta distancia. «Quizá, pensó, Carol tenía razón en lo que decía sobre mí». Lo que Carol le había dicho mientras comían aun le producía en su interior reconcomio.

—Voy a ir mañana a ver a Alí —dijo Buck de pronto.

—Antes tienes que ir a encargarte ropa. No puedes frecuentar la vida elegante vestido como lo estás.

—Bueno —dijo Buck—. ¿Crees que le gustaría ir conmigo?

—¿A quién?

—A Carol, a *Miss Halma*.

Bill se echó a reír.

—No la trates con tanta ceremonia. Con Carol, no hace falta.

Sabía que Buck se había ruborizado y añadió:

—Desde luego le gustará ir contigo, si puedes conseguir que se levante de la cama. No es aficionada a madrugar.

—¿Quieres preguntárselo?

Bill volvió a reírse.

—Pregúntaselo tú mismo. Ya eres mayorcito.

—Es que no quiero que piense que precipito las cosas; ni quiero tampoco aburrirla.

Tras un breve silencio, Bill dijo:

—No la aburrirás. ¿No tienes ojos? ¿Es que no entiendes nada de mujeres?

—No —dijo Buck—, no entiendo, la verdad, ni pizca.

—Pues puedes preguntárselo, pero no creo que consigas que se levante pronto.

Bill se puso de pie y posó la mano sobre el hombro de Buck. La de su amigo estrechó la suya.

—De todos modos —dijo Bill—, me alegra que hayamos vuelto a encontrarnos. Hemos de evitar volver a perdernos de vista.

—Sí —dijo Buck—, y gracias.

—Gracias, ¿por qué?

—Por preocuparte de mí.

—No seas idiota. Buenas noches. A ver si puedes dormirte.

Volvió a su habitación, cerró la puerta y apagó la luz. Pero no se dormía. Se encontraba muy incómodo en la dura cama. El calor parecía pesar sobre él. El *punkah* rechinaba con un rechinar fastidioso, como el sonido que hace un murciélago. Empezó a preocuparse —«Bill-buen-humor», que nunca se preocupaba—, acerca de Hinkle, acerca de la necesidad de quedarse en Bombay, acerca de aquella carta de Inglaterra que había quemado en el cenicero del Green's. La frase tópica en la carta de su padre le pareció escrita con letras de fuego en la pared de la habitación: «Alcanzar lo que uno se propone es la única satisfacción duradera en la vida».

Ensayó entonces varios métodos para dormirse, pero todos fracasaron. Hacia las tres de la mañana se enfrentó con el motivo de su desasosiego y se dio cuenta de él. Tenía miedo.

* * *

En el inmenso hotel había, por lo menos, otras tres personas que tenían miedo. En el piso cuarto, la baronesa en su habitación se desnudaba lentamente, hasta quitarse el corsé, que al desabrocharse dejó en libertad el grasiento corpachón. A la pálida luz de la única bombilla encendida se quedó un momento contemplando su imagen en el espejo: la imagen de una tortuga vieja, con la cara absurdamente maquillada y un cuerpo fofo y protuberante.

—Ahí estás —dijo hablándose a sí misma en checo—, fea como el

pecado. Lo único que tienes es cabeza. Pero contra esa nada pueden; no pueden nada. Cada uno tiene sus armas y su sistema.

Era un truco que había aprendido mucho tiempo antes para restaurar su fortaleza cuando se sentía cansada o temerosa. Solo había en el mundo dos cosas que la intimidasen. Al contrario de otras mujeres, nunca había tenido belleza que perder. La muerte no la asustaba y nunca había estado enferma. Lo único que temía era perder su dinero o ir a la cárcel. En la cárcel no podría utilizar su cacumen ni tejer conjuras. En la cárcel se asfixiaría. Una vez, hacía mucho tiempo, antes de ser rica y poderosa, había estado tres meses en la cárcel de Viena. La cárcel era limpia y decorosa. No era eso lo que la importaba, sino el horror indecible de estar encerrada. A veces, por la noche, se despertaba y se pasaba horas desvelada, pensando en aquel especial horror de los horrores, y le parecía entonces asfixiarse poco a poco.

Ahora estaba otra vez atemorizada por los dos únicos terrores que la conmovían. Había malas noticias de Europa, noticias que cada día parecían ser más temerosas. A su mente astuta, con ocasionales toques de sapiencia, le parecía que Europa había caído en manos de locos, que todo un continente estaba regresando a una especie de salvajismo primitivo. Para ella, una civilización que no respetase el dinero era una civilización degenerada y sentenciada a muerte. Desde hacía diez años había estado trasladando su dinero de uno a otro sitio, recorriendo un círculo incesante: Amsterdam, Berlín, Francfort, París, Roma, Viena, Estocolmo. Ahora, Viena, Berlín, Roma y Francfort habían quedado eliminados; y en Inglaterra y en Francia, los impuestos estaban empezando a equivaler a una confiscación. Pronto no quedaría otro sitio que América, y según decían, también América estaba empezando a llevar a la práctica ideas socialistas.

Sintió de pronto súbito deseo de llorar, compadecida de sí misma, pero en sus ojos de tortuga no había lágrimas, ni aun por sí misma. No había llorado hacía treinta años. ¡Todo aquel dinero hermoso y admirable que había amontonado y guardado durante cuarenta años, todo el poder que representaba, el único poder al que ella podía aspirar...! Y ahora, el mundo entero parecía conspirar para arrancárselo.

Y el otro terror se relacionaba con el hombrecillo desaliñado que había venido a verla. Había traído malas noticias: decía que un desconocido le había hablado en un restaurante indio y le había hecho preguntas embarazosas sobre su ocupación y sobre su amistad con la baronesa. Esto podía no significar nada o podía significar (y la baronesa esquivaba la palabra) arresto y prisión. Pensó: «¿Quién podía en Bombay estar enterado? ¿Quién podía haberles dado antecedentes?». Solo el *maharajah* y la marquesa sabían algo, y el *maharajah* no sabía nada que pudiese acarrearla complicaciones; nada, sino que ella había sido en un tiempo propietaria de la

casa de la Chaussée d'Antin, y en eso no había peligro. Además, el *maharajah* era demasiado holgazán y buena persona para acarrearle trastornos. Solo la marquesa sabía algo susceptible de acarrearlos realmente.

Los ojos de tortuga se pusieron duros como acero. La marquesa era un ser diabólico e ingrato, después de todo cuanto había hecho por ella. Nunca hubiese ella pescado a aquel simplón vejete italiano, nunca se hubiese casado con él, si no hubiera sido por cuanto la baronesa hizo en favor de ella. En conclusión, resultaba confirmado que nunca se debe confiar en gente como la marquesa. Atemorizada, la vieja volvió a mirar en el espejo su repugnante imagen y se dijo: «Eres fea como el pecado, pero tienes cabeza. Ninguno de ellos podrá más que tú».

Apagó la luz y se echó en la cama, pero no se durmió. Estaba fatigada y se sentía vieja, y nunca, durante toda su vida de ave de rapiña, se había sentido tan sola.

* * *

Un piso más arriba y unas cuantas puertas más allá, *mister* Trollope entró en la habitación un par de horas después de haberse acostado la baronesa. Había bebido demasiado champán y se sentía muy triste. Había querido conservar firme la cabeza y no beber champán, pero había tomado una copa o dos para animarse, y a continuación había ido de mal en peor. Y una vez roto el hielo, siguió bebiendo para ahogar su desasosiego acerca de Carol, de la que no sabía dónde estaba ni lo que estaba haciendo. Dudas, temores, miedo, la estuvieron asediando durante todo el tiempo que pasó jugando; perdió dos grandes *pots* por estar pensando en Carol en vez de pensar en el póker. Había ido al palacio de Jellapore para recuperar lo perdido en las carreras, y no había hecho más que seguir perdiendo.

Pero lo peor de todo fue que hacia medianoche había levantado los ojos de la mesa y había descubierto que su hermana, la maharaní, aquel pájaro de mal agüero, estaba de pie junto a Jellapore, observando el juego. Había en aquel momento un *pot* importante. Tenía ya en él *Mrs.* Trollope tres mil cuatrocientas rupias; y en la mano un trío de damas.

Aceptó el envite de la baronesa y vio que la vieja, con un triunfante resplandor en sus ojos verdosos, descubría tres ases. Oyó entonces reír a su hermana; y los nervios tirantes de su cuerpecillo fatigado la hicieron saltar, y sin poderse contener, dijo:

—¡A ver si te callas, asquerosa!

Era precisamente lo que la maharaní deseaba. *Stitch* Trollope, había

tenido siempre el pensamiento más rápido que Nelly Chandragar, y en aquel momento Nelly se daba cuenta de llevar ventaja. Stitch estaba aturdida, y ella misma, Nelly, aparte la habitual pesadez mental de la embriaguez, estaba completamente serena. Por una vez, le llevaba ventaja a su hermana; la ventaja que había estado aguardando durante años. Y con pérfida tranquilidad, dijo:

—La que tiene que callarse eres tú, borracha.

Mister Trollope dijo:

—¡Por cada día que yo esté borracha lo estás tú tres!

—¡Eso es una mentira cochina! Y no vuelvas más a mi casa después de largarte sin dar siquiera las gracias.

—¿Las gracias, por qué?

La baronesa entonces, ansiosa de continuar jugando para aprovechar su buena racha, dijo:

—*Pueno, pueno*. Seguir juego.

Pero Jellapore no tenía ganas de seguir jugando. Le divertía más la pelea que el juego, y dijo:

—No, déjelas que sigan. Han estado no sé cuántos años queriendo morderse la una a la otra. Déjelas desahogarse.

—Quizá tengo que darte las gracias por haber querido pegarme un tiro — dijo *Mrs. Trollope*.

—No quise pegarte un tiro. Quería solamente ver si podía meter algo de sentido común en tu cabeza. ¡Vamos! Siempre mendigando a mi alrededor cuando estás en las últimas, tú y el estafador de tu marido.

En la cabeza aturdida de *Mrs. Trollope* el cuarto empezó a dar vueltas del modo más extraordinario. La baronesa, el *maharajah*, su hermana Nelly y los grandes candelabros, todo junto y revuelto se resolvía en un monstruoso torbellino de sonidos y de colores. Se sintió estallar. Asomaron lágrimas a sus cansados ojos ardientes, y gritó:

—¡Cállate, infame!

Luego, de pronto, su cuerpo obedeció a su confusa voluntad; se levantó de la mesa y salió precipitadamente, y llorando, de la habitación. No dejó de correr hasta haber salido a la calle y haber dicho al portero que avisara a un taxi de la fila de buitres que siempre se reunían al reclamo de las luces en el palacio de recreo de Jellapore.

Durante todo el camino hasta el hotel fue llorando histéricamente; al llegar arrojó un billete de diez rupias a las manos del buitre, y, sollozando aún, corrió a través del turbulento vestíbulo hasta el ascensor. Sola al fin, en la seguridad de su cuarto, recobró el dominio de sí y se sentó en una silla junto a la ventana que daba a la calle. La explosión de llanto la había serenado, y su fatigado cerebro comenzó otra vez a trabajar con cierta claridad. Le

parecía ahora haber estado ebria durante todo el día, ebria desde horas antes de haber probado el champán. Se había levantado por la mañana para ir al Banco Barclay y dejar allí algunas de las rupias que día tras día había llevado metidas de cualquier manera en su maltrecho bolso. Se había levantado diciéndose a sí misma que había llegado la hora de ser sensata; y había sido al ir a realizar su propósito cuando, en la entrada del hotel, había visto a Carol reunirse con aquel «misionero» y entrar con él en el ascensor. Con extraordinaria claridad veía ahora que aquel había sido el momento en que había empezado su mala racha. Contempló cómo el ascensor se los tragaba a ambos, y desde aquel momento en adelante, algo que estaba por encima y más allá de su sentido común y de su voluntad se había apoderado de ella. Había estado luchando durante cerca de una hora para no seguir a Carol y a Merrill; había estado intentando esforzarse para hacer lo que se había propuesto; pero al fin había acabado por subir.

Tan pronto como entró en la habitación y vio a Carol, a Bill y a Buck, comprendió inmediatamente que allí no se la recibía con gusto. Fueron corteses con ella, pero la echaron. Y de nuevo se propuso salir, pero de nuevo no lo logró. Se había quedado, había ido con ellos a las carreras, había tenido una conversación desagradable en el camino con Bill, que siempre había parecido ser su amigo. Y luego había jugado contra el consejo de Carol y había perdido, y había vuelto a jugar y a perder, y había ido luego al palacio de Jellapore y había seguido perdiendo y bebiendo demasiado champán, y había tenido aquella escena con Nelly. Y ahora estaba otra vez sola en su habitación contemplando la calle.

No era la primera vez que estaba sola y sentada junto a una ventana mirando hacia la calle. Le había ocurrido otras cien veces; ya en París, aquí, allá, casi por doquier en el mundo; siempre había sido lo mismo. Todo solía comenzar bien, y luego, precisamente cuando estaba haciendo nuevas amistades en un mundo distinto, que no la conocía ni sabía nada de Jim Trollope, precisamente cuando su vida empezaba a mostrar señales de orden y de decoro, todo se derrumbaba, su vida se deshacía otra vez, y otra vez se encontraba sola. Cada vez que esto sucedía se encontraba un poco más sola.

Pensó: «Tengo una maldición sobre mí. No es tanto lo que ambiciono: solamente ser amiga de Carol y aprovecharme de la suerte que me da». De pronto comprendió en qué consistía la embriaguez: que en muy poco tiempo Carol había llegado a serle necesaria. La animaba, le daba suerte. Cuando Carol no estaba delante, un velo gris parecía envolver todo el mundo circundante. Las personas presentes la aburrían hasta aborrecerlas. Había bebido demasiado champán y había perdido al póker todo aquel precioso dinero simplemente porque había aborrecido cuanto tenía a su alrededor y

no había podido pensar sino en lo admirable que había sido aquella otra noche en la que ella y Carol tomaban a medias las bancas en el *chemin-de-fer* y ganaban siempre. Y durante todo el tiempo, en lugar de estar fijándose en el juego, había estado pensando en que, ausente Carol, no podría ganar.

Recordó que el adivinador le había dicho que había dos hombres, uno rubio y otro moreno, que se interponían entre ella y su suerte. Sabía que el moreno era *Mr. Botlivala*, pero su instinto la decía que Botlivala era un ser insignificante y sin peligro. Era el hombre rubio el que se había interpuesto entre ella y su amuleto, Carol, pero no sabía si era Bill o Merrill. Después de pensar confusamente en ello largo rato decidió que tenía que ser Bill; y se dijo que su instinto le había revelado la verdad cuando disputó con él en el taxi. Sabía también, especialmente después de los fragmentos de chismorreo que había oído en las carreras, que Carol y Bill habían estado casados. Era Bill el que la estorbaba. En aquella oscuridad de su habitación, la habitación misma, el hotel y todo Bombay se le aparecían ahora como una trampa, como una prisión de la que no podía escapar. Cuando se sentía asustada se removían en ella las supersticiones. Ahora tenía una sensación de estar perdida, de estar predestinada a un fin tremendo, del que no había escape. Había estado combatiendo para eludirlo durante largo tiempo, durante años, *siempre* en realidad, desde que su padre la había enviado al colegio de Inglaterra para que aprendiese a ser «una señorita». Había estado combatiendo contra ello durante más tiempo aún: desde que era una niña pequeña. Y ahora estaba fatigada, demasiado fatigada para seguir luchando.

Más arriba, al otro lado del hotel, Carol se desnudaba lentamente. Estaba pensativa y se sentía notablemente tranquila y serena a aquella hora de la noche. Le parecía haber pasado largos años sin haberse ido a la cama de aquel modo antes de las dos de la mañana. Lo curioso era que no parecía importarle. Se sentía tranquila y apacible; parecía haber desaparecido de ella toda inquietud. Era una grata sensación; había en ella un sentimiento de seguridad, aunque no podía adivinar por qué, y también de calma y de apaciguamiento. Pensó: «En este momento me parece perfectamente posible irme a la cama antes de las dos y dormirme».

Mientras se desmaquillaba ante el espejo, pensó mirando su preciosa cara: «Bueno, chica, ese muchacho Merrill es el muchacho más encantador que has encontrado en tu vida. Pero no seas demasiado buena con él, o te buscarás complicaciones. Los niños buenos como ese son los más duros de pelar cuando llega el momento de sacudírseles, cuando quiere una quitárselos de delante. Son bastante más porfiados que los Botlivala y que los viejos verdes. Así que anda con ojo, chica».

Se dijo que no se parecía a ninguno de los hombres que había conocido antes, al menos desde que había salido de Minnesota. Le parecía que todos

los demás eran demasiado complicados. O venían a ver lo que sacaban, o no, pero la diferencia era pequeña. En el primer caso había que tener cuidado con ellos; y en el otro, la relación con ellos venía a ser la misma: una serie de chistes y ocurrencias ligeramente subidos de color. Bill era el único hombre, de los que ella había conocido, que era una mezcla de las dos cosas. Por eso se había casado con él. Y por eso tenía para ella una atracción especial que no era quizá amor, pero que no por eso dejaba de ser un sentimiento enteramente diferente del que había experimentado ante otros hombres.

«Bill es un encanto», pensó, «si pudiera seguir siempre siendo como es...».

Pero lo curioso era que últimamente él no parecía satisfecho con ser como era. Estaba irritado y quisquilloso. Bill se conducía como si estuviera celoso. Y se le ocurrió una idea inesperada.

«Bueno, pensó, no es posible que sea eso. No puede ser eso, porque después de todos estos años no es posible que tenga celos». Y la idea era tan divertida que se rio a carcajadas.

Por último, se levantó del tocador, sintiéndose en extremo virtuosa, porque a la mañana siguiente se despertaría, por primera vez en muchas semanas, con la cara desmaquillada y cubierta de crema, en vez de polvos y de *rouge*.

Antes de apagar la luz y de meterse en la cama, cerró la puerta con llave, por si acaso a *Mrs. Trollope* se le ocurría volver tarde y sentir el capricho de venir a hacerle confidencias. Se daba cuenta de que *Mrs. Trollope* estaba en su punto para hacer confidencias. Las señas eran mortales, y si algo había que Carol encontrase insoportable, era tener que escuchar los lamentos y relatos de calamidades de otra mujer. En realidad, estaba comenzando a descubrir en *Mrs. Trollope* una porción de cosas que la hacían más interesante como personaje, pero menos deseable como amiga.

Y después de apagar la luz y de meterse en la cama, hizo algo que en ella era extraordinario. Cerrando los ojos, volvió de pronto su memoria hacia su remota infancia piadosa, y dijo con voz apagada: «Dios mío, gracias por todas las cosas buenas que he tenido en la vida, y ayúdame a poner las cosas en buen orden». No rezaba por temor, rezaba por agradecimiento, porque se sentía extraordinariamente feliz y contenta.

* * *

Cuando Bill se despertó, lentamente, incómodamente, en medio de un gran calor, se levantó y fue a llamar a la puerta de Buck. Al no obtener

respuesta, le asustó de pronto el temor de que al abrir la puerta pudiese encontrar a Buck muerto en la cama. Pero cuando entró, el cuarto estaba vacío. Entonces se acordó de que Buck había dicho que iba a salir temprano para ir a ver a Alí y al coronel Moti. Y pensó también: «¿Por qué no me ha despertado?». Y casi inmediatamente: «¿Se habrá llevado con él a Carol?». La idea le hizo sentirse de pronto suspicaz y desasosegado; casi como si entre los dos tuvieran urdida contra él una conjura. Los muy indecentes podían haberle avisado; la expedición, yendo los tres, hubiera sido divertida.

Inmediatamente después se avergonzó de sí mismo, pensando que se estaba conduciendo como un chiquillo más que como un hombre hecho y derecho, que pese a todo, sabía sin duda alguna andar por el mundo. Pero el desasosiego no desaparecía; se cernía sobre él mientras se estaba vistiendo y daba a Silas las órdenes pertinentes.

No le gustaba el modo como Silas le miraba, con miradas de soslayo y como secretas, como si se diese cuenta de que Bill en su interior tenía algo que no andaba derecho. Y pensó: «Estos malditos indios todo lo huelen». Por un momento sintió un violento deseo de decir a Silas que se metiera en sus cosas, pero inmediatamente comprendió que con decir esto no haría sino ponerse en ridículo. Silas afectaría sencillamente no saber de qué se le hablaba. Adoptaría una actitud humilde y contrita, y se pintaría en su negra cara una expresión beatífica, pero la expresión no alcanzaría a sus negros ojos. Sus ojos seguirían burlones; era el procedimiento por el que un gusano, un miserable criado indio, podía revolverse contra uno, burlarse, atormentarle a uno, y no por odio, sino porque la raza de que él descendía era infinitamente más vieja que la de uno; así que de los negros ojos de un criado intocable salía, de cuando en cuando, el resplandor de una mirada de desprecio y superioridad.

Apresuró el vestirse para desembarazarse de los negros ojos acusadores de Silas, de aquellos ojos que decían: «Estás siendo un perfecto imbécil». Apenas hubo Silas salido de la habitación, Bill corrió al teléfono y llamó a la habitación de Carol.

Nadie contestó. Preguntó a la portería, y el empleado dijo que Carol había salido muy temprano, alrededor de las ocho y media, y Bill, contra su voluntad, preguntó:

—¿Sola?

—No —dijo el empleado—, ha salido con *Mr. Merrill*.

Bill se volvió pensando: «Bien, me han dado esquinazo». El intolerable calor le estaba ya poniendo irritable, y se dijo: «¡Que se vayan al diablo los dos! ¡Me voy a trabajar!».

Llamó por teléfono a Smithers, y Smithers le ofreció ir inmediatamente al hotel, pero Bill rehusó. No le gustaba trabajar allí como un jefazo y tener al

servil Smithers al retortero.

—No —dijo—, voy yo a la oficina.

Cuando bajó, encontró un cablegrama que acababa de llegar para él. Mientras lo abría se dio cuenta de que le temblaba la mano, y pensó: «Está visto que no es bueno regenerarse. Es la única noche que no he bebido y estoy con los nervios de punta».

El cablegrama decía:

«Dispongo te hagas cargo funciones Hinkle hasta curación. *Stop*. Ponte inmediato contacto oficinas Calcuta y Madrás. *Stop*. Excelente oportunidad conseguir gerencia Oriente. Saludos,

ANSON W. WAINWRIGHT».

Bill arrugó el cable y dijo: «Al diablo». Era muy de su padre aquello de firmar no «padre» o «papá», sino «Anson W. Wainwright». El negocio era el negocio. Nada de corazón en los negocios. Así que el viejo pensaba que a él podría gustarle la gerencia del Oriente. ¡Al infierno el Oriente! ¡Al infierno todo!

Cuando llegó a la oficina, *Mr. Smithers* surgió de su amarillo santuario, provisto de una lúgubre expresión. Acababa de recibir un telegrama de Saigón. Hinkle había muerto.

—Vaya, pobre hombre —dijo Bill automáticamente; pero en aquel momento no estaba pensando en Hinkle. Apenas se enteró de la noticia, comprendió que la suerte estaba echada. Tendría que quedarse. Su instinto le decía que escapara. Pero sabía que si se hacía el remolón nunca volvería a encontrar otra oportunidad. Tenía que quedarse en la India y apechugar con aquella tarea, o habría todo acabado para él, sin otra salida que un lento deslizarse hasta quedar en medio del arroyo.

Frenó su pensamiento y la expresión de su cara, y dijo a Smithers:

—Vamos a trabajar. —Y luego—: ¿Estaba casado?

—No —dijo Smithers.

—Menos mal. No tenemos que consolar a ninguna viuda.

* * *

En el *bungalow* del Instituto, Indira Moti se despertó sabiendo que aquel día vería a Merrill. Sabía perfectamente que volvería a visitar a Alí. Y el niño

lo sabía también. Cuando *Mrs.* Moti fue a despertarle le halló ya despierto, andando a tientas por la habitación vacía, hacia la puerta que daba a la terraza. *Mrs.* Moti sabía a donde iba el niño. Iba a sentarse a la sombra, a estar toda la mañana viendo con sus oídos, escuchando los rumores de los pájaros en el jardín, hasta que oyese el ruido de las cubiertas sobre el pavimento y hasta que oyese los pasos que sabía él ser los de Merrill.

Mister Moti le habló en hindú, y al oír su voz, la oscura carita se abrió en una sonrisa que mostró una hilera de blancos dientes. Era feliz y esto la agradaba; pero ella sabía también que al lado de la adoración del niño por Merrill, ni su marido ni ella significaban nada.

El niño preguntó:

—¿Viene hoy *sahib* Buck?

—Sí, Alí —contestó *Mrs.* Moti, aunque nada sabía sino por suposición.

—Sabía que vendría.

Y la sonrisa permaneció en la oscura carita.

Luego, *Mrs.* Moti tomó tranquilamente de la mano al niño, y juntos cruzaron el ardiente patio entre el laboratorio y el *bungalow*. Una vez en el patio del laboratorio, condujo al niño hacia las jaulas de los conejos y de los conejillos de Indias y fue sacando tres o cuatro animales y dejando que el niño los tuviera en sus manos. Mientras él los acariciaba, *Mrs.* Moti observaba las delgadas manos oscuras, fascinada por su sensibilidad y por lo que había oído referir sobre los sentimientos del niño hacia los animales. Era como si las dos manos fuesen cada una de ellas un artista representando una pantomima. Era una de las cosas que habían interesado siempre apasionadamente a *Mrs.* Moti, que la habían interesado siempre desde los ya lejanos días en que de niña se despertaba en la *zenana* en la distante Bengala; y ya entonces había aprendido a conocer toda la exquisita belleza de las cosas pequeñas; belleza que, no sin asombro, había advertido, según se hacía mujer, que pasaba inadvertida para la mayor parte de las personas, como si todas ellas fuesen ciegas, como el pobre Alí. Era la belleza de todas esas cosas la que ella había puesto en sus bailes durante todos los años en los que había danzado en Oriente y en Occidente: una belleza transmitida a los menos dotados y afortunados, a través del arte de la danza, estilizado por diez mil años de práctica. *Mrs.* Moti era mujer de edad madura, sería pronto vieja, pero aun podía bailar; su cuerpo permanecía aún flexible, obediente, y conservaba aún aquel precioso secreto, aquella doble vista de un niño ciego acariciando un conejillo de Indias, de un niño ciego cuyas manos estaban bailando la danza de «ver»; porque eso era lo que estaba haciendo: ver con sus manos.

Mientras contemplaba al niño, adivinó por qué amaba a los animales. Era por haber vivido con ellos toda su vida, en su proximidad, como si fueran

personas y amigos suyos. La mayor parte de su vida la había pasado en los establos de los elefantes; con aquellos enormes animales, que son, más que cualesquiera otros, parecidos a las personas que uno quiere. Y últimamente había vivido cerca de todos los animales que tenía Merrill en la lejana Jellapore; animales que, a la manera india, vivían inmediatos a la casa, entrando y saliendo a veces en ella, pero siempre allí; allí naciendo, criándose, viviendo y muriendo, como parte de una familia.

Mister Moti pensó entonces: «Merrill sabe todo esto». Merrill era uno de los que poseían aquel secreto. Era eso lo que le prestaba su irresistible sencillez, lo que producía en él aquella ausencia de maldad, de envidia, de sentimientos indebidos. Era aquello lo que le daba fuerza para soportar y resistir cuanto había resistido. Era aquello lo que hacía puro y atractivo e impregnado de bondad y de nobleza todo cuanto hacía en su vida. Porque en los animales y en la tierra estaba el manantial de toda serenidad y fortaleza. Era extraño, pensó, que sabiendo cuanto sabía, su vida personal hubiese sido tan retorcida y compleja e infeliz. De tal modo se absorbió en sus propios pensamientos y en el espectáculo de las manecitas infantiles, que no se dio cuenta de que se abría la puerta del recinto. Fue Alí el que primero lo oyó y el que oyó luego el sonido de pasos sobre la arena. Alzando su cabeza, un poco como una gacela sobresaltada mientras está comiendo, dijo:

—¡Ya! ¡Es *sahib* Buck!

Indira Moti miró hacia la puerta y vio a Merrill que venía hacia ellos. No venía solo. Venía con él una mujer europea, alta y rubia y muy bella, con la belleza directa de un bello animal. Indira vio inmediatamente que su vestimenta y aun su maquillaje nada podían hacer para amortiguar aquella belleza. Estaba allí a los ojos de todos. Todo el mundo se daría cuenta de ella, pero solo contadas personas como Indira Moti comprenderían su calidad y su fuerza y lo que era.

Según avanzaba hacia ellos sonriendo, Indira pensó: «A Merrill le ha ocurrido algo».

Hacía muy poco que se había marchado; era al irse un amigo al que ella quería; pero un amigo abatido y triste; era como si entre él y ella hubiese un velo. Y ahora volvía cambiado, como si el velo hubiese desaparecido. E Indira pensó: «Quizá es esa mujer la que lo ha hecho». Con la sabiduría de su vieja raza, sabía ella que tal cosa era posible. Conocía el efecto de las personas como aquella mujer. Era el tipo de persona de la cual otros, enfermos, menos fuertes, menos dichosos, sacan fortaleza. Indira Moti conocía Europa, y pensó: «Parece una aventurera, pero no lo es. Ni podrá serlo nunca».

El niño ciego echó a andar presuroso hacia el sonido de la voz de Merrill,

y en un momento la oscura manecita se perdía en la gran mano de Merrill.

—He estado viendo los conejillos de Indias —dijo el niño en hindú.

—Muy bien —dijo Merrill—. ¿Por qué no te llevas uno al *bungalow*?

—¿Me dejaría *memsahib* Moti? —preguntó.

—Naturalmente —dijo Indira Moti—, ¿por qué no? Voy a cogerte uno.

Y mientras sacaba de la jaula un conejillo de Indias joven, para dárselo al niño, dijo a Merrill:

—Sabía que venía usted.

—He traído conmigo a *miss* Halma. —Y por primera vez echó de ver que aquel nombre era ridículo. Su sonido al pronunciarlo le dio ganas de reír.

Las dos mujeres se sonrieron, y Carol dijo:

—Espero que no le importe.

Indira dijo sonriendo:

—Los amigos de Merrill son mis amigos.

El niño tenía en sus manos el conejillo de Indias; pero su cabeza se inclinaba un poco hacia un lado mientras escuchaba. En voz baja dijo a Merrill:

—¿Es la señora del tren? ¿La princesa de las joyas?

Indira y Merrill se echaron a reír, y Merrill tradujo a Carol lo que Alí había dicho. A Carol le agradó; se rio también y puso su mano sobre el turbante que Alí llevaba puesto.

—Dígale —dijo— que me alegro mucho de volver a verle.

Merrill lo tradujo y dijo a Carol que Alí decía que también él se alegraba de verla, porque tenía una voz que era como música.

—Vengan —dijo Indira— hace aquí cada vez más calor. Entraremos en el *bungalow*.

Al hombre que cuidaba de los animales del laboratorio le dijo:

—Trae una jaula para el conejillo de Indias de Alí.

Volvieron a atravesar el ardiente patio, al abrigo de la sombra de las grandes higueras de Java que cubrían el *bungalow* como dos amplias sombrillas, y ya en la terraza, Merrill y Carol y el niño se sentaron mientras Indira fue a ordenar que trajesen bebidas frías.

—Qué sitio tan agradable —dijo Carol—, tan apacible.

No sabía siempre encontrar palabras suficientemente expresivas; lo que quería decir era mucho más profundo y más lleno de sentido. Dentro de la casa se notaba un frescor que no procedía solamente de estar sombría y recogida; era algo más que esto; era la serenidad del ambiente lo que la impresionaba. Después del Taj Mahal y de las carreras y del Malabar Hill; sobre todo después del recorrido de pesadilla a través de la inmundicia y del clamor del distrito fabril, aquello parecía otro mundo, otro mundo paradisíaco. Indira volvió y todos continuaron hablando apaciblemente, mientras Alí

jugaba con su conejillo. Era una bestezuela cómica. Donde quiera que el chico pusiera su mano, el conejillo corría a refugiarse bajo ella.

Indira preguntó cómo se encontraba Merrill, y cuando él la contestó, dijo con plácida sonrisa:

—Ya sabía que se encontraba usted mejor.

—Necesitaba distraerse —dijo Carol.

Luego escuchó, mientras Indira y Merrill hablaban de la obra de Moti y de los progresos que estaba haciendo, y también acerca de la tarea de Merrill en las aldeas y acerca de la excursión artística de Indira a través de Europa, quizá la última que podría realizar en mucho tiempo si las cosas continuaban por el camino que llevaban. Y mientras Carol estaba allí, contemplando indolentemente cómo jugaba Alí con el conejillo de Indias, le sucedió una cosa singular. De pronto se dio cuenta de que estaba fatigada. No era un cansancio físico, sino un cansancio y un tedio del espíritu, como si su vida se le hubiera hecho intolerable.

Sugirió Buck que Carol podría gustar de recorrer el laboratorio del Instituto y ver las serpientes. Dijo tímidamente que todo ello era muy interesante y que creía que a Carol podría gustarle.

—Me encantará verlas —dijo Carol—. Nunca he visto serpientes verdaderamente venenosas. Solo he visto las que los encantadores exhiben en las calles.

Los cuatro fueron al laboratorio. Alí continuaba llevando el conejillo y seguía cogido de la mano de Buck. Vieron cómo se hacían los sueros y vieron al anciano que extraía el veneno de las serpientes, el cual había sido mordido veintisiete veces por las cobras y por las víboras Russell, y otras tantas veces había salvado la vida merced a los sueros de Moti. Sonriendo orgulloso, mostró sus viejos brazos morenos, salpicados de pequeñas cicatrices.

—Tiene los brazos como cribas —dijo Carol—. ¿No le importa?

—No —dijo Indira—, parece incluso que le gusta. Si hablara usted gujarati o hindú, le contaría a usted el caso de cada serpiente y de cada mordedura. Está muy orgulloso de todo ello.

Visitaron después las jaulas de las serpientes, y vieron cómo las cobras se erguían detrás de los cristales y ondeaban hacia atrás y hacia delante, en el vano intento de lanzarse contra ellos; y las pesadas víboras Russell, que silbaban como locomotoras perezosas. Alí dijo algo a *Mrs.* Moti y Buck, que se rieron a carcajadas.

—¿Qué dice? —preguntó Carol.

Las mejillas de Buck se colorearon débilmente mientras decía:

—Alí preguntaba si querría *Mrs.* Moti tener un poco el conejillo de Indias para que él pudiese coger la mano de la bella señora.

Mister Moti cogió el conejillo y Alí extendió la mano con un vago gesto de buscar a tientas la mano de Carol. Y entonces Carol y Buck volvieron al bungalow unidos por el hijo del mahout.

Estuvieron otro breve rato sentados en la terraza, hasta que Buck, mirando el reloj, dijo:

—Será mejor que nos marchemos. Prometí a Bill que iría con él esta mañana a comprar alguna ropa. Por lo visto no me encuentra suficientemente elegante.

Indira sonrió.

—Tiene usted que venir a verme después. Me gustará verle bien vestido para variar.

Se despidieron, e Indira y Alí les acompañaron hasta el taxi. Indira dijo a Carol:

—Tiene usted que volver por aquí a menudo.

—Lo haré... siempre que Buck me traiga.

Cuando volvían en el taxi a través del terrible distrito fabril, llevó Buck el peso de la conversación. Carol contestaba a sus preguntas de cuando en cuando, pero el resto del tiempo permaneció pensando silenciosa. Le parecía que aquella mañana, tan tranquila, había sido la más feliz que había pasado durante largo tiempo.

* * *

Cuando Buck y Carol llegaron al hotel, Buck dijo, con sorpresa de Carol:

—¿Le parece que vayamos al bar a tomar algo?

—Bueno. —Le miró y añadió—: Me había usted dicho que no le sentaba bien beber demasiado.

Buck se echó a reír y dijo:

—Aquí es diferente. Con este calor el alcohol no dura dentro del cuerpo. Se marcha casi antes de haberlo bebido. De todos modos, me encuentro perfectamente.

—Usted es el médico. Por mi parte no hay cuidado.

En el momento en que atravesaron la puerta, resultaron cogidos.

En la mesa grande, que estaba justamente enfrente, había un grupo de personas, al ver las cuales pensó Carol: «He visto muchas colecciones de primera; pero esta se lleva el premio».

En la mesa estaban la baronesa, *Mrs. Trollope*, *Jellapore* y *Joey Botlivala*, *Bill* y la marquesa. Como si les hubiesen dado aviso simultáneo, todos dijeron a la vez: «Vengan aquí». Había en la indicación un matiz anhelante, como si el grupo entero fuese una serie de personas encalladas

en medio del mar Rojo que pidieran auxilio. Carol pensó: «Malditos sean. No hay escape». Quería haber bebido algo a solas con Buck, sentándose a charlar apacible y tranquilamente, contemplando la concurrencia... Había querido salvaguardar el dulce agrado de aquella mañana, abrazarse a ella y hacerla perdurar indefinidamente.

Se sentaron, pues, separados el uno del otro, con sentimiento de Carol. La suerte, al hacerles hueco en el corro, la puso a ella entre Jellapore y Bill y a Buck entre la baronesa —a la que dirigió Buck una sola mirada de sobresaltada alarma— y *Mrs. Trollope*.

La reunión no parecía haberse estado divirtiendo mucho. Por eso era por lo que todos a una habían agitado la bandera de socorro al ver a Buck y a Carol aparecer en la puerta. Solo dos de los presentes no habían pedido auxilio: la baronesa, insensible a los sentimientos intrincados de las personas, y Jellapore, que en aquella atmósfera confusa se sentía a sus anchas.

Se encontraba ya aburrido en Bombay y tenía ganas de volver a París. Sabía demasiado bien que su inmediata perspectiva no era París, sino el peor tedio de la mezquina vida confinada del Estado de Jellapore. Cuando se aburría era peligroso. No solamente para sí mismo, porque el tedio le empujaba a locuras y escándalos, sino también para los demás, porque en busca de distracción se dejase ir a intrigas, a propagar insinuaciones y a inducir a quienes le rodeaban por caminos de insensatez. Ya había comenzado la tarea, y como si estuviese poseído del demonio, tenía la intención de continuar.

Muchas, muchas cosas estaban ocurriendo en torno a la mesa; cosas que les esclavizaban a todos en una red equívoca; a todos, salvo a Joey, que sencillamente sentado y placentero con la ayuda de su ginebra miraba divertido a unos y otros sin pronunciar palabra.

Todos bebían y charlaban y se lanzaban chistes y pullas, pero por debajo de la superficie algo ocurría. Por ejemplo, *Mr. Botlivala* estaba poniéndole los puntos a la marquesa cuando Carol apareció en la puerta. La marquesa era exactamente el tipo de *Mr. Botlivala*. Tenía buena presencia y estaba vestida con lujo; tenía título nobiliario y afectaba un aire de distinción, de guardarropía para los entendidos, pero impresionante para *Mr. Botlivala*. Así, pues, hasta que Carol apareció, había estado atareado tratando de impresionar a la marquesa. Tenía una porción de caminos para intentarlo. No era uno de ellos simular que estuviese locamente herido de amor por ella; en cierto modo, conocía sus limitaciones; sabía que era chiquitín y poco atractivo. Comenzó por ostentar un aspecto de riqueza y de importancia. Dejó sobre la mesa su pitillera de platino, un chisme sumamente femenino, con un borde de esmeraldas y brillantes; y luego sacó la conversación de las

carreras y las cuadras de Deauville y de Cannes. Y, cosa rara, la marquesa, que había dicho a Bill que no sabía hablar sino francés e italiano, hablaba inglés con *Mr. Botlivala*, y bastante mejor, por cierto, que como había hablado francés con Bill en el palacio del Gobierno.

Los opacos ojos negros de la marquesa se dieron en seguida cuenta del valor de la pitillera, y sobre ella se posó su mirada con la expresión codiciosa de una portera a la vista de una propina importante. Mientras la hablaban, sus ojos volvían automáticamente hacia la pitillera, como si en sus brillantes y esmeraldas hubiese para ella una fuerza hipnotizante. La marquesa, como *Mr. Botlivala*, no se destacaba por una singular pericia en la valoración de las gentes; y del mismo modo que Botlivala había tragado el anzuelo del aspecto malamente fingido de la marquesa, también ella se dejó seducir por el no más auténtico de Botlivala. Pero, pese al atractivo que la pitillera y la conversación ejercían sobre ella, su atención se apartaba de cuando en cuando de allí con frecuencia suficiente para que *Mr. Botlivala* se diera cuenta de que había momentos en que la marquesa no escuchaba en realidad, y momentos en que él no resultaba tan fascinador como pretendía serlo.

En realidad, aunque *Mr. Botlivala* no tenía ni la experiencia ni la perspicacia suficiente para comprenderlo, la marquesa sufría en aquel instante los tirones de dos apremios, de dos urgentes incitaciones contrarias; la una hacia la pitillera de *Mr. Botlivala* y la otra hacia la gallarda apostura de *Mr. Wainwright*, el caballero americano sentado al otro lado de ella.

Equivalente división de apremios había, en suma, dominado su existencia entera desde la misma iniciación, cuando era una linda muchachita de negros ojos y de mezclada sangre griega y siria, nacida en Adrianópolis.

Míster Wainwright, el americano, la había impresionado vivamente desde el momento en que ella entró en el salón del Palacio del Gobierno; y su imagen la había estado obsesionando desde el momento en que, con una especie de vaga esperanza de jugadora, había retenido un tiempo excesivamente largo la mano de Wainwright cuando se despedían.

Durante más de una semana había estado buscando una oportunidad para volver a encontrarse con él. Solo había conseguido verle una o dos veces a distancia y sin poder siquiera hablarle. Aquella mañana, cuando acompañada por su doncella se detuvo un momento a la puerta del bar, Jellapore la había visto e invitado a sentarse a la mesa en torno a la cual estaba él con la baronesa y *Mr. Wainwright*. En circunstancias normales, la mera presencia de la baronesa le hubiese bastado para dar la vuelta e irse; pero la presencia de *Mr. Wainwright* compensaba más que suficientemente aquel detalle ingrato.

Míster Wainwright la atraía como un tipo nuevo. Aunque poseía

considerable cantidad de experiencia, la marquesa había conocido muy pocos hombres americanos y ninguno como aquel. Consultando sus recuerdos, solo hallaba dos o tres hombres de edad madura, de aspecto tosco, tardos y poco inteligentes, que llenos por dentro de pavor habían intentado hacerse pasar ante ella como terribles conquistadores.

A todas luces, *Mr Wainwright* era diferente. Ante todo, no era tosco ni tardo, e indudablemente no estaba por dentro lleno de pavor ni carecía de experiencia; todo eso lo había ella adivinado cuando le conoció. Que ella estuviese en aquel momento sentada a la mesa del gobernador en calidad de marquesa Carviglia, esposa del importante general Carviglia, no importaba nada. Ella sabía perfectamente que *Wainwright* la había examinado con atención y que, por tanto, su «ficha» quedaba «clasificada» para eventuales «consultas» venideras.

No era inteligencia ni aun instinto lo que le decía todo esto; era simplemente deducción obtenida por muy larga y varia experiencia. Había adivinado la operación clasificadora por el modo como *Wainwright* la había mirado mientras hablaban; por el modo como la mano de él había correspondido, aunque hubiera sido tan levemente, al descarado apretón insinuante de la suya. La mano de *Wainwright* le había dicho muchas cosas. Al mismo tiempo, conocedora de las señales, no abandonaba la esperanza. Ella sabía que él no había retrocedido por impulsos de escrúpulo moral alguno, ni tampoco porque no se diese cuenta de que ella era accesible. Lo más probable era que había alguna otra mujer de por medio que de momento le tenía acotado. Por eso había esperado, no sin impaciencia, un segundo encuentro; y según la impaciencia crecía, el objeto de su interés, o sea, *Mr. Bill Wainwright*, se hacía más y más profundamente atractivo para ella.

La marquesa sentía el apremio del tiempo, así a la larga como a la corta. Su tendencia levantina hacia la obesidad, que había hasta entonces contenido por el procedimiento de vivir casi muriéndose de hambre, sabía ella que se impondría por encima de todo, sin tardar mucho. Esta era su consideración «a la larga». «A la corta», no le quedaba más que un mes o dos para vivir aventuras. Pasado ese plazo habría de volver junto al vejete general y reanudar la existencia monjil que el marido exigía para preservar su honor y su reputación de conquistador afortunado. En realidad, hallábase en aquel momento en el período anual de vacaciones. El general sabía perfectamente cómo lo invertía su esposa, y no le preocupaba, en tanto se divirtiese en lugares poco frecuentados.

Hasta aquel momento, la marquesa no había tenido éxito ni durante el viaje a Bombay ni en Bombay misma, y el tiempo volaba. Seis semanas o dos meses ya eran tiempo bastante breve cuando los años se van

aglomerando sobre una mujer. Solo podrían convertirse en largo tiempo si ella lograba amenizarlo por medio de algún hombre atractivo. Por todo esto estaba laborando con ahínco. Como no era una mujer lista que pudiera obtener lo que pretendía por un camino inteligente, había echado a andar por el más viejo, por el más vulgar que conocía. Por eso era por lo que, dejando a un lado toda la etiqueta que primero la baronesa y luego el general le habían enseñado con cuidados infinitos, se había precipitado a sentarse al lado de Bill Wainwright, en vez de hacerlo en la otra parte de la mesa, junto al *maharajah*.

La primera vez que Bill sintió que el pie de ella tocaba su tobillo, retiró el pie y volviéndose hacia ella le dijo: «Perdone». La marquesa estaba hablando con Botlivala y en apariencia no se dio cuenta de nada, ni siquiera de la excusa de Wainwright. Sin volverse siquiera continuó hablando. Poco después, Bill sintió que la pierna se le dormía de tenerla encogida; volvió a adelantar el pie y notó que el de la marquesa volvía a tocarle. Esta vez no se molestó en retirarlo ni en pedir perdón. Se limitó a pensar: «Vamos, es adrede. Por lo visto es una idea fija. Bueno, cosas hay peores».

En cierto modo, lamentó no sentirse más atraído por la marquesa; principalmente porque se sentía irritado aún por haberse ido Carol y Buck juntos dándole esquinazo. Había estado irritado toda la mañana; su irritación había perdurado durante el examen reverente que Smithers había hecho de la mesa y papeles del difunto Hinkle; y había perdurado igualmente a través de las serviles explicaciones de Smithers acerca de los planes de reorganización y de la ímproba tarea que se le presentaba. Y ahora mismo, continuaba irritado. Le hubiera gustado sentir interés suficiente por la marquesa para tomar de Carol una especie de desquite.

Pero la marquesa le importaba un pito. Así, pues, seguía indiferentemente sentado, maniobrando con el pie de cuando en cuando para comunicar a la marquesa que se había dado cuenta de su manejo y que si había comenzado por retirar el pie era porque un largo hábito le hacía proceder siempre de aquel modo para ser cortés y no herir sentimientos ajenos.

La marquesa acabó por abandonar a *Mr.* Botlivala y su pitillera y volverse hacia Wainwright, y entonces fue su rodilla la que comenzó la maniobra.

—¿Por qué me decía usted que no sabía inglés? —le preguntó Bill.

Los labios de la marquesa, demasiado pintados de rojo, se abrieron en una sonrisa, y sus largas pestañas postizas se agitaron un momento sobre sus redondos ojos.

—Porque me pareció que eso me haría más interesante.

—No necesita usted esforzarse para ser interesante —respondió Bill.

Y al mismo tiempo pensaba; «Dios mío, es aún más idiota de lo que yo

creía». Adivinó lo que aquella mujer era y de dónde procedía. Y al mismo tiempo tuvo como una revelación de las relaciones que en su pasado había tenido con la baronesa. Se dio cuenta de que la vieja les observaba. En aquel mismo momento aparecieron en la puerta Carol y Buck; y Bill se olvidó de la marquesa completamente. En aquel instante se dio cuenta de que estaba enamorado de Carol. Era enteramente inútil seguir ocultárselo a sí mismo. Lo asombroso era que se daba cuenta, a la vez, de que hasta entonces no había estado nunca enamorado de ella. Ni de ella ni de ninguna otra.

Su voz estaba en aquel momento diciendo a la marquesa: «Sí, me marcho a Calcuta mañana por la noche», pero en su fuero interno estaba diciendo: «¡Diantre! Tendré que volver a conquistar a Carol, y esta vez me va a costar trabajo». Precisamente por lo bien que ella le conocía, tendría que esforzarse para persuadirla, y aun tendría que engañarla sobre sí mismo.

Entonces, con súbita sensación de intenso placer, vio que Carol se acercaba y se sentaba a su lado. Se volvió rápidamente hacia ella y le dijo:

—¿Qué, te has divertido?

Joey, por orden del *maharajah*, se levantó a preguntarles qué querían beber, y cuando se lo dijeron, Carol contestó a Bill:

—Sí, lo he pasado divinamente. Estoy deseando volver otra vez.

—Es una parte asquerosa de la ciudad.

—Pues no me he dado cuenta.

—Habrás estado ciega.

—No, es que iba absorta pensando.

Bill sonrió.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que a ti maldito te importa. (Ya estaba allí otra vez, echándole fuera).

—Podrías haberme llevado con vosotros.

—Buck dijo que estabas tan dormido que no quiso despertarte.

—¡Que se vaya al demonio Buck!

Carol le miró sorprendida.

—No sé por qué lo tomas tan a pecho. Buck es el muchacho mejor que he conocido en mi vida.

—¡Oh! —exclamó Bill.

Se había olvidado por completo de la marquesa, pero ella no se había olvidado de él. Se había bebido casi entera una botella de champán, y esto había aumentado notablemente su osadía. Aunque Bill le había vuelto la espalda, la rodilla de la marquesa estaba pegada contra la suya, empujando, trabajando de firme. Ahora que la mesa estaba toda llena, la labor resultaba más fácil. La marquesa se había propuesto conseguir lo que quería.

Al otro lado de la mesa la baronesa seguía observando. Se había dado perfecta cuenta de todo, lo que no era de extrañar, porque conocía perfectamente a la marquesa. Los verdes ojos atisbaban desde su averiada cara vieja bajo dos cejas que parecían de trencilla. Y estaba pensando: «Está bien; ya me las pagará antes de irse. Nunca ha sido más que una aventurera de segunda categoría. Aunque la mona se vista de seda...».

Muy poco después, Carol se olvidó de lo que la había fastidiado encontrar inoportunamente aquella reunión, y comenzó a pasarlo bien. Después de todo, le gustaba la gente, y mientras más rara y más curiosa, mejor. Era ese uno de los motivos por los que le gustaba la India más que ningún otro sitio de los que había conocido. Era ese el motivo de permanecer allí a pesar del calor, de la incomodidad, de los nervios, y de estar casi sin un céntimo. En aquel momento se sentía feliz sin saber por qué, y sin preocuparse de averiguar por qué, en el momento en que ella se había aproximado a la mesa, todas aquellas personas que parecían cansadas, fastidiadas y como agotadas, se habían erguido de pronto, como si hubiese ocurrido algo mágico, porque ella era hermosa y feliz y porque en realidad todos ellos le gustaban o los quería.

Solo el *maharajah* comprendía perfectamente lo que estaba sucediendo alrededor de la mesa; porque de todos ellos, solo él, con su aptitud para la intriga, poseía la suficiente objetividad para contemplarlos a todos y para sentirse atraído por todas las corrientes y complicaciones que se cruzaban yendo y viniendo como una intrincada red. Joey, repantigado en su silla, se sentía indiferente hacia todos, y estaba demasiado borracho: de todos modos, no era de por sí muy brillante. Pero Jelly, aburrido, malicioso y burlón, todo lo veía. Veía la cara de *Mrs. Trollope* encenderse como una bombilla eléctrica al ver a Carol. Veía a la baronesa y leía su odio hacia la marquesa. Observaba la maniobra de esta y su cara, de recargada belleza, atraída por *Botlivala* y su pitillera, mientras su rodilla trabajaba a *Bill Wainwright*. Veía a *Bill* darle la espalda y volverse a Carol en el momento en que Carol se sentó, inclinándose hacia ella, como un pedazo de hierro se inclina hacia un imán. Veía también el servilismo estúpido y vacío de *Botlivala* y la actitud en que el recién llegado, al que llamaban *Buck*, estaba respecto de Carol. Apenas había nada que le pasase inadvertido mientras estaba allí sentado, recostado en la silla y con sus largos, flacos y crueles dedos dando golpecitos sobre el cristal helado que contenía su bebida. Su mente oscura e intrincada no se aburría en aquel momento porque estaba ocupada de nuevo, y esta vez con la mayor de sus pasiones, con una pasión que excedía a la que pudiera tener por las mujeres o por el juego: la fabricación maligna de intrigas perversas. Comenzó a combinar, modificándolas, las vidas y personalidades de cuantos rodeaban la mesa,

cambiándolas entre sí, variándolas de sitio, jugando con ellas como con piezas de un rompecabezas que, una vez formado, componen una estampa estúpida y sin sentido. Hacía una semana que había estado pensando secretamente en abdicar y poner a su hijo mayor en el trono bajo la regencia de su propio depravado hermano y retirarse a una vida santa de penitencia y contemplación. Pero ya se le había olvidado aquello. El mundo y la gente que lo poblaba seguían siendo demasiado fascinadores para abandonarlos. Y mientras les contemplaba, planeando, y moviendo con su imaginación las piezas, adquirió de pronto una especie de pérfida belleza y de dignidad; porque cuando Jelly no era simplemente necio, era tan solo cuando estaba maquinando una intriga que hubiese de producir alguna perturbación maligna y a veces una tragedia.

* * *

Por la tarde, Bill llevó a Buck a los almacenes *Army and Navy* para equiparle. La cosa no fue en modo alguno como Bill lo había previsto. En primer lugar, Buck mostró interés en lo que compraba, interés que a Bill le pareció pasmoso, teniendo en cuenta la indiferencia que Buck había siempre demostrado por la ropa. Ya desde los tiempos del colegio, nunca había estado en condiciones de vestirse con lujo, y en consecuencia, había prescindido de poner el menor interés en la forma como se vestía; y, en efecto, lo hacía con torpeza increíble, poniéndose las cosas más raras y más desaliñadas, lo que no importaba mucho, porque ni aun con ellas perdía su natural aspecto sano y atractivo. Ahora, mientras ambos iban de departamento en departamento de los grandes almacenes Buck parecía interesadísimo por los zapatos, corbatas, pañuelos, por toda clase de prendas de indumentaria. Era como un ciudadano morigerado en extremo que de pronto se va de francachela; y la francachela parecía inducirle a fijarse en prendas que chocaban con los gustos más tradicionales de Bill.

Una de las veces protestó, diciendo:

—No querrás comprarte esa corbata y ese pañuelo. Parecerías un jefe de estación mestizo, engalanado para una excursión campestre.

Pero Buck no le hacía el menor caso. Le contestó, sonriendo:

—Es la primera vez en mi vida que he tenido oportunidad para *expresarme* a mí mismo por medio de la indumentaria. Déjame hacer mi capricho.

—Allá tú —dijo Bill—. Si estás haciendo planes para atraer multitudes, entonces estás acertadísimo.

Poco después se dibujó en la cara de Bill una expresión atónita, y le dijo a

Buck:

Pero ¿qué es lo que te pasa? No solías tú ser tan especial en cuestiones de ropa.

—Pues estoy haciendo lo que querías que hiciera —dijo Buck—. Lo que tú y Moti queríais que hiciera. He hecho punto y aparte. No te interpongas en mi camino.

Bill, dando marcha atrás, contestó:

—Bueno. Pero no esperábamos que quisieras vestirme como un corredor de apuestas. Eso no formaba parte del plan.

Había en el semblante de Buck una sonrisa y una especie de guiño en sus ojos que no placía a Bill. Era como si experimentase un júbilo secreto, una alegría oculta; como si estuviese diciendo: «Moti y tú me habéis metido en faena. ¡Ahora vais a ver!».

Todo ello era parte del especial sentimiento que parecía haber nacido entre ambos desde que se habían sentado a la mesa en el bar con toda aquella gente absurda: algo que era intangible y que, con todo, les separaba, y que perturbaba la vieja relación de amistad que muy poco antes había quedado precariamente restablecida. Era como si se hubiese introducido arena en el funcionamiento de una maquinaria suave y precisa. El calor y el barullo que había en la tienda agravaban aquella sensación, que se hacía peor y más aguda. Bill se sentía más y más sofocado y más cansado y más irritado mientras más tiempo llevaban comprando cosas. Por último, se acabó el suplicio, y Buck le sorprendió diciendo:

—Voy a pagar todo esto.

—Eso no era lo convenido —dijo Bill—. Era la parte de la curación a la que yo contribuía.

—Si tu padre desea dar algo de dinero, que se lo dé a la labor que yo estoy haciendo. Esto otro corre de mi cuenta. Tengo un poco de dinero que me dejó mi abuelo. Me gusta en cierto modo gastarlo de esta manera.

Sonrió con cierta timidez.

—Fue él quien ensombreció toda mi infancia. Si pudiera saber cómo estoy gastando su dinero, desharía su legado.

Bill volvió a pensar: «¿Pero qué diablos le ha pasado a este hombre?». En voz alta, dijo solamente:

—Encuentro que estás haciendo una curación rapidísima.

Buck se echó a reír.

—Moti dijo que sería rápida.

Bill se sintió agriado, y dijo:

—Pues mira, haz caso de mi consejo y no vayas demasiado de prisa. No hay nada peor que un hombre muy morigerado que a cierta edad decide de pronto cambiar de rumbo demasiado bruscamente.

—Hasta ahora no has visto nada —dijo Buck.

Bill no le contestó. Se limitó a sonreír y a pensar: «Sí que la hemos hecho buena; hemos soltado el dique demasiado de prisa».

Volvió a sentir en su interior cierta alarma, que sobrepasaba incluso la leve irritación que también sentía por el temor de que Bill pudiese emanciparse por completo y acabar mal.

Cuando regresaban de los almacenes *Army and Navy*, Buck dijo:

—Vamos a buscar a Carol para ir a las carreras.

—No puedo. Tengo que trabajar. Tú puedes irte de juerga, yo no. Además, es muy probable que no la encontremos. Casi seguramente ya se habrá ido.

—¿Con quién?

—Pues con Botlivala y *Mrs. Trollope*, probablemente.

Después de un momento, Buck dijo:

—Ni el uno ni la otra me gustan demasiado. Ojalá no anduviese con ninguno de los dos.

—Si te figuras que puedes decirle con quién tiene que andar o no, estás loco. Por mi parte, nunca he podido hacerlo, y hace mucho que la conozco. La gusta la gente indeseable.

—Botlivala especialmente, me ataca los nervios. He corrido bastante por la India para saber de qué clase de pájaro se trata. Habría que fusilar a los de su especie.

—Para descubrir eso —dijo Bill— no hace falta haber corrido mucho por la India. Además, es su novia.

Buck se puso muy tieso en el asiento.

—No lo creo —dijo—. ¿Quién te ha contado eso?

Bill sonrió sin malicia.

—Ella. Me pidió que viese el modo de librarla del compromiso.

La reacción fue inesperada. Sintió que Buck se alejaba de él cuanto pudo dentro del taxi; no físicamente tanto como psicológicamente. Y se dio cuenta de que, medio maligna, medio torpemente, había echado más arena en los engranajes de la amistad entre ambos. Buck no volvió a hablar en un buen rato. Cuando al fin habló, dijo:

—No lo creo.

—Me limito a decirte lo que ella me dijo.

—No creo que ella haya querido nunca decir en serio tal cosa.

—Bueno, tampoco yo. Pero de todos modos, Botlivala lo cree. Es un supuesto compromiso secreto, pero no confío en que Botlivala haya sabido tener la lengua quieta.

Y luego, como si se hablara a sí mismo, Buck dijo:

—¡Ese bicho asqueroso!

Bill no pudo resistir el seguirle pinchando, y dijo:

—¿Quién?

—Botlivala.

—¡Oh! Botlivala es bastante inofensivo. Carol ha sabido manejarse con una porción de otros peores que él.

Y luego dijo:

—De todos modos, yo en tu lugar no me preocuparía. Carol sabe perfectamente lo que hace. Lo que menos le atribuye la gente es cabeza. Ella misma no sabe lo lista que es o le da vergüenza serlo. Es una muchacha lista, te lo aseguro yo.

Buck se volvió hacia él de pronto y se le quedó mirando, pero no dijo nada. Y Bill se calló también, un poco asombrado de sus propias manifestaciones sobre la listeza de Carol. Nunca había antes pensado tal cosa. Acababa de decirlo sin saber por qué. Pero lo importante era que él sabía ser verdad lo que había dicho.

El taxi se detuvo a la puerta del hotel y Bill tuvo de repente la sensación de que lo mejor que podía hacer era desaparecer; dijo, pues, que iba a tomar una ducha e irse a la oficina y que vería a Buck a la hora del cóctel. Cuando Bill se hubo ido, Buck llamó a la habitación de Carol y no obtuvo respuesta. En la portería le dijeron que había salido con *Mrs. Trollope*; el conserje no sabía adónde, pero suponía que a las carreras. No había otro sitio donde ir.

Buck se sintió cansado repentinamente, con esa sensación de tremendo abatimiento que experimentaban las víctimas del paludismo, y comprendió que sería mejor subir a su habitación a descansar, pero sabía también que no podía hacerlo. La animación se había disipado entre el calor y la conversación del taxi, y se sentía ahora enfermo y confuso, como un chico de dieciséis años enamorado por primera vez. No sabía qué pensar ni qué debía pensar. Sabía solamente que de pronto se había encontrado en el borde de un mundo que estaba más allá de su experiencia y de su comprensión. No era solo que lo que había oído sobre Carol fuese desconcertante; era, además, lo cínicamente que Bill lo había dicho, como si fuese una cosa sin importancia y digna solamente de risa. Durante un momento se quedó mirando a la gente sin verla y se sintió atemorizado. Pensó: «Puede que sea yo demasiado bobo para llevar el asunto adelante. Quizá lo que Bill ha insinuado es verdad: que es demasiado tarde para que yo recupere lo perdido. Quizá nací bobo y habré de serlo siempre».

Pero había una cosa, una sola cosa que tenía que hacer, y era encontrar a Carol. Quizá le preguntaría sobre lo que Bill le había dicho, o quizá no tendría valor para hacerlo. Quizá era cosa en la que él no tenía nada que ver, y quizá ella se limitaría a reírse. Pero de todos modos, tenía que verla. Le dolía la cabeza y le oprimía el calor. Le sofocaba. Y aun así, volvió a salir a

las ardientes calles, hacia el hipódromo. Lo que en la mesa del bar había comenzado como cosa divertida, se había cambiado en otra muy diferente. El calor no contribuía poco ni mucho a disipar ni a calmar su perplejidad.

En el hipódromo parecía hacer más calor que nunca, más calor aún que en la ciudad. Una densa multitud se aglomeraba a la sombra de los árboles y se agitaba yendo y viniendo por el *paddock*, las tribunas y los reservados de los *clubs*. Buck pagó el taxi a la puerta y se lanzó a la multitud, como largo tiempo atrás se lanzaba a jugar al *rugby*, pero aturdido, confuso y enfermo. Ahora no era el balón lo que tenía que alcanzar y rescatar, sino Carol. El cerebro no parecía funcionarle debidamente. El poder creciente de una obsesión, un poder roedor, avasallador, que le forzaba a introducirse en lugares donde no tenía derecho a penetrar. Se abría paso entre tratantes árabes de caballos, bellas mujeres *parsis*, audaces mujeres *khojas*, oficiales británicos, príncipes. Penetró en sagrados recintos de *clubs* inaccesibles y hasta en la tribuna de los propietarios. Era un mundo extraño para él; no conocía a nadie. Ni siquiera encontró a uno del pequeño grupo con el que se había reunido en el bar por la mañana. No había nadie a quien preguntar, y al cabo de un rato la rebusca tomó una calidad de pesadilla, en la que le pareció que él iba empujado ya para un lado ya para otro por centenares de personas desconocidas que tenían la deliberada intención de aplastarle. Dos o tres veces se sintió mareado y se sentó a la sombra hasta recuperar, en parte siquiera, el dominio de sí mismo. Se daba cuenta de que la gente le miraba con curiosidad, pero no le importaba. Por último, en uno de los momentos de claridad, pensó: «Ella no está aquí. Si no regreso ahora no seré capaz de hacerlo solo. Me desmayaré y me pondré en evidencia». La timidez que siempre perduraba profundamente en su interior le dominó; y tambaleándose, llegó hasta la puerta y se subió a un taxi. Durante el camino, y en medio del calor, los ruidos de las calles se le introducían en los oídos y había momentos en que parecía deslizarse hacia la inconsciencia; luego salía otra vez de ella, como un pájaro que vuela entre nubes. El camino parecía interminable, y en los momentos en que el cerebro le funcionaba, una frase giraba sin cesar en torno de su cabeza. «Andar antes de echar a correr. Andar antes de echar a correr».

Nunca supo cómo pagó al conductor ni cómo se las compuso para entrar en el hotel y llegar a su cuarto. Al final le abandonó la obsesión, pero no recordaba dónde había estado ni por qué había salido. Una vez en la cama, después de agitarse desasosegadamente largo tiempo, cayó en la inconsciencia, y pareció que estaba otra vez en el departamento del tren cruzando el ardoroso Deccan y que Carol le estaba acariciando la cabeza para aliviarle el dolor.

Fue Jellapore quien propuso que fueran todos a la playa de Juhu para bañarse. Tenía él allí una casita a la que en otro tiempo, cuando era muchacho, había llevado de tiempo en tiempo a una muchacha bailarina, de la que había estado encaprichado. Era una casa agradable, según él dijo, con jardín que dominaba la playa y al que rodeaba un alto muro. Hacía demasiado calor para ir a las carreras. Podían ir a Juhu y jugar un rato al *bridge*, disfrutar del fresco de la playa al atardecer, y los que tuviesen ganas de ello podían bañarse. Invitó a Carol y a *Mrs. Trollope*, a Botlivala, a la marquesa y a un par de amigos *parsis*. No había pensado en invitar a la baronesa, pero ella se olió algo, y mientras Joey se estaba ocupando en llevar viandas y champán, la baronesa se las compuso para hacerse la encontradiza con Jelly y para decirle con gran entusiasmo lo maravilloso que le parecía el plan, así que no hubo medio de evitar que también ella fuese.

Antes de salir del hotel, Carol escribió a Bill una nota diciéndose dónde habían ido, e indicándole que fuesen a reunirse con ellos Buck y él. Suponía que les sería fácil encontrar la casa en Juhu.

Carol no sentía gran entusiasmo por la expedición. En realidad, lo mismo le daba ir que no ir, salvo que nunca había estado en Juhu y tenía ganas de verlo. Pensó también que en tanto que Buck y Bill tenían que hacer por la tarde, no tenía objeto que ella estuviese sufriendo el insoportable calor de la ciudad. Y en todo caso, que ella fuese haría felices a *Mrs. Trollope* y a Botlivala. Fue fácil ver que apenas se hizo la proposición, las caras de ambos se iluminaron.

Por esto no había ido Carol a las carreras. Bill no encontró la nota, y Buck la buscó entre el calor ardiente del hipódromo hasta que la enfermedad le hizo regresar al hotel. En el último momento, la marquesa, al enterarse de que *Mrs. Wainwright* no formaba parte de la excursión, decidió no ir y envió recado de que tenía una jaqueca.

La casa era encantadora. Cuando Carol subió los escalones de la entrada, comprendió que valía bien la pena de ir hasta Juhu para ver aquello. El edificio se alzaba en medio de un jardín amurallado, entre la carretera y el mar, y estaba oculto en un seto de cocoteros y de palmas de betel, de tal modo, que hasta que se atravesaba la entrada no se veía la casa. Solamente cuando se avanzaba a través del seto, pasando junto a un estanque adornado con pequeños toros de mármol blanco, era cuando se llegaba al edificio de elaborada arquitectura india. Era pequeño y el tejado tenía un ancho alero y las ventanas estaban talladas al estilo mongol, con filigrana de mármol. Inmediatamente debajo de la cornisa corría un friso que rodeaba

todo el pabellón. En cada una de las fachadas de la casa había un fresco simbólico de un placer: la bebida, la mesa, la caza y el amor. Todo alrededor de la casa había una ancha terraza, ornamentada con plantas de flores colocadas en tiestos, que se cambiaban cada semana para modificar el dibujo y dar variedad. En la fachada que daba a la bahía había una terraza de mármol, con una fuente cantarina y una escalinata de mármol blanco que bajaba a través de los cocoteros a una puerta con verja que daba al mar.

Había en cada piso cuatro habitaciones. En la planta baja un gran comedor, un cuarto de juego y dos gabinetes, y en la planta superior dos alcobas al estilo indio y otras dos amuebladas según el más vulgar y lujoso gusto francés, con camas doradas y colchas de espeso brocado. Las paredes eran de madera de sándalo talladas y las adornaban grabados franceses alusivos al amor.

El calor y el olor de la ciudad no existían allí, y en su lugar se respiraba la húmeda y pesada atmósfera del mar y el grato aroma de las plantas, flores y árboles. Todos los concurrentes, excepto Botlivala, que ya había estado allí, se pasearon bajo los árboles y por toda la casa. Joey se encargó, con dos criados, de preparar la merienda, y entonces Carol dijo:

—No tengo ganas de jugar al *bridge*. Voy a sentarme aquí en la terraza y entregarme a la pereza.

Jellapore, Joey, la baronesa y uno de los *parsis* formaron una mesa de *bridge*, en la que alternaba otro de los *parsis*.

Mister Trollope arrastró una butaca y se sentó junto a Carol. Ahora se sentía feliz. Mientras estuviese junto a ella no la abandonaría la suerte. Empezó casi en seguida a hablar sobre la marquesa, diciendo cosas no demasiado interesantes y empapadas de hostilidad; Carol no adivinaba por qué, ya que desde hacía tiempo había descartado a la marquesa, y no le parecía valer la pena hablar de ella. *Mrs.* Trollope la aborrecía evidentemente, y Carol empezó a caer en la cuenta, poco a poco, de que dentro del retorcido espíritu de *mister* Trollope debía de haber odio preparado para casi todo el mundo.

—Es una mujer levantina de lo más ordinario. No sé nada sobre su título ni sobre ese vejstorio de su marido —dijo *Mrs.* Trollope.

Así continuó, y su voz llegaba a los oídos de Carol como un vago zumbido; pero después de un rato, como el zumbido de un moscardón, el sonido comenzó a resultarle insoportable. Carol se sentía molesta por el calor y fastidiada porque tenía algo en la mente sobre lo cual deseaba pensar, y *Mrs.* Trollope la estaba importunando.

Así que acabó por decir:

—Mire. *Stitch*, ¿no le importaría marcharse, o, de seguir aquí, no hablar? No pienso muy a menudo, pero precisamente ahora estoy tratando de

pensar.

La cara de *Mrs.* Trollope reflejó de nuevo malhumor herido, con aquella desagradable mirada abatida, como si la hubiesen abofeteado. Carol se inclinó hacia ella y, poniéndole una mano en el brazo, dijo:

—No se enfade, es que estoy preocupada por una cosa.

Al sentir el contacto de la mano en su brazo, la expresión de *Mrs.* Trollope cambió completamente.

—Es claro, amiga mía, ya comprendo. Si en algo puedo serle útil, llámeme. Yo también estoy preocupada. Me voy a jugar un poco al *bridge*.

Cuando se marchaba, Carol le dijo:

—Diga al criado que me traiga un poco de champán.

También aquello fue muy grato para *Mrs.* Trollope.

Carol pensó: «Menos mal si no empieza otra vez a tratar de recuperar dinero. En fin, ser amable con ella no cuesta nada y la hace feliz».

Pero cuando *Mrs.* Trollope se hubo ido desapareció el violento fastidio que le producía su presencia y se dedicó a pensar tranquilamente.

Había una porción de cosas en las que tenía que pensar, y aquel parecía el lugar más indicado para hacerlo, con la compañía del grato ruido de la fuente y de las ramas de los cocoteros al moverse; uno y otro rumor templaban los nervios y aliviaban el calor.

El criado trajo el champán en una copa alta. El champán tenía especias que a Jellapore le gustaba echar y que componían un extraño brebaje, que parecía tener parte de la alegría de París y parte de la sensualidad de la India; medio Oriente y medio Occidente en un solo vaso. A Carol no le gustó nada al principio, cuando por primera vez se lo ofreció el hermano de Jellapore; pero luego se había acostumbrado y ya le gustaba. Sentaba muy bien, y las especias parecían evitar que la bebida produjese dolor de cabeza. Vagamente, y sin importarle realmente mucho, pensó: «Es otra señal de estarme desmoronando».

Era esto lo que la preocupaba. Era aquel desmoronamiento lo primero en que tenía que pensar. Cómo iba a evitarlo o cómo iba a rehacerse y a cambiar la línea entera de su existencia, no lo sabía. Desconcertaba a todos que tan pronto como llegaba a cierto grado de desintegración, algo oriundo de su tierra sueca, algo incluso Swedenborgiano, surgía como de su infancia y la hacía sentirse a la vez temerosa y avergonzada. Era como si una voz saliera de su propia sangre diciéndola: «Eres sueca y las suecas no se desmoronan. Pueden beber y hacer cuanto quieran y seguir tan campantes». Había momentos en que se sentía apasionadamente orgullosa de ser sueca, más orgullosa que de nada en el mundo. Y aquel era uno de tales momentos.

Estaba casi sin un céntimo. Allí recostada en el jardín de la casita de

mármol llamada Jai Mahal, no alejó de sí el pensamiento de tal situación. No le quedaban más que unos miles de rupias que había ganado jugando y que, dado su natural dispendioso, no durarían mucho. Pensó: «Mañana voy a comprar un billete nada menos que hasta París. Así puedo volver allí cuando quiera. Una vez en París ya veré cómo me las arreglo».

Había gastado todo el dinero que Bill la había obligado a aceptar cuando se divorciaron. A dónde se había ido tanto dinero, Carol no lo sabía; pero no lo lamentaba, puesto que gracias a él había sido durante algún tiempo completamente independiente, y gastándolo, lo había pasado de un modo maravilloso. No aceptaría ni un céntimo más de él, por desesperada que fuese su situación; ni siquiera le haría saber que en cinco años se las había arreglado para tirar todo aquello por la ventana.

Abrió los ojos y durante unos minutos estuvo observando una cotorra que había en una jaula laqueada de rojo, que atrajo su atención con sus roncós gritos. Gritaba y luego decía algo que parecía ser una larga y complicada frase. Trató de penetrar lo que el pájaro decía y luego desistió, pensando: «Probablemente habla en hindú», y sin fijarse más en el pájaro siguió sus cavilaciones.

Se puso a examinar un punto importante: buscar cómo seguir viviendo. No tenía probabilidades de volver al escenario. Ziegfeld^[52] había muerto, y las posibles vacantes de muchachas de revista estaban más que cubiertas con otras más jóvenes y quizá más guapas que ella misma. En cuanto a ser actriz, no quería engañarse: aquella profesión no la interesaba y, además, no tenía la menor disposición para ella. Descartado, por tanto.

Podía casarse; pero en aquel momento no se le ocurría con quién. Desde luego no iba a casarse otra vez con Bill, en el momento preciso en que él estaba empezando a sentar la cabeza. Ella sabía, con una certeza indefinida, pero acorazada de acero, que muy probablemente podía casarse otra vez con él si alguna vez quería hacerlo; pero también sabía que de tal cosa no resultaría nada bueno. Eran malos el uno para el otro, precisamente por haberlo pasado juntos demasiado bien. Aquello era perfecto cuando se era joven, pero no servía para nada cuando la vida avanzaba. Bill tenía que sentar definitivamente la cabeza y ser sensato. Si volvían a casarse, volverían a trasnochar y a hacer una vida agitada, y Bill acabaría por quedarse sin un céntimo. Ella le tenía cariño, y si él continuaba siendo formal, llegaría a tener cuanto dinero quisiera; pero no quería volver a casarse con él, precisamente por lo mucho que le quería y le gustaba. Lo que Bill necesitaba era una buena esposa americana, formal y seria, capaz de llamarle la atención con amenazas de represalias cada quince días. Al principio, Bill detestaría semejante situación; pero andando el tiempo se habituaría a ella y acabaría por volver a su casa por la noche deseando

encontrar aquello mismo. Esto le haría andar derecho y él pensaría que había sido su propia fuerza de voluntad y no la mano de hierro de su mujer la que había realizado el milagro. Ya estaba encaminado en esa dirección. Se le notaba en todo. Dentro de cinco o diez años, Bill sería un perfecto marido americano o se habría quedado en el arroyo, y no sería ella la que le empujase a la segunda solución.

Había también la proposición de la baronesa, hecha entre los vapores del champán, medio en broma, medio en serio. A ella no le molestaba la baronesa tanto como parecía molestar a otras personas. Parecía una tortuga y tenía los modales de un rinoceronte, pero nada había en ello que molestase a Carol de un modo especial. Salvo en el juego, la baronesa estaba con ella siempre suave como un guante. En realidad, casi tenía afecto a la vieja, con todos sus inconvenientes.

Tenía sus recelos en cuanto a la índole del negocio de la baronesa. De todos modos, si el empleo que le ofrecía no era más que el de encargada de un *cabaret* en El Cairo o en París, creía que podría desempeñarlo. Esto la daría lo suficiente para vivir y aun le abriría nuevos horizontes. En todo caso, no aceptaría el empleo sin una garantía y un porcentaje, por compromiso escrito. Se daba perfecta cuenta de que la baronesa, tratándose de dinero, sería capaz de robar a su sombra.

También estaba *Mr. Botlivala*. Pero a *Mr. Botlivala* había que descartarlo. Se daba cuenta Carol de que fue una locura decirle, simplemente, para que dejase de darle la lata: «Bueno, bueno, si quieres que sea tu prometida en secreto, no me importa». Porque ahora no podía quitárselo de encima. La telefoneaba sin cesar y siempre pretendía ir con ella a todas partes. *Botlivala* se las había arreglado para que por todo Bombay se creyese que había entre ellos algo más. Y Carol comprendía que todo esto la había hecho perder categoría y la había colocado en una situación falsa, de modo que toda la población europea de Bombay parecía inclinada a volver la cara a otro lado cuando ella aparecía en algún sitio.

Esto no le importaba gran cosa, porque no tenía interés en frecuentar los círculos oficiales ni los de negocios; pero la molestaba que se creyese lo que no existía. Y además, la sangre sueca protestaba de ello. Había que restablecer las cosas y ponerlas en su debido punto. Por otra parte, siempre sentía cierto temor de *Mr. Botlivala*. Era un hombre capaz de ser traicionero y de hacer cosas insospechadas, especialmente si su insoportable vanidad se sentía herida.

Y también *Mrs. Trollope* se estaba poniendo insufrible, siempre pegada como una lapa.

Carol tomó otro sorbo del fantástico brebaje de Jellapore y pensó: «No, hija, no. Tienes que arreglar todo este embrollo».

En todo el mundo que la circundaba no parecía haber seguridad sino en una sola dirección: el coronel Moti y su esposa, a quienes apenas conocía y Buck.

Su mente divagó, yendo y viniendo desde el embrollo de su tonta existencia, a Buck; pensando en él, se sintió súbitamente apaciguada; cerró otra vez los ojos y le vio con la imaginación clara y distintamente. Vio en su persona detalles de los que no se había dado cuenta antes; no eran detalles como el azul de sus ojos sinceros, ni el firme dibujo de su mandíbula, ni la belleza de sus grandes manos hábiles; no, no eran estas cosas; era más bien el modo cómo inclinaba la cabeza hacia atrás cuando se reía; su actitud sencillamente amigable; el modo cómo se divertía. Hasta cierto punto se parecía extraordinariamente a Bill. Todas las cosas buenas de Bill estaban en Buck, y ninguna de las malas; no había en él flaqueza ni tedio; no había en él aquella cualidad, aquella excesiva sutileza femenina de la mente que podía fastidiarla y aun atormentarla a una; nada de aquel aire de «¿Y qué demonios importa?». Aquello era lo peligroso, lo casi perverso de Bill. En cierto modo, corrompía a cuantos le rodeaban con su grata filosofía de que nada importaba sino la diversión del instante. «Bill-buen-humor». Pero a Carol la encantaba, y Carol le quería a pesar de todo, aun en los momentos en que se ponía imposible.

Se olvidó pronto de él y siguió pensando solamente en Buck, lamentando que no estuviese allí con ella, y que el blanco pabellón de mármol que estaba detrás de ella estuviese vacío. Todas aquellas personas fatigadas, gastadas, que jugaban en la habitación de mármol, parecían profanar y corromper la extraordinaria belleza de aquel lugar. Sintió el deseo de estar sola con Buck en algún sitio como aquel, distante y aislado. Excepto cuando fueron en el taxi, nunca habían tenido ocasión de charlas a solas, sin otras presencias que alteraban la atmósfera y convertían la conversación en algo como una escena que tuviese lugar en un escenario o en un cine. Se daba cuenta ahora de que durante la visita a los Moti había ocurrido algo que modificaba las condiciones de su existencia; no sabía qué, ni cómo; y solo percibía que se había disipado todo el sabor que para ella había tenido siempre lo que hasta entonces había sido divertirse. Vio súbitamente que por ello era por lo que estaba en aquel momento allí sola en la terraza, en vez de estar jugando con los demás. Y era por eso por lo que tenía que beber. Se le ocurrió que todo aquello podía ser parte del cambio que había estado esperando. Y volvió a ocurrírsele la idea de que *Mrs. Trollope* y todos sus disparates de predicción del porvenir podían no resultar tan disparatados. Las cosas, las circunstancias, la atmósfera, parecían a veces apoderarse de una y arrastrarla consigo de grado o por fuerza, lo mismo si una quería ir que si no quería. Era lo que había sucedido a *Mrs. Trollope*: quizá por eso creía en la

predicción del porvenir.

Volvió a pensar de nuevo en Buck y en la tarde de aquel primer día en el tren, cuando le había visto atormentado por un sufrimiento físico que la aterraba. Se le ocurrió que ella podría ser la que le ayudase. Y de pronto, abriendo los ojos y sonriendo, pensó: «Chica, ¿no será que te has enamorado? Tendría gracia, porque, ¿qué podrías tú hacer? ¡Tú, esposa de una especie de misionero!».

Luego, a través de sus pensamientos y del rumor del agua que caía y de las ramas de las palmeras, oyó otro ruido dentro del pabellón. Era el ruido que hacían las personas jugando al póker. Y Carol pensó: «Ya está otra vez. Han dejado el *bridge* y se han puesto a jugar al póker. Esa perderá probablemente hasta la camisa». Y bebiendo lo que quedaba del champán con especias se puso en pie y fue hacia el pabellón para salvar de sí misma a *Mrs. Trollope* y alejar de ella el final que el adivinador del pensamiento no había querido explicarle.

Al entrar en la habitación vio inmediatamente el semblante pálido y desesperado de *Mrs. Trollope*, que estaba otra vez perdiendo. Lanzó a Carol una rápida mirada, pidiendo auxilio, y Carol pensó: «Lo perderá todo, y entonces, ¿qué podrá hacer? Se me colgará del cuello y yo no estoy de dinero mucho mejor que ella».

No era la primera vez que alguien se le colgaba del cuello. Era cosa que le había sucedido muchas veces. No sabía bien cómo. Lo único que sabía es que la mayor parte de su dinero había ido a personas que le pidieron ayuda.

Se sentó y pidió a Joey fichas, y su mera presencia pareció animar a *Mrs. Trollope* y devolverle la confianza.

Pero de nada sirvió. *Mrs. Trollope* siguió perdiendo, y tampoco Carol estaba de suerte. No pudo averiguar cuánto perdía *Mrs. Trollope*, pero por la expresión de su cara tenía que ser mucho. Carol perdió más de cuatro mil rupias, que era mucho más de la que podía permitirse. Casi todo el dinero fue a manos de la baronesa, que estaba allí sentada, como una araña con cabeza de tortuga, recolectando la única cosa que amaba en el mundo. Pero algo pasaba al conjunto de la reunión. Habían venido al pabellón para escapar al calor de la ciudad y para distraerse, pero no lo conseguían. Parecía envolver a todos una niebla de fatiga y pesadumbre. En lugar de quedarse allí y de enviar a Joey a buscar viandas para cenar, regresaron todos a Bombay. Nadie protestó. Cuando se marchaban, Carol dijo a Jellapore:

—Es muy bonita esta casa.

Y él, sonriendo, contestó:

—Sí; pero no para este tipo de reunión. Esta casa está hecha para quien sepa apreciarla. Cuando le llegue a usted su segunda luna de miel, le

prestaré esta casa.

Carol se echó a reír con una risa falsa, y dijo:

—No habrá ninguna segunda luna de miel.

En el camino hacia la ciudad, el calor aumentó, y con él, el abatimiento que les dominaba a todos. *Mister Trollope* iba en el mismo coche que Carol. Cuando le dijo: «Cenaremos juntas», Carol dijo: «No. Estoy cansada. Voy a cenar en la cama y a dormir».

Ya en el hotel, *Mr. Botlivala* insistió con pesadez, queriendo que Carol fuese a cenar con él, y Carol tuvo que insultarle para que la dejase en paz. *Botlivala* dijo entonces:

—No veo qué ventaja tiene que estemos prometidos.

A lo que Carol se apresuró a responder rápidamente:

—Yo tampoco. Romperemos el compromiso.

Esto asustó a *Mr. Botlivala*, que dijo:

—Bien sabes que no es eso lo que he querido decir.

—Pues yo sí, y no quiero hablar más de ello.

En cierto modo le pareció súbitamente que *Mr. Botlivala* le era completamente extraño, como si nunca le hubiese visto. No era ya simplemente un hombrecillo vanidoso y pesado al que ella llevaba la corriente. Esta noche parecía haber en él algo aborrecible y amenazador. Se abrió la puerta del ascensor y Carol entró en él y desapareció de la vista de *Mr. Botlivala*, en el momento en que este empezaba a dar señales de ir a hacer una escena.

Mientras subía el ascensor, Carol cambió súbitamente de idea y lo hizo parar en el piso de Bill. No quería quedarse sola. Había mentido a *Mrs. Trollope* al decirle que cenaría en la cama. De todos modos le sería imposible dormirse en seguida, porque la insistencia de *Mrs. Trollope* y de *Botlivala* le habían puesto los nervios de punta. Pensó que la una y el otro quizá atraían la mala suerte y que en todo caso la conducta y el aspecto de *Stitch* no presagiaban nada bueno. Pensó que Bill la haría reír y la devolvería su buen humor. Fue a su habitación y llamó a la puerta. Oyó que su voz contestaba «Adelante», y abrió la puerta.

Bill había tomado una ducha y se estaba vistiendo. Carol no pudo menos de pensar: «Es guapo el condenado. Si detrás de todo eso hubiese algo...».

Bill le dijo:

—Siéntate. Estaré listo en dos minutos.

—Bueno.

Carol se sentó, sintiéndose ya más animada solo con haber visto la sonrisa de Bill.

—¿Me es permitido averiguar qué es lo que induce a una señora a venir a buscarme a estas horas?

—Pues que la señora no tenía nada que hacer. Y que quería huir de la Trollope y de Botlivala.

—¿Dónde habéis estado?

—¿No has visto mi nota?

—¿Qué nota?

—La que le dejé al conserje.

—¡Oh!

Se estaba haciendo la corbata y se paró un momento, poniéndose serio.

—No he preguntado si había algo para mí. He pasado un día infernal.

—¿Por qué?

—Nada, arreglando los asuntos de Hinkle. Ha muerto.

—¡Oh!, no lo sabía.

—Y mi padre me ha echado encima su tarea, con otra porción de asuntos unidos a ella.

—¿Y has aceptado?

Bill se volvió desde el espejo.

—Con mi padre no hay caso de aceptar o no. No hay opción. Tú debías saberlo.

—Eso quiere decir que te quedas aquí.

—Sí ¡Maldita sea!...

—Creí que te gustaría.

—También lo creía yo.

—¿Dónde está Buck?

—Ese es el final de la historia.

Señaló con un ademán la puerta de la habitación de Buck.

—Está ahí. Al llegar le encontré en la cama y no he podido despertarle. Está en una especie de coma. Ha estado aquí Moti. Ha dicho que Buck ha estado ya otra vez así. Es una especie de superagotamiento.

Observó el rostro de Carol y encontró en él lo que temía encontrar.

Carol dijo:

—¿Y no necesitará una enfermera o algo?

—Moti ha dicho que no es posible encontrar una buena. Hay muy pocas en todo Bombay, y hay en este momento muchos casos de tifus.

—Pero ¿no irás a marcharte y dejarle ahí?

—Moti dice que no hay en ello inconveniente, que probablemente Buck se despertará mañana por la mañana mucho mejor. Y que, en realidad, es el único modo de que duerma de verdad.

Carol se levantó, se acercó a la ventana y se puso a mirar hacia el puerto.

Se estaba poniendo el sol, y un par de barcos mercantes se destacaban negros sobre el resplandor de luz roja. Sin volverse, Carol dijo:

—Yo me quedaré con él.

—No hace falta.

—Yo creo que tiene que haber alguien ahí.

Esta vez Bill guardó silencio. Luego dijo:

—Bueno, nos quedaremos los dos. Podemos cenar aquí. Un poco absurdo es cenar en una alcoba, pero también puede ser un descanso.

—Es una buena idea. Antes podemos beber algo.

—Desde luego. Voy a llamar a Silas.

Silas entró, y Bill le ordenó traer combinados de ginebra. Los negros ojos del criado relucían de comprensión burlona. Cuando se fue, Bill dijo:

—Un día le voy a retorcer el cuello.

—¿Por qué?

—Si entendieras el lenguaje de los ojos comprenderías que estaban diciendo muchas cosas intolerables.

—Será probablemente el único modo que tenga de divertirse.

—¿Quieres usar el cuarto de baño? Probablemente estará todo revuelto.

—No importa. Voy a arreglarme.

Cuando Carol entró en el cuarto de baño y cerró la puerta, Bill se acercó a la que comunicaba su cuarto con el de Buck. Estaba entreabierta y la cerró rápida y suavemente.

Silas volvió con las bebidas y Bill le dijo:

—Y ahora ve a decirle al camarero que vamos a cenar aquí y tráeme la carta de la comida.

Los negros ojos relumbraron.

—*Sahib* —dijo—, no poder servir aquí comida...

—¿Por qué no?

—Estar prohibido.

Sus nervios y el calor hicieron enrojecer de rabia la cara de Bill.

—Ve y haz lo que te he dicho. Quiero aquí comida para mí y para *memsahib*. Diles que vayan fuera del hotel y que compren mesas y sillas y que contraten camareros. Pagaré lo que sea, pero comeré aquí.

—Sí, *sahib* —dijo Silas.

En su negra cara se pintó una expresión de entusiasmo. Ahora podría bajar y acometer contra la Dirección y amenazarla. Como criado de una personalidad importante, estaba revestido de autoridad. Sabía perfectamente que su amo era una personalidad importante, pero sentía en su interior un gran desprecio por él, porque nunca actuaba como tal. Por su larga experiencia con personalidades, Silas sabía que todos ellos eran despóticos, que maldecían y juraban y algunas veces le pegaban y que se jactaban de su dinero y de lo que con él se podía comprar. Durante todas aquellas semanas había tenido que mostrarse mohíno y avergonzado delante de los demás criados, porque su amo no procedía como un personaje, como un

verdadero *sahib*, sino solamente como un caballero. Y ahora Silas se sentía feliz. Podría volver a levantar la cabeza.

Cuando Carol salió del cuarto de baño, lo primero que vio fue la puerta cerrada.

—¿Por qué la has cerrado? —preguntó.

—Por si le molesta nuestra charla.

—Pero si pasa algo no nos enteraremos.

Bill se la quedó mirando fijamente.

—Ya abriré la puerta de cuando en cuando y le echaré un vistazo.

Y ofreciéndole un vaso, le dijo:

—Esto te sentará bien.

—Me siento perfectamente.

* * *

Al poco rato apareció en la puerta el propio jefe de los camareros, acompañado por Silas, que venía radiante. Se habían roto las normas del hotel y era él el que lo había ordenado. El jefe de los camareros se mostraba sumiso, pero al ver a Carol, sus negros ojos se pusieron tan burlones y elocuentes como los de Silas.

Bill encargó una cena absurda, el tipo de cena que largo tiempo antes había encargado para Carol cuando ella trabajaba en las revistas e iba a cenar con él. *Bisque de Surat écrevisset* pescado, ánade indio, sorbete, champán y *friandises*. No se le ocurrieron más absurdos. Al escuchar Carol lo que iba pidiendo, sonrió. Bill se volvió hacia ella y le preguntó:

—¿Te parece bien?

—Parece una cena galante.

—¿Por qué no?

—Desde luego, ¿por qué no?

Ahora que Bill había tomado la actitud de persona importante, el servicio fue maravilloso. Subieron una mesa y sillas; aparecieron flores y un mantel blanco. El camarero se inclinó y preguntó:

—¿Desearían una radio?

Bill dijo:

—No, gracias.

Carol, súbitamente, dijo:

—Sí.

—No oirás más que música india.

—No importa. Será más alegre.

El camarero trajo la radio. Era un aparato anticuado y procedía del

despacho del director. Cuando lo vio Carol se echó a reír y luego se puso seria.

—¿Le molestará a Buck?

—No. Moti dice que cuando está así nada le molesta.

Bill estaba en lo cierto. La radio no daba más que música india. Él no la comprendía ni le gustaba, como no le gustaba ni comprendía la voz del locutor, que hablaba hindú con remilgado acento. Pero Carol dijo:

—A mí me gusta. Me pone más cerca de la India que lo he estado en mucho tiempo, desde que me marché de Jellapore.

Cuando trajeron la comida, Bill se quejó de la sopa, aunque Carol no encontraba que estuviese mala. El ambiente estaba cargado, como el que había presidido la excursión a la linda casa de Jelly llamada Jai Mahal. Carol se dio enseguida cuenta de ello y advirtió que también Bill se la daba, pero que solo servía para ponerle más desagradable. Carol pensó: «Quizá es culpa mía. O quizá es que las estrellas no son hoy favorables».

Bill pidió una segunda botella de champán y cuando estaban acabando de cenar, dijo de sopetón:

—¿Qué te pasa?

Carol estaba en aquel momento mirando por la ventana el sol que se ponía detrás de Elephanta, y tardó un momento en oírle. Luego dijo:

—No me pasa nada. ¿Por qué?

—Estás rara y abatida... No pareces tú.

—Me aburro.

—Gracias.

—No, no es que me aburro contigo. No es por nada en particular. Es por todo. No encuentro ya nada bien.

—Nada, ¿de qué?

—Nada de nada. Nada en esta clase de vida. Es un lío.

Bill sonrió.

—Eso no puedo negarlo.

Carol se bebió una copa llena de champán y luego dijo:

—Vamos a ver cómo está Buck.

Bill se levantó rápidamente.

—Yo iré.

Ella quería haber ido también, pero Bill se adelantó.

Carol esperó hasta que Bill volvió del cuarto de Buck y dijo:

—Está muy bien. Duerme como una marmota.

Se sentó y volvió a mirarla, perplejo ante la lejanía que, a ratos, parecía aislar por completo a Carol.

Luego, bruscamente, le preguntó:

—¿Estás sin dinero?

Carol respondió rápidamente:

—No. ¿Por qué se te ha ocurrido eso?

—Por nada. Pero pensé que si te lo preguntaba de golpe y de prisa podría sacarte la verdad.

—Muchacho listo.

—Me alegro de que hayamos comido juntos y solos. Tenía ganas de hablar contigo sobre una porción de cosas.

—Pues empieza.

—Tú no lo facilitas demasiado.

—Lo siento.

Carol se dio cuenta de que escuchaba a Bill con la mitad de su atención, pero que en realidad era en Buck en quien pensaba.

—Mañana por la noche me voy para recorrer la India y Birmania. No sé cuándo regresaré. Y hay un par de cosas que deseo dejar arregladas.

—Muy bien.

—Quiero volver a casarme contigo.

Carol dijo rápidamente:

—No. —Luego sonrió y añadió—: No eres tú nadie declarándote.

—Estoy enamorado de ti. Antes no lo estaba.

—Ya lo sé.

—Esta vez todo resultaría muy bien.

—No. Sería exactamente lo mismo.

—He cambiado.

—No, no has cambiado, en realidad.

—Y tú, también.

—No, yo tampoco.

—Sí, has cambiado; si no, no me habría enamorado de ti.

—¿En qué notas la diferencia?

—Hay muchas diferencias, y no me preguntes por qué lo sé.

Carol no le contestó, y Bill dijo:

—Y hazme el favor de quitar esa sonrisa de tu cara.

—No me río de ti. Lo que pasa es que eres tan optimista como siempre. Siempre serás el mismo. No crecerás nunca.

—Tú decías que por eso te gustaba.

—Y así era. Pero después de cierta edad, Peter Pan,^[53] resulta sencillamente un caso de desarrollo retardado.

Bill se sintió medio furioso, medio con ganas de reír.

—¡Al diablo con tus chistes!

Al mismo tiempo, la nueva emoción que le turbaba se reafirmó de nuevo. Carol nunca le había parecido tan bella ni tan atractiva como en este momento. Pero lo que hacía peligrosa la emoción y lo que la superaba, era el

deseo de tenerla junto a él el resto de su vida, el deseo de protegerla, de facilitarle la vida. Si no la tenía consigo, se sentiría solitario siempre. Sabía esto con una curiosa y conturbadora certidumbre. Fuera de él lo que fuese, se casara con quien se casase, siempre se sentiría solo, siempre la echaría de menos.

Bill adelantó las manos y cogió entre ellas una de Carol, mientras la miraba francamente fijando los suyos en sus ojos azules.

—Hablo en serio —dijo—. Te respondo de cada palabra de las que digo. Si te casas conmigo seré un marido modelo. Seré fiel. Trabajaré como una fiera. Tendré un gran éxito. No soy un inútil. Si te casas conmigo haré lo que te digo; juro ante Dios que lo haré.

Carol sonrió:

—No, Bill No serviría de nada. Si hicieras todo eso ya no serías Bill, ya no serías mi Bill. Ya no me gustarías. Me aburrirías... Y si no cambiaras, los dos acabaríamos en el arroyo.

Carol hablaba sinceramente y con verdad, pero era su corazón el que hablaba y no su cabeza Su cabeza se sentía tentada. Todo sería tan fácil, teniendo siempre a Bill que se ocupara de ella, que ganara todo aquel dinero, del que ella dispondría; sabría lo que iba a ser el futuro y nunca estaría cansada y preocupada otra vez. Pero su corazón insistía en decir: «No, no serviría de nada. No seas tonta». Y ella sabía que su corazón tenía razón siempre.

Bill le había soltado la mano y estaba encendiendo un cigarrillo.

—Nunca he podido hablar contigo.

Carol se levantó y dijo:

—Voy a echar una mirada a Buck.

Esta vez fue ella más lista. Estaba en la puerta antes de que él pudiese evitarlo. Encendió el cigarrillo y vio cómo Carol entraba en la habitación, mientras él no podía quitar los ojos de la puerta. Su frente se frunció y sus ojos se concentraron como si estuviese buscando algo.

Dentro de la habitación de Buck no había más luz que la claridad que entraba a través de la puerta y de las luces de la calle. Al principio Carol no vio nada, y luego, poco a poco, surgió de la penumbra la figura de Buck.

Estaba echado sobre un lado y dormía tranquilamente. Lo primero que Carol pensó fue lo mucho que se parecía en aquel momento a su hijo Tommy. Dormido, se asemejaba de un modo extraordinario al niño que ella había visto dormido en el tren. El pensamiento la hizo ver también a Alí, el niño ciego, y recordó la conmovedora relación fraternal existente entre él y Buck. No había visto nunca cosa semejante. Luego pensó: «Qué cara de bueno tiene. Y de amable». Y luego, lo que el propio Bill había pensado siempre: «¡Qué limpio!». Luego advirtió la belleza de su rostro y la línea de

su garganta, donde se separaba de la cuadrada mandíbula y desaparecía en la sombra. Sintió de pronto ganas de llorar, y se acordó, como de un grato recuerdo, del viaje en el tren y de cómo le había aliviado el dolor acariciándole la rubia cabeza rizada. En aquella ocasión no había sentido emoción alguna; era ahora, mucho después, cuando la emoción surgía. Permaneció de pie largo rato; no hubiera sabido decir cuánto tiempo. Se sentía más feliz que nunca.

Por último, se volvió rápidamente y salió, cerrando detrás de sí la puerta y pensando al mismo tiempo: «¡Qué tonta! Me voy a ruborizar al ver a Bill, y no debía hacerlo».

Vio que Bill la observaba con extraordinaria concentración, y pensó: «Bill, que nunca ha sido celoso, está celoso».

Trató de acercarse a la mesa como si nada hubiese ocurrido, como si su corazón no estuviese latiendo más de prisa, como si no sintiese un vacío en la boca del estómago.

Bill dijo:

—Está perfectamente, ¿no?

Carol se sentó y cogió su copa de champán.

—Sí, está dormido.

Bill rápidamente dijo:

—No es por Buck, ¿verdad?

Carol comprendió perfectamente a qué se refería, pero eludió responder, como si quisiera guardar para sí misma toda la emoción.

—¿Qué quieres decir con que «no es por Buck»?

—Quiero decir que no es que se haya interpuesto él entre tú y yo.

—Es una manera curiosa de plantear el asunto.

—Ya sabes lo que quiero decir. Esa impresión tienes que tenerla tú misma; como si los dos os completaseis. Yo la he tenido.

—No sé. En realidad no creo que sea así.

Bill sonrió maliciosamente.

—¡Qué cosas! Un flechazo.

—No, no es eso.

—Te advierto que como esposa de un hombre así serías un desastre.

—Quizá haya pensado también en eso.

—Entonces, ¿tan lejos han ido las cosas?

—No, no es eso; pero no carezco de imaginación.

—¡Qué folletín!

Carol se puso de pie.

—Me voy a acostar. ¿Te quedas tú aquí con Buck?

—Voy a ir al bar a beber algo. No podría dormirme tan pronto, y no me encuentro en situación de estar muy a gusto a solas con mis pensamientos.

—Si tú te vas, yo me quedo.

—No tardaré en volver más de diez minutos.

—Sí, y luego te encuentras a alguien abajo y empiezas a divertirte y se te olvida Buck.

—Pero si te digo que está muy bien.

—Si quieres pasar la noche fuera, yo me quedo aquí hasta que vuelvas.

—No, me quedaré. Voy a bajar a buscar algo que leer y vuelvo inmediatamente y me acuesto. Te lo prometo.

—Perfectamente.

Bill se levantó y fue a abrirle la puerta a Carol.

—Deploro que la cena no haya resultado más grata. Ha sido culpa mía.

—Yo lo he pasado bien.

—No puedo decir otro tanto. Ya no es como antes. Solíamos pasarlo bien juntos.

Carol sonrió.

—Quizá es porque tú estás enamorado, si es verdad lo que dices, y yo no.

Bill se encogió de hombros.

—Tal vez cambies de opinión.

—Tal vez; una chica no sabe nunca... Pero no cuentes con ello.

Bill le tomó la mano.

—¿No me das un beso de despedida?

—Como quieras.

Bill la besó y la mantuvo largo rato en sus brazos, como si hacerlo pudiese modificar la actitud de ella. Aún la tenía abrazada cuando ella se echó a reír. Bill la soltó rápidamente y se apartó.

—¿Qué pasa tan divertido?

—Pasa que creo que estás intentando engañarte a ti mismo. Creo que estás enamorado de una idea fantástica que has formado de mí.

—Me parece todo eso terriblemente complicado.

—No estoy enamorada de ti, Bill.

—Si no te empeñaras en decir siempre la verdad, la vida podría ser mucho más agradable.

—Si te marchas mañana creo que podemos tener los tres una comida de despedida. Cuando tú regreses puedo haberme marchado yo.

—No creo que me divierta mucho.

—Podemos buscar una cuarta persona.

—¿Quién?

—¿Quién te gustaría?

—Cualquiera.

—A Stitch la animaría. Otra vez ha estado perdiendo.

—Muy bien. Aunque me parece que atrae la mala suerte.

Carol se echó a reír.

—También a mí me lo parece.

Cogió el picaporte, y dijo:

—Buenas noches, chico. Gracias por la cena. Por lo menos la comida ha sido como en otro tiempo.

—Estaré al cuidado de Buck —dijo Bill.

A la puerta estaba Silas, que se levantó e hizo una zalema. Carol se marchó de prisa y subió los dos tramos de escalera que a través de los corredores carceleros conducían a su habitación. Tenía ganas de estar sola. Sentía una extraña sensación y comprendía que era necesario poner en orden sus pensamientos. Estaba pesarosa por Bill; había habido un momento, un momento breve y súbito, en el que había estado tentada, por compasión, de quedarse con él toda la noche. No dudaba ya de su sinceridad; sabía ahora que lo que Bill sentía hacia ella era nuevo y sorprendente, no solo para él, sino también para ella. Lo extraño era que aquello le hacía aparecer ante ella menos atractivo. Eso de verle rogando, suplicando que le quisiese... Lo divertido de Bill había sido siempre la falta de importancia de sus relaciones.

En su interior se sentía feliz, con una felicidad completamente irrazonable, que nació en el momento en que quedó en la habitación en penumbra mirando a Buck. Sabía que esto no era suficiente para hacer feliz a una mujer; no tenía sentido. Sin embargo, era feliz. Pero también sentía miedo.

Mientras subía la escalera iba pensando en acostarse, apagar la luz y continuar con sus pensamientos; pero cuando abrió la puerta todo su plan se vino abajo. La figura solitaria de *Mrs. Trollope* se destacaba junto a la ventana, mirando a la calle.

Tuvo intención de cerrar la puerta y marcharse, pero *Mrs. Trollope* ya la había visto. Al volverse hacia ella, Carol se dio cuenta en seguida de que había estado llorando; lo denotaban los ojos hinchados, casi cerrados, y las bolsas oscuras que bajo ellos se destacaban en su rostro pálido. Estaba horrible; casi siniestra. Carol pensó: «Estoy aviada; ahora me contará su historia».

—¡Hola! —dijo con viveza—. ¿Cómo está usted aquí?

—Su criado me abrió. No debí hacerlo, lo comprendo, pero no pude estar más tiempo sola en aquella horrible habitación. Esto es más agradable; ya me siento mejor.

—Siéntese y tomaremos algo. ¿Qué prefiere?

Abrió la puerta y ordenó a Krishna lo que tenía que traer. Luego, cerrando la puerta a sus espaldas, añadió:

—¿Por qué la has dejado entrar? En mi habitación no debe entrar nadie. Estaba furiosa. La primera vez que Krishna la había visto furiosa. Revolvió sus límpidos y grandes ojos negros en las órbitas, lleno de miedo, haciendo zalemas y disculpándose:

—No saber, *memsahib*, no saber.

—Bueno, corre y trae lo que te he dicho.

Al volver a entrar en la habitación encontró a *mister* Trollope sentada en una de las duras sillas. Carol se sentó sobre la cama.

En seguida preguntó *Mrs.* Trollope:

—¿Puedo pasar aquí la noche?

La pregunta cogió desprevenida a Carol, y contestó rápidamente.

—No, no puedo resistir que haya otra persona en mi habitación. Es una manía que tengo. Lo siento.

—Está bien —dijo *Mrs.* Trollope—. Era solamente porque tengo uno de mis ataques de alucinaciones. Esta noche tengo miedo de mí misma.

—No diga tonterías. Se encontrará mejor cuando haya tomado algo.

—Tengo necesidad de hablar con alguien. No quiero decir con cualquier persona.

«Siempre me queda el recurso de Bill —pensó Carol—; ¡si pudiera mandarla con Bill!».

Repentinamente se sintió avergonzada de sí misma. Deseaba ayudar a *Mrs.* Trollope, si podía, pero al mismo tiempo tenía sus propias preocupaciones y, sobre todo, deseaba gozar de su felicidad. *Mister* Trollope lo estaba echando todo a perder.

—Un hombre no sirve para nada... —estaba diciendo *Mrs.* Trollope—; ni aun Bill.

De repente empezó a llorar, y agregó:

—Estoy arruinada. Lo he perdido todo..., todo aquel dinero..., no puedo pagar ni la cuenta del hotel. No puedo pagar mi ropa. No puedo volver junto a esa necia de mi hermana.

Carol se levantó de la cama diciendo para sí: «¡Andando!».

—No sé lo que voy a hacer. ¡Oh, Dios mío! ¿Qué voy a hacer?

Carol se acercó a ella y le rodeó los hombros con sus brazos.

—Vamos, anímese. Ya veremos lo que se puede hacer.

Pero *Mrs.* Trollope reanudó su llanto, y gritó:

—¡No me toque! ¡No me toque! ¡Creo que me voy a volver loca! Nadie puede salvarme sino usted.

En aquel momento se abrió la puerta y entró Krishna con las bebidas que había encargado Carol; en el preciso instante en que *Mrs.* Trollope gritaba más. Carol cambió una rápida mirada con el sumiso Krishna. No era la primera vez que el muchacho había sido testigo de escenas extrañas.

Aceptaba los gritos de *Mrs. Trollope* como una cosa sin importancia. Había sacado la conclusión en su experiencia de que todos los europeos estaban un poco locos. Por tanto, dejó rápidamente las bebidas y se marchó como si nada extraordinario estuviese sucediendo.

Cuando cerró la puerta, Carol zarandeó a *Mrs. Trollope*, diciéndole:

—¡No llore más! La cosa no tiene importancia. Ya lo arreglaremos.

Sirvió un vaso a *Mrs. Trollope*, y en aquel momento se acordó de la medicina que tenía para dormir. Preparó una dosis y se la dio, diciendo:

—Esto la tranquilizará. No se consigue nada con seguir así.

El zarandeo pareció aplacarla, e incluso gustarle, como si hubiese encontrado en él alguna satisfacción. Obedientemente, como una niña bien educada, se tomó el sedante, y tranquilizada de repente, dijo:

—Lo siento. No debí venir en esta forma. Prometo comportarme bien. Pero es que algunas veces me siento tan sola...

Carol se dijo: «¡Paciencia! ¡Ya empezamos otra vez!». Y en alta voz:

—Vamos, cuéntemelo. Eso la aliviará.

Mister Trollope empezó a hablar. Las palabras salían de sus labios como un torrente. Habló de todo lo pasado; de su vida en Australia, cuando era niña, transcurrida en una cabaña de madera; su ida a Londres para convertirse en una señorita; de cómo en el colegio siempre había estado en inferioridad. Su matrimonio con el deslumbrante Jim Trollope, que solo pretendía su dinero. De la vida fantástica y alocada que había llevado en hoteles de lujo, mientras él operaba en la Bolsa y cometía grandes estafas. De su arresto y prisión y de toda su deshonra. Del descubrimiento de que solo tenía un marido en la cárcel y de que no tenía dinero. De su súbita huida a Australia, porque parecía que no había otra cosa que hacer. De su parada en Bombay y de cómo lo había perdido todo ahora. Estaba detenida, prisionera en Bombay, sola, sin amigos, a no ser las personas que había conocido desde su llegada.

Fue una historia larga, detallada y sórdida, que habría sido trágica de no ser porque en *Mrs. Trollope* no había nada de trágico. Era despreciable y mezquina. Echaba la culpa de todo a los demás. Durante la larga historia de su desastre, Carol unas veces escuchaba y otras dejaba vagar su imaginación hacia Bill o hacia Buck. Una de las veces que escuchaba, pensó: «Pesa una maldición sobre ella. Todo es desacertado, perverso, enredado. Aunque en esta ocasión la ayudase, pronto volvería a las mismas». Entonces se dio cuenta de que *Mrs. Trollope* tenía miedo. Carol interrumpió la historia para ordenar a Krishna que trajese más bebidas, esta vez dobles.

La narración resultaba inconexa, con un capítulo final dedicado a cómo *Mrs. Trollope* había confiado en aumentar sus ganancias de modo que le

permitieran volver a Australia. Y ahora estaba arruinada, sin saber qué hacer. Durante un rato Carol tuvo la sensación de que en el mundo no se puede hacer nada para ayudar a los demás, porque cada uno lleva consigo su destino.

—Por favor, sea amable conmigo —dijo entonces *mister Trollope*—. Últimamente ha huido de mí. Ha evitado mi compañía.

—No, no lo crea.

—Sí, sí. Me he dado cuenta. Se ha portado usted lo mismo que los demás. No sé qué he hecho yo para ser tratada siempre en esta forma. Nunca he hecho mal a nadie.

Carol no encontró de momento una contestación adecuada; por tanto, dijo simplemente:

—No se excite de nuevo. Creo que lo mejor será que se vaya a la cama.

—No, no podría dormir. No podría estar sola.

Inmediatamente se calmó de nuevo, y durante un largo rato permaneció mirándose sus grandes y hombrunas manos. De pronto, dijo:

—Si por lo menos fuera usted amable conmigo... Usted me trae buena suerte. Desde que ha tratado de evitarme, todo me ha salido mal.

—Eso son cosas de su imaginación —dijo Carol—. Yo también he estado perdiendo.

Se quedó mirando a Carol, y dijo:

—Si pudiéramos salir de aquí, de este agujero de Bombay, todo marcharía bien. ¿Por qué no nos vamos a América las dos juntas? Podría conseguir allí algún empleo y salir adelante. Si por lo menos tuviese algún dinero, si alguien me lo prestase, podría rehacerme de nuevo.

—Yo tampoco tengo nada —dijo Carol bruscamente—. Estoy prácticamente arruinada.

Los ojos de *Mrs. Trollope* la miraron con incredulidad.

—¿Con todas esas joyas?

Sus ojos se tornaron hostiles; adquirieron un brillo duro y maligno.

—Esto no es dinero —dijo Carol; y de pronto, sin saber por qué, se oyó decir—: Además, una gran parte de ellas no me pertenecen.

—¿Qué quiere decir?

—Que no son más que prestadas.

Mister Trollope se levantó y se dirigió a la ventana, mirando hacia fuera. Una vez hechas las confidencias, estaba sola de nuevo. Su gesto era elocuente; decía: «El mundo está en contra mía. Usted lo mismo que todos. No me ayudará. Me está engañando. No me echará una mano».

Carol pensó: «¿Qué voy a hacer con ella, Dios mío?».

En aquel momento llamaron a la puerta. Rápidamente fue a abrirla.

Bill apareció en el dintel, y ella se dio cuenta en seguida de que algo

ocurría.

—Buck tiene un ataque —dijo—. Es horrible. Ha preguntado por ti.

—Bajaré corriendo —dijo Carol rápidamente—, pero tendrás que ocuparte de *Mrs. Trollope*. Está medio loca. Llévatela abajo y dale algo de beber.

—Está bien, pero date prisa. Dice que tú eres la única que sabe lo que hay que hacer.

—Está bien.

En la mirada de Bill se reflejaba el horror.

—Si puedes hacer algo, hazlo, por lo que más quieras. Nunca he visto nada semejante.

Y ella pensó: «Tú eres uno de los afortunados; tú y yo; ninguno de los dos hemos sufrido nada más grave que un dolor de cabeza por beber demasiado».

No se detuvo siquiera a dar una explicación a *mister Trollope*, sino que la dejó con el asustado Bill.

Una vez que Carol se hubo marchado, él le refirió lo que había sucedido.

—¡Oh, ese estúpido de misionero! —dijo *Mrs. Trollope*.

—Sí —dijo Bill con un miedo repentino por estar solo con ella, y añadió rápidamente—: Vamos abajo a tomar algo.

Mister Trollope estaba ahora desagradable y colérica.

—Está bien. Lo que quiera.

No era la compañía de Bill la que deseaba. Ahora que Carol se había marchado, le tenía todo sin cuidado.

* * *

Carol no esperó el ascensor. Se lanzó por los corredores de piedra y bajó las escaleras saltando sobre los cuerpos de los criados, que no tuvieron tiempo de despertar para hacer las acostumbradas zalemas a la rica señora. Sentía a la par terror y felicidad porque él había pedido que fuera a su lado. Y también estaba contenta, aunque avergonzada, porque Bill no estaría presente. ¡Cuántas encontradas emociones pueden tenerse al mismo tiempo!

Entró por la puerta de la habitación de Bill, y de allí, por la de comunicación, al cuarto en penumbra donde estaba Buck tendido en la cama.

A causa del calor y de los dolores se había destapado y permanecía ahora boca abajo, con la cabeza apoyada en los hierros de la cama. Con una mano estaba agarrado al barrote del lecho; la otra, extendida a lo largo del

cuerpo, tenía el puño contraído por el dolor. Estaba en silencio, y en el ofuscamiento mental de su estado no la oyó entrar. No supo que estaba allí hasta que ella se sentó en el borde de la cama y le tocó la cabeza con la mano. El rubio cabello rizado estaba húmedo de sudor.

Al contacto, todo su cuerpo pareció relajarse un poco, y pudo preguntar:

—¿Estás aquí? —con una extraña y lejana voz que asustó a Carol.

—Sí —dijo ella—. ¿Qué puedo hacer para ayudarte?

—Lo que hiciste en el tren.

En el tren, el ataque había pasado rápidamente, más rápidamente que nunca, como si hubiera habido algo hipnótico y curativo en el contacto de su mano. Media hora antes, cuando el dolor le despertó de un sueño de completo agotamiento, pensó: «Si ella estuviera aquí, me aliviaría». Pero durante un largo rato no llamó. Ni siquiera llamó a Bill, que estaba en la habitación contigua. En su timidez había aguantado el dolor, hasta que Bill, aburrido, desesperado, incapaz de fijar su atención en la novela policíaca que se había subido, entró para verle y le encontró casi sin fuerzas para hablar. Ni aun entonces había pedido Buck que viniese Carol. No era solo por su timidez, sino porque aun en medio del dolor se daba cuenta de los escollos que habían surgido en las relaciones entre Bill y él.

Cuando Bill dijo: «Llamaré a Moti», Buck respondió solamente: «No te molestes. No puede hacer nada».

Solo cuando Bill, viendo los espasmos de dolor que recorrían el recio cuerpo de Buck, y no pudiendo soportar más, gritó: «¡Al diablo! ¡Alguien tiene que venir para hacer algo!», Buck dijo: «¿Dónde está Carol?».

—Supongo que en su habitación. ¿Qué puede ella hacer?

Buck empezó a hablar y al momento quedó en silencio: un nuevo paroxismo le hizo apretar la cabeza contra los barrotes de la cama. Cuando pasó, dijo:

—Ella me ayudó en el tren. Sus manos tienen alguna virtud.

—La traeré, si está allí —dijo Bill.

Salió, dejando solo a Buck, y entre los ataques que se repetían cada dos o tres minutos, este pensó: «Quizá sea mejor que muera. Tal vez haya hecho ya mi trabajo y solo soy un estorbo». Sabía bien que no podía seguir aguantando ataques como aquellos. Ningún organismo humano podría resistirlos. Pero de nuevo pensó: «No puedo morir. Tengo que ayudar a Alí y a miles como él. Y también a Tommy. Tengo que ayudarlo. No puedo morir». De nuevo otro ataque le hizo perder el conocimiento, hasta que sintió el contacto de una mano sobre su cabeza, y en seguida supo que ella estaba allí, a su lado.

Era extraordinario el efecto que le producía el mero contacto de sus dedos. Era como si los nervios de todo su cuerpo, tensos hasta el límite, se

aflojaran. El dolor persistía, pero suavizado, atenuado por una curiosa laxitud. Los dedos empezaron suave pero firmemente a deslizarse por su cabeza, terminando en la nuca, donde el dolor era más agudo. El dolor continuaba llegando en oleadas, pero disminuyendo cada vez un poco, como bajan las mareas en las playas. Cada oleada le dejaba sin conocimiento. Cuando pasaba, volvía en sí, confuso, para saber que ella estaba allí, a su lado, como lo había estado en el tren. También se daba cuenta de que esta vez era diferente. No estaba achispada, y de algún modo inexplicable ya no eran extraños, sino amigos.

A medida que las oleadas de dolor disminuían bajo el contacto de sus dedos, se las arregló para decir:

—Siento haberte molestado.

Y escuchó su voz, que respondía:

—No me has molestado en absoluto. Al contrario, me daría mucha alegría poderte mejorar.

—Me alivias mucho. No quiero parecer cobarde, pero algunas veces no lo puedo soportar.

—Escúchame: en cualquier momento que me necesites para algo, no tienes más que llamarme. De todas formas, maldita la falta que hago por ahí.

Era verdad que se sentía feliz. Allí, sentada en la cama, a su lado, había conocido una paz que nunca tuvo en su desordenada vida. Era una paz que provenía sencillamente del contacto físico con el dolor y de saber que de algún modo, de una manera casi mágica, destruía el dolor y ayudaba a un ser que amaba. Era como entrar en otro mundo, cuyas puertas habían estado cerradas para ella. Se abrieron un poco la mañana que fue a visitar a *Mrs. Moti* y a *Alí*; solo un poco, pero lo suficiente para poder vislumbrar algo que la encantó, que le causó asombro y le dio paz. Y ahora, mientras permanecía sentada a su lado, la puerta de aquel mundo estaba abierta de par en par, pero ella no había entrado todavía. Pudiera ser que nunca le fuese dado entrar a causa de su pasado; tal vez no llegara nunca a conocer el secreto que *Buck* y la esposa del coronel *Moti* guardaban, secreto que de alguna manera extraña tenía relación con aquel huerfanito ciego, hijo del *mahout*.

Continuó acariciándole la cabeza suavemente, pero con una especie de concentración de esfuerzo, deseando que toda su energía, toda su radiante salud se transmitiera a través de sus dedos al cuerpo cansado y enfermo. Una de las veces, al notar cómo el dolor desaparecía, pensó: «¿Tendré yo algún poder mágico?».

En el tren solo trató de ayudar a un desconocido; de ahuyentar el dolor de su presencia, porque el dolor le daba miedo por no haberlo conocido nunca. Había empleado el único remedio que conocía; lo que había visto hacer a su

madre para mitigar el dolor que atenazaba a su padre y que finalmente le hizo sucumbir. Pero esto era diferente. Ahora, sentada allí, ponía toda su alma en el esfuerzo de ayudar al ser que amaba. Sí, le amaba como no había amado a nadie; se daba cuenta claramente de ello. No podría decir por qué. Tal vez fuese por la belleza de sus cabellos rizados, de sus ojos azules; por la bondad y sencillez que veía en ellos; cosas insignificantes, pero que en aquellos momentos eran la salvación. Sin embargo, sentía miedo porque, a pesar del contacto físico, le parecía intangible, esplendoroso, inaccesible detrás de aquellas puertas abiertas, a través de las cuales podía mirar, pero no pasar.

Pero lo más extraño de todo era que ella, que no había sido jamás tímida, se encontrase dominada por una gran timidez.

«Debo tener en cuenta —pensó— que para él todo es diferente; que no entiende las cosas como yo». Lo que se ha sido en el mundo, los compromisos que se han tenido, lo cambian todo.

Al fin, el cuerpo que estaba a su lado quedó menos tenso. Una de las manos soltó el barrote de la cabecera de la cama. La otra se abrió, y después de algún tiempo se dio cuenta de que Buck estaba quieto, tan quieto que por un momento se asustó y se inclinó sobre él para ver si respiraba todavía. Entonces comprendió que había vuelto a caer en un sueño de agotamiento. Continuó acariciándole la cabeza por temor a que si dejaba de hacerlo, se despertase, y porque aquello la hacía feliz. Sentía deseos de seguir así siempre.

De cuando en cuando percibía algunos sonidos en la cálida noche. Su mente quedó paralizada y cayó en un vago estado de ensueño, no dándose cuenta más que de que el hombre que estaba en la cama, a su lado, no sufría ya, sino que permanecía en quietud; todo el dolor había desaparecido. Por eso no oyó la llamada del coronel Moti a la puerta del cuarto de Bill ni el ruido de la puerta que abrió él al no contestar nadie. Carol no supo que había llegado hasta que le vio de repente mirándola con sus grandes y ardientes ojos negros, aquellos ojos que lo veían todo y lo sabían todo. En el tren su mirada la había enfurecido; ahora no le hizo ningún efecto.

* * *

No dijo nada, sino que permaneció mirándola. Ella dijo nerviosamente, en voz baja: «Está mejor. Ahora duerme». Al mismo tiempo pensó: «Está tratando de averiguar algo». No sabía qué. Se retiró de la cama despacio, temiendo que Buck se despertara; pero, sumido en el sueño de agotamiento que había seguido al dolor, no se movió.

—Podemos hablar en la habitación contigua —dijo Carol nerviosamente—, a no ser que prefiera despertarle y hablarle.

—No —dijo el moreno hombrecillo—, más que nada necesita dormir. Durante tres años casi no ha dormido.

Entró en la habitación de Bill seguida del coronel, y al atravesar la puerta experimentó una sensación extraordinaria de su presencia, algo así como si pudiese ver con la parte posterior de su cabeza. Volviéndose rápidamente, se sentó en una silla al lado de la mesa donde un poco antes había estado comiendo con Bill. «Le dejaré que hable —pensó—; eso no es cosa mía». Pero casi al momento se encontró diciendo, como para justificar su presencia:

—Me mandó llamar, ¿sabe?

—Lo sé —dijo Moti, sentándose frente a ella—. Me dijo que le había ayudado usted en el tren.

Los inteligentes ojos reían, pero la boca permaneció inmóvil.

—Parece que sus manos tienen alguna virtud curativa.

Ella sabía que se estaba burlando, pero no sabía cómo ni por qué. Este tieso hombrecillo resultaba extraordinariamente inquietante.

—Realmente, no tenía por qué haber venido. Esto es cosa de usted. Pero Wainwright me habló por teléfono en un tono tan descompuesto, tan apurado...

—¡Oh!, Bill... no puede soportar ver sufrir. Siempre huye.

Había hablado a Moti como a un íntimo amigo, sin conocerle apenas, y había hablado algo despectivamente de Bill sin querer. Rápidamente añadió:

—Bill es una de las mejores personas del mundo, pero es igual que la mayoría de los hombres que no son médicos. El dolor y el sufrimiento le producen pánico.

—¿A usted no?

—No.

Hubo un silencio embarazoso. El coronel Moti encendió un cigarrillo y la miró escrutadoramente.

—¿Qué quiere usted de él?

—Nada. ¿Por qué? ¿Qué quiere usted decir?

Moti sonrió, y por un momento su sabia sonrisa le fue grata.

—La mayor parte de las mujeres siempre quieren algo..., matrimonio, dinero, posición, martirio o cualquier cosa. Buck no puede darle mucho...; ni

siquiera martirio. No creo que sea eso lo que usted desea. No la conozco bien, y lo que he visto de usted me confunde. Parece una clase de mujer y se comporta como si fuese de otra, y obra como si estuviese avergonzada de lo que es.

El discurso la confundió por un momento, pero cuando pensó en él, rápida, instintivamente, como siempre solía trabajar su cerebro, se enfureció y replicó:

—¿Le importa a usted mucho?

—Sí —dijo Moti—; por lo menos por tres razones; primera, porque siempre me he sentido profundamente interesado en la conducta de las personas; segunda, porque Buck, a pesar de las diferencias de color, raza y religión, es el hombre a quien más quiero en el mundo; y tercera, porque él es un ser de una importancia inmensa.

Carol quiso decir, con todo su corazón: «Sé lo que quiere usted decir. Yo también le quiero. No sé por qué. Usted y yo podríamos ser amigos, pero esto es ir demasiado de prisa». Pero dijo únicamente:

—Sí, lo comprendo.

Cogió un cigarrillo, abrió su bolso y sacó el encendedor pero no funcionó. El coronel se inclinó y le ofreció su cigarrillo para que encendiera. La extrañó, pues sabía que llevaba cerillas en el bolsillo. Sin embargo, el raro ademán aflojó un poco la tensión y pareció hacer la conversación algo más fácil. Más tarde comprendió Carol que lo había hecho con esta intención.

—Tengo una esposa extraordinaria —dijo Moti—. Usted la conoce, ¿verdad?

—Sí, la conozco.

—Ella también quiere a Buck. Debería añadir que casi la quiere a usted por hacerle feliz.

—¿Por hacerle feliz?

—Estaba completamente cambiado cuando fue con usted al Instituto el otro día. Lo notó al instante.

Carol se sintió repentinamente dichosa. ¿Por qué? No podría decirlo. Al mismo tiempo vio la cabeza de Buck sobre la almohada con notable claridad. Oyó decir al coronel Moti:

—Le voy a pedir una cosa extraordinaria.

Se detuvo, y ella preguntó:

—¿De qué se trata? Si puedo ayudar a Buck, lo haré.

—No es sencilla ni fácil.

—De todas formas, dígamelo.

Tardó en contestar. Durante un rato quedó contemplando la punta de su cigarrillo; después la miró con una extraña luz brillándole en los ojos.

—Lo que quiero —dijo— es esto: quiero que se marche con Buck... a

cualquier sitio, lejos de Bombay, lejos de la gente estúpida que frecuenta el hipódromo, el Taj y Malabar Hill. No quiero decir que la gente mala sea estúpida. La gente respetable, cuando es estúpida, es casi peor que la otra, pues además son aburridos. (Estrujó la punta de su cigarrillo, y una mirada jovial iluminó sus grandes ojos negros). Si yo no fuera un hombre tan ocupado, me gustaría su compañía. La compañía de los pícaros, quiero decir. Siempre me he encontrado más a gusto entre esta clase de gente. Digo que son estúpidos, únicamente porque con frecuencia tienen mucha inteligencia y una gran energía que malgastan en tonterías.

Comprendió Carol que lo que estaba diciendo iba dirigido a ella. «No hay que darse por aludida», pensó, y procuró poner un gesto lo más inexpresivo que pudo.

—Quiero que se vayan ustedes; no importa dónde..., a Udaipur, a Travancore, a Cochin..., a cualquier sitio bonito y romántico donde los dos estén solos. ¡Oh! Usted no conoce la India, no conoce la belleza increíble, esplendorosa de la India auténtica, que no tiene parecido en el mundo. Es una clase de belleza que hace posible cualquier maravilla. (En sus negros ojos brilló un destello). Quiero que se vaya con él y cambie su vida.

—¿Cómo puedo yo hacer eso? No tengo nada que ofrecerle.

Moti sonrió.

—Ni usted —dijo— está libre de prejuicios. Pensé que lo estaría, pero siempre, en el fondo de los europeos del norte, se esconde la presencia del mezquino y antinatural espíritu de Zwinglio, de Calvino y de John Knox.

Los tres nombres no le decían nada, pero tuvo vergüenza de preguntar su significado. Él la miró y dijo:

—Quiero que cure un cuerpo y un alma enfermos. Quiero que se lo lleve y le haga feliz. Quiero que sea usted la cortesana: Cleopatra, Helena de Troya, Thais, Aspasia.

Carol reconoció los nombres de Cleopatra y Helena de Troya, y supuso que los otros dos tendrían características similares.

—Eso es mucho pedir —dijo.

—Quiero que le haga feliz, que rompa el nudo que lleva dentro. Quiero que le haga olvidar el trabajo.

—¿Cómo cree usted que puedo hacer yo todo eso?

—No lo sé de cierto, pero confío en que se podrá realizar. Usted parece ser, de momento, la persona más a propósito. Y hay que hacer algo rápidamente.

Púsose serio su semblante, y Carol tuvo miedo. ¿Quiso decir que Buck podría morir? No, no podía morir, no debía morir ahora. Trató de rehacerse de su pánico, pero el astuto hombrecillo lo había visto ya. Carol lo supuso en seguida, instintivamente, apenas empezó a hablar.

—Lo más duro de todo —dijo— es que debe huir de él tan pronto como esté curado y no volver a verlo nunca.

Ya lo sabía Carol; había pensado en ello, porque hacía frente a la idea sin reserva, como una condición evidente. Oyó la voz burlona de Bill cuando le dijo que como esposa de un hombre como Buck sería un desastre. No, ella sabía que algún día tendría que hacer frente a esto. El coronel Moti estaba hablando todavía.

—No puede usted casarse con él. No podría ayudarle cuando vuelva a su trabajo. No podría usted soportar la suciedad y el calor, la enfermedad, las largas horas. Usted no podría darle la ayuda moral que necesita... Perdone si le hablo con esta franqueza... No podría volver a Jellapore como la esposa de Buck después de lo que ha sido antes allí. Todo el mundo en Jellapore, hasta los indígenas de la selva, la conocen. Puede que parezca duro, pero le estoy hablando claramente. Mi esposa, en cuyo juicio confío plenamente, la cree a usted inteligente.

Ella se sonrió, y su sonrisa fue un poco dura.

—Tal vez sí, o tal vez no. Pero de ordinario sé lo que quiero.

—¿Lo hará usted? —dijo Moti bruscamente.

—No puedo secuestrarle —dijo Carol.

—Tendrá que hacer que él lo desee. Usted puede hacerlo.

—¿Por qué lo cree usted?

—¿De dónde provienen sus joyas? Allí me habló de ellas.

—No proceden de hombres como Buck.

Era extraño, pensó Carol, que no se sintiese enfadada ni ofendida. Había algo admirable en la precisión de Moti: su honradez, su franqueza. Jamás había hablado así con ninguna persona. Jamás sostuvo una conversación semejante. Se daba cuenta de que, al hablar así, demostraba Moti tener buen concepto de su honradez y de su inteligencia. Hasta dio a entender que era útil para la Humanidad. Empezaba a gustarle este hombre. «Nada de andarse por las ramas», pensó.

Moti se puso de pie y dijo:

—Ahora me voy a casa. Estoy muy ocupado. Confío en que hará lo que pueda. No se arrepentirá de ello. Haría algo muy grande, no solo por Buck, sino por miles y quizá millones de desgraciadas criaturas.

Carol se cubrió los ojos con la mano. Estaba tratando de pensar, y el esfuerzo la hacía sentirse mareada y confusa. Hasta con los ojos tapados, ciega como Alí, veía el hermoso rostro de Moti y sus ardientes ojos negros. Era como si la hubiesen hipnotizado y la obligasen a hacer aquello que más deseaba. De repente supo lo que había estado esperando, e intuyó las causas que la habían mantenido cerca de Bombay, al que poco a poco empezaba a odiar.

Moti le cogió una mano, y ella, descubriéndose los ojos, le miró.

—¿Lo hará?

—No sé.

—Debe hacerlo. No hay nadie como Buck; no hay otro hombre como él. Créame, lo sé.

Dio las buenas noches apresuradamente, dejándola sola en la habitación, junto a la mesa en que había cenado con Bill, vacía ahora, a no ser por la botella de champán que se veía dentro de un cubo de agua tibia, en el que unas horas antes hubo hielo.

Se acercó a la ventana y permaneció allí un momento mirando las aguas negras del puerto. Pensó: «No importa lo que me pueda ocurrir. Tal vez tenga razón. Quizá pueda ayudar. De todas maneras, no tengo mucho que perder».

Las luces de un *dhow* del mar Rojo se movían lentamente hacia Elephanta: la única luz que se movía en todo el puerto. La contempló durante un rato, sintiéndose sola por primera vez en su vida; tan sola como la pobre Mrs. Trollope. Como ella, no pertenecía a ninguna parte, no tenía raíces. Pertenecía a Bombay tanto como a un pueblecillo de Minnesota. Por primera vez en su vida se dio cuenta de lo terrible que era esto, y comprendió la imprudencia que había sido su vida, y que era como era por lo que había sido, y vio el despilfarro que había hecho de todo lo que le había sido dado, y por qué Moti le había podido hablar de aquella forma. Su fuerza, aunque ella no lo supiese entonces, radicaba en su aceptación de todo cuanto el fiero hombrecillo moreno le decía, que era toda la verdad, pues ella no sería víctima de la piedad, ni del egoísmo, ni del deseo de martirio.

Al fin se apartó de la ventana y atravesó la habitación hacia la puerta del cuarto de Buck.

La abrió, entró y se acercó a la cama, permaneciendo largo rato junto al lecho, mirándole. En su sueño se había vuelto sobre un costado, mostrando su rostro, en el que se dibujaba su enjuta y firme mandíbula, expuesta a la luz que entraba por la puerta. Mirándole, pensó: «Quizá haya algo que nos empuja el uno al otro, algo más fuerte y más violento que la voluntad del coronel Moti, algo que ninguno de los dos puede resistir». Y nuevamente se sintió feliz, porque en su estado de inquietud se encontraba segura de sí misma y confiaba en que, cualquiera que fuese la locura que emprendiese, al final resultaría bien, como había ocurrido siempre en el pasado. La sensación de inseguridad, de estar esperando algo de que le habló a Bill cuando regresaban a casa en el taxi después de la fiesta de Jelly, había desaparecido. Ahora sabía lo que se proponía hacer. Tal vez fuera la última imprudencia, la última locura de su primera juventud. En el fondo de su corazón sentía que por muy caro que le costase, merecería la pena.

Se sentó en el borde de la cama, confiada en lo que Bill y Moti le habían

dicho, de que cuando Buck se encontraba en este estado nada podía molestarle. Estuvo sentada allí mucho tiempo, inmóvil y feliz, sin darse cuenta de cómo corría el tiempo, hasta que sin ella saberlo o desearlo, de una manera casi inconsciente, difusa y soñadora, su mano de pintadas uñas, en la que llevaba el enorme diamante, empezó a acariciar la rubia cabeza. Este estado de soñadora paz continuó, y pensó: «Si esto durase siempre, sería feliz». Porque en ello había algo que satisfacía una parte de su ser que durante muchos años estuvo insatisfecha. Después de mucho tiempo, y como si le llegase a través de una niebla, oyó una voz que recordaba vagamente. Decía:

—¿Eres tú, Carol?

No se movió, ni siquiera volvió la cabeza para mirarla.

—Sí, Buck.

—¡Te agradezco que hayas vuelto! —Entonces supo ella que llevaba despierto mucho tiempo, lo suficiente para saber que había salido y vuelto.

—¿Estás ya bien?

—Sí.

—Me alegro.

Hubo un silencio, que él rompió:

—Será mejor que vayas a dormir un poco.

—No necesito dormir. Soy poco dormilona. Prefiero estar sentada aquí.

—Eres maravillosa... al preocuparte de mí.

Ella no le contestó, pero un poco después ocurrió una cosa extraña. La mano de Buck se levantó lentamente y le cogió la suya; volvió la cabeza, y sujetándole la mano con firmeza, se la besó. Por un instante Carol creyó desfallecer. Luego dijo Buck:

—No sabía que hubiese mujeres como tú.

Carol permaneció en silencio, porque no sabía lo que decir, y él continuó:

—Quiero decir que no sabía que existiera una persona tan buena, tan consoladora...

Guardó silencio durante unos instantes, buscando palabras. No eran estas su fuerte, y cuando estaba emocionado se quedaba en silencio, sintiéndose tan desgraciado como un mudo que tratara desesperadamente de hablar. Al fin continuó:

—... tan natural..., tan sencilla.

—Gracias, Buck —dijo, y se quedaron callados, pero felices, durante largo rato.

—Más tarde, en la oscuridad, ella dijo:

—Ha estado aquí el coronel Moti.

—¿Por qué vino?

—Bill le mandó llamar. Le entró pánico.

—Pobre Bill. Siento haberle molestado.

—Buck...

—¿Sí?

—El coronel Moti me ha hecho una proposición.

Por un momento Buck quedó en silencio, intrigado, como si ella hubiese vuelto otra vez a aquella manera de hablar con doble intención que usaba cuando hablaba con Bill.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Me hizo una proposición respecto a ti.

—¿Qué clase de proposición?

Carol se concentró para conseguir el valor para el esfuerzo. Era la cosa más difícil que había tratado de hacer, no solamente porque algo en Buck la hacía sentirse terriblemente tímida, sino porque se sentía asustada de lo que le esperaba en el futuro. Necesitó toda su fuerza de voluntad para decir:

—Cree que sería una idea magnífica que nos fuéramos juntos tú y yo... solos, donde tú pudieras descansar y yo pudiera cuidarte hasta que te pusieses bien otra vez.

Buck tardó algo en contestar, y en la oscuridad, la angustia se apoderó de ella. Sintió una repentina tensión en la mano, que aún conservaba entre las suyas, y pensó: «Le he escandalizado. Era de esperar. Estamos demasiado separados el uno del otro para poder comprendernos». Y haciendo de nuevo un llamamiento a sus fuerzas y pensando: «Ahora todo está perdido o ganado», dijo:

—¿Qué te parece?

—Me parece que sería maravilloso —contestó él con una voz extraña. Tras un momento de silencio, Carol oyó un leve ruido, en la oscuridad. Asustada, como si hubiera sido una mujerzuela de Picadilly burlada por el hombre a quien solicitara, dijo:

—No te rías, Buck... ¿Por qué te ríes?

—Me río de Moti. Es muy propio de él haber pensado una cosa así.

—¡Ah! —exclamó, y una sensación de alivio corrió por todo su ser. Cuando esta emoción pasó quedó perpleja, porque no podía comprender lo que pasaba en aquellos momentos por la fatigada cabeza de Buck.

—¿Dónde iremos?

—¿De verdad te gustaría, Buck?...

—Sí. —En su voz había una repentina gravedad, como si hubiera estado meditando.

—Moti me habló de dos o tres sitios..., no recuerdo los nombres. Uno de ellos era Udaipur.

—Nunca he estado allí. Dicen que es maravilloso.

Entonces comprendió ella a dónde debían ir..., ni a Udaipur ni a ninguno

de los otros sitios. Eran desconocidos para ella y pudiera ser desagradable y trágicamente erróneo. El lugar donde debían ir era Jai Mahal, la bella casa de Jellapore en la playa de Juhu. Oía a Jelly diciendo: «Puede pasar aquí su segunda luna de miel», y su contestación: «No habrá segunda luna de miel». Parecía que habían transcurrido semanas y meses, pero ella sabía que la conversación había tenido lugar por la tarde.

—Conozco un sitio. Es un lugar bellísimo.

Y le habló de la casa. Él escuchaba, y cuando terminó, dijo solamente:

—No me gusta el *maharajah*.

—Cuando veas el sitio, te gustará.

La conversación parecía ahora más fácil.

—Es curioso lo bien que nos entendemos —dijo Buck—. En el taxi tenía miedo de ti.

—Yo también.

—Pero ya no.

Carol oyó abrirse la puerta de la habitación de Bill y el ruido de unos pasos inseguros. Escuchó, dándose cuenta de que Buck escuchaba también. Se oyó el ruido de una silla que caía al suelo; retiró su mano de la de él y rápidamente se puso en pie. «Iré allá. Creo que está borracho». Su cerebro trabajaba ahora con la velocidad de un rayo.

—No digas nada a Bill —dijo.

—Está bien.

Quedamente se acercó a la habitación contigua, y quedándose en el umbral, vio que había interpretado bien todos los ruidos. Bill estaba inclinado, con una extraña dignidad de borracho, apoyándose con una mano en la mesa, mientras trataba de levantar la silla derribada.

Después de varios esfuerzos consiguió levantarla, acercándola a la mesa con trabajoso cuidado. Luego se volvió y vio a Carol.

—¿Por qué no has dicho nada? No me gusta que me espíen.

—No estaba espíandote —dijo ella riendo. Ahora veía que estaba realmente borracho. Le había visto alegre y le había visto borracho, pero nunca tanto. En cierto modo le dolía, porque esto le hacía parecerse a todos los demás que, en larga procesión de borrachos, en una u otra época, habían pasado por su vida rápidamente. Únicamente un hombre estúpido o un hombre desesperado llega a emborracharse por completo.

—Has debido divertir mucho a *Mrs. Trollope* —dijo Carol.

—Ha sido una mala faena hacerme cargar con ella.

—¿Qué otra cosa podía hacer?

—La cogió llorona —Bill frunció el ceño, como tratando de recordar—. Me parece que está loca. Me da miedo.

—Es inofensiva.

—No lo creas. Un día hará alguna atrocidad.

—¿Por qué crees eso?

—Por la manera como habla. Le tiene rabia al mundo entero. Cree que todos le deben y nadie le paga.

Trataba de serenarse agarrándose al respaldo de la silla.

—¿Me das permiso para sentarme?

—Sí, me parece que estarás más seguro.

—¿Cómo está Buck?

—Está bien —mintió deliberadamente—. Está dormido.

Bill trató de levantarse.

—Será mejor que vaya a verte —dijo.

Pero Carol le empujó de nuevo para que se sentara.

—No, déjale dormir.

Bill la miró con una sospecha sombría en los ojos. Inclino la cabeza y dijo:

—Me parece que has perdido la chaveta por él.

Carol tardó en contestar. Sabía que Bill debía permanecer en la ignorancia hasta el día siguiente por la noche, que se marchaba. Temía que si descubría la verdad se riese de ellos.

—No —dijo—. ¿Por qué he de estarlo?

—Sabe Dios, pero nunca te he visto como ahora.

—¿Cómo?

—Como reconcentrada... y... —Durante largo rato luchó por encontrar la palabra—, y radiante.

Ella no pudo por menos de reír.

—Hace mucho tiempo solías decir que yo siempre estaba radiante.

—Ya no eres tan joven como entonces, hija —dijo mirándola, y luego añadió—: Piensa en ello.

Carol sabía que no lo dijo por molestarla. Estaba borracho y decía la verdad.

—Ya lo he pensado —contestó.

—En realidad, Buck es una persona muy aburrida. No trato de criticarle, pero tengo que pensar en vosotros dos, porque, a decir verdad, te quiero. Y esto que te digo me sale del corazón. Es el hombre más bueno del mundo, pero es aburrido.

—Quieres decir que no está siempre de broma como nosotros.

No podía haberle dado una contestación mejor. Podía haberle dicho que Buck la satisfacía; que Buck era lo único que deseaba en el mundo. Se daba cuenta de que Bill, borracho, estaba diciendo verdades que nunca habría dicho estando sereno. Bill, a su manera, era también un buen muchacho, y la lástima era que anduviese por la vida sin Norte ni guía.

—Te estás engañando —dijo de repente, y se sirvió una copa de

champán de la botella que había en el cubo lleno de hielo derretido.

—Está caliente —dijo Carol—, te va a sentar mal.

—A mí no me sienta mal nada; tengo que beber algo.

—Como quieras.

La conversación empezaba a deprimirla, quizá porque Bill estaba diciendo demasiadas verdades. Toda su felicidad interior se estaba derrumbando lentamente.

—¿Qué hora es? —preguntó—. Me voy a la cama. ¿Estás bastante sereno para acudir si llama Buck?

—Estoy bien.

Carol le puso la mano en la cabeza afectuosamente y se sorprendió al oírle decir:

—Por favor, no hagas eso.

—Está bien. Me voy a la cama. No me parece que la fiesta de despedida de mañana por la noche sea una buena idea.

Un pensamiento la asaltó.

—¿Te ha dado un sablazo *Mrs. Trollope*?

—Sí.

—¿Cuánto?

—Eso no es cuenta tuya —después añadió rápidamente: Le pagué la cuenta del hotel y la factura de sus vestidos.

—«Bill-buen-humor» —dijo sonriendo.

—Parecía tan apurada, tan deprimida. Además, podía hacerlo —tomó otro trago y añadió—: ¿Por qué le dijiste que la mayoría de tus joyas no eran tuyas?

—Porque es la verdad. Las he conseguido... mediante engaños... de Botlivala y del hermano de Jelly. Voy a devolverlas.

Sabía que no podía irse con Buck mientras tuviese todas aquellas joyas. Hasta ahora no había sabido qué iba a hacer con ellas, cuando con cierta sorpresa se encontró comunicando su intención a Bill.

—«Sensacional conversión de una sacacuartos»^[54] —dijo Bill sonriendo.

—¡Qué bonito! Estarás orgulloso de tu ingenio.

—Tienes razón. Perdóname. Pero de cuando en cuando me hace reír el pensar en ti y en Buck.

Carol sabía que tenía razón. Si no le hubiese importado tanto, si no se hubiese dado cuenta de que era algo que llegaba hasta lo más profundo de su ser, que cambiaría toda su vida, también habría reído. Pero aunque veía la ironía del asunto no se sentía con ganas de reír. «Es algo, pensó, que Bill es incapaz de comprender».

—Sí, comprendo que tiene cierta gracia —dijo ella.

—De todas formas, te aconsejo que tengas cuidado con *Mrs. Trollope*.

—Eso es lo que pienso hacer. No vuelvas abajo.

—No iré. Te veré mañana.

—Puede que vaya a la estación.

—Bueno.

Salió, y tan pronto como cerró la puerta, la ola de felicidad la envolvió de nuevo. Todas las intimidaciones de desastre que la conversación de borracho de Bill había despertado, desaparecieron ahora. Carol pensaba: «No importa. Si somos felices, aunque solo sea durante un corto tiempo, ya es suficiente. Si puedo lograr que se ponga bien otra vez, me doy por satisfecha». Pero en el fondo de su felicidad había un resquemor de intranquilidad acerca de Bill. El que estuviera borracho la preocupaba, porque pudiera no ser simplemente un mal paso dado, sino el principio de algo peor, algo de lo que ella pudiera ser responsable, a pesar de que era una cosa sobre la que no tenía poder. No era solo eso, era que sin proponérselo, sin querer, se había interpuesto entre dos amigos, a los que quería de manera diferente, y se daba perfecta cuenta de que el lazo entre Bill y Buck estaba roto; de que se eran hostiles, de que desconfiaban el uno del otro. Mientras subía lentamente las escaleras, pensaba: «¡Oh! ¿Por qué tiene que ser todo tan complicado?».

¡Al diablo todo! Pasado mañana se llevaría a Buck a Jai Mahal. Se aislarían del mundo y serían felices juntos, en la casa de mármol blanco, entre las palmeras, a la orilla del mar. Estarían libres de *Mrs. Trollope*, de Jelly, de la baronesa y de toda la aborrecible pandilla. Recoletos entre los altos muros, ella y Buck vivirían apartados del mezquino mundo del Taj Mahal y de las carreras. Buck y ella serían como Adán y Eva en el Paraíso. Buck, que era tan honrado, tan sencillo, tan bueno y tan limpio. Sería como nacer de nuevo.

Al llegar a la puerta de su cuarto la ola de felicidad y de libertad pareció arrastrarla. Krishna, con su librea púrpura y oro, dormía tendido sobre el suelo de piedra. Pasó sigilosamente para no despertarlo, mientras pensaba: «Mañana devolveré todas las malditas joyas, y entonces seré libre».

Una vez dentro, cerró la puerta con llave para evitar una segunda invasión de *Mrs. Trollope*. Después, vivamente, se dirigió al armario, y cogiendo la llave, lo abrió para sacar la caja de las joyas. Pero la repisa donde la guardaba estaba vacía.

Durante momento, asombrada, se quedó mirando el sitio vacío. «No pueden haber desaparecido», pensó. «He debido de ponerlas en otra parte. Tengo que pensar».

Pero el pensar no dio resultado alguno. Siempre las guardaba allí, no había otro sitio. Durante cinco minutos registró la habitación frenéticamente. Era una habitación amueblada tan sencillamente como la celda de una cárcel; en cinco minutos había mirado en todas partes.

Se sentó pensando: «No debo perder la cabeza. Tengo que pensar». Era una situación que unos días antes habría sido sencilla. Ahora encerraba peligrosas posibilidades; de allí podía surgir una catástrofe de mil maneras distintas.

Aturdida, se sentó en el borde de la cama, mirando fijamente la puerta abierta del armario. De repente se sintió cansada, como si todas las emociones del día se hubieran acumulado y caído sobre ella para aplastarla.

De nuevo pensó: «No debo perder la cabeza». Repasó todas las posibilidades: aquella *Mrs. Trollope*, desesperada y arruinada, había robado las joyas; *Botlivala* había hecho que se las robasen para resarcirse; la baronesa era la responsable. Por primera vez se le ocurrió pensar lo indeseables que eran las personas que la rodeaban, lo peligroso que era hacer amistad con cualquier persona, simplemente por ser divertida o porque se es demasiado condescendiente y no se quiere obrar de otra forma. Cuando pensaba en toda esta gente con quien había convivido íntimamente, todos resultaban sospechosos: *Mrs. Trollope*, la baronesa, la marquesa, *Botlivala* y todos los demás; hasta *Jelly*, que no tenía idea del valor de las cosas, pero que era capaz de hacer cualquier trastada, llevado por su gusto por la intriga y el melodrama.

Pero, después de todo, las joyas podían haber sido robadas por cualquier ladrón vulgar. No las había tenido ocultas; todo *Bombay* las conocía. Había usado muchas de ellas aun durante el día, lo que, según *Bill*, era de mal gusto, porque le gustaba su brillo.

«Tonterías», pensaba *Carol* tristemente. «La bisutería me habría proporcionado el mismo placer». Ahora comprendía que le gustaban las joyas solamente como una manifestación de su salud y de su exuberancia.

Y ahora, ¿qué pasaría si *Botlivala* se ponía desagradable y quería que le devolviese todo lo que había gastado solamente por el placer de que le vieran con ella?

Se miró las manos. Indudablemente tenía un día aciago, No llevaba puesta más que una sortija con un gran diamante, un reloj de pulsera y un solo brazalete. El resto había desaparecido y ni siquiera estaba asegurado. De repente recordó haber recibido aviso en París de que el seguro había caducado, aviso que dejó a un lado y después perdió, porque estaba muy ocupada divirtiéndose, aunque de todas formas no habría podido pagar la prima. Estaba arruinada. Entonces recordó también que solamente se había puesto la sortija del diamante, el reloj de pulsera y el brazalete, pensando en *Buck*. Cuando estaba con él se sentía avergonzada de los diamantes, de los rubíes, de las esmeraldas. No había querido escandalizarle porque quería gustarle; era la primera vez que se había preocupado de gustar a un hombre.

Su cerebro, aclarándose un poco bajo el peso de la pérdida, pensó: «De

todas formas, fuí tonta al pensar en devolverlas a Botlivala y al hermano de Jelly. Ni siquiera las habrían echado de menos. Podía haberlas convertido en dinero para ayudarme a salir de este aprieto», y a continuación: «¡Algo extraño me ha sucedido! Debo estar volviéndome un poco loca».

Era como si tuviese dos personalidades; una astuta, pero desenvuelta, inquieta; la otra, cuidadosa, sobria, sensata. Parecía como si, después de haber estado con Buck, una especie de locura se hubiese apoderado de ella. Todo lo que había pensado, todo lo que había planeado parecía ahora, en la tensión de su intranquilidad y de su miedo, sin sentido y sin razón. Antes, siempre había sido capaz de arreglar todos sus asuntos, de solucionar cualquier contratiempo. Le parecía que durante algunas horas había sido otra mujer, una mujer extraña y patética. El pensamiento la alarmó. Todo lo que había hecho, incluso el «declararse» a Buck de una manera tan descarada, tan atrevida, le parecía ahora irreal y aterrador. En el fondo había llegado a considerar hasta la posibilidad de ser su esposa y volver a Jellapore con él, para trabajar a su lado entre los miserables de las castas inferiores; esas gentes que nunca habían existido para ella, a no ser como un vago murmullo y un inquietante olor, allá en los confines de esta India que la divertía.

Por un momento sintió miedo ante la idea de que en su interior se albergara una mujer desconocida que podría salir cometiendo toda clase de locuras idiotas y novelescas, destrozando toda su existencia sin ser capaz de evitarlo. Por eso, ahora, sentada al borde de la cama, sabiendo cuántos cientos de miles de rupias habían desaparecido de aquel armario, y viendo la necesidad que tenía de ellas, incluso para pagar la cuenta del hotel, estaba aterrada. «El dinero, pensó, te hace libre e independiente; te permite mandar al diablo al resto de la humanidad. Eso es su único valor».

Ahora, por primera vez en su vida, no era libre. «Es posible que me esté volviendo loca y que se estén desarrollando en mí dos personalidades distintas». No estaba muy segura de lo que era eso, pero Bill le había hablado algunas veces de esas cosas. En los días pasados, Bill le había dicho siempre que la amaba porque era sencilla, franca, sin complicaciones psicológicas. Pensó: «Vamos, no te metas ahora en consideraciones intelectuales, porque perderás pie». Se asustó al comprobar que no estaba «planeando» sino «pensando». «No, querida, con Buck o sin Buck, tienes que pensar en ti».

Pero el pensar no la conducía a ninguna parte. Su antiguo espíritu empezó a clamar por la acción. Por tanto, se dirigió hacia la puerta, la abrió y golpeó suavemente la postrada figura de Krishna con el pie. El muchacho abrió los ojos, y con increíble agilidad, se puso en pie e hizo una zalema. La conciencia intranquila le impulsaba a una diligencia extraordinaria.

—Krishna, ¿quién ha entrado en mi habitación esta noche?

El muchacho hizo otra zalema muy complicada.

—*Memsahib* Trollope y *sahib* Wainwright.

—¿Nadie más? ¿Ninguna otra *memsahib*?

—No, *missy*, ningún *sahib*, ninguna *memsahib*.

—¿Has estado en la puerta toda la noche?

—Sí, *memsahib* —una nueva zalema—, toda la noche.

Pero cuando se irguió de nuevo, Carol descubrió el engaño en su mirada. Estaba segura de que no había permanecido allí toda la noche. Él se había marchado, pero una vez dicha la mentira, sabía que no le arrancarían la verdad.

—Está bien. Vete a dormir otra vez.

De momento casi llegó a envidiarle la frescura de su lecho de piedra. La noche era pesada y calurosa. Su habitación parecía un baño de vapor. No le dijo nada de lo de las joyas. Sabía que a pesar de todas las promesas de silencio que él le diera, se lo diría a los otros muchachos, y antes de que amaneciera todo el mundo en Bombay conocería el robo. Era, lo sabía, bastante conocida ya, y hasta célebre. No era necesario el manido reclamo «Robo de las joyas de una actriz» para atraer sobre ella la atención de todo Bombay.

Decidió también no decírselo al gerente ni avisar a la policía hasta el día siguiente. La policía no se mostraría muy activa a las cuatro de la mañana, y al gerente no le gustaría que le sacasen de la cama. De todas formas, no había tampoco mucha necesidad de darse prisa.

Fue al cuarto de baño y allí, detrás de la bañera, encontró el joyero. Una de las bandejitas, forrada de terciopelo, con el nombre «Ostertag. Place Vendôme. Paris», estaba en el suelo, a su lado. Quienquiera que fuese el ladrón, había vaciado la caja, tirándola allí en su precipitación. Contemplándola, pensó: «Es posible que estuviese aquí escondido todo el tiempo que estuve en la habitación hablando con *Mrs.* Trollope. Pero también es posible que esta tuviese las joyas escondidas en su blusa durante todo el tiempo que estuvo conmigo...».

* * *

Buck permaneció despierto largo rato. Oyó las voces de Carol y de Bill en la habitación contigua, pero no pudo entender lo que decían. No se esforzó. Por el contrario, hasta cerró sus oídos al confuso sonido de las voces, porque era incapaz de espiar y porque tenía miedo de oír lo que no quería. Se le había ocurrido un pensamiento extraño: que Carol era la muchacha con

quien Bill se casó; que era la esposa de Bill. Recordó haber oído, hacía mucho tiempo, que Bill se había casado y también recordó que en la galería de la casa de Moti, Bill dijo un día: «Me casé, pero no resultó bien. Era una buena muchacha. No fue culpa de nadie». Después de aquello, Bill no había vuelto a hablar del asunto.

Tendido allí, en la oscuridad, se le ocurrió de pronto la idea, e inmediatamente pareció que todo se explicaba. Explicaba la intimidad de su conversación y aquella curiosa manera de hablar con «doble sentido» que no podía comprender nunca. Explicaba las cosas raras que Bill le había dicho de ella mientras volvían los dos de sus compras, cosas que parecían abominables y llenas de insinuaciones, como si Bill le estuviese diciendo: «¡Pero qué me vas a decir tú de ella!». Explicaba el curioso antagonismo que había surgido entre Bill y él. Sí, había sido su esposa o su amante.

En su simplicidad entendía que, aunque estuviesen divorciados, era lo mismo. Pero resultaba extraordinario que Bill no le hubiese explicado nunca nada.

Con el confuso murmullo de las voces, su cansado cerebro se aturdió. Lentamente nació en él una sospecha: que se estaban burlando de él. No estaba seguro de quién ni cómo, pero sentía desconfianza, como un campesino en medio de tahúres urbanos. Era posible que ella no fuese como se la imaginaba; tal vez fuese completamente diferente: terrible, dura... mala. Pero el pensar que en su inexperiencia no fuera más que un pobre tonto, le preocupaba. Acaso Bill, en el taxi, como un buen amigo trató de ponerle en guardia y era posible que Bill hubiese visto lo que él no había sabido hasta esta noche: que estaba enamorado de ella, y había tratado de detenerle.

Pero ¿cómo demonios sabía él lo que era amor? Tal vez lo que sentía hacia ella no fuera sino agradecimiento por haber sido amable con él. En realidad, nada sabía de ella, excepto que en el pasado habían ocurrido cosas extrañas que explicaban la posesión de aquellas joyas que mostró a Tommy y a Alí en el tren. Pero él, en verdad, nada sabía de aquellas cosas.

Ahora sabía que nunca estuvo enamorado de su difunta esposa. Ella era la única mujer blanca en cien millas a la redonda; y algo, tal vez la necesidad o simplemente el hecho de ser hombre, le había hecho atribuirle cualidades que no tenía: amabilidad, comprensión, inteligencia, hasta belleza. Lo supo durante mucho tiempo; que fuera de la jungla, en el mundo donde existían otras mujeres, no la habría mirado dos veces. Necesitó años de desgracia y de infelicidad para descubrir la profundidad de su locura; de cómo su fisiología y la misma naturaleza le habían traicionado. Había necesitado años de lucha con el odio para comprender lo simple que había sido. Y ahora iba a hacer de sí mismo un nuevo imbécil. Porque todo el tiempo que Carol estuvo sentada en el borde de la cama, hablándole, no dejó de pensar en el

matrimonio. Mientras escuchaba lo que ella llamaba «la proposición de Moti», él tomó como seguro que lo que Moti quería decir era matrimonio, porque desde que murió Hazel, Moti no había cesado de apremiarlo a que buscara nueva esposa.

Pero, de pronto, meditando en la oscuridad, vio con claridad que a Moti no se le había ocurrido pensar en el matrimonio con relación a Carol. Tal vez tampoco ella había pensado nunca en él. Esto era lo que la palabra «proposición» quería decir en su doble significado. Sumido en la oscuridad, se sentía contento de no haber traicionado su ignorancia. Enrojeció súbitamente al pensar en su inocencia: «Un campesino entre tahúres de ciudad». Eso era él: un pobre tonto.

Se dio cuenta de que el murmullo de las voces en la habitación contigua había cesado y que, al mismo tiempo, la puerta se había abierto. Sintió la luz sobre sus cansados ojos y los mantuvo cerrados, luchando entre dos deseos: fingir que estaba dormido, para evitar la conversación con Bill, y hablarle y preguntarle todo lo que quería saber. Por timidez y por un repentino deseo de continuar en la ignorancia habría continuado fingiendo que dormía; pero algo en la manera insegura como entró Bill le llevó a los lejanos tiempos de muchacho, cuando compartían la misma habitación y Bill entraba así, tambaleándose, mientras él continuaba con los ojos cerrados, fingiendo que dormía, porque Bill, en este estado, era muy hablador. Algunas veces hablaba hasta ser de día, pero siempre habían sido conversaciones interesantes; sobre todo, francas. Cuando Bill estaba completamente sereno había una especie de barrera de acero que ocultaba a los demás lo más íntimo de su ser; la parte que era mejor en él, la parte que pocas personas conocían a no ser el propio Buck. Así, Bill, cuando estaba sereno, parecía siempre alegre, superficial y divertido; lo que no era más que un disfraz, un escudo, para ocultar al verdadero Bill.

Buck, sabiendo todo esto, pensó: «Si abro los ojos y le hablo podremos volver a la antigua vida y a la vieja intimidad. Ahora hablará con franqueza». Resultaba curioso que él, que nunca en su vida había bebido más de la cuenta, estimara a Bill más cuando este se encontraba achispado. Sabía que Bill estaba en aquel momento de pie junto a la cama, mirándole. Todavía con miedo por lo que pudiera oír, abrió los ojos y dijo:

—Hola, Bill.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien... Será mejor que te sientes. Detrás de ti tienes una silla.

—No tienes que decírmelo —dijo Bill—. Sé cuándo estoy borracho.

Buck se echó a reír débilmente.

—No quise decir eso.

Bill cogió la silla y se sentó.

—¡Santo Dios! —dijo—, creí que te morías. La verdad es que aguantas.

—¿Qué remedio me queda sino aguantar?

De pronto se le ocurrió que Bill se había marchado y emborrachado después porque no podía soportar el verle sufrir, y quizá también a causa de Carol. Esto tenía que averiguarlo.

—¿Te alivió Carol? —preguntó Bill.

—Sí. Es curioso. Eso casi me hace creer en la cura por imposición de manos.

Bill se echó a reír.

—¡Carol una bruja! ¡Atiza! —en su voz había un dejo de amargura—. ¿Estás muy cansado para hablar?

—No —dijo Buck.

—Me voy mañana. Parece que me pinchan.

—¿Por qué, Bill?

—No lo sé. Por todo. No quiero quedarme en la India.

—Creí que te gustaba.

—Me gustaba... antes.

Buck quedó pensativo un momento.

—¿Qué ocurre ahora?

—No sé. Me parece un sitio sucio, sórdido...; quiero irme de aquí.

Buck se echó a reír.

—Genialidades, ¿eh?

—Puede.

Sabía que Bill, a pesar de estar borracho, no decía la verdad. Algo se lo impedía, y Buck pensó que él sabía lo que era. Dudó unos segundos, como el nadador que se va a lanzar al agua desde el trampolín; contuvo el aliento y se lanzó al fondo.

—Bill, te quiero preguntar una cosa. No es necesario que me contestes si no quieres.

—Bueno.

—¿Qué ha habido entre ti y Carol en el pasado?

En la penumbra vio que Bill se rehacía y que su cuerpo se enderezaba.

—Nada —dijo—, a excepción de que estaba casada conmigo.

—¡Oh! Eso es lo que suponía.

—¿Suponías? ¿No lo sabías?

—Nadie me lo había dicho.

La voz de Bill volvió a sonar amarga.

—Nadie me dice nunca nada —dijo burlonamente.

—Bueno. Todo lo que yo sabía era que te habías casado hace mucho tiempo. Tom Joyce me lo dijo cuando vino por aquí hace cinco años, pero no sabía con quién.

—Pues era Carol. Ya no estamos casados..., hace seis años que no estamos casados..., seis años en abril.

—Me parecía que debíais conoceros muy bien el uno al otro, pero nunca quise preguntaros nada. No me gusta sonsacar a nadie.

—Sí, ya lo sé —y después de un momento, como hablando consigo mismo, continuó—: Creo que no la conocía muy bien.

La conversación cesó, quizá porque ambos sentían repugnancia en continuarla. Buck, con los ojos cerrados, comprendió que había tropezado con un muro, y ahora sabía lo que este muro era. Se daba cuenta de lo que había motivado los rozamientos en su amistad. No podía continuar. No podía decidirse a hablar.

Fue Bill, empujado por el alcohol, el que dijo de repente:

—¿Quieres dormir?

—No.

—Entonces quiero preguntarte una cosa.

—Di.

—Es sobre Carol... ¿Te has enamorado de ella?

Buck tardó en contestar; después dijo:

—No sé..., me parece que sí.

—Y a mí también.

Otra vez la repugnancia a continuar provocó un silencio. Después de algún tiempo, Bill dijo:

—Tengo algo dentro que he de confiarte.

Buck experimentó un pánico repentino. Ahora iba a enterarse de toda la verdad, que le haría parecer un tonto; un campesino engañado por los timadores de una ciudad.

—Venga, suéltalo.^[55]

Bill pareció serenarse de repente. Se sentó muy derecho y comenzó a hablar con perfecta lucidez.

—No es muy fácil. Tienes que comprender que os quiero mucho a los dos, Buck, y no debes pensar que al hablarte así me guía ningún interés personal; he perdido toda esperanza y he renunciado a ella, en la medida que un hombre puede renunciar a una cosa así —dudó—. Buck continuó con los ojos cerrados: —Ya no es posible, Buck; es demasiado tarde. Han pasado muchas cosas. Tú eres un niño cuando se trata de estas cosas. Tú no lo comprendes; no podrías. Carol es la muchacha mejor del mundo..., pero ha vivido mucho, ha visto muchas cosas...

—Podría cambiar —dijo Buck—; las personas cambian.

—Es posible, pero no mucho.

—Creo que nos entenderemos.

—Tú te la llevarás a Jellapore, y luego, ¿qué? Soportaría esa vida un par

de semanas: vivir en un sucio poblacho indio..., no viendo más que mujeres sin vida y hombres aburridos. ¿Podrías abandonar tu trabajo y marcharte con ella? No, no puedes cambiar tu vida ahora. No puedes renunciar a lo que has empezado, aun cuando quisieras. Pasarías amargado el resto de tu vida; llegaríais a odiaros.

Sacó un cigarrillo y lo encendió. Al chasquido del encendedor, Buck, sin saber por qué, abrió los ojos, y al resplandor de la llama vio el rostro de Bill. Parecía completamente sereno, pero en su semblante había muestras de cansancio, como si por primera vez los años hubiesen marcado el rostro amable, alegre y atractivo. Cerró el encendedor, y el rostro volvió a sumirse de nuevo en las sombras, pero la visión dejó a Buck una rara sensación de piedad y el pensamiento de que «a Bill se lo habían ofrecido todo en bandeja, y él lo había tirado todo, incluso la bandeja».

—No —dijo Bill mientras guardaba el encendedor—, ya he dicho todo lo que tenía que decir, y no volveré a hablar más de esto. No hubiera abierto la boca si no deseara evitar que dos personas a las que quiero más de lo que parece se compliquen la vida. Ya lo he hecho. Puedes olvidarlo si quieres.

En la ventana se veían ya los primeros resplandores del día. El cielo sobre Elephanta, allá lejos, en la bahía, se había teñido del delicado color rosado que precede al calor abrasador del día indio. Buck, a través de sus ojos cerrados, se daba cuenta de la luz, y pensó: «Es sincero. Ha hablado así por mi bien. Solo falta un paso que dar». Abrió los ojos y miró a Bill. De nuevo su cuerpo se había desplomado como si lo que había dicho le hubiese costado un esfuerzo inmenso. Tenía la cabeza inclinada y miraba fijamente la punta de su cigarrillo.

—Bill.

—Di.

—¿Significa «proposición» lo que yo creo?

—Sí —y oyó una risa suave que Bill deslizó en la penumbra.

—Pues Moti le ha hecho... «proposiciones» a favor mío... como una cura.

—Eso es muy suyo. ¿Cómo lo sabes?

—Ella me lo dijo.

—¡Ah!

En su interior Bill estaba furioso; ya no sentía celos, sino cólera, porque por un momento había pensado que Carol había vuelto a sus antiguas mañas: encalabrinar a un hombre para divertirse. Ella no podía hacer eso con Buck. No lo permitiría. ¡La mataría! Le tenían sin cuidado hombres como Botlivala, el hermano de Jelly y todos los otros de la larga serie en Londres, en París, en Nueva York. Estos iban con tan mala intención como ella y solo sacaban lo que se merecían. Pero Buck era diferente. No lo consentiría. En alta voz preguntó:

—¿Qué has contestado?

—Que sí, pero no estaba seguro de lo que quería decir. Pensé a medias que lo que quería decir era que me casara con ella.

Bill quedó un momento en silencio, y después dijo:

—Bueno. Me parece que Moti tenía razón. Será mucho mejor así.

Buck, en la creciente claridad apartó su mirada de él y dijo:

—Pero yo no lo quiero así.

Bill no le contestó, y mirando hacia el resplandor que envolvía a Elephanta, Buck continuó:

—Es posible que esté loco; que sea tonto de remate, que trate de recuperar el tiempo perdido. Puede que todo lo que has dicho sea verdad, Bill...; pero tengo el presentimiento de que lo que quiero hacer es lo recto. Tal vez el hacerlo así ayude a que todo salga bien entre Carol y yo.

Bill se echó a reír.

—¡Siempre echando una mano a alguien!

Estaba otra vez casi sereno, y Buck comprendió que el Bill franco se retiraba a su concha, incrustada de dudas, amarguras y desilusiones, como un crustáceo que al sentirse herido o asustado se oculta rápidamente.

Buck pensó: «No hay más remedio que continuar». Miró a Bill de frente, y dijo:

—Bill, ¿quieres casarte otra vez con ella?... , porque si es así, yo renuncio. Puede que sea mejor que continúe contigo.

Bill se echó a reír otra vez.

—Yo quiero casarme con ella, pero ella no quiere. Así, que no te preocupes por eso —se levantó de la silla y dijo—: Será mejor que duermas un poco, y yo también —suspiró—. Nada se adelanta hablando. Siempre vamos a parar a lo mismo. Vendré a verte por la tarde.

Había terminado, como si un telón de acero hubiese caído entre ellos de repente. Buck sabía que no había nada que hacer; por lo tanto, dijo:

—Muy bien. Hasta la tarde.

—Voy a tomar el expreso de Baroda de esta noche para Delhi.

Se detuvo un momento en la puerta y añadió:

—Buena suerte.

Cerró la puerta, y una vez en su habitación se tendió en la cama sin desnudarse. Jamás se había sentido tan cansado, pero no podía dormir. La creciente luz le daba en los ojos y el calor que llegaba con el sol se dejaba sentir en la habitación. Pero peor que la luz y el calor eran los pensamientos, que no le dejaban en paz. Solo una cosa le aliviaba: que durante un corto tiempo él y Buck habían estado juntos una vez más. «Quizá —pensó— lo único que valga la pena conservar sea una amistad como esta. Tal vez sea la única cosa que persista siempre».

Durante unos momentos odió a Carol, que tan radiante, tan despreocupadamente, podía ir por la vida enredando la existencia de los demás. Pero después, revolviéndose en medio del calor, con la cabeza dolorida, llegó a la conclusión de que ella no tenía la culpa de ser como era.

* * *

Para Carol, el día siguiente y sus acontecimientos no fueron sino pesadilla. Se había quedado dormida al fin por agotamiento físico, y se despertó a causa del calor, con una sensación confusa de que algo ocurría, algo terrible. Y recordó la caja de las joyas.

Fue como si despertara una persona distinta; menos tierna de la que había sido la noche antes, menos humana. Después de ducharse volvió a ser eficiente, calculadora y activa. Un motivo la impulsaba; su pensamiento era: «Tengo que recuperar las joyas. Sin ellas estoy a merced de Botlivala, de la baronesa, hasta de Bill. Si *Mrs.* Trollope las robó, tanto peor para ella. No la comprometeré si puedo evitarlo, pero tengo que recuperarlas». De una manera vaga, imprecisa, la pérdida alteraba las relaciones con Buck.

Plena de energía, pensó: «La noche pasada he debido estar loca».

Lo primero que hizo fue enviar a Krishna por el café y después rogó al gerente que subiera.

El gerente era un hombrecillo meloso, cuyos ojos parecían dos abalorios negros; de piel oscura y cabello gris, atormentado siempre por las exigencias de una clientela que era una de las más raras y quizá la más sospechosa del mundo; una clientela que entraba y salía, las más de las veces sin dinero y con frecuencia poco honorable. No pasaba día sin que ocurriese algún percance. Como aquel hombrecillo era en el fondo una persona respetable, constantemente estaba sobresaltado e inquieto. Conocía a Carol como a una antigua cliente que pagaba sus facturas y no ocasionaba molestias, pero no por eso dejaba de estar al tanto de todo lo que a ella se refería, y no perdía de vista a las extrañas amistades que sostenía, amistades que, al final, no traerían más que el escándalo y tal vez la catástrofe. Así que, cuando se puso al teléfono y oyó su voz diciéndole que subiera a su habitación unos momentos para tratar de un asunto muy serio, comprendió que sus presentimientos no eran vanos y que lo que temía había sucedido. Suspirando abandonó su despacho y subió.

En la habitación de Carol escuchó en silencio todo lo referente a las joyas. El rostro cansado y preocupado del gerente no demostró asombro hasta oír la contestación de Carol acerca del valor de las joyas. Entonces entornó los ojos y frunció sus negras cejas.

—¿Quién estuvo en la habitación durante la noche? —preguntó.

—*Mister Trollope y Mr. Wainwright.*

—¿Sospecha de alguno de los dos?

—No sospecho de nadie —respondió Carol rápidamente.

El gerente empezó a escribir en una hoja de papel, y sin mirarla dijo:

—¡Ah!, ya comprendo —y después de un momento—: ¿No vio usted a la baronesa Stefani?

—No. ¿Por qué me lo pregunta?

—Estaba tratando de reconstruir lo que posiblemente ha sucedido —replicó dulcemente.

—No, no volví a verla después de las seis. Nunca ha estado en mi habitación.

—¿Estuvo su criado toda la noche aquí?

—Dice que sí.

—El gerente dejó escapar un sonido inarticulado de duda, producto de toda una vida de experiencia con los criados indios.

—¿Es un muchacho honrado?

—En absoluto —contestó ella sin asomo de duda.

Dejó de escribir, puso a un lado la hoja y se levantó diciendo:

Por supuesto, comprenderá que tenemos que avisar a la policía.

—Supongo que sí.

—Quisiera evitar, en lo posible, que trascendiera lo ocurrido.

—Se lo agradecería —dijo Carol rápidamente—. Por mi parte, no se lo diré a nadie. Cuanto más en secreto se lleve todo, más se lo agradeceré.

De nuevo se dio cuenta del desastre que suponía la noticia en sus relaciones con Buck, con la baronesa, con Bill. Se haría célebre en Bombay y parecería increíblemente idiota... «A una actriz le roban las joyas». Lo mismo que cualquier bailarina que busca publicidad para que la contraten en el *cabaret* del «Green's Hotel».

—Sí, sí; hay que procurar que no se entere nadie.

—Sería terrible para el hotel. —Hizo una nueva pregunta—: ¿Estaban aseguradas?

—No; es decir, el seguro había expirado.

Su expresión cambió. El cambio fue apenas perceptible; solo una sombra cruzó por el marchito y preocupado semblante, pero Carol sabía lo que significaba. Él la veía ahora bajo otro aspecto: como a una muchacha en la pendiente. Adivinaba un poco de la verdad: que lo más probable sería que estuviese arruinada, y ahora, a la preocupación del robo había que añadir la inquietud por la cuenta del hotel.

—Gracias —dijo con cansancio—. La avisaré cuando llegue la policía.

Cuando se dirigía hacia la puerta, esta se abrió, y en el umbral apareció

otro cliente cuya cuenta empezaba a preocuparle. Era *Mrs. Trollope*.

Venía hecha un brazo de mar. Con toda seguridad había estado gastando parte del cheque que Bill le entregó, porque traía un vestido y un sombrero flamantes, y el viejo bolso había sido reemplazado por uno nuevo. Estaba elegante en su aspecto un poco masculino y parecía animada. Antes de que hablase, Carol se dio cuenta de que la depresión y el histerismo de la noche pasada habían desaparecido. Estaba alegre y jovial como una cotorra.

—¡Hola! —dijo—. ¿Qué plan tiene usted para hoy?

Carol pensó: «No es posible que haya sido ella, no creo que sea capaz. Está así por el dinero que le dio Bill», e inmediatamente: «Tal vez sea esto lo que se dice “vivir al día”. Quizá todo depende del dinero, de tener o no un empleo. Quién sabe si será esto lo que me espera». No era un pensamiento muy agradable el de llegar a ser algún día como *Mrs. Trollope*.

Recordando que debía guardar silencio sobre lo ocurrido, dijo en alta voz:

—Ninguno. ¿Quiere almorzar?

—Encantada —y se sentó en la cama con aire de prepararse a estar allí mucho tiempo.

«Nada de eso», pensó Carol, «no te hagas ilusiones», y dijo:

—Entonces me reuniré con usted en el bar al mediodía.

—Pensé que podríamos charlar. No tengo nada que hacer.

Carol, nerviosa, se mantuvo firme:

—Tengo que escribir varias cartas; no tengo tiempo para charlar.

—Bien, me quedaré mientras se viste.

—No; tengo la manía de que no haya nadie en mi cuarto mientras me visto.

El desencanto hizo aparecer miles de arrugas en el rostro de *Mrs. Trollope*. Adoptó un continente desabrido y se levantó de la cama.

—Muy bien —dijo—, no quise molestar.

—No molesta —contestó Carol—, es que soy muy particular, muy rara. Bill dice algunas veces que cree que estoy loca.

Mister Trollope hizo como que no se daba cuenta de la observación, y se marchó.

Salió cerrando la puerta de un golpe; una costumbre que hacía perder la paciencia a Carol. De estar allí todavía *Mrs. Trollope* la hubiese abofeteado.

Mister Trollope se sentía completamente feliz según se alejaba por el pasillo. No le gustaba que la hubiesen echado, pero, por otro lado, la vida iba muy bien otra vez. Carol la había invitado a almorzar, Bill había pagado la cuenta del hotel y sus vestidos, y la visita a Carol fue muy bien, tan bien que era probable que Carol no tuviera la menor sospecha.

Porque era *Mrs. Trollope* la que tenía las joyas. Las tuvo escondidas en su blusa mientras estuvo la noche pasada sentada allí hablando con Carol, y

las tuvo mientras bebía con Bill, más tarde, en el bar. Tenía bien estudiado su plan. Las tendría escondidas hasta que consiguiera dinero por otro lado —jugando, o de Bill— para volver a Australia. Allí las vendería, en Sydney o en Melbourne, pieza a pieza, según fuese necesitando el dinero, o las vendería piedra a piedra. De esta forma nadie sabría nunca nada.

El hacer esto le daba cierta satisfacción. Era una especie de venganza por la forma en que la había tratado Carol, pero la trastornaba también un poco y en el fondo se sentía atribulada.

* * *

Antes de que Carol se vistiese, llegó la policía. Cuando se hubo vestido y peinado, echó la colcha sobre la cama, guardó su ropa en el armario, y los recibió.

Eran un inglés rubio, de mediana estatura, y un enorme *pathan*, que le agradó bastante por sus rudas maneras y su aspecto duro. Cuando el inglés le presentó como el capitán Iftikar Baig, pensó Carol: «Parece buen muchacho».

Pero su entusiasmo se desvaneció un poco cuando empezaron a interrogarla. Las preguntas eran sencillas, pero la forma de hacerlas, descortés y a veces casi insolente.

Una de las veces dijo Carol:

—No parece sino que yo he robado las joyas.

—No hemos pensado en insinuar semejante cosa —dijo el capitán Hollis, el inglés—. Estamos únicamente tratando de averiguar la verdad.

—Les estoy diciendo la verdad. De forma que les agradecería que no hablasen como si no me creyesen una palabra.

El comportamiento de los policías la había inquietado, como si realmente fuese una persona sospechosa, y esto le hizo tener miedo otra vez, porque creía que en el futuro esto era lo que iba a tener que soportar: la falta de respeto, la insolencia, la sospecha. Este pensamiento heló su sangre; pero cuando empezaron a interrogarla sobre el círculo de sus amistades, vio que había razón para que la creyesen una indeseable. «Pero en realidad no lo soy», pensó, «lo que ocurre es que soy demasiado buena».

No era una pandilla recomendable; *Mrs.* Trollope, la baronesa, Jelly, con su pasado escandaloso y uno o dos posibles asesinatos a su cargo; la marquesa, la maharaní, hermana de Stitch, y todos los que entraban y salían en casa de Jelly. Podía ver con claridad por qué pensaban que había algo raro en el robo de las joyas.

En su interrogatorio volvían una y otra vez a la baronesa, como si

sospecharan de ella más que de ningún otro, como si estuvieran tratando de acusarla.

—La conozco muy poco —dijo Carol—; no tengo amistad con ella.

—Tenemos entendido —dijo el capitán Hollis— que ha firmado usted un contrato para trabajar para ella.

«¿Cómo demonios han sabido esto?», pensó Carol.

—No hay tal contrato —dijo rápidamente—, no lo ha habido nunca. No fue más que una broma.

—¡Oh! —dijo el capitán Hollis con frialdad. Después se levantó y añadió—: Si no tiene inconveniente, nos llevaremos la caja de las joyas para ver si tiene huellas dactilares.

—Desde luego —respondió Carol, y añadió—: Me gustaría que este asunto se mantuviese en el mayor secreto. Desearía que nadie se enterase.

El rostro del capitán Hollis, que era bastante expresivo, pareció asombrado.

—¿De veras?

—Claro que sí. No busco publicidad; no ando buscando empleo.

—¡Oh!

Dieron por terminada su visita. Salió primero el capitán Hollis, seguido del enorme *pathan*; este último se volvió y la miró con descaro, después sonrió y le hizo un guiño. Ella le volvió la espalda al momento, en parte porque el acto de Baig era insultante, y también porque no podía por menos de reír. En la sonrisa y en el gesto del agraciado *pathan* había algo irresistible: un atractivo, una lisonja, un humor alegre, mezclado con una especie de menosprecio hacia todas las mujeres. Poco inclinada por naturaleza al análisis, no trató de averiguar por qué se había reído, ni por qué le gustaba. Se limitó a pensar: «¡Vaya fresco!».

Pero su alegría no duró mucho. La visita la hizo sentirse de pronto sucia, degradada, como si en realidad fuese lo que la actitud de los dos hombres había dado a entender. «Esto es lo que deben de experimentar ciertas mujeres», pensó; «esto; pero un millón de veces peor». Un escalofrío la estremeció, y con él volvió la depresión.

No sirvió de alivio la llamada del teléfono que sonó casi inmediatamente. Se acercó al aparato con una sensación de miedo, e inmediatamente oyó la voz de Botlivala. Era demasiado relamida, demasiado culta para ser convincente.

—Buenos días, Carol —dijo—. ¿Cómo estás?

—Muy bien —trató de que su voz pareciese natural y tranquila, pero algo del miedo y de la depresión se reflejaba en ella.

—Pareces cansada.

—Pues no lo estoy.

—Te llamaba para ver si quieres comer conmigo.

—Hoy me es imposible.

Lo siento. Quería hablarte de algunas cosas. Lamento lo ocurrido ayer.

Le hizo entrar en sospechas que él no se quejara ni le reprochara el no estar dispuesta a salir con él. Se las arregló para responder:

—No te preocupes por eso.

—¿Te podré ver más tarde?

Su impulso fue contestar: «Ni hoy ni nunca. No quiero volver a verte. Me pesa el haberte conocido». Pero su instinto le aconsejaba que tuviese cuidado. Ahora que no tenía los regalos para poder devolvérselos, era diferente.

—Sí —dijo—, a eso de las cuatro, en el bar.

—Hoy es día de carreras. Podríamos ir.

—No, no quiero ir a las carreras. («No quiero que me luzcan como a una potranca»).

—Bueno. Entonces, a las cuatro, en el bar.

Cuando dejó el teléfono, se sentó en la cama durante algún tiempo, con la mirada fija en el vacío, tratando de «hacer planes». Sus sospechas sobre Botlivala iban en aumento. El solo hecho de haberse conducido como un caballero era ya de por sí sospechoso. «Quizá haya hecho robar las joyas para forzarme a algo». Y este pensamiento la enfureció. «¡Que se vaya al infierno! Nadie me ha hecho nunca hacer una cosa contra mi voluntad, y nadie va a lograrlo». El asunto se estaba poniendo melodramático, y cada vez más embrollado.

Pero comprendía que el permanecer sentada en la cama pensando no la conduciría a ninguna parte. «A estas horas —pensó— Buck ya se habrá levantado», y sintió un deseo irresistible de verle. A su lado se sentiría limpia de alma y en seguridad. En cierto modo, la presencia de Buck la aliviaría, como la suya le alivió a él la noche antes.

Se arregló cuidadosamente y salió, encontrándose con que Krishna no estaba allí. De momento se encolerizó, pero después comprendió lo que había sucedido. Los dos policías se lo habían llevado para interrogarle. Pero esto también despertaba su cólera. Por lo menos debieron tener la atención de pedirle permiso.

Bill no estaba en su habitación; esto le agradó, porque de momento no sentía deseos de verle. Su habitación estaba aún en desorden; el cubo de champán con la botella medio vacía continuaba sobre la mesa; vio que había dormido sobre la cama sin destaparla. «Ha debido de quedarse dormido borracho», pensó, y este pensamiento la deprimió como si en cierto modo fuera culpa suya.

Llamó a la puerta de la habitación de Buck, suavemente, por miedo a

despertarle si aun continuaba durmiendo, pero su voz contestó a la llamada y ella abrió la puerta.

Estaba vestido, junto a la ventana, y al volverse vio que su rostro estaba amarillo, desencajado, viejo. Al momento percibió la nueva sensación de intimidad que existía entre ellos; algo que había nacido durante la noche.

—No debías estar levantado y vestido —dijo—; tu sitio es la cama.

—No sirve de nada. Odio estar en la cama. Es como si estuviese encadenado.

—Vete a la cama y levántate al anochecer. Podemos cenar juntos.

Una mirada de placer apareció en sus ojos cansados.

—¿De veras? ¡Magnífico! —dijo, sentándose—. Porque me parece que tendré que regresar a Jellapore mañana.

Por un momento Carol se sintió desfallecer.

—No —dijo rápidamente—, no puedes hacer eso.

—Tengo que hacerlo. Con mi ausencia se perderá todo.

—Moti dice que eso te mataría.

—No, nada de eso. Soy mucho más fuerte de lo que parece.

Carol vio otra vez al coronel Moti hablándole con vehemencia, diciéndole que solo el descanso y los cuidados podrían salvar la vida de Buck. Sabía que Moti no había mentido. Moti era un doctor, un hombre de ciencia famoso. Sabía lo que estaba diciendo.

—No puedes, Buck —dijo—. No te dejaré.

—Puedes venir conmigo —dijo sonriendo—. Allí en Jellapore hay un misionero metodista que puede casarnos.

El vértigo y la confusión se apoderaron de ella.

—¡Oh, Buck! —pudo decir.

Pero lo dijo con una voz inexpresiva, porque en medio de su confusión no sentía nada, y adivinó de pronto que la noche pasada, cuando se le declaró, él pensó que hablaba de matrimonio. No podía casarse con él. Había mil razones para ello. No podía salir de Bombay hasta que la amenaza que representaba Botlivala no hubiese desaparecido; hasta que no estuviese segura de que no habría escándalo respecto al robo de las joyas. Y había tantas cosas que sería preciso decirle, tierna, suavemente, confiando en que su comprensión... Bill tenía razón. Sería una locura casarse ahora. No era leal para con Buck. Una vez más se parecía a su hijo Tommy.

—¿Y Alí? —dijo Carol—. No puedes dejarlo aquí.

—Estará perfectamente. Se siente feliz con Indira Moti.

—El muchacho te adora.

—Sí.

—Tú mismo dijiste que estaba atemorizado.

No contestó a esto, pero dijo:

—¿No quieres venir?

—No puedo marcharme así, de pronto; tengo muchas cosas que arreglar aquí.

—Botlivala —dijo Buck, mirándola astutamente.

Ella se armó de valor.

—Esa es una de ellas.

¿Qué sabía él? ¿Quién le había estado hablando? No era solo Botlivala, sino el hermano de Jelly, en Jellapore. De pronto vino a su memoria la orgía de su despedida y recordó a los oficiales, con sus casacas rojas, dando patadas a las macetas de orquídeas. Oyó otra vez a Moti diciendo: «En Jellapore saben todo lo que a usted se refiere hasta la gente de la selva».

—¿Te ha hablado Bill? —dijo bruscamente.

—Sí. Cree que los dos estamos locos. Cree que la «proposición» es lo mejor. No sabía lo que eso quería decir, pero él me lo explicó —sonrió—. Soy un poco tonto en lo que se refiere a estas cosas, ¿sabes?

Buck no debía regresar a Jellapore hasta que estuviese curado. No podía morir. La presencia de Moti volvió otra vez. Era casi como si la estuviese impulsando.

—Bill estuvo muy bien en todos los aspectos —decía Buck—. No debes tomarlo en otro sentido.

—Conozco a Bill.

—¿Se emborracha ahora con frecuencia?

—No, nunca le he visto así antes.

Buck quedó en silencio.

—Buck, yo también creo que estamos locos —dijo Carol—. Yo lo estoy.

—Quizá sea eso lo recto —dijo él sonriendo—. Puede que seamos afortunados.

—Es posible, pero de todas formas, esto no tiene sentido.

Buck parecía más cansado que cuando ella entró.

—Ahora te vas a la cama y trata de dormir. La noche pasada no habrás podido dormir mucho.

—No.

—Vendré a buscarte a eso de las seis. Entonces podremos arreglar todo eso. ¿Me lo prometes?

—Sí.

—Ahora me voy. ¿Te hace falta algo?

—No.

—Trataré de venir después del almuerzo.

—Será formidable si lo haces.

—Y no seas tonto con eso de volver a Jellapore.

—También hablaremos de eso después —miró por la ventana—. Odio el

estar aquí —dijo—. Me siento como un pez fuera del agua. Todo el mundo hace que me sienta idiota. No me gusta Bombay. Nunca debiste venir aquí. Ni yo tampoco.

—Bueno, chico, ya trataremos de arreglarlo, pero ahora tienes que dormir un poco.

Entonces se marchó, no queriendo confiar en sí misma, porque sentía que la antigua locura se adueñaba de su ser. Podría hacer cualquier cosa de la que se arrepentiría siempre: tomar alguna decisión que solo serviría para perjudicar a Buck.

Cuando Carol hubo salido, Buck se quedó mirando a la puerta un largo rato. Después, despacio, con desgana, se desnudó y se acostó de nuevo; pero no pudo dormir, porque las antiguas dudas le asaltaron; dudas sobre Botlivala, Jellapore y su hermano, y sobre la extraña gente que la rodeaba. «Debo de estar enamorado», pensó. «No puedo olvidarla. Si ahora me vuelvo, me estaré arrepintiéndome de ello el resto de mi vida».

Y en su sencillez también sabía que no era cuestión de elección. Era algo sobre lo que no tenía dominio alguno. No podría haber vuelto a Jellapore. Comprendía que había dicho que iba a volver para hacerse creer a sí mismo que aun tenía voluntad, que todavía podía dirigir su propio destino, pero ni aun en el momento de decirlo creyó que pudiera hacerlo. Tenía un extraño presentimiento de que si se marchaba moriría. Su cuerpo se lo decía.

* * *

El almuerzo con *Mrs.* Trollope no reveló nada. Estaba muy animada, y aunque Carol espiaba todos sus gestos y las inflexiones de su voz, no le fue posible descubrir nada que aumentara sus sospechas. *Mrs.* Trollope había ido a ver a un adivinador, después que salió de la habitación de Carol, y este le había dado muy buenas noticias. Las estrellas —dijo a Carol— están en una posición que le auguran un largo período de prosperidad y buena suerte. Iba a ir a las carreras. ¿Le gustaría a Carol ir con ella?

No, Carol no quería ir, aunque no dijo que era porque iba a tomar el té con Botlivala. «Va a perder el dinero que le dio Bill para que pagase la cuenta del hotel», pensó. Tuvo intención de protestar, pero no lo hizo, y pensó: «Quizá estoy aprendiendo a tener seso no diciéndole nada, no metiéndome en los asuntos de los demás». Pero no le gustaba el tener sentido a este precio. Resultaba muy deprimente calcular y tener que contar hasta diez antes de decir o hacer cualquier cosa.

La marquesa se reunió después con ellas para tomar café. Se marchaba a Delhi aquella misma noche, según dijo, para pasar una temporada en el

palacio del virrey.

—Bill se marcha también —dijo Carol.

—¿Míster Wainwright? —preguntó la marquesa, con sus pesados párpados cargados de fingida inocencia.

—Sí —contestó Carol—. Puede que él no vaya en el mismo tren.

—Solo hay un tren por la noche —dijo la marquesa. Y Carol pensó: «Desde luego, si no, ya habrías averiguado en cuál se iba él».

Estaba alarmada y un poco celosa. Bill era tan despreocupado... No quería que se viera mezclado con una persona como la marquesa. «¡Al palacio del virrey...! ¡Estás fresca!».

Pero Bill no tenía ya nada que ver con ella. Cuanto más pronto desapareciera de Bombay, más pronto se olvidaría de él. Había tratado de interponerse entre Buck y ella. ¡Al diablo!

La marquesa estaba diciendo que le parecía encantador, y ¡tan guapo!, ¡tan simpático!, ¡tan caballero!

«Sí —pensaba Carol—, ya sé dónde has aprendido a hablar así».

No podía tener la atención fija en la conversación. No era esta muy interesante, y odiaba la compañía de mujeres solas; sus pensamientos continuaban girando alrededor de Buck, de Bill, de *Mrs. Trollope*, de Krishna y de lo que había sido de él; de Jelly y de la baronesa. Una vez más pensó: «Tal vez la mejor solución sea la de marchar a París en el próximo barco y abrir un *cabaret* en compañía de la baronesa».

El aburrido almuerzo había terminado; y Carol, con un dolor de cabeza producido por las preocupaciones y el aburrimiento, dejó a las dos mujeres tan pronto como le fue posible. En el gran vestíbulo del hotel encontró al nervioso y pequeño gerente, que le dijo:

—Tengo noticias para usted.

—Diga —respondió Carol vivamente.

—No tiene importancia, a excepción de que su criado admite que no estuvo a la puerta de su habitación toda la noche. Se ausentó durante dos horas. El hotel hace lo posible por evitar estas cosas, pero no se puede hacer responsable de la conducta de su criado.

—No, claro que no. (Krishna, el muy embustero. Cualquiera podría haber entrado en la habitación mientras estaba fuera). Gracias —dijo al gerente.

* * *

Botlivala la estaba esperando. Al cruzar la puerta le vio levantarse de la mesa del rincón más lejano del salón y salir a su encuentro, y al verle le odió, no porque le despreciara o porque le creyese un canalla, sino porque ahora le tenía miedo.

Se saludaron y se sentaron a la mesa sin cruzar una palabra, hasta que él le preguntó lo que quería beber. Carol pidió un *sling* de ginebra, y él dijo:

—Siento la escena que hice. No me lo proponía.

—No empieces a excusarte otra vez.

—Prometo comportarme bien.

—No te molestes —dijo Carol—. No servirá de nada.

Si por lo menos no hubiesen robado las joyas, podría habérselas devuelto allí, en aquel momento, y marcharse sin decir una palabra más. Se repetía a sí misma que debía andar con cuidado y no perder la paciencia. Antes, Botlivala no tenía importancia en ningún sentido, pero ya no era lo mismo. No era solamente la pérdida de las joyas; aun eso no hubiese tenido importancia; era Buck. No servía de nada engañarse. Desde que había conocido a Buck, Botlivala se le había hecho repugnante y maligno, y pensar que le había dejado creer que estaba prometido con ella le daba náuseas.

Se daba cuenta de que Botlivala estaba hablando en su forma habitual: excitado, prodigando excusas y haciendo promesas de buena conducta, pero por la intensidad de sus pensamientos no llegaba a enterarse de lo que decía. Tampoco trató de escuchar, porque lo que decía se lo sabía ya de memoria. Esa misma indiferencia fue la que le llevó a decirle, hacía mucho tiempo: «¡Oh!, bueno, di que estás prometido conmigo, si es que eso te hace feliz». Y de esa manera había consentido que le regalase el brazalete y las sortijas, porque estaba harta de él, porque quería mantenerlo tranquilo y porque, en cierto modo, así era más fácil de manejar.

Después que el camarero que les servía se marchó, vio que estaba llorando como una mujer y que estaba diciendo que si se casaba con él le asignaría una renta que le daría independencia económica para el resto de su vida. Le oyó hasta decir que nunca se acercaría a ella, que no le pediría nada más que viviese en su palacio y dejara creer al mundo que era su esposa. «Hace una semana lo hubiese hecho», pensó, y al mismo tiempo se sintió disgustada y avergonzada, no de sí misma, sino de aquella mujer llamada Carol Halma, que había andado por Bombay tan alegre, tan despreocupadamente, en este cuerpo que estaba sentado ahora frente a Botlivala. Al mismo tiempo se daba cuenta, con asombro, hasta dónde podía llegar la vanidad de un hombre, porque sabía que era la vanidad y el miedo de ser rechazado públicamente delante de toda la gente con quien se había vanagloriado con ella, lo que había detrás de todos sus ruegos y lamentaciones.

—¡Deja ya de portarte como un idiota! —dijo Carol de repente, con rabia—. La gente nos está mirando.

Cerca de ellos estaban sentados dos ingleses —una mujer y un hombre— de la clase media, convencionales, estúpidos y maliciosos. Estaban

escuchando todo lo que decía Botlivala. La mujer dijo algo al hombre y los dos se echaron a reír. «Esto es lo que les ocurre a ciertas desgraciadas», volvió a pensar Carol. «No puedo continuar así. Cualquier cosa es preferible a esta situación».

Botlivala se limpiaba en aquel momento la nariz con un pañuelo de seda verde pálido que hacía juego con su corbata.

—Nunca pensé casarme contigo, Botlivala, y lo sabes —dijo.

—Yo te creí —dijo—. Se lo dije a todos mis amigos, y ahora se reirán de mí de la forma en que lo hacen siempre. No puedes hacer eso.

«¡Dios mío!», pensó Carol. «¿Cuándo voy a verme libre de gente que se tiene lástima, de Botlivala, de *Mrs. Trollope* y del resto?».

—Ya lo creo que puedo —dijo fríamente—, y nada me detendrá.

El espectáculo de un Botlivala gimoteante se le hacía insoportable.

—No quiero volver a verte jamás. No quiero que me vean contigo. ¡Por el amor de Dios! ¡Trata de ser hombre aunque solo sea por un momento!

Carol vio el gordo cuerpecillo ponerse tenso, como si le hubieran introducido un bastón por la espalda. Sus ojos se dilataron hasta que las córneas amarillentas quedaron visibles alrededor de las pupilas. Carol tuvo miedo otra vez, y su instinto le dijo la verdad sobre Botlivala. Sin pensarlo, en medio de su cólera, había tenido una revelación certera. La verdad era que el señor Botlivala no era un hombre. Durante muchos años, durante toda su vida, había tratado de hacer creer a los demás que era un hombre. Por eso, solo por eso, se había colgado de ella con tanta desesperación; por eso se había gastado tanto dinero, simplemente para que la viesen con él, porque era hermosa y hacía que los hombres le envidiasen. Así pudo decir que no le pediría nada más que viviese en su casa e hiciese creer al mundo que era su esposa. Ella lo comprendió todo rápidamente en el transcurso de unos segundos. Al mismo tiempo, horrorizada, le vio levantarse y coger los guantes. Era como si estuviese hipnotizada, sin acción para nada.

Después, como en una cámara lenta, le vio coger el vaso, levantarlo y arrojarle a la cara el resto de bebida que quedaba en él, gritando:

—¡Aventurera! ¡Zorra!

Y luego, en su lengua nativa, empezó a lamentarse y a lanzar imprecaciones, y abriéndose camino con rudeza entre las mesas se apresuró a salir del bar.

Carol no le vio salir. En realidad no veía nada; ni a los camareros que acudían presurosos a levantar la mesa caída, ni los rostros de las gentes que la miraban; rostros morenos, negros, blancos... Estaba sentada como parálitica, hasta que sintió una mano posarse sobre su hombro. «La policía», pensó. Pero oyó una voz cloqueante que reconoció al punto.

—*Fenga* conmigo —dijo la baronesa—. *Saliremos* de aquí.

Se dejó llevar. Parecía como si ya no tuviese voluntad. Con la baronesa balanceándose delante de ella como una enorme tortuga, abriéndose camino entre la multitud de rostros curiosos, salió finalmente del salón del bar. De cuando en cuando oía el graznido de una voz con una entonación de mando decir con desabrimiento: «¡Quítese de en medio, idiota!», o bien: «¡Retire su asiento y deje pasar!». La baronesa necesitaba un espacio extraordinario para pasar; era fácil seguirla. En el vestíbulo, dijo:

—*Supiremos por escalera.*

Y soplando y resoplando por el ejercicio, abrió la marcha.

Solo cuando había subido ya dos tramos de la escalera de piedra, sintió Carol alguna sensación de realidad. Entonces la escena que se había desarrollado abajo adquirió sus verdaderas proporciones y se le presentó en todo su verdadero horror.

Había sido humillada ante infinidad de personas por un hombre que tenía una de las peores reputaciones de la ciudad, allí donde había los mejores ejemplares de esta especie; en una ciudad dividida en razas, donde el color de Botlivala hacía más grave el insulto. Ahora se había colmado la medida. No era posible descender más.

Delante de ella, la baronesa continuaba abriendo la marcha, dejando en su camino el eco de su resoplar y un olor a sudor y a pachulí. Vagamente se dio cuenta Carol de que la baronesa tenía un aire de dominio y de solicitud que le chocó. Inmediatamente comprendió lo que era: la había reclamado como cosa suya; se metió en el tumulto de la misma manera que seguramente lo habría hecho muchas veces por alguna de sus «protegidas».

Un pensamiento angustioso asaltó a Carol. «Puede que sea a eso a lo que esté destinada. Quizá no sirva de nada luchar contra el destino».

* * *

Una vez en su habitación, se arrojó en la cama y rompió a llorar. Era la primera vez que lloraba después de muchos años, y ahora parecía como si todo su cansancio, todo su fastidio, todo su aburrimiento de meses, de años, se desbordase. Lloró hasta desahogarse. Se olvidó de la baronesa. Se olvidó del horror de la escena. Su mente quedó vacía con el alivio físico que le proporcionaba el llanto, pero a través de él oía la voz de la baronesa diciendo:

—No importe. Los *jombres* son unos *bestios tremendos*. —Y después de una corta pausa—: Yo los entiendo mucho bien. Ellos son mis negocios.

Carol sintió hundirse la cama bajo el peso del cuerpo de la vieja, que se sentó en ella. Sintió el contacto de su mano cubierta de joyas sucias; percibió

el olor a sudor y a pachulí, y oyó la voz cascada que decía:

—No *préocupe*. Puede contar con la *páronesa*. Siempre. ¡Oh, sí!

Y de pronto, la vieja se le hizo tan horrible como el pobre Botlivala.

—Por favor —dijo, tratando de reponerse—, déjeme sola..., por favor...; ahora no deseo más que estar sola.

La cama crujió al sentirse libre del peso de la baronesa, y la cascada voz, llena de un cansancio infinito, dijo:

—Me *foy*, pero *folveré*. Si necesita a *páronesa*, teléfono.

Hubo un pequeño silencio, durante el cual la baronesa no se marchó, y luego la voz volvió a hablar:

—Si *quiere*, puede *folfer* a París con mí.

* * *

Ya había oscurecido cuando dejó de llorar, pensando: «No soy mejor que los demás; aquí estoy, sintiendo lástima de mí misma». Al incorporarse vio a la escasa luz que entraba por la ventana, la figura de un hombre, de pie en el umbral de la puerta.

Era Buck.

—Llamé —dijo—; pero como no contestabas, entré.

Carol no quería verle ahora. No quería más que huir y no ver a nadie.

—Está bien —dijo estúpidamente.

Buck cerró la puerta y se acercó a ella, cogiéndole las manos.

—Sé lo que ha sucedido. ¿Qué quieres que haga? Haría cualquier cosa, pero no quisiera empeorar el asunto. Mataré a ese canalla si tú quieres.

—No se puede empeorar más de lo que está; tengo que marcharme. Tengo que irme de Bombay... a cualquier parte.

Él la rodeó con sus brazos tímidamente, como un amigo. Era la primera vez que la abrazaba.

—Iremos a ese sitio en la playa —dijo Buck esta noche... si tú quieres.

—Creo que eso es lo único que se puede hacer... hasta que salga algún barco. No puedo quedarme aquí. No puedo dejarme ver en Bombay. Me iré en el primer barco. Desapareceré.

—Ya veremos —dijo él simplemente.

Carol pensaba: «Hay que tener juicio. Tiene razón; es el único sitio al que puedo ir». Le besó en la mejilla impulsivamente, y dijo:

—Eres un buen chico, Buck.

Y después, nerviosamente, se separó de él.

Un extraño pensamiento cruzó por su mente: «Si me voy con él allí, tendremos que vivir separados». Pero dijo:

—Tengo que decirle al *maharajah* que queremos la casa. Las carreras han terminado. Seguramente estará ahora en casa.

La antigua sensación de confianza volvió a Carol.

—Le telefonaré —dijo.

Buck no dijo nada. La miraba como intrigado.

Joey se puso al teléfono. El *maharajah* se encontraba jugando. Vería si podía ponerse al aparato. Un momento después oyó la voz de Jelly.

—Sí, querida, ¿qué puedo hacer por ti?

Y Carol comprendió por el tono de su voz que ya estaba enterado de lo que le había sucedido.

—Quiero utilizar la casa de Juhu, Jai Mahal.

—¿Una segunda luna de miel? —preguntó la voz con sorna.

—Sí —dijo, porque no había otra cosa que decir.

—¿De modo que Wainwright no se va a Calcuta?

El fatigado cerebro de Carol trabajaba rápidamente. Si creía que era Bill, que siguiera creyéndolo. De momento no tenía importancia. Él siempre se enteraba de todo.

—No —dijo.

—Allí hay un guarda. Le diré a Joey que vas a ir y que envíe un cocinero y un par de criados.

No le preguntó cuándo quería marcharse. Sabía que deseaba irse ahora, esta noche; que no tenía más remedio.

Carol oyó una risita en el teléfono y una voz llena de insinuación preguntó:

—¿Qué dirá *Mrs. Trollope*?

—No lo sé, y me tiene sin cuidado. Gracias, Jelly; esto me ayuda a salir de un aprieto.

Dejó el teléfono, y durante un momento se quedó mirando por la ventana. No veía nada, pero se daba cuenta de la presencia de Buck detrás de ella. Él hacía que todo pareciese diferente. Carol se volvió y dijo:

—Todo está arreglado.

—¿Podemos irnos esta noche?

—Sí.

Entonces recordó la cuenta del hotel. No podía arriesgarse a pedirla porque no sabía si le alcanzaría el dinero, y no se atrevía a tener una escena con el gerente por temor a que Buck descubriera su situación apurada. «Me llevaré solo una maleta y dejaré los baúles —calculó—. Esto le dejará satisfecho. Mientras Bill esté en la India no me importunará».

Nunca, hasta ahora, se había encontrado en las últimas. Cansada, pensó que ya no le importaba lo que sucediese. No quería más que huir.

—Será mejor que hagamos las maletas, Buck —dijo.

—Bueno.

—Yo solo me llevo una maleta pequeña.

—Sí.

—Será mejor que salgamos por la parte del puerto. (Por aquella parte no verían a nadie). Llama a un taxi y luego ven por mí.

Buck la rodeó de repente con sus brazos y la besó; luego, con su voz serena, dijo:

—Seremos felices.

El miedo huyó de ella al momento. Ninguno de los hombres que había conocido era como este. Ninguno había mirado tanto por ella.

—Gracias, Buck —dijo débilmente—; así lo espero.

Buck se marchó, y mientras preparaba sus cosas se sintió otra vez feliz, con aquella felicidad extraña que era nueva para ella. Casi había terminado cuando alguien llamó a la puerta. No contestó a la llamada. Esta se repitió, y la voz de Bill dijo:

—Soy yo, Bill. He venido para despedirme.

Carol no quería verle, pero respondió.

—Entra.

Miró la maleta que estaba sobre la cama, y ella comprendió en seguida que Bill también estaba enterado de la escena del bar.

—Haces bien en marcharte —dijo—. ¿Dónde te vas?

—A la casa que Jelly tiene en Juhu.

—¿Quieres que le dé una paliza a ese asqueroso?

—No. Eso atraería la atención de la policía y de los periódicos, y sería peor aún.

—Y Buck, ¿ha aceptado tu «proposición»?

—Sí.

—Hubiera sido mejor volver a Europa. Es una mala suerte que no haya ningún barco. Has perdido el «Rawalpindi». No hay otro hasta dentro de dos semanas.

—¿Me ibas a embarcar?

—Sí, iba a quedarme para hacerlo.

—Gracias.

—Hay otra cosa —dijo.

—¿Qué?

—Vas a tratar a Buck lealmente. Vas a portarte con toda lealtad.

—Me propongo hacerlo; seré para él más leal que he sido con nadie, incluso contigo.

—Está bien..., porque si no lo haces te daré la paliza más grande que jamás ha recibido una mujer.

—Entendido, Bill.

—Si necesitas dinero o cualquier otra cosa avísame. En Calcuta, al cuidado de la Compañía. Todo cuanto tengo es tuyo y de Buck.

—Eres un buen muchacho, Bill. Me gustaría que las cosas no estuviesen tan enredadas, porque a ti también te quiero, pero no de la manera que quiero a Buck. Esto no me ha sucedido nunca; no puedo remediarlo.

—No te preocupes por mí —le cogió una mano—. Bueno, buena suerte. La necesitas.

Se marchó, y Carol se sentó a escribir una nota al gerente diciéndole que se marchaba, pero volvería dentro de una o dos semanas. Sabía que esto no le causaría sorpresa porque había ocurrido muchas veces. Un poco después llegó Buck trayendo su deteriorada maleta de cartón. Parecía feliz, y más que nunca semejante a Tommy.

—El taxi espera —dijo.

De pronto, Carol se sintió excitada y feliz. Nada tenía importancia, excepto Buck. Nada en el mundo. Todo lo que pudiese venir no le importaba ya.

Fuera, en la puerta, no había la menor señal de Krishna. Debía de haber regresado hacía tiempo. Pero tampoco esto tenía importancia. Podría escribir al gerente para que le dijera a Krishna que se fuera a Jellapore. Pero casi en el mismo instante una sombra nubló su felicidad. Había huido de ella. Krishna, que había sido su esclavo, que la adoraba por haberle comprado una bicicleta, huía de ella porque un disoluto *parsi* le había arrojado al rostro un vaso de ginebra en la concurrida sala del bar de Taj Mahal.

* * *

Una hora después de haber salido ellos. *Mrs.* Trollope marchaba por el corredor, semejante al de una cárcel, hacia la puerta de la habitación de Carol. Su animación había desaparecido. A la mortecina luz se podían ver todas sus arrugas, que surcaban su rostro cetrino. Todo lo que llevaba, incluso el sombrero nuevo y el bolso, parecían ajados. Tenía un aspecto lamentable.

Y todo porque el bolso estaba vacío. El dinero que le dio Bill para pagar la cuenta del hotel y los vestidos había desaparecido; lo perdió todo en las carreras. Trató de encontrarle para ver si podía sacarle algo más, solamente mil o dos mil rupias, para ir a la casa de Jellapore y convertirlo otra vez en dinero contante y sonante. Pero Bill no estaba en su habitación, y cuando preguntó por él en la oficina del hotel le dieron una mala noticia. Le dijeron que había salido para Calcuta.

Así es que no tenía a quién dirigirse, sino a Carol, y ahora se encontraba llamando a la puerta de la habitación de Carol.

No contestaron. Asombrada de que el criado de Carol no estuviese allí, llamó de nuevo, y al no recibir más respuesta que el silencio, empujó la puerta y entró. La habitación estaba a oscuras, y cuando encendió la luz, los baúles empujados hacia un rincón y el tocador vacío le dieron a entender lo sucedido. Carol se había marchado. Lo más probable era que se hubiese ido a Calcuta con Bill. Ahora sí que no tenía a quién dirigirse.

Durante algún tiempo permaneció contemplando la desolada habitación y pensando con desesperación en la situación que se le creaba. No se atrevía a vender ninguna de las joyas en Bombay, y no podía salir de allí sin dinero. Y de su pensamiento surgió un odio repentino hacia Bill. Sí, era él el que había destruido su amistad con Carol. Le dio dinero para que pagase sus deudas con el fin de librarse de ella, y luego se había llevado a Carol a Calcuta. Él era el hombre rubio a que se refería el adivino, el que habría de traerle mala suerte.

Por un momento le pareció que el mundo se hundía. Abatida y cansada, se sentó en la solitaria habitación. Le dolía la cabeza. No podía pensar. Le parecía que todo daba vueltas alrededor de su cabeza: las carreras de caballos, las mesas de juego, Carol, Bill, la baronesa, Jelly, su hermana Nelly, Merrill. Daban vueltas y vueltas bañados en una luz brillante. «A lo mejor me voy a volver loca», pensó. La sensación de locura duró un largo rato. Cuando desapareció, quedó echada hacia atrás, exhausta, con el sudor corriéndole por el ajado rostro.

«No me queda más que un sitio a donde dirigirme», pensó. Y este sitio era la casa de Jellapore. Desde la escena con Nelly no había vuelto porque le hicieron comprender claramente que no la querían allí. Bueno; eso no le importaba ahora. Ella estaba por encima de esas cosas. Si pudiera llegar

hasta Jellapore es probable que le prestase algún dinero. El dinero no significaba nada para él.

Después de tomar un par de copas en el bar cogió el bolso, vació a no ser por unos cuantos billetes pequeños y algunas monedas, y se marchó en un taxi hacia el pabellón de Jelly.

Sabía que se hallaban jugando porque toda la casa estaba iluminada y una hilera de taxis en la puerta. El viejo portero la saludó al pasar por la puerta con una zalema casi imperceptible; una zalema que decía: «Usted está arruinada, caída y despreciada».

Dentro no fue mejor. En el salón de juego, rojo y dorado, Jelly estaba sentado, con aspecto cansado, a la cabeza de la mesa, en su sitio de costumbre, aburrido y un poco borracho. Joey estaba allí, pero no Nelly, a Dios gracias. Todos los demás, excepto un portugués, eran desconocidos. Antes de la pelea con Nelly, teniendo a Carol por amiga y con dinero en el bolsillo, todo habría sido muy diferente. Nadie se levantó; nadie le hizo caso. Necesitó de toda su desesperación, de todo su valor, para entrar en el salón y llegar al lado de Jellapore.

Temiendo que le faltase valor, se dirigió directamente a él y le dijo:

—¿Puedo hablar con vuestra alteza en privado?

Él la miró con asombro, pero se levantó y fue con ella hasta la habitación inmediata, desde la cual se veía la bahía, hacia Elephanta. Entonces *Mrs. Trollope* le contó todo: que estaba arruinada y que quería tomar dinero prestado para jugar con objeto de rehacerse. El adivino le había pronosticado una racha de suerte, por lo que el dinero que le prestasen no sería más que una simple inversión. Había contado con Bill y con Carol, pero Bill se había marchado a Calcuta, llevando consigo a Carol.

El *maharajah* escuchaba aburrido, sopesando cuanto ella decía, tratando indolentemente de encontrar algún nuevo hilo para fraguar una intriga completa.

Cuando *Mrs. Trollope* terminó, dijo con una frialdad absoluta:

—En primer lugar, yo nunca presto dinero. Ese es uno de los medios más seguros para hacer que la gente le odie a uno. Por otro lado, Carol no se ha ido a Calcuta con Bill Wainwright, Yo sé dónde están.

—¿Dónde? —preguntó *Mrs. Trollope*.

—He dado palabra de no decirlo.

—Bill se ha marchado a Calcuta; me lo dijeron en el hotel.

La miró con una mirada rápida de sus opacos ojos negros.

—¿Está usted segura?

—Sí.

Rápidamente comprendió, sonrió y dijo:

—¿Conque no era una segunda luna de miel, o es con un hombre

distinto?

—¿Qué está usted hablando?

—Me mintió. Está con ese Merrill. ¡Qué estúpido soy! Debí adivinarlo. No era muy difícil de adivinar.

Después se volvió, diciendo:

—Tengo que volver a la mesa. Siento no poder hacer nada por usted.

Y se marchó, dejándola sola en medio de la gran habitación.

Una vez más, en un corto espacio de tiempo, experimentó la sensación de que le iba a estallar la cabeza. Cuando se le pasó no sentía ya vértigo, pero no tenía valor para cruzar otra vez el salón y pasar delante del portero. Rápidamente salió por el jardín, entre la maleza, aunque le daban miedo las serpientes. Pasó por delante del portero y llegó a la calle, donde tomó un taxi para dirigirse al Taj Mahal.

Existía otra posibilidad, y la probó. Encontró a la baronesa en el vestíbulo, acompañada del raído y siniestro hombrecillo que solía visitarla algunas veces. Cuando este se marchó dijo a la baronesa que necesitaba dinero; que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por conseguirlo.

Pero los ojos verdes de la baronesa se transformaron en dos duros ópalos.

—No —dijo—; tengo suficiente solo para yo.

Una semana antes había considerado la posibilidad de dar un empleo a *Mrs. Trollope* en París. Tenía algo que daría carácter al lugar. Pero más tarde desechó la idea. A los ojos de la baronesa, *Mrs. Trollope* no era ya más que una persona que traía mala suerte. Cuando se marchó, la baronesa se volvió hacia la descorazonada figura, que se alejaba encorvada; levantó dos dedos y escupió entre ellos siete veces. Se quedó más tranquila. Era una cosa que no fallaba nunca contra el mal de ojo.

* * *

Bill cenó solo en el «Green's Hotel»; solo y deprimido. Una voz seguía diciéndole: «Será mejor que te emborraches. No podrás dormir en ese maldito tren, dando vueltas y más vueltas, con el polvo rojo metido en ojos, dientes y pelo». Pero no se emborrachó, porque otra voz le decía: «No sirve de nada. No conduce a nada. Te despertarás sereno otra vez y no habrás conseguido olvidar nada. Todo seguirá igual». Se había tomado un par de cócteles y un poco de cerveza en la comida, y continuó preguntándose si era preferible que la muchacha de quien estaba enamorado se marchase con su amigo más íntimo o con un cualquiera a quien pudiera detestar. Era una pregunta muy difícil de contestar. Tal vez sintiera lo mismo siendo de una

manera o de otra, aunque había una diferencia: que Buck cuidaría de ella; no le jugaría ninguna mala pasada.

Lo raro era que no se preocupaba por la muchacha a quien quería, sino únicamente por su mejor amigo. Era más probable que fuese Buck quien saliera perdiendo con la aventura. Carol se limitaría a hacer el equipaje y a desaparecer cuando se sintiera cansada o si el plan no resultaba bien. «En cualquier caso —pensaba— todo es muy complicado». Mucho más complicado que lo que pudiera creer la mayoría de la gente caída en desgracia. Hasta hacía poco tiempo él también formaba parte de «la mayoría de la gente». Lo ocurrido no le había herido ni hecho desgraciado. Era solo últimamente cuando había empezado a pensar en sí mismo, en lo que era, y descubrió que detrás de casi todo lo que hacía, pensaba o decía, existían infinidad de complicaciones. Por ejemplo: el enamorarse de Carol mucho tiempo después de haberse divorciado, simplemente porque por alguna razón inexplicable había llegado a considerarla como a otra persona diferente; y su afecto por Buck, que él veía ahora a una luz nueva y diferente. Hubiese sido una gran cosa el haber podido odiar a Buck, y sobre todo más sencillo. Lo malo era que no se podía echar la culpa a nadie de lo ocurrido. Había sucedido, y no se podía hacer nada para cambiarlo. Pero esto no lo hacía menos complicado, si se considera los años de alegría que se van a perder; sería un dolor que le atormentaría siempre; un hambre que nunca sería satisfecha. Hubiera sido preferible probar y fracasar que permanecer en esta ignorancia. Ahora no sabría nunca si Carol y él hubiesen podido ser felices; elaborar juntos una vida dichosa.

El portero del Taj, con el equipaje, interrumpió sus negros pensamientos.

—Señor, si quiere coger el tren, debe salir ya.

Bill se marchó, sin preocuparse de si estaba allí todo su equipaje o de si llegaba a tiempo. De ordinario era un viajero inquieto y premioso, pero esta noche sus nervios estaban embotados.

En la estación la atmósfera era sofocante, y mil ruidos se mezclaban al estrépito de los trenes y a las curiosas y eternamente excitadas voces metálicas de los *coolies*. «¿Por qué demonios habrá siempre en la India tanto ruido? —pensó—: el batir de los gongs, los gritos, los chillidos que acompañan a toda conversación en los andenes del ferrocarril, el golpeteo que hacen para cualquier trabajo». El calor parecía salir de los ladrillos. «Esta noche —pensó— es otra marea baja de depresión. Nunca me he sentido peor que esta noche. Después de todo, esto debiera consolarme».

Una vez en el departamento, vio que no estaba solo. Con él viajaban un corpulento inglés de mediana edad y un indio vestido a la europea, «probablemente —pensó Bill— algún político que se dirige a Delhi». Se estaban mirando el uno al otro con desconfianza y disgusto. Bill saludó

cortésmente a los dos, pensando: «Eso es cosa vuestra, muchachos. Arreglarlo como podáis». Les dejó solos y encendiendo un cigarrillo se fue a pasear por el andén hasta que saliera el tren.

Apenas había dado una vuelta cuando oyó una voz familiar, muy fresca, que decía:

—Buenas noche, *Mr. Wainwright*.

Conocía la voz. Era la marquesa. Iba toda vestida de blanco, lo que realzaba lo moreno de su exuberante belleza.

«¡Lo que faltaba!», pensó Bill.

—Buenas noches —dijo—, ¿va usted también en este tren?

—Sí, voy a Delhi a pasar unos días en el palacio del virrey.

—¡Qué sorpresa más agradable! —dijo Bill con cansancio.

—¿No quiere beber algo? —preguntó ella—. Tengo una botella de champán en hielo.

No había ningún mal en tomar algo con ella. Tenía la boca seca. Empezaba a desaparecer el efecto de los cócteles, dejándole una sensación ardiente y miserable. La idea del champán helado era tentadora.

La marquesa ocupaba un departamento entero, reservado para ella. La cama estaba hecha con sábanas de seda de un color rosa pálido, con un par de almohadones de encaje encima. Sobre la única silla había una bata de encajes. Sobre el olor de la estación se percibía un pesado perfume. El champán estaba puesto con hielo en un cubo del Taj Mahal.

«Todo lo que gusta y sienta bien a una aventurera...», pensó Bill, y por un momento tuvo la idea de escapar. No sentía atracción alguna por las mujeres morenas, exuberantes y pintadas. La marquesa empezó a abrir la botella de champán, pero Bill se la quitó de las manos. Mientras la abría preguntó:

—¿No viaja su doncella con usted?

—Naturalmente; va en otro departamento.

El champán era bueno, mucho mejor de lo que él suponía que pudiera haber en Bombay. Era un champán para hombres, seco y aromático. Solo el verlo le hacía sentirse mejor. El sabor le animó.

La marquesa había sacado un larguísimo cigarrillo egipcio y estaba esperando que él se lo encendiera. La manera de inclinarse hacia adelante, invitándole con los ojos, y esta forma de crear una especiosa intimidación, le decían muchas cosas. Era una vieja maestra salida de un sitio... de un sitio caro.

—Siempre llevo champán cuando viajo —dijo, y Bill pensó: «¡Dios mío, qué mujer más estúpida! Tiene demasiado interés en la conquista».

Los ruidos característicos de una partida en la India empezaron a llenar el aire: las voces y los gritos de despedidas, las carreras, la risa y las carcajadas de los indios. Apuró su copa, y dijo:

—Tendré que volver a mi departamento antes de que el tren se ponga en marcha. Gracias por el champán.

—No hay prisa —dijo ella—; terminaremos juntos la botella, y luego puede apearse en la primera parada.

Otra copa no vendría mal. Se podía hacer el desentendido y fingir ignorancia respecto a las maquinaciones de la marquesa; bajar en la primera parada y escapar a tiempo. De todas formas, ya no había tiempo para cambiar, porque el tren empezaba a ponerse en marcha. Entonces pensó: «Soy un perfecto idiota. Este tren es un expreso; la primera parada es en Baroda y tarda en llegar ocho horas».

Sentía ganas de reír. «He caído en la trampa», pensó. Bueno, no había ya nada que hacer, a no ser que tocase el timbre de alarma para que viniesen a salvarlo.

Las luces del sucio barrio fabril empezaban a cruzar rápidamente ante la ventanilla. Después de todo, ¿qué importaba una cosa u otra? Él no era ningún párvulo. No tenía a nadie a quien ser fiel. Carol se había marchado con Buck.

La marquesa estaba diciendo:

—Puede pasar la noche aquí —y en su pesado y complicado francés de Oriente, añadió—: *Cela m'est tout à fait égal.*^[56]

—*Moi aussi!*^[57] —dijo Bill—. Tomaremos otra copa.

Pensó que lo mejor que podía hacer era enfrentarse con la situación algo chispa.

—*La vie* —dijo la marquesa— *est si souvent tellement belle...*^[58]

—¡Y cómo! —contestó Bill sardónicamente.

Se bebió otra copa y preguntó:

—¿No tendrá usted otra botella por casualidad?

—Tengo media caja.

—Entonces será mejor poner otra botella en hielo para empezar.

* * *

En el largo trayecto en taxi hasta Juhu, pasando ante las luces de Malabar Hill y el rosado esplendor del palacio de recreo de Jellapore, ante el Hipódromo y el Club Willingdon y a través del campo abierto que se extendía más allá, los dos iban en silencio, con miedo. Iban sentados como dos adolescentes, uno al lado del otro, cogidos de las manos.

Carol tenía miedo porque era la primera vez en su vida que huía. Al pasar el taxi por delante de la casa de Jellapore (un poco antes de que Mrs. Trollope llegara para pedir dinero), cerró los ojos movida por una curiosa

certidumbre de que nunca más volvería a ir en taxi hasta la escalinata de la entrada, donde el viejo portero permanecía de pie. Cualquiera que fuese el rumbo de su vida, jamás volvería al antiguo camino. Aun en medio de su inquietud, experimentaba algún remordimiento, porque en casa de Jelly se había divertido, reído y ganado gran cantidad de dinero. Tenía también miedo, porque en esta aventura había un término, y esto era algo que no había experimentado antes. Hasta ahora, nunca había sabido lo que iba a ocurrir; una cosa traía la otra, y cuando se sentía hastiada de algo, daba por terminada la aventura. En esta huida no era así. Llegaría un día en que todo terminaría de repente, y mientras el taxi corría, dejando atrás las luces, a través de los olores y ruidos de la India, ella sabía que el final no podría ser feliz.

«¡Por el amor de Dios! —pensó—, no lo echés a perder con preocupaciones». Pero la reflexión no sirvió de nada. Una de las veces se le ocurrió que lo mejor que podía hacer era decir al conductor que parase, bajar y dejar a Buck antes de que fuese demasiado tarde. Pero no lo hizo.

Y Buck, sentado a su lado, tenía miedo por razones que eran para él vagas y confusas. En su sencillez e ignorancia, tenía miedo de aburrirla, miedo de parecer siempre ingenuo y de que, al fin, cuando la novedad hubiese pasado, la cansara y aburriese. Las preocupaciones que atormentaron su conciencia habían desaparecido, porque una vez lanzado, no podía volverse atrás. «Quizá esto no sea más que empujarla hacia el camino a que está destinada», pensó, y casi al mismo tiempo: «Bill se reiría de ti por tener un pensamiento semejante, y acaso tuviese razón». Esto era lo inquietante: que, después de todo, posiblemente Bill no fuese tan insensato. Y al pensar en Bill se le representó en su imaginación el cuadro de la infelicidad de su amigo. Bill marchando a Calcuta solo; él, que era un muchacho tan bueno que jamás permitiría que se le ayudase.

Cuando ya habían llegado a Juhu, dijo de repente:

—¡Qué hermosa noche!

Y desde su rincón, en la oscuridad, Carol contestó:

—Esta visión de los cocoteros bajo la luz de la luna de la India resulta siempre peligrosa.

Inmediatamente se arrepintió de haberlo dicho. Hubiera sido una observación muy natural en el mundo que acababa de abandonar, pero a Buck tal vez le hubiese parecido que de nuevo se le estaba declarando.

* * *

Jelly había sido diligente. Tras dos o tres equivocaciones, el conductor del

taxi encontró al fin Jai Mahal. Los cocoteros y las palmeras de betel, tras la alta tapia, aparecían iluminados por la luz que salía de la casa. Dentro se percibían muestras de actividad. Varios criados se entregaban al arreglo y cuidado de la casa: uno de ellos barría los senderos enarenados con una escoba de ramas; otro fregaba los escalones de mármol; otro limpiaba apresuradamente una de las habitaciones que daban al mar. Una especie de mayordomo, vestido de púrpura y oro, se adelantó haciendo reverencias.

Buck estuvo hablando unos minutos con él en lengua india, y luego dijo a Carol:

—El *maharajah* ha enviado una cena fría. Mañana entrará en funciones el cocinero.

—Dale las gracias. No tengo apetito.

—Ni yo tampoco.

El criado cogió las maletas; la de Carol, elegante y costosa, y la pobre y deteriorada maleta de Buck.

—Sal y da un vistazo al jardín —dijo Carol—. Estaré contigo dentro de unos minutos.

Le dejó, y rápidamente subió las escaleras de mármol blanco que conducían a los dos dormitorios de estilo francés. En seguida puso manos a la obra.

No era cosa fácil, porque los licenciosos grabados franceses no estaban simplemente colgados en la pared, sino sujetos con alambre entre las delicadas filigranas de mármol esculpido que servían de ventanas. Cuando los vio en su primera visita le habían hecho reír, no solamente porque eran graciosos, sino por su franco carácter rabelaisiano.^[59] Ahora no le parecían graciosos, porque los veía de otra manera. No quería que estuviesen allí mientras Buck ocupara la casa. No quería que él los viera. No era que a ella la pareciesen mal, sino que eran una nota falsa que ofendía a su sentido de lo recto. Y Buck no comprendería por qué eran graciosos.

Mientras sus dedos trabajaban rápidamente soltando los alambres, pensó: «Al cabo de los años me estoy volviendo una gazmoña. Es lo más gracioso que he visto». Juró en silencio al romperse una uña. Sentía una excitación infantil. Bombay parecía muy distante, más distante que París, más distante que Nueva York o Minnesota, más distante que las estrellas... Al diablo las joyas, *Mrs. Trollope* y *Botlivala*. Pero al mismo tiempo, al pensar en *Botlivala* sintió que su rostro se enrojecía y el antiguo miedo se apoderó de ella. Al fin descolgó todos los cuadros y se preguntó dónde los escondería. No quería llevarlos abajo por no tropezarse con Buck cargada de cuadros de tal índole. En las habitaciones de arriba, mitad indias y mitad europeas, no había ningún sitio donde esconderlos con seguridad para que Buck no tropezara con ellos. Atravesó las cuatro habitaciones buscando

donde ocultarlos, pero sin éxito. Por fin encontró una pequeña escalera que conducía a la terraza; subió por ella y abrió la trampilla que había al final.

Toda la terraza era lisa; había dos catres indios de cuerdas iluminados por la luz de la luna, y en un rincón un gran cofre con una tapa que podía levantarse. Seguramente en este cofre se guardaban las mantas y sábanas para cuando se utilizaban las camas. Este era el sitio. Rápidamente bajó la escalera y subió los grabados en dos veces. Cuando los hubo colocado dentro, cerró la tapa y bajó otra vez al segundo piso. Entonces se sentó delante del elegante tocador de estilo francés para peinarse y arreglarse un poco.

Lo que vio en el espejo no era muy halagador. No era nuevo, y como todos los espejos de la India, había sufrido los estragos de la humedad durante los monzones y tenía manchas y puntos verdes. El rostro que reflejó estaba cansado y pálido, con grandes ojeras. Durante un largo rato lo contempló, pensando: «Bueno, rica, esta es la primera vez en tu vida que te veo así». No le echó la culpa al espejo ni buscó excusas por aquel aspecto que le hacía ser una desconocida. «Harás mejor en dar marcha atrás y descansar. Jamás te he visto con esta cara ni tan cansada como ahora. Si él te quiere con una cara así, ¡caramba!, es que debes de ser algo serio».

Rápida y en silencio reparó los estragos de las últimas veinticuatro horas lo mejor que pudo, y cuando terminó, examinó las dos habitaciones contiguas. No tenían un aspecto atractivo ni delicado, hasta parecían un poco descuidadas, y las suntuosas colchas de brocado rojo y los muebles dorados armonizaban mal con la intrincada y gélida pureza de las blancas paredes de mármol y las labradas celosías. Era extraño cómo lo indio y lo occidental no armonizaban en una misma habitación. Eran igual que el mismo Jelly: raro, desgraciado, atormentado; una mezcla de Oriente y Occidente.

Mirando este conjunto incongruente se le ocurrió que era raro que ella, una muchacha sueca, nacida en Minnesota, se encontrara en esta extraña y hermosa casa, a donde se había fugado con un hombre como Buck. Pero casi al momento pensó: «Puede que no sea tan raro, después de todo. Tal vez la vida no sea más que una repetición. Porque Buck se parece mucho a mi padre y a mi madre, más que ningún hombre de los que he conocido». Era sencillo como ellos, lleno de fe en la bondad, y se asombraba ante cualquier cosa que no fuese sencilla y buena. Este pensamiento la llenó de miedo; hasta tal punto se sentía irreal y tímida, cuando por fin bajó las escaleras para reunirse con él.

No estaba en la casa ni en la terraza de la fuentequilla. De momento pensó alarmada: «Tal vez ha huido»; pero en seguida le vio abajo, en el jardín, al borde del agua. Su alta silueta se destacaba en el sendero de luz que

formaba la luna menguante sobre la bahía. No fue hacia él, sino que permaneció junto a la fuente cantarina, sugestionada por la belleza de la noche y por el sentimiento que brotaba de su corazón a la vista de Buck. Paseaba arriba y abajo por el sendero, con las manos cruzadas a la espalda. Dos veces paseó a todo lo largo de la terraza antes de que ella bajase la escalinata para reunirse con él. Entonces Carol se apresuró, porque tuvo miedo de que el dolor se hubiese de nuevo apoderado de su cuerpo y de que estuviese paseando como un animal enjaulado para luchar contra él.

Buck no la vio hasta que dijo:

—¿Te encuentras bien, Buck?

Se volvió rápidamente hacia ella.

—Sí, Carol. Has tardado mucho.

—Estaba tratando de arreglarme la cara.

—No debes preocuparte por eso. A tu cara no le pasa nada.

—Pensé que estabas enfermo otra vez; paseando arriba y abajo de esa manera...

—No.

—¿Qué te ocurre? —preguntó, y casi al mismo momento se arrepintió de haberlo dicho. No era cosa suya, a no ser que él quisiera decírselo. ¿Iba camino de ser tan tonta como la mayoría de las mujeres enamoradas y tratar de posesionarse hasta de su cerebro y de su alma?

—Estaba pensando.

Casi se le escapó «¿En qué?»; pero se contuvo.

—Estaba pensando —continuó él— en que acaso no es sino necia vanidad por mi parte el creerme indispensable, y que los campesinos no podrían pasarse sin mí. No sería el primer necio de esa índole.

Carol no dijo nada por temor a decir lo contrario de lo que debía.

—Supongo —continuó— que si yo no volviera encontrarán otro para ocupar mi puesto.

De modo que esto era lo que estaba pensando: que Moti tenía razón, que él nunca se la podría llevar a Jellapore por lo que ella había sido. Estaba tratando de persuadirse de que todo lo que era, de que todo lo que había vivido no tenía importancia, por ella. Su instinto le dijo que debía andar con cuidado. Cualquier cosa que dijera ahora sería peligrosa. Podría ser una pequeña equivocación al principio lo que arruinara todo. A la luz de la luna vio la extraordinaria bondad que se reflejaba en su rostro y se sintió avergonzada de sí misma.

—No hablemos de eso ahora —dijo prudentemente—. Vamos a beber algo y a descansar en la terraza, sin hacer nada. (Todo aquello podía esperar. No era preciso decidir nada en aquel momento. Tiempo habría de hacerlo, por desgracia). —Sintió frío de repente, estremeciéndose al

escuchar el susurro de las palmeras bajo la luna.

—Para esto hemos venido aquí —dijo—, para descansar. Los dos lo necesitamos.

El mayordomo, cuyo nombre resultó ser Ezekiel, luciendo una complicada librea escarlata, les trajo de beber.

—Dile que se vaya a la cama, y a los otros criados también —dijo ella a Buck—. No los necesitamos.

—Es una buena idea.

Dijo a Ezekiel que se retirara, y un poco después le vieron bajar con los otros criados por el sendero, en dirección al pabellón de la servidumbre. En el jardín no se oía otro sonido que el murmullo de la fuente mongola, como un hilo de música que acompañase al lánguido batir de las olas en la playa, al pie del jardín. Carol cerró los ojos y dijo:

—¡Qué hermoso es esto! Parece algo de las «Mil y Una Noches».

A Buck podía decirle esto. Bill se hubiera reído de ella y le habría dicho que tenía la imaginación de una corista. Pero ¡al diablo con Bill! ¿No se vería nunca libre de él?

—¡Es hermoso! —dijo Buck—. La India es hermosa.

Por su voz comprendió cuánto amaba a la India; la India que ella no conocía, la India que sus ojos ciegos no habían visto nunca.

Después, durante largo tiempo, permanecieron allí tendidos bajo el cielo empolvado de estrellas, felices y en paz. El cansancio desapareció de Carol y cayó en ese estado de somnolencia en que todas las cosas parecen sencillas y claras, libres de toda complicación y falsedad. Y entonces comprendió que lo que le estaba sucediendo era bueno, mejor que nada de lo que había ocurrido antes o pudiera ocurrirle nunca. Perezosamente perdió la noción del tiempo. De improviso le oyó decir:

—Debes de estar cansada, Carol.

—Sí.

—Esto no es sano. Hay relente.

—Sí; no debe de ser bueno estarse aquí.

Se levantó y miró hacia el camino que trazaba la luz de la luna hasta la bahía. Era extraño que pudiera suceder esto en la casa de Jellapore, con su aureola de corrupción y depravación.

—Buck, ¿te gustaría venir a mi habitación? —dijo.

Le miró, y vio que sonreía.

—Sí —contestó Merrill.

No podía haber sucedido de otra manera. No podría haber sido de otra manera, desde el momento en que ella se volvió cuando le estaba enseñando las joyas a Tommy y a Alí, y le vio en pie, con aquella rara y clara luz en sus ojos azules. «Era hermoso, pensó, porque era inevitable».

Buck la rodeó con su brazo, y durante largo tiempo permanecieron al lado de la fuentecilla. El miedo había huido de los dos. Ya no existía ni el tiempo ni el espacio.

* * *

Durante quince días el mundo, fuera de Jai Mahal y su jardín, no existió. Fue una experiencia extraña, como un sueño, en el que los días y las noches se confundían y pasaban, perdidos en el tiempo. El desayuno, la comida y la cena aparecían y rápidamente eran retirados los restos; el sol se levantaba y se ponía y las explosiones de fantásticos colores tropicales que le acompañaban pasaban casi inadvertidas; no eran sino meros intermedios de un fantástico resplandor de dicha.

En medio de aquella extraña bruma de paz y logro tuvo lugar la extraña aventura de dos personas, un hombre y una mujer, explorando nuevos mundos del alma, del espíritu y del ser. Porque hasta que no habían venido a Jai Mahal no se habían conocido en realidad. Hasta entonces no fueron más que dos personas que buscaban a través de la niebla lo que por instinto sabían que era la paz y la dicha. Era el espectáculo, en el tiempo y en el espacio, de dos seres, entre los millones que pasan, unos cerca de los otros, atraídos de repente como dos partículas en la formación de un nuevo mundo. No se conocían más que como símbolos de algo que cada uno de ellos necesitaba violentamente, como el sediento ha menester de refrigerio y el hambriento necesita comida. Era lo que Moti, con el frío despego producto de un acendrado idealismo, tal vez había visto, sentado ante su microscopio y sus sueros; para él no habían sido ellos más que dos elementos en un teorema que había de ser desarrollado. Que él quisiera a Merrill y que hubiese llegado a experimentar por Carol una extraña y arbitraria simpatía, no le apartaba de su determinación de hacer uso de ellos para sus fantásticos sueños de regeneración de todo un pueblo, de toda una raza. Solo él, el científico puro, había comprendido lo que estaba ocurriendo y lo precipitó para sus propios fines.

Por eso, en el retiro irreal de la casa de mármol blanco, con el jardín de cocoteros y de palmeras de betel, los dos empezaron a conocerse; a conocer las incontables menudencias que formaban el átomo de humanidad llamado Buck Merrill, y el otro, una mujer conocida absurdamente como Carol Halma.

Ocurría durante la noche y en extraños e inesperados momentos durante el día, momentos en los que surgían entre ellos relámpagos de intimidad como a pocas personas les es dado experimentar; momentos en que Carol, temerosa y asustada por lo que estaba sucediendo, le encontraba

tranquilizándola, prodigándole su amabilidad, comunicándole su fortaleza, sanando las heridas de cuya existencia ella no se había dado cuenta hasta ahora; suavizando las durezas del espíritu y del alma que se habían formado en torno a la mujer conocida como Carol Halma. De cuando en cuando, en medio de su felicidad, pensaba; «No puede existir nadie tan bueno como Buck. Lo que está sucediendo no es verdad; es un sueño del que he de despertar». Su corazón le decía que esta extraña y sutil felicidad no era completa, porque no tenía base que le diera solidez y resistencia. Era algo que parecía existir separado de toda la sordidez de la vida corriente.

Pero lo que más la asombraba era su sencillez, su consideración; que cuando la tocaba, estaban sus caricias limpias del egoísmo, del deseo brutal que había encontrado en la mayoría de los hombres; solo había en sus caricias solicitud hacia ella, como si fuese una niña dolida y asustada. Había sido muy diferente con Bill, siempre atormentado por las complicaciones y misterios de su carácter. Con Bill el amor había sido una cosa agradable, pero trivial, que siempre dejaba su corazón y su cuerpo insatisfechos y hambrientos de la profundidad y de la belleza que su instinto la decía que debían existir, pero que ella no había conocido nunca. Con Buck descubrió lo que puede ser la ternura, su ternura, y también la ternura que la de él despertaba en las profundidades de su ser; la ternura que siempre estaba latente en ella y que le hacía ser amable con los desconocidos como *Mrs. Trollope* y la baronesa, y despreocupada con los imbéciles peligrosos como *Botlivala*; aquella misma ternura que al principio la había impulsado a ayudar a un desconocido que se encontraba desesperadamente enfermo en un coche del ferrocarril, cruzando el ardiente *Deccan*. Pero siempre la había conservado escondida por temor a ser herida, escudándola tras una armadura de risas, de buen humor y de trivialidad. Ahora ya no era necesario esconder este sentimiento; había logrado su realización. Era como si una parte de su ser, hasta ahora contraída y rígida, se viera libre de pronto y le fuese permitido expandirse y florecer.

En Buck había una especie de pureza, tal vez aquella «limpieza» que tanto ella como Bill percibían cuando estaban con él; esta pureza lo envolvía todo: a Carol, la casa, el jardín, destruyendo el ambiente de perversidad y recuerdos licenciosos que infestaban el lugar. Era la sensación de pureza y, por lo tanto, de «rectitud», lo que había hecho que el amor de Carol tuviese aquella profundidad y aquella riqueza que siempre buscó ella, pero que hasta ahora jamás encontró. A veces su corazón gritaba, triunfante: «Yo tenía razón. Tenía la certeza de que sería algo así».

Tímidamente había esperado esta pureza (la esperanza de hallarla hizo que ocultase los grabados franceses). Había anhelado esta pureza, no tanto para ella misma como para Buck. Se decía a sí misma: «Por mí no importa;

yo puedo soportarlo, pero para él tiene que ser así». Y así era: tan sencillo, tan bueno, tan limpio, como la misma Naturaleza.

Luego, cuando era más feliz, en aquellos momentos en que le parecían que era imposible que la vida pudiera ser tan rica, tan hermosa, una vocecilla gemía en su alma: «No puede durar. Tiene que acabar... y después, ¿qué?». Pero rápidamente la acallaba y huía de ella hacia aquel extraño mundo de felicidad.

En la completa realización de sus anhelos, su cuerpo se hizo más bello. Desapareció el cansancio y volvió el aspecto radiante. Hasta los criados llegaron a percibir la transformación. Como si fueran testigos de un espectáculo extraordinario que jamás habían visto y que no volverían a presenciar, sus voces se hicieron más suaves y el ruido de sus pasos más ligero, hasta que, al fin, no llegaron a ser más que leves sombras en aquel mundo de felicidad. Al volver su belleza y vitalidad, empezaron a creer lo mismo que habían creído las gentes de los montes de Jellapore: que debía de ser una diosa andando por la tierra. La adoraban, como Krishna, que la abandonó, la había adorado en otro tiempo. Para ellos, mientras andaba durante el día entre las palmeras o a lo largo de la terraza sobre el mar, no era una muchacha sueca, sino la diosa Sita, solo que su radiante belleza rubia era más maravillosa, mucho más hermosa que la de la cetrina esposa de Rama.

Para Buck, estos días estaban llenos de una triunfante y deslumbradora cualidad. Era como si hubiese nacido de nuevo; como si todo el cansancio, el disgusto y la enfermedad hubiesen desaparecido. Porque esto era algo que no había conocido ni sospechado nunca: que una mujer pudiera proporcionar una felicidad tan completa; que una mujer pudiera ser tan tierna; que pudiera proporcionar tanta delicia su cuerpo y tanto sosiego su espíritu. En su satisfacción, las dudas que le habían preocupado al principio se debilitaron y desaparecieron ante la brillante luz de lo que estaba sucediendo. Su felicidad, tanto de cuerpo como de espíritu, era tan grande y asombrosa, que todo, hasta las angustias de su conciencia por haber abandonado a su humilde grey, se desvanecieron. Las antiguas dudas desaparecieron porque su instinto decía: «Ninguna mujer como esta puede ser mala. Para hacer lo que ha hecho tiene que haber habido una razón. Cualquier cosa que haya hecho antes, ya no tiene importancia». Porque también él estaba deslumbrado.

A él no se le ocurría que aquello pudiera terminar. En su inocencia y en su optimismo, le parecía que continuaría así siempre, ya que no había razón para lo contrario. Pasado algún tiempo abandonarían Jai Mahal y se irían inmediatamente a Jellapore, y allí se casarían y continuarían así hasta el fin. No se decía esto con palabras, pero siempre hablaba como si no hubiera

peligros ni dudas. Hablaba de lo que harían y de la belleza de la selva; de los viajes, que se hacían a menudo en carretas de bueyes, entre las aldeas donde no había caminos. Describía la casita que era su cuartel general, con su jardín, y la ancha escalinata que llegaba hasta el río. A Carol le gustaría todo aquello. Era un lugar maravilloso, y en el invierno el clima era también agradable, porque la casa estaba en la parte montañosa del país, donde los días son gratamente cálidos y frescas las noches.

Tendida en la playa, o en la terraza, junto a la fuentecilla, ella le escuchaba sin decir nunca nada, envuelta en la felicidad y en la delicia del sonido de su voz y de la mirada de sus claros ojos azules. Era una mirada que a veces le daba ganas de llorar. Ella no le decía que estaba cegado, y que el éxtasis no continuaría indefinidamente. No le decía que cuando volviese a Jellapore lo haría solo. Apartaba de sí estos pensamientos, diciéndose: «Basta con que ahora seamos felices». Pero había momentos en que, encantada por su amor y su entusiasmo, creía en la historia del porvenir que con tal inocencia y tanta fe le describía Buck. Algunas veces se permitía pensar: «Quizá pueda ser. ¿Por qué no? ¿Qué lo impide?». Porque en su vigor y en su felicidad había momentos en los que nada parecía imposible; momentos en que pensaba: «Soy una mujer distinta. Lo único que necesito es que él esté conmigo. Lo demás no me importa ni me importará. ¡Le quiero tanto!». No podía pensar en lo que sería despertar, andar por las calles, oír a los pájaros, sentir el calor del sol sobre su cuerpo, si él no estaba a su lado. Y un día pensó que en Jai Mahal ellos eran semejantes a Adán y Eva en el Paraíso antes de que el pecado entrase en el mundo. «Ha debido ser así — pensó— y es Buck quien hace que lo sea».

Para él solo había una sombra que le asaltaba algunas veces en la noche, cuando, por algún tiempo, un vestigio del antiguo dolor le despertaba y no le permitía conciliar el sueño. Era el recuerdo de su esposa difunta, que le conmovía ahora con tanta piedad como remordimiento: de que ella hubiese sido como fue; de que ella ignorase la belleza y el esplendor de lo que pudiera haber sido. Porque ahora veía que ella había muerto, consumida y desgraciada, sin haber llegado a vivir, sin haber llegado a conocer lo que era amar ni aun las pequeñas cosas como el canto de un pájaro o la música del agua. Nunca supo lo que era la ternura, porque siempre la apartó de sí, voluntariamente, casi con rudeza.

Alguna de las veces, en la oscuridad, se reprochaba sabiendo ahora que nunca le había dado amor, sino que lo que le había acercado a ella era el deseo de su cuerpo saludable, ignorante de lo que podía ser el amor. En la oscuridad sentía horror y náuseas al recordar el frío y desgraciado matrimonio, el horror físico de un hombre sano ante la monstruosidad de un acto de depravación a sangre fría. Sin embargo, de aquello, milagrosamente,

había venido Tommy, que se encontraba ahora al cuidado del Dr. Snodgrass, en algún lugar del Mediterráneo. No, pasase lo que pasase, Tommy no debería caer nunca en el error en que cayó su padre y que casi había arruinado su vida. Cuando Tommy fuera un hombre debería elegir a alguien semejante a Carol.

La esposa difunta volvía una y otra vez, triste, egoísta, digna de lástima, envuelta siempre en la sombra de su mutua infelicidad.

A medida que pasaban los días, el dolor físico volvía con menos frecuencia, y cada vez con menor intensidad. Ahora no importaba, puesto que Carol estaba siempre allí, a su lado, para alejarlo con el contacto de sus manos. A medida que el dolor iba desapareciendo, el cuerpo empezó a cambiar; los músculos se robustecían de nuevo, se redondeaban, perdiendo aquella tensión nudosa que a veces se hacía dolorosa. Dormía otra vez, después de muchos meses, tranquilamente, no con el sueño del agotamiento, sino de descanso y de paz. Y muy hondo, en lo profundo de su ser, sentía latir la antigua vitalidad que empezaba de nuevo a arder con la antigua fogosidad. Y al volver, llegó con ella la vieja inquietud, el ansia de trabajo lentamente al principio, mostrándose como un deseo de actividad física. Se veía obligado a nadar enérgicamente, alejándose buen trecho de la playa, en el agua tibia y fangosa, y a dar largos paseos con Carol por la costa, más allá de la larga hilera de casas fantásticas que bordeaban el agua. Por primera vez se daba cuenta de la tiranía del cuerpo, que en la debilidad y en el dolor puede destruir todo aquello que se quiere realizar, pero que, fuerte y saludable, permite mover montañas y realizar milagros. Porque él no era un santo neurótico; su fe y su fuerza no provenían de enfermedad o de una mente desequilibrada. Era un hombre normal, a quien la debilidad física no producía visiones, sino desesperación.

A medida que iba fortaleciéndose su espíritu, pensaba con frecuencia en el pequeño y curioso Moti y en todas sus teorías realistas. Tal vez Moti, el hombre de ciencia, tuviese razón: no debe abusarse del cuerpo, pero es necesario darle lo que necesita para realizar lo que el espíritu trata de conseguir. Moti creía que el cuerpo era solo una máquina a la que hay que utilizar. Por tanto, había que mantenerla engrasada, limpia y brillante, como toda máquina bien tratada debe conservarse.

Y con ímpetu creciente empezó a sentirse inquieto, a pensar de nuevo en el pueblo indio, preocupándose de si lo que él había empezado se encontraba en peligro con su ausencia. Conocía bien a sus indígenas, y sabía que si él no estaba allí, entre ellos, empezarían a retroceder, no por su deseo, sino por la debilidad de sus cuerpos medio consumidos por el paludismo. Necesitaba estar allí para guiarlos hasta que llegase el día en que pudiesen valerse por sí mismos. Porque él sabía que esto era posible que

sucediese. Él mismo había realizado el milagro.

Carol, sin hablar nunca de ello, veía el cambio que se estaba operando en él. Día tras día se daba cuenta de que la palidez amarillenta iba desapareciendo y que el color volvía a su cansado rostro. Veía su espíritu elevarse y sentía la corriente de su creciente vitalidad. El espectáculo la llenaba de gozo, y al mismo tiempo, de temor. Ella estaba realizando la cura, pero cada día que pasaba hacía que el fin estuviese más próximo, más cerca el momento en que el coronel Moti había de decir que ya no era necesaria; que debía desaparecer. Algunas veces se sentía como una mujer condenada, esperando con horror el momento de su ejecución. Y otras veces, en secreto, se rebelaba, pensando: «¿Por qué he de irme? ¿Por qué he de renunciar a él?». Pero sabía, en el fondo de su corazón, que la bifurcación de sus caminos estaba ya cerca; que día a día, hora a hora, se aproximaban a ella. La creciente inquietud la asustaba, y las cosas, a veces insignificantes, que él decía mostraban hasta qué punto sus pensamientos habían cambiado. Hasta hubo momentos en que se sintió brutalmente celosa de aquellos miserables y lejanos seres, quienes, de no ser por esto, jamás hubieran existido para ella.

—Me parece que deberíamos ir a ver cómo está Alí —dijo él una mañana.

—Sí —contestó ella rápidamente—; hace mucho tiempo que no le ves.

Tuvo miedo de repente, pero se repuso para buscar a Ezekiel y ordenarle que fuese a buscar un taxi para ir al Instituto.

Conseguir un taxi en Juhu no era cosa fácil. Había que enviar a un muchacho a Bombay para tomarlo allí. El chico partió inmediatamente en una bicicleta; pero antes de que hubiese regresado se presentó otro muchacho con una carta del Instituto, dirigida a Buck. Con temor en el corazón le vio Carol romper el sobre y leerla. Le vio sonreír y dar al muchacho una rupia, al mismo tiempo que le decía algo en hindú.

Así que el muchacho se hubo marchado, se volvió hacia ella y le dijo:

—Son buenas noticias.

—Me alegro —dijo ella, pero pensó: «¡Buenas noticias! Quizá para él, pero no para mí».

—Van a levantarle el vendaje de los ojos a Alí esta tarde —dijo él—. Dice que Alí quiere que yo esté allí.

—Tendrás que ir.

—Y dice que la Universidad de Aligarh y el Gobierno tienen la intención de recompensar mi trabajo en las aldeas.

—Eso es magnífico, Buck.

Trató de ocultar el miedo que denotaba su voz, pero él la conocía demasiado bien para engañarse, y rodeándole los hombros, preguntó:

—¿Qué te pasa?

—No me pasa nada. Me alegro; eso es todo. Ya era hora de que se acordasen de ti.

Él le dio la nota de Moti, diciéndole:

—Lee, querida. Lo que es mío es tuyo.

La leyó. Sus ojos recorrían línea tras línea, hasta que descubrió que había algo más de lo que él le había dicho. Al final había una o dos frases sencillas:

«El *dewan* me encarga que te diga que el cólera ha hecho su aparición en las aldeas. No es grave aún, y su departamento de sanidad está haciendo todo lo necesario. Te anima a que continúes tus vacaciones».

—¿Por qué no me has dicho esto... del cólera? —dijo Carol mirando a Buck.

—No tiene importancia; siempre aparecen algunos focos de cólera de cuando en cuando.

—El *dewan* no te hubiese escrito si no lo creyese serio.

—No te preocupes. Si la cosa se pone peor, podemos irnos en seguida a Jellapore.

Ella entonces puso un pretexto para dejarle, diciendo que deseaba cambiar de blusa antes de que llegara el taxi. Se ausentó porque tenía que «hacer planes» otra vez. Mientras estaba leyendo la carta de Moti le vino un extraño pensamiento: la carta en sí no era nada, pero podía serlo todo.

Estaba intrigada por dos cosas: que Buck recibiese la noticia del cólera tan despreocupadamente, y que desde que estaban juntos parecía haberse olvidado por completo de Alí y de su ceguera, como si el muchacho no significase nada para él. En medio de su felicidad casi no se había dado cuenta de que Buck parecía no acordarse de Alí. Ahora, con las noticias del *dewan*, el hecho adquiriría importancia. Tal vez iba a suceder lo que Bill había sugerido: que ella acabaría por destruir a Buck, por cambiarle, haciéndole olvidar todo lo que él era, simplemente por su amor a ella, no para siempre, sino hasta el día en que, despertando, descubriese lo que le había sucedido y echase sobre ella la culpa de la tragedia. Posiblemente esto no era más que el principio de lo que había de seguir. Acaso fuera mejor marcharse ahora y dejarle, antes de que fuese demasiado tarde y hasta el recuerdo de la belleza se destruyese.

Pero rebelándose, pensó: «¡No, no puedo! ¡No haré eso! ¿Por qué he de hacerlo? Iré con él a Jellapore. No volveré a ver más ni a Jelly ni a su hermano. Estaré en las aldeas y no iré nunca a la capital». Eso tampoco sería fácil, porque para hacer una cosa así sería preciso que estuviesen casados, y ahora, con la carta de Moti, comprendía lo que no había llegado a entender antes claramente: que Buck era, en cierto modo, un personaje. Si el Gobierno inglés y una gran Universidad india iban a tomar en consideración

su trabajo, eso quería decir que en el mundo él era alguien; una personalidad destacada, una celebridad. El matrimonio de un hombre así era un asunto de importancia.

Todo era como había dicho el coronel Moti aquella noche, sentado en la habitación de Bill, junto al cubo de champán entibiado. Era imposible: por mucho que ella amase a Buck, todo terminaría en desastre y en desdicha. Y Buck, en su inocencia, no lo veía. No veía que cuando fuese a Delhi tendría que ir solo al palacio del virrey y a todas las demás comidas de protocolo porque no podría llevar a su esposa, que había sido tratada como una mujerzuela en el bar del Taj Mahal por un pervertido y mal educado *parsi*.

En medio del sofocante calor se estremeció. Quizá todo había terminado. Tal vez no volvieran ya más a Jai Mahal. Posiblemente Moti juzgaría que la cura ya estaba realizada y la mandase quitarse de en medio. Y ella no tendría más recurso que obedecer, pues la única alternativa era la de quedarse y destrozar a Buck y el trabajo de toda su vida. Procuró convencerse de que eran sus presentimientos producto de la histeria y que nada importaba sino el amor que se tenían. Mas había vivido demasiado tiempo en un mundo demasiado cruel para lograr engañarse. Podía el amor, bien lo sabía ella, destruirse a sí mismo cuando devenía el único objetivo de una vida. Podía un amor semejante vivificar a una mujer, pero era inevitablemente la muerte de un hombre, sobre todo de un hombre como Buck.

«Tengo que dominarme y bajar —pensó—, o sospechará que algo ocurre». Luego se dijo repentinamente: «¡Si Bill estuviera cerca!». Bill, no obstante su ligereza, tenía un exacto sentido de la proporción, acaso destilado de su propia trivialidad, de su experiencia y de su cinismo. Bill la hubiera ayudado a enfocar el asunto sensatamente, pues sabía Carol que su conducta estaba lejos de ser sensata. Ni su agudeza ni su sentido común parecían existir ya. «Soy la mujer más imbécil del mundo —se dijo—. No se me ha ocurrido nada mejor que enamorarme».

Al cabo de un rato vino el taxi, conducido por un *sikh* de ojos de loco. Ezekiel les acompañó hasta la verja y preguntó a Buck en hindú a qué hora volverían. Buck le respondió, y luego dijo, volviéndose hacia Carol:

—Le he dicho que volveremos esta noche. ¿Te parece bien?

—Sí.

Mas en el fondo de su corazón no lo creía. Tenía miedo.

* * *

El muchachito, Alí, permanecía en la oscurecida habitación contigua a la

en que dormía Indira Moti. Allí sentado se pasaba las horas muertas, día tras día, en completa quietud, con el conejillo de Indias acurrucado junto a su desnuda pierna bronceada.

La mujer de Moti, ligera y silenciosa como el soplo del viento en la noche, asomaba a la puerta docenas de veces para mirarle, y allí se quedaba minutos seguidos discurriendo, tratando de descubrir el íntimo laborar de la cabeza y del corazón del chiquillo. La desconcertaba su propia incapacidad de comprenderle con la rápida intuición con que casi siempre sabía comprender a otras personas. Se hacía cargo de la dificultad de su empeño, porque ahora se trataba de un asiático, que, por serlo, no ofrecía la transparencia espiritual de un europeo; pero, aparte de ello, había entre los dos otra barrera aún más insuperable. Él era mahometano y ella bengalí; y una larga experiencia le había enseñado que había pocas gentes en el mundo entre las que la diferenciación fuese más profunda. Tanta, que hacía recordar la vieja historia del ateniense y del espartano.

Sabía ella del orgullo que latía en la pequeñez de aquel cuerpo, orgullo nacido de su conciencia de pertenecer a la nación del poderoso Akbar, y sabía de su estoicismo racial, que era cosa tan distinta de la indiferencia y de la resignación de los indostanos aborígenes. Sabía de su capacidad de afecto apasionado, que muy raramente se da entre los indostanos; afecto y lealtad tan ardientes que, en su raza, podían llegar a desbordar el cauce normal de la amistad humana. Bien sabía ella que el sentimiento que Buck inspiraba al muchacho era de afecto fortalecido por esa misma vehemencia cordial. No era otra la razón por la que, según pasaba día tras día sin que Buck viniese a verle, el muchacho se guarecía en su propia quietud, cada vez más obstinada, sentado en la oscuridad que le circundaba, en inmovilidad absoluta durante horas seguidas. Como si algo en su interior, acaso su niñez, muriese paulatinamente.

Y por ello se había sentido inquieta, ideando el mejor medio de abordar aquella tristeza; en qué forma urdir una explicación para que, si la herida hubiere de quedar abierta, a lo menos le fuera posible suavizar el dolor de producirla. Mas, por primera vez en su vida, fallaban su discreción y su delicadeza, y sentíase impotente para consolar al niño. Por lo mismo que no tenía hijos, todo su instinto maternal se había concentrado en él. Sentía que no podría hacerle comprender qué era lo que le pasaba a su amigo Buck. Tendría que ponerle en antecedentes de tantas cosas pretéritas, del ambiente de rígida moral calvinista en que Buck se había formado, la trágica equivocación de su matrimonio, desnudo de amor y de ilusión. Tendría que hacer visible al niño aquella cosa increíble y aun terrorífica que le sucedía a su amigo, la peripecia del hombre que súbitamente se transforma de verdad en hombre y ha de sufrir la emoción abrumadora inherente a ese proceso

espiritual. Ciertamente, la bondadosa e intuitiva mujercita podía a veces maniobrar con método tan científico como su mismo famoso marido, pero ello de poco podía servirle cuando se trataba de explicar al pequeño vástago de un guardián de elefantes las causas por las que su amigo Buck le había olvidado. Imposible departir con Alí sobre misterios glandulares. Imposible reconstruir en beneficio de Alí la arquitectura de una civilización, tan dispar de la suya, que hasta podía llegar a producir un Buck Merrill. Imposible convencer a un mahometano —aunque fuese un niño mahometano— de que una mujer pudiera ser para un hombre el principio y el fin de la existencia.

Trataba, como mejor sabía, de animar al niño en aquellas interminables horas de oscuridad, con distracciones y alegrías, pero tenía que admitir como evidente la futilidad de todos sus esfuerzos. Sabía que ni ella ni su brusco marido tenían la menor influencia en el pensamiento del pequeño. Para él solo existía Buck, que lo había llevado a su casa desde el montón de paja de la cuadra de elefantes, lo había tratado como a su propio hijo y había buscado un gran especialista para intentar curarle la ceguera.

Era este aislamiento del niño lo que la atemorizaba; este cerrarse en sí mismo en renuncia a todo contacto con el mundo, solo despierto a la herida de su propio corazón.

Al principio preguntaba día tras día: «¿Cuándo viene *sahib* Buck?». Pero después había dejado de preguntar y se contentaba con estar allí sentado, esperando lo que acaso no volvería nunca más. Y poco a poco —ella se daba cuenta— todo su afecto iba concentrándose en el conejillo de Indias, que se pasaba todo el día quieto al resguardo de la desnuda pierna morena.

Y por eso, en recurso desesperado, para animarle, le había dicho: «Pronto regresará *sahib* Buck». Era como un mendrugo que por misericordia le arrojase, pero era lo único que se le ocurría; y, además, podía fundarse en aquella dilatada sabiduría que asomaba a sus grandes ojos grises, para creer ella misma que así sucedería. Un día había de llegar en que la intensidad de aquel vibrar de la vida se amortiguaría un tanto y Buck comenzaría a recordar lo que había sido y todas las cosas que había hecho antes de que aquella encantadora mujer rubia viniese a alterar su existencia entera. Un día había de llegar —estaba cierta— en que la vehemencia del sentimiento de la libertad recobrada y su belleza se suavizarían en la sencillez de lo cotidiano, tan indefectible como el nacer y el morir del sol, y entonces volvería a ser el Buck de siempre, que ya no se sentiría enfermo, fracasado e infeliz.

Poco después del mediodía, a la hora del calor intolerable, el mandadero regresó de Jai Mahal con noticias de Buck, y tan pronto como se enteró de ellas, Indira Moti entró en la oscura habitación. Suave y silenciosa, dirigióse al muchacho, y con la mano puesta sobre la cabeza infantil, díjole:

—Alí, hoy vendrá *sahib* Buck.

El pequeño permaneció callado, y solo al cabo de un rato preguntó:

—¿Cuándo?

—Tardará solo el tiempo que emplee en venir.

—¿Está lejos?

—No muy lejos.

Sintió bajo la mano las sacudidas del cuerpecillo, y comprendió que Alí lloraba, silenciosamente, sin una lágrima, como debían llorar los hijos de los guardianes de los elefantes de guerra de Akbar. Y en aquel momento pudo sondear la profundidad del terror infantil, del miedo a la soledad en que lo habían dejado.

Retiró rápida la mano, temerosa de que el rapaz se avergonzase si pensaba que ella se había dado cuenta de que sollozaba.

—En cuanto venga te lo diré —le dijo—. Y nos reuniremos todos para celebrar su llegada.

Y se marchó para que llorase en libertad, como el chiquillo que era.

Nada le dijo de que se aproximaba el momento de levantarle la venda y de que aquella misma tarde habría de saber si había recobrado la vista o si tendría que pasar en tinieblas el resto de su vida. No se lo dijo porque quería que ello se realizase como si fuese un incidente ordinario, sin más importancia que la de quitar el dedil de un dedo lastimado. Si la operación había fracasado, la decepción del niño no se habría agravado con ningún preparativo. En los primeros días ni decepción habría, porque *sahib* Buck había vuelto.

* * *

Bajo la bochornosa temperatura, en el largo trayecto desde Juhu hasta el Instituto de Enfermedades Tropicales, Carol se sentía atormentada por las dudas que la carta de Moti le había sugerido. Pugnaba contra su propio pensamiento, contra su interior agonía, contra la certidumbre que la había ganado de que, al cerrar en pos de sí el portillo de Jai Mahal, habían abandonado el Paraíso, acaso para siempre. Aquello, estaba segura, no podía perdurar toda la vida, e iba pensando: «Ya ha sido buena suerte haberlo vivido, aunque haya sido tan poco tiempo. La mayoría de las mujeres ni sueñan que una cosa así sea posible».

En el ahogo del calor y el polvo sentíase perpleja, sin saber qué haría en adelante. Si no volvían a Jai Mahal, y aun si volviesen después de haberlo dejado una vez, las cosas no serían lo mismo. Habría algo de Buck, una parte de su ser, que se le escaparía. Nunca más lo tendría todo él para sí, de

la manera como las mujeres quieren tener siempre a los hombres.

Sentada a su lado, mientras con ocurrencias banales trataba de ocultarle sus inquietudes, percibía todos los pequeños detalles que la persuadían de que se le escapaba, de que él no podía resistir la atracción de su propia vida. Se lo notaba en aquella luz nueva de su mirada, una mirada que nada tenía que ver con ella; en el cambio de la voz, en las observaciones que de vez en cuando hacía acerca del futuro y de su obra. Ya lo sentía separado de ella, en una distante lejanía, en un mundo donde no había sitio para ella. Con la salud recobrada, recobraba la energía, y con la energía, toda la pasión por su obra y por la labor creadora que le era más cara que su propia vida. Para él no era doloroso haber cerrado el portillo de Jai Mahal, porque ni siquiera pensaba en ello. «Probablemente son así todos los hombres que merecen la pena», pensó con encono amargo. Y luego: «Y además, si esto fuera a terminar bien, tendría que convertirme en una muchacha a la antigua». Pero esta idea no la apesadumbraba. Después de todo, no era otra cosa lo que anhelaba. El motivo de su inquietud era la ignorancia del camino que el destino le tuviera reservado.

Su discurrir se vio cortado por la preocupación que le ocasionaba el conductor del taxi. Era un conductor salvaje, el más peligroso de los conductores salvajes que había encontrado en todo el Este. El automóvil, a lo que parece, produce un frenético aturdimiento en los *coolies* orientales; intoxican sus almas esclavizadas, ávidas y maltrechas, el sentir bajo los dedos del pie descalzo la energía de un motor poderoso, capaz de tremenda velocidad, del cual se sienten dueños absolutos. Desde el momento en que empiezan a girar las ruedas, el *coolie* se convierte en un dictador, el alma se le desborda en ansia de liberación y embriaguez de poder. El chofer que los conducía guiaba como un poseso, a máxima velocidad, sin la menor precaución en las curvas, irrumpiendo entre el gentío, sorteando como una exhalación otros coches en los cruces. Durante largo rato, Carol, violentándose, permaneció silenciosa, hasta que no pudo resistir más y gritó:

—Buck, dile que vaya más despacio. Acabará por matar a alguien.

Buck sonrió.

—Le gusta —dijo—; la velocidad libera su alma. Nada de cuanto conoce puede hacer por él otro tanto.

Se inclinó hacia adelante, y en lengua indostánica reconvino al hombre, quien aminoró la marcha de cincuenta a cuarenta millas al pasar por las calles atestadas del barrio fabril, no sin que una y otra vez hubiera que recordarle que fuera despacio. Los dedos nerviosos de sus pies descalzos, a lo que parecía, no le obedecían ni a él mismo.

Indira estaba de pie en la galería cuando el taxi entró en el patio del *bungalow*. Se sonrió al verlos, porque verlos la alegraba; pero, según

sonreía, la pronta percepción de sus ojos oscuros le hizo ver algo más que la materialidad de los cuerpos. Vio de un golpe todo cuanto les había acontecido; vio en los ojos de Buck luz de vida nueva; se percató de la ligereza de su paso, que hacía años que había perdido; vio la felicidad que iluminaba los ojos de Carol, y la embargó la súbita angustia de pensar que hubiera necesidad de lastimar a un ser tan bello, tan feliz.

Al saludarles, le dijo a Buck:

—Alí está enterado de que iba usted a venir. No le he dicho nada acerca de la venda. He pensado que lo mejor será que Moti se la quite, y así, si nuestra esperanza no se realiza, será menor la pena del niño por el hecho de tenerle a usted aquí.

En aquel momento, emergiendo de la sombra del *bungalow*, apareció el coronel para saludarles; y Carol, aunque se sentía amedrentada por su sola presencia, pues en él veía el símbolo de cuanto podía serle adverso, experimentó súbita alegría y con ella vino de nuevo el convencimiento de su afecto hacia aquel hombre que tanto quería a Buck y, aún más que a Buck, a la verdad y a la pureza. Sentía, sin que ella misma se explicase el porqué, que podía confiar en aquel hombre; presentía que cualquiera que fuese el giro de las cosas, aquellos dos indostanos —Indira Moti y su marido — siempre estarían allí, dos rocas en el centro de todos los acontecimientos. A la vista de ambos, de nuevo la invadió la inexplicable sensación de paz y de firmeza. Anhelaba con desesperación que la amasen como amaban a Buck, pero era aún más grande su deseo de que la respetasen y creyesen en ella. Tal como estaban las cosas, Moti debiera ser su enemigo, pero, fuera la que fuese la razón, no lo era.

También observó la satisfacción que resplandecía en sus ojos al ver que Buck se hallaba bueno y fuerte, y pensó, al mismo tiempo, que ella, en cambio, no significaba nada a los ojos de Moti. Y otra vez la asaltó la idea: «Debería odiarlo, pero no puedo. Es superior a cualquiera de nosotros».

Moti sugirió que fuesen en seguida a ver a Alí, y calladamente penetraron en la oscuridad de la habitación donde estaba el muchacho, inmóvil, y con el conejillo de Indias acurrucado a su lado. Al verlo, Buck tuvo el impulso de dirigirse a él, pero el coronel lo detuvo con una indicación de la mano, y le dijo:

—Espera.

Y entonces, mientras los demás observaban, Moti se dirigió al muchacho y le habló:

—Vamos a quitarte la venda, Alí. El doctor dice que ya podemos hacerlo.

El muchacho volvió hacia él la cabeza, pero no preguntó: «¿Podré ver?».

Solo dijo:

—¿Ha venido *sahib* Buck?

—Está en camino. Ya pronto llegará.

Y con un movimiento rápido de sus dedos expertos desató el vendaje y lo desenrolló. Carol, en ansiosa expectación, contenía el aliento, como si ella misma fuese el paciente. Todo se decidiría en un instante. O la posibilidad de ver se revelaría en el acto, si entonces le era posible ver un poquito, o quedaría ciego para siempre.

La habitación estaba casi en la oscuridad. La luz entraba solamente a través de las persianas y de la puerta que conducía a otra habitación interior del *bungalow*. Todos permanecieron callados. Ni siquiera se oía el ruido de las respiraciones.

Alí, que, a uso oriental, estaba sentado con las piernas cruzadas, quedó con la mirada indecisa, perdida, dirigida al frente; después, a modo de un muñeco automático, volvió la cabeza a la derecha y luego a la izquierda, como si pretendiera buscar la luz. Dos veces hizo el mismo movimiento hacia la derecha y hacia la izquierda, mientras todos aguardaban, y Carol sintió que la mano de Buck se deslizaba en la suya y notó su estremecimiento. En el lento girar de la cabeza, los ojos del muchacho tropezaron con la figura de Buck, cuya silueta se destacaba frente a ellos sobre el fondo de tenue luz de la puerta. La cabeza se detuvo en su oscilar, la mirada se centró en aquel punto, las cruzadas piernas desnudas se extendieron y la sonrisa se dibujó en el infantil rostro moreno. Nunca Carol había visto una sonrisa semejante; era una sonrisa de adoración, como si al abrir los ojos el hijo del *mahout* hubiese contemplado, erecta ante él, la figura del mismo Alá.

Carol oyó la voz vehemente del coronel Moti, que decía:

—¡Sí ve, sí ve!

Y vio al muchacho levantarse del diván y cruzar la desamueblada estancia en frenética carrera hacia ellos. Fuese derecho a Buck, y abrazándole por la cintura apretó la cara contra su magro estómago, mientras decía con voz graciosa y entrecortada:

—¡*Sahib* Buck! ¡*Sahib* Buck!

Sintió la mano de Buck soltar la suya y le vio arrodillarse y estrechar en sus brazos al hijo del *mahout*, atrayéndole con fuerza contra su propio corpachón y apretando el moreno rostro contra su mejilla. Carol entonces volvió con presteza la cara, porque estaba llorando. Por qué, ella misma no lo sabía, pues era por muchas razones: por el muchachito y el milagro que le había sobrevenido; por aquella extraña bondad de los Moti, imbuida de misticismo; pero, sobre todo, por Buck. Nunca le había querido tanto. Tanto le quería, que ahora, en aquella luz de penumbra, no se atrevía a mirarle por miedo de descubrir a miradas ajenas lo que había en su corazón. Y pensó: «Nunca podría hacerle del todo mío, nunca, en ninguna circunstancia. Ni siquiera, por mí, sería capaz de separarse de ese muchachito». Ahora

comprendía ella aquel afecto vehemente, apasionado, de Moti. Porque el muchacho era como un símbolo de los dolientes y sufridos campesinos de la India, tan necesitados de Buck, que les entendía y podía ayudarles.

Oyó de nuevo la voz del muchacho:

—¡*Sahib* Buck! ¡*Sahib* Buck!

Y en seguida, largos y atropellados párrafos en lengua indostánica. No entendía las palabras, pero adivinaba su sentido: que otra vez irían juntos a Jellapore, y que ahora podría él aprender a guiar el elefante del *maharajah*. Y oyó también a Buck que interpretaba:

—Quiere que yo le escriba a Tommy para decirle que ya ha recobrado la vista y que cuando Tommy regrese podrán jugar juntos como antes. Llevará a Tommy al *philkana* y le enseñará a guiar al elefante.

Cruzó el muchacho entonces la habitación, esta vez con cierta vacilación al andar, y cogió el conejo de Indias, que durante todo este tiempo había permanecido tranquilo en el diván. Se lo trajo a Buck y lo levantó en las manos para que lo viese y lo admirase.

—El conejillo —dijo *Mrs. Moti*— fue su mejor amigo mientras estuvo usted ausente.

Buck se rio.

Tendremos que buscarle un marido o una mujer, lo que le corresponda, cuando volvamos a Jellapore. No hay que oponerse a la naturaleza, no puede ser que malogre su existencia.

Mister Moti interrumpió:

—Podíamos tomar una taza de té. Haré que nos la traigan aquí, y así Alí no tendrá que separarse de Buck ni un minuto. Todavía no puede salir donde haya una luz fuerte.

Sentóse Buck en el diván, y el muchacho se le arrimó, y, de pie entre sus piernas, puso con gesto infantil el brazo sobre los anchos hombros de aquel amigo tan grande. Y seguro ya de la compañía de Buck, empezó a interesarse en el milagro de su vista recobrada. Curioseó en una dirección, luego en otra, y los ojos, débiles, cansados, se detenían en el sonriente Moti, en Carol. Un buen rato se quedó mirando a Carol, y en seguida le dijo algo a Buck, que rio y le contestó.

Buck explicó:

—Quería saber si tú eres la reina que tenía todos los tesoros. Y me ha dicho que ya sabía que eras guapa, pero que eres mucho más guapa de lo que se había figurado. Dice que eres la mujer más guapa que ha visto en su vida. Ya le he dicho que esa es también mi opinión.

De nuevo el muchacho dijo algo, a lo que Buck contestó en indostánico, y después tradujo:

—Dice que ya sabe que no está permitido por la buena educación, pero

que si le dejas que esté mirándote un rato muy largo. Yo le dije que ya tendrá bastante tiempo de mirarte, porque vas a volver a Jellapore a vivir con nosotros.

Aquello la desconcertó. Le faltó poco para gritar: «No le digas eso, porque no es verdad. ¡Yo no puedo volver a Jellapore!». Pero se quedó callada, e inmediatamente comprendió la razón oculta de palabras tan sencillas. No pretendían solamente indicarle a ella el propósito que él abrigaba. No iban dirigidas a ella, sino a Moti. Con ellas quería indicarle a Moti que no le toleraría órdenes ni interferencias. Así lo comprendió de repente, y dijo para sí: «¡Oh, Buck, vida y corazón míos! ¡Cuánto más sabes que todo lo que das a entender que sabes!». Y entonces recapacitó con un súbito sacudimiento de alegría, que porque Moti era famoso, con una personalidad tan brillante y admirada, siempre la había intimidado y la había hecho creerse una niña pequeña, que necesariamente tenía que seguir sus instrucciones y obedecerle. Y se le ocurrió que también Buck era víctima de la misma influencia, y que por ello había permitido que Moti inspirase a los dos el mismo terror. Carol empezó a ver con claridad cómo el coronel obtenía siempre lo que quería, cómo lograba el cumplimiento de todos sus propósitos. Pero Buck no era tonto. Muy verosímilmente era más sabio que cualquiera de todos ellos, aún más que Moti mismo, porque era más afectuoso, aunque tal vez no fuese tan listo como la mujer de Moti.

Fue entonces servido el té, y al poco rato dijo Moti, dirigiéndose a Buck:

—He recibido otro telegrama del *dewan*. La epidemia de cólera tiene más importancia que lo que se pensó al principio. Me apremia para que te diga que, en el caso de que adquiera mayor incremento, te necesitarían.

—Me parece bien —dijo Buck—; me gustaría reintegrarme a mi trabajo. Probablemente lo mejor será que regresemos inmediatamente.

Apenas acabaron de tomar el té, Indira Moti le dijo a Buck de repente:

—¿Podría usted venir a mi habitación un minuto? Tenemos que ver unas cuentas referentes a las cosas de Jellapore.

Carol entendió lo que la invitación significaba. «Esto es que Moti quiere hablarme a solas», pensó. «Ahora va a ser ella».

Buck apartó a Alí con unas palabras, y este volvió a su diván con el conejillo de indias en brazos. Buck y *Mrs.* Moti salieron, y Moti dijo:

—Es admirable lo de Buck, ¿verdad?

—Sí, repuso Carol, sin estar muy segura de lo que el coronel quería decir.

—Siempre ha sido un gran hombre, pero hay que congratularse de que lo reconozcan a tiempo, cuando todavía es joven. La Universidad va a otorgarle un título *honoris causa* y el Gobierno se propone concederle un título de nobleza y, probablemente, un sueldo. Que no vendrá mal. ¿Cree usted que está satisfecho con todo esto?

Si se hubiera atrevido a expresar la verdad, tal como la entendía, habría replicado: «Creo que todo eso no le importa un comino». Pero todavía sentía cortedad ante el coronel Moti, y se limitó a decir:

—Tengo la certeza de que lo está. ¿Y cómo no había de estarlo?

—Parece que ahora está muy bueno.

—Ya no le sobrevienen nunca aquellos ataques tan terribles.

Y mientras hablaba, estaba pensando: «¿Adónde querrá ir a parar? ¿Por qué no dirá de una vez lo que tenga que decir?». Experimentaba la extraña sensación de estar parálitica, como si no pudiera decir lo que quería. Hasta le parecía que se le habían helado las mejillas. Los grandes ojos del hombre de ciencia, que parecían brasas, no abandonaban la presa. Se diría que estaban absortos en un experimento de laboratorio. Carol se daba cuenta de que también Alí, con el conejillo en brazos, la observaba con una sostenida mirada de adoración.

—Ha cambiado mucho —estaba diciendo Moti—. Vuelve a ser el Buck de antaño. Parece un hombre que de nuevo ha aprendido a caminar después de una enfermedad prolongada. Personalmente, yo estoy vivamente agradecido a usted. Y la India entera le estaría agradecida si supiese lo que ha sucedido.

Ella pensó con amargura: «Y ahora vas a despedirme con un certificado de buena conducta para que pueda buscar otro empleo. Pero a mí no se me despide. No pienso irme».

—No vendría mal —continuó Moti— que lograse usted retenerlo algún tiempo más en Bombay, hasta que se haya acostumbrado otro poco a estar bueno, hasta que sentirse bien no sea ya para él una novedad, para decirlo de algún modo.

«O hasta —respondió ella con el pensamiento— que se aburra de mí y no le importe la separación». En voz alta dijo:

—Él ya está hablando de regresar. Este asunto del cólera le preocupa mucho.

Moti sonrió:

—¡Oh!, eso no es cosa grave. A lo menos, por ahora. Quizá la situación empeore más adelante.

Encendió un cigarrillo. Ella continuó sentada sin decir nada, muerta de miedo, desamparada, como un niño tímido. Y de repente, oyó que Moti le preguntaba:

—¿Qué quería decir él cuando al hablar del regreso al Estado de Jellapore dijo «nosotros»?

—No lo sé. Nunca hemos hablado de lo que habría de suceder cuando abandonásemos Jai Mahal. Es que esa es su manera de expresarse. Desde el principio lo ha hecho así, como si todo estuviera ya decidido y no cupiera la menor duda respecto de nada.

El coronel arrugó la frente, y Carol se dio cuenta de pronto de que la invadía una sensación de bienestar que procedía del muchacho, que desde el diván la contemplaba. Algo había en su adoración que la hizo sentirse menos sola y menos temerosa. Y en un arranque se levantó, fue hacia él y se sentó a su lado. El muchacho alzó hacia ella la mirada y sonrió, mostrando la blancura de sus dientes. Colocó el conejo en su regazo, donde se quedó muy quieto, salvo el acostumbrado crispamiento de los pelos de la naricilla. Y puso su mano entre las de ella.

Mirándole y sonriéndole, le dijo:

—Gracias —a sabiendas de que no entendería la palabra, pero sí lo que ella quería decirle.

Alí hizo una mueca de satisfacción y pronunció:

—«Gra-ci-as».

—Muy bien —aprobó Carol.

Durante todo este tiempo percibía, sin mirar, que Moti no perdía ni un detalle de la escena, como un gato vigilante en medio de su modorra.

Sonrió al fin, y habló:

—Por supuesto, ahora Buck va a ser una especie de funcionario. Tendrá que asistir a banquetes oficiales e ir a Delhi un par de veces al año.

—Sí —dijo ella, por decir algo, contenta de estrechar entre las suyas la mano de Alí.

—Tengo que darle a usted algunas noticias.

—¡Ah! ¿Sí?

—La policía estuvo aquí esta mañana.

Carol, sobresaltada, sintióse rígido el cuerpo entero.

—¿A propósito de qué?

—A propósito de las joyas. —El coronel sonreía—. Les pareció que la conducta de usted era muy extraña cuando se marchó, mostrando tan absoluta indiferencia en el asunto. Parece ser que el valor de las joyas era considerable. Tuvieron referencia de que yo probablemente conocería el paradero de usted. Los periódicos dieron cuenta de que usted había desaparecido.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Es que me parece que no se da cuenta de la popularidad que ha logrado usted en Bombay. Casi todo el mundo la conoce. Su personalidad está como envuelta en un prestigio de leyenda.

Una sensación de agudo malestar físico se apoderó de ella. Sentía necesidad de llorar. «¿Por qué no me dejan en paz? Si yo no me ocupo de las joyas, ¿por qué se han de ocupar los demás? ¿Por qué no me dejan en paz?». Y entonces, sin que pudiera caberle la menor duda, comprendió que la estaba despidiendo. Que deliberadamente lo hacía de esta manera lenta,

indirecta. No era que la despidiese. La estaba obligando a que se despidiese ella misma, mostrándole la imposibilidad de seguir en aquella situación.

—Y por supuesto, los periódicos han dedicado abundante espacio al asunto.

—Me habían prometido que lo silenciarían.

—Yo creo que la promesa era de buena fe. Fueron los periódicos indostánicos los que levantaron la liebre. Usted no ignora que en Bombay tenemos muchísimos jóvenes indostanos tan fanáticos que no desdeñan ningún medio de desacreditar a los europeos. Se dedican a convencer al mundo de que todos los europeos son indeseables. Esto era para ellos una historia preciosa, especialmente teniendo en cuenta la cantidad de gente implicada en ella, entre la que, en efecto, sí había algunos indeseables, como esa *Mrs. Trollope*, con quien usted ha tenido relación, y la baronesa de no sé cuántos y la maharaní viuda de Chandragar y ese Botlivala. Y todos esos jóvenes indostanos, que tienen aficiones políticas, odian a ese tipo de compatriotas suyos que, como Botlivala, imita y adula a los europeos.

—Pero yo en mi vida he hecho ningún daño a los indostanos. Al contrario, tienen mi simpatía y Buck es su amigo.

El coronel sonrió de nuevo beatíficamente.

—Supongo que no se les ha pasado por la imaginación que todo este barullo tenga nada que ver con Buck en ningún respecto. En cuanto a usted, la consideran únicamente como el medio para un fin. Si les es posible desacreditar a los europeos, aunque sea a costa de la ruina de usted, no vacilarían en arruinarla.

Hizo una breve pausa y se quedó pensativo. Luego agregó:

—Por otra parte, la cosa es más compleja de lo que acabo de indicarle. Sin que ellos mismos se den cuenta, estos jóvenes desharrapados, de temperamento ardiente, probablemente la odian a usted por la sencilla razón de que no hay uno solo entre ellos que no desease interesarla. Es usted rubia y bella, pero es usted europea, y por tanto inasequible. El alma humana es verdaderamente extraña.

Al llegar aquí, ya estaba ella persuadida de que había perdido el paraíso para siempre. Se consideraba una tonta por haber creído, mientras era feliz con Buck en el jardín de Jai Mahal, que ya no existía, allá afuera, el mundo; que había cesado de rodar, solo porque ella era feliz y estaba enamorada. Y mientras tanto, la malicia, el escándalo y las habladurías habían continuado en su tarea. Uno a uno, sin prisa, pasito a paso, todos los desaciertos fruto de su impremeditación, venían a pasarle la cuenta. Se sentía como encerrada en una habitación de paredes movibles que fueran reduciendo el espacio en torno a ella.

—Claro está —seguía diciendo Moti—, que después de que los

periódicos indostánicos dieron publicidad al incidente, los periódicos ingleses no tuvieron más remedio que acogerle. (Encendió un cigarrillo). Y para remediar las cosas no se le ocurrió a Botlivala mejor cosa que demandarla a usted.

—¿Demandarme?

—Sí. ¿No lo sabía?

—No..., pero ¿por qué?

—Para recobrar las joyas que le entregó. Pretende que usted las obtuvo valiéndose de engaños.

—¡Ah!

Por primera vez en su vida creyó que iba a desmayarse. Ya no distinguía la cara de Moti. Parecía que la habitación daba vueltas. Con rabia salvaje, pensaba: «¡El sapo, el sapo miserable!». Oyó en esto hablar al muchachito, precipitadamente, en explosión de cólera infantil y oyó también a Moti que le contestaba. Pasó el vértigo y con ello fue capaz de distinguir la cara de Moti que, sonriente, decía:

—Alí no quiere que le haga a usted daño, porque eso no le gustaría a Buck. Le he dicho que yo tampoco quería disgustarla a usted, pero que tenía que comunicarle algunas noticias nada agradables, por ser conveniente que las supiese. Creo que así debe ser, ¿no es así?

—Sí..., supongo que sí.

—Es mejor que se lo haya dicho a usted sola, ¿no lo prefiere así?

—Sí..., sí (¡Oh! ¿Por qué se habrían marchado de Jai Mahal? ¿Por qué habrían cerrado las puertas de Jai Mahal?).

—Las joyas han sido halladas —dijo Moti.

—¿Dónde? ¿Quién las había robado?

—Su amiga de usted, *Mrs. Trollope*.

—¡Oh! (De modo que durante el tiempo que pasó gimiendo y razonando en la alcoba, las tenía escondidas en la blusa). «Está loca», pensó Carol. «Debe de estar loca».

—Parece ser —dijo Moti— que no se proponía venderlas en Bombay, pero tenía una necesidad desesperada de dinero. Iban a echarla del Taj Mahal y a incautarse de su equipaje, y su hermana se negaba a ayudarla. Esto la decidió a intentar la venta de un brazalete a uno de los traficantes en piedras sin engastar que frecuentan el hotel. Una ocurrencia de lo más estúpido y absurdo, por supuesto. Todo fue a parar a los periódicos: que se trataba de la hermana de la maharaní de Chandragar, que su marido es un estafador que está en la cárcel en Inglaterra. —Se detuvo para acentuar el énfasis de sus subsiguientes manifestaciones—. Los periódicos dijeron que era amiga de usted y que se las había visto a las dos juntas constantemente en Bombay —en las carreras, en el Taj, en todas partes—. Y con la mayor

suavidad, agregó: —Esto yo no lo sabía.

—Pues es verdad y no lo es. Nunca fue amiga mía. Lo que pasa es que me inspiraba lástima. ¿Dónde está ahora?

—En la cárcel.

—No debieran condenarla.

—Me temo que sí lo hagan.

—Está loca, la infeliz.

Sin saber cómo, su pensamiento tomó otro rumbo:

—¿Qué está contándole a Buck su mujer, coronel?

—Nada que se refiera a estas cosas. Lo que ella dijo es cierto. Está hablándole de las cuentas. Siempre está organizando colectas para la obra de Buck. Le dije que se lo llevara. Pensé que sería mejor que estuviésemos solos al tratar de todas estas cosas.

—Bien pensado... Gracias.

Así Buck permanecería en la ignorancia de todo, lo mismo que ella hasta ahora había permanecido. Como lo habían ignorado los dos mientras estuvieron encerrados en su tonto paraíso de Jai Mahal. Algún día también él se enteraría. Pero por ahora, cuanto menos se removiese todo ello, mejor. Quizá él nunca se enterase de toda aquella historia, con sus detalles sórdidos.

—¿Qué piensa usted hacer? —preguntó Moti.

—No lo sé.

—Creo que lo mejor sería que fuese usted a Bombay a ver a la policía.

—No puedo ir al Taj, ¡no puedo! (¡Para tener que pasar ante todas aquellas miradas expectantes!).

La voz de Moti prosiguió con fría calma.

—Yo he dado a la policía mi palabra de que la convencería a usted de que fuese allá esta noche. Es preferible que lo haga usted. Es lo único que cabe hacer. Otra cosa daría lugar a muchas complicaciones. Acaso los periódicos comenzasen de nuevo. Creo que cuanto más logremos acallar el asunto, mejor.

Durante bastante tiempo ella permaneció silenciosa. Se esforzó en pensar, pero todos sus planes eran inconsistentes, peor que inútiles. Sentía la mano infantil oprimiendo todavía la suya. Y lo más extraordinario era que le infundía cierta fortaleza de ánimo. Casi tanto como si tuviera allí a Buck junto a ella.

Por una reacción repentina fue capaz de pensar fría y serenamente. No era ocasión de blanduras sentimentales. Preguntó:

—¿Quiere usted telefonar a la policía?

—Desde luego.

—¿Qué hora es?

Moti miró su reloj.

—Las cuatro y treinta y cinco.

—Dícales que estaré en mi habitación del hotel a las seis. No me arrestarán, ¿verdad? No pretenderán que yo vaya a la Comisaría de Policía...

—No tienen por qué arrestarla a usted. En cuanto a ir a la Comisaría, creo que tengo influencia suficiente para arreglar las cosas de modo que sean ellos los que vayan al hotel.

—Creo que lo mejor será que Buck no sepa nada por ahora.

—Como usted prefiera. —A los oscuros ojos del coronel asomó una mirada de afecto—. ¿Ha retenido usted su habitación en el hotel?

—No.

—Quizá sería mejor que mi secretario telefonease para que reserven una habitación. Y usted podría entrar por el lado del puerto.

—Sí. Eso sería lo mejor.

El coronel Moti se levantó de la silla.

—Entonces, voy. Le diré a Buck que usted le espera.

—No, todavía no. Déjelo que termine con sus cuentas. —Quería que la dejasen sola un poco de tiempo. Necesitaba estar sola para serenarse.

Moti salió, y en aquel punto ella comenzó a llorar, no por conmiseración de sí misma, sino desesperada e histérica. A la vista de sus lágrimas, la pequeña mano oprimió la suya con más fuerza y al mismo tiempo el niño comenzó a hablarle rápidamente. No podía entender nada de lo que decía, pero adivinaba que quería consolarla. Entre la avalancha de palabras, dos le fueron perceptibles: «*Sahib* Buck». Estaba diciéndole algo de Buck y ella pensó: «Tiene razón. No puedo permitir que Buck me vea de esta manera». Y con un violento esfuerzo de voluntad cesó de llorar, y haciendo que Alí le soltara la mano, apretó por un segundo contra sí la cabeza del niño. Hizo que cogiera de su regazo al conejillo de Indias, y acercándose a la tenue luz de la ventana, se arregló la cara.

Cuando volvió donde estaba Alí, Buck entraba en la habitación diciendo:

—He recibido otro telegrama de Jellapore. Mañana tendremos que salir para allá.

De cara a la sombra, vuelta a la luz la espalda, contestó ella con calma:

—Yo no puedo ir tan pronto. Tengo algo que hacer en Bombay y antes de marchar tengo que dejarlo arreglado.

—¿Qué tienes que hacer?

—Cosas de abogados. El coronel Moti sabe de qué se trata. Hemos estado ahora hablando de ello. Yo podría ir después, dentro de un par de días.

Mientras así hablaba estaba pensando: «Eso me daría tiempo. Si se

marchase, quizá yo pudiera arreglarlo todo. Mientras él esté en Bombay no podré hacer nada. Ese telegrama podría ser la gran solución». Y con esta idea se sintió una vez más, por un segundo, locamente feliz.

La luz daba en la cara de Buck, y Carol vio en ella una mirada que antes no había visto nunca: una curiosa mirada que reflejaba desconcierto y hasta sospecha. Comprendió que le dolía que ella tratase de ocultarle algo.

Él insistió:

—¿Qué cosas de abogados son esas?

—No es nada..., unos detalles fastidiosos sobre unas joyas, pero hay que ocuparse de ellos. No te preocupes por mí. Tú te vas a Jellapore y yo iré después. —Estaba impaciente por conseguir que se fuese pues en ello estaba su única posibilidad de salir del atolladero. Si la policía le devolvía las joyas, podría a su vez hacer la devolución a Botlivala y al hermano de Jellapore y no sería necesario que Buck se enterase de nada. Trataba de no traicionar en la voz su impaciencia, para evitar que él sospechara nada.

—No... Eso de ninguna manera. No quiero separarme de ti ni siquiera por tan poco tiempo.

—Pero ¿qué más da? ¡Si es tan poco! Solo un día o dos. Y tu regreso inmediato tiene tanta importancia para toda aquella pobre gente...

El rostro de Buck cambió de expresión.

—Nunca te he preguntado si tú querías ir a Jellapore. Puede ser que esté equivocado. Puede ser que no quieras ir. Acaso te irrita la sola idea de hacerlo.

—No es eso, Buck. Ir será mi felicidad. Lo único que podría preocuparme sería el pensar que de nada voy a servirte allí.

—A mí eso no me preocupa lo más mínimo.

Ella observó que Alí los vigilaba. Nada podría entender del diálogo, pero, sentado como estaba, se inclinaba un poco hacia adelante, en un gran esfuerzo de atención.

—Como quiera que sea —dijo ella—, tendré que quedarme esta noche en Bombay.

—¿No vas a ir al Taj?

—Lo mismo da.

—Sería mejor el Green's.

Recordó ella lo que había dicho Moti acerca de su prestigio de leyenda en Bombay —«la rubia beldad»—, y repuso:

—No tiene importancia. El uno es tan malo como el otro.

Entró el coronel Moti, diciendo:

—Ya he encargado su habitación.

—Pues entonces será mejor que nos vayamos —dijo Carol.

Mister Moti se dirigió adonde estaba Alí, y tras de explicarle algo, púsole

la venda; Allí no se opuso.

Mister Moti dijo:

—Debe tener puesta la venda parte del día, hasta que los ojos se acostumbren a la luz. Es una de las cosas que el doctor Bliss mandó que hiciésemos.

Las palabras pronunciadas por Indira repercutieron en el cansado cerebro de Carol. *Tener puesta la venda, parte del día hasta que los ojos se acostumbren a la luz.* Tal vez a ella le sucedía algo análogo. Tal vez era imposible disfrutar desde el primer momento de una felicidad y un amor como los entrevistos en el jardín de Jai Mahal. Tal vez habrían de venir gradualmente. Tal vez había que ganarlos.

* * *

En el largo trayecto hasta Bombay, a través del barrio fabril y los suburbios, permanecieron casi todo el tiempo en silencio. Era como si el propio ser físico y hasta las mismas emociones de Carol se hubiesen entumecido en la forma en que el cuerpo por grados se entumece y se insensibiliza en el transcurrir de una agonía. No percibía el calor ni los olores. Ni siquiera le importaba el disparatado modo de conducir del frenético *sikh*. Le dolía la cabeza y sentía el cerebro fatigado de tanto forjar planes; no lo tenía acostumbrado a hacer un esfuerzo tan intenso. Su pensamiento no se veía libre de la misma idea obstinada: «Tengo que salir de este atolladero. Tengo que salir de este atolladero. Si no lo consigo, será la ruina le todo».

Como si de repente se hubiera alzado un muro entre los dos, iban en el asiento un poco separados el uno del otro. Aislado detrás de aquel muro, Buck iba atormentado por algo que no era precisamente la concreción de un sentimiento de celos; era un retornar de aquel brumoso amontonamiento de dudas acerca del pasado de ella, acerca de su falta de espontaneidad en punto a aquellas «cosas de abogados», acerca de Carol misma. En Jai Mahal no había habido más mundo que el de ellos; no había habido ni pasado ni futuro, sino solo un presente que a nadie que no fuera ellos mismos concernía. Ahora, de repente, desde el mismo momento en que habían cerrado el portillo del jardín, todo había cambiado. En la forma más insospechada, y para su inteligencia inaprehensible, sentía que ya la había perdido. ¿Por qué revelaba aquella ansiedad de que él regresara inmediatamente a Jellapore? ¿Por qué se mostraba tan evasiva respecto de aquel negocio? Las dudas más terribles le asaltaban: la de que quizá ella no había pensado nunca en serio en casarse con él. Quizá solo se había propuesto estar con él mientras su voluntad se lo dictase, para después

abandonarle cuando todo hubiera pasado. Pero ahora eso ya no podía ser. No podía abandonarle, porque sin ella, él no podría ya vivir. No querría vivir. Sentía materialmente en los oídos el eco burlón de las palabras de Bill al decirle que había hecho una de las cosas más peligrosas que puede hacer un hombre: descubrir la vida demasiado tarde. No había entendido a Bill cuando se lo dijo; lo entendía ahora. Su dolor físico y su atormentado cerebro se lo enseñaban.

Interrumpió su cavilación el contacto de la mano y el sonido de la voz de Carol:

—¿Estás malo otra vez?

—No, Carol.

—No estés preocupado, Buck. Tú déjame a mí. Todo lo que necesito es un par de días en Bombay. Te lo prometo. Lo que quiero es que no estés preocupado.

Él le apretó la mano.

Adonde quiera que tú vayas, amor mío suceda lo que suceda, yo iré contigo.

Ella volvió la cabeza y asomóla a la ventanilla para ocultarle que lloraba.

El taxi se detuvo, y Carol vio a través de los ojos empañados la Puerta de la India, y más allá la bahía con la isla Elephanta, difusa tras la refracción del sol poniente. Otra vez estaba en el hotel.

* * *

Entraron en el hotel por la fachada del puerto, sin más encuentro que el de una mujer vieja que los contempló con leve curiosidad y sin reconocerlos, y dos indígenas vendedores de joyas y sedas. Ascendieron en silencio por la escalera de piedra hasta el piso en que se hallaba la habitación de Carol, que, al llegar, le dijo a Buck:

—No estés preocupado por mí. Tendré algún quehacer durante un par de horas. Vete a dormir un poco y yo te llamaré cuando sea hora de ir al comedor.

Él no contestó; se quedó mirándola con la misma expresión extrañada y perpleja que le asomaba al rostro en el *bungalow* de Moti. Ella pensó angustiada: «Estoy haciéndole sufrir, cuando daría por él la vida misma». Y de repente, le dijo:

—Confía en mí, Buck. ¡Sé bueno, ten confianza en mí!

Pero la mirada que la desconcertaba no desapareció. Le rodeó el talle con los brazos y la besó.

Ella le dijo con voz queda:

—Te llamaré dentro de un par de horas.

Y se separó de él precipitadamente, cruzando ante la fila de curiosos criados indios, en dirección a su cuarto, a la puerta del cual se encontró a Krishna, todavía ataviado con su librea púrpura y oro, un tanto sucia y arrugada. Al verla, se levantó y se inclinó en la más natural zalema, como si nada hubiera pasado, como si fuera mentira que se había escapado.

«Esto, pensó, debe de ser un buen augurio». Porque desde que había estado en Jai Mahal había empezado a acostumbrarse a creer vagamente en el poder de adivinación que asiste a casi todos los indios. Se había propuesto preguntarle acerca de su paradero y los motivos de su huida, pero la contuvo la certeza de que el muchacho, fiel a su estilo indígena, prefería no recordar el asunto, como si hubiese sido cosa jamás ocurrida. Posiblemente no fuera este mal procedimiento de liquidar sucesos desagradables. Aparte de que si le hubiera interrogado, no habría obtenido más que mentiras o un informe sobre la enfermedad de la madre o la muerte del abuelo. Por lo demás, el chico estuvo muy complaciente y preguntó si debía traer alguna bebida o desempaquetar los baúles.

—Sí —le mandó—, tráeme un *sling* de ginebra.

Eso la ayudaría a encararse con la policía. Estaba muy cansada. Por primera vez en su vida sentía el deseo de verse cuidada por alguien, protegida, mimada.

Cuando el chico hubo salido, telefoneó al gerente que había regresado y que recibiría a los agentes cuando llegasen. El gerente se mostró displicente, seco, frío.

Todos sus baúles estaban alineados contra la pared en un rincón de la habitación. No había necesidad de abrirlos, porque cualquiera que fuese el desenvolvimiento de las cosas, el resultado en todo caso sería que tendría que marcharse, bien a Jellapore o bien a Europa. Krishna trajo la bebida y volvió a salir, apacible, respetuoso, tan avergonzado de sí mismo como pudiera estarlo el más perfecto criado. Carol sentía calor y fatiga, y la bebida le infundió ánimos. Llamaron a la puerta, que, tan pronto dijo «Adelante», se abrió para dar paso a los dos policías que ya habían estado allí antes: el alto, pálido inglés, y el moreno, macizo *pathan*. Hacían alarde de una puntualidad terrible. «Es de suponer —pensó— que así es como proceden los verdugos, con la misma puntualidad».

Habló el inglés:

—Buenas tardes, *miss* Halma. Venimos a propósito de las joyas.

El corpulento *pathan* saludó inclinándose, pero nada dijo, salvo lo que decían los pícaros ojos negros. Ella estaba pensando: «Pase lo que pase, he de hacer que me respeten».

—Gracias. ¿Quieren sentarse?

El inglés se sentó en una silla, el imponente *pathan* en un baúl Vuitton y ella, con la copa en la mano, en el borde de la cama.

—¿Quieren tomar algo? —les preguntó.

También fue el inglés el que tomó la palabra.

—No, gracias; yo nunca bebo en horas de trabajo, y el capitán Baig, como es mahometano, no bebe en absoluto. —Calló un momento, y prosiguió—: Hubiésemos querido verla antes, pero no sabíamos dónde estaba.

—Claro —dijo Carol—, me había marchado.

—Es lástima que se marchase usted tan misteriosamente. Ocasiónó bastante perturbación en la Jefatura.

Su tono era frío, y era bien manifiesto que la odiaba. La razón no se le alcanzaba. Haber ocasionado alguna pequeña molestia no era motivo que justificase la animadversión que ella adivinaba, que respondía a algo mucho más profundo que a una simple inconveniencia.

—Se trata de un asunto muy desdichado —agregó—. Supongo que estará usted enterada de quién fue la que robó las joyas.

—Sí —y cedió a la inspiración de recurrir un poco a la lisonja—: El descubrimiento demuestra una labor muy inteligente.

—No muy inteligente. Era muy sencillo. *Mrs. Trollope* no procedió como un ladrón avisado. Intentó vender las joyas en Bombay a un traficante ambulante. Nosotros los conocemos a todos. Él nos avisó en seguida. Cuando inspeccionamos la caja de las joyas, allí estaban las huellas digitales, las de ella y otra, que supongo serán las de usted.

Ella terminó la bebida y sintió una necesidad desesperada de otra, pero no se atrevió mandar a Krishna a buscarla, porque prefirió mostrar una conducta a la altura de las circunstancias. La actitud del inglés la disgustaba en todos los aspectos; parecía un archiperfecto maestro de escuela dominical.

Y decía:

—Yo creo que ha sido usted muy poco afortunada en la selección de las amistades que ha frecuentado en Bombay.

—Sabía quién era *Mrs. Trollope*. Sabía que estaba en mala situación, pero no la hubiera creído capaz de robar. Me daba lástima. Creo que está un poco loca. Por mi parte no pienso hacer nada contra ella. Si se me devuelven las joyas, me doy por satisfecha. ¿Dónde está ella ahora?

—En la cárcel. Ha pedido verla a usted. Es usted la única persona por quien ha preguntado. No ha querido dirigirse a su hermana.

Esto la disgustaba. No quería volver a ver a *Mrs. Trollope*. Tenía miedo de verla. *Mrs. Trollope* le había traído toda la mala suerte, aquella *Mrs. Trollope* que tan casualmente había entrado en su vida.

—Preferiría no verla —dijo—. A nadie iba a beneficiar que yo la viese.

—Parece que tiene la obsesión de que usted le trae buena suerte. En fin de cuentas, es cosa que usted decidirá como le parezca. En cuanto a que usted se muestre parte en la causa, no hay necesidad. También eso es cosa que usted puede decidir. Ahora, librarla de su responsabilidad, eso es otra cosa. El hotel está implicado, y las compañías de seguros —aun en el caso de que las pólizas hayan caducado— no crea usted que nos conceden mucha libertad. Aun en tales casos ejercitan la acusación, por principio. Me temo que no podrá usted hacer mucho por ella. Ha habido muchos robos, estafas y escándalos en esta Presidencia de Bombay durante el año pasado: demasiados. Las autoridades se muestran partidarias de hacer un escarmiento en este caso.

Todo lo que oía la llenaba de un horror que la agobiaba. *Mrs. Trollope* era una perfecta calamidad, pero era un ser humano dejado de la mano de Dios. Era un torpe animalucho sin atractivo, vejado, agobiado, aterrado, al que su propia desdichada naturaleza llevaba a todos los derrumbamientos de la insensatez.

—Iré a verla —se oyó decir a sí misma de repente—. Quisiera que fuese posible sacarla de esa desventura.

Pero en seguida se acordó de los periódicos.

—Si voy —preguntó—, no habrá necesidad de que los periódicos se enteren, ¿verdad?

Una expresión distinta se dibujó en la cara del agente de policía. Miró al capitán Baig, y dijo:

—La atención concedida a todo esto por los periódicos es lamentable, *miss Halma*; pero no pudimos evitarla. Los políticos indostánicos vieron en el caso materia de propaganda. Nosotros seguiremos haciendo cuanto podamos para que se remueva lo menos posible. Me hará usted el honor de creerme, nos agradan muy poco las intervenciones de los periódicos. Nos ocasionan graves perturbaciones.

El capitán Baig sonreía ahora, mostrando su espléndida dentadura blanca, y Carol, sin que obstara su preocupación, pensó de nuevo que era un hombre bastante agradable, y, comparado con el inglés, muy humano.

—Puede usted recuperar las joyas, *miss Halma* —iba diciendo el agente—; pero tendrá usted que ir a identificarlas a la Jefatura.

—Quisiera recuperarlas tan pronto como fuera posible. (Así podría devolver a Botlivala sus malditos diamantes y poner fin a todo aquel asunto).

—Puede usted ir esta noche, si le parece Quizá cuanto antes lo haga sea mejor.

—Esta noche o mañana.

Tenía la esperanza de verlo levantarse, ahora que ya estaba todo

terminado, y de que se marchara dejándola en paz. Pero no se levantó. Tosió y se quedó mirando a los guantes amarillos, de que no se desprendía ni en los días más calurosos. Esperó ella, sintiendo aún el acecho de la mirada ávida del enorme *pathan*, y al cabo de un momento, dijo el agente de policía:

—Deploro tener que tratar ahora de otra cuestión. Es, por cierto, una cuestión ingrata.

Ella se apercibió, rígida, según estaba sentada en la cama. ¿De qué podía tratarse ahora? ¿No la habían hecho sufrir ya bastante por sus torpezas?

—Bien —dijo—, ¿de qué se trata?

Tosió el agente por segunda vez, y ella observó que el capitán Baig se mantenía muy derecho, sentado en el baúl, como si por un esfuerzo de voluntad hubiera logrado convertir en una máquina su humanidad.

—Las autoridades verían con satisfacción que abandonase usted Bombay, embarcándose para Europa lo antes posible. Este es el verdadero motivo de mi venida: transmitirle a usted la orden.

Durante un segundo no pudo creer lo que estaba oyendo.

Y de repente sintió que la invadía la ira.

—¿Quiere usted decir que se me ordena que me vaya de Bombay?

—He procurado comunicárselo con el mayor tacto, pero, en realidad, se trata de una orden de expulsión. El *Rajputana* zarpa pasado mañana. Desearían que usted se marchase en él. Así tendrá usted tiempo de dejarlo todo arreglado antes de marchar.

Una oleada de sangre le afluyó al rostro.

—¿Quiénes lo *desearían*? —preguntó.

—El comisario de Policía..., el gobernador, dos o tres altos funcionarios. Ha habido tantas perturbaciones en estos últimos tiempos, ocasionadas por transeúntes indeseables, que han decidido tomar las determinaciones procedentes. Siento mucho tener que darle noticias tan desagradables. Celebraría que ello no supusiese alteración en sus propósitos.

Trató de serenarse. Con las mejillas ardiendo, dijo:

—No, pensaba irme de todas maneras.

Se había consumado. No le daban la menor opción. Tenía ya que desechar la esperanza de que de algún modo, milagrosamente, todo al fin se arreglase. Pensó: «He visto a Buck por última vez en mi vida cuando me besó en el rellano de la escalera». Ya no podría verlo nunca más. Ella no podía consentir que se le viese en compañía de una mujer a quien se consideraba preciso expulsar. Una opresión de angustia invadió todo su ser, y súbitamente sintió que la paralizaba el frío. Una idea de locura cruzó su mente: «Quizá si yo me mostrase complaciente dejasen que me quedara». Pero no serviría para nada. Complacencias con este inglés no llevarían a

ninguna parte. Conocía ingleses como este. Si eran capaces de alguna emoción, no sería frente a ella. Y en aquel momento comprendió el por qué de su hostilidad, por qué se gozaba en aquel lento tormento envuelto en cortesías. Nada de cuanto ella pudiera hacer sería capaz de conmovirlo; la odiaba porque era bella, porque era mujer y porque los hombres la querían.

Y no lograría tampoco cosa alguna tratando de seducir al capitán Baig. Cosa harto fácil; pero él no tenía la menor autoridad. Era como un animalito con una soga al pescuezo, cuya autonomía depende del tirón del amo. Le miraba con una esperanza irracional de que la ayudase, pero el *pathan* se conducía como el perfecto funcionario. En los ojos negros ardía todavía el instinto animal, pero se mantenía en la misma postura, más tieso que un huso.

Enloquecida, pensó: «Lucharé. No podrán eliminarme». Y dijo en voz alta:

—Yo no he hecho nada. No soy culpable de nada. No pueden expulsarme.

El inglés repuso:

—Me temo que sí pueden expulsarla a usted, basándose en que es usted persona indeseable y en que ha estado usted relacionada con personas que también lo son. No es usted la única en correr la misma suerte, *miss* Halma. Casi todos sus amigos irán con usted. La baronesa también va, y un caballero portugués. *Mrs.* Trollope iría también si no estuviese detenida.

Carol se percató de que estaba gozándose en su tortura. La dominó un arrebató de furia. Y dijo:

—No me iré. Apelaré contra la orden.

Con estudiada frialdad, él continuó su razonamiento, en su tono de burgués pobre:

—Yo creo que sería imprudente y perfectamente inútil. No conseguiría usted nada, y si a usted le disgusta la notoriedad, solo conseguiría ponerse aún más en evidencia.

Comprendía ella que esa era la verdad. Ya nada podía hacer. La habían cazado. Se levantó:

—Gracias, señores: Iré a buscar mis joyas. Ya tengo listo el equipaje. ¿Y he de ser yo quien pague mi pasaje?

Ambos hombres se incorporaron.

—El Gobierno proveerá a usted de un billete de tercera hasta Marsella —dijo el inglés. Una expresión de satisfacción animó los fríos ojos azules—. Una vez más ofrezco mis excusas por lo ingrato de mi cometido.

No le contestó; pero sostuvo abierta la puerta para que saliera. Haciendo una leve inclinación, salió el inglés primero. Cuando le llegó el turno al imponente *pathan*, sonrió mostrando la perfección de su dentadura. No pronunció ni una palabra, pero sus negros ojos se mostraron osados y

elocuentes. Iban diciendo: «¿Por qué no me dejas venir a verte una vez nada más antes de que te vayas? Soy un hombre como no encontrarás nunca otro. ¿Qué más te daría a ti? Y yo sería tan feliz».

Oyó después a Krishna, que decía:

—Un chico acaba de traer esta carta para *memsahib*. Cogió la carta, cerró la puerta y se reclinó contra ella un momento con los ojos cerrados, y mientras guardaba aquella postura hirió su olfato un débil olor a pachulí, que por sí solo delataba que la carta era de la baronesa.

Casi había oscurecido del todo; sin encender la luz fue hasta la ventana y la leyó al reflejo del soberbio inflamado disco solar que se encendía detrás de Elephanta.

Decía así:

«Querida amiga: Me han dicho que embarcará usted en el *Rajputana*. ¡Qué suerte ir en compañía todo el viaje! Yo voy a Marsella y no al Cairo. Telefonéeme cuando llegue. Me alegro mucho de salir de este Bombay. Es un agujero indecente. Yo me ocuparé de todo aquí y en París. No esté apenada. ¡Qué suerte recuperar las joyas! Es un animal esa *Mrs. Trollope*.

Con todo el afecto de su amiga,

BARONESA STEFANI».

Lentamente rompió la carta en pequeños pedazos, mientras con torpe pensamiento ideaba algo. «Bueno, ¿por qué no?». Se dirigió a la puerta y dijo a Krishna:

—Tráeme un *sling* de ginebra y avisa un taxi que me espere del lado de la fachada que da al puerto.

Después de lo cual se sentó al lavabo y escribió una nota a Buck, y cuando lo hubo hecho, descolgó el teléfono y llamó a la baronesa.

* * *

El tren en que Bill regresaba llegó a las nueve. Tres días y dos noches había tardado en cruzar la India, desde Calcuta hasta Bombay. Estaba abrumado por el calor, cansado y cubierto todo él de polvillo rojo. Lo llevaba metido en los ojos, entre el pelo, en las orejas y en la boca. Según caminaba por el bullicioso andén, seguido por Silas y los *coolies* que cargaban con su equipaje, iba obseso por la idea única de tomar un baño.

Pero nada apesadumbraba su corazón, se sentía contento, casi feliz. La tarea estaba casi terminada y la había cumplido airoosamente. Veinticuatro horas le bastaban ya para rematarla, y dentro de dos días embarcaría en el *Rajputana* rumbo a su país, dejando atrás la India, acaso para siempre. Su padre se había dejado convencer. Al fin, no tenía que quedarse en el Oriente. Volvería a Londres.

En su recorrido en taxi hasta el hotel iba pensando en Carol y Buck. ¿Dónde estarían? ¿Qué habría sido de ellos? Le dolía un poco que no se hubieran acordado de él, ni siquiera con las cuatro líneas de una postal. Pero él mismo trataba de disculparlos. «Debe de ser que lo que les ha pasado les ha hecho olvidarse de todo lo demás». Porque de sobra sabía él que lo que les había pasado no era cosa de todos los días. Hasta llegaba a sentir envidia, porque estaba convencido de que su propio destino no le reservaba nada parecido a aquello. Lo probable era que no tropezase nunca ventura mejor o aventura más importante que las que le había deparado la marquesa. Y esto le llevó a una recapitulación del problema de la marquesa. Porque en eso había venido a parar todo, en un problema. Ahora mismo se encontraría ella en otro taxi, en camino del tren al hotel. Había sido su pesadilla, por efectiva presencia o por inevitable recuerdo, desde que el tren había arrancado de la estación de Bombay hacía unas semanas, y, sobre todo, desde que con el señuelo del champán lo atrapó en su compartimiento. La historia de la visita a Delhi no había sido más que eso... una historia. Ni siquiera se había acordado de detenerse en Delhi, sino que, de un tirón, había llegado con él hasta Calcuta.

Ahora le asaltaba una idea sombría. «¿Qué diablos habrá en mí que atraiga tanto a mujeres que a mí no me interesan?».

Por lo pronto, se libraría de ella a la hora de cenar, con el pretexto de una cita de negocios; y si la suerte le acompañaba, podría escabullirse en el *Rajputana*, para lo cual ya la había preparado, asegurándole que todavía tardaría un mes en embarcarse. El solo recuerdo de su cháchara incesante en inglés chapurrado, abrumándole con pegajosa obsequiosidad y carantoñas, le revolvía el estómago.

Ya en el hotel, fuése derecho al mostrador del conserje para recoger la llave, dejando a Silas el cuidado del equipaje. Una sola idea llevaba en la cabeza: tomar un baño. Y no solo a causa del polvo y del calor del viaje; el pensar en la marquesa parecía que materialmente le ensuciara la piel. Esperó un momento la bajada del ascensor, musitando, entre tanto, maldiciones. De pronto se abrió la puerta, por la que salieron tres o cuatro personas: y allí, en carne y hueso, estaba Buck ante sus ojos.

Era otro Buck, un Buck al que nunca con anterioridad había visto. Tenía el pelo revuelto y en los ojos azules una mirada de locura, vaga, con la que no

reconoció a Bill al posarla sobre él, porque quizá ni lo vio siquiera.

Bill exclamó:

—¡Hola! Estaba preguntándome por dónde andaríais.

Buck se limitó a sujetarlo por un brazo, diciendo:

—Carol se ha escapado.

«¡Dios mío! —pensó Bill—. Esto es mucho más grave de lo que yo había pensado». Pero aparentó reaccionar como si creyese que se trataba de un incidente sin importancia.

—Probablemente volverá.

—No lo creas. Tienes que ayudarme a encontrarla.

—Desde luego. Pero tú no puedes seguir aquí en el vestíbulo comportándote como un orate. Sube a mi habitación. Quiero bañarme.

Casi a la fuerza metió a Buck en el ascensor. Se cerró la puerta y empezó a subir.

—Mira, hermano, tienes que calmarte. Todo se arreglará —comenzó a razonar—. Yo la conozco muy bien. Lo más probable es que haya salido y se haya olvidado de decirte adónde iba. Pero entonces recordó algo que debía tener en cuenta. No era el momento más oportuno para traer a colación que Carol le había pertenecido.

El ascensor se detuvo en el piso de Bill y se encaminaron en silencio a la habitación de este. Una vez dentro, y cerrada la puerta, Bill dijo:

—Cuéntame ahora todo lo que ha pasado.

Buck sacó del bolsillo un papel arrugado y se lo entregó a Bill, quien lo estiró y leyó en los grandes trazos garrapateados de Carol:

«Queridísimo:

Todo ha terminado. No intentes buscarme. No volveré. Todo lo que hicimos fue una locura. Yo he sido una insensata y tú también. Hazte cuenta que mientras duró nos hemos divertido y que ya ha terminado. Acuérdate de mí alguna vez. Con el cariño de

CAROL».

Leyó la nota por segunda vez, pensando: «Algo ha ocurrido de lo cual yo no sé una palabra. Algo mucho peor de todo lo que pudiera haberme presumido en vista de los antecedentes». Miró a Buck, y al hacerlo, comprendió que había necesidad de sostenerle en aquel trance.

—Espérame, que voy a abrir el grifo del baño —dijo—, y luego me contarás todo lo que ha sucedido desde que me marché. Ayudará a

comprender la situación.

La ira hervía en su interior. Al inclinarse sobre la bañera para soltar los grifos, pensaba: «Esa ha hecho una de las suyas. Se ha hartado de él y ahora... ahí queda eso. ¡Maldita sea! Después de esta, Buck no va a ser ya capaz de levantar cabeza».

Se violentaba para no gritarle a Buck: «Ya te lo dije yo», pero semejante recuerdo no iba a remediar nada. Cuando logró serenarse, volvió a la habitación y dijo con la mayor calma:

—Ahora cuéntame.

Comenzó a despojarse de la ropa, mientras que solo a medias prestaba atención, porque, al mismo tiempo, también la tenía ocupada en idear proyectos de venganza contra la felonía de Carol.

Se daba cuenta de que Buck trataba de referirle tímida e incoherentemente lo que le había sucedido en Jai Mahal. En verdad, no era necesario. La cara angustiada de Buck revelaba, sin más explicación, todo lo sucedido. Ahora faltaba saber si sería capaz de resistir el golpe. No era hombre de esos que olvidan y pronto se consuelan con otra mujer. No era el tipo de galanteador que se busca otra mujer como quien lava. Imposible decirle: «Mándala a los infiernos y olvídale». Con temor en que había algo de admirativa reverencia, contemplaba a Buck, pensando: «Esto no me ha sucedido a mí nunca ni me sucederá. Son complicaciones que no puede desentrañar mi entendimiento. ¡Dios mío, es algo aterrador! ¡Es la historia de Tristán e Iseo!». Buck interrumpió sus meditaciones.

—Algo sucedió después de nuestra marcha de Jai Mahal. Creo que es algo que debió pasar en casa de Moti. A partir de entonces la encontré cambiada. Cuando llegamos aquí me dijo que me llamaría tan pronto estuviese dispuesta para ir al comedor. No me llamó, y a eso de las ocho la llamé yo a ella. Como no obtuve contestación fui a su habitación. Allí estaba el chico, pero no sabía adónde podría haber ido. Entré. Un baúl estaba abierto. Ella no estaba, y todo lo que encontré fue esta nota. —Una expresión de horror se dibujó en el semblante de Buck—. ¿No habrá intentado matarse... crees tú?

—No —dijo Bill—. No lo creo. Si está rebosando salud. Con una salud así nadie se mata. Para hacer eso, un cuerpo saludable es un obstáculo. —Se había olvidado por completo de su baño. Embutido en su batín, de pie en medio del cuarto, preguntó—: ¿Qué te imaginas tú que puede haberle sucedido?

—No lo sé. Moti pudiera saberlo.

El cerebro de Bill trabajaba con rapidez. Él recordaba lo que Buck le había dicho de una conversación entre Moti y Carol. Lo más verosímil era que Moti supiese algo, que a lo menos tuviese alguna clave. Bill estaba

perfectamente enterado del incidente de las joyas, pero su instinto le aseguraba que si Carol hubiese querido seguir con Buck, aquel percance no hubiera sido obstáculo. No, la explicación más atinada era la de que ella se hubiese cansado y decidióse a escapar. No quedaba más que hacer que ver de conseguir que Buck no lo tomase por lo trágico. Y ahora, si pudiese prescindir de Buck momentáneamente, acaso le resultase más fácil encontrarla y tratar de enderezar las cosas. Era lo único que se podía hacer.

Silas llamó a la puerta con los nudillos y entró con el equipaje. Bill le dijo:

—Baja a prisa y sube una botella de *whisky*, agua mineral y dos vasos. ¡Corriendo!

Entró en el cuarto de baño y cerró los grifos. Cuando salió, Buck estaba de pie junto a la ventana con la mirada perdida en la negrura del puerto. Temblaba como si tuviese un acceso de fiebre. Bill dijo:

—¿Otra vez el paludismo?

Buck le contestó sin volver la cabeza.

—No, no es eso. —Y luego, girando rápidamente—: Adonde quiera que haya ido iré tras ella. No le va a ser tan fácil librarse de mí.

Bill tardó en contestarle, pero al fin le dijo:

—He leído en los periódicos que ha estallado una epidemia de cólera en Jellapore, que presenta mal cariz.

—Pues que se vayan al cuerno el cólera y Jellapore. No se trata solo de mí, Bill. Pienso en lo que será de ella. ¿No lo ves? No estoy pensando solo en mí mismo.

—Ni yo creía tal cosa.

Estaba justificado el temor de Buck ante el porvenir de Carol. Cuando ella se lanzase al precipicio, lo haría guardando fidelidad a su genio, sin rebozo, sin atenuación de un modo espectacular. Pensó: «Me parece que ninguno de los dos podríamos hacer cosa alguna por ella. Nadie podrá hacer nada. Lleva demasiado tiempo haciendo lo que le place».

Silas trajo el *whisky* y Bill le sirvió a Buck uno bastante cargado.

—Tómalo; y ahora, si yo estuviese en tu pellejo me iría a ver a Moti. Hasta me iría a Jai Mahal si en casa de Moti no sacase nada en limpio. Yo registraré Bombay entero. No hay muchos sitios a donde ella pueda haber ido..., a lo menos dentro de lo que uno puede conjeturar. En cuanto a matarse, no hay cuidado. No es de esas a las que les da por ahí.

A tal seguridad puso Buck un comentario patético.

—Yo no tengo miedo, porque ella me quiere, Bill. Estoy cierto de que me quiere. Y ¿qué mujer iba a simular quererme a mí?

—No dudo, en absoluto, que te quiere, Buck; pero es una muchacha muy rara, siempre lo ha sido.

Según hablaba, un pensamiento inexpresado le cortó la explicación. «Soy

un necio al pretender que la conozco tan bien. Porque yo nunca he sabido de nada que se parezca a esto». Llamó a Silas y le mandó a buscar un emparedado. Estaba hambriento. Había alimentado la ilusión de un baño a completa satisfacción y de una buena cena. De esa ilusión no quedaba ya más que ceniza.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó.

—Voy a ver a Moti.

—Yo tomaré un baño y luego iré a buscarla. ¿Qué quieres que le diga?

—Que no renunciaré a ella nunca. Soy capaz hasta de pegarle, pero que no crea que va a marcharse. —Buck tomó su salacot y rodeó con el brazo los hombros de Bill—. Eres todo un hombre, Bill.

—¡Oh!, no soy de lo peor —dijo Bill—. Vete a lo que vas.

Salió, y Bill, al verle marcharse se sintió invadido de un temor reverencial, porque este drama desbordaba su capacidad de comprensión. Se puso a pensar en la marquesa, y el recuerdo de la marquesa le hizo acordarse del baño.

* * *

Bill no encontró rastro de ella en el hotel. Nadie la había visto salir. Pensó que podía haber ido al Green's, pero en el Green's tampoco sabían nada de ella. A continuación se acordó del Club Willingdon, llamó a un taxi y tomó el camino que bordeaba el mar. La noche calurosa acentuaba su cansancio, como si el tedio de su largo viaje, la pesadez de sus negociaciones en Madrás y Calcuta y la estúpida depravación de su lío con la marquesa se aunaran de repente para abrumarle. Se sentía deprimido, pensando: «¿Quién diablos soy yo? ¿A dónde diablos voy?». Sentía la extraña sensación de estar marcando el paso en el vacío, sin ir a ningún sitio.

El taxi pasó ante el palacio del Gobierno y el templo de Parvati. Saturaba el ambiente un olor de jazmín, incienso y polvo.

Al abrir los ojos vio las luces del palacete de placer de Jelly y pensó: «Podiera ser que estuviese aquí». Inclinandose hacia adelante, le dijo al conductor:

—Para en la casa de las luces.

Estaba como siempre: fuera esperaba la fila de buitres en forma de taxis, los Rolls Royces dentro del patio, el provector conserje a la puerta. Había creído que no volvería nunca, y he aquí que aquí estaba.

La vio apenas entró.

Estaba sentada en el mismo sitio donde la había visto la noche que se enamoró de ella por primera vez. Estaba jugando, y con suerte, porque tenía

un gran montón de fichas delante de ella. Detrás de ella, de pie, estaba Botlivala, y en un extremo de la mesa reconoció a la baronesa, con su vestido absurdo de lentejuelas negras. Esta noche llevaba en el pelo una flor de malva, roja. Pero Bill apenas reparó en ello. No tenía ojos más que para Carol.

Llevaba un vestido blanco de noche y lucía gran cantidad de joyas —las joyas del barullo—. Desde el instante en que la vio comprendió que algo le había sucedido, algo muy del tenor de lo que a Buck le había pasado. Parecía más bella que nunca, pero daba una impresión de fragilidad que en ella era cosa totalmente extraña. Estaba más delgada y las ojeras ensombrecían el azul de los ojos. Había estado bebiendo y al lado de las ganancias tenía una copa de champán. En aquel momento llevaba la banca y no alzó la vista del tapete cuando él entró. Tiró la carta y ganó; y Joey, levemente embriagado, empujó hacia ella el gran montón de fichas que había en el centro de la mesa.

Bill no esperó; dio un rodeo a la mesa, se detuvo detrás de su silla, e inclinándose, le dijo con la mayor calma:

—Cede la banca. Quiero hablar contigo.

Ella se volvió y le dirigió una mirada asustada, atónita, y rápidamente exclamó:

—¡Bueno! Joey, encárgate de subastar la banca.

Se levantó, cogió la copa de champán y siguió a Bill. Botlivala hizo ademán de acompañarles, pero Bill se revolvió y dijo:

—No se meta en esto o le rompo el alma.

Y según daba la vuelta se fijó en los grandes ojos negros de la marquesa que no perdían un detalle. Bill no solo no la saludó, sino que se hizo el distraído. Entraron en la salita que daba al mar y se sentaron en la mesa del rincón, que quedaba un poco encima del jardín.

Al sentarse, preguntóle ella:

—¿De dónde has venido? Creí que estabas en Calcuta.

—He llegado esta noche.

—¡Ah!

Desde las primeras palabras, Bill se dio cuenta de que ella tenía el propósito de tenerle a raya y de no revelarle todo lo que había ocurrido. Tendría, pues, que proceder con mucho tiento si había de conseguir lo que pretendía.

De sopetón, preguntóle ella:

—¿Qué tal la marquesa?

La pregunta le sorprendió, pero le contestó:

—¿Cómo estás enterada?

—Me lo dijo la baronesa. De todos modos lo habría adivinado por la

manera como la marquesa se ha permitido tratarme. Es una bruja vieja; creí que apuntarías más alto.

—Como sea, es cosa que a ti no te interesa.

—A lo mejor, no.

—¿Y qué haces tú aquí? Yo había sospechado que ya estarías aburrida de esto.

—Necesitaba hacer algún dinero.

—¿Sabes lo que le ha pasado a *Mrs. Trollope*?

Ella no contestó, y mientras tanto él no dejaba de pensar: «¿Cómo voy a empezar? ¿De qué manera abordaré la cuestión? ¿Cómo voy a manipular este negocio?». Medió una pausa triste y fatigosa. Bebió ella el resto de la copa y él se dijo: «Ha bebido demasiado. El verme la ha despabilado de momento».

Bill rompió el silencio:

—He visto a Buck.

Ella apartó la mirada.

—¿Sí?

—Deberías avergonzarte de ti misma. Eres la mujer más mala que conozco.

—¿Peor que la marquesa?

—Peor. Ya sabes lo que le has hecho a Buck; ¿no lo sabes?

—No.

—Habría sido preferible que hubieses cogido una pistola y le hubieses pegado un tiro.

Estuvo ella callada buen espacio de tiempo, y Bill volvió a pensar: «¿Qué vamos a decir ahora? ¿Qué haré para hacerme con ella?». Nunca la había visto en esta actitud. Se mostraba hermética, indiferente. Parecía que había desaparecido todo lo que siempre fue esencia de su carácter.

Al fin la oyó:

—Quiero más champán.

—No vas a beber ni una gota más hasta que no hayamos terminado lo que tenemos que decirnos.

Contestó con un encogimiento de hombros.

—¿Por qué has huido?

—Era lo único que podía hacer.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—Embarco pasado mañana en el *Rajputana*.

La noticia le sorprendió y por un segundo tuvo la esperanza de que ella volvería a unirse a Buck. Pero desapareció inmediatamente al medir la importancia de los acontecimientos desarrollados en su ausencia.

—Y después, ¿qué?

—Voy a trabajar con la baronesa en París. También ella se embarca.

—¿Tú sabes quién es la baronesa?

—Vagamente. Pero no te preocupes por mí. Siempre me he bastado para cuidar de mí misma.

—Es una celestina. Tiene un negocio montado con ramificaciones en toda Europa. La marquesa me lo ha dicho. La marquesa la conoció y tuvo tratos con ella hace años, cuando era joven.

Carol sonrió y la sonrisa dejaba entrever su característica malicia burlona.

—Entonces no me había equivocado mucho. Me había figurado que la marquesa había salido de un lugar poco recomendable.

—Van a expulsar a la baronesa. Ha intentado la compra de muchachas indígenas para mandarlas a Alejandría.

—La orden ya está dada. Por eso es por lo que se embarca.

—¿Cómo lo sabes?

—Por la policía. —De pronto dijo con rabia—: ¿Qué quieres que haga? ¿Crees que dejo a Buck por mi gusto? ¿Crees que no le quiero?

—Entonces, ¿por qué te vas?

Ella apartó la mirada.

—¿Cómo iba a casarme con él después de que todo ha salido a relucir en los periódicos? Moti dice que soy una mujer popularísima en Bombay y hasta en Jellapore. Y Buck está a punto de obtener todo lo que luchó por conseguir, lo que constituye la razón del trabajo de toda su vida. El Gobierno británico va a dar carácter oficial a su actuación. Una Universidad va a conferirle un título. Imposible que se case con una mujer como yo.

Había lágrimas en sus ojos, las primeras lágrimas que Bill había visto en ellos. Y pensó: «Esto se pone bien. Ahora ya sé que puedo llegar a alguna parte. Acaso ella también le quiere; acaso le quiere tanto como él a ella».

—Pero marcharte no va a arreglar nada. Para él, eso significa lo mismo que la ruina. Me dijo que iría adonde tú fueses y que nada lo detendría. De modo que eso es mucho peor.

—Eso lo dice por decirlo.

—Hasta cierto punto, yo conozco a Buck mucho mejor que tú. Hará lo que dice.

El rostro de Carol se cubrió de una expresión de angustia.

—Eso no puede ser, Bill. Tú no debes consentirle que lo haga.

—¿Pero es que tú has intentado alguna vez disuadir a Buck de hacer algo que se le haya metido en la cabeza y que él crea que debe hacer? Lo que yo creo es que, hagas lo que hagas, él estará a bordo del *Rajputana* contigo y con la baronesa. Cuando le hablé de la epidemia de cólera, dijo: «Al cuerno el cólera y las aldeas». Eso es lo que tú has hecho con él.

Carol se levantó súbitamente y se acercó a la arqueada ventana, junto a

la que permaneció un largo rato. Él la vigilaba, dudando si habría algo que ella le hubiese ocultado. Se percató de que ella estaba tratando de serenarse, y esperó sin decir nada. Mientras él esperaba, la marquesa apareció un momento en la puerta. Los tiestos con plantas que circundaban la mesa a la cual estaba sentado casi los ocultaban a los dos. La marquesa contempló un instante a Carol y se fue.

Al mismo tiempo, Carol se volvió, e impetuosamente dijo:

—Bill, tú podrías arreglarlo todo. Tú podrías conseguir que él se quedase aquí y volviese a Jellapore.

—¿Y qué puedo hacer yo?

—Podrías casarte conmigo. ¿Quieres, Bill? Entonces él se *enteraría* de que todo había acabado. No iba a proponerse desbaratar nuestro matrimonio.

Él contestó en el acto, sin vacilar, porque la contestación estaba escrita en su corazón. Había sido testigo del drama en sus dos escenarios, y estaba al cabo de la calle en cuanto a su papel en toda aquella historia. Y además, acababa de convencerse de la profundidad del afecto que los dos le inspiraban, que era mucho mayor de lo que él mismo había jamás imaginado. Y, sin embargo, no le costó pequeño esfuerzo expresar lo que su corazón le dictaba.

—No, no lo haré. Porque tiene que suceder algo que haga que tú y Buck volváis a reuniros.

—No —repuso ella—. No puede ser. Es inútil intentarlo. —Hablaba con una voz apagada, una voz que jamás se hubiera él imaginado que pudiera ser la voz de Carol—. ¡Oh, Bill, sé bueno, cástate conmigo!

Él sonrió.

—Lo mismo te da destrozar mi vida... ¿Verdad que lo mismo?

—Procuraré no destrozarla y, además, Bill, la tuya no importa tanto como la de Buck. Ni la tuya ni la mía. ¿Qué somos nosotros a su lado? Y además no se trata solo de Buck. Se trata de toda la gente que le necesita.

Bill, rápido, a impulso de una corazonada, dijo:

—Hay algo que yo ignoro. Algo me has ocultado.

Ella rehuyó mirarlo y con la misma voz sin brío, contestó:

—Sí, hay algo. Yo no puedo quedarme y él no puede venir conmigo, porque me echan de aquí con la baronesa.

Por un minuto le fue imposible pronunciar una palabra. Al cabo dijo:

—¿Que te expulsan? —Ella permaneció muda y él insistió—: ¿Por qué? En nombre de Dios, ¿por qué?

—Porque soy persona no grata.

Bill se levantó y dijo:

—Tú puedes oponerte. Yo te ayudaré a sostener tu derecho.

—No serviría para nada. Ya están bastante mal las cosas sin necesidad de ponerlas peor. Si diésemos más pábulo a los periódicos solo habríamos logrado agravar la situación. Buck no podría casarse con una mujer que hubiera sido amenazada con la expulsión.

—Cierto. Eso es verdad. —Lo vio muy claramente. Nada podía intentarse por aquel medio.

Ella continuaba hablando:

—Me embarcan en tercera clase en el *Rajputana*. Por eso es por lo que vine aquí esta noche, para hacer dinero con que poder pagar pasaje de primera. No quería pedírselo prestado a la baronesa.

—Eso es mentira —dijo Bill.

—En efecto —contestó ella sencillamente—. Vine porque me importaba todo un pepino y porque quería conquistar a Botlivala y quedarme con las joyas. Porque ahora las necesito.

Mientras ella hablaba, él hacía un esfuerzo por idear rápidamente una solución. Al cabo dijo:

—Solo se me ocurre una cosa. Podría ir a ver al mismo gobernador y tratar de que anulase la orden.

Ella comentó:

—Probablemente no consentiría ni dejarse ver.

—Él me conoce. Yo he estado en el palacio del Gobierno.

En un momento quedó esbozado claramente en su magín el programa de su actuación. Iría a ver al joven ayudante que en impecable uniforme blanco le había recibido en la lancha. Solicitaría ser recibido por el gobernador. Todo esto había de hacerlo rápidamente, porque ya se sabe lo que es el balduque. No quedaban más que veinticuatro horas. Había que hacerlo esta noche.

—Sea lo que sea, voy a intentarlo —dijo—. Esta misma noche.

Ella empezó a llorar suavemente.

—Bill... Bill.

Él le dio un rápido beso afectuoso y le dijo:

—Ven conmigo al hotel.

—No, Buck estará allí. Si tú no lograses nada con tus gestiones, yo no podría soportar el verlo. —Estuvo silenciosa un momento—. Volveré a casa de la maharaní. Allí es donde fui desde el hotel.

—¡Oh, Dios mío!

—Allí estaré perfectamente. Vete a buscar mi abrigo. Que te dé Joey mi dinero. Yo saldré por el jardín. No quiero volver a esa sala nunca más.

—Muy bien. Nos encontraremos en la puerta.

Salió ella con presteza, bajó las escaleras, y él volvió a la sala de juego.

Mientras Joey le canjeaba las fichas, *Mr.* Botlivala le miraba con ojos de rabia. La marquesa devolvió sus cartas, se levantó y vino derecha hacia él.

Los ojos negros estaban turbios de ferocidad y celos.

—¿Te vas? —preguntó ella.

—Sí.

—¿Con ella?

—Sí.

—Ella se marcha en el *Rajputana*.

—No lo sé —dijo él.

—Yo estoy segura de que se va.

Él la miró con acritud.

—¿Por qué estás segura?

Ella sonrió. Era una sonrisa provocativa. Al observarla, invadió a Bill una especie de furor cebado en odio, odio de su complacencia de sí misma, de su animalidad, de su estupidez y depravación.

—Lo creo así —dijo ella—, creo que se va, porque debe irse. Estate aquí conmigo y juega. Necesito que me des suerte.

—Ni por asomo.

Volvió de prisa la espalda y oyó la aterciopelada voz de Jelly:

—¿Qué le pasa a Carol esta noche?

—No sé —dijo Bill. Y como no se le ocurría mejor explicación, dijo—: Voy a acompañarla. Volveré luego.

«Estaba de buenas. Ha ganado mucho dinero. Desafortunada en amores...». Pero Bill no oyó el resto del refrán.

* * *

La dejó en el ridículo palacio color de rosa de la maharaní, diciéndose: «Dios mío, ¿qué habría ocurrido si yo no hubiera estado aquí?». Tremendo es considerar cómo insignificantes detalles pueden variar el curso de las cosas más importantes de la vida. Bill apremiaba al conductor, y el taxi, raudo, hacía esas frenéticas y oscilaba en vaivenes de locura en su descenso entre los florecidos jardines de Malabar Hill. No le importaba que el conductor apurase todas las posibilidades del motor; la máxima velocidad le parecía lenta.

Al llegar al hotel se enteró de que Buck no había regresado. Telefoneó al palacio del Gobierno, pero el ayudante que le contestó díjole que el teniente Forsythe no estaba de guardia. Solo sabía que había ido a cenar al Taj Mahal. Bill dióle las gracias y cortando la comunicación se precipitó en el comedor.

Los invitados no se habían separado todavía. Se trataba de una cena un tanto pomposa y con grande asistencia de comensales, al parecer no muy

ocurrentes. Parecía que estaban algo aburridos. Todos estaban mudos. Algunos bailaban. Los que estaban sentados a la mesa miraban a los que estaban bailando. En la cabecera más distante se hallaba el teniente Forsythe.

Bill pensó: «Si hubiésemos andado con gente como esta, en vez de andar con la baronesa y *Mrs.* Trollope y Jelly, no nos habría sobrevenido ninguna tragedia.

A lo mejor el supremo aburrimiento tiene sus ventajas». Llamó al camarero, escribió una nota y le mandó que la llevase inmediatamente al joven rubio de la mesa larga.

En el mismo instante estaba pensando: «Es inútil». Miró a su reloj. Eran cerca de las once. El gobernador estaría durmiendo. En esto se presentó ante él el teniente Forsythe, que le saludó sonriente:

—Hola.

—Siento haberle molestado. No lo hubiera hecho si no se tratase de algo muy importante.

—Si hay algo en que pueda servirle...

—¿Podría usted venir al bar unos minutos y beberemos algo?

El ayudante titubeó:

—Me resulta difícil dejar a estos señores.

Estuvo vacilando un momento, y al fin:

—Bueno, vamos —y acompañó a Bill.

En el bar, Bill le condujo a un rincón de la ruidosa sala, y después de pedir unas bebidas, pensó: «He vendido montones de cosas en mi vida, pero ahora es cuando tengo que demostrar que soy el rey de los viajeros». Y dirigiéndose al teniente:

—No me habría atrevido a distraerle si no fuera porque se trata de algo de vital importancia. Es a propósito de *miss* Halma. Quisiera hablarle al gobernador respecto de ella. No sé si está usted enterado de lo que ha sucedido.

El bien parecido rostro del teniente Forsythe púsose serio, y acusó una expresión desalentadora, con ese desesperante gesto de desaliento que suele apuntar en las caras de los burócratas.

—Sí —dijo—, estoy enterado.

—Es una excelente amiga mía. Quiero ayudarle.

—¿No está conforme con irse de un modo tan discreto? No hay nada de escándalo en la forma en que se hace.

—No. No está conforme.

—¿Por qué? ¿Tiene alguna razón que sea atendible?

—Ahí está la cuestión. Se trata de algo de lo cual nadie en Bombay está enterado.

El camarero trajo las bebidas y Bill volvió a pensar: «Tengo que contar una historia que convenza, la historia mejor de todas las que en mi vida me he sacado del caletre». Tendría que ser lo bastante buena para imponerse al ruido, a las luces, música y licores que poblaban el ambiente.

Con tan animoso espíritu comenzó:

—¿Conoce usted a Homer Merrill?

—Sí. Le conoce todo el mundo en la India.

—También es gran amigo mío. Fuimos juntos al colegio.

* * *

El coronel e Indira Moti estaban sentados en la galería del *bungalow* del Instituto. En esta época del año los mosquitos no eran del todo intolerables, y a *mister* Moti le gustaba el rumor de los ruidos nocturnos. Toda su vida, hasta que se casó con Moti, había vivido en una aldea de Bengala, y hubiera preferido vivir en el campo mejor que en este oasis de los tórridos suburbios de Bombay. En las aldeas, por la noche, se oía el suave y seco crujido de los bambúes y del follaje de las palmeras, el chirriar de los rústicos grillos, el croar de las ranas en el estanque comunal, los mugidos del ganado, el son de flautas y tambores y el suave aleteo de los pájaros entre las copas de los árboles. Se olían perfumes del jazmín, de las flores que se abren en la noche y de las especias. Aquí solo había polvo, hollín y calor, gritos de riñas entre hombres y mujeres y el llorar de críos medio hambrientos, arrimados a las paredes de los patios de vecindad.

Estaba haciéndose un velo que quería estrenar al ejecutar una de las danzas cuya música ella misma había compuesto, con sentido de artística rebeldía frente a la ortodoxia arcaica, rígida y rituarial de las danzas de Tanjore. La tela era color de llama, ribeteada y bordada en plata. Trabajaba pensando: «Voy a parecer una llama».

Pero al mismo tiempo pensaba en otras muchas cosas. Esta noche su pensamiento fluctuaba en un abandono lánguido y anárquico. Moti, entregado a la lectura de revistas científicas bajo la luz, al otro extremo de la galería, estaba, al fin por una vez siquiera, en calma, sin abrumarla con su oratoria, sin exigir su cooperación constante, ya para la redención del género humano, ya a propósito de un botón despegado del *atchkan*. A través de las largas y oscuras pestañas lanzaba a su marido miradas que transparentaban ternura y satisfacción. Los matrimonios en la India ofrecen múltiple variedad de resultados. El suyo había sido afortunado. A veces, ciertamente, había largas temporadas en que se sentía sola; las temporadas en que por días seguidos la única realidad para su marido era el trabajo, cuando pasaba todo

el día y lo más de la noche en el laboratorio; pero no faltaban compensaciones, entre ellas, el hecho de que la vida con Moti nunca era tediosa. En materia de amor era tan exaltado, tan apasionado, tan sorprendente, como en su vida intelectual. Solo era fastidioso cuando se comportaba como si fuese un semidiós, y, después de todo, eso no era un defecto muy grave en un hombre. Otros los tenían peores.

«Sí, pensaba, he tenido mucha suerte. Antes de mucho tiempo ya no pareceré una llama cuando dance. Solo seré capaz de enseñar cómo arde una llama, Pero no importa. Tendré siempre a este Moti fogoso y, además, tendré a mis discípulas».

Su única pesadumbre era que no tenían hijos, y aun esto no era tan lamentable como pudiera haberlo sido, porque Moti consideraba a todas las personas como si fueran hijos suyos, y por ello se fijaba menos en el hecho de no tenerlos propios. La idea de los hijos le hizo volver la cabeza y mirar a Alí, sentado en un diván de juncos en la sombra, donde no le hería los ojos la fuerte luz de la lámpara de Moti.

Estaba sentado con las piernas cruzadas y el conejillo de Indias entre las rodillas, silencioso, sin decir palabra. Indira pensó: «También él está acordándose del campo, de los establos de elefantes y de los rumores del bosque». Al poco tiempo él se dio cuenta de que ella le miraba, y volviendo un poco la cabeza dijo:

—¿Crees tú que es verdad que *Sahib* Buck se va mañana?

—Sí, creo que es verdad.

—¿Y será verdad que va a llevarme a mí también?

—Sí, te llevará a ti también.

No era más que eso, al parecer, lo que necesitaba oír. Tornó al silencio de su muda meditación.

Un pájaro solitario lanzó en la oscuridad su grito monótono dos veces. El pregón de un vendedor de confituras se alzó disonante tras la pared exterior. Y después, muy cerca, en el patio al lado del *bungalow*, oyó *Mrs.* Moti el chirriar del portillo del Instituto y el ruido de un taxi. Miró a Moti. Absorto como estaba en la lectura, no había oído nada. Ella se levantó con presteza y atravesó la casa para ver quién era el visitante y hacerse cargo de lo que fuere, para que no molestasen a su marido.

En el sofá de juncos, Alí oyó también los ruidos al otro lado de la casa y, sentado como estaba, enderezó el busto y estuvo atento, con mirar de gacela en escucha en los grandes ojos, oscuros. Durante largo tiempo permaneció así, y cuando oyó rumor de pasos que se aproximaban desde el interior de la casa, una mirada de placer se reflejó en su cara, y dejando a un lado el conejillo de Indias, se deslizó del diván y corrió hacia la puerta. Reconoció de quién eran los pasos, porque la costumbre le había enseñado

a «ver» con los oídos.

Al llegar a la puerta, Buck e Indira Moti entraron por ella. El muchacho se abrazó a la cintura de Buck y dijo:

—*Sahib* Buck, ¿nos vamos esta noche?

Al ruido de las palabras, Moti salió de las honduras de su abstracción y miró lo que pasaba. Tan pronto como vio a Buck, comprendió, igual que le había pasado a Bill, que algo terrible había sucedido y experimentó una repentina sacudida de sorpresa por el hecho de que Buck presentase el aspecto que presentaba. Nunca había creído a Buck susceptible de grandes emociones; lo consideraba tan aplomado, tan suave, tan sumergido en su tarea... Y Moti pensó: «Ya se ha enterado. Ella le ha dicho que se marcha». No podía presumir que se trataba de algo mucho peor.

Buck le dijo al niño:

—Esta noche, no, Alí. Solo he venido a hablar con el coronel Moti —y, en seguida, hablando con Indira, le dijo en inglés—: Será mejor que le lleve usted a la cama. Comprende mucho más de lo que nosotros creemos. Luego iré yo a decirle adiós.

Indira habló al muchacho con suavidad y este, mal de su grado, soltó a Buck y se marchó con ella. Buck inmediatamente se encaró con Moti:

—Carol se ha marchado. ¿Sabe usted dónde está?

* * *

En el dormitorio de Alí, Indira Moti esperó a que el muchacho se acostase, fue a buscarle el conejillo y luego le trajo un vaso de agua. Después le tranquilizó, prometiéndole que Buck vendría antes de marcharse.

Pero ella no pensaba mucho en Alí. Pensaba en la cara angustiada de Buck, tal como la vio a la débil luz de las focos del taxi y luego, al cruzar rápida la galería para coger el conejo. Se había percatado de lo que allí había visto y pensó: «Moti ha jugado a ser omnisciente demasiadas veces».

Moti era un hombre excelente —se dijo—, brillante, famoso, pero a veces totalmente desprovisto de sentido humano. Sabía cuanto hay que saber de ecuaciones, sueros, de sociología y economía política. Y las gentes no eran ecuaciones matemáticas; eran de carne, sangre, glándulas e instintos. A ella, su formación campesina le había enseñado mucho. Ahora, inclinada sobre el muchacho, recapacitaba su cavilación de aquella misma tarde en que presentía la tragedia inmediata, y la desilusión que había de alcanzar al mismo Moti.

¡Deseaba con la mayor ansiedad ayudar, hacer algo! Pero no se decidía a ir a la galería donde ambos hombres se encontraban. Tratábase de un

asunto que ellos debían resolver, y un instinto viejo de miles de años le aconsejaba no moverse de donde estaba. Cuando hubiesen llegado al último extremo de lo insoluble, ambos vendrían a buscarla; no tenía más que esperar. Oyó la voz de Buck que se alzaba en la discusión, y aunque no tenía intención ni deseo de sorprender la conversación, le oyó gritar:

—Usted quería esto. ¡Pues ya lo tiene! ¡Pueden irse al infierno usted y la India! ¡Voy a buscarla e iré con ella a donde quiera que ella vaya!

Con un curioso gesto inconsciente, Indira Moti, en la oscuridad, se tapó la cara con el velo, al modo de una enlutada mujer indostánica, pensando: «Eso, de ninguna manera. No, eso no puede suceder, porque significaría la desgracia del uno y del otro». Y como a la luz del claro destello de súbita revelación, se dio cuenta de que también ella amaba a Buck, con amor profundo, no a la manera como lo amaba Carol, sino con sentimiento muy distinto, como si fuera el hijo que nunca tuvo, un hijo en que centrar el orgullo de su vida. Y también por otras razones poderosas. En un mundo saturado por la desilusión, lleno de gentes escépticas y endurecidas, Buck era una excepción. El mundo, y especialmente aquel mundo suyo de la India, sentía la sed desesperada que solo podían calmar su bondad, su capacidad creadora y su fe. No, Buck no habría de ser destrozado; era imposible consentir que se marchase.

Encaminóse a la entrada de la galería, en completo olvido de que se trataba de un debate de hombres solos. Al llegar a la galería, Moti y Buck salían de ella. Al ver la cara de su marido sintió la tentación de reír. Porque era una cara tan cambiada que casi parecía desconocida, de expresión atónita, casi de enajenación, en fuerte contraste con la habitual seriedad del coronel.

Moti le dijo:

—Nos vamos a Jai Mahal. Yo le acompaño.

Sin que añadiera otra palabra, en sus ojos como brasas podía ella leer todo lo que entre los dos hombres había pasado.

Indira le dijo a Buck.

—No se olvide de Alí. Está despierto esperando que vaya usted a despedirse.

—Sí, sí, por supuesto —contestó Buck y se dirigió a la habitación de Alí. Pero ella sabía que no era en Alí en lo que iba pensando.

A Moti le dijo con palabra precipitada:

—Para lo que tú querías ya era tarde. Tienes que encontrarla y hacer que se vaya con él a Jellapore, pase lo que pase. Te diviertes muchas veces en creer que eres omnisciente. Tú no te habías figurado que era un hombre con sangre en las venas, como todos los hombres.

Moti no contestó. Tenía en los ojos la misma expresión que se veía en

ellos cuando tras largo y agotador esfuerzo alcanzaba en su laboratorio la meta de un descubrimiento.

* * *

En el ruidoso bar del Taj, el teniente Forsythe escuchaba la historia que le contaba Bill.

Habían llegado al punto en que Bill decía:

—Ahora comprenderá usted por qué no hay más remedio que hacer algo. Se da usted cuenta, ¿no es así?

—Tendrá que hacerse esta noche. El gobernador no es un hombre fácil. Padece dispepsia y no le gusta que le molesten por la noche —el rostro del apuesto ayudante mostraba su preocupación—. Debiera decirle a usted que es un propósito imposible, mas no lo haré. Pero no hay tiempo que perder. Yo le acompañaré a usted.

—¿Y estos señores con quienes usted estaba?

—Pueden esperar —sonrió—. Me perdonarán todo lo que haga. Ya ve usted, yo ocupo una posición oficial, y ellos son hombres de negocios.

En aquel momento Bill observó en rápida ojeada que por detrás del teniente Forsythe avanzaba Botlivala, abriéndose camino entre las mesas. «Dios me ampare, pensó. Aquí viene otro lío». No había posibilidad de escaparse de Botlivala. Bill había llevado deliberadamente a Forsythe a aquel rincón con intención de procurarse la posible soledad. Si ahora sobrevenía algún escándalo había que despedirse definitivamente de la esperanza de enderezar las cosas. «En cuanto te vi supe que me ibas a dar que hacer. A ver cómo me las ingenio contigo», pensaba, mientras acechaba las derivaciones de aquel encuentro.

Forsythe se levantó e inició la marcha, seguido de Bill, Botlivala no reparó en Forsythe; probablemente no lo conocía. Bill saludó:

—Hola, Botlivala —con el gesto más amistoso.

Pero Botlivala sufría un verdadero ataque de nervios. Su piel oscura había adquirido un tono ceniza y las amarillentas escleróticas desbordaban los ojos como si fuera un hipnotizador en funciones. Se encaró con Bill:

—¿Dónde está? Es mía. ¿A dónde la llevó usted?

—No lo tome tan a pecho —contestó Bill—. La traje aquí. No se sentía bien. Venga al vestíbulo y hablaremos de eso —apoyó una mano en el hombro de Botlivala—. No hay necesidad de alterarse por tan poco.

—Lo que yo quiero es saber dónde está, y nada más. Ya se ha burlado de mí una vez. Pero no se va a repetir.

Bill se arregló para pilotar a Botlivala hasta el vestíbulo. Si pudiese

arrastrarlo fuera del hotel, del lado del puerto, poco podría importar lo que sucediese; nadie lo vería, porque el sitio estaría desierto.

Fuera esperaba Forsythe.

—Perdóneme un minuto, al instante estaré con usted —le dijo Bill.

Forsythe contestó:

—No se entretenga mucho, no sea que el gobernador se vaya a la cama; entonces no se podrá intentar nada.

—Es solo un minuto. —A Botlivala le dijo—: Haga el favor de venir por aquí y hablaremos —y lo llevó, doblando un pasillo, detrás de la escalera principal. No había allí un alma. Estaban solos.

El furor de Botlivala parecía haber aumentado. Le dominaba el odio vesánico del impotente, del desdichado, hacia el hombre a quien envidia. Hasta echaba espumarajos por la boca.

—No se lo consiento —voceó Botlivala, al tiempo que sacaba una pistola del bolsillo.

Si no hubiera sido por la prisa, Bill no se habría mostrado tan desconcertado. Habría procurado traer a razón al hombrecillo moreno. No era el miedo lo que le impulsaba. Era la prisa. Tenía que ver al gobernador, y sin perder tiempo. No podía gastar ninguno en razonar con Botlivala.

Todo sucedió con la velocidad del relámpago. Asestó un limpio puñetazo en la cara prieta del loco, un poco a la izquierda de la rolliza barbilla. El asombro se reflejó en la turbia mirada. La cabeza se dobló hacia atrás. La pistola saltó de la mano y *Mr.* Botlivala cayó sentado contra la pared, con la cabeza sobre el pecho. Estaba desvanecido.

Bill recogió la pistola, la guardó en el bolsillo del pantalón, y un momento después le decía a Forsythe:

—Vamos.

—Se libró usted de él en poco tiempo —dijo Forsythe, según subían a un taxi—. Tenía todo el aire de querer matarle a usted.

—Ese punto es un perpetuo engorro —repuso Bill, y no creyó necesarias más explicaciones.

El aspecto del Palacio del Gobierno no era muy animador. Estaba en la oscuridad, salvo tres o cuatro luces en el ala que daba al mar. A la vista del taxi, los *sikhs* de guardia, altos, de rojo y dorado uniforme, aprestaron las lanzas en posición de alerta, hasta que reconocieron a Forsythe.

Ya dentro del vestíbulo, dijo el ayudante:

—Será mejor que espere usted aquí mientras yo le hablo. Primero es necesario convencerle.

De manera que Bill, vigilado desde la sombra por un sirviente indígena de guardia, se sentó a esperar en una tallada silla de teca.

Por primera vez durante las dos últimas horas, tenía ocasión ahora de

recapacitar acerca de la situación. En el momento en que ella lo había mirado preguntándole: «Bill, ¿quieres casarte conmigo?», había visto él claramente lo que tenía que hacer. Desde entonces había actuado, no guiado por el pensamiento o la reflexión, sino cediendo al espontáneo impulso y al instinto, como si le hubiese arrastrado una fuerza que él no pudiera dominar ni entender. Ahora, mientras cavilaba en la oscuridad, se decía: «Puede ser, que una vez más, me haya faltado la confianza en mí mismo. Puede ser que si yo le hubiera contestado sí, nos embarcaremos en el *Rajputana*», todo hubiese salido maravillosamente y Carol y yo podríamos haber sido muy felices. Quién sabe si su retorno a Buck acabará en un desastre. Quién sabe si, una vez más, no he actuado como «Bill, buen-humor».

Mas no le era posible tomar en serio ninguna de tales dudas, porque la misma fuerza que le había movido le persuadía de su falta de fundamento. En qué consistía su presciencia o en qué se apoyaba, era cosa para él ignorada; pero la certidumbre de que era ineluctable le desconcertaba y le inspiraba cierta temerosa admiración. Y se decía: «Es posible que tengan razón los indostanos. Acaso el libre albedrío no es más que una ilusión. A lo mejor no somos más que el juguete de las circunstancias y de nuestros propios caracteres». Y le asaltó el pensamiento de que quizá Carol se hallaba otra vez en el recto sendero, a la vuelta de todos estos años, en un mundo distinto de aquel en que inició su vida. Tal vez ahora encajaría esta muchacha campesina de la lejana Suecia, en el ambiente más adecuado a su temperamento, en laboriosa colaboración con Buck, allá en las aldeas remotas. Era fuerte, saludable, nada torpe, y estaba enamorada. La vida requiere un propósito, una meta a la cual encaminarse. Bill pensó en su propia vida, cuyos tropiezos obedecían precisamente a eso, a su falta de designios. La ausencia de designio había acarreado a Carol todos sus quebrantos. Posiblemente ahora encontraría un camino seguro, con tal que él pudiese ayudarle mediante el acierto de la gestión emprendida.

Su recuerdo del gobernador en cierto almuerzo no era cosa que fortaleciera su optimismo. Aún le parecía estar viendo, con asombrosa claridad de detalle, al diminuto caballero, según entraba en el espacioso comedor de su residencia; hastiado, frío, realista, eficiente y despectivo.

Abrióse la puerta y salió Forsythe. ¿Cómo podría pagar jamás a Forsythe su generosidad? Era evidente que le ayudaba movido por su bondad. No existía ninguna razón que explicase su intercesión por dos extraños como Carol y él.

Forsythe le dijo:

—Accede. Le oiré a usted, si no tiene usted inconveniente en que le reciba en bata.

—No lo tendría aunque me recibiese en cueros —dijo Bill. Y entonces hizo algo que bien se podría calificar de extraordinario, dado su temperamento, y que dejó al ayudante un tanto desconcertado. Le dio a Forsythe un apretado abrazo.

Forsythe le guio a través de un corredor, al extremo del cual abrió una puerta que sostuvo abierta para que Bill entrase, diciéndole:

—Si usted me lo permite, yo vuelvo al hotel a reunirme con aquellos señores. Aquí ya todo depende de usted.

—Gracias —dijo Bill—. Luego le veré.

La habitación era la de la biblioteca, una estancia pequeña y cómoda, probablemente obra de la esposa del gobernador. El gobernador estaba sentado tras la mesa escritorio. Al ver entrar a Bill dejó la novela policíaca que leía, se despojó de sus gafas de concha y se puso en pie. Era bajo, delgado, de pelo gris, completamente gris. Tenía puesto un batín de seda gris.

—¿Mr. Wainwright? —dijo.

—Sí —dijo Bill.

—¿Quiere usted sentarse? —Agregó—: Recuerdo que almorzó usted con nosotros un día, hace algunas semanas. Mi antigua amiga Dorothy me escribió sobre usted. Parece ser que es usted gran amigo suyo.

—Sí —dijo Bill—, y añadió para sí mismo: «Muy buen amigo».

—Yo aprecio mucho a Dorothy —dijo el gobernador.

Bill pensó: «Esto no va mal». Era curioso que aquel almuerzo que le había aburrido y la carta que había rasgado y quemado en el cenicero, en Green's, fuesen recuerdos que ahora viniesen en su auxilio.

El gobernador se conducía en perfecto funcionario y con perfecta seriedad. Bill se preguntaba si habría sonreído alguna vez en su vida. Al fin, entró en materia:

—Forsythe me ha dicho que se interesa usted por *Miss*...

Se le resistía el nombre y Bill vino en su ayuda:

—*Miss* Carol Halma.

—Exacto. Eso es. Es un nombre extraordinario. Muy difícil de recordar.

—Es el nombre de batalla —dijo Bill—. Es oriunda de Suecia. Su verdadero nombre es Olga Janssen.

—Actriz, tengo entendido.

—Sí —contestó Bill—. Como la calificación de «actriz» parecía más respetuosa que la de «chica de conjunto» estimó oportuno abstenerse de toda rectificación.

Usted opina —dijo el gobernador— que no hemos tratado equitativamente a esa joven.

—En efecto —dijo Bill—. Pero es que también interviene algún otro factor

más importante que mi opinión. —Según hablaba creyó observar que el gobernador mostraba interés.

—Espero que me cuente usted todo eso. Forsythe aludió a ello. A lo que parece se trata de algo fuera de lo ordinario.

«Bueno, pues ahí va», díjose Bill para sus adentros.

No era lo que se dice un buen narrador, mas estaba persuadido de que el caso debía ser expuesto en forma convincente, pues todo dependía de su habilidad al desarrollarlo. Había muchas cosas de difícil explicación, porque distaban de ser favorables a Carol. Avanzó un poco el cuerpo en la silla y comenzó. Lo que ignoraba era que el servicial Forsythe, con su breve referencia, había excitado la curiosidad del gobernador. Complacíase este en la lectura de novelas, pero mucho más prefería la audición directa de una novela vivida. Su vida pública estaba colmada de éxitos brillantes. Su vida privada, en el aspecto de sus relaciones con el sexo débil, era un lamentable fracaso. Dejó las gafas en la mesa, se arrellanó en el asiento y se dispuso a escuchar.

Aunque sin la espontaneidad de lo que por primera vez se expone, Bill contó la historia mejor aún que cuando tuvo a Forsythe por oyente. La intensidad de su propio interés en ella, de que se había dado cuenta mientras meditaba en la penumbra del vestíbulo, fuéle de nuevo poderosa ayuda. Poseído de su papel, como un actor, no perdía de vista al auditorio, según adelantaba en la narración. Y aunque era en extremo difícil adivinar lo que se incubaba tras del impasible rostro inexpresivo del funcionario, animábale la idea de que iba ganando terreno. Sin hacer pausa en el relato, mientras fluían sus palabras, decía a sí mismo: «Tengo que decírselo todo. No debo detenerme ante nada. Cuanto más sepa, más le interesará». Y así fue que no vaciló en referirle el papel que él mismo había representado en la vida de Carol, su afecto hacia ella, y no omitió poner de relieve que su propia intervención solo obedecía a su vehemente interés en el porvenir de la muchacha y de Buck. Habló durante más de veinte minutos, sin que decayera la atención del gobernador.

Cuando concluyó de hablar, el hombrecillo gris que le oía tras la mesa cambió de postura en la silla y comentó:

—Es una historia notable. Ahora comprendo por qué Forsythe se mostraba tan afectado.

Quedóse silencioso y pensativo, dando golpecitos en la mesa con las gafas, que ahora tenía en la mano. Para él no había silencios embarazosos. Hacía mucho tiempo que había aprendido, en el curso de su carrera, cómo podían ser aprovechados y cuán desconcertantes podían ser para el prójimo. A Bill le pareció que era un silencio que duraba años.

Al fin le oyó decir:

—Comprendo las razones de su actitud. Después de oírle a usted, me veo inclinado a hacer alguna concesión. Merrill me inspira un gran respeto. Nos es utilísimo en la India. De lo que no estoy seguro es de que esa muchacha le traiga cosa buena.

—Así pensaba yo también, y así pensaba el coronel Moti. Pero el coronel y yo hemos cambiado de opinión. Para él será mucho peor que ella tenga que irse, porque irá tras ella.

Hizo un poco de trampa trayendo a Moti a colación. Porque ignoraba si la opinión del coronel había o no cambiado.

—Esa joven se había rodeado de personas de conducta comprometedoras, por ponerlo del modo más suave —dijo el gobernador—. El Jellapore nos ha dado disgustos continuos. Ese sujeto Botlivala es un granuja, según sabe todo el mundo. En cuanto a la baronesa y a *Mrs. Trollope*...

Bill le interrumpió:

—Me temo que yo tengo la culpa en buena parte. Fui yo quien la presentó a la baronesa y *Mrs. Trollope*. Vinieron en el mismo barco en que yo vine. No son lo que verdaderamente se dice «amigas».

—Esta *Mrs. Trollope*, a lo que parece, ha sido una fuente de disgustos para todo el mundo. Ahora mismo nos los está ocasionando, y no menguados, a nosotros. Por otra parte, sabíamos, según informes fidedignos, que *Miss Halma* colaboraba con la baronesa.

—Eso no es cierto. La baronesa trató de contratarla para un *cabaret* o algo así, pero ella rehusó la proposición. Se atrevió a preguntar: —¿Sería impertinente inquirir el origen de los informes? Saberlo podría ayudar a esclarecer la cuestión.

—No —dijo el gobernador—, no me es lícito mencionar ningún nombre. Únicamente puedo decir que los informes provienen de una dama, de alta posición, enterada de las actividades de la baronesa en Italia.

Bill se enderezó todavía más en la silla. La simple palabra «Italia» le dio la clave. Encajaba en los antecedentes con tanta justeza como el llavín en la cerradura. Ahora lo veía claro. ¡La marquesa! Acuciada por la depravación de la pasión extraña que Bill le inspiraba, había pretendido eliminar a Carol, porque había visto en ella una rival. Y este era el medio más expeditivo y fácil de hacerlo. Denunciar a la baronesa, cosa nada difícil, e implicar a Carol en la denuncia. Por eso estaba enterada de que embarcarían a Carol en el *Rajputana*. Se previno a sí mismo: «Tengo que andar con pies de plomo». Con todo, estaba inclinado a creer que ahora tenía él la sartén por el mango. Y de repente le vino la inspiración. Había que echar mano de la audacia.

—Me temo, señor, que esos informes no son muy de fiar.

—¿Por qué lo dice usted?

—Porque la marquesa odia a la baronesa. La marquesa comenzó su carrera como pupila en uno de los establecimientos de la baronesa.

Al oír esto, el gobernador dio al fin señales de vida. Se inclinó sobre la mesa y preguntó:

—¿Cómo lo sabe usted?

—Me lo dijo la misma marquesa.

—¿Y por qué una mujer de su posición social, la esposa de un general, había de confesar cosa semejante a ningún hombre?

Bill no podía elegir el camino. No tenía nada más que uno solo.

—Porque da la casualidad de que la conozco... íntimamente, *muy íntimamente*, a partir de mi llegada a la India. Acaba de estar conmigo en Calcuta y en Madrás. Me parece que estaba celosa de *Miss Halma*.

Y aquí fue donde sucedió algo extraordinario, y sucedió en la vieja cara imperturbable del gobernador. Alrededor de sus ojos, entre grises y azules, formáronse pequeñas arrugas. Curváronse los labios en sus vértices, revelando insospechada ironía. El gobernador se entregaba.

—Estoy empezando a creer que en vez de embarcar a *Miss Halma*, debería ponerla bajo mi tutela para protegerla contra sus amigas.

Bill se esforzaba por no sonreír. Afirmó:

—Se lo he contado a usted todo. No he ocultado nada.

El gobernador, tajante, observó:

—No podría haber mucho más que contar, a lo que supongo.

El rostro tornó a su seriedad.

—Pero esto no tiene nada que ver con nuestro problema. Mientras usted hablaba, he estado dándole vueltas al asunto. Creo que podríamos llegar a una transacción. Se me ocurre que es posible que *Miss Halma* no haya sido tratada con equidad, y, por otra parte, no podemos arriesgar el perder a Merrill. Posee excelentes dotes, es hombre de tacto y está muy bien preparado. Sería difícil sustituirlo.

—Sí —aprobó Bill, que se sentía como un chico a quien dirigen una reprimenda.

—Yo ofrezco anular la orden de expulsión (Bill contuvo el aliento), en la inteligencia de que *Miss Halma* se irá a Jellapore con Merrill, se casará con él y dará su palabra de no volver a Bombay hasta que no hayan pasado tres años.

—Estoy seguro —dijo Bill— de que ella no tendrá el menor inconveniente en dar su palabra. Hasta sospecho que no tendrá el menor interés en volver a Bombay nunca.

—Yo no me opongo a que vaya a Madrás o a Calcuta, pero la aconsejaría que se mantuviese tan alejada de Delhi como de Bombay, por lo menos durante el tiempo que he dicho.

Bill estaba encantado. «¡Ya está hecho! ¡Ya está hecho!».

Su alborozo y su triunfo no dejaban de estar empañados por una sombra de tristeza. El gobernador no había terminado. Proseguía:

—La gente olvida fácilmente. De aquí a tres años no se acordarán de que *Mrs. Merrill* fue jamás *mister Halma*. Y después de pasar tres años en el clima de las aldeas de Jellapore, me figuro que su belleza habrá cambiado tanto que no habrá quien la reconozca o quien se tome la molestia de mirarla dos veces —se puso las gafas—. ¿Le parece aceptable la proposición, *Mr. Wainwright*? A mí me parece justa, tenidas en cuenta todas las circunstancias.

La mano del gobernador se deslizó hacia su novela policíaca.

—Permítame que le diga, *Mr. Wainwright*, que sabe usted contar una divertida historia con extraordinaria habilidad.

Bill se puso en pie y se acercó a la mesa. El gobernador se incorporó y le extendió la mano.

—Quedo muy reconocido, señor gobernador. Agradezco lo que ha hecho usted, más de lo que soy capaz de expresar.

—He procurado ser justo y razonable —dijo el gobernador—. En Bombay, es, a veces, muy difícil encontrar la solución adecuada. Las cosas siempre parece que se presentan complejas y confusas. Buenas noches, y cuando vea usted a mi prima, dele mis recuerdos.

—Buenas noches —dijo Bill.

Salió rápidamente, dejando al gobernador entregado a su novela policíaca, y al cerrar la puerta se sintió de pronto cansado, más cansado de lo que nunca se había sentido en su vida. Pensó: «Confío en que haya algo que beber en casa de la maharaní».

Según el taxi remontaba Malabar Hill en dirección al palacio de mármol rosado, rehízo mentalmente la escena que acababa de vivir y la reconstrucción le hizo adivinar el motivo de su victoria. No era la historia por él relatada. Era lo que había dicho de la marquesa. Desde el momento en que trajo a cuento a la marquesa y sus avatares, las arruguillas de los ojos y la boca del gobernador se multiplicaron y su actitud cambió por completo.

«Por primera vez en mi vida —pensó Bill— he sido un soplón». Pero se consoló diciéndose: «¡Lo tenía muy merecido, la condenada!».

No dejaba de ser curioso que toda su buena fortuna se hubiese incubado en dos dispares aventuras; la ya medio olvidada con la antigua amiga o prima del gobernador en Londres, y la tediosa y sufrida casi a la fuerza que tuvo por escenario la India y por protagonista a la marquesa. Una había facilitado su acceso al gobernador; la otra le había intrigado y había determinado su cambio de humor.

En la oscuridad del taxi, se reía. «Ahora resulta que para lo único que

sirvo es para urdir maquinaciones».

* * *

La encontró en el pequeño salón donde la bala del revólver de la maharaní había astillado la araña de cristal. A la mesa, colocada precisamente debajo de la araña, estaba sentada la maharaní jugando al *mahjong* con tres mujeres. Al lado tenían una caja de confituras y en la heladora una botella de champán. Una de las mujeres era indostana y las otras dos europeas, teñidas y pintadas un tanto excesivamente, y de apariencia más bien sospechosa. Carol, que había cambiado de vestido, estaba sentada a su lado, viéndolas jugar.

Saludó a la maharaní, fue presentado a las tres señoras sin fijarse en sus nombres, y dijo a Carol sin más explicaciones:

—Ya está. He venido a buscarte.

—Está bien —contestó ella suavemente, levantándose como una criatura sumisa, para seguirle.

Carol se despidió de la maharaní y de las tres indeseables damas, y dio las gracias a la primera por su hospitalidad.

—Buena suerte —díjole la maharaní.

Carol cogió la caja con sus joyas y dos paquetes envueltos en papel blanco.

—Yo llevaré el joyero —dijo Bill.

—Pues andando.

En el taxi que les esperaba, preguntó Carol:

—¿Quieres decir que lo has arreglado?

—Sí —dijo Bill, y le refirió la escena con el gobernador. Se lo contó todo, aun lo concerniente a la marquesa, sin omitir nada. Hablaba precipitadamente, porque ahora empezaba a reaccionar de sus prolongados temores. Estaba excitado. Quería que ella se sintiese contenta.

Pero la alegría de Bill no la contagiaba. Cuando él acabó de hablar, ella se mantuvo en silencio por un buen espacio de tiempo. Cuando cruzaban la estación del suburbano, junto a la playa, ella rompió el silencio:

—Tiene gracia cómo se enredan las cosas.

—Ya lo creo que la tiene —dijo Bill riendo.

—Eres un hombre de una vez, Bill.

—¡Oh, no soy del todo malo!

Ella empezó a llorar, sin la menor agitación, casi en silencio. Solo se le conocía en la respiración entrecortada. Él le cogió la mano y le dijo:

—¡No hagas eso, vamos al hotel, debes serenarte!

—¡Déjame, Bill! Tenía mucho miedo. Lloro de felicidad.

—¿Vas a ser ahora una niña buena?

—Sí, ahora tengo todo lo que quiero.

—¿Y no vas a darle disgustos a Buck?

—¿Cómo puedes preguntarme eso? ¿Dónde está? ¿Estará en el hotel?

—No sé. Salió a buscarte. Iba a ver a Moti y después a Jai Mahal.

—¡Oh, Bill! Le quiero tanto... ¿No le pasará nada por esto?

—No..., por supuesto no. Mañana os vais a Jellapore. —Guardaron silencio y él lo interrumpió—: ¿Has presenciado alguna vez una epidemia de cólera?

—No.

—No es un espectáculo muy bonito; en realidad, es espantoso.

—No me importa... con tal de estar con él.

—Yo me limito a prepararte. No creas que vas al Paraíso Terrenal. —Y recordó con un escalofrío lo que había dicho el gobernador de la belleza de Carol. En tres años...

El taxi se detuvo ante la fachada del hotel que daba al puerto y descendieron. Ya dentro del hotel, él se detuvo junto a la puerta. Era tarde y el vestíbulo estaba vacío. Alguien se había llevado a Botlivala o quizá había recobrado el sentido y se habría marchado sin ajena cooperación. Se palpó el revólver en el bolsillo del pantalón, y pensó: «Andaba yo buscando un poco de barullo, y vaya si lo encontré».

El incidente había sido de una perfecta idiotez melodramática.

—No subo —le dijo a Carol.

—Como quieras.

—Aquí te doy las buenas noches, y además, te digo adiós.

Ella le miró sorprendida.

—Pero ¿es que no vas a ver a Buck?

—Sí... pero prefiero verlo sin compañía.

—Ya entiendo. —Levantó en la mano los dos envoltorios de papel—. Has sido muy bueno, Bill, me da pena molestarte más, pero no sé qué hacer con esto.

—¿Qué es?

—Las joyas. El paquete grande es para Botlivala, y el otro para el hermano de Jellapore. Están marcados. Yo no sé cómo hacérselos llegar.

—Yo me encargaré de hacerlo. Se los mandaré por mediación del abogado de la Compañía.

—Buenas noches, Bill.

—Buenas noches. —Aún añadió—: Buck no tiene por qué enterarse del asunto de la expulsión. Nadie tiene por qué enterarse.

—No, yo no se lo diré.

—Escríbeme algunas veces y dime qué es de tu vida.

—Seguro. Tú también.

—Buenas noches.

Ella dio la vuelta, un poco confusa, y se marchó. Él la contempló hasta que dobló el pasillo hacia el ascensor y aún esperó, dando tiempo a que se alejase del todo.

Entonces se dirigió al escritorio y dio orden de que le avisaran cuando llegase Mr. Merrill. De allí fue derecho al bar y pidió un *sling* de ginebra. Hubiera deseado tener a alguien que la acompañase a beber, aunque fuese Botlivala o la marquesa. En medio de la ruidosa y atestada sala se sentía solitario. Para él la vida ofrecería ya siempre el mismo panorama.

Eran ya cerca de las dos, cuando vio a Buck aparecer en la puerta, el pelo aun revuelto y en los ojos la mirada de desesperación. Bill, púsose en pie, y Buck fue precipitadamente hacia él.

—¿La encontraste?

—Sí —dijo Bill—, todo se ha arreglado. Está arriba en su habitación. Mañana se marcha contigo a Jellapore.

Buck se desplomó en una silla y una intensa palidez cubrió su rostro.

—Mejor será que bebas algo —dijo Bill.

—No. Voy a subir a verla.

—Termina mi copa, te hará revivir.

—Bueno —Buck apuró de un trago el resto del *sling*.

—Eres un hombre magnífico, Bill —le dijo.

—No tanto.

Buck se levantó.

—Buenas noches —dijo Bill—, y adiós.

—¿Qué quieres decir... adiós?

—Vosotros os vais mañana. Yo, pasado mañana. Lo más acertado es que nos digamos adiós ahora.

Buck comprendió, como si, en un relámpago, hubiera revivido la luz de aquella vieja comprensión recíproca que siempre los unió.

—Entendido. Tienes razón. ¿Cuándo volverás?

—No lo sé. Algún día. No dejes de escribirme.

—Lo haré. Escríbeme tú también. No hagas lo de siempre.

—No.

—Buena suerte.

Buck se marchó. Bill se quedó mirándolo hasta que desapareció tras la puerta, atestada de gente. Hizo que le trajeran otra copa y, a poco, el lugar se le hizo insostenible y se fue a la cama.

* * *

El olor de las guirnaldas de jazmines y caléndulas saturaba el puente del *Rajputana*, mucho después de haber despegado del muelle atestado de grupos que despedían al pasaje. El enorme paquete había dejado atrás la Elephanta a un lado y Juhu al otro, antes de que los marineros goaneses comenzasen a recoger los magullados y pisoteados despojos florales que yacían por los rincones y bajo las sillas plegables.

Bill, de pie a la borda de popa, contemplaba cómo Bombay se esfumaba en una bruma de fuego. El Taj Mahal, el edificio Readymoney, la puerta de la India, oscilaban temblando en el horizonte y se desvanecían lentamente, como la ciudad del Pescador en las Mil y Una Noches. Una pareja de árabes y dos o tres somalíes a bordo de un *dhow*, con rumbo a África, saludaron con los brazos, cuando la mole del barco pasó a su costado.

Entonces Bill se dio cuenta de que alguien se había parado a su lado, y más fuerte que el perfume de aplastados jazmines y caléndulas, un ingrato olor de pachulí hirió su pituitaria. Volvióse, y la baronesa le dijo:

—*Pueno*, ahí se queda... esa ciudad *indesente*. No siento, no, marcharme.

—Tampoco yo, ya fue bastante.

—Tiene *grasia* que *régresemos* en el mismo *parco*.

—Sí —dijo Bill—, ¿verdad?

Hubo un silencio, en pos del cual la baronesa dijo:

—¿*Ja* oído usted de *Mrs. Trollope*?

—No.

—Se *sucidó*.

La noticia ahuyentó su indiferencia.

—¿Cómo? ¿Cuándo? —preguntó.

—*Este* mañana. *Carol* fue a *feria*, pero *yegó* tarde. Ya se *jabía ajorcado* en celda.

Bill no supo qué decir. En todo caso, *Mrs. Trollope* había resuelto el problema del gobernador. Ya no le daría más molestias. Y a sí misma tampoco. Le extrañó no sentirse más afectado por aquella desdicha. Solo le inspiraba un sentimiento de horror, pensar que la suicida debería, en el orden natural de las cosas, estar en aquel momento, arrimada a la borda con él y con la baronesa. Allí era donde le correspondía estar, camino de alguna parte. Era imposible que hubiese muerto. Era, en cierto extraño modo, eterna, como el Judío Errante.

Oyó que la baronesa le decía:

—Era una *cálamidad*. Siempre *jacía* tonto. Nunca sabía qué *jacer*, y al final, *férdaderamente noo* tenía nada que poder *jacer*.

La Elephanta, con sus templos, sumíase en la bruma cálida, como antes se había sumido la ciudad. Sus pequeñas colinas y sus palmeras se estremecían y bailaban y desaparecían de repente. El agua en torno al barco cambiaba de color. Desaparecía el color barroso de la bahía, sustituido por los tonos purpúreo y verdemar del Océano Indico. El olor de la India —aquel extraño olor compuesto de olores de jazmines, humo de boñiga, especias y polvo— se perdía paulatinamente. A poca distancia del barco, tres o cuatro peces voladores se disparaban atravesando como ráfagas de luz las olas de nívea cresta. Sin que pudiera explicarse el por qué, veíase invadido por una sensación de satisfacción y paz. Ya se había acabado.

Sonrió, pensando: «Se ha muerto “Bill, buen-humor”. ¡Pobre muchacho!». Le despidió en voz alta:

—Adiós.

A su lado preguntó la baronesa:

—¿*Desía* usted qué?

—Nada. Hablaba conmigo mismo.

F I N



LOUIS BROMFIELD (1896-1956). Escritor y reformador agrario estadounidense. Como novelista firmó sus obras como Bromfield aunque su apellido original era Brumfield. Tuvo en su momento mucho prestigio y fue comparado con escritores de su generación como Francis Scott Fitzgerald, James Thurber o John Steinbeck. Ganó el premio Pulitzer en 1926 con su novela *Early Autumn* y perteneció a la Academia Estadounidense de las Artes y las Letras.

Estudió agricultura en el Cornell Agricultural College (1914-1915), y periodismo en la Universidad de Columbia (1916). En 1917, cuando los Estados Unidos entraron en la Primera Guerra Mundial, Bromfield se unió al «Cuerpo de Ambulancias estadounidense» y prestó servicio desde 1917 a 1919. Recibió por ello la Cruz de Guerra (Italia) y la Legión de Honor (Francia). De regreso a Estados Unidos, se instaló en Nueva York, donde trabajó como reportero. En 1921 se casó con Mary Appleton Wood, una socialista neoyorquina, hija de un prestigioso abogado. Con Mary Appleton Wood tuvo tres hijas, Ann Bromfield, Hope Bromfield y Ellen Bromfield. Publicó en 1924 su primera novela, *The Green Bay Tree*, que tuvo un éxito inmediato. Dos años después, ganó el premio Pulitzer con otra *Early Autumn*. Su carrera fue muy brillante y todos sus libros alcanzaron gran popularidad, especialmente aquellos que tuvieron adaptaciones cinematográficas, como *The Rains Came* o *Mrs Parkington*.

Notas

[1] Literalmente: «Pato de Bombay». Así llaman los ingleses familiarmente a unos peces pequeños, numerosos en el Océano Indico, muy apreciados en Bombay, llamados realmente en inglés: bun-malo. (Tr). <<

[2] Solo. (Tr). <<

[3] Gelatina. (Tr). <<

[4] Juego de palabras. *Stitch* quiere decir «puntada»; y hay un refrán inglés que dice: «Una puntada a tiempo ahorra nueve». Pero como *Stitch* es el nombre de *Mrs. Trollope*, también puede decirse que las palabras de Bill significan: *Stitch*; una *Stitch* muy oportuna. (Tr). <<

[5] Especie de sábana de algodón o seda que la mujer hindú lleva arrollada al cuerpo. (Tr). <<

[6] Miembros de tribus afganas establecidas en la frontera NO de la India.
(Tr). <<

[7] Pantalón de montar abotonado desde la rodilla al tobillo. (Tr). <<

[8] El Tesorero. (Tr). <<

[9] Oficiales indios del servicio civil. (Tr). <<

[10] Miembros de la casta militar, descendientes de los Kshatriyas. (Tr). <<

[11] Miembros de una comunidad castrense, en sus orígenes (siglo xvi) de carácter religioso. (Tr). <<

[12] Habitante del SE de la India y de parte de Ceilán. (Tr). <<

[13] Gorra parecido al fez. (Tr). <<

[14] Alusión al cuento de *Las Mil y Una Noches*, titulado *Simbad el Marino*, en que el «Viejo del Mar» se monta en los hombros de Simbad y luego este ya no puede desembarazarse de él. (Tr). <<

[15] Lavandera. (Tr). <<

[16] A sap. <<

[17] **Parsis**: descendientes de los Persas que huyeron a la India en los siglos VI y VII para escapar de los mahometanos y que aun conservan su religión primitiva. (Tr). <<

[18] Campesinos, arrendatarios. (Tr). <<

[19] Sistema indio de recluir a las mujeres de calidad, donde no pueden verlas los extraños. (Tr). <<

[20] Hangover. <<

[21] El harem. (Tr). <<

[22] Criada india. (Tr). <<

[23] Letrados mahometanos. (Tr). <<

[24] Palos largos, generalmente de bambú. (Tr). <<

[25] Indumento nacional malayo, compuesto de una tira ancha de algodón o seda, que llevan ambos sexos como una faldilla arrollada alrededor de la cintura. (Tr). <<

[26] Conductor de elefantes. <<

[27] Definitely nuts. <<

[28] El autor llama a este personaje unas veces Tom y otras Tommy, diminutivos cariñosos de Thomas. (Tr). <<

[29] Wheel. <<

[30] Se le llama misionero a este personaje por así hacerlo el autor, pero como se observará al continuar leyendo, nada de misionero tiene. Se trata de un técnico empleado por una misión protestante para llevar a cabo una labor cultural entre los indios. (Tr). <<

[31] Especie de «soda» con quinina. (Tr). <<

[32] Ventilador formado por un lienzo que se mueve lentamente. (Tr). <<

[33] Boudoirish: palabra arbitraria inexistente en inglés. (Tr). <<

[34] Es un porche —o estructura tipo pórtico— que se utiliza como entrada principal o secundaria a un edificio a través del cual un caballo y carro (o vehículo de motor) puede pasar a fin de que los ocupantes puedan descender o subir del mismo, cubriéndose y protegiéndose de la intemperie.

<<

[35] Jerga especial en que se entienden los chinos y los ingleses. Por extensión, el inglés chapurreado que habla cualquier oriental. (Tr). <<

[36] A sucker. <<

[37] «Good-time, Charlie»: El que lo pasa, o hace pasarlo bien. (Tr). <<

[38] Presumido. En francés en el original. (Tr). <<

[39] Salsa india, Condimento originario de la India compuesto por una mezcla en polvo de diversas especias. (Tr). <<

[40] Arte moderno. En francés en el original. (Tr). <<

[41] Punto muerto. En francés en el original. (Tr). <<

[42] Escribiente (Tr). <<

[43] La **escritura Spencer** es un estilo de caligrafía que floreció en Estados Unidos desde 1850 hasta 1925, considerado como el estilo americano por antonomasia, establecido como código para la escritura estándar en la correspondencia comercial antes de la máquina de escribir. <<

[44] Ninfa de los bosques, cuya vida duraba lo que la del árbol a que se suponía unida. <<

[45] El **Chemin de Fer** es un juego de casino.

Se trata de una variante avanzada de bacará (bacarrá en España), en la que la banca pasa de un jugador a otro.

Se juega con 6 barajas francesas de las que se quitan los comodines. Un jugador empieza como banca. Los demás juegan contra la banca. <<

[46] **Ménagerie** es un término del idioma francés, que en español podría traducirse como Casa de fieras o Exhibición de fieras o Albergue de fieras, y que designa a un establecimiento histórico destinado a albergar y a presentar animales salvajes en cautividad, bajo tutela humana; por lo general, los animales allí exhibidos en su mayoría eran exóticos para el lugar en que se encontraban. Como es de suponer, estos establecimientos históricos fueron un predecesor de los parques zoológicos modernos. <<

[47] Tranquila ciudad inglesa donde abundan los funcionarios, militares y civiles, retirados del servicio de la India. (Tr). <<

[48] de soltera. <<

[49] El *Gin Fizz* (Denominado también **Ginfizz**) es un cóctel. Suele contener ginebra, zumo de limón, soda y sirope o azúcar. Este cóctel mezcla el alcohol y el sabor ácido. <<

[50] Recinto cerrado en el que se reúnen los caballos antes de las carreras.
(Tr). <<

[51] Embarcaciones de un solo palo y pequeño desplazamiento. (Tr). <<

[52] Famoso empresario neoyorkino, fue productor teatral. (Tr). <<

[53] Alusión a un personaje de una comedia de Barry, un niño sempiternamente infantil. (Tr). <<

[54] Gold-digger. <<

[55] Go on, spill it. <<

[56] Esto es absolutamente igual a mí. <<

[57] Yo también. <<

[58] La vida es a menudo tan hermosa. <<

[59] **Rabelesiano**: Adjetivo derivado del apellido del escritor francés François Rabelais (1494-1553), autor de *Pantagruel* y *Gargantúa*, que hace referencia a su peculiar síntesis literaria de humorismo, sátira socio-política y pedagogía humanista. <<